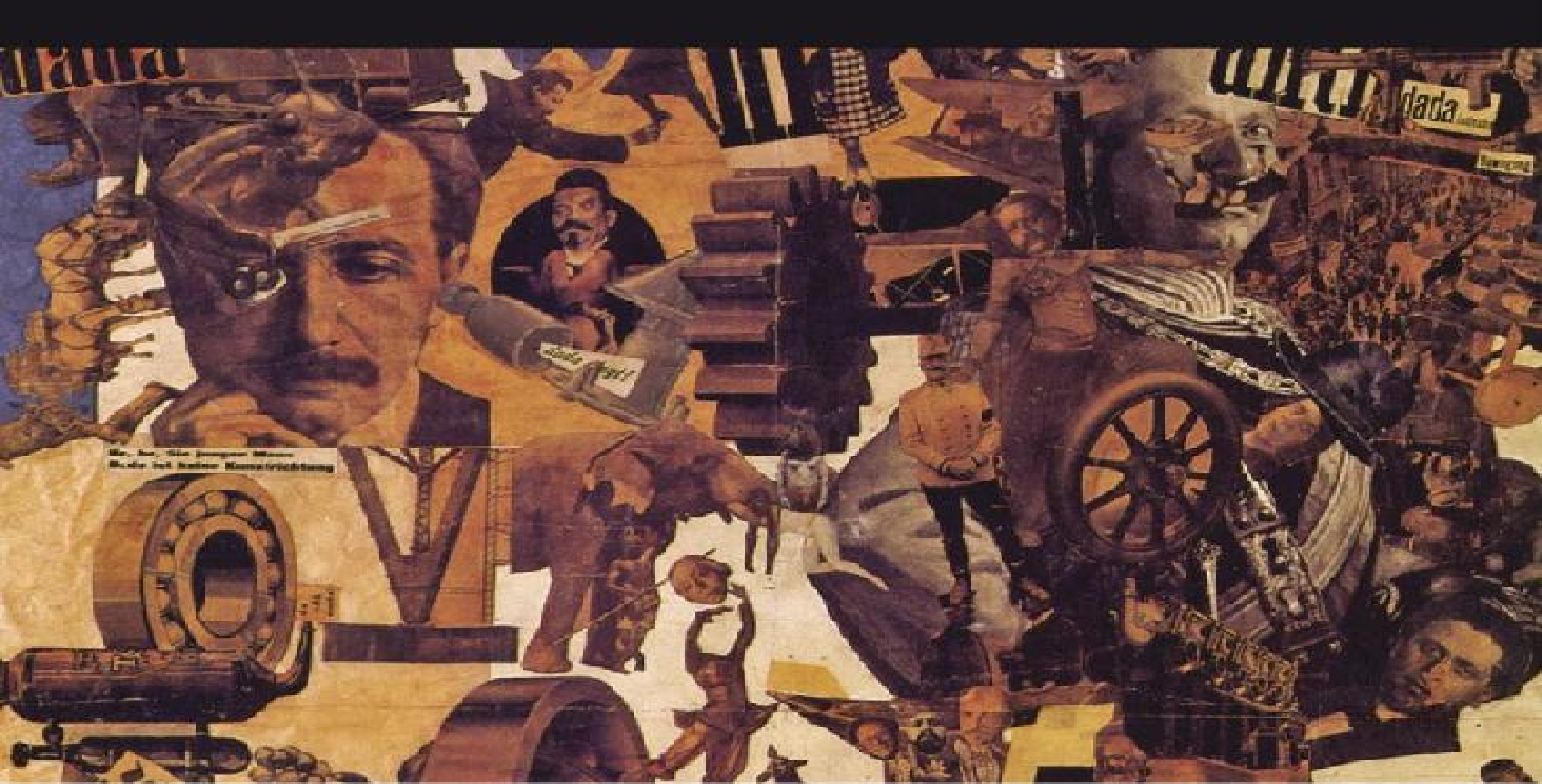
La Alemania de Weimar

Presagio y tragedia

ERIC D. WEITZ

T

TURNER NOEMA



La Alemania de Weimar

Presagio y tragedia

ERIC D. WEITZ

TRADUCCIÓN DE GREGORIO CANTERA



COLECCIÓN NOEMA

Primera edición en español: febrero de 2009
Título original: Weimar Germany. Promise and Tragedy

D.R. © Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de la colección: Enric Satué
Ilustración de cubierta: “Cortado con un cuchillo de cocina Dada” (detalle), Hannah Höch, 1919. © Vegap, Madrid, 2009.

Se ha hecho el mayor esfuerzo posible para referenciar correctamente las imágenes que aparecen en el presente libro. Cualquier omisión será debidamente corregida en subsiguientes ediciones.

ISBN EPUB: 978-84-15427-27-8

A mi padre, Charles Baer Weitz (nacido en 1919), y en recuerdo de mi madre, Shirley Wolkoff Weitz (1925-2004), que me inculcaron el amor al estudio

INTRODUCCIÓN

La Alemania de Weimar todavía significa algo para nosotros. Ni un ápice ha disminuido el aprecio por los cuadros de George Grosz o Max Beckmann: museos y galerías de Sydney, Los Ángeles o San Petersburgo exhiben con orgullo sus pinturas. En diferentes idiomas y en coliseos repartidos por el mundo entero, se sigue representando La ópera de cuatro cuartos, de Bertolt Brecht y Kurt Weill. Aunque vio la luz en 1925, aún se reedita la magistral novela de Thomas Mann, La montaña mágica, y, si bien ya no está considerada como libro de cabecera, es objeto de lectura y estudio en cursos de literatura y filosofía impartidos en innumerables facultades y universidades. Las cocinas contemporáneas están en deuda con los diseños de la década de 1920 y la labor creativa de la Bauhaus. Quizá la arquitectura de nuestros días se haya apartado un tanto del funcionalismo radical de Walter Gropius, pero, ¿cómo no admirar la belleza de los edificios de Erich Mendelsohn, esa combinación de líneas puras y dinámicas, como la casa Columbus, los grandes almacenes Schocken (aunque sólo uno quede en pie) o la caprichosa Torre Einstein? Es posible que Hannah Höch no nos resulte tan conocida, pero la novedosa mezcla de estilos primitivo y modernista, la yuxtaposición de máscaras de África o de la Polinesia con utensilios de la vida diaria del decenio de 1920, aún deja embelesados a aquellos de nuestros coetáneos que se acercan a su obra. Las profundas especulaciones filosóficas de Martin Heidegger o los ensayos a pie de calle de Siegfried Kracauer, siempre a vueltas con las tecnologías avanzadas y la sociedad de masas, nos ayudan a comprender mejor las circunstancias de la época que nos ha tocado vivir. ¿Qué cinéfilo empedernido no recuerda El gabinete del doctor Caligari, Metrópolis o Berlín, sinfonía de una ciudad?

También en otros aspectos, sobre todo como advertencia de peligro, aún pervive el eco de la Alemania de Weimar, una sociedad zarandeada por una economía en crisis y enquistados conflictos políticos. La sombra de la Primera Guerra Mundial se cierne sobre la historia de la República. Por mucho empeño que economistas e historiadores de nuestros días pongan en matizar la carga insoportable que, para la Alemania de la época, supusieron

las exigencias económicas del Tratado de Paz de Versalles, los alemanes estaban persuadidos del injusto trato al que los sometían los vencedores de aquel conflicto bélico. Las críticas a los aliados no se hicieron esperar y, como es de suponer, tampoco se salvaron de ellas ni los judíos ni los socialistas alemanes, acusados de todos los males que se derivaron de aquel desastre: revueltas ciudadanas, hiperinflación, depresión, quiebras y todas las adversidades que puedan imaginarse. La Alemania de Weimar evoca las graves dificultades que pueden surgir cuando en una sociedad no hay consenso para mirar al futuro y cualquier diferencia, por nimia que sea, desencadena enfrentamientos políticos entre ciudadanos, cuando los asesinatos y la violencia callejera se convierten en el pan nuestro de cada día y las fuerzas antidemocráticas buscan la salida más fácil: convertir a las minorías en cabeza de turco. Representa, por encima de todo, una señal de peligro, porque todos sabemos cómo acabó: con la asunción del poder por los nazis el 30 de enero de 1933.

A pesar de los innumerables conflictos y desastres, el periodo de Weimar fue también un momento de enormes avances, tanto en el terreno político como en el cultural. El hundimiento del antiguo régimen imperial durante la guerra y la revolución espolearon la imaginación en lo político y en lo social. Durante ese periodo, los alemanes supieron conciliar un sistema político liberal, en un sentido muy lato, con avanzados programas de bienestar social que introdujeron importantes mejoras en la vida de la gente normal: la jornada laboral quedó reducida a ocho horas, mucho más tolerable; la prestación por desempleo parecía presagiar una nueva era en la que los trabajadores quedarían a cubierto de las volubles circunstancias de los ciclos económicos; la oferta de vivienda pública garantizaba que los trabajadores más cualificados y los oficinistas tuvieran la posibilidad de mudarse de sus antiguas viviendas a edificios más modernos y saludables, dotados de agua corriente, cocinas de gas y electricidad; se reconoció el derecho al voto de las mujeres; había una prensa libre y puntera. Se pusieron los medios para edificar un futuro, armonioso y próspero, basado en ideas como el nudismo o el comunismo. Terapeutas sexuales y agitadores populares defendían que todo el mundo tenía derecho a disfrutar de una vida sexual rica y placentera. Como en el cine, el espectáculo servido por los dioses del consumo abría la posibilidad de llevar una vida diferente y más dichosa, por mucho que, a las siete de la mañana del día

siguiente, hubiera que levantarse para acudir al trabajo, a la oficina o a ponerse detrás del mostrador. La guerra y la revolución despejaron el camino hacia unos ideales utópicos. Según la persona que hablase, quedaba claro que, gracias a la arquitectura moderna, a la fotografía, a las urbanizaciones o a las manifestaciones callejeras, era posible cambiar el mundo: la seguridad y la confianza fueron el motor de una inspiración que cristalizó en una creación artística y en un pensamiento filosófico sin precedentes.

Los alemanes no eran los únicos que estaban empeñados en seguir esa senda. La estela del cataclismo de la Primera Guerra Mundial sirvió para que las mujeres se ganasen el derecho al voto en Inglaterra, París abriese sus puertas al arte moderno, los arquitectos holandeses ideasen nuevas formas, y grupos políticos y multitudes en Viena, Budapest o Petrogrado derrocasen regímenes imperiales anticuados con la esperanza de construir un deslumbrante futuro político. Para lo bueno y para lo malo, los alemanes observaban y sacaban consecuencias de cuanto acontecía a su alrededor. Fueron años, sin embargo, de intensa desazón. A diferencia de los países vecinos de Occidente, Alemania había perdido la guerra, y sufría graves secuelas políticas, económicas y ciudadanas. No había planteamiento o debate que no se viera ensombrecido por la cuestión de la responsabilidad de haber iniciado la guerra, o por el monto de las reparaciones exigidas. Tras la derrota, los sufrimientos y adversidades de los ciudadanos alemanes quedaban sin recompensa. No sólo no había compensaciones económicas, tampoco la satisfacción que produce cantar victoria después de un sacrificio tan duro como prolongado. A diferencia también de Rusia, país colindante por el este, Alemania no había vivido una revolución que hubiese enterrado el poder y el prestigio de las clases dirigentes tradicionales. Se había quedado a medio camino en una transformación que, si bien sirvió para democratizar el país, en lo sustancial no alteró el antiguo orden social establecido, con la consiguiente falta de consenso e interminables controversias. Las cuestiones fundamentales, las referidas a cómo habría de ser Alemania y las relaciones que habría de establecer con los países limítrofes, eran motivo de inacabables enfrentamientos.

El desastre de la guerra mundial y el acicate de la revolución –situaciones por las que pasaron muchos países europeos, pero que en Alemania

adquirieron tintes propios– fueron el detonante del proyecto y de las ideas que plasmaron en la realidad los próceres de Weimar, ya fueran arquitectos o pintores visionarios, reformistas políticos, revolucionarios de izquierdas o sesudos pensadores de la derecha conservadora y autoritaria. A todos por igual los animaba una idea más profunda, de más hondo calado: la sensación de que vivían los albores de una era de modernidad. En la década de 1920, la economía alemana dependía fundamentalmente de la agricultura, de pequeños negocios y de artesanos especializados, que convivían con clases privilegiadas, a la antigua usanza, cómodamente instaladas en la oficialidad de la milicia, la burocracia estatal y la jerarquía de las dos iglesias cristianas, la católica y la protestante. Aquel viejo mundo tan idealizado de terratenientes aristócratas y aparceros, de estados alemanes independientes que conformaban una Alemania unificada, dirigida en lo político por príncipes, reyes y emperadores y dotada de una rígida estructura de clases, tenía que afrontar nuevos retos. El centro de gravedad social se había desplazado a la ciudad, con su algarabía de ruidos e imágenes, a las estruendosas fábricas y minas que producían lo que demandaba una economía industrial avanzada, a las tensiones y conflictos propios de una “sociedad de masas”; un mundo en el que la mayoría de los trabajadores cumplía con su cometido a cambio de un sueldo, de un salario; de ciudadanos que, gracias a la lectura de periódicos, seguían los dictados del comercio y de la cultura, compraban en grandes almacenes, escuchaban concursos radiofónicos o iban al cine al menos una vez por semana; con tal de conseguir el voto, también la política recurría a las movilizaciones de masas, manifestaciones frente a los ayuntamientos o a las puertas de la fábrica, sin hacer ascos a las armas, caso de que se produjese alguna revuelta callejera.

Cualesquiera que fueran sus tendencias políticas o culturales, los protagonistas de Weimar no eran ajenos a las tensiones que generaba el advenimiento de la época moderna. No les quedaba otra salida. Quienes trataban de evitarlo, retirándose a la Selva Negra, atrincherándose en sus casas muniquesas o en pueblos alpinos en régimen de casi reclusión, autoproclamándose representantes de los “valores alemanes tradicionales”, los opuestos a las ideas modernas, no tenían más remedio que recurrir a los periódicos y a la radio para difundir sus ideas y animar a sus seguidores, cuantos más mejor, para que acudieran a votar o se dispusieran a dar la cara.

Otros abrazaban la modernidad sin reservas, defendiendo la participación del pueblo en la política y en la sociedad industrial, desarrollando nuevas formas de expresión –arte abstracto, música dodecafónica, arquitectura de líneas depuradas y materiales industriales– que, según ellos, representaban más adecuadamente las tensiones, los conflictos y las vivencias propios de su tiempo. Si la creatividad de la República de Weimar supuso un hito cultural y político, fue gracias a aquellos artistas plásticos, escritores y políticos que supieron desentrañar el sentido de la modernidad, algunos impulsándola por nuevos caminos, luminosos y emancipadores, y otros siguiendo derivas autoritarias, sanguinarias y terriblemente racistas.

La Alemania de Weimar: presagio y tragedia da cuenta de los aspectos más sobresalientes del periodo comprendido entre 1918 y 1933, ya se trate de cuestiones políticas, económicas, culturales o sociales, como de las interrelaciones entre unas y otras. Con este propósito, se han utilizado un sinnúmero de fuentes de la época, impresas, gráficas o sonoras, así como los más que abundantes estudios, históricos o de cualquier otra índole, sobre este periodo.[1] Se ha prestado especial atención a Berlín, como capital política y cultural, sin descuidar por eso otras circunstancias en el ámbito rural y en ciudades y pueblos del país. Asimismo, intentamos poner de relieve los elementos más llamativos e innovadores de este periodo tan conflictivo, bronco, dinámico y difícil. En ningún momento se ha restado importancia a las graves limitaciones a las que estaba sometida la sociedad de Weimar: las imposiciones de los aliados, por un lado, o el desplome económico internacional, por otro; las repercusiones de la tradición autoritaria alemana, o la aparición de una nueva derecha radical, más peligrosa y proclive a la violencia. Por fin, y como es natural, analizaremos aquello que se hizo mal, las razones que culminaron en aquel desastre, para llegar a la conclusión de que la República de Weimar no se hundió por sí misma, sino que su caída se debió a una conjunción de fuerzas de la derecha tradicional, hostil al régimen desde el primer momento, y de la extrema derecha, de nuevo cuño. La derecha –empresarios, nobles, funcionarios gubernamentales y oficiales del Ejército– era poderosa y ocupaba puestos clave. Sin olvidar que también los comunistas trataron de enterrar la República, el peligro más grave siempre lo planteó la derecha.

No hay razones plausibles para considerar, sin embargo, los doce años del Tercer Reich como una mera prolongación de los catorce que duró la República de Weimar. Si damos por sentado que ningún acontecimiento histórico viene predeterminado, menos aún en el caso de la victoria nazi. No hay duda de que los conflictos y las limitaciones del periodo de Weimar supusieron un balón de oxígeno para el movimiento nazi, pero afirmar que Weimar no fue sino el preludio del Tercer Reich es una mixtificación. La Alemania de Weimar fue un momento histórico apasionante, y muchas de las creaciones artísticas, avances filosóficos e iniciativas políticas que surgieron entonces abrigaban la esperanza de un mundo mejor, un enfoque que aún tiene sentido en nuestra época.

1 Estudios muy recientes sobre aspectos sociales, culturales y referentes a cuestiones de género nos acercan de forma más precisa a la situación política y social que se vivía en la época de Weimar. No hay que olvidar, con todo, algunos trabajos anteriores, y otros más o menos recientes, referidos a las circunstancias económicas y a la vida política de aquel momento. Como a continuación de las notas se incluye un apéndice bibliográfico, hemos optado por no incluir en el texto las líneas argumentales expuestas en las fuentes que allí se mencionan.

I

UN COMIENZO AGITADO

Nunca es plato de gusto contemplar el regreso de un ejército derrotado. El gesto hosco de los soldados andrajosos torna más descorazonadora si cabe la visión de las heridas vendadas y los miembros amputados, de hombres que cojean y caminan con ayuda de muletas (véase fig. 1.1). Con todo, el 10 de diciembre de 1918, cuando sólo llevaba un mes en el cargo, Friedrich Ebert, presidente del Consejo de Representantes del Pueblo, afrontó con coraje el discurso de bienvenida a los soldados derrotados que volvían a casa.

Compatriotas, bienvenidos a la República de Alemania, bienvenidos a la patria, que tanto os ha echado de menos…

Os recibimos con entusiasmo […] El enemigo no ha podido con vosotros. Sólo tras constatar la aplastante superioridad en efectivos y armamento del adversario, renunciamos a seguir combatiendo […] Habéis impedido que los enemigos invadiesen nuestra patria. Habéis salvado a vuestras esposas, a vuestros hijos, a vuestros padres, de morir asesinados, del fragor de una guerra. Habéis contenido la devastación y la destrucción de las tierras de labranza y de las fábricas de Alemania. Por eso, de todo corazón, aceptad nuestro más profundo agradecimiento.[1]

Ebert, que había sido partidario de la contienda y perdido a dos de sus hijos en el conflicto, no podía censurar la guerra como un trágico despilfarro de vidas humanas y recursos materiales. Trataba de encontrarle un sentido.

Pretendía, al tiempo, preparar a los soldados para los drásticos cambios que se habían producido en el país. Los alemanes se habían deshecho de los anteriores gobernantes, una auténtica desgracia para la nación, y podía afirmar que el pueblo alemán era ya el único dueño de su destino, que el futuro de la libertad en Alemania dependía de ellos, de los que regresaban. “Nadie como vosotros ha sufrido en carne propia la injusticia del régimen anterior. Pensando en vosotros, abolimos tan funesto sistema. Sólo pensando

en vosotros, luchamos por la libertad y establecimos los derechos de los trabajadores”. No estamos en condiciones de daros la bienvenida con grandes dispendios y alharacas. Nuestro “desdichado país está empobrecido”; los vencedores nos imponen rigurosas y onerosas cargas. “Pero sobre esas ruinas, levantaremos una nueva Alemania”.[2]

Durante la Primera Guerra Mundial fueron llamados a filas más de trece millones de hombres, el 19,7 % de la población masculina de la Alemania de 1914. Cuando se firmó el armisticio, el 11 de noviembre de 1918, casi ocho millones seguían en activo.[3] La razón que les habían dado para ir a la guerra era que había que defender la patria contra la barbarie rusa, que amenazaba con llevar el caos y la destrucción a suelo alemán; contra los belgas y los franceses, que habían hecho sus apaños para repartirse Alemania y las mujeres alemanas; contra los ingleses y los norteamericanos, que codiciaban la riqueza de la nación y temían la competencia económica que el país pudiera suponerles. No todos los alemanes se mostraron dispuestos a ir a la guerra: en el verano de 1914, en muchas ciudades y localidades se escucharon vibrantes discursos a favor de la paz y de entablar negociaciones. Pacifistas, como el joven arquitecto Bruno Taut, y socialistas radicales como Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, no dudaron en hacer pública su oposición al conflicto, prueba definitiva, según ellos, de la falta de humanidad del capitalismo. Sus voces quedaron silenciadas, no obstante, por el precipitado llamamiento a la guerra lanzado por el káiser Guillermo II, sus generales y los responsables civiles del Gobierno. Aunque habían sido considerables los avances de la democracia en Alemania durante las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, el Ejército y el Gobierno sólo obedecían las órdenes del káiser, no las que procedían del Reichstag y, mucho menos, la voluntad del electorado.



Fig. 1.1.: Heridos y abatidos, los soldados alemanes regresan de Bélgica al finalizar la Primera Guerra Mundial. Nada tiene que ver esta imagen con las de agosto de 1914 cuando, entre discursos de alabanza y bajo un diluvio de pétalos de flores, rodeadas del clamor popular, las tropas alemanas partían para el frente.

Ninguno de los soldados que engrosaron las filas del Ejército alemán en aquella guerra inició el regreso a casa, el 11 de noviembre de 1918, con el mismo espíritu que en 1914, en 1916, o incluso en los meses de septiembre y octubre de 1918, cuando llegaron al frente los últimos reclutas. Tan elevado fue el número de bajas que ninguno de los soldados que volvía se encontró con la misma familia, localidad o ciudad que había dejado al partir para la guerra. En Elkenroth, por ejemplo, un pueblo pequeño de unos setecientos habitantes, en Rheinland-Pfalz, noventa y un hombres fueron llamados a filas: el veintiuno por ciento murió; un veintitrés por ciento regresó herido.

[4] Ni uno solo de sus habitantes dejó de verse afectado por la pérdida de alguno de los suyos, por las secuelas físicas o psicológicas de la guerra. En pocas palabras: unos dos millones de alemanes perdieron la vida, y alrededor de cuatro millones doscientos mil resultaron heridos durante la Primera Guerra Mundial. Un diecinueve por ciento de la población masculina desapareció como consecuencia del conflicto.[5] Muchos de los supervivientes padecieron durante toda su vida espantosas heridas físicas y psicológicas. A algunos los ocultaron sus familias o, por propia voluntad, pasaron el resto de su vida sin contacto con la sociedad. En los años que siguieron a la guerra, lo normal era ver por las calles heridos de guerra que escondían sus rostros desfigurados con máscaras, que disimulaban la ceguera con gafas oscuras, y sillas de ruedas en las que se desplazaban quienes no podían caminar. Por si fuera poco, los médicos tuvieron que vérselas con una nueva "enfermedad", la neurosis de guerra, el autismo y los terrores que los soldados habían desarrollado en reacción a los incesantes bombardeos que habían padecido en húmedas e inmundas trincheras.

Cuando aquellos soldados descendían del tren que, por fin, los devolvía a su casa, se encontraban con que sus mujeres habían tenido que hacer frente a horrores similares. En la primavera de 1915, se estableció el racionamiento en todo el país: la escasez de alimentos era una realidad ineludible. En el invierno de 1916 a 1917, los chavales de cinco a siete años de Essen disponían de un cuarto de litro de leche tres veces por semana.[6] Las autoridades de la ciudad no tuvieron otro remedio que reconocer que, para sortear la escasez de trigo y de centeno,[7] el pan llevaba tantos aditivos –harina de judías, y hasta serrín, en ocasiones– que era prácticamente incomestible. En aquellas fechas, el "invierno de los nabos" se hizo realidad para muchos alemanes. Años más tarde, un hombre que estaba en edad escolar durante la guerra recordaba que tomaba nabos para desayunar; que, cuando desenvolvía la comida que su madre le había preparado, sólo encontraba nabos, y que, al volver a casa, también había nabos de cena.[8]

Las mujeres, por su parte, trabajaron en fábricas de municiones. Con todo, se ha exagerado algo la novedad que esto supuso, porque eran muchas las que ya trabajaban en las fábricas alemanas desde antes de 1914. Los requerimientos de una guerra mundial, sin embargo, doblegaron la economía y la sociedad, y todo el país se movilizó para ayudar al Ejército alemán; en

consecuencia, fueron muchas las mujeres que se vieron obligadas a trabajar en industrias metalúrgicas y armamentísticas. Precisamente en aquellas fábricas donde su presencia había sido escasa y sólo se las contrataba como auxiliares, en aquellos momentos las mujeres fueron legión y oficiales de primera reconocidas. En Essen, en la factoría Krupp, principal fabricante de armamento de Alemania, de una plantilla de 41.764 trabajadores en agosto de 1914, sólo 963 eran mujeres. A finales de 1917, la plantilla se había triplicado, y un tercio, 28.664, eran mujeres.[9] Antes de la guerra, la mayoría de las empleadas trabajaban como personal de limpieza o en las cocinas. En 1917, llenaban cartuchos de pólvora, pulían metales y trabajaban en tornos y fresadoras para sacar adelante la producción.

Era un trabajo penoso, y se realizaba en condiciones deplorables. Alfred Döblin, uno de los principales escritores de la Alemania de Weimar, relata en su novela A People Betrayed, cómo uno de los personajes, Minna Imker, cuenta a su hermano, que acaba de llegar del frente, las condiciones de trabajo en una fábrica de armamento en Berlín: muchas horas de esfuerzo y poco dinero; por culpa de la pólvora que tenían que manejar, el pelo se le había puesto verde. No sólo se quejaba de los jefes y capataces, o de las duras circunstancias impuestas por la guerra.

Trabajamos a destajo. Los hombres son los encargados de calibrar las máquinas; a veces, tocan a seis tornos por cabeza. Mientras lo hacen, nos quedamos mano sobre mano perdiendo el tiempo, sabiendo que nos pueden despedir. El hombre que te ha tocado en suerte se lo está pasando en grande junto a la máquina de su novia, mientras las demás estamos esperando. Hay veces, Ed, en que me pongo realmente furiosa. ¿De qué hablan mientras comen y beben, cuando no es de carreras de caballos? De mujeres, claro. Se cuentan unos a otros quién es buena en la cama; se aprovechan de nuestra miseria igual que los patronos, lo mismo que Guillermo o sus generales.[10]

Las mujeres también dedicaban sus largas horas a buscar comida y algo para entrar en calor. Mientras abuelas y tías hacían colas interminables para conseguir exiguas raciones de pan, las mujeres jóvenes cumplían sus turnos en las fábricas. Hordas de mujeres y chavales recorrían los balastos de las vías en busca de trozos de carbón que se hubieran caído de los trenes, o rastreaban los campos como espigadores bíblicos. A medida que las mujeres protagonizaron protestas más sonadas, llegando a invadir y saquear

almacenes y mercados, la policía reaccionaba con un sentimiento encontrado de exasperación, sorpresa y comprensión. Ya en 1915, informes policiales de Berlín aseguraban que “innumerables familias pasan días y días sin tomar mantequilla ni otra grasa, comen el pan a secas y cocinan sin manteca […] Hasta los mejores y más leales patriotas comienzan a dar muestras de pesimismo”, al tiempo que los propios policías admitían que “detestaban [tener que tomar] medidas drásticas contra las mujeres”. En su opinión, “las largas horas de cola de las amas de casa, normalmente para nada” las convertían en presa fácil de agitadores políticos.[11]

Si el trabajo en las fábricas y la búsqueda de comida resultaban agotadores, mucho peor era la pérdida de seres queridos, maridos, hermanos o amantes que jamás regresaron de Francia, Bélgica o Rusia. Los que volvían, lo hacían heridos, física o psicológicamente. El dolor de tales pérdidas era imposible de olvidar. Quizá nadie lo expresó mejor que la artista y pacifista Käthe Kollwitz: perdió a su único hijo en los primeros meses de la guerra y se pasó la vida tratando de exorcizar la pena con ayuda de su arte. La escultura Madre e hijo (fig. 1.2.), más conocida como La Piedad, que finalizó entre 1937 y 1938, constituye un triste y amargo testimonio del desastre de la guerra. Poco contribuyó a mitigar su pena esa obra de arte, expresión del dolor que sufrían tantas madres alemanas.[12]



Fig. 1.2.: Käthe Kollwitz, Madre e hijo, o La Piedad, 1937-1938. Tratando de mitigar el dolor que sentía por la pérdida de su hijo en la Primera Guerra Mundial, la escultora tardó años en dar por terminada esta figura. Tras una

serie de controversias, puede contemplarse en la Neue Wache de Berlín, como símbolo de los muertos por Alemania y de todas las víctimas de la guerra (Fotografía de Ullstein / The Granger Collection, Nueva York).

La experiencia de los años de guerra, los horrores del frente y las penurias en el hogar culminaron en un sentimiento de liberación por parte de innumerables hombres y mujeres. La locura de la guerra se llevó por delante muchas de las convenciones sociales y artísticas. Un fogoso entusiasmo, la experimentación en el terreno del arte, la ostentación de la sexualidad y de las relaciones poco convencionales, una energía vibrante y vertiginosa, fueron la consecuencia directa del desorden que desencadenó la Primera Guerra Mundial, ecos distorsionados de tan magno desastre. Después de tantas vidas segadas a destiempo, o echadas a perder por culpa de las balas o el gas, arraigó el sentimiento profundo del carácter efímero de la existencia, un intenso deseo de aferrarse a la vida en todas sus manifestaciones, de sentir el amor, el sexo, la belleza, el poder, los coches rápidos y los vuelos en avión, de hacer locuras en el baile y en el teatro.

Para muchas mujeres, la fábrica y la ciudad representaron una liberación de las estrictas normas de sus padres, pastores o curas, y de los cotilleos de pueblo. Por duro que fuera el trabajo, el dinero que recibían a cambio les hacía sentirse emancipadas, impresión que se mantuvo durante los años de la República de Weimar. Las fuerzas del orden –funcionarios, policías, capataces y jefes, incluso padres, maridos y hermanos– contemplaban con preocupación estos cambios: ya se encargarían ellos de que las fábricas, después de la guerra, volvieran a ser el universo masculino que siempre habían sido. Sólo a medias alcanzaron su objetivo: las mujeres fueron apartadas de algunos sectores, como el metalúrgico, pero, en términos generales, la economía andaba necesitada de mano de obra femenina –mucho más barata que la masculina, por otra parte– y las mujeres necesitaban trabajar para salir adelante ellas y sus familias. No puede decirse, pues, que la población femenina se quedase recluida en casa.

La guerra también echó por tierra los conceptos tradicionales de respeto y sumisión ciega a la autoridad. A fin de cuentas, había sido un conflicto provocado por las clases dirigentes alemanas y europeas. Fue la primera guerra de todos contra todos, y el Estado contrajo enormes responsabilidades, controlándolo todo, desde la mano de obra y las materias

primas hasta la distribución de comida. Trató incluso de controlar la vida sexual, llegando a amenazar a las mujeres que se echaban amantes con que sus maridos en el frente correrían la peor de las suertes. El Estado también prometió un magnífico futuro, una Alemania próspera y fuerte tras la victoria, una Alemania que se enseñorearía del continente, una posición dominante que sólo reportaría beneficios a todos y cada uno de los alemanes. Cuando, hacia el tercer año del conflicto, se comprobó la insustancialidad de tales promesas, muchos alemanes la emprendieron con los símbolos y las instituciones que les habían llevado a la guerra. Inquietos, los funcionarios constataban el descontento de la población, el menosprecio hacia los hasta entonces sagrados símbolos de Alemania, la familia imperial y los oficiales del Ejército, la falta de respeto hacia capataces y jefes. El pintor George Grosz plasmó estos sentimientos a la perfección en muchos de sus dibujos y pinturas, como Los curanderos (fig. 1. 3.), una viñeta en la que unos médicos y oficiales del Ejército declaran que un esqueleto es apto para cumplir con sus obligaciones militares. Los dibujos caricaturescos de Grosz son una muestra del desprecio que muchos alemanes sentían hacia sus dirigentes. Dueño ya de por sí de un carácter endemoniado, a Grosz acabó por sacarle de quicio la inutilidad de aquella guerra. En su caso, como les ocurriría a tantos alemanes, la crueldad de la contienda socavó la noción de consideración a la autoridad, hasta el punto de que, durante los catorce años de la República, jamás logró imponerse nada parecido a la obediencia o el respeto

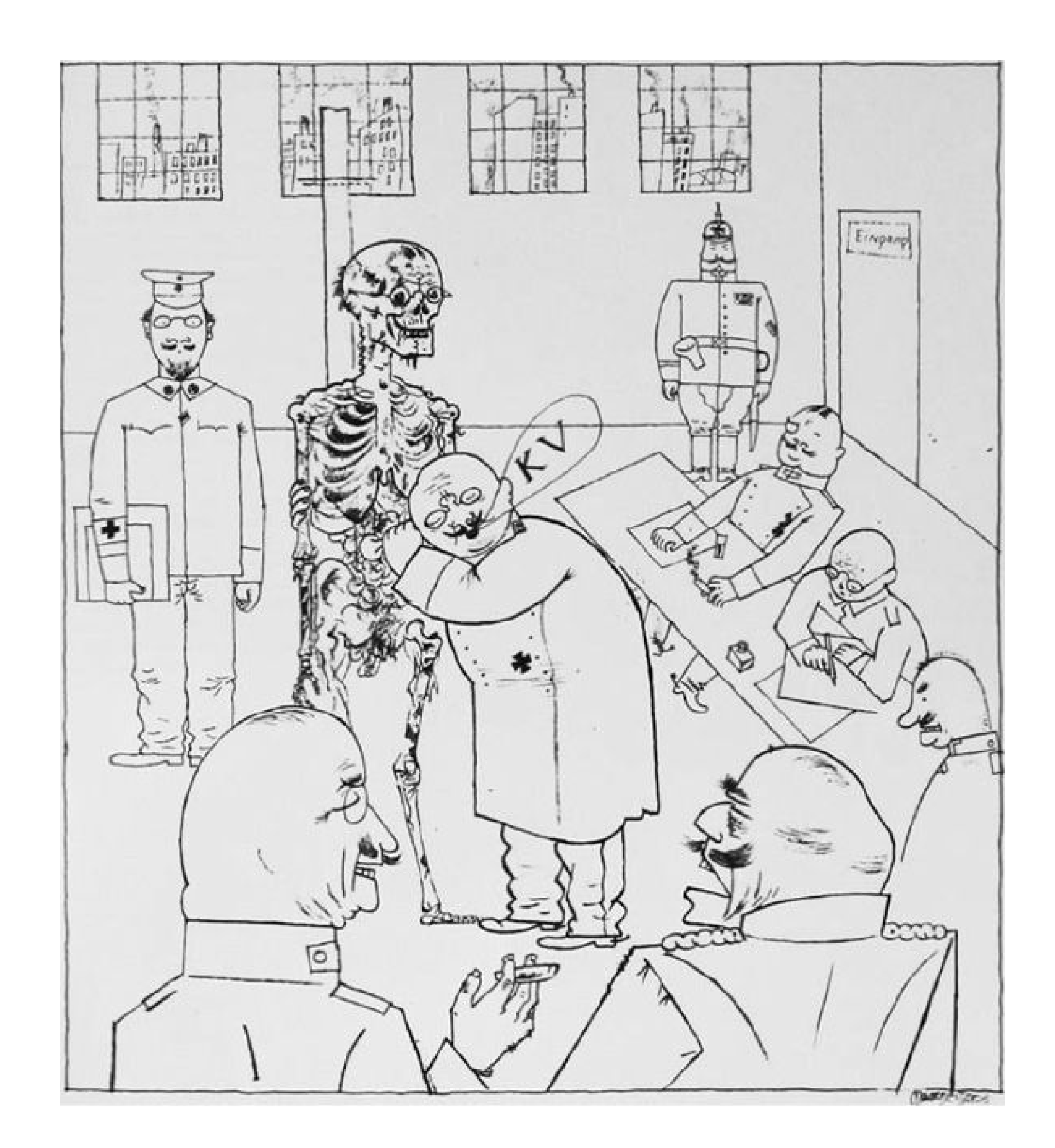


Fig. 1.3.: George Grosz, Los curanderos, o Apto para su incorporación a filas, 1916-1917. Caricaturesca descripción de la colaboración entre médicos y militares. El médico que examina al esqueleto afirma que es “apto para su incorporación a filas”, mientras unos oficiales se lamentan de que la gente haga huelga y siga las consignas de la revolución (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Vegap, Madrid, 2009).

El 21 de marzo de 1918, el Ejército alemán inició la gran ofensiva final en el frente occidental, poniendo toda la carne en el asador: hombres, reservistas y municiones. La campaña se prolongó durante dos semanas y, aunque se consiguieron algunos avances, nunca se logró doblegar las defensas aliadas. Desnutridos, cuando llegaron a las avanzadillas aliadas, los soldados alemanes se abalanzaron sobre los víveres que encontraron, y ninguna amenaza de los oficiales bastó para evitar que se saciaran.[13] La falta de alimentos no fue sino una más de las razones que concluyeron en el desastre de aquella ofensiva. Alemania sólo disponía de recursos humanos y materiales para tratar de mantener las posiciones alcanzadas. Durante los meses siguientes, el mando militar ordenó llevar a cabo pequeñas ofensivas, la última en julio, en Reims, que se quedó en agua de borrajas como tantas otras. A finales de julio y durante el mes de agosto, los aliados tomaron la iniciativa de nuevo, obligando incluso a las tropas alemanas a huir en desbandada, el 8 de agosto de 1918, ante un ataque con carros blindados en los alrededores de Cambrai.[14]

Pasaron unas cuantas semanas antes de que las autoridades se hicieran cargo de la situación desesperada por la que atravesaba Alemania. En los últimos días de septiembre, llevados por el pánico, aunque más tarde tratasen de disimularlo, los dos máximos responsables del Alto Estado Mayor, el mariscal de campo Paul von Hindenburg y el general Erich Ludendorff, fueron a ver al káiser Guillermo II para exponerle la necesidad de que Alemania solicitase un armisticio. Si bien, muchos meses antes, Ludendorff ya había caído en la cuenta de las graves carencias del país en lo militar y en lo económico, no advirtió de la situación ni al káiser ni al gobierno civil. Por supuesto, la población alemana, bombardeada con grandes promesas, permanecía en la más completa ignorancia. Ludendorff sobre todo, con un ojo puesto ya en lo que habría de venir, trató de que la responsabilidad del desastre recayese en un gobierno de civiles, formado por partidos parlamentarios (no sólo atendiendo a los deseos del káiser) para, por ese camino, dejar a salvo el honor de los oficiales y del Ejército alemán. Sabido es que el káiser se quedó desconcertado, pero Hindenburg y Ludendorff no dejaron de insistirle en la conveniencia de iniciar contactos con el Gobierno norteamericano para poner fin al conflicto.

Norteamérica no entró en guerra hasta abril de 1917. En la famosa alocución programática de los Catorce Puntos que dirigió al Congreso el 8 de enero de

1918, así como en declaraciones y discursos posteriores, el presidente Woodrow Wilson se había referido a una paz justa y duradera, una paz que permitiera que todas las naciones pudieran desarrollarse en libertad.

No habrá anexiones, compensaciones ni represalias […] Se respetarán las aspiraciones de todas las naciones: los pueblos serán dirigidos y gobernados sólo con su consentimiento. La 'autodeterminación' es […] el principio fundamental de la acción, y habrán de rendir cuentas los estadistas que, en adelante, no se den por enterados.[15]

Tras el clamoroso desdén del que Alemania había dado muestras en cuanto a la neutralidad de los belgas, y los estragos perpetrados contra el territorio y las poblaciones de Francia, Bélgica y Rusia, Ludendorff y Hindenburg sabían que la única esperanza de una paz aceptable para Alemania estaba en manos de los norteamericanos. Igualmente comprendieron que, antes de sentarse a negociar en serio con Alemania, los norteamericanos reclamarían una muestra de voluntad de reforma política. Al mismo tiempo, pretendían que la responsabilidad de la inminente derrota, lejos de atribuirse al káiser y al Ejército, recayese en el Parlamento. Sólo cuando se vieron acorralados, los despóticos generales que durante dos años habían estado al frente de la dictadura militar en Alemania iniciaron un proceso de democratización.

El 3 de octubre de 1918, el káiser nombró canciller al príncipe Max von Baden, de ideas liberales, quien constituyó un nuevo Gobierno contando con la mayoría de los partidos representados en el Reichstag que, desde 1917, habían tratado de alcanzar una paz negociada. Dos de los miembros del nuevo Gobierno eran socialdemócratas. Hacía más de veinte años que la socialdemocracia era el partido mayoritario en Alemania, aunque siempre había quedado apartado del poder por los estamentos dictatoriales que regían el país. Que entrasen a formar parte del Consejo de Estado era ya un signo de que se había producido un cambio trascendental. El nuevo Gobierno mitigó los mecanismos de censura y permitió que abandonasen las cárceles en las que estaban confinados algunos de los agitadores contrarios a la guerra. A finales de aquel mismo mes, las autoridades emprendieron una serie de cambios de calado, que hicieron de Alemania una monarquía constitucional, con un Gobierno que tenía que rendir cuentas al Parlamento antes que al káiser. Se embarcó, asimismo, en una reforma del sistema electoral que pretendía liquidar la más que injusta ley del sufragio vigente en

Prusia, el mayor de los estados alemanes. El Gobierno del príncipe Max inició contactos con el de Estados Unidos, solicitando el cese inmediato de las hostilidades, de acuerdo con los Catorce Puntos. Alemania, por fin, parecía decidida a adoptar un régimen de corte liberal, garante de las libertades políticas y del derecho de participación; de ahí la premura, que pondría fin a la guerra.

No iba a ser un camino de rosas, sin embargo. Tras cuatro años de muertos, heridos, carencia de alimentos y sobrecarga de trabajo, se desataron las iras populares. Los norteamericanos, por otra parte, no estuvieron a la altura de la magnanimidad prometida. El intercambio de notas entre ambos Gobiernos provocó más de un escozor entre la burocracia alemana de alto nivel. Estados Unidos parecía no conceder demasiada importancia a los cambios políticos internos realizados hasta el momento. Cuando todos se habían hecho ilusiones de que podrían negociar con los americanos en términos de igualdad, éstos se dieron cuenta de que el káiser, rodeado de sus generales más próximos, conservaba el poder ejecutivo y, aunque simbólicamente, seguía al frente del país; en consecuencia, se negaron a atender las peticiones de aquel pueblo que había perdido con todas las de la ley la guerra más devastadora de la historia. A los alemanes les sorprendió y les molestó que los norteamericanos les exigiesen la pronta e inmediata desmovilización del Ejército, así como la retirada de todas las regiones que ocupaban. Los días 5 y 6 de noviembre de 1918, a menos de una semana del armisticio, el Ejército seguía adelante con las levas.[16]

En los últimos días del mes de octubre, cuando todo el mundo estaba al tanto de que, bajo cuerda, había negociaciones entre Estados Unidos y Alemania, los marineros del puerto de Kiel recibieron órdenes de atizar las calderas y hacerse a la mar. La participación en la guerra de la Armada alemana había pasado con más pena que gloria: el bloqueo británico del mar del Norte obligó a los barcos a permanecer amarrados durante la mayor parte del conflicto. La única acción destacable había sido el envío de los submarinos que hundieron un convoy mercante bajo bandera americana, que acabó con la vida de muchos de los pasajeros y que desencadenó la participación de Estados Unidos en la guerra. A bordo o en tierra, los marineros padecían las consecuencias del racionamiento mientras, a pocos metros, los oficiales disponían de raciones suficientes y bien preparadas. Por si fuera poco, aquellos hombres soportaban un régimen disciplinario extremadamente

severo. De modo que, cuando recibieron la orden de atizar las calderas, se preguntaron: ¿no se les habrá pasado por la cabeza, a la desesperada y como último recurso, presentar batalla a los británicos? ¿No pretenderán hacerse a la mar y realizar una proeza heroica de última hora, según esa perversa interpretación del código del honor que afirma que, en la batalla, más vale morir con las botas puestas que admitir la derrota? No hay duda de que los almirantes trataban de librar una gran batalla naval contra los británicos para demostrar el temple de la Armada alemana y asegurarse el futuro. Pero había algo más importante en juego: pretendían acabar con las recién iniciadas conversaciones con Estados Unidos para el cese de las hostilidades –que, recordemos, se llevaban bajo cuerda– y las reformas políticas que se habían emprendido. Para un marino, más valía morir en el mar que aceptar una paz que, desde su punto de vista, era una deshonra.

Pero los marineros decidieron no secundarlos. El 29 de octubre de 1918, se amotinaron en la ciudad portuaria de Kiel, y aquella actitud prendió la mecha de la revolución que acabaría con la Alemania imperial. La revuelta de los marineros no tardó en ser imitada en los cuarteles de tierra y, más tarde, por los trabajadores de cada ciudad. Siete manifestantes perdieron la vida a causa de un enfrentamiento con una patrulla militar. En un intento por frenar la situación, partió para Kiel una delegación del Gobierno, encabezada por el dirigente del Partido Socialdemócrata (SPD), Gustav Noske. Lo primero que oyó de los marineros amotinados fue una petición de mejora de las miserables condiciones en que desempeñaban su cometido, pero sus exigencias no tardaron en revestir un matiz más político, exigiendo el final de la guerra y la abdicación del káiser. Pocos días después, la ciudad de Kiel quedaba en manos de los marineros, soldados y trabajadores.

Los marineros lograron algunas concesiones y fueron también los instauradores de un órgano que, con el tiempo, llegaría a ser una de las instituciones democráticas más sobresalientes de la revolución: el comité. Los comités habían aparecido durante las revoluciones rusas de 1905 y 1917 como órganos de expresión popular. En un intento por encontrar nuevas formas de representación política en una época de industrialización galopante y guerra mundial, en un momento en que trabajadores, soldados y marineros de toda Europa pasaron a desempeñar el papel de actores políticos decisivos, estos comités se erigieron en un símbolo para quienes tenían que soportar situaciones más que precarias. El modelo ruso inspiró a otros países

y, entre la Primera Guerra Mundial y los años siguientes, se formaron comités en Italia, Hungría y Austria, entre otros. En Alemania hubo comités de marineros, de trabajadores y soldados, incluso de artistas y agricultores. Fue un movimiento confuso y caótico, con miras políticas incipientes, pero por todas partes se extendía una forma popular de democracia, que permitía una participación política mucho más amplia y preocupada por asuntos de toda índole, como nunca había existido en Alemania.

Normalmente, los comités se elegían durante asambleas de trabajadores en huelga, de soldados en rebeldía o de artistas que buscaban un futuro para una galería o para un teatro. Los delegados se encargaban de negociar con las fuerzas del orden: jefes, capataces, funcionarios municipales, directores de teatro u oficiales del Ejército, y, a su regreso, informaban a sus compañeros. Podían deponerlos sin miramiento alguno los mismos que días u horas antes los habían elegido, o bien ser recibidos con vítores. Caóticos, escandalosos, anárquicos y, por lo general, mayoritariamente masculinos, estos comités o asambleas constituyeron una manifestación rudimentaria, pero muy importante, de expresión democrática. Una vez institucionalizados, los comités se limitaron a supervisar a los funcionarios civiles o los directores de fábrica. Despertaron también grandes esperanzas y espantosos pavores. Para sus partidarios, de extracción obrera sobre todo, los comités, especialmente en los momentos álgidos de la revolución, como el invierno de 1918-1919 o la primavera de 1920, eran la vía definitiva para llevar la democracia y el socialismo a Alemania. Para sus detractores, entre los que se contaban los tibios socialdemócratas, representaban la encarnación del “bolchevismo”, sinónimo de terror político, inseguridad, caos y desastre económico.

Con epicentro en Kiel, la revolución de 1918-1919 se propagó por tren. Su expansión puede seguirse con los horarios del ferrocarril en la mano, a medida que los marineros abandonaban la ciudad portuaria para llevar la noticia de que estaban hartos de aquella guerra y se habían amotinado contra los oficiales. Así, aquellos hombres llegaron a Bremen, Hamburgo, Bochum, Essen, Braunschweig, Berlín y, mucho más al sur, hasta Múnich y Baviera. Desde el momento en que se supo que los marineros reclamaban el inmediato final de la guerra, el derrocamiento del káiser y sus generales y la instauración de un nuevo Gobierno democrático, la noticia del motín fue muy bien recibida. Hombres y mujeres dejaron de lado sus herramientas de

trabajo, se concentraron en el patio o en el vestíbulo de las fábricas y exigieron lo mismo. Hubo llamamientos a la huelga general. Los soldados destinados en territorio alemán comenzaron a abandonar los cuarteles, e incluso algunos oficiales llegaron a reconocer que el káiser tenía que abdicar. Al canciller, el príncipe Max, la situación se le iba de las manos.

Los acontecimientos se sucedían muy deprisa. Procedentes de fábricas, minas y cuarteles, trabajadores en huelga y soldados confluían en el centro de las ciudades. En todas partes se eligieron comités de trabajadores y de soldados. El 9 de noviembre de 1918, mientras decenas de miles de personas se reunían en plazas públicas del centro de Berlín y muchas más intentaban llegar a la ciudad, el príncipe Max puso la Cancillería del Reich en manos de Friedrich Ebert, jefe del SPD, en un intento desesperado por mantener el orden. Fue un acontecimiento histórico, aunque ni Ebert ni los suyos pudieron saborear el éxito. El poder por el que durante tanto tiempo habían luchado les llegaba de un modo ignominioso, por decisión del último canciller del último Gobierno imperial, en un momento crítico de la historia de Alemania, cuando las compensaciones por la guerra y el desánimo de la derrota empañaban cualquier idea o iniciativa.

Desde la balconada del edificio del Reichstag, el dirigente del SPD Philipp Scheidemann proclamó la República en Alemania. A unos doscientos metros de allí, desde uno de los balcones del Palacio Real, el conocido socialista radical y agitador antibélico Karl Liebknecht proclamaba la república socialista. Ebert estaba furioso. Consideraba a Liebknecht, que acababa de salir de las cárceles del káiser, un radical furibundo, que estaba mucho mejor entre rejas. Scheidemann, sin embargo, era un camarada afín, y ningún organismo oficial, ni el Gobierno ni ningún partido político, había autorizado la proclamación de la República, un asunto que ni siquiera se había debatido. Ebert confiaba, por encima de todo, en que se llevase a cabo una transmisión ordenada y neutral de poderes. Incluso era partidario de la continuidad de la institución monárquica, aunque no en la persona del káiser Guillermo II. Pero, sometida a la presión conjunta de los norteamericanos y de las revueltas populares, la familia imperial tenía que desaparecer. Así, el 9 de noviembre, el káiser abdicó y nadie se atrevió a señalar a un posible sucesor. Wilhelm Groener, segundo de Ludendorff en el Estado Mayor, llegó a decirle al káiser: “El Ejército regresará a los cuarteles con calma y orden, cumpliendo las órdenes de sus jefes y generales, pero no por orden de

Vuestra Majestad, porque ya no contáis con el respaldo de las fuerzas armadas”.[17]

Scheidemann, en aquel momento al menos, demostró ser el político de más fino olfato. Había forzado la situación, y el 11 de noviembre de 1918, Ebert y los suyos formaron un nuevo Gobierno con sus correligionarios más cercanos y radicales, el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD). Aunque poco inclinados a compartir el poder, ambos partidos pusieron todo su empeño en llevar adelante la transición a la democracia: una avalancha de decretos bastó para instaurar la libertad de expresión y de religión, la libertad de prensa, el sufragio universal y equitativo, también para las mujeres, y para conceder una amnistía para los presos políticos. Una transformación trascendental, reclamada por las masas que atestaban las calles y los centros de trabajo.

El Gobierno puso manos a la obra rápidamente para dar la guerra por concluida. Había aún soldados en Francia, Bélgica o Turquía, países donde Alemania había iniciado la contienda. Las negociaciones con Estados Unidos no iban por el camino apetecido. Pero Alemania ya contaba con un Gobierno democrático, que depositó sus esperanzas en el presidente Wilson y aceptó las exigencias fundamentales de los norteamericanos para poner fin a las hostilidades: que el Ejército alemán abandonase los territorios ocupados en un plazo de dos semanas, y que entregase ingentes cantidades de material militar pesado a las tropas aliadas. La orilla izquierda del Rin, territorio alemán por otra parte, quedaría bajo el control de las fuerzas aliadas. Se revocaría de inmediato el Tratado de Brest-Litovsk, que Alemania había firmado con la Rusia revolucionaria, para asegurarse el control de una vasta zona de la Rusia europea. Los norteamericanos no prometieron nada en cuanto a las condiciones definitivas del tratado de paz, e incluso se negaron a presionar al Gobierno británico para que levantase el bloqueo del mar del Norte. Prevaleció la postura de mantener la cabeza fría, a pesar de que algunos oficiales (y también civiles) reclamaron lo que en Francia denominaban una levée en masse, una movilización masiva de la población contra el enemigo. Aunque con el paso del tiempo lo negarían, la mayoría de los oficiales de alto rango acabaron por admitir que no había otra salida que aceptar las exigencias de los aliados.

El 11 de noviembre de 1918, una representación del nuevo Gobierno se desplazó a Compiègne, en Francia, para firmar el armisticio que pondría fin a las hostilidades (el tratado de paz se redactaría más tarde). Los militares no se movieron del cuartel general de Spa. La guerra que tanto habían alentado y que, durante cuatro años, habían llevado a efecto con consecuencias tan desastrosas, concluyó no con sus firmas, sino con la rúbrica de Matthias Erzberger, del Partido del Centro Católico. Tratando de escurrir la responsabilidad de sus propios actos, los militares no tardarían mucho en afirmar que los traidores a la patria, es decir, los socialdemócratas, los judíos e incluso los católicos, como el propio Erzberger, habían impedido la victoria de Alemania. La infame leyenda de la puñalada por la espalda, esa insidia a la que, más adelante, recurriría Adolf Hitler con increíbles resultados, comenzó a fraguarse incluso antes de la firma del armisticio.

A finales de enero de 1919, el Ejército alemán, que en el momento del armisticio contaba con unos ocho millones de hombres, quedó reducido a un millón.[18] Aunque el orden y la disciplina brillaron por su ausencia, la desmovilización fue una operación asombrosa. Cientos de miles de hombres regresaron de Francia, Rusia o Turquía; muchos de ellos, con la ansiedad de volver, lo hicieron por sus propios medios. Un gran número de soldados se negó a entregar las armas. La sociedad alemana estaba hambrienta, destrozada y desalentada, y, por si fuera poco, en gran medida, armada.

La decisión no afectó sólo a los soldados. También había que desmantelar las enormes fábricas de armamento. Alemania ya no iba a necesitar tanta munición ni tantas ametralladoras. Decenas de miles de trabajadores se quedaron en paro: les dieron el finiquito, con un poco de suerte dos semanas de salario, y los embarcaron en el primer tren con destino a sus localidades o ciudades de origen. Millones de mujeres, contratadas por esas mismas fábricas durante la guerra, oyeron en términos no muy corteses que tenían que ceder sus puestos a los hombres que regresaban del frente. Krupp es, de nuevo, un buen ejemplo de la situación vivida entonces. Con implacable precisión logística, la compañía despidió a cincuenta y dos mil trabajadores; a finales de noviembre, todos habían abandonado Essen. Diez semanas después de la firma del armisticio, la plantilla había quedado reducida a treinta y ocho mil trabajadores, un tercio aproximadamente de la que tenía en 1917, inferior incluso a la nómina de 1914. Sólo siguieron en sus puestos unas quinientas de las casi treinta mil trabajadoras que integraban la plantilla en 1917.[19] Muchas lo hicieron de forma voluntaria, encantadas de dejar atrás las duras condiciones de trabajo y las ciudades insalubres y superpobladas, para regresar al lado de sus familias, asentadas en parajes más acogedores. Otras, sin embargo, echaban de menos el salario y la independencia relativa que la paga les había proporcionado. Con un lenguaje típicamente burocrático, los funcionarios prusianos precisarían que:

Hubo que sortear no pocas dificultades para que conseguir que las mujeres abandonasen sus puestos de trabajo (en las fábricas)… [Las mujeres] habían dado muestras de inteligencia y capacidad; los hombres, más quisquillosos, se negaron a aceptar tareas pesadas o empleos más precarios, o buscaban cambiar de puesto al poco tiempo. Fue necesario adoptar medidas especialmente rigurosas para sustituir a las mujeres en las fábricas de carbón, donde desempeñaban un trabajo totalmente inadecuado para ellas. [20]

Las autoridades también tuvieron dificultades con los empresarios que, en muchas ocasiones, preferían no desprenderse de la mano de obra femenina, más cumplidora y barata. Más de una vez amenazaron con cerrar las fábricas, si se veían obligados a desprenderse de sus trabajadoras.[21] No obstante, acabó por imponerse la política de apartar a las mujeres para hacer hueco a los soldados que habían regresado. A pesar de todo, algunas se las arreglaron para seguir formando parte de la mano de obra industrial y remunerada, aunque no en los puestos cualificados que habían ocupado durante los años de la guerra.[22]

Nerviosos, los funcionarios municipales acudían a la estación para dar la bienvenida a cada tren que traía una nueva remesa de soldados procedentes del frente. Las arengas referidas a la victoria sonaban hueras. Mucho más clarificadores eran los folletos que aconsejaban a los soldados que siguiesen adelante, hasta llegar a sus localidades de origen, porque las ciudades y pueblos por los que pasaban no podían ofrecerles trabajo ni cartillas de racionamiento.[23] Aquellos funcionarios temían sobre todo la aparición de soldados y marineros revoltosos, muchos de los cuales conservaban sus armas.

¿A qué se dedicaban estos soldados cuando regresaban a la patria? El teniente Friedrich Becker, gravemente herido, uno de los principales personajes de A People Betrayed [Un pueblo traicionado], de Döblin, deambula sin rumbo por Berlín, de mitin en mitin, asistiendo a asambleas y manifestaciones políticas, escuchando discursos, aunque sin participar demasiado. Un antiguo compañero, Krug, va a visitarle, y después acude a ver al director de su antiguo instituto. En respuesta a la descripción que Krug le hace de Becker, el responsable de la institución le dice: “Todos los

soldados regresan del frente un poco cambiados. No saben qué hacer con nosotros, los que nacimos antes de la guerra”.[24] Mientras se recupera de sus lesiones, Becker se da una vuelta por el instituto. El director quiere ofrecerle trabajo, pero no puede hacerlo. La economía del centro no se lo permite y, por si fuera poco, observa al héroe de guerra con cierta aprensión: no está seguro de si puede fiarse de aquél que, en su día, fuera un excelente profesor de literatura clásica, un hombre cultivado, de familia respetable y leal al káiser. Al final, Becker se queda mano sobre mano en casa y sufre una profunda crisis de nervios. Erich Maria Remarque pone en boca de Paul Bäumer, prota gonista de Sin novedad en el frente, el comentario que sigue:

Si hubiéramos regresado a casa en 1916, nuestros sufrimientos y la terrible experiencia nos habrían llevado a desencadenar una tormenta. Ahora, si regresamos lo haremos agotados, destrozados, quemados, desarraigados, desesperanzados: ya no sabremos qué hacer con nuestras vidas.

Y nuestros compatriotas no nos comprenderán, porque la generación anterior a la nuestra, aunque haya estado a nuestro lado durante estos años, tiene una familia, una profesión. Todos ellos volverán a sus antiguas ocupaciones y se olvidarán de esta guerra. Por otra parte, la generación que nos sigue nos parecerá ajena y nos dará de lado. Nos convertiremos en seres inútiles, incluso para nosotros mismos […] y, al final, en ruinas humanas. [25]

Atormentados por la incertidumbre del futuro, muchos de los soldados que regresaron pasaban a engrosar las filas de esa generación perdida de alemanes, incapaces de integrarse, de tomar la iniciativa y encauzar sus vidas.

Otros, sin embargo, encontraron en la política una forma de rehacerse. Durante el invierno de 1918-1919, en todos los mítines, manifestaciones y huelgas había soldados que, al contrario que el teniente Becker, sí tomaban parte activa en tales eventos. En Alemania no sólo se estaba produciendo un movimiento de soldados desmovilizados, marineros y obreros que recorrían el país de un extremo al otro, sino una auténtica marejada de protestas. El alemán cuadriculado, tantas veces objeto de sátiras y estereotipos, había

dejado de serlo para convertirse en un ciudadano ingobernable. Mineros hambrientos y hartos de trabajar se pusieron en huelga para reclamar una jornada de siete horas, y poco después la de seis horas y media. Los obreros se reunían en patios y vestíbulos, para pedir mayores salarios y el reconocimiento de los comités. Las mujeres atacaban a los comerciantes que fijaban los precios sin escrúpulos, y exigían que los funcionarios municipales y los oficiales del Ejército les proporcionasen el pan que tantas veces les habían prometido. Actores, tramoyistas, hasta el personal de la limpieza de los teatros, fueron a la huelga y eligieron sus propios comités. Se escribían y leían proclamas, se tomaron al asalto las imprentas y se obligaba a los impresores a componer las declaraciones revolucionarias. A lo largo de aquel invierno, las reivindicaciones se hicieron cada vez más radicales. Los obreros reclamaban la socialización de la industria; los soldados querían que sus comités se integrasen en el mando militar y que se aboliesen los galones de rango. Había quien abogaba por la instauración de milicias ciudadanas en sustitución de las fuerzas militares. Incluso los trabajadores del campo fueron a la huelga y eligieron sus propios comités. En ocasiones, aquellas algaradas terminaban de forma violenta: un oficial arrojado desde lo alto de un puente y tiroteado cuando trataba de llegar a nado a la orilla; un odiado capataz transportado en una carretilla y descargado en un basurero, o, lo que es peor, en el pozo de una mina. Por su parte, las clases medias, tratando de defender sus propiedades y su modo de vida, organizaron sus propios somatenes paramilitares.

Los artistas y los escritores se sumaron al movimiento con entusiasmo. La eliminación de la censura y el alboroto general les daban alas. Fundaron colectivos, organizaron comités y publicaron manifiestos en los que se exigía acabar con todo lo antiguo y superfluo. Incluso llegaron a pensar que eran la vanguardia de la revolución, los catalizadores de las masas.[26] Ciertamente, disfrutaron en esa época de una libertad sin límites para plasmar las fantasías más delirantes, desde los diseños de Bruno Taut para unos novedosos y extravagantes edificios en la cima de los Alpes, hasta el teatro expresionista de Franz Wedekind y Ernst Toller, que indagaba en las emociones más escondidas y proclamaba un nuevo espíritu de independencia.

Estas tendencias artísticas habían aparecido antes de la guerra, pero la revolución amplió hasta límites insospechados sus posibilidades y abrió las puertas a nuevas manifestaciones culturales. Eran, por otra parte, consustanciales a la gente joven: revolución y juventud iban de la mano. Desde luego, había quien pensaba que las perspectivas eran aterradoras: los jóvenes se comportaban de manera indisciplinada y disoluta, y ya no sentían respeto por sus mayores. Josef Hofmiller, experto en literatura, muniqués, profesor de instituto y, hasta la revolución de 1918-1919, censor oficial, informaba sobre las votaciones en los comités estudiantiles: en adelante, los estudiantes ya no tendrían que saludar respetuosa y humildemente a los profesores del centro; reclamaban, además, el derecho a leer los periódicos que quisieran y a almorzar donde les apeteciese, y no sólo en la cafetería del centro. A Hofmiller le incomodaba más la insolente confianza que tenían en sí mismos que las exigencias que planteaban. Tan embelesados los veía con las modas contemporáneas y la cultura de masas, leyendo a autores depravados como Dostoievski,[27] que afirmaba sentirse preocupado porque creía que llevaban una vida "por encima de su nivel intelectual", o estaban afectados de una suerte de "gripe cerebral".

El desprecio a la autoridad también se hizo patente desde el momento en que los soldados revolucionarios dijeron adiós a las charreteras, paseaban con el cuello de la camisa desabotonado, o recorrían la ciudad a toda velocidad, en coches descapotables, tocando el claxon. El Münchener Neuesten Nachrichten se hacía eco de la "pandemia que se extendía en forma de baile", mientras otros periódicos reseñaban el permanente "ambiente de carnaval" que imperaba en la ciudad. Durante la revolución, hasta en la católica Múnich era más que notorio el exacerbado erotismo al que tanta atención prestarían los escritores de la República de Weimar.[28] No sólo revolución y juventud iban de la mano; también el sexo y la política.

La propia revolución: tomar las armas, quebrantar la disciplina laboral para asistir a una asamblea, hacer huelga, acudir a manifestaciones o expresarse con entera libertad, ya era una alteración del comportamiento normal en la vida cotidiana. Aunque sólo durante un breve interludio, la gente experimentó una sensación de poder: tenían la posibilidad de modelar su mundo a su antojo. El 7 de noviembre de 1918, dos días antes de la

proclamación de la República en Berlín, el excelso poeta Rainer Maria Rilke acudió a una multitudinaria asamblea en el enorme vestíbulo de un hotel de Múnich. Allí tuvo ocasión de escuchar al famoso sociólogo Max Weber, "una de nuestras mejores cabezas, además de buen orador", que precedió al vibrante y apasionado anarquista Erich Mühsam, quien dio paso a unos cuantos estudiantes y soldados. Tal mezcolanza de personajes ya era una prueba de la revolución. El acontecimiento impresionó a Rilke: la multitud apretujada apenas dejaba paso a los camareros para que hicieran su trabajo; el aire denso, que olía a cerveza, tabaco y humanidad; la sencilla y directa retórica de la gente del pueblo. Un joven obrero se puso en pie e interpeló a Weber y a otros personajes eminentes que se encontraban en la tribuna. Muy formal, comenzó hablándoles de usted, aunque no tardó en tutearles, como parece propio de un momento revolucionario. "¿Habéis presentado ya una petición de armisticio?", preguntó. "En caso contrario, tendremos que hacerlo nosotros, no los caballeros que estáis ahí sentados. Hagámonos con una emisora de radio y hablaremos; seremos gente normal hablando con otros como ellos, que escuchan al otro lado. Y habrá paz; así de sencillo. Los profesores aquí presentes [refiriéndose a Weber y a otros] saben francés; ellos nos echarán una mano, y podremos exponer nuestras ideas con claridad".[29]

Así fue la revolución: trabajadores normales que se hacían oír y disponían de un foro donde expresar sus ideas, que trataban de buscar una salida a la complicada situación –guerra, hambre, duras condiciones laborales– que les había tocado vivir. Como es de suponer, no todo el mundo quedó tan impresionado con aquel movimiento como Rilke, aunque su primera impresión no tardaría en desvanecerse. En el vestíbulo de otro hotel, el escritor conservador Oswald Spengler fue testigo también de los acontecimientos revolucionarios que tuvieron lugar en Múnich el 7 de noviembre de 1918.

Me tocó vivir las abominables escenas del 7 de noviembre […] y aún las recuerdo con horror. La forma en que fue expulsado el káiser Guillermo, como quien se deshace de un canalla (Lumpenhund) […] tras haber trabajado sin descanso durante treinta años, sacrificándose por la grandeza de Alemania […] ¿Acaso la indomable clase baja (Pöbel), la misma que en otros países es ordinaria hasta decir basta, pretende que comulguemos con

su vulgaridad? [...] Creo que la revolución alemana se adentra por la senda de sus antecesoras: lenta destrucción del orden establecido, fracaso, radicalismo visceral, caos. Es preciso actuar con mano dura […] hasta que los tiempos estén maduros para que un selecto grupo […] asuma el poder. Nobles y oficiales prusianos, millares de trabajadores especializados, gente culta, artesanos, trabajadores, todos dotados de instintos prusianos […] Correrán ríos de sangre; cuanta más, mejor.[30]

Los liberales también estaban horrorizados ante el caos y el desconcierto que sembraba la revolución. En sus cartas a su hijo Gerhard (quien más tarde cambiaría su nombre de pila por el más bíblico de Gershom y, andando el tiempo, llegaría a ser un reconocido erudito del misticismo judío), Betty Scholem se lamentaba de que había huelgas y manifestaciones en la imprenta de la familia, y no ocultaba su preocupación por las reyertas callejeras a mano armada y la falta de electricidad.[31] Pero lo peor estaba aún por llegar. “Hemos dejado atrás una semana espantosa, lúgubre a más no poder […] El imperio del terror [de la Liga Espartaquista] nos ponía los pelos de punta”. Uno de los relojes más característicos de la ciudad fue derribado a tiros; llovían balas desde el escaparate de la carnicería de la localidad. Cuadrillas fantasmagóricas acechaban por doquier; la redacción del Vorwärts, el periódico del SPD, quedó arrasada.[32] Para Scholem, la revolución no auguraba un futuro esplendoroso.

En definitiva, la jerarquía empresarial quedaría restablecida y el Ejército mantendría a sus oficiales al mando. Pero la satisfacción por haber llevado a cabo una acción con pleno conocimiento de causa más allá de las cuatro paredes que delimitan la vida de cada cual, no desapareció. Sus ecos resonaron por encima de las agrupaciones de soldados, marineros y obreros que conformaron los círculos contestatarios de 1918-1919. La intensa vitalidad de la cultura durante la República de Weimar –la música, el teatro, el cine, la fotografía– surgió como consecuencia de un acto revolucionario, de una sensación psicológica de compromiso, de ese entusiasmo contagioso que lleva a pensar que se han traspasado todos los límites, que todo es posible. “¡Cuántas esperanzas albergamos al volver de la guerra!”, escribiría Arnold Zweig, años más tarde, recordando la revolución.[33] Sus ilusiones pronto se vinieron abajo, como las de tantos otros, y él se dedicó a la política y, posteriormente, a escribir como un poseso. “¡Tengo en la

cabeza grandes obras, tremendas, colosales, bien estructuradas, monumentales!”, escribía a su amiga Helene Weyl en abril de 1919. “¡Quiero dedicarme a escribir! Todo lo que he escrito hasta ahora no es más que el preámbulo”.[34] Y no se trataría de escritos “corrientes”. Eran tiempos para galopar a lomos del viento, para abrir enormes surcos; por todas partes había talento. La guerra y la revolución lograron que mucha gente abandonase la asfixiante seguridad de la vida burguesa. “Nuestra época ha vuelto a situar la aventura en el centro de la vida diaria, haciendo posible de nuevo la aparición de la gran novela, del gran relato”.[35] Al hilo de lo manifestado por Zweig, el expresionismo, el cine, la literatura, el explosivo mundo del teatro, el arte en general hundía sus raíces en la misma sensibilidad que había alumbrado los descomunales desastres de la guerra y la imparable creatividad de la revolución. Todas las artes se sustentaban en la endeble fragilidad del orden político instaurado con la República de Weimar, que inculcaba en la sociedad una permanente sensación de inquietud y la transmitía al mundo de la cultura.

La revolución fue creativa, pero también caótica. Desde el momento en que asumió el cargo, el socialdemócrata Friedrich Ebert trabajó sin descanso para canalizar aquella energía política por vías disciplinadas, reglamentadas. Porque si algo temía Ebert era que la alemana no fuera sino una réplica de la Revolución rusa. Ebert y sus correligionarios eran firmes demócratas, convencidos de que el capitalismo iría dando paso a una organización socialista de la economía; pero también creían que lo conseguido en Rusia no era sino el caos económico y el terror político, verdaderas antítesis de la democracia y de un sistema social progresista. El proyecto acariciado por tantos de restaurar el orden y de crear en Alemania un espacio de libertad exigía una organización minuciosa. Los alemanes tenían hambre y pasaban frío; había que proporcionarles comida y carbón, conseguir que los hombres volvieran al trabajo, dotarse de instituciones democráticas. Alemania no podía ni debía tolerar “condiciones propias de los bolcheviques”, como repetían sin desmayo Ebert y los suyos.

Ebert era de la opinión de que el Gobierno debía legitimarse mediante procedimientos democráticos: las urnas, antes que nada. La democracia alemana tenía que asentarse sobre pilares firmes, algo que sólo podría conseguirse gracias a una nueva Constitución. Por otra parte, las elecciones libres y un nuevo texto constitucional bastarían para refrenar el ímpetu de sus socios más radicales, el USPD, y anularían cualquier ribete de legitimidad que los comités se hubieran labrado. Para Ebert, los comités no eran la forma embrionaria de una sociedad plenamente democrática, en la que la participación del pueblo llegase a todas las instituciones sociales, incluidos los centros de trabajo; más bien, los veía como un peligroso experimento radical, con resabios de bolchevismo. Había, pues, que eliminarlos, pero en las caóticas circunstancias de 1918-1919, si se daba paso a un ataque directo, el tiro podía salir por la culata. Con suerte, unas elecciones y una Asamblea constituyente bastarían para salir del atolladero.

Los socialdemócratas no podían afrontar solos semejante tarea. Eran el partido más importante de Alemania, pero sin mayoría: tenían que lidiar con otros cinco partidos importantes, más los comités obreros y de soldados que exigían participar en el Gobierno de alguna manera. Los socialdemócratas nunca habían ostentado el poder de la nación. Disponían de millares de militantes que sabían cómo organizar un partido, pero carecían de gente curtida en el ejercicio del poder, en la organización de una red de transportes o en la gestión de un sistema de agua corriente y de alcantarillado. Ebert apeló, en primer lugar, a oficiales del Ejército, funcionarios de alto nivel y capitalistas, los mismos que, hasta noviembre de 1918, habían tildado a los socialdemócratas de traidores a la nación alemana. Y alcanzó un compromiso con ellos. Los oficiales del Ejército reconocerían al Gobierno y pondrían a su disposición tropas leales para acabar con los comités y la izquierda radical; a cambio, el Gobierno socialista garantizaría la integridad de los oficiales y su control sobre las fuerzas militares. Los capitalistas, por su parte, aceptaron el reconocimiento de los sindicatos y la jornada laboral de ocho horas; a cambio, el Gobierno se comprometió a respetar los derechos de propiedad y del accionariado. Los socialdemócratas convencieron a los mejores funcionarios de alto rango, prometiéndoles que mantendrían sus puestos y privilegios, y éstos aceptaron poner sus conocimientos al servicio del Gobierno.

Aquellos privilegios no tenían nada que ver con el bolchevismo, sólo pretendían que Alemania se alejase del caos y de la revolución y se adentrase por la senda de la democracia y de la recuperación económica. Pero no por eso resultaron menos fatídicos. En 1918-1919, las fuerzas del orden estaban deseando trabajar con los socialdemócratas para evitar un mal mucho mayor: una explosión bolchevique. Es evidente que en Alemania había agitación política, radicalismo y caos, pero las perspectivas de una revolución de corte bolchevique eran más bien escasas. Sin embargo, ni las clases dirigentes de viejo cuño ni los socialdemócratas las tenían todas consigo: estaban aterrados, y aunaron esfuerzos en un abrazo que fue sólo temporal. Una vez superada la situación de pánico, cuando los oficiales, los altos funcionarios y los capitalistas comprobaron que la batuta del poder quedaba de nuevo en sus manos, comenzaron a buscarse otros aliados, que acabarían encontrando en las filas del partido nazi. Entre 1933 y 1945, los doce largos años que duró el Tercer Reich, los socialdemócratas no dejarían de echarse en cara la escasa resolución de que hicieron gala, en aquel invierno de 1918-1919, para socavar los poderes de quienes habían sido sus adversarios durante tanto tiempo.

A mediados de diciembre de 1918, se reunió en Berlín el Congreso General de Comités de Obreros y Soldados, al que asistieron delegados electos de toda Alemania; allí salieron a la luz las enormes discrepancias en cuanto a cuál sería la suerte reservada a la revolución alemana. Acogido con estruendosos aplausos y silbidos, el socialdemócrata Max Cohen fue el encargado de explicar la posición del Gobierno.[36] Con elocuencia y emoción, describió la situación crítica en que se encontraba el país, sin dejar de prometer por eso democracia y socialismo. Citó a Marx y a Heine (en todos los discursos políticos de la Alemania de aquella época era obligado citar a alguno de los grandes poetas del siglo XIX), no sin insistir en la necesidad de orden, productividad y disciplina, tres virtudes características del pueblo alemán: sin ellas, sólo habría más hambre, y la situación se tornaría más caótica. Según sus palabras, los trabajadores en huelga reclamaban salarios que estaban por encima de los ingresos de las

empresas. Era ridículo pensar que Estados Unidos y Gran Bretaña, las dos potencias más importantes con las que Alemania mantenía negociaciones, emprendiesen el camino de la revolución. Existía el peligro real de que Alemania dejase de ser una nación, que el desquite revanchista de la Entente y los conatos separatistas de algunas regiones alemanas, como las del Rin, desmembrasen el país. Sólo se llegaría al socialismo cuando se alcanzase el máximo nivel de productividad; de lo contrario, ocurriría lo mismo que en Rusia, donde la población se moría de frío y de hambre. "Cuando se interrumpe la producción, como en nuestro caso, cuando las materias primas no llegan y las fábricas están paradas, ¿qué queda por socializar? En tales circunstancias, hablar de socializar de forma inmediata es una insensatez, ¡porque no hay nada que socializar!".[37] La nación sólo podía progresar si todos los ciudadanos se movían en la misma dirección; había que convencer a las clases medias de las bondades del socialismo, algo que sólo se conseguiría celebrando unas elecciones libres para la Asamblea nacional constituyente, no con comités de obreros y soldados. Además, los aliados sólo estaban dispuestos a negociar con un Gobierno legítimo.

Las razones expuestas por Cohen en su discurso obtuvieron el apoyo de la mayoría de los delegados del Congreso, pero también suscitaron ira e indignación. Los momentos álgidos de una etapa revolucionaria nunca son los más propicios para sopesar argumentos razonados. Había, dentro y fuera de la sala, quien opinaba que las privaciones de la guerra y las injusticias del antiguo régimen exigían soluciones mucho más radicales. No bastaba con unas elecciones a un Parlamento en el que estuvieran representadas las clases medias y altas de Alemania; la única forma de encarar el futuro pasaba por un sistema político que se sustentase en los comités. Había que socializar de inmediato; seguir el ejemplo de las acciones revolucionarias de los trabajadores de otros países, y no desaprovechar la oportunidad para establecer una alianza con la Rusia bolchevique. O, como aseguró el socialista independiente Ernst Däumig, plantándole cara a Cohen: "Hace setenta años, el poeta de la revolución [Ferdinand Freiligrath] afirmó que el proletariado estaba llamado a acabar con el viejo mundo y construir uno nuevo. A día de hoy, esa tarea no se ha cumplido. Ésa es nuestra obligación, ésa es la reclamación a la que hemos de dar respuesta en este preciso instante".[38] Tal era la voz del fervor revolucionario, de la ira de la

humanidad: confianza plena en la capacidad de la clase trabajadora para cambiar el mundo de arriba abajo. Era preciso acabar con el Estado decadente y putrefacto que Freiligrath, en su día, había denostado y señalado con el dedo. Y eso no se conseguiría con discursos de parlamentarios electos, ni a golpe de pluma de burócratas sindicalistas. Sólo la agitación de la clase obrera –a la que Däumig también solía referirse como das Volk, olvidando que a dos tercios de ese mismo pueblo ni se les había pasado por la cabeza el considerarse obreros– alumbraría un nuevo amanecer. En opinión de Däumig, esa agitación encontraba su expresión política en los comités obreros y de soldados.

A pesar de que, en noviembre y diciembre de 1918, el intenso movimiento popular iba a más, los socialdemócratas salieron fortalecidos de aquel congreso y fueron capaces de refrenar el acendrado radicalismo de los comités. Los delegados votaron a favor de la rápida convocatoria de unas elecciones generales libres para una Asamblea constituyente. El congreso, por otra parte, dio el visto bueno al poder que ostentaba el Gobierno, y al Comité Central como garante de la autoridad, aunque esto no tardaría en convertirse en papel mojado. El movimiento de masas consiguió numerosas concesiones en cuanto a salarios y condiciones de trabajo, y planteó, asimismo, numerosas dificultades, pero se había dado un primer paso para convertirlo en un verdadero poder, aunque éste residiera cada vez más claramente en el Gobierno legal encabezado por Ebert, la burocracia tradicional y el Ejército.

Entre finales de diciembre de 1918 y la primavera y el verano del año siguiente, los militares recuperaron la iniciativa. Tras una serie de enfrentamientos de índole menor, algunos muy sangrientos, suprimieron los comités militares y comenzaron a organizar unidades más homogéneas, más de fiar, entre las que se contaban formaciones paramilitares, con respaldo para actuar con inusitada violencia. Los trabajadores más radicales de Berlín y el incipiente Partido Comunista protagonizaron una algarada armada en enero de 1919, que sólo sirvió para marginar aún más a la extrema izquierda e incrementar la confianza del Gobierno socialdemócrata en las fuerzas armadas y en las unidades paramilitares de derechas, que contaron con su aprobación expresa. Durante la represión de la revuelta, cayeron asesinados los principales dirigentes comunistas, Karl Liebknecht y

Rosa Luxemburgo: fue la primera de una serie de acciones terroristas llevadas a cabo por la extrema derecha que acabarían por empañar la vida pública de aquel periodo. Dos meses después, con motivo de una avalancha de huelgas y algaradas obreras, el ministro de Defensa del SPD, Gustav Noske, dictó una orden que "permitía disparar contra toda persona que se enfrentase con las armas a las tropas gubernamentales".[39] Triste sino de una época y de la terrible cortedad de miras de un Gobierno socialista, que consentía que las fuerzas de derechas la emprendiesen a tiros con unos trabajadores que luchaban por una Alemania más socialista y democrática.

En una situación tan conflictiva como imprevisible, los alemanes fueron llamados a las urnas. El 19 de enero de 1919 acudieron en masa para elegir la Asamblea constituyente (que, temporalmente, desempeñaría también las funciones de Parlamento). Por primera vez las mujeres podían votar libremente, igual que los hombres. Ellas representaban la gran incógnita de aquellas elecciones. Todas las formaciones políticas designaron un comité de mujeres para trasladar sus mensajes a aquel segmento del electorado. El voto femenino fue a parar en su mayoría al centro católico y a los partidos conservadores, aunque también fue decisiva su contribución para la importante victoria de los socialdemócratas. Con todo, la clase política alemana seguía profundamente dividida, y el apoyo que recibió el SPD no bastó para alcanzar la mayoría. Coaligados con el Partido Democrático Alemán (DDP), de tendencia liberal, y con el Partido del Centro Católico –la coalición de Gobierno de Weimar– sellaron un compromiso para que Alemania se adentrase por la senda del orden democrático. Cuando el 6 de febrero de 1919 el canciller Ebert pronunció el discurso inaugural ante la Asamblea Constituyente, hubo de sufrir interrupciones y silbidos constantes de la derecha, al tiempo que recibía los aplausos de los delegados de la Coalición de Weimar.[40] Ebert no se apartó de su idea de mantener el orden, la disciplina y el trabajo duro. Exculpó a la revolución y al Gobierno de la situación crítica por la que pasaba Alemania, que achacó más bien al resultado de la guerra, a la errónea política de las antiguas clases dirigentes y a la actitud revanchista de las potencias de la Entente.

Ebert no supo estar a la altura de una de las principales obligaciones del dirigente político: la de ir por delante de sus votantes. Nunca pudo atacar de frente al antiguo régimen por causa de la guerra, porque los

socialdemócratas la habían apoyado. En sus discursos, Alemania jamás había tenido la culpa del inicio de las hostilidades. En lugar de ofrecer a la población unas expectativas más mesuradas, prefirió bailarle el agua a la derecha, que insistía en cargar las tintas sobre la Entente. Al igual que sus conciudadanos, Ebert albergaba vanas ilusiones en cuanto a lo que estaba en juego en las conversaciones de paz. El tono al que recurría, como no dejaron de advertir diferentes embajadas, no era el más adecuado para recibir un trato de favor por parte de los aliados.

La guerra no sólo nos dejó exhaustos a nosotros, sino que agotó también, y de qué manera, a nuestros adversarios. De esa postración nace la idea de recuperarse del desastre a costa del pueblo alemán, y de explotarnos en nombre de la paz. Nos oponemos con todas nuestras fuerzas a tales planes, revanchistas y abusivos. [Aplausos] El pueblo alemán no está dispuesto a trabajar en condiciones de esclavitud para otras naciones durante los próximos veinte, cuarenta o sesenta años […] El pueblo alemán está decidido a asumir su responsabilidad en los desmanes o violaciones en que haya podido incurrir de forma de deliberada. Pero no permitirá que se le castigue por hechos que hubo de padecer, víctima como fue también de la guerra y de la falta de libertad que la precedió.[41]

En su discurso, Ebert continuaba desgranando un rosario de quejas: que se considerase Alsacia parte de Francia, que se expulsase a los alemanes de territorios que les pertenecían, las maniobras en marcha para controlar por completo las finanzas y la actividad económica del país, manejos "que culminarían con la esclavitud económica del pueblo alemán […] Que también se aplique la doctrina de la paz que propone Wilson a nuestras reivindicaciones", clamaba. Pero todo quedó en palabras.[42]

En Weimar, no en Berlín, los representantes electos comenzaron a trabajar en el borrador de una Constitución. Lejos de estar controlada, la situación en la capital era todavía peligrosa. De ahí que el Gobierno pensase que el "espíritu de Weimar", símbolo de la cultura alemana, clásica y humanista, sería un aliciente para que la República fuese mejor aceptada tanto por los sectores alemanes más conservadores como entre los aliados. Proclamada formalmente el 11 de agosto de 1919, la Constitución de Weimar consagraba las libertades fundamentales –la libertad de expresión y de prensa, la igualdad entre hombres y mujeres– y establecía el derecho al sufragio universal y libre de todos los ciudadanos alemanes desde los veintiún años. En cuanto a las reformas sociales –algunas introducidas por el primer Gobierno revolucionario; otras establecidas en la Constitución– eran de importancia no menor: reconocimiento del carácter vinculante de los convenios colectivos, cobertura por parte del Estado en caso de desempleo y ayudas a la maternidad y a la infancia. La Constitución aceptaba que Alemania fuese un Estado federal, compuesto de dieciocho

estados, aunque el Gobierno central tenía más poder que en el régimen del káiser y se reconocían algunos estados más pequeños. Encabezado por su canciller, el Gobierno respondía ante el Parlamento, elegido mediante un sistema proporcional de recuento de votos. Cada siete años, se elegiría también, por sufragio universal, un presidente, en quien recaía la responsabilidad de designar al canciller y a los miembros del Gobierno, y que tendría, en circunstancias extraordinarias, el poder de invocar una situación de emergencia que permitiera al canciller gobernar por decreto.

Los representantes electos redactaron un texto fundamental que recogía los ideales enarbolados por liberales y socialdemócratas desde mediados del siglo XIX. La Constitución dotó a Alemania de un sistema político más en consonancia con los países liberales de occidente y el norte de Europa que con el antiguo modelo imperial o los vigentes en países de Europa central y del este, que no tardarían en convertirse en dictaduras. Pero aún quedaban algunos flecos. La Constitución carecía de un preámbulo vibrante que proclamase que Alemania era una nación democrática. El sistema de asignación proporcional de escaños contribuyó de forma determinante a la fragmentación política de la República de Weimar. La ley electoral permitió que en el Reichstag estuviesen representados todos los partidos que hubieran obtenido sesenta mil votos; así, los diputados estaban más sometidos a la disciplina de partido que a las necesidades de sus votantes. Los poderes de que disponía el presidente en situaciones de emergencia eran demasiado amplios. Los resquicios que dejaba la Constitución, y sobre los que tanto se debatió cuando la República agonizaba en el decenio de 1930, e incluso después de 1945, tenían menos que ver con el sistema político que establecía que con la realidad de una sociedad tan dividida como la alemana. Una sociedad más unida y más hondamente comprometida con los principios democráticos probablemente hubiese podido funcionar con aquella Constitución.

Mientras las calles alemanas seguían atestadas de manifestantes y piquetes, los paramilitares campaban por sus respetos y los diputados alemanes esbozaban una Constitución, las grandes potencias se reunían en París para

redactar los tratados que, según su forma de ver las cosas, servirían de instrumento definitivo para garantizar la paz en el futuro. Los alemanes no asistieron a las reuniones preparatorias y, desde luego, no estuvieron presentes en las negociaciones. Era un tratado que los vencedores iban a negociar entre ellos: el presidente estadounidense Wilson y los primeros ministros británico, David Lloyd George, francés, Georges Clemenceau e italiano, Vittorio Orlando. Eran los Cuatro Grandes, aunque el poder real estaba en manos de los dirigentes de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, todos ellos acompañados por un séquito de entendidos: militares, funcionarios civiles, políticos, cartógrafos, demógrafos, técnicos en agricultura y otros por el estilo. Tenían por delante una tarea colosal. La guerra había dado al traste con el antiguo orden establecido. Un siglo después de que las potencias se reuniesen en Viena para rediseñar el mapa europeo que la Revolución Francesa y Napoleón habían trastocado, los países vencedores de la Primera Guerra Mundial tenían que establecer un nuevo orden europeo para el siglo XX. Había que redefinir las fronteras, contener el avance de los bolcheviques, levantar nuevos Estados sobre las ruinas de viejos imperios. Francia y Bélgica, por su parte, exigían compensaciones por los destrozos causados por el Ejército alemán, así como garantías para no estar al albur de nuevas amenazas por parte de su poderoso vecino del este. En Francia y en Gran Bretaña, la opinión popular reclamaba que el káiser y sus generales fueran juzgados, incluso ahorcados, y los representantes de las colonias trataban de hacerse oír en las negociaciones para reivindicar su independencia. ¿Bastaría la retórica de Wilson para alcanzar una paz sin anexiones ni compensaciones y vivir en un mundo en el que la democracia no se viese amenazada?

Los vencedores citaron en Versalles a los delegados alemanes a finales de abril de 1919, donde tuvieron ocasión de comprobar el escaso valor de las promesas de Wilson. Los anfitriones franceses se encargaron de humillar a los ciento ochenta componentes de la delegación alemana, haciendo que los trenes que los llevaban de Berlín a París circulasen con lentitud por las regiones francesas devastadas. Al llegar a París, “los subieron casi a la fuerza a unos autobuses que los llevaron a Versalles entre estrictas medidas de seguridad; una vez allí, dejaron los equipajes en el vestíbulo del hotel que iban a ocupar, y, de malas maneras, les dijeron que cada uno subiera el suyo”.[43] El jefe de la delegación alemana, el ministro de Asuntos

Exteriores, conde Ulrich von Brockdorff-Rantzau, era partidario de llegar a un compromiso de paz, en línea con lo acordado por el nuevo Gobierno alemán, pero como llevaba monóculo y se comportaba con altivez, los aliados vieron en él un fiel reflejo de la peor Alemania, militarista y aristocrática. Por su parte, el ministro, como la mayoría de sus compatriotas, se había hecho ilusiones de que Wilson reconocería, al menos, que una Alemania fuerte serviría mejor a los intereses de todos, y que se impondría el punto de vista de los norteamericanos. Lo que Brockdorff-Rantzau y el resto de la delegación alemana esperaban era poco más que una leve reconvención. De hecho, los alemanes se desplazaron a Francia con unos pocos mapas e informes; suficientes, según ellos, para iniciar las conversaciones.[44]

El 7 de mayo de 1919, se requirió la presencia de la delegación alemana para celebrar una reunión en el hotel Trianon Palace. Clemenceau fue el primero en hablar. “Ha llegado el momento trascendental de saldar cuentas. Pedís paz. Estamos en condiciones de poder garantizárosla”.[45] Cuando le tocó intervenir, Brockdorff-Rantzau permaneció sentado, un gesto que en Alemania fue considerado heroico, pero que los aliados interpretaron como una afrenta. En un largo discurso sin argumentos, tan sólo insistió en exculpar a Alemania, acusando a los aliados de incrementar el número de bajas alemanas con maniobras dilatorias para retrasar el tratado de paz y mantener el bloqueo marítimo. El discurso de Brockdorff-Rantzau fue un verdadero desastre, uno de los peores resbalones que se recuerdan en la historia de la diplomacia. Wilson, Clemenceau y Lloyd George montaron en cólera. El primero llegó a decir: “Ha sido el discurso más torpe que he escuchado en mi vida. Estos alemanes no pueden ser más lerdos: siempre metiendo la pata”.[46]

Aquella noche, cuando tuvieron oportunidad de echar un vistazo a las condiciones que les presentaron, los representantes alemanes no salían de su asombro. La prensa alemana no tardó en dar cuenta de los pormenores, y la nación se vio sacudida por un sentimiento de incredulidad y ultraje. Los alemanes disponían de dos semanas para dar una respuesta y, en tan breve periodo –sólo se les concedieron unos días más–, fueron capaces de reunir la documentación pertinente y preparar argumentos para mostrar su oposición a los exigentes términos en que estaba redactado el tratado. No

les valió de nada. Alemania perdió territorios en el este y el oeste, aproximadamente la séptima parte de lo que era el país antes de la guerra, territorios que prácticamente todos los alemanes consideraban parte de la nación. Entre ellos figuraban Alsacia-Lorena, la mayor parte de Poznan y Prusia Occidental, y la región lituana de Memel; el destino definitivo de otros territorios, como la Alta Silesia y el Sarre, dependía del resultado de sendos referendos. El tratado fijaba drásticas limitaciones en cuanto a los efectivos del Ejército alemán, exigía que Alemania pusiese en manos de los aliados gran parte del material bélico de que disponía en aquel momento y le prohibía organizar una fuerza aérea. En el terreno de la diplomacia, se le negaron algunas de las libertades de las que gozaban otros Estados soberanos, como la de firmar ciertos acuerdos con Austria. Perdió todas sus colonias, y el país no fue aceptado como miembro de la Sociedad de Naciones. El artículo que más indignó a los alemanes fue el 231, por el que Alemania y sus aliados quedaban obligados a asumir toda la responsabilidad en cuanto al inicio de las hostilidades. Desde el punto de vista de los aliados, la "cláusula sobre quién había sido el responsable de la guerra", como llegó a ser conocida, era la que establecía el fundamento jurídico para reclamar las compensaciones exigidas. Sin embargo, el coste de tales reparaciones no figuraba en el tratado, con lo que Alemania se veía obligada a firmar, en definitiva, un cheque en blanco.

La reacción de los alemanes fue violenta. De forma temeraria, algunos miembros de la coalición gubernamental abogaron por el rechazo. Pero el riesgo era enorme: a nadie se le ocultaba que, si el Gobierno se negaba a firmar el tratado, los ejércitos aliados seguirían avanzando y ocuparían el país. Philipp Scheidemann, primer canciller durante la Asamblea Constituyente, tomó la palabra para asegurar y proclamar, en términos que bien podría haber pronunciado el diputado más conservador de la Cámara, que todos los alemanes, de cualquier condición (Stamm) o región (Land), eran uno: "Somos de la misma carne y de la misma sangre; quienquiera que intente separarnos asestará una cuchillada letal al cuerpo vivo de los alemanes".[47] En su vibrante discurso, Scheidemann insistió en que el tratado acarreaba "un despiadado descuartizamiento", "la esclavitud", "una casta de siervos ilotas". "[Este tratado] no puede sustituir al ordenamiento jurídico que nos demos". "Sesenta millones [de alemanes] viviendo detrás de alambradas, encarcelados, condenados a trabajos forzados […] ¡su

propio país convertido en un campo de confinamiento!". "Nos pisotean y hacen escarnio de nosotros". Eso era lo que, según él, significaba aquel tratado. El taquígrafo de turno consignó que recibió "un caluroso aplauso, acompañado de grandes muestras de conformidad".[48]

La diatriba contra el tratado del portavoz del Partido Nacional Popular Alemán (DNVP), Arthur Graf von Posadowsky-Wehner, fue mucho más virulenta. Noble prusiano de alto linaje y alto funcionario, Posadowsky-Wehner calificó de "latrocinio" todas y cada una de las disposiciones del tratado. La pérdida de territorios, las limitaciones referidas a las fuerzas armadas, la prohibición de llegar a acuerdos con Austria, la petición de que el káiser, sus generales y sus funcionarios fueran entregados a los aliados, todas esas condiciones eran lisa y llanamente un latrocinio, un despojo de la riqueza y de la soberanía de los alemanes. Tanto a Posadowsky-Wehner como a quienes se mostraban en desacuerdo con el tratado, les había indignado especialmente la incautación de los cables telegráficos y telefónicos, así como de los transmisores de radio, que mantenían a Alemania en contacto con el extranjero, una muestra más del caprichoso espíritu revanchista, que sólo buscaba echar sal en la herida. Posadowsky-Wehner insistió en que la negativa a firmar el tratado traería "malos tiempos" para Alemania, pero el honor de la nación quedaría a salvo, incluso si eso significaba la desaparición del pueblo alemán, porque "creemos que, después de la muerte, resucitaremos". La aceptación de los términos del tratado equivaldría a hundir en la miseria a innumerables generaciones futuras: por el bien de ellas, la suya estaba obligada a tener "el coraje definitivo (Todesmut) " para cargar con las consecuencias. Posadowsky-Wehner era un especialista en recurrir a la historia en apoyo de sus ideas: Alsacia era alemana hasta la médula, y ya les había sido escamoteada por los Borbones; la Alta Silesia no formaba parte de los territorios de la corona polaca desde el año 1253; los ingleses se sentían muy ufanos cuando hablaban de autodeterminación, pero, ¿qué tenían que decir de Irlanda o la India? ¿Qué pueden imponernos los belgas tras su deshonroso comportamiento en el Congo? ¿En qué han quedado las promesas de Wilson? "Es un tratado digno del avaro Shylock", finalizó, entre atronadores aplausos; Wilson no era sino un mentiroso, que ocultaba sus verdaderas intenciones, asegurando que era amigo de Alemania.[49] Frente a eso, lo único que aducían los partidarios de firmar el tratado era

que Alemania no tenía elección, y que, si se negaban a firmarlo, no les quedaría otra salida que ir a una guerra que concluiría con la invasión del país por las tropas aliadas.[50]

Los esfuerzos alemanes por suavizar las condiciones del tratado, especialmente las referidas al artículo 231, llevaron a los aliados a declarar que Alemania "había buscado y desencadenado la guerra", y que debía asumir la responsabilidad "en cuanto al modo cruel e inhumano en que se había desarrollado".[51] La flota alemana, confinada en Scapa Flow, en Gran Bretaña, fue hundida por las propias tripulaciones, otro acto que sirvió para jalear a sus protagonistas como héroes desde las tribunas políticas alemanas, pero que sólo valió para que los aliados se reafirmasen en la opinión de que los alemanes eran unos militaristas incorregibles. Se dio entonces otro ultimátum a Alemania: disponían de cinco días para firmar el tratado. Con la amenaza de la invasión pendiente sobre sus cabezas, el Gobierno y el mando militar dieron su consentimiento, y la Asamblea Constituyente lo aprobó. Antes, el Gobierno en pleno había dimitido, incluido el ministro de Asuntos Exteriores, Brockdorff-Rantzau, aunque Ebert, entonces presidente del Reich, consiguió formar un nuevo Gobierno. El 28 de junio de 1919, al cumplirse el quinto aniversario del asesinato del archiduque Franz Ferdinand, y en el mismo Salón de los Espejos de Versalles donde se había proclamado el imperio alemán en 1871, dos miembros del Gobierno alemán socialdemócrata suscribieron el tratado de paz.[52]

A mediados del verano de aquel mismo año, Alemania contaba con un Gobierno elegido democráticamente, una nueva Constitución y un tratado que ponía fin a la Primera Guerra Mundial. A pesar de los territorios perdidos, el país se mantenía intacto, algo que no se veía tan claro tras el otoño y el invierno de 1918-1919. Los alemanes podían contemplar los diez meses que habían transcurrido desde entonces no sólo con satisfacción, sino con orgullo.

Que los ánimos seguían inquietos, sin embargo, era una sensación generalizada y palpable. Sólo tras la firma del Tratado de Versalles, los británicos pusieron fin al bloqueo del mar del Norte, facilitando la llegada masiva de mercancías importadas, esenciales para garantizar la producción y atender las necesidades básicas de la población. De hecho, no eran pocas las ciudades en las que seguían en vigor las cartillas de racionamiento. La producción industrial mostraba signos de recuperación, aunque no con la rapidez deseada; la inflación recortaba el poder adquisitivo de los asalariados. Aún quedaban soldados alemanes destinados en lugares tan remotos como Anatolia o el Cáucaso, y en muchas regiones del país se mantenía vigente la ley marcial. Los paramilitares alemanes no sólo se dedicaban a reventar de forma violenta las huelgas y las manifestaciones que se producían en el país, sino que ampliaron su radio de acción a otros países de Europa oriental, plantando cara a los comunistas y lanzando ataques contra los judíos. La derecha alentaba una nueva forma de hacer política, que causaba furor entre las nuevas generaciones: un estilo que ensalzaba la guerra de trincheras, que trataba de revalorizar el sentimiento de solidaridad que nace entre hombres que luchan por una causa común, todo ello adobado por un temor y un odio profundos, de proporciones míticas, hacia las mujeres. Esa derecha fue la única responsable del alumbramiento de una cultura de la violencia. Muchos de los que apoyaban a la izquierda radical, por otra parte, eran también veteranos de guerra que admiraban el heroico ejemplo de la revolución bolchevique. También ellos idealizaban el combate entre hombres.

Por si fuera poco, Versalles dejó sin resolver muchos problemas de suficiente envergadura como para enrarecer la política alemana y la internacional durante las décadas de 1920 y 1930. Seguían sin concretarse las compensaciones que tenía que satisfacer Alemania. Hubo protestas contra muchas de las decisiones territoriales que se tomaron. A pesar de las cláusulas que trataban de proteger a las minorías en Europa central y oriental, los miembros de estos grupos veían cómo su situación se tornaba más precaria en los años de entreguerras. Los alemanes, por su lado, jamás aceptaron que la responsabilidad de la guerra recayese exclusivamente sobre ellos, como estipulaba el artículo 231. Había un aspecto, no obstante, en el que todos, desde los nazis hasta los comunistas, estaban de acuerdo: que el Tratado de Versalles era profundamente injusto, y que la paz

impuesta por los vencedores era a expensas de las enormes cargas impuestas a Alemania en beneficio de otras naciones. Así, todo el mundo se refería al tratado como la "imposición de Versalles". John Maynard Keynes, uno de los miembros de la delegación británica, no tardó en redactar un elocuente ensayo en contra del tratado, al que tildaba de "paz cartaginesa". El libro de Keynes Las consecuencias económicas de la paz., publicado en 1919, sería reeditado y traducido en numerosas ocasiones. Como es de suponer, los alemanes lo recibieron con los brazos abiertos.

La República de Weimar siempre se vio asediada por sus adversarios y ni el pueblo ni las instituciones la consideraron del todo legítima. Siempre quedará en el recuerdo como un momento histórico de acaloradas controversias sobre asuntos de índole menor, sobre circunstancias de la vida cotidiana. El miedo, el desdén y el desencanto encontraron una válvula de escape en las acciones de las bandas militares de extrema derecha, que asesinaban y reprimían con brutalidad las huelgas; en interminables discusiones y conjuras de oficiales del Ejército para perpetrar un golpe de Estado; en intrigas de empresarios, que aguardaban la oportunidad de acabar con el poder de los trabajadores y de los dirigentes sindicales en las negociaciones. Y encontraron un medio de expresión en el constante acoso, en el interminable rechazo a la República y a quienes la apoyaban: "esa república de judíos", la República de "los traidores a la patria", la República de las "hienas de la Bolsa", la República, en fin, de los generales prusianos y de las sotanas. Los bolcheviques liquidaban o enviaban al destierro a sus adversarios; los revolucionarios alemanes eran más considerados. La consecuencia fue un legado impugnado, una cultura ciudadana y política profundamente dividida. Que la República saliera adelante dependía de la capacidad que mostrase para gestionar la precaria situación diplomática en que había quedado Alemania y velar por la recuperación de la economía. En ambos terrenos, los logros sólo fueron parciales. Las circunstancias internas e internacionales que habían culminado en la República eran poco propicias para garantizar una democracia tras haber perdido una guerra calamitosa.

Con todo, y como consecuencia de la revolución, entre 1918 y 1933 los alemanes vivieron la situación política más democrática que habían conocido hasta entonces y, desde luego, más liberal que los vacilantes

cambios introducidos por el último Gobierno imperial en el año 1918. Por agitados que fueran sus comienzos, por azarosa que fuese su andadura, el hecho es que los alemanes se habían dotado de un nuevo sistema político, habían obligado a abdicar al káiser y habían conseguido significativas mejoras sociales, lo que imbuyó a la República de Weimar de un vibrante espíritu de renovación. La revolución y el advenimiento de la República fueron el pistoletazo de salida de uno de los más importantes periodos de creatividad artística e intelectual del siglo XX. “Renovación moral”, “transformación interna”, “nuevo alumbramiento”, y expresiones por el estilo que, una y otra vez, se oían en boca de los partidarios de la revolución encontraron un cauce en la pintura, la fotografía, la arquitectura y las reflexiones filosóficas que definirían la cultura del periodo de Weimar.[53]

1 Friedrich Erbert, “Ansprache an die Heimkehrenden Truppen”, 10 de diciembre de 1918, en Politische Reden III : 1914-1945, Peter Wende, ed., Francfort (a. M.), Deutsche Klassiker, 1994, pp. 94-95. A no ser que se indique lo contrario, todas las traducciones son del autor.

2 Ibidem, p. 95.

3 Estadísticas de Richard Bessell, Germany after the First World War, Oxford, Clarendon, 1993, pp. 5-6, y Willibald Gutsche, Fritz Klein y Joachim Petzold, Der Erste Weltkrieg: Ursachen und Verlauf, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1985, p. 292.

4 Intercambio epistolar, julio de 2005, con datos proporcionados por Daniela Mueller y H. Arndt, de Elkenroth, según informaciones recogidas en “Ehrenchronik unserer Gemeinde Weltkrieg 1914-1918” (ms.) y el memorial de guerra de la ciudad.

5 Cifras extraídas de ibidem y de Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch III : Materialien zur Statistik des Deutschen Reiches 1914-1915, Dietmar Petzina, Werner Abelshauser y Anselm Faust, eds., Múnich, Beck, 1978, pp. 27-32.

6 Chronik der Stadt Essen (ms., Stadtarchiv Essen), 1917, 17, y Hubert Schmitz, “Ausgewählte Kapitel aus der Lebensmittelversorgung der Stadt Essen in der Kriegs- und Nachkriegszeit”, en Beiträge zur Geschichte von Stadt und Stift Essen, 58, 1939, pp. 135-136.

7 Chronik der Stadt Essen, 1919, 99, y Schmitz, “ Ausgewählte Kapitel”, pp. 126-127.

8 Entrevista con Theo Gaudig en Essen, 28 de mayo de 1980.

9 Historisches Archiv der Fried. Krupp GmbH, Werksarchiv (en adelante, HA Krupp WA), 41/6-4, 6-5, y K. Wandel, “Die Arbeiterschaft der Kruppschen Gusstahlfabrik: Zur Denkschrift ‘Die Firma Krupp im Wetlkriege’” (ms., s. f.), HA Krupp WA/VII /ff1 105/Kd75/cuadro 2.

10 Alfred Döblin, A People Betrayed. November 1918: A German Revolution, traducción de John E. Woods, Nueva York, Fromm International, 1983, p. 99. Döblin comenzó a escribir los volúmenes que componen esta novela en la década de 1930; se publicó por primera vez en tres partes, entre 1948 y 1950.

11 Citas extraídas de Belinda J. Davis, Home Fires Burning: Food, Politics, and Everyday Life in World War I Berlin, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000, pp. 100-103.

12 La escultura fue colocada en un cementerio militar alemán cercano a Ypres, donde estaba enterrado su hijo Peter. El nieto de Kollwitz, Peter también de nombre de pila, murió en combate en un enfrentamiento entre alemanes y soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial. Hoy, la figura está instalada en la Neue Wache de Berlín. En 1993, el entonces canciller Helmut Kohl designó la escultura Madre e hijo como la pieza más representativa de las víctimas de las dos guerras mundiales, incluido el Holocausto, decisión que no ha dejado de suscitar controversias desde entonces por lo que se interpreta como un enaltecimiento de aquel hecho.

13 Gunther Mai, Das Ende des Kaiserreichs: Politik und Kriegführung im Ersten Weltkrieg, 3ª ed., Múnich, DTV, 1997, p. 144.

14 Ibidem, p. 146.

15 Discurso de Wilson al Congreso el 11 de febrero de 1918, en Woodrow Wilson, War and Peace: Presidential Messages, Addresses and Public Papers (1917-1924), Ray Standard Baker y William E. Dodd, eds., Nueva York, Harper and Brothers, 1927, pp. 177-184, cita 180.

16 Mai, Das Ende des Kaiserreichs, p. 157.

17 Citado por Peter Longerich, Deutschland 1918-1933: Die Weimarer Republik. Handbuch zur Geschichte, Hannover, Fackelträger, 1995, p. 50.

18 Bessell, Germany after the First World War, p. 79.

19 Wilhelm Berdrow, “Die Firma Krupp im Weltkrieg und in der Nachkriegszeit”. Dos volúmenes (ms., 1936), HA Krupp, Familienarchiv Hügel IV /E10, 287, p. 293.

20 Ministerio prusiano de Comercio e Industria, Jahresberichte der preussischen Regierungs- und Gewerberäte und Bergbehörden (en adelante, Jahresbericht), 1920, p. 656.

21 Ibidem.

22 Jahresbericht, 1921, p. 549.

23 Véanse, por ejemplo, los folletos y recomendaciones emitidos por el Comité de Obreros y Soldados de Essen, en Stadtarchiv Essen Rep. 102 / Abt. I / 1093.

24 Döblin, A People Betrayed, p. 52.

25 Erich Maria Remarque, All Quiet on the Western Front. Traducción de A. W. Wheen. Original alemán, 1928; Nueva York, Fawcett Crest, 1975, p. 294.

26 En cuanto a Múnich, véase Martin H. Geyer, Verkehrte Welt. Revolution, Inflation und Moderne: München 1914-1924, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998, pp. 67-79.

27 Ibidem, p. 70.

28 bidem, pp. 70-75, cita 72. Militares británicos, de inspección en Berlín, también dejaron testimonio de estos bailes enloquecidos. Gerald D. Feldman, The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924, Nueva York, Oxford University Press, 1993, pp. 99-102.

29 Rainer Maria Rilke a Clara, 7 de noviembre de 1918, en Weimar: Ein Lesebuch zur deutschen Geschicte, Heinrich August Winkler y Alexander Cammann, eds., Múnich, C. H. Beck, 1997, pp. 44-45.

30 Oswald Spengler, citado en ibidem, pp. 57-58.

31 Betty Scholem a Gershom Scholem, 7 de enero de 1919, en ibidem, pp. 63-65.

32 Betty Scholem a Gershom Scholem, 13 de enero de 1919, en ibidem, pp. 65-66.

33 Arnold Zweig, “Freundschaft mit Freud: Ein Bericht” (1947-1948), en Arnold Zweig, 1887-1968: Werk und Leben in Dokumenten und Bildern, Georg Wenzel, ed., Berlín, Aufbau, 1978, pp. 103-104, cita 103.

34 Arnold Zweig a Helene Weyl, 4 de abril de 1919, en Arnold Zweig, Beatrice Zweig, Helene Weyl, Komm her, Wir lieben dich: Briefe einer ungewöhnlichen Freundschaft zu dritt. Ilse Lange, ed., Berlín, Aufbau, 1996, pp. 149-151, cita 150.

35 Arnold Zweig, “Theater, Drama, Politik” (10 de enero de 1921), en Wenzel, Arnold Zweig, pp. 115-118, cita 117.

36 Max Cohen, “Rede für die Nationalversammlung vor dem Allgemeinen Kongress der Arbeiter- und Soldatenräte”, 19 de diciembre de 1918, en Politische Reden III, pp. 97-121.

37 Ibidem, p. 109 (en cursiva en el original).

38 Ernst Däumig, “Rede gegen die Nationalversammlung Kongress der Arbeiter- und Soldatenräte”, 19 de diciembre de 1918, en Politische Reden III, pp. 122-141, cita 122 (en cursiva en el original).

39 Citado en Longerich, Deutschland 1918-1933, p. 89.

40 Friedrich Ebert, “Rede zur Eröffnung der Verfassunggebenden Nationalversammlung”, 6 de febrero de 191, en Politische Reden III, pp. 244-253.

41 Ibidem, p. 246 (en cursiva en el original).

42 Ibidem, pp. 247-248.

43 Margaret MacMillan, Paris 1919: Six Months That Changed the World, Nueva York, Random House, 2001, p. 460. Traducido al español por Jordi Beltrán como París 1919: seis meses que cambiaron el mundo, Barcelona, Tusquets Editores, 2005.

44 Ibidem, pp. 460-461.

45 Citado en ibidem, p. 464.

46 En cuanto a la cita, con ligeras variantes sobre la interpretación, véase ibidem, pp. 463-465, así como Erich Eyck, A History of the Weimar Republic, vol. I: From the Collapse of the Empire to Hindenburg’s Election, original en alemán, 1954; Cambridge, Harvard University Press, 1964, pp. 92-95.

47 Philipp Scheidemann, “Gegen die Annahme des Versailler Vertrages”, en Politische Reden III, pp. 254-271, cita 254-255.

48 Ibidem, pp. 255, 256, 259.

49 Arthur Graf von Posadowsky-Wehner, “Gegen die Unterzeichnung des Friedenvertrages”, 22 de junio de 1919, en Politische Reden III, pp. 272-287, citas (en el orden en que aparecen), 273, 287, 277-278, 284-285.

50 Véanse, por ejemplo, los discursos de los delegados socialistas Gustav Bauer, “Zur Unterzeichnung des Friedensvertrages”, 22 de junio de 1919, y Hugo Haase, “Für die Unterzeichnung des Friedensvertrages”, 22 de junio de 1919, en Politische Reden III, pp. 263-271 y 288-302.

51 Citado en Longerich, Politische Reden III, p. 99.

52 Para una interpretación más reciente, puede verse MacMillan, Paris 1919, 459-483, aunque sigue siendo válida la versión ofrecida por Eyck, History, 1, pp. 80-128.

53 Citas extraídas de Geyer, Verkehrte Welt, p. 76.

II

UN PASEO POR LA CIUDAD

Weimar fue Berlín. Berlín fue Weimar. Con sus cuatro millones de habitantes la capital era, con mucho, la ciudad más importante de Alemania, la segunda más poblada de Europa, una megalópolis que dejaba encantados y aterrados a propios y extraños, que actuaba como un imán o provocaba un sentimiento de rechazo. En la década de 1920, era uno de los grandes focos de la cultura alemana y europea: sede de la Filarmónica, de la Ópera estatal, la Ópera cómica, cientos de salas de teatro y un ramillete de espléndidos museos, todo en el centro de la ciudad. Berlín atraía a pintores y a poetas, a jóvenes soñadores y ambiciosos. Deslumbrante escaparate de clubes nocturnos y locales para homosexuales, era una ciudad desenfrenada y obsesionada por el cuerpo y el sexo. Berlín era también un increíble emporio económico, que producía ingentes cantidades de electrodomésticos, telas y prendas de confección. En la ciudad se ubicaba además el Gobierno de la nación y, desde la conocida Wilhelmstrasse, lugar de emplazamiento del Ministerio de Asuntos Exteriores, de la Cancillería del Reich, sede del Gobierno y del Reichstag (Parlamento), dirigentes y burócratas trataban a la desesperada de mantener el orden, de generar prosperidad y de devolver al país de nuevo a la situación que le correspondía en el concierto de las naciones. Una ciudad para pasarlo bien, con barriadas elegantes y ricas, parques para el esparcimiento, un zoológico y numerosos lagos, al alcance de cualquier berlinés que se molestase en tomar un tren o un tranvía. Lóbregos, atestados y pobres, sus denostados bloques de viviendas nada tenían que envidiar a los barrios bajos de cualquier otra ciudad. Huyendo del comunismo, decenas de millares de emigrantes rusos habían recalado en Berlín, igual que multitud de polacos en busca de trabajo o de posibilidades de hacer negocio; ambos grupos conferían a la ciudad una pátina de cosmopolitismo. La comunidad judía de Berlín era la más importante de Alemania, y su sinagoga principal constituía un refinado símbolo de devoción y prosperidad. La Berliner Dom, la catedral luterana, proyectada por el káiser Guillermo II y finalizada en 1905, era un impresionante edificio de enormes proporciones y estilo renacentista, fiel reflejo de las pretensiones

y arrogancia de la casa Hohenzollern, depuesta durante la revolución de 1918-1919.

Un paseo por la ciudad supone empaparse en los diferentes y vibrantes elementos que componen la sociedad de la República de Weimar: pobres y ricos, desharrapados y poderosos; todos los estilos arquitectónicos, desde el neoclásico hasta el moderno; tiendas elegantes al lado de abigarradas viviendas de la clase trabajadora, con sus muebles baratos y sus hules en lugar de manteles. Pasear por la ciudad es otra forma de "vivir" la política, por medio de manifestaciones callejeras, carteles de campaña y las sedes de diferentes partidos políticos luciendo al viento sus enseñas. Darse una vuelta por la ciudad conlleva también una lección de historia, que permite contemplar diversos órdenes arquitectónicos, aunque pocos sean anteriores al siglo XVIII, el estilo historicista tan presente en los edificios del siglo XIX ; museos que rinden homenaje al pasado y tratan de ensalzar la relación entre la cultura alemana y las maravillas de la antigua Grecia; monumentos como la Puerta de Brandenburgo o la Columna de la Victoria, erigidos a mayor gloria de las victorias militares de alemanes y prusianos.

Callejear por la ciudad es sumergirse en un baño de modernidad: contemplar, oler y mascar los atascos de tráfico, la capa de polución industrial, los ríos y canales contaminados, las prisas de multitudes que avanzan a empellones por la calle, los andenes del ferrocarril y los vagones del metro; el placer de sentir la brisa fresca y contemplar las límpidas aguas del Wannsee, las salidas tumultosas de fin de semana, en tranvía, en tren o en coche; las deslumbrantes luces de cines y restaurantes, de automóviles y semáforos, los anuncios que se encienden a medida que la noche cae sobre la ciudad; el embrujo seductor de los elegantes y últimos modelos en los escaparates. Tras un largo paseo, llega el momento de sentarse, esa actividad a la que tan aficionados son los habitantes de las ciudades y quizá, sobre todo, los berlineses. Embozados hasta las cejas y hartos de plantar cara a la fría humedad, al primer atisbo fugaz de la primavera se sientan para disfrutar de una cerveza o de un café, mientras observan a la gente que anda por la calle, los coches y los tranvías, las tiendas del otro lado de la calle, el cielo gris.

Iniciaremos nuestro paseo en la Potsdamer Platz.[1] Nuestros guías serán dos de los más conocidos flaneurs y feuilletonistes del Berlín de la época de Weimar, Franz Hessel y Joseph Roth, aunque también recurriremos a otros

grandes escritores, como Alfred Döblin, Thomas Mann y Christopher Isherwood. Trataremos de no dedicarle mucho tiempo, pero, como cualquier berlinés o cualquier turista, quizá nos entretengamos un poco en algunos de los lugares y sitios por los que pasemos. Nos llevará un rato, pero merecerá la pena. Así describía Hessel el placer de callejear por Berlín: “Caminar despacio por esas calles tan animadas es disfrutar de lo lindo. Sentir la prisa de la gente que pasa a nuestro lado es como sumergirse en un baño de espuma”.[2] En una ocasión en que deambulaba por el barrio donde se encuentran las tiendas elegantes de la ciudad, apuntaba:

Las calles Tauentzienstrasse y Kurfürstendamm cumplen con la excelsa misión cultural de enseñar a los berlineses que es posible caminar y ver cosas al mismo tiempo (das Flanieren) […] Caminar y mirar es como leer una calle. Los rostros de la gente, los puestos callejeros, los escaparates, las terrazas de los cafés, los tranvías, los coches, los árboles, todo dibuja letras del mismo tamaño que, una vez juntas, forman palabras, frases y páginas de un libro siempre cambiante. Para dar un paseo y mirar como Dios manda, hay que dejarse llevar. Como desde Wittenbergplatz a Halensee hay tantas posibilidades de beber algo o de tomar un bocado, de entrar en un teatro, un cine o un cabaré, no cuesta nada echar a andar a la buena de Dios. Basta con seguir el insospechado sendero que haya reclamado nuestra atención. Los cristales y la luz artificial son de gran ayuda, la iluminación eléctrica sobre todo, cuando entabla combate con los postreros resplandores del atardecer, al caer la noche.[3]

La Potsdamer Platz es el corazón de Berlín, la encrucijada de caminos más transitada de Europa en la década de 1920. En la plaza desembocan cinco calles importantes. Cada una lleva a sitios muy diferentes de la ciudad. En la Potsdamer Platz tienen parada veinticinco líneas de tranvía, sin contar innumerables automóviles, autobuses, taxis, carruajes de caballos, bicicletas y carretillas, que arrojan una media de 2.753 vehículos por hora, según una estadística oficial de 1928.[4] Comenzaremos nuestro paseo en el quiosco que está frente al semáforo, que se alza allá, en lo alto: cinco brazos de acero, que emergen de un bloque de cemento y se dispersan en forma de pentágono; de cada uno de sus cinco lados cuelgan unos rectángulos, también de acero, donde están instalados los semáforos que miran a las cinco calles que convergen en la plaza. Por encima, una especie de voladizo

ligeramente convexo, un faro que, por la noche, iluminan casi cien bombillas que apuntan al cielo. Ni un solo detalle ornamental. Es una arquitectura moderna y funcional: la omnipresencia del acero queda compensada con la estructura abierta y airosa de la torre, un punto de referencia visible a un kilómetro de distancia, desde cada una de las calles que allí confluyen. Los relojes son otros indicadores, que recuerdan al paseante que es hora de volver a casa, que está a punto de alzarse el telón, que tiene que tomar un tren, o quizá, sólo quizá, que tiene que ir a trabajar. La torre que alberga los semáforos no le gusta a nadie; un periódico berlinés solicitó su inmediata demolición; otro la tildó de "locura".[5] Pero acabó por imponerse la opinión de los técnicos de urbanismo, y la torre siguió donde estaba, "observando el entramado de calles, como el juez que dirime un partido de tenis".[6] (Fig. 2.1.).



Fig 2.1.: Vista de la Potsdamer Platz desde el Café Josty. (SV-Bilderdienst / Scherl).

Si volvemos la vista a un lado, veremos el renombrado Café Josty; si miramos en dirección contraria, el barrio en el que se alzan las imponentes sedes del Gobierno. Echar un vistazo a nuestro alrededor es abarcar con la mirada los diferentes medios de transporte utilizados a lo largo de los últimos cincuenta años: un coche de caballos cargado con barriles de cerveza, automóviles que siguen diferentes direcciones, incesantes tranvías que se detienen para que bajen los pasajeros, que ya tienen pensado ir a un café, a un teatro o sólo dar una vuelta por la plaza y echar un vistazo. Algunos se quedarán un rato antes de recorrer la corta distancia que los separa de las dos principales estaciones de ferrocarril, la Potsdamer, a la derecha de la plaza, y la Anhalter, un poco más allá. Ambas llevan a los berlineses a lugares lejanos, situados al este, al oeste o al sur de la ciudad; también a los populosos barrios periféricos. A diario, decenas de miles de berlineses entran o salen del metro y de los intercambiadores subterráneos de las diferentes líneas que discurren por el subsuelo de la plaza. Otros se suben por los pelos, de un salto, a un tranvía que acaba de ponerse en marcha. Para dar idea de la agitación que atosiga la ciudad, no falta siquiera un autobús de dos pisos. Una mujer va de café en café, vendiendo flores. Los voceadores de periódicos gritan las últimas noticias y, en palabras del Berliner Tageblatt, parecen los únicos inmóviles en medio de semejante barahúnda. Es tal la panoplia de ofertas de los diferentes partidos políticos de todas las tendencias imaginables, que cualquiera encuentra algo que case con sus intereses. Un ajetreo horroroso, pero ¿quién ha dicho que la vida sea sencilla? A cada paseante que se acerca con unos peniques en la mano, los quiosqueros le entregan publicaciones cuidadosamente dobladas que le ofrecen “algo que le sirva para pensar un poco, opinión política, información sobre los acontecimientos más recientes, un poco de melancolía […] lo mejor para finalizar un día de verano […] todas las impresiones y la información que necesita para concluir la jornada diaria cualquier persona que pretenda estar al día”.[7]

Por la noche, las luces deslumbran. Los anuncios forman parte de la iluminación y sirven también de reclamo; así quedaba reflejado en las páginas del Berliner Tageblatt :

¿Qué maravillosos espectáculos de la naturaleza se enseñorean de la plaza al anochecer? Los tintes rojos del crepúsculo, pero también unas tonalidades verdosas y amarillas. Ese rojo tan espectacular tiene su explicación: una importante tienda de vinos ha concluido un acuerdo con una compañía que fabrica anuncios luminosos. En cuanto a las tonalidades verdosas y amarillentas, son por gentileza de una revista de variedades y de una fábrica de zapatos. Gracias a esa luz roja, los poetas pueden saborear las excelencias del vino. Los demás tonos no se quedan atrás a la hora de llamar la atención general, tanto que lo que viene a continuación, ya sea comprar un par de zapatos o asistir a un espectáculo, casi parece un simple remedo de la realidad.[8]

De noche, los anuncios luminosos de la Kempinski Haus alumbran la plaza y el paseante pronto se acostumbra a la publicidad que inunda la vida diaria por obra y gracia de la luz eléctrica. Al cabo de un rato, sin embargo, ni siquiera repara en que los anuncios de tiendas y cafés no sólo le alumbran, sino que también le acosan. Cuando se hace de día, esos mismos reclamos pintados con caracteres de imprenta permanecen apagados, creando un caos inenarrable. En otro de los edificios, la Pschorr-Haus, un anuncio nos recuerda que hay que “luchar contra el cáncer” y encamina a los paseantes hacia una farmacia o una tienda de alimentos dietéticos. Ha llegado el momento de elegir. Vemos carteles de diferentes partidos: socialistas, comunistas, liberales, católicos, conservadores o fascistas, un abanico que es fiel reflejo de la diversidad y el caos que imperan en la política de la República de Weimar. A la vuelta de la esquina, nos encontramos con una exposición sobre la guerra mundial. Si miramos a otro lado, veremos anuncios de oficinas en alquiler en los pisos superiores y por fin, el último de todos, el anuncio reclamo de un anuncio: una solicitud para colocar un anuncio en un tablón.

No faltan aquéllos a quienes les encantan las luces del elegante distrito comercial de la Kurfürstendamm, no muy lejos de la Potsdamer Platz:

Lo más bonito de ver […] eran las luces que se encendían y se apagaban en el bulevar. En la década de 1920, la iluminación era mucho mejor y más barata. En la Kurfürstendamm había farolas como candelabros. Las copas de los árboles amortiguaban la luz y los reflejos centelleantes de los anuncios, convirtiendo el bulevar en un lugar más recogido, donde los rostros de las

mujeres parecían cobrar vida. En lugar del estruendo habitual, en las calles se oía música, una canción de amor dedicada a todas las berlinesas. En los años veinte, Berlín era una ciudad galante.[9]

Gracias a las enseñas luminosas, hasta los edificios adquirían una belleza distinta, y ofrecían al paseante una nueva perspectiva de la profundidad, altura y trazado de las construcciones.[10] Aquel espectáculo, junto a los innumerables bares, cafés y nuevas salas de cine, los sonidos del jazz y los batidos helados importados de Norteamérica, eran demasiado modernos, por no decir chillones, para la acomodada generación anterior, que seguía comprando en la Leipzigerstrasse, no lejos de la Potsdamer Platz.[11]

Algunos de los que llegaban a la estación de Anhalter y cruzaban la plaza en automóvil eran embajadores y ministros, generales y funcionarios de alto rango. Por supuesto, podrían haberlo hecho caminando, pero lo normal era que recurriesen a un medio de transporte más ostentoso, como un coche con chófer. Su lugar de destino, alguno de los veinticinco edificios oficiales que se alzan en la Wilhelmstrasse o en la Leipzigerstrasse, dos de las cinco calles que desembocan en la plaza. Construidos a lo largo de los siglos XVIII y XIX, y erigidos a toda velocidad en los quince años posteriores a la unificación de 1871, albergan los ministerios prusianos y del Reich, además de algunas embajadas extranjeras. En la Wilhelmstrasse tenían su sede el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Ministerio de Economía, las legaciones diplomáticas de Francia y Gran Bretaña, así como otros importantes edificios gubernamentales de vastas e imponentes dimensiones. El visitante oficial, pongamos que un ministro del Interior de otro país, se dirige a un encuentro con su homólogo del Reich, o quizá se trate de diplomáticos extranjeros que acuden a una recepción en la Wilhelmstrasse. Por mucho que lo intenten, no podrán eludir la visión, en la estación de Anhalter por ejemplo, de los heridos de guerra –hombres que perdieron alguna extremidad o parte de la cara, ciegos, pidiendo, cojeando–, o de alguno de los innumerables berlineses que se quedaron sin hogar, testimonios vivientes del desastre que supuso la Primera Guerra Mundial. Sólo en Berlín hay veinte establecimientos para atender a los heridos. También ellos formaban parte de la escena callejera del Berlín de la época de Weimar (fig. 2.2.).[12]

Las estaciones de ferrocarril, auténticos monumentos al acero, al hierro y al vertiginoso progreso de la sociedad industrial, constituían la gloria de la

arquitectura del siglo XIX. Construida entre 1876 y 1880, la estación de Anhalter se contaba entre las mejores de Europa. Sobresaliendo por encima de los edificios que la rodeaban, su aspecto macizo, imponente, casaba perfectamente con su cometido de dar cobijo a las potentes máquinas de vapor de los ferrocarriles procedentes de cualquier parte de Europa, que llevaban a diplomáticos y hombres de Estado hasta la capital de Alemania. Su llamativa ornamentación de ladrillos alabeados y terracota, el color pálido de la piedra arenisca utilizada en algunas partes del edificio y los arcos de medio punto, evocadores del estilo románico, conferían cierta ligereza a la edificación. En su interior, porque merece la pena que hagamos un alto en nuestro paseo, el visitante se encontrará no con una sino con cuatro salas de espera, según los viajeros y las clases de billete. Tratar de pasar de una a otra era tarea casi imposible. Ése será el primer obstáculo que descubriremos. Por otra parte, había salas de autoridades separadas, para uso exclusivo de dignatarios, incluso de aquéllos que, antes de la revolución, habían sido nombrados por los Hohenzollern.

Desde la estación de Anhalter podemos dar una vuelta por algunas de las muchas cervecerías y tabernas que hay en la Potsdamer Platz y sus alrededores; nos decidimos a entrar en la Alt-Bayern. El paseante no tarda en darse cuenta de que está en un lugar que poco tiene que ver con la arquitectura que preconiza Weimar. En su interior, salas y vestíbulos de dimensiones monumentales imitan, sin un estilo definido, el románico, el gótico, el renacentista o el barroco; basta con pensar en un material de construcción, yeso, madera, estuco, o vidrieras de colores, para encontrarlo.[13] Nada hace detenerse en seco a un aficionado al modernismo tanto como el interior de la Alt-Bayern, aunque es probable que la admiración no le impida tomarse allí una cerveza.



Fig. 2.2.: Podían verse heridos de guerra en cualquier pueblo, localidad o ciudad. En la imagen, una fotografía tomada en Berlín.

Deseosos de pasar un buen rato, nos detenemos en Haus Vaterland, más conocida hasta la Primera Guerra Mundial como Piccadilly; dadas las circunstancias, los dueños optaron por cambiarle aquel nombre tan poco "patriótico".[14] El edificio ofrece a los visitantes la posibilidad de disfrutar de una experiencia virtual de Alemania, Europa y lugares más lejanos. Cuenta con un salón bávaro, otro de estilo vienés, una terraza renana, un salón italiano con vistosas lámparas blancas y rojas, y hasta una tasca francesa; los camareros, ataviados con trajes regionales, ofrecen la comida típica de esas zonas. Quienes decidan hacer un crucero por el Rin, tendrán la posibilidad de escuchar coros renanos y contemplar tormentas simuladas,

con una panorámica del río desde Sankt Goar como fondo hasta la región de Lorelei en un día soleado, gracias a unos mecanismos que reproducen truenos, lluvia y rayos de artificio. Los que aspiren a visitar lugares más remotos, disponen de un bar del lejano oeste en donde actúa una banda de jazz afroamericano. No se considere esto como una incongruencia: los turistas no tienen por qué saber que esos maravillosos sonidos que se escuchan en Nueva Orleans, Kansas City o Chicago nada tienen que ver con el lejano oeste. Mientras, dieciséis bailarinas se contonean en los diferentes ambientes que ofrece Vaterland, cambiándose de indumentaria como es natural. Cuatro jóvenes, con aspecto de estudiantes de principios del siglo XIX, deleitan a los visitantes con canciones nacionalistas. Quienes sean de gustos más refinados, o estén dispuestos a pagar más, no dudarán en dirigirse al salón de baile, situado en la tercera planta. Además de baile y espectáculos de cabaré, el menú es más sofisticado: caviar, champaña y helado de pistacho. La cafetería sirve un, supuestamente, genuino café turco, para que los visitantes se recuperen de los excesos etílicos. Es posible que ningún berlinés de pura cepa se dejase llevar, ni muerto, a Haus Vaterland. Sin embargo, no deja de ser un negocio floreciente que atiende a quienes, desde provincias, se deciden a darse un garbeo por Berlín para disfrutar de los espectáculos que ofrece la capital. Como aseguraba un periódico de Berlín, hasta los propios berlineses "disponían de la posibilidad de asomarse al ancho mundo por poco dinero".[15]

Qué duda cabe de que quienes acaban de tomarse una cerveza y un plato de codillo, con los labios aún relucientes de grasa, estarán deseosos de tomarse un café y un dulce. El Josty es el lugar indicado para hacer un alto en el camino.[16] Con sillas y mesas que dan a la plaza, un jardín en la parte de atrás, una terraza acristalada y muchos salones en su interior, el Josty está siempre atestado de dignos representantes de la sociedad burguesa, banqueros y funcionarios, intelectuales, hombres y mujeres, artistas, que se dedican a charlar y a contemplar lo que pasa a su alrededor; paseantes urbanos que se toman un respiro, según refiere una crónica del Berliner Tageblatt :

¿Qué más puede pedir? Un refrigerio para el cuerpo (un sorbete de limón) y un estímulo para el cerebro (un café); ambas cosas pueden tomarse en la terraza que está delante del café. Incluso es posible atisbar algún ademán erótico: 'Camarero, un poco de erotismo, por favor', mientras la joven que

está sentada en la mesa de al lado cruza las piernas y, más allá, otra se sube como puede a las empinadas escaleras de un autobús.[17]

No hay un lugar reservado para los no fumadores. El humo de cigarros y cigarrillos impregna el aire. El escritor Hans Ostwald describe a sus camareros: “De improviso, se acerca un hombre fornido, de espaldas anchas, cabeza rapada, barba salpicada de hebras grises y una cara moteada de manchitas rojas, nariz considerable, ojos relampagueantes y una boca de labios gruesos, que nos lleva a pensar en algún diputado rural y reaccionario de ésos del Parlamento, que no le hacen ascos a llenarse los bolsillos gracias a sus industrias”.[18]

Con el atardecer, llega el momento de la diversión. Las posibilidades son ilimitadas: obras de teatro clásico o moderno; ópera, en cualquiera de los tres teatros de que dispone la ciudad; música clásica en la sala de la Filarmónica, o innumerables locales de dimensiones más reducidas. Es posible, sin embargo, que haya gente en busca de entretenimientos menos sublimes; también, en este caso, la oferta es asombrosa. Se puede asistir a espectáculos políticos de afamados escritores satíricos, como Kurt Tucholsky, u otros de menos renombre, o “espectáculos en vivo” con mujeres desnudas, a menos que la policía los haya clausurado esa misma noche por atentar contra las normas públicas de moralidad y decencia. De la mano de Christopher Isherwood es posible darse una vuelta por Salomé, en cuyo interior, pintado en rojo y oro, los alemanes de provincias y los turistas extranjeros se aventuran a echar un vistazo a travestidos y lesbianas. Podemos ir a ver a las Tiller Girls, que actúan y bailan con precisión militar en el teatro del Wintergarten, un local más respetable, o ver un poco de todo, una mezcla de baile, música y sátira, en el Schwarzer Kater, en la Friedrichstrasse, o en el cabaré Linden, en el bulevar Unter den Linden.

A lo mejor preferimos escuchar un poco de jazz; en este caso, acudiremos a un local donde una banda de ocho músicos afroamericanos toca jazz de Nueva Orleans, rápido y sincopado, mezclado con el sonido más ligero del blues-jazz, que evoca locales inmundos y bares llenos de humo de ambos lados del Misisipí, muy lejos de la Kurfürstendamm y del río Spree. ¿De dónde les viene a los berlineses esa pasión por el jazz? Es música norteamericana, y todo lo que procede de Norteamérica es sinónimo de modernidad. Las notas quejumbrosas de una trompeta, los dúos de trompeta

y corneta de llaves, el trepidante ritmo de la batería y el piano inundan el aire de la ciudad, sumándose a la algarabía de coches, camiones, gritos de vendedores ambulantes y máquinas taladradoras. El jazz es el sonido de la ciudad elevado a la categoría de arte, y, si bien no se puede decir que en Berlín se escuchen los mismos ritmos y melodías que en Nueva Orleans, Kansas City o Chicago, hay bastantes coincidencias como para que el estilo musical allí alumbrado se convierta en el símbolo de la modernidad por excelencia, Estados Unidos, y que lo disfruten los aficionados y entendidos en Europa.

Hay que tener en cuenta que el jazz es música afroamericana, algo que, para los berlineses, le añadía una nota de exotismo. Salvo los escasísimos alemanes que habían viajado a las colonias de ultramar o se habían asentado en ellas antes de 1918, la inmensa mayoría sólo había visto africanos con motivo del Völkerschauen, una especie de feria ambulante en la que, como animales en un zoológico, se exhibían hombres de piel oscura. Una situación que cambiaría de forma radical después de la Primera Guerra Mundial, tras la aparición en los campos de batalla de soldados afroamericanos y tropas de la Legión Extranjera francesa. Al acabar la contienda, algunos afroamericanos se quedaron a vivir o regresaron más tarde, músicos y pintores sobre todo, que encontraron en París, incluso en Berlín, un ambiente más tolerante que en Estados Unidos. Sin embargo, para los berlineses más liberales y de izquierdas (al igual que para muchos europeos), la fascinación que sentían por los afroamericanos iba de la mano con actitudes racistas que no dudaban en apoyar. Desde su punto de vista, y por expresarlo en el lenguaje culto de la época, el jazz era un claro reflejo del "primitivismo de los negros"; escandaloso, bullicioso y caprichoso, simbolizaba el "estado natural del ser humano", como los propios negros. Al contrario que los europeos, "que bailan siguiendo esquemas mentales –escribía un crítico, a propósito del espectáculo de revista de Josephine Baker–, los negros bailan con los cinco sentidos […] Lo que no deja de provocarnos una cierta envidia, porque es como la vida, el sol, las selvas primigenias, el canto de los pájaros y el rugido del leopardo, como la tierra… [Los negros] representan una nueva raza, todavía no echada a perder. Bailan con el corazón, ponen la vida en ello".[19] ¿Qué más se podía pedir? El jazz era moderno y "natural" a un tiempo, y los vaivenes de la ciudad casaban a la perfección con todo lo que fuera exótico, expresionista y primitivo.

No lejos de la Potsdamer Platz, en barrios berlineses menos refinados, como Alexanderplatz o Hallesches Tor, la mayor diversión la encontramos en innumerables bares o en cabarés mucho más vulgares. Christopher Isherwood era parroquiano habitual de ese tipo de locales. Durante el tiempo que pasó en Berlín, a finales de la década de 1920 y comienzos de la década de 1930, no era todavía el autor consagrado que hoy conocemos. Bobby, su compañero de piso, trabaja de camarero en la Troika, que no es de lo peor, porque tiene portero, y hay una chica que se encarga del guardarropa. Cuando Isherwood llega, el local está casi vacío. Unas cuantas mujeres jóvenes languidecen en el bar, mientras los empleados bostezan. Los músicos charlan entre ellos. De repente, aparecen unos turistas con dinero fresco, deseosos de conocer de cerca cómo son los bajos fondos. El mozo de los cigarrillos y los camareros se disponen a recibir como corresponde a los recién llegados. La banda de tres instrumentos comienza a tocar jazz. Aparecen unos cuantos hombres jóvenes, que se ponen a bailar con las mujeres del bar. Los “dos caballeros [que acaban de llegar], entrados en carnes, hablan entre ellos, probablemente de negocios, ajenos a ese mundo nocturno que han despabilado con su presencia; las mujeres que los acompañan guardan silencio, miran en derredor con desgana, confusas, incómodas; se las ve muy aburridas”.[20] Todo es pura fachada y decepción, como en el caso del magnífico personaje creado por Isherwood, Sally Bowles, una muchacha inglesa de escaso talento que ha cruzado al continente para labrarse una carrera en el teatro o en el cine. También ella vive en un mundo de apariencia. Va detrás de muchos hombres, siempre a la caza de alguien que la entretenga y le regale cosas bonitas. Pero acaba descubriendo que todos los hombres son unos impostores: negociantes venidos a menos que fingen que aún tienen dinero; supuestos artistas que huyen de la justicia de país en país; aristócratas de imitación cuyos yates y villas sólo existen en su imaginación; curanderos de la más baja estofa deseosos de practicar un aborto a cambio de una suma considerable. Tales son también las situaciones que desfilan ante nuestros ojos, a lo largo de nuestro recorrido por Berlín.

No todo es diversión en la Potsdamer Platz. En la década de 1920 sólo había oficinas atestadas, rodeadas de hoteles, cervecerías y cafés. En 1932, se inauguró en el lado derecho de la plaza uno de los edificios más representativos del modernismo, la casa Columbus, de Erich Mendelsohn. Una maravilla de nueve plantas de hormigón, acero y cristal, que emerge

sobre un amasijo de cimientos del siglo XIX. Su propio nombre suena como una evocación de Norteamérica, de un nuevo mundo, de todo lo que representa la modernidad. Es mucho más imponente que cualquiera de los edificios que se alzan en la plaza, y su fachada lisa de cristal, característica del estilo de Mendelsohn, le confiere un aspecto de ligereza, que contrasta con las macizas y abigarradas edificaciones que le rodean (fig. 2.3.).

Ha llegado el momento de dejar atrás la plaza, para dirigirnos, en primer lugar, a la Leipzigerstrasse, una de las calles más elegantes de Berlín.[21] Dos templos griegos de reducidas dimensiones, obra del afamado arquitecto de comienzos del siglo XIX Karl Friedrich Schinkel, señalan el camino que conduce de la Potsdamer Platz a la Leipziger Platz. En un principio, los "dos templos" estaban destinados a guardar las puertas que daban acceso a la ciudad: pequeños y elegantes, con sus columnas dóricas, traen a la mente otro mundo, que nada tiene que ver con las excentricidades de Haus Vaterland, el tráfico frenético que discurre por la Potsdamer Platz o el modernismo de la casa Columbus.

En la Leipzigerstrasse hay estupendos restaurantes y cafés; nada que ver con los excesos ramplones de Haus Vaterland. Pasamos por delante de tiendas elegantes, como los magníficos grandes almacenes Wertheim und Tietz, impresionantes edificios oficiales, sedes donde reside el Gobierno, como el Ministerio de Comunicaciones del Reich, el Ministerio de la Guerra, o la Cámara Alta prusiana (Herrenhaus), a un paso del Parlamento (Landtag) de Prusia. Algunos de esos edificios oficiales, como la Herrenhaus, de estilo renacentista italiano, construida entre 1898 y 1903, no son meras edificaciones de piedra y cemento, sino que, con un guiño al pasado, constituyen una cabal representación del poder y la legitimidad del Estado. Aunque pocas, también hay algunas mansiones privadas, como la del magnate de la prensa escrita Rudolf Mosse, también de estilo renacentista italiano, que alberga impresionantes colecciones de pintura y escultura, y una importante biblioteca. Mosse encargó un cuadro en el que tanto él como un grupo de selectos invitados, ataviados a la usanza renacentista, cenaban en una villa italiana. La obra, finalizada en 1899, aún seguía colgada en la mansión durante la época de Weimar, como fiel reflejo de la tranquilidad de la burguesía germano-judía, de su identificación con los iconos de la cultura occidental.[22]



Fig. 2.3.: La casa Columbus de Erich Mendelsohn, icono del modernismo, en la Potsdamer Platz, construida en 1931-1932. Repárese en el contraste con los edificios que la rodean (SV-Bilderdienst / Scherl).

Los grandes almacenes modernos, como Wertheim und Tietz, eran cualquier cosa menos vulgares, para alivio de Franz Hessel que, refiriéndose a ellos, decía que todo lo que vendían era decoroso, “de buen gusto, nos atreveríamos a decir”. Los grandes almacenes vivían para las ventas; las vendedoras jóvenes recibían una magnífica preparación para aprender a manejarse con el género y con los clientes: “No nos hacemos ni idea de lo preparadas que están esas consumadas profesionales con quienes nos cruzamos, con qué grado de perfección las vendedoras de Wertheim und Tietz reclaman nuestra atención para que nos adentremos en su mágico reino”. Los modernos almacenes no tienen nada que ver con destartalados bazares, sino que son “teatros ordenados y bien organizados, que miman a los visitantes con comodidades inimaginables: vestíbulos luminosos, a modo

de invernaderos, con bancos de granito en los que uno puede descansar con los paquetes encima de las rodillas. Exposiciones de arte repartidas en las zonas de descanso, capaces de romper con la monotonía de las estanterías de juguetes y objetos de tocador”. [23]

Los hombres y las mujeres de la nueva generación han aprendido que hay que buscar la satisfacción y el placer en el refinamiento, no en enormes cantidades de cosas o en raciones colosales.

A la hora de darse un gustazo, el berlinés de antes corre el riesgo de excederse, tanto en la cantidad como en las dimensiones. Las cafeterías son restaurantes de refinamiento ostentoso. No es fácil encontrar un cómodo sofá de piel sin más pretensiones, uno de esos rincones tranquilos tan del gusto de parisienses o vieneses. En lugar de decir ‘mozo’, sencillamente, nunca se les cae de la boca esa necia expresión Herr Ober! En lugar de un café sin más, siempre pide un moka doble […] No dejan de abrirse nuevos Grand Café, con capacidad para millares de clientes, una orquestina húngara en la planta baja y dos orquestas que interpretan música de baile en el segundo piso […] Claro que sí, eso y más, que para eso pagamos. [24]

Pero eso pertenece al ayer. El nuevo Berlín es más refinado, más elegante, más parecido a París.

En la confluencia de Stadtmitte, cerca de la Potsdamer Platz y de la Friedrichstrasse, así como en otros lugares al oeste de la ciudad, casi no hay un sitio en que no nos demos de bruces con la moda, con conocidas firmas del mundo de la elegancia, donde las mujeres se acomodan en mesas delicadas, en las que se reclinan lánguidamente preciosas modelos; se ven coches de lujo en las proximidades del Tiergarten, “en impecable estado, calidad ‘superior’, modelos especiales de la compañía de automóviles, perfectos hasta en los más nimios detalles”. Los conductores aguardan a que salgan de las tiendas sus “atildadas propietarias (gnädige Frauen)”. [25] Todavía se siguen los dictados de la moda de París, pero las mujeres elegantes de Berlín también saben cómo componérselas ellas solas.

Surge un nuevo tipo de mujer […] la mujer joven de vanguardia, la berlinesa de la posguerra. La década de 1910 debió de deparar buenas añadas: mujeres de hombros ligeramente atléticos, que visten con gracia e ingravidez, piel

delicada y resplandeciente, iluminada tan sólo con un poco de maquillaje, sonrisa agradable, buen aspecto y dentadura perfecta. Seguras de sí mismas y de dos en dos, caminan entre el gentío que, por las tardes, invade la Tauentzienstrasse y la Kurfürstendamm; parece que van nadando a crol, mientras los demás las siguen rezagados, sin resuello. Sin dudarlo, sin pestañear, se acercan a los escaparates […] Mujeres jóvenes que han comenzado a encontrar su propio estilo, alejado por igual de la afectación de las marcas famosas y de las hechuras de toda la vida. ¿Será realmente cierto eso que cada vez se oye con más frecuencia, que la mujer berlinesa se encuentra a la altura de las mejores de Europa?[26]



Fig. 2.4.: Mujeres a la última. Escena callejera en Berlín, 1926.

Hessel asegura que así es. Berlín llevaba camino de convertirse en "una ciudad elegante".

El autor se refería a la "nueva mujer" de la década de 1920, imagen de elegancia y refinamiento, emprendedora y atlética, tanto si era de ascendencia burguesa como trabajadora, nacida en la capital o venida de provincias (fig. 2.4.). Tras la Primera Guerra Mundial, las mujeres se dejaban ver mucho más en lugares públicos. Como es de suponer, las mujeres trabajadoras, las más pobres, siempre habían tenido que salir a la

calle a buscar agua en pozos y fuentes, a hacer recados a la panadería o a la carnicería, o a vender en el mercado sus productos, pero las mujeres de la burguesía del siglo XIX no salían de casa con tanta asiduidad. Podían ir de paseo, pero siempre acompañadas por un hombre, igual que iban escoltadas en las salidas nocturnas, ya fueran al teatro o a ver a unos parientes. Desde la década de 1890, no obstante, hasta las mujeres burguesas habían comenzado a aventurarse solas por la calle. En este sentido, los grandes almacenes supusieron una novedad decisiva; fueron los encargados de moldear a la mujer moderna como posible cliente y como compradora. Era tal la cantidad de productos que ofrecían que necesitaban lo que los pequeños comerciantes de hoy en día definirían como "organizar el tráfico" por la tienda. Los alemanes, como Schocken, Wertheim y otros más modernos, dieron pasos de gigante para que sus palacios del consumo se convirtieran en lugares "seguros y respetables" para las mujeres. En palabras de Hessel: las "vendedoras" iban bien vestidas y hacían gala de modales exquisitos; por si fuera poco, las tiendas estaban perfectamente iluminadas. Al menos en grupo, o acompañadas de alguna criada, las mujeres de la burguesía se decidieron a traspasar los límites del hogar para adentrarse en el espectacular mundo del consumo. Y cuando los grandes almacenes tuvieron oportunidad de exhibir su mercancía en la calle, cuando las nuevas técnicas de construcción, gracias al hormigón armado y a las lunas de cristal, les permitieron abrir enormes escaparates, como en los grandes almacenes Schocken, de Erich Mendelsohn, en la década de 1920, ya no sólo el interior de las tiendas, sino también las calles, pasaron a convertirse en lugar "seguro" para las mujeres respetables.

Hay decenas de mujeres paseando por la Potsdamer Platz o por las calles cercanas, solas o en grupo, mirando vestidos, telas o zapatos en tiendas pequeñas o en los escaparates de los grandes almacenes, degustando un Apfelkuchen (tarta de manzana) en Josty, o tomándose una cerveza en Vaterland. Más tarde, tendremos ocasión de contemplar a ese nuevo ejército de mujeres –vendedoras y secretarias, asistentes sociales y médicos– corriendo a la estación del metro para regresar a casa después de una jornada de trabajo. Cualquier visitante de provincias se quedaría boquiabierto al ver a esas mujeres, paseantes y trabajadoras, de cabellos cortos, vestidos no mucho más largos, fumando cigarrillos, con el rostro anguloso, tan atrevidas como decididas. Ya nadie asocia el hecho de ver mujeres por la calle con la mala reputación. En este caso, como en tantos otros, modernidad es lo

mismo que diversidad: prostitutas y empleadas de oficina, trabajadoras de fábricas y médicos. Según el paseante Franz Hessel:

[…] Cuando contemplo los hombros alzados y las altivas mejillas de esas chicas de ciudad, tan ágiles, tan tiesas, con sus insaciables bocas abiertas, me parecen indignas. El pausado examen al que las somete un inofensivo paseante les saca de quicio, cuando se dan cuenta de que, como en mi caso, nada escapa a mi atenta mirada.[27]

O eso pensaba Hessel.

Por curioso que parezca, no nos ha llevado tanto tiempo recorrer el barrio donde se alzan los edificios oficiales, dejar atrás calles y tiendas elegantes, el Berliner Dom, el Altes Museum con su espléndida colección de arquitectura antigua y otras magníficas muestras de excelsas culturas, cuando nos encontramos delante del Scheunenviertel judío, un asentamiento que se remonta al siglo XVII, cuando Federico Guillermo, Gran Elector de Prusia, ofreció asilo a cincuenta familias judías expulsadas de Austria por los Habsburgo. A pesar de las exacciones que se les impusieron y de los límites a sus actividades comerciales, la comunidad judía prosperó. A mediados del siglo XIX, fueron muchos los judíos que, procedentes de Europa oriental, se instalaron en el Scheunenviertel, abarrotando casas y calles. A pesar de los judíos alemanes asentados en aquel lugar desde hacía mucho tiempo, la alta densidad de una población que hablaba mayoritariamente yiddish convirtió el barrio en una especie de colonia de Europa del Este. Judíos reformistas y ortodoxos se cruzaban por la calle, vendedores ambulantes de Europa oriental se codeaban con hombres de negocios bien vestidos o con dueños de tiendas, sin olvidar ladronzuelos, prostitutas, tahúres y chulos que, desde la cercana Alexanderplatz, se movían por Scheunenviertel como pez en el agua, como describiera Alfred Döblin con precisión en su novela homónima. Aquella mezcolanza de pordioseros, prostitutas, ex soldados, policías y capitalistas corruptos que se daba en los dos barrios bien podría haber servido de inspiración para La ópera de cuatro cuartos, de Bertolt Brecht y Kurt Weill.

Incluso al excelso periodista y novelista Joseph Roth se le hacía cuesta arriba que bastase un breve paseo desde la Alexanderplatz para darse de bruces con una barriada “en la que ni la mugre ni la suciedad llegan a disimular, sino más bien a realzar, su carácter mediterráneo y obrero”. Sin solución de continuidad “y sin haberlo buscado, uno se encuentra en una insospechada y lúgubre judería, por donde sólo pasan carros y ver un automóvil es todo un acontecimiento”. Roth describía una barriada efervescente: niños polacos jugando por las calles, adultos que andaban apresurados para cerrar algún trato, hombres tan bien vestidos que no parecerían fuera de lugar ni siquiera en la elegante Kurfürstendamm, junto a barbudos judíos de Europa del Este con sombreros de terciopelo. Allí se llevan a cabo toda clase de transacciones, legales o no tanto, cerca de un judío devoto que reza en una esquina.[28] Mezclados con ellos están los refugiados, judíos procedentes de Europa del Este que han llegado huyendo de los pogromos. Muchos sueñan con irse a Estados Unidos, a Holanda o a Palestina. Algunos acaban de llegar de los campos rusos para prisioneros de guerra.

En sus ojos, se advierte la sombra de un pesar milenario. Mujeres, con sus hijos a la espalda, como fardos de ropa sucia. Niños que se arrastran por ese mundo de miseria sobre sus piernas torcidas, royendo mendrugos de pan duro […] Los menos [de los refugiados] son jóvenes y gozan de buena salud […] Las pensiones en las que se alojan huelen a ropa sucia, a col fermentada y a humanidad. Como equipajes en el andén de una estación, sus cuerpos hacinados yacen por el suelo […] Muy pocos están dotados de ingenio, de iniciativa. Ésos serán los que se irán a Nueva York y, allí, se harán millonarios.[29]

Para tratarse de un barrio judío, las calles de Scheunenviertel ostentan nombres extraños. No hay que olvidar, sin embargo, que hubo un tiempo en que acogió a los reos de la justicia prusiana y que allí se alzaban las caballerizas del Ejército de Prusia. De ahí los nombres de las calles, como la Dragonerstrasse o la Grenadierstrasse.

[…] hombres en grupo, con largas barbas hasta las patillas, que caminan despacio; las morenas hijas del carnicero van de un lado a otro de la calle, hablando en yiddish. En tiendas y cervecerías, carteles escritos en caracteres hebreos. Son calles que constituyen un mundo aparte, una especie de abra inabordable casi para todo el mundo. A menos, claro está, que una nueva oleada de gente llegue desde el este, y empuje a quienes ya llevan un tiempo allí –tampoco demasiado–, y se han adaptado tan bien a Berlín que no le hacen ascos a mudarse a barriadas más al oeste, donde no les quedará más remedio que esforzarse en renunciar a las peculiaridades propias de su raza. Una pena, porque tienen mejor pinta dando vueltas por Scheunenviertel que, más tarde en la Bolsa, embutidos en sus trajes de confección.[30]

El centro de Scheunenviertel es la Sinagoga Nueva de Oranienburger Strasse. Aunque nos hubiéramos molestado en tomar el suburbano, la cúpula y las torres de la sinagoga son visibles a kilómetros de distancia, una afrenta para la perspectiva que ofrece Berlín, según los antisemitas (fig. 2.5.). Con capacidad para acoger hasta tres mil fieles, la construcción de la Sinagoga de Oranienburger concluyó en 1866. Era todo un símbolo de la prosperidad y la tranquilidad de que disfrutaba la comunidad judía en Berlín. Al mismo tiempo, el estilo árabe de la cúpula y de las dos torres guardaba relación tanto con Oriente Medio como con la época dorada que habían vivido los

judíos en España; por su parte, el espectacular órgano era un símbolo de los esfuerzos de modernización llevados a cabo por el judaísmo reformista, que se movía entre dos mundos, el judaísmo tradicional y la sociedad cristiana alemana. Dejamos atrás la escuela judía para chicos, con el busto conmemorativo de Moses Mendelsohn, renombrado filósofo ilustrado y fundador del centro, y la más reciente para chicas, el antiguo cementerio judío, el hospital judío y el hogar para judíos retirados. La Hochschule für die Wissenschaft des Judentums (Centro de Estudios Superiores del Judaísmo) es el centro intelectual del reformismo judío, donde se formaron, o al menos asistieron a clase, muchos de los pensadores de la cultura germano-judía, como Martin Buber, Gershom Scholem o el rabino Leo Baeck. Al igual que la sinagoga, la Hochschule es el faro que ilumina a la comunidad judía y un signo del florecimiento que vivió en Alemania a finales del siglo XIX y a comienzos del XX. En la década de 1920, los incidentes antisemitas fueron a más, y algunos judíos organizaron somatenes paramilitares para defenderse. A pesar de todo, los judíos alemanes disfrutaban de prosperidad material y llevaban una vida social intensa. Algunos de sus intelectuales contribuyeron al renacimiento de las enseñanzas judaicas; otros se situaron a la vanguardia de las innovaciones artísticas e intelectuales de la época de Weimar; otros, en fin, mediaron y tendieron puentes entre los dos mundos, el judío y la sociedad secularizada alemana y europea.



Fig. 2.5.: La Sinagoga Nueva, en Oranienburger Strasse, construida entre 1895 y 1866, de estilo árabe, era el más importante centro del culto judío en Berlín y todo un símbolo de la vitalidad de una comunidad que se sentía a sus anchas. El edificio, que quedó casi arrasado por los nazis durante la Noche de los Cristales Rotos, en 1938, sufrió también los bombardeos de las fuerzas aliadas. A finales de la década de 1980 y durante el decenio de 1990, se procedió a la reedificación de la fachada, el atrio y las cúpulas (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Art Resource, Nueva York).

Como ya hemos paseado bastante por el elegante barrio comercial que discurre a lo largo de la Leipzigerstrasse y por las calles bulliciosas y laberínticas del barrio judío, como ya hemos tomado suficiente cerveza y codillo de cerdo, café y dulces, quizá haya llegado el momento de volver a casa. Al igual que nosotros, un empleado de banca se dirige a la estación del metro en la Friedrichstrasse. Un par de trasbordos y, con un poco de suerte, llegará a su destino, Onkel Toms Hütte, en media hora. Al salir del metro, que va justo por debajo del nivel de la calle, respira hondo el aire puro y fresco de finales de otoño, que le pone a tono.

Hace una década más o menos que han reforestado por completo la zona donde se encuentra la estación de metro. El aumento de residentes fue tal que ya no se encontraban viviendas libres, y donde había un bosque y una taberna, Onkel Toms Hütte (en homenaje a La cabaña del tío Tom, de la escritora norteamericana Harriet Beecher Stowe), se alzaba una de esas barriadas de expansión urbana planificadas en la década de 1920, una urbanización que albergaba el pujante segmento de población de oficinistas y funcionarios. Reformistas sociales y funcionarios del Gobierno tuvieron la misma idea: edificar viviendas nuevas, más higiénicas y racionales, para aquella multitud. El resultado fue asombroso. Sólo durante la República de Weimar se construyeron dos millones y medio de viviendas nuevas. En 1930, alrededor del catorce por ciento de la población vivía en pisos de construcción reciente. Los planes de edificación “nos traen a la memoria los mapas que maneja el Estado Mayor [del Ejército]”; se había tenido todo en cuenta: alcantarillado, energía eléctrica, agua corriente, transporte, escuelas.

[31] La arquitectura no es sólo un reflejo, sino que aporta su granito de arena al establecimiento de un nuevo modelo de unidad familiar. Son pisos pequeños, funcionales, de dos dormitorios, una cocina "de dimensiones razonables" y un cuarto de estar, lo justo para una familia moderna ideal, dos personas adultas y dos niños.

Cuando nuestro empleado sale del metro, si no es demasiado tarde, puede comprar algo en las tiendas que hay al lado de las vías –panadería, floristería, alimentación, zapatería–, comercios previstos en la planificación para que los residentes que regresan a casa después del trabajo tengan la posibilidad de adquirir lo que necesiten. Nuestro empleado va pisando las hojas caídas y aspira el aroma del otoño, húmedo pero estimulante. Es muy probable que no se fije en la arquitectura del edificio donde se encuentra su vivienda o que, cuando menos, no lo haya vuelto a hacer desde los primeros días en que se mudó a vivir allí. Pero sabe que es moderno, que se ajusta a la imagen que él pretende dar de sí mismo, hasta puede que sepa el nombre del arquitecto que lo diseñó, Bruno Taut. Sabe, por supuesto, que su vivienda es mucho más cómoda que la casa que ocupaba con anterioridad. La fachada del edificio, de tres o cuatro plantas, lisa, carente de salientes ornamentales, se extiende a lo largo de toda la manzana, produciendo una sensación de pulcritud. Si se tomara la molestia de llegar hasta uno de los extremos, contemplaría la leve curvatura del edificio, que no discurre en paralelo a la calle, rectilínea. Como en el caso de la casa Columbus, de Mendelsohn, la línea curva confiere cierto dinamismo al alargado edificio, una sensación de movimiento que se acentúa gracias a las ventanas retranqueadas (fig. 2.6.).

Es realmente un marco agradable para vivir, lejos del ruido y el bullicio de la Potsdamer Platz, precisamente lo que arquitectos y planificadores pretendían. Onkel Toms Siedlung está diseñado como un oasis de tranquilidad, donde el hombre moderno puede olvidarse de la agitación de la vida industrial y urbana, y, al lado de una esposa cariñosa y eficiente, encontrar la serenidad y la comodidad que ofrece un piso moderno. Sólo el ruido del suburbano, o los gritos de niños jugando, rompen el silencio. Basta con alejarse de casa unos pocos metros, para ir a dar un paseo por el bosque. Hay zonas de juego para los más pequeños, una instalación comunitaria de lavandería y una guardería. Cerca de allí, no faltan las iglesias, protestantes en su mayoría, porque son muchos los alemanes, también los berlineses, que acuden a ellas con regularidad. Cuentan con otras comodidades modernas no

menos importantes: cada piso dispone de su propio cuarto de baño, agua corriente caliente y fría, calefacción central y tuberías de gas para la cocina y el horno. Mejoras sustanciales en comparación con las condiciones en que se desarrolla la vida en los barrios céntricos de la ciudad, donde muchos residentes aún se ven obligados a utilizar los aseos comunes que se encuentran a la entrada de los edificios, salir a la calle en busca de agua, y acarrear el carbón o la leña para la cocina. Otra de las diferencias con los viejos Mietskaserne, esos antiguos caserones de vecinos, es que en los pisos nuevos el sol entra a raudales. Durante el día, es posible ver a madres jóvenes con sus hijos en los parques, o parándose a echar una parrafada camino de la lavandería o del mercado, que no queda lejos. Onkel Toms Siedlung, como otros de estos nuevos barrios, facilita la conversación diaria, constituye una zona en la que los residentes, sobre todo las mujeres, pueden hablar, mientras los hombres, al volver del trabajo, pueden darse una vuelta por algunas de las tabernas cercanas; la comunidad no permite la venta de bebidas alcohólicas en sus locales.[32] En verano, los lagos que rodean Berlín ofrecen inmejorables oportunidades para ir a nadar o a remar. Onkel Toms Siedlung es, qué duda cabe, un auténtico remanso de paz que los residentes tratan de preservar por encima de todo. Nuestro empleado de banca bien podría contemplar la larga hilera de viviendas unifamiliares adosadas, que también forman parte de la urbanización, y pensar que, dentro de unos años, podrá disfrutar de una casa así.



Fig. 2.6.: Área de expansión urbana de Onkel Toms Siedlung, de Bruno Taut, edificada entre 1926 y 1932. Repárese en la fachada lisa y en las ventanas retranqueadas, propias del estilo modernista, así como en la ligera curvatura del edificio (Fotografía del autor).

Los modernos arquitectos de Alemania no se limitaban a diseñar sólo el exterior de barriadas como Onkel Toms Siedlung, sino que ejercían asimismo de interioristas, buscando que los residentes se adaptasen al funcionalismo, tan en boga en aquellos tiempos. Es decir, guerra abierta a la vulgaridad de habitaciones atestadas, a los hules baratos, a las tapicerías chillonas y a los muebles repujados. Con todo, nuestro empleado de banca y su esposa no siguen los dictados del arquitecto al pie de la letra, sino que conservan la decoración y los muebles que tenían en la casa de vecindad en la que vivían antes. Se inclinan, pues, por atemperar los gustos modernos de arquitectos y planificadores urbanos porque, entre otras razones, no disponen de dinero suficiente para amueblar el piso nuevo de arriba abajo.

Aunque no forme parte de ellos, Onkel Toms Siedlung se alza entre los “mejores” barrios de Berlín, en los distritos situados al oeste de la ciudad, Grunewald, Dahlem y Zehlendorf. En la década de 1920, estas barriadas ya no están “de moda”, pero siguen siendo zonas señoriales, en las que se percibe la respetabilidad de sus habitantes: la buena situación económica, la posición social; el poder, en definitiva.[33] Barrios donde viven banqueros, industriales, funcionarios gubernamentales de alto nivel, profesionales acomodados y artistas. Los mismos personajes de los que Thomas Mann decía que “llevaban una vida tan regalada, tan intensa, tan trepidante que casi no les quedaba tiempo para vivir”.[34] En su novela Wälsungenblut, Sigmund, el protagonista, vive en una mansión señorial junto a sus padres, su hermana gemela y una legión de personas a su servicio. Un día, después de la ópera, toma un sándwich de caviar y una copa de vino tinto, presentados con mimo por los criados, al tiempo que comenta, quejumbroso, que “caviar y vino tinto forman una combinación de dudoso gusto”.[35]

En el distinguido barrio, en ese West End tan de moda, viven también otras personas. Franz Hessel describe una velada que pasó con una señora mayor de clase alta, que ejerce de secretaria y archivera del pasado y aún conserva los oropeles de una posición social que ya entonces parecía remota. Le invita a contemplar una enorme muñeca inglesa, vestida con delicada muselina; le muestra el álbum de la familia, las generaciones que la han precedido, sus dedicatorias y poemas escritos con admirable caligrafía; cuadros de escenas cinegéticas, cazadores ataviados con casacas amarillas y botas de montar. Los ramilletes de flores que se aprecian en las pinturas hacen juego con las ornamentaciones florales de bandejas y jarrones de porcelana, todos con la inscripción Royal Berlin. Se le permite sostener en las manos una diadema nupcial de 1765, confeccionada en seda de color verde, así como una tabaquera de ágata. En las paredes, retratos de familia: “Bustos de mujeres de cabellos ensortijados, levemente empolvadas, ataviadas con chales de delicados colores; hombres con peluca y levitas de color azul marino”. Recuerda los lechos con dosel à la duchesse (canapé) y à tombeau (cerrado por los cuatro costados), los gorros de dormir y los patucos, “el papel de las paredes en hautelisse (a muñequilla), con dibujos copiados de diseños franceses”. Exhibe una interminable colección de objetos personales,

daguerrotipos, figuritas delicadamente talladas y laqueadas, dibujos a tinta. De repente, Hessel afirma: “¡Qué cansado me siento después de esta inmersión berlinesa!”. Todo tan exagerado: un exceso de decoración, demasiado pasado, mucha influencia foránea. Sale de la mansión, deseoso de sumirse en las escenas y en los sonidos propios de la ciudad moderna.[36]

Berlín oeste era una parte de la ciudad que no hacía ascos a los nuevos talentos ni a los nuevos ricos, aunque algunas personas fueran muy criticadas por eso. El escritor Carl Zuckmayer describía al nuevo rico de las barriadas del oeste como un hombre de éxito, seguro de sí mismo, que pensaba que no iban con él las imposiciones legales ni las del destino. Un “personaje” que vive como mejor le parece, aunque, en realidad, se limite a remedar la “carencia de personalidad y de principios, así como el conformismo”, que identifican a los de su clase. La burguesía de toda la vida, tan apegada a los valores tradicionales y, quizá, a las diferentes regiones del país de las que procedían, tenía tan poco que ver con esos nuevos ricos, superficiales y desarraigados, como un cuadro auténtico y una lamentable copia al óleo. “Hasta en la anticuada dignidad que mantenían en su forma de vestir y comportarse conservaban un atisbo de juventud, de frescura y prestancia”.[37]

Por mucho que le gustase el Berlín moderno, Franz Hessel también rechazaba a los nuevos ricos. Recordaba con cariño su niñez en la “antigua parte oeste” de la ciudad, y cómo eran las casas por dentro: “Cuántos recuerdos conservo de aquellas macizas y austeras escaleras de barandillas de color marrón oscuro, las paredes desnudas y las figuras grises del cristal de las ventanas; de aquellos escalones regios y empinados que conducían a la planta principal, con ampulosas paredes de mármol liso y cristaleras de colores”. No es difícil encontrar restos de ese viejo mundo, incluso bajo los estratos de la modernidad:

Detrás de las vitrinas, que formaban una especie de barricada, la puerta corrediza de cristal que, en su día, separaba el salón de la estancia Berlín. En el respaldo inclinado del diván se reflejaba la sombra del piano, un poco más atrás, con su paño de terciopelo y fotografías familiares. Junto a la ventana, en un jarrón más bien lamentable, un detalle tropical, una palmera. Encaramados a la ventana de la estancia que daba al patio, veíamos las hierbas pálidas que asomaban entre las piedras. Sólo se han demolido las

antiguas cuadras y las caballerizas del general, a ras de suelo, que ahora albergan un taller de reparación de coches.[38]

Aún era posible observar trazas de aquella elegancia incluso en los lugares más insospechados, un friso con hojas de parra, un rostro de mujer esculpido entre dos jóvenes desnudos, el marco de una puerta imitando la entrada a un templo. Formaban parte de las postreras obras realizadas por los últimos alumnos del gran arquitecto Schinkel, un legado del remedo prusiano del estilo griego, que no cejaba en reivindicar que un linaje ininterrumpido unía la Atenas clásica con el Berlín del siglo XIX.[39]

Había también otra nostalgia menos patética, en un ambiente no tan distinguido como el distrito oeste de Hessel o el de la anciana aristócrata de edad avanzada con quien pasó una velada. Isherwood tuvo una patrona que echaba de menos las comodidades de su vida anterior, antes de la guerra y de la inflación, cuando disponía de posibles para dar trabajo a una criada y pasar las vacaciones de verano en el Báltico. Ahora, cuando la década de 1920 agonizaba y comenzaba a balbucear el decenio de 1930, y en el mismo Berlín, no le quedaba más remedio que aceptar huéspedes, y de la más baja ralea.

Como verá, Herr Issywu [así pronunciaba el apellido del inglés], en estos tiempos miro mucho la categoría de la personas que buscan alojamiento en mi casa […] Sólo acepto personas bien relacionadas y educadas, sólo gente de bien –como en su caso, señor Issywu–. En una ocasión, se alojó aquí un noble, y también un caballero y hasta un profesor, que me hacían obsequios de vez en cuando, una botella de coñac, una caja de bombones, unas flores. Y cuando se iban de vacaciones, no dejaban de enviarme una postal, de Londres por ejemplo, de París o de Baden-Baden. Nunca olvidaré aquellas preciosas tarjetas.[40]

Pero sus huéspedes, en aquel momento, son una prostituta, una cantante de cabaré de segunda, un camarero de un establecimiento de mala muerte y un inglés con ambiciones literarias, pero sin un céntimo. Echa de menos hasta su propio cuarto, porque duerme en la sala de estar, oculta tras un biombo, en un pequeño camastro, y se encarga de todas las tareas domésticas. No hay noche en la que pueda pegar ojo, porque los huéspedes no dejan de pasar por el cuarto de estar, camino del baño que está a la entrada. De noche, en el

exterior, se reúnen unas cuantas putas, y tiene la sensación de que el mundo ha venido a menos, que está fatigado.

Desde mi ventana [escribe Isherwood], contemplo la solemne y amazacotada calle. Almacenes subterráneos donde jamás se apaga la luz, al abrigo de fachadas que lucen balconadas macizas, estucos mugrientos realzados con volutas y otros distintivos heráldicos. Todo el barrio es así: calles y más calles, bordeadas de edificios monumentales que se caen a trozos, atestados de objetos que no valen nada y de muebles de segunda mano que antes pertenecieron a una clase media ahora arruinada.[41]

Eran muchos los berlineses que vivían como la patrona de Isherwood, Frau Schroeder, entre lo que aún quedaba en pie de la antigua distinción y los recuerdos cada vez más vivos de un tiempo ya pasado.

Los barrios del oeste de la ciudad acogían a las personas acomodadas, pero, gracias a la expansión del transporte colectivo que tuvo lugar a finales del siglo XIX, bosques y lagos estaban al alcance de todos los habitantes de Berlín, especialmente de aquella nueva clase media surgida a finales de la década de 1920 que, al menos en aquella época, disponía de los domingos libres y de algo de dinero para disfrutar de los placeres del sol y del agua. El domingo, día de descanso, era para pasarlo con la familia o con los amigos en aquellas vastas extensiones de bosques y lagos, para darse un respiro del ruido y el ajetreo de la ciudad, de sus tiendas, oficinas y fábricas.

Los sábados hay que ir temprano a la panadería y a la carnicería para comprar el pan, el queso y las salchichas, sin olvidar unas cuantas botellas de cerveza. Ponemos todo en una mochila y tomamos el metro hasta la estación de Krumme Lanke, final de línea, una parada más allá de la de Onkel Toms Hütte. Vamos con la intención de acercarnos a dos pequeños lagos, el Krumme Lanke y el Schlachtensee, para luego llegar hasta el Wannsee, una de las maravillas de Berlín. El paseo desde la parada del metro hasta los bosques no nos ocupa más de diez minutos, por calles bordeadas de árboles; detrás de los altos muros que los guardan, los jardines están en todo

su esplendor. Aparte del vivo colorido de las flores que adornan tantos hogares en Alemania, distinguimos algunos árboles frutales. Vemos enormes casas de ladrillo del siglo XIX, de tres alturas, con balcones y ventanales impresionantes, medio ocultas tras las vallas, de ladrillo también, y el follaje verde de esplendorosos árboles. Quizá algunos de los pudientes habitantes de los distritos del oeste, mecenas de las artes en sus ratos libres, hayan buscado un tipo de edificación más moderno. En la década de 1920, los mejores arquitectos, y otros casi tan grandes como ellos, no daban abasto en cuanto a encargos, y tenemos ocasión de contemplar algunos magníficos ejemplos de estilo modernista, de líneas rectas y depuradas, nada de adornos, con grandes ventanales. Sus detractores afirman que esas casas modernas parecen cajas, que no son representativas. Otros, sin embargo, sostienen que es una forma de romper con el pasado, una apuesta por la modernidad. Según Isherwood, las pretensiones de las clases más acomodadas se reflejaban en una confusa mezcla de estilos. Como daba clases de inglés en Grunewald, así describía la casa de uno de sus alumnos:

El salón de la casa de los Bernstein dispone de puertas tachonadas y de un reloj eléctrico, colgado en la pared con unos pernos. Lámparas modernistas, diseñadas de tal forma que parecen barómetros, termómetros y cuadros de una centralita. El mobiliario, sin embargo, no va acorde con la casa y lo que contiene: es como si unos ingenieros hubieran tratado de hacer más habitable una central eléctrica, gracias a unas cuantas sillas y mesas procedentes de una antigua y muy respetable casa de huéspedes. De las austeras paredes metalizadas, en enormes marcos dorados, cuelgan barnizados paisajes del siglo XIX. Es probable que el señor Bernstein, en un momento de inspiración, encargase la construcción de la mansión a un arquitecto de vanguardia y, al ver el resultado final, horrorizado, intentara disimularlo en lo posible con unas cuantas pertenencias de la familia.[42]

No nos detendremos en el interior de esas casas, sino que nos daremos una vuelta por los bosques antes de acercarnos al Schlachtensee, donde el calor estival parece menos pegajoso y tendremos ocasión de refrescarnos en las aguas del Wannsee. Desde el sendero que bordea el lago, podemos contemplar las mansiones de los potentados, que gozan de una vista privilegiada de los bosques y del lago. Nos cruzamos con todo tipo de gente que pasea o se sienta en los bancos, enamorados que se abrazan, niños que no dejan de correr de un lado para otro, acercándose a las rocas del lago;

parejas mayores miran en silencio a su alrededor, fijándose en todo, otros llevan un perro, que suelen dejar suelto para que corra a sus anchas. Todo el mundo observa a las personas que pasan por su lado, miradas furtivas o no tanto que tratan de adivinar algo más de lo que evidencia la forma de andar o los rostros de los excursionistas. Algunas personas alquilan barcas para remar por el lago; otros, muy pocos, pescan en la orilla. Ya es hora de tomar un tentempié, así que sacamos un Käsebrötchen, ese pan áspero tan típico de Berlín, untado de mantequilla y cubierto con queso y pepinillos, o un Schinkenbrötchen, que lleva además una fina loncha de jamón ahumado, o quizá uno de esos indefinibles embutidos que guardan un cierto parentesco con el salchichón, uno de esos fiambres baratos que los berlineses consumen sin medida. Para terminar el refrigerio –sólo un berlinés llamaría a eso almuerzo–, un trozo de Apfelkuchen.

Bordeamos el Schlachtensee, pero, si queremos llegar al Wannsee, hemos de darle la espalda a la naturaleza, por mucho que nos guste y nos deleite, y andar un trecho de calle con casas habitadas. No tardaremos en llegar al enorme lago. Los alrededores del Wannsee están atestados de gente comiendo o tomando el sol, de niños jugando, de multitudes nadando, como en los arenales que rodean los lagos del distrito oeste (fig. 2.7.). Las diferencias de clase, que tan bien saben marcar los berlineses en el trabajo, en la forma de vestir y hasta en el acento, no resultan tan claras, al menos desde la distancia en que nos encontramos. Tomamos asiento bajo un toldo, nos repantigamos para aprovechar los últimos rayos de sol de esta época del año, y hasta damos una cabezada. Al cabo de un rato, habrá llegado el momento de alquilar una barca; nos inclinamos por un bote de remos, que no es muy caro, y nos acercamos hasta los veleros. Debe de haber cientos de embarcaciones en el lago: es tan agradable sentirse lejos del trajín del centro de la ciudad. Por suerte, el viento sopla del oeste, y el aire limpio del mar del Norte y de la región de Brandenburgo pasa por encima de nuestras cabezas, antes de mezclarse con la contaminación de las fábricas, de los coches y de las chimeneas de carbón de la ciudad. En mitad del lago podemos recoger los remos y dejarnos llevar a la deriva, comer y beber algo o, simplemente, descansar. Si seguimos remando llegaremos a la unión del Wannsee con el Havel, donde es posible dar un paseo por el río y los muchos y pequeños lagos que están unidos al Wannsee. Pero es domingo y no nos apetece remar, así que nos quedamos donde estamos, mecidos por el agua.

Casi sin darnos cuenta, va cayendo el atardecer. Como el sol se pone tarde en esta época del año, aún disponemos de unas cuantas horas de luz. Regresamos a la orilla y vamos a tomar una cerveza en una terraza. Salchichas, panecillos y cerveza son el mejor aliado para las horas que nos quedan junto al lago. Luego, vuelta al metro, que el lunes es día de trabajo. Camino de la ciudad, pensamos con tristeza en la vuelta a la rutina, al mostrador o al despacho, y ya soñamos con el próximo fin de semana.



Fig. 2.7.: Fin de semana en el lago, en Berlín occidental, desde la orilla del Wannsee. La gente nada, da un paseo en barca o toma el sol: un respiro tras el ritmo frenético de la vida en la ciudad (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Art Resource, Nueva York).

Porque Berlín es también la ciudad de la clase trabajadora. Para algunos de los que se han aventurado a pasar el domingo en el Wannsee, la vuelta significa el regreso al corazón de la ciudad, a Wedding, uno de los distritos del proletariado berlinés. Ahí es donde viven los trabajadores de la central eléctrica y de la fábrica de maquinaria pesada que hay en los alrededores, junto con jornaleros, camioneros, costureras y lavanderas, todo el espectro de la clase trabajadora berlinesa, compartiendo espacio con los ladrones, gángsteres y prostitutas de los bajos fondos. Aunque sea un barrio de gente pobre y trabajadora, en Wedding, como en otras barriadas de Berlín, hay de todo un poco. Antes incluso de la Primera Guerra Mundial, debido a la fuerte implantación de la ideología socialdemócrata entre el vecindario, el distrito ya era conocido como el “Wedding Rojo”. En la época de Weimar, los comunistas se hicieron los amos del lugar. Durante los años de la Depresión, nazis y comunistas lucharon por hacerse con el control de tabernas, patios de vecindad y esquinas. En todos los rincones de Wedding se masca la política. Quioscos pintarrajeados con hoces y martillos o con esvásticas; carteles electorales, en los que puede verse a Hitler o a los comunistas, que avanzan sobre los despojos de las clases acomodadas de Alemania. Grupos de asalto y luchadores del frente rojo se miran de reojo. Los comunistas se manifiestan al son del himno compuesto por Hans Eisler en 1929, “Wedding Rojo”, mientras animan a los trabajadores a plantar cara al capitalismo.

El Wedding Rojo os saluda.

¡Camaradas, puño en alto!

¡Uníos a las huestes rojas,

que pronto sonará la hora!

Luchamos como socialistas,

¡Unidos en un frente común!

Trabajadores, comunistas,

¡Uníos al Frente Rojo!...

¡Izquierda, siempre izquierda!

La lucha sigue por la izquierda.

¡Izquierda, siempre izquierda!

¡Canalla quien baje la guardia!

A todas partes llevamos la verdad,

y no nos tragamos ni una mentira,

como Marx y Lenin nos enseñaron.

Si el enemigo liquida a los mejores,

Wedding volverá a ponerse en pie,

y Berlín seguirá siendo rojo,

para que Alemania sea de los alemanes. [43]

En contra de lo que pensaran los comunistas, no todos los habitantes de Wedding compartían esas ideas políticas. La pobreza paraliza la inteligencia tanto como estimula que el pueblo se organice y luche unido. En Wedding, por ejemplo, nos encontramos con los infames Mietskaserne, enormes bloques de edificios de seis pisos que se construyeron a comienzos de la década de 1880 para albergar a una clase trabajadora que, en Berlín, crecía de forma exponencial. Son bloques de viviendas edificados alrededor de lo que parecen interminables laberintos de patios interiores de vecindad. Pasamos junto a unos hombres apoyados contra la pared de uno de esos patios, mientras unos niños están jugando, y nos aventuramos a entrar. Subimos un par de tramos de escaleras y, a la entrada, vemos los aseos. Por suerte, los pisos disponen de agua corriente, pero hemos de echarnos a un lado para dejar paso a un carbonero que baja, cargado con sacos de carbón que los residentes utilizan para cocinar y, en invierno, para calentarse. La niebla azulada que cubre Berlín en invierno no se debe sólo a la contaminación, sino a la combustión del carbón en millares de hogares y viviendas. Entramos en un piso de dos habitaciones. Allí vive una familia con suerte, porque su casa se encuentra en la parte exterior del bloque y por las ventanas entra el sol. La cocina da al cuarto de estar, que hace también las veces de dormitorio de los niños (contamos cuatro chiquillos); una simple cortina oculta la habitación de sus padres. La mujer hace lo que puede por mantener la casa ordenada y aseada, pero como los suelos son de madera, la estufa es de carbón y las alacenas de los platos están al descubierto, además de la inacabable rutina de cocinar, atender a los cuatro niños y al marido, la tarea resulta casi imposible. Encima de la mesa,

cubierta con un hule, hay un jarrón de cristal corriente con unas flores. En la pared, un cuadro al óleo que representa una escena de caza, pero ni un solo retrato del antiguo káiser ni de Bismarck. Es un hogar comunista; vemos unos cuantos ejemplares del Rote Fahne, el periódico del partido. Dos sillas tapizadas, cubiertas con una tela, son la posesión más preciada de la familia. El hombre de la casa nos lleva a ver a un amigo suyo, que vive en uno de los pisos interiores, también de dos habitaciones, pero el calor resulta sofocante. Ni un solo mueble, aparte de unas sillas y una mesa de madera. Allí nunca llega la luz del sol. A nadie puede extrañar que esos hombres bajen todas las noches a la taberna del barrio, para aliviarse un poco del calor, en verano, y del frío en invierno. Los lugares de encuentro de las mujeres son la fuente, adonde acuden con sus baldes para lavar la ropa, los puestos de los vendedores ambulantes que pasan por el barrio y el mercado.

Isherwood nos describió la vida diaria en Hallesches Tor, otro barrio de clase trabajadora muy parecido a Wedding, relativamente cerca de la Potsdamer Platz. Se adentra en la Wassertorstrasse, “una calle oscura, empedrada, en mal estado, un montón de niños llorando por las aceras”, y sube los cinco tramos de escalera que le conducen hasta el piso de Nowak, “que apesta a patatas fritas en margarina barata”.[44] En el cuarto de estar hay dos camas, además de una mesa y unas sillas; toda la vida familiar se desarrolla en ese cuarto que, para colmo de males, no está separado de la cocina. Hay cosas amontonadas por todas partes. Goteras en el techo; el patio de vecindad, oscuro, húmedo y lleno de basura, ofrece escasas posibilidades de esparcimiento. La señora Nowak trata de mantener el orden en el minúsculo apartamento, mientras dos de sus hijos, un adolescente y una niña de doce años, se pelean a voces o se quedan sentados sin mover un dedo, mientras ella se afana en la cocina, va en busca de leña y friega el suelo. Los dos hombres adultos, su marido y el hijo mayor, no ganan lo suficiente como para que la familia pueda encontrar un sitio en mejores condiciones. La señora Nowak padece el azote de la clase trabajadora, una especie de enfermedad pulmonar que hace que le cueste respirar y sufra tremendos ataques de tos.

Como él tampoco nada en la abundancia, Isherwood se traslada a vivir con ellos, uno más que se suma al caos. Para llegar a la cama, que le han

colocado en el cuarto de estar, tiene que saltar por encima de todos los muebles. La primera cena consiste en picadillo de pulmón, un cuenco de patatas y sucedáneo de café. Si quiere levantarse al cuarto de baño por la noche, tiene que volver a saltar por encima de todos los muebles del cuarto de estar y pasar por la cocina para, luego, bordear de nuevo las camas donde descansan los miembros de la familia. Tiene oportunidad de escuchar todos los ruidos de una casa de vecinos: el tranviario que sale a trabajar temprano, los lloros de un niño, una puerta o una ventana que se cierran. Las ideas políticas de sus moradores están en consonancia con la destartalada vivienda: Frau Nowak es monárquica; el hijo mayor, nazi, y el adolescente rabioso, comunista hasta la médula. En el exterior, por las calles, la esvástica compite con la hoz y el martillo. Allí pasan los días y las semanas, sin novedad, siempre iguales.

Nuestro pequeño ático, superpoblado y con goteras, olía a cocina y a cañerías en mal estado. Cuando prendían la estufa del cuarto de estar, apenas podíamos respirar; cuando estaba apagada, nos congelábamos. El tiempo se había puesto muy frío. Cuando no estaba trajinando en casa, Frau Nowak pateaba la calle, desde la clínica hasta el centro del departamento de salud, y vuelta a empezar: sentada en los bancos, expuesta a corrientes de aire, esperaba horas en los pasillos o se devanaba los sesos tratando de rellenar complicados formularios.[45]

Las personas que vivían en Wedding y en Hallesches Tor eran las menos preparadas, las peor pagadas y, en ocasiones, trabajadores temporeros y ambulantes. Hacia el noroeste se alzaba la Siemensstadt, construida antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial, sede de la poderosa Siemens, la más importante compañía de electrónica de Berlín y de Alemania entera. Las fábricas de Berlín producían toda clase de artilugios eléctricos, grandes y pequeños, desde bombillas y aparatos para el hogar hasta gigantescos generadores para centrales eléctricas. En 1925, trabajaban en ellas más de sesenta y seis mil personas, más de la mitad de la plantilla de toda la empresa.[46] Como era una de las compañías más avanzadas en cuanto a tecnología en aquel momento, la Siemens dependía en gran medida de los conocimientos y el buen hacer de sus ingenieros, técnicos y personal cualificado. A mediados de la década de 1920, se abrió camino la idea de racionalizar el trabajo mediante la aplicación de métodos científicos al

proceso productivo, lo que desembocó en un mayor control de los obreros que trabajaban en los talleres y en un abanico salarial mucho más abierto y acorde con la productividad individual de cada empleado.

Siemens fue también una empresa pionera en cuanto a paternalismo se refiere. Desde su puesta en funcionamiento, a principios del siglo XIX, ofrecía cobertura sanitaria y pensiones a sus empleados. La compañía reconocía que, si quería contar con trabajadores leales y productivos, tenía que atender a sus necesidades, así como tratar de cambiar su forma de pensar, y no sólo durante las ocho, nueve o doce horas que pasaban en sus instalaciones. Pretendía también influir en la vida familiar de los empleados, ayudándoles en su alimentación, proporcionándoles posibilidades de entretenimiento, organizando ligas deportivas entre equipos de la empresa o centros de actividades recreativas; incluso la empresa ponía a disposición de un reducido grupo de privilegiados viviendas a bajo precio, concebidas para albergar una unidad familiar moderna. "La íntima relación que existe entre trabajo y familia –aseguraba Fritz Richter, el ejecutivo de Siemens responsable de la política de construcción de viviendas– encuentra su justificación, en definitiva, en razones de producción".[47]

De modo que mientras emprendemos nuestro camino hacia la Siemensstadt, aparte de edificios industriales, almacenes y oficinas, repararemos en las sencillas y bien diseñadas viviendas que la empresa acaba de construir. La mayoría son edificios de tres plantas, pero también hay casas unifamiliares. Todos los residentes disponen de un pequeño huerto; las frutas y verduras que cultivan en casa son una ayuda para que no se dejen toda la paga en el mercado; veremos campos de fútbol y áreas de esparcimiento. Si entramos en una de las viviendas, comprobaremos que llevan el sello de la modernidad, como las de Onkel Toms Siedlung: pequeñas y funcionales, de dos dormitorios –el piso ideal para una pareja con dos niños–, y una cocina separada del cuarto de estar. La luz entra a raudales, que no es poco en comparación con las casas de vecindad de Wedding. Todos los pisos disponen del cuarto de baño y de calefacción central, por lo que tanto suspiraba Christopher Isherwood durante el tiempo que vivió en casa de Frau Nowak. La mayoría de los pisos tenían balcones, y más enchufes de los que uno pudiera soñar, no en vano los había construido la Siemens. El

diseño también está pensado para hacer más llevadera la división funcional de la vida familiar, descanso, recuperar energías y trabajo, otro de los aspectos de la vida moderna. Pero sólo una mínima parte de los trabajadores de la empresa disfrutaban de estas ventajas; en 1932, tan sólo 1.790 empleados, es decir, el cinco por ciento de la plantilla total de Siemens. Según la compañía, esos pocos trabajadores eran fundamentales; entre ellos estaban los más cualificados, los técnicos y los directivos, de los dependía el buen funcionamiento de las fábricas.[48]

Según los contemporáneos de Weimar, también era posible encontrar belleza en el interior de las fábricas. Hessel deja de lado por un momento las calles de Berlín y se adentra en la fábrica de turbinas de AEG, principal competidora de Siemens. Diseñado por el arquitecto Peter Behrens y finalizado en 1919, fue uno de los primeros edificios modernistas de Berlín. Hessel describía la fábrica como "templo de las máquinas […] iglesia de la precisión". Tras subir a la veranda, al mirar abajo, cree tener la misma perspectiva que si se encontrase en lo alto de una catedral. No oculta su asombro al contemplar "largas placas de acero y tuberías, mecanismos cilíndricos y poleas a la espera de entrar en funcionamiento, bombas y generadores a medio hacer, piezas cortadas, taladradas y listas para ser utilizadas en una obra, máquinas grandes y pequeñas que hacen los ajustes precisos en el proceso de fabricación, componentes de turbogeneradores que giran en una tolva de centrifugado construida en cemento".[49] Sin llegar a hacerse una idea cabal de cuál sea su destino último, observa cómo martillean, taladran y dan forma a unas planchas de acero. Toda la nave es "una cadena de montaje", las planchas se mueven sin cesar de una máquina a otra, pasan de una altura a otra, antes de ser finalmente medidas, revisadas y embaladas. Casi todo lo hacen las máquinas, ahorrándoles a los humanos un esfuerzo innecesario. Los trabajadores se han convertido en las personas que las ponen en marcha y velan por su buen funcionamiento. Para Hessel, la fábrica es como una sinfonía, o quizá un collage de varias piezas reunidas que componen un gran todo. Pero es una sinfonía, o un collage, en constante movimiento, una máquina de movimiento perpetuo que exige escasa intervención por parte del hombre: todo lo que ve forma parte de un orden, responde a una razón, incluso lo que se bebe durante la pausa para tomar café.[50] Que los trabajadores de AEG estuvieran tan encantados como Hessel, ése es otro cantar, como es de suponer.

Para muchos alemanes, sin embargo, nuestro paseo no habría sido una experiencia agradable. Acostumbrados como estaban a la calma de una ciudad pequeña, al silencio de los pueblos, a la oscuridad nocturna en el campo, Berlín les habría parecido una ciudad artificial, que vivía del cuento. Con tanta gente por la calle día y noche, ¿habría alguien que trabajase en realidad? ¿A cuento de qué el resplandor de las farolas se atrevía a desafiar el curso natural de las cosas, del amanecer, del atardecer? ¿Había algo más penoso que esa exhibición de cuerpos, apenas vestidos, que no dejaban de moverse de forma provocadora?

Ludwig Finckh, un escritor conservador suabo, proclamaba a los cuatro vientos: "Berlín no es Alemania". Los habitantes de la capital son "visionarios, soñadores, aventureros que […] viven una ilusión". Invocan la hermandad entre todas las naciones, mientras los enemigos de Alemania se regodean. Los socialdemócratas "nos inculcan que debemos respetar todas las opiniones", algo que, en el mejor de los casos, es muestra de indecisión, incluso de traición, mientras los militares renuncian al uso de la fuerza, única razón de su existencia. Finckh llegaba a reclamar que se instaurase una nueva capital de Alemania, una ciudad que "realzase el espíritu de Alemania", frente a las "ocurrencias de Berlín".[51] Del mismo modo, el periodista conservador Wilhelm Stapel se lamentaba "del pozo negro en que había caído la Republica, tumba de toda forma de vida que aspire a ser noble y sana". Peor era si cabe el deseo de imitación que albergaban los habitantes de las ciudades pequeñas, "deseosos como estaban por convertir sus pequeñas ratoneras, esparcidas a lo largo y ancho del país, en un microcosmos de Berlín". Stapel no mostraba empacho en decir en voz alta aquello que más horrorizaba a los conservadores: desarraigo. "Son demasiados los eslavos y no menos los judíos desinhibidos de Europa oriental que ya forman parte de la población de Berlín. Esa espantosa mezcolanza es la que determina, en gran medida, el carácter de la ciudad".[52] El enemigo camina…

…con la cabeza alta, con altivez, o, mejor dicho, dándose aires de grandeza, con insolente determinación y comentarios que destilan ironía, frases ingeniosas y las extravagancias propias de inmigrantes que acaban de entrar en contacto con la civilización, con ínfulas de parisienses balcanizados […]

La cuestión esencial que hoy se le plantea a la cultura alemana reside en si las gentes del campo están dispuestas a tolerar las alocadas pretensiones de la intelectualidad berlinesa […]

El espíritu del pueblo alemán se alza contra la forma de ver la vida que predomina en Berlín. Lo que está reclamando nuestra época es la rebelión de la Alemania rural contra Berlín.[53]

En 1928, Joseph Goebbels se hizo cargo de la dirección del partido nazi en Berlín. Echaba pestes contra aquella ciudad permanentemente iluminada: la mezcla entre el día y la noche era el símbolo de su degeneración. El ruido de la ciudad, las luces, las prostitutas, la confusión de géneros provocada por los homosexuales y esas mujeres modernas que no aceptaban ser madres, el parloteo de tantas lenguas, eran otros tantos indicadores de un mundo inmoral y depravado en el que la gente sólo se ocupaba de dar rienda suelta a los placeres físicos. Sus vidas se centraban en el sexo y en las drogas. El Berlín degenerado le quitaba la comida de la boca al Berlín de la clase trabajadora, se aprovechaba de los ciudadanos honrados que se deslomaban trabajando para ver cómo el fruto de su labor se convertía en agua de borrajas, dilapidado por gente que se dedicaba a andar por la calle, que se comportaba de forma afectada, por judíos, que iban de un lado a otro perdiendo el tiempo en los cafés, mirándolo todo y disfrutando, pero sin hacer nada productivo. Ante semejante abominación,

hay otro Berlín que está al acecho, dispuesto a dar el salto. Hay millares de personas que trabajan día y noche para que, por fin, llegue ese día, el día en que arrasaremos esas guaridas de corrupción […] El día en que se transformarán y se pondrán al frente de un pueblo que se levanta.

¡El día del juicio final! ¡El día en que, por fin, impere la libertad![54]

Al miedo o al resquemor que atenazaban a cualquier pueblerino recién llegado a Berlín desde la Alta Franconia o de las montañas del Harz, o a un

habitante de la ciudad de Baden, los berlineses respondían con actitud desdeñosa, una muestra del talante con que aquellas gentes de ciudad tan sofisticadas recibían a los que llegaban de provincias, asustados por lo que veían y por el bullicio de la urbe. El escritor Erich Kästner expresó con claridad el sentimiento de superioridad de los berlineses. Inquietos, los visitantes se quedan paralizados en la Potsdamer Platz. Berlín se les antoja demasiado ruidoso, demasiado agresivo, demasiado alocado:

Muertos de miedo, les tiemblan las rodillas,

y no hacen nada a derechas.

Con sonrisa forzada, casi sin habla,

dan vueltas por la Potsdamer Platz,

hasta que algún vehículo los arrolla.[55]

El afamado escritor satírico Kurt Tucholsky decía que, a excepción de Berlín, Alemania era un país gobernado por “filisteos provincianos” y reaccionarios de esa ralea, un mundo de “catolicismo solapado” y superstición, de campesinos y aristócratas taimados y de militares cobardes. ¿Solución? Que la luz de Berlín alumbrase las tinieblas de las provincias.[56]

¿Cómo era, pues, el Berlín de la modernidad? En 1926, el escritor Matheo Quinz nos dejó un esbozo del conocido Romanische Café.[57] Ricos industriales sentados en las mesas, mientras actores y artistas en ciernes veían la forma de sacarles algún dinero. Comunistas con sus disquisiciones y debates al estilo talmúdico, mientras unos periodistas de derechas cuchicheaban en una mesa cercana. Los pintores suelen esbozar retratos de sus colegas, lo que siempre resulta más fácil, desde luego, que crear arte de verdad. Un murmullo confuso de atropelladas conversaciones sobre Picasso, el chocolate o el fascismo. Los médicos y los psiquiatras van por

su lado. ¿Estarán hablando de casos que se traen entre manos, o se limitan a observar a sus pacientes en un ambiente nuevo? A primeras horas de la mañana, contemplamos un Berlín distinto: jugadores que salen de los tugurios, amantes que abandonan un hotel que alquila habitaciones por horas. Otro Berlín, igual de desenfrenado, pero con un toque de melancolía y agotamiento.

El Romanische era el punto de encuentro de todos los que formaban parte de la vida intelectual berlinesa, aunque cada uno se acercaba a la mesa de sus correligionarios. Una representación perfecta de la vida política y social durante la República de Weimar: agitados, democráticos, comprometidos, divididos e intransigentes, incapaces de entablar conversación con quienes no comulgasen con sus ideas. Todo el mundo está al tanto de lo que pasa, pero nadie hace nada.

También los observadores extranjeros quedaban atrapados, hasta el punto de caer rendidos a sus pies, por el ritmo frenético y la agitación cultural que reinaban en Berlín. El diplomático y escritor británico Harold Nicolson, al tratar de dar cuenta de en qué consistía el "encanto" de Berlín, describía una ciudad tan alocada que, por las noches, hasta los animales del zoológico seguían dando vueltas de un lado a otro, mientras los trenes aún circulaban por las vías y los semáforos no dejaban de parpadear. "En ese ambiente nocturno, que hace que hasta las torres de la Gedächtniskirche parezcan más animadas, se advierte un pálpito de que algo va a pasar. Todo el mundo sabe que, por la noche, Berlín se prepara para vivir nuevas aventuras". Mientras parisienses y londinenses duermen a pierna suelta, los berlineses van en busca de nuevas sensaciones.[58]

El Berlín moderno de entonces era todo eso y mucho más. Las imágenes, los ruidos y los olores de la ciudad, la metrópolis desenfrenada, desquiciada y deslumbrante de la Potsdamer Platz, y las barriadas hacinadas, oscuras y lóbregas de Scheunenviertel o Wedding. Era el fulgor resplandeciente del Romanische Café, punto de encuentro de artistas, intelectuales, directivos y gentes de negocios, como también el trabajo racionalizado y cronometrado de las fábricas de Siemens o AEG. Mujeres emprendedoras y comprometidas que iban de un lado a otro, orgullosas de haber llegado adonde querían, y las reyertas políticas entre comunistas y nazis. Era la

elegancia de los grandes almacenes Tietz y los vendedores ambulantes que arrastraban sus mercancías por Wedding; los bosques y los lagos al alcance de todo el mundo y los nuevos edificios de pisos, diseñados para una unidad familiar moderna, viviendas aseadas, no atestadas de cosas. Era la imagen de la casa Columbus, la experiencia de ir al cine y las escapadas de fin de semana al Wannsee, pero también los judíos de Europa oriental que vivían en Scheunenviertel, los pudientes hombres de negocios y profesionales de Grunewald, los aristócratas rusos que habían tenido que emigrar, haciendo alarde de una riqueza y de un poder de los que carecían, y los cuerpos de las mujeres que se exhibían en espectáculos de revista y cabarés.

El Berlín moderno era un caleidoscopio de cosas muy diversas, a cual más entretenida. En la década de 1920, había otras ciudades, como Nueva York o Londres, tan ajetreadas y agobiantes como Berlín. Otras, como París, también lo eran, pero mucho más hermosas, con más encanto. El Berlín de la época de Weimar era una ciudad especialmente palpitante: capital de un país derrotado en una guerra, y centro de un peligroso conflicto político no resuelto. Al mismo tiempo, una ciudad nueva se alzaba sobre lo que había sido la capital durante el último cuarto del siglo XIX, es decir, la abrumadora y tranquila residencia regia y sede del Gobierno prusiano. Tras la unificación de Alemania, en 1871, experimentó un rápido desarrollo. Se multiplicaron las fábricas y el nivel de vida de sus habitantes creció como la espuma, hasta convertirse no sólo en la capital del Estado de Prusia, sino en uno de los principales centros de poder en Europa, tanto para lo bueno como para lo malo. En la década de 1920, Berlín pareció, por fin, encontrar su sitio como importante foco cultural, que nada tenía que envidiar a París, Londres o Nueva York, y parecía capaz de asumir tantas y tan diversas contradicciones como convivían en su seno. La esperanza y la desesperación que habían traído la guerra y la revolución, la permanente confrontación de ideas políticas, el rápido desarrollo que la condujo a la era de la industrialización avanzada, junto a la presencia aún visible de las antiguas fortunas, del antiguo poder, el impresionante número de habitantes y edificios de una urbe de aquellas dimensiones, al lado de parajes bucólicos salpicados de bosques y lagos, todos esos factores conferían a Berlín una reputación y una creatividad tan especiales en aquellos años que a nadie, extranjero o alemán, dejaba indiferente.

Weimar fue Berlín. Berlín fue Weimar. La capital adquirió categoría de símbolo y fue patrón de referencia. En el resto de Alemania se pensaba que los berlineses habían ido demasiado lejos. Era un imán que atraía a alemanes y foráneos con ambición y talento, pero que también infundía pavor y desprecio. Era un reflejo único, esencial, de la Alemania de Weimar. Ningún grupo, ningún individuo, podía reclamar la ciudad como suya. Berlín no estaba en manos de nadie. El consenso era un vocablo desconocido. También eso fue el Berlín moderno.

1 Peter Fritzsche propone un paseo algo diferente, pero también muy interesante, por la ciudad en Reading Berlin 1900, Cambridge, Harvard University Press, 1996.

2 Franz Hessel, “Spazieren in Berlin (1929)” (Traducción de Miguel Salmerón, Paseos por Berlín, Madrid, Tecnos, 1997), en Sämtliche Werke in fünf Bänden, vol. 3: Städte und Porträts, Bernard Echte, ed., Oldenburg, Igel, 1999, p. 9.

3 Ibidem, p. 103.

4 Potsdamer Platz: Drehscheibe der Weltstadt, Günther Bellmann, ed., Berlín, Ullstein, 1997, p. 111.

5 Ibidem.

6 Franz Hessel, “Ich wähle ‘Käse’”, en Potsdamer Platz, pp. 103-110, cita 110.

7 “Einhundertfünfzig pro Minute”, Berliner Tageblatt, 4 de septiembre de 1928, en Potsdamer Platz, pp. 121-124, citas 121-122.

8 Ibidem, p. 123.

9 T. Koch, citado por Alex De Jonge, The Weimar Chronicle: Prelude to Hitler, Nueva York, Meridian, 1979, p. 125.

10 Hessel, Spazieren in Berlin, p. 103.

11 Comentarios de Felix Gilbert en A European Past: Memoirs, 1905-1945, Nueva York, Norton, 1988, pp. 58-59.

12 Joseph Roth, “Lebende Kriegsdenkmäler”, 25 de agosto de 1920, en Berliner Saisonbericht: Unbekannte Reportagen und journalistiche Arbeiten 1920-1939. Klaus Westermann, ed., Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1984, pp. 85-90; para esta cita, p. 85. (Traducción de Eduardo Gil Vera: El juicio de la historia: 1920-1939, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2004).

13 Véase Horst Mauter, “Der Potsdamer Platz im Wandel der Zeiten”, en Potsdamer Platz, p. 13-42, en concreto en la p. 32.

14 Inge von Wangenheim, “Das Hinterteil der Muse”, y Kurt Pomplun, “Ach Willy, ach Willy, um sechs im Piccadilly”, en Potsdamer Platz, pp. 127-139, 167-170.

15 Citado por Siegfried Kracauer, The Salaried Masses: Duty and Distraction in Weimar Germany, traducción de Quintin Hoare. Original en alemán, 1930; Londres, Verso, 1998, p. 91.

16 Hans Ostwald, “Alle Tische besetzt”, en Potsdamer Platz, pp. 57-64.

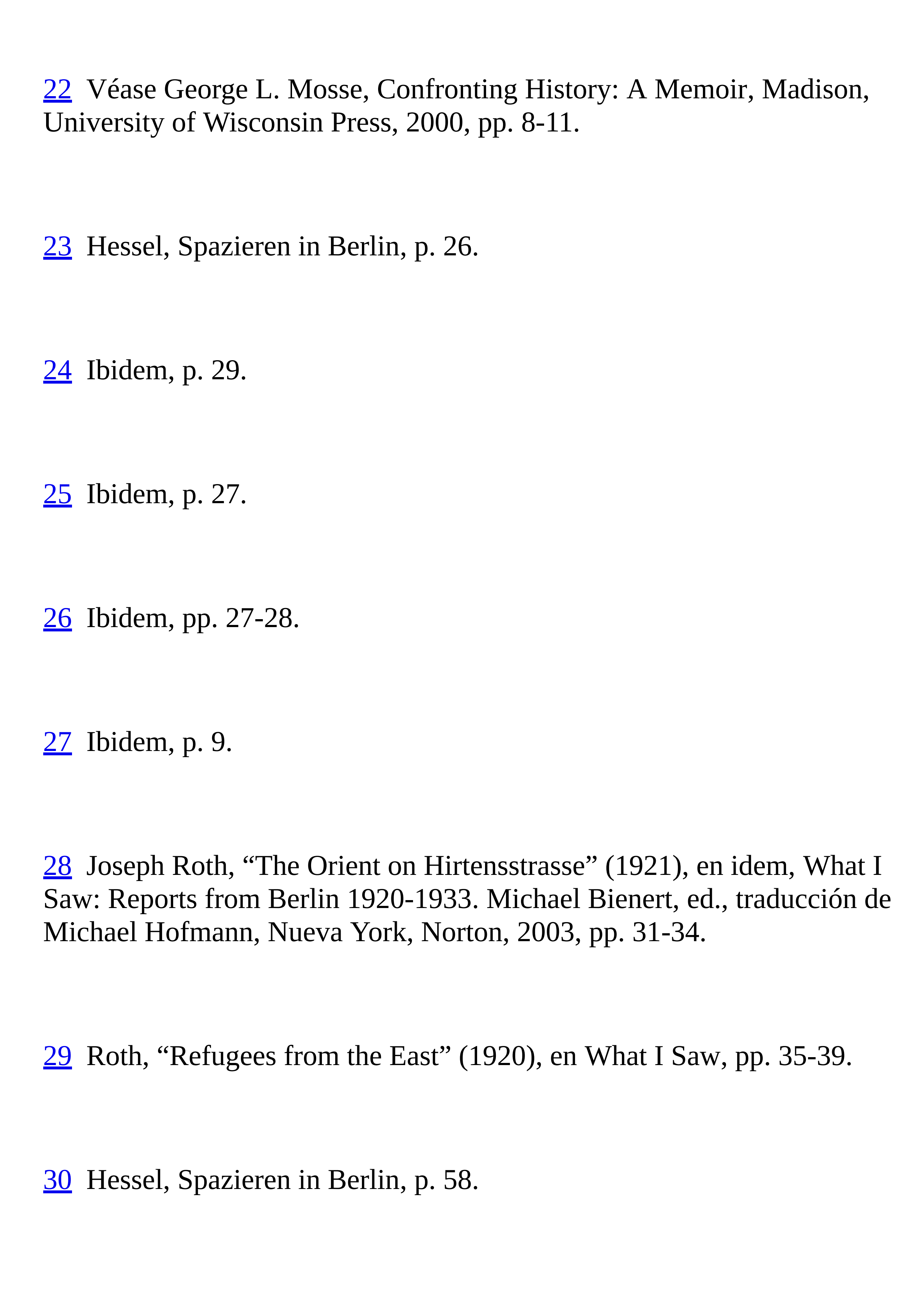
17 “Einhundertfünfzig pro Minute”, Berliner Tageblatt, 4 de septiembre de 1928, en Potsdamer Platz, p. 122.

18 Ostwald, “Alle Tische besetzt”, en Potsdamer Platz, p. 59.

19 Ivan Goll, “The Negroes Are Conquering Europe”, en Potsdamer Platz (en adelante, VRS). Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, eds., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1994, pp. 559-560.

20 Christopher Isherwood, “Goodbye to Berlin”, en The Berlin Stories 1935 ; Nueva York, New Directions, 1945, p. 14. (Traducción de Jaime Gil de Biedma, Adiós a Berlín, Barcelona, Seix Barral, 1995).

21 Véase Ilse Nicolas, “Name und Gesicht gewechselt”, en Potsdamer Platz, pp. 141-158; aquí, p. 146.



[22] Véase George L. Mosse, Confronting History: A Memoir, Madison, University of Wisconsin Press, 2000, pp. 8-11.

[23] Hessel, Spazieren in Berlin, p. 26.

[24] Ibidem, p. 29.

[25] Ibidem, p. 27.

[26] Ibidem, pp. 27-28.

[27] Ibidem, p. 9.

[28] Joseph Roth, “The Orient on Hirtensstrasse” (1921), en idem, What I Saw: Reports from Berlin 1920-1933. Michael Bienert, ed., traducción de Michael Hofmann, Nueva York, Norton, 2003, pp. 31-34.

[29] Roth, “Refugees from the East” (1920), en What I Saw, pp. 35-39.

[30] Hessel, Spazieren in Berlin, p. 58.

31 Cifras y citas extraídas de Adelheid von Saldern, Häuserleben: Zur Geschichte städtischen Arbeiterwohnens vom Kaiserreich bis heute, Bonn, J. H. W. Dietz Nachfolger, 1995, pp. 121, 123.

32 Véase ibidem, pp. 153-161.

33 Hessel, Spazieren in Berlin, p. 110.

34 Thomas Mann, “Wälsungenblut”, en Berlin erzählt: 19 Erzählungen, Uwe Wittstock, ed. Francfort (a. M.), Fischer Taschenbuch, 1991, pp. 7-39, cita 19.

35 Ibidem, p. 35.

36 Hessel, Spazieren in Berlin, pp. 15-17.

37 Carl Zuckmayer, “Die Affenhochzeit”, en Berlin erzählt, pp. 111-159, cita 144.

38 Hessel, Spazieren in Berlin, p. 110. En las imponentes viviendas berlinesas, se denominaba “estancia Berlín” a aquella que estaba situada en la esquina. Disponía de una ventana pequeña, que daba al patio, y de dos puertas, una que conducía a la entrada principal y al resto de los cuartos, y

otra que iba a desembocar en las dependencias de los criados, la cocina y las escaleras de servicio. Dicha estancia estuvo muy de moda a finales del siglo XIX. Aprovecho la ocasión para darle las gracias a mi colega Gerhard Weiss por haberme proporcionado estos detalles, así como por la ayuda que me prestó a la hora de traducir los comentarios de Hessel.

39 Ibidem, p. 111.

40 Isherwood, Goodbye to Berlin, p. 3.

41 Ibidem, p. 1.

42 Ibidem, pp. 14-15.

43 Hans Eisler, Erich Weinert y Ernst Busch, “Rotter Wedding”, Nova recording 8 85 004.

44 Isherwood, Goodbye to Berlin, pp. 100, 101.

45 Ibidem, p. 123.

46 Carola Sachse, Siemens, der Nationalsozialismus und die moderne Familie: Eine Untersuchung zur sozialen Rationalisierung in Deutschland

im 20. Jahrhundert, Hamburgo, Rasch und Röhring, 1990, p. 122.

47 Véase ibidem, cita 145, y Wilfried Feldenkirchen, Siemens, 1918-1945, 1995; Columbus, Ohio State University Press, 1999, pp. 345-359.

48 Véase, Sachse, Siemens, pp. 151-168, estadísticas en 158.

49 Hessel, Spazieren in Berlin, pp. 17-18.

50 Ibidem, p. 18.

51 Ludwig Finckh, “The Spirit of Berlin”, en VRS, pp. 414-415 (en cursiva, en el original).

52 Wilhelm Stapel, “The Intellectual and His People”, en VRS, pp. 423-424.

53 Ibidem, pp. 424-425.

54 Joseph Goebbels, “Around the Gedächtniskirche”, en VRS, pp. 560-562, citas 561 y 562.

55 Erich Kästner, “Besuch vom Lande”, en Potsdamer Platz, p. 119.

56 Kurt Tucholsky, “Berlin and the Provinces”, en VRS, pp. 418-420.

57 Matheo Quinz, “The Romanic Café”, en VRS, pp. 415-417.

58 Harold Nicolson, “The Charm of Berlin”, en VRS, pp. 425-426.

III

EL MUNDO DE LA POLÍTICA

En 1925, el magnífico periodista, ensayista y novelista de la época de Weimar, Joseph Roth, escribió un folletín, “El cumpleaños del káiser”. Era su peculiar forma de rendir tributo a uno de los grandes acontecimientos del momento: el káiser había sido depuesto.

Si la República nos hubiese ofrecido al menos la posibilidad de olvidarnos del cumpleaños del káiser, se habría apuntado un tanto.

‘Nada ha cambiado; todo sigue igual’. Pero algo sí que ha cambiado: el viejo [el káiser] ya no está entre nosotros.

Eso basta para devolvernos la tranquilidad: la Historia no va desencaminada. La Historia es la única razón de que, cuando miremos a lo alto, al trono, y comprobemos que está vacío, entendamos que ya nada se interpone entre Dios y nosotros.

Roth estaba al tanto de la división política existente en la sociedad alemana, de que no eran pocos los que anhelaban el retorno de los Hohenzollern. Con todo, era una maravilla que hasta sus adeptos se vieran obligados a enviar sus felicitaciones no a Berlín, sino a Holanda, país que el káiser había elegido para el exilio. Según Roth, el cumpleaños del káiser era la única fiesta realmente republicana, porque, gracias a esa fecha, todo el mundo se daba cuenta de que el káiser ya no era nadie. Es más, la forma en que puso tierra por medio sirvió para que mucha gente entendiese lo frágiles que son los oropeles del poder, por sólidos que se nos antojen.

Nuestra generación ha contemplado cómo la regia púrpura se convertía en un simple capote de viaje […] Con nuestros propios ojos, hemos comprobado que no era sino escayola aquello que habíamos considerado como mármol. Hemos pasado por la magnífica experiencia de la desmitificación […] Nunca habrá un nuevo káiser, al menos no como el que

teníamos […] Se ha roto la cadena; el tiempo ha aclarado; se acabaron las bambalinas del poder.

Ése es el gran logro, al menos por ahora, del año 1918.[1]

El káiser se había ido y, en consecuencia, los alemanes tenían ante sí un amplio abanico de posibilidades, no se hablaba de otra cosa por la calle, mientras la borrasca se desencadenaba en las sedes electorales. Durante la época de Weimar, la política se hacía en voz alta, en medio de protestas, sin ningún control y, para mayor sorpresa, democráticamente. Era raro que hubiera un partido político que no consiguiese votos suficientes para estar representado en el Reichstag. Por no hablar de sus defensores, hasta los más encarnizados enemigos de la República contaban con sus propios periódicos, y organizaban manifestaciones. Las mujeres, que acababan de conseguir el derecho al voto, se unían a organizaciones políticas que funcionaban sin trabas legales. En la década de 1920, partidos y movimientos de todos los colores recurrieron a los medios de comunicación de masas y a las nuevas formas de hacer arte –radio, fotomontajes, altavoces, incluso películas– con tal de que su mensaje llegase a los pueblos más apartados, a los rincones más remotos del país. La política se convirtió en un "fenómeno de masas", algo desconocido hasta aquel momento. Probablemente, durante aquel decenio, ningún otro país, aparte de Alemania –desde luego no Estados Unidos con su feroz represión de la izquierda, sus nocivas políticas antisindicales y su racismo legalmente consentido– disfrutaba de semejante libertad de expresión, de una vida pública tan pujante.

No obstante, los recurrentes estados de excepción adoptados por el Estado concluyeron con el cierre de las imprentas del Partido Comunista; entre 1924 y 1927, se llegó incluso a prohibir que Adolf Hitler tomase la palabra en público en cualquiera de los estados alemanes. Durante los primeros años de la República sobre todo, el terror blanco –la violencia desmedida llevada a la práctica por la derecha– culminó en ejecuciones sumarísimas y en el confinamiento de millares de trabajadores radicales. Entre 1919 y 1923, los asesinatos políticos, cometidos por una mano negra estrechamente vinculada con grupos de derechas, ocurrían todos los días. Los jueces se erigieron en bastiones del conservadurismo y rara vez investigaban las acciones terroristas de la derecha, mientras no cejaban en su acoso a la izquierda. Como en toda economía de mercado, los ricos accedían al Gobierno con más

facilidad que las clases medias o las más desfavorecidas. Desde su posición de privilegio, recortaban los programas de bienestar social de la República, al tiempo que se lamentaban con amargura de un sistema que, en su opinión, daba más alas a vagos e indigentes que a la gente trabajadora de verdad. En la extrema derecha se gestó una política que idealizaba la violencia y el antisemitismo por motivos raciales. A la sombra de la revolución bolchevique, la izquierda optó por métodos militaristas.

Enormes peligros se cernían sobre la gran promesa democrática que era Weimar; celadas que, al final, acabarían por ser más poderosas que la propia República. La Primera Guerra Mundial constituía un pesado legado que casi ningún país europeo de la época sabía cómo resolver. Pero la derrota, a la que había que sumar unos dos millones de muertos y casi cuatro millones doscientos mil heridos, agravó profundamente los problemas económicos, sociales y psicológicos de los alemanes. La pérdida y la escasez de hombres en edad de trabajar representó un lastre considerable, tanto desde el punto de vista económico como desde los tradicionales esquemas familiares, y no hubo otro remedio que recurrir al apoyo y a los servicios que ofrecían el Estado y las instituciones privadas de beneficencia. El Tratado de Paz de Versalles alimentaba sin cesar el odio y el resentimiento del pueblo alemán, que echó las culpas de todos sus males sobre los hombros de la República. Pero Versalles también pesó como una losa sobre la política internacional de aquellos años de 1920, porque las grandes potencias se enredaban en cuestiones que seguían sin resolver, sobre todo, en el capítulo de las compensaciones. Al mismo tiempo, la clase política de la República parecía antigua y anquilosada, apegada a viejos modos de hacer política, incapaz de plantar cara a los nuevos problemas que planteaba la posguerra. Aunque en tiempo de paz, la economía alemana se rehízo mucho antes de lo que todo el mundo pensaba, la recuperación dio muestras de gran volatilidad: fueron años de expansión sacudidos por graves crisis. El desplome internacional de los precios de las materias primas, los bajos índices de productividad y las elevadas cifras de desempleo, incluso en años de vacas gordas, fueron otras tantas limitaciones que se encontraron los sucesivos Gobiernos, las mismas que llevaban a millones de alemanes a vivir en condiciones deplorables.

A pesar de todo, desde el punto de vista político Alemania seguía profundamente dividida. En los años posteriores a la Primera Guerra Mundial ningún partido, movimiento ciudadano o plataforma de ideas

suscitaba entusiasmo. Nada ni nadie era capaz de alzarse con la mayoría. Ningún partido, salvo los nazis en los estertores de la República, contaba con apoyos que fueran más allá de los que les proporcionaba el exiguo número de sus militantes. Fue, sin embargo, la amenaza del palo lo que predominó en la política de la época de Weimar, cuando incluso cuestiones insustanciales adquirieron tintes existenciales. Ese "déficit democrático", la negativa a seguir la senda de la democracia, incluso la hostilidad con la que la contemplaban muchos alemanes, quizá la mayoría, representaron un peligro real para la República desde el principio.

La historia política de la República de Weimar se resume en tres grandes periodos, con dos momentos de crisis, que arrojaron como resultado un breve quinquenio de relativa estabilidad. Cada una de esas fases no era sino la consecuencia de una situación política determinada y dominante, que defendía su propia versión del orden y el progreso. De 1918 a 1923 estuvo presidida por una coalición de centro-izquierda; de 1919 a 1924, por un Gobierno de centro-derecha; entre 1930 y 1933, la derecha autoritaria se hizo con el poder. Los dos primeros periodos bastaron para demostrar que las promesas de Weimar sólo eran un reflejo de los males que aquejaban a la propia República. Ambos concluyeron en una confusa mezcla de catástrofe económica y crisis política. El resultado final fue que cada intento de gobernar en coalición terminó en fracaso, que todos los Gobiernos fueron víctimas de los ataques concertados de sus contrarios y de su propia ineptitud. En definitiva, que los gravísimos problemas que tuvo que arrostrar la República de Weimar superaban con creces la capacidad de sus dirigentes políticos para forjar un consenso y alcanzar una mayoría.

La primera fase, la que abarca de 1918 a 1923, dejó una huella indeleble en la República. La Constitución establecía un sistema político claramente democrático: sufragio universal y libre, reparto proporcional de escaños y libertades políticas fundamentales. Fijaba también derechos sociales, y los programas defendidos por el Partido Socialdemócrata (SPD) durante la revolución, mantenidos y ampliados más tarde, dieron alas a la retórica de sus adversarios. Además de los pilares en que se asentaba el sistema de

bienestar social establecido por el canciller Otto von Bismarck en la década de 1880 –seguridad social, pensiones y seguro en caso de accidente laboral–, los Gobiernos del SPD fijaron la jornada laboral de ocho horas y otorgaron carta de naturaleza a los sindicatos. Todos los municipios del país controlados por los socialdemócratas, y aquellos en los que contaban con una amplia representación, pusieron en marcha centros de salud o ampliaron las oportunidades educativas y de formación profesional. Socios del SPD en estas aventuras fueron casi siempre el Partido Democrático Alemán (DDP) y el Partido del Centro Católico. Los tres partidos, popularmente conocidos como la Coalición de Weimar, constituyeron el más firme bastión con que contó la República durante sus catorce años de existencia. Aparte del Gobierno de la nación, la Coalición de Weimar controló muchos de los gobiernos regionales y municipales durante casi todo el tiempo que duró la República, incluidos estados con peso específico propio, como Prusia, y, de hecho, tuvo vara alta en todos los Gobiernos de esta primera fase, al menos hasta que los socialdemócratas declinaron su participación en tan altas responsabilidades.

La República surgió como consecuencia de los movimientos de masas de 1918 y 1919 y de la decisión adoptada por los partidos de la Coalición de Weimar: tal fue el vástago que alumbraron. De los tres que formaban la coalición, el SPD era el partido que contaba con más apoyos, un sustento mucho más amplio que el de cualquier otra formación política de Alemania, un partido comprometido inequívocamente con la democracia, aunque no dudase en recurrir a la fuerza para frenar a la izquierda radical. En sus orígenes, había sido el partido de los “trabajadores del metal”, de los obreros de las industrias del carbón y el acero, durante la ya considerada como clásica era industrial. Precisamente su orientación hacia una clase social determinada y su idealización retórica del proletariado limitaban de forma clara sus pretensiones de llegar a otros sectores de la población. El SPD nunca podría hacerse con una mayoría con expresiones tomadas del marxismo, como “pueblo en lucha por la democracia y el socialismo”, “lucha de clases”, “socializar la economía capitalista y llevar a cabo un política económica que promueva el bienestar para todos” o “unidad internacional del proletariado”.[2] La imagen de unos trabajadores envalentonados marchando sobre los escombros de la sociedad de clases –curas, militares, hombres de negocios y comunistas– chirriaba incluso a ojos de quienes eran más proclives al mensaje de los socialdemócratas (fig. 3.1.).

[3] Parece dudoso que fueran capaces de convencer a nadie más. Dejar el socialismo para más adelante, como propugnaba al mismo tiempo el SPD, le privó del respaldo de un grupo importante, aunque periférico, de trabajadores e intelectuales de ideología radical. El compromiso del partido con el movimiento de emancipación de la mujer también limitó su capacidad de penetración: la clase siempre estaría por encima del género; ni siquiera la incendiaria bandera de la juventud habría de ser enarbolada sólo por las mujeres: también los hombres tenían que estar presentes y ponerse al frente. Todos los símbolos del partido lucían el color rojo –banderolas, enseñas, estelas–, según una imaginería nacida tiempo atrás, cuando socialismo equivalía a ilustración, inteligencia y vida (véase ilustración en color 1). Sin embargo, para muchos alemanes, el color rojo era un símbolo de los lazos existentes entre socialdemócratas y comunistas, y metían a los dos partidos marxistas en el mismo saco, a pesar de las profundas diferencias que los separaban.



Fig. 3.1.: “Vota por la lista número 1: socialdemocracia”. Con gesto imperioso, un obrero porta la estela del socialismo tras vencer a sus corruptos y malvados contrincantes: militares, curas, comunistas y avaros capitalistas (Hessisches Landesmuseum Darmstadt).



Fig. 3.2.: “Trabajo digno en la ciudad y en el campo para todos. Contra la dictadura de la izquierda y de la derecha. Partido Democrático Alemán”. Posicionamiento típico del DDP, que se postula como el partido que busca el justo medio, respetando el derecho y la justicia (Hessisches Landesmuseum Darmstadt).

El DDP, partido de orientación liberal progresista, contaba entre sus simpatizantes con muchos profesionales de clase media, y además con el apoyo de la comunidad judía, no demasiado amplia pero bien situada. Abogaba por el justo medio (juste milieu), es decir, por buscar un equilibrio entre política y sociedad. Alejado de todo extremismo, era firme partidario del debate, de la negociación, tanto en Alemania, dentro de los límites de la Constitución, como más allá de sus fronteras, abogando por la inclusión de

la nación en el concierto internacional (fig. 3.2.). El DDP era contrario tanto a los monopolios como a la socialización, y apoyaba sin reservas la iniciativa del individuo, así como medidas de bienestar social para corregir las graves desigualdades e injusticias que existían. Convencidos de que "el derecho formaba parte de la cultura alemana", reclamaban asimismo la instauración de una milicia nacional en sustitución del antiguo Ejército autoritario.[4] Como el resto de los partidos, insistía en que había que estrechar lazos con los alemanes que vivían fuera del país y defenderlos; idéntica protección exigían para las minorías (judíos y polacos, sobre todo) en Alemania, una medida que ni siquiera contemplaban los partidos conservadores. Con la introducción del voto femenino, al igual que los demás partidos, también el DDP tuvo que hacer frente a una nueva realidad política. Muchas mujeres profesionales encontraron su ideario político en el DDP, y muchas de las parlamentarias más sobresalientes de la República militaron en él. Por desgracia, su presentación como el partido que protegía a la mujer no tuvo demasiado eco (fig. 3.3.). De hecho, el DDP sólo tuvo un cierto respaldo popular con motivo de las elecciones para la Asamblea Constituyente. A partir de ahí comenzó un lento pero continuo declive, hasta acabar siendo un partido prácticamente irrelevante, lo que, en pocas palabras, algunos historiadores de aquella época y algún estudioso actual han calificado como "el centro agonizante" de la política durante la época de Weimar.[5]



Fig. 3.3.: “¡Mujeres y madres alemanas! ¡Pensad en el futuro de vuestros hijos! Votad al Partido Democrático Alemán”. Todos los partidos políticos buscaban el voto femenino, recurriendo a una imaginería maternal, como en este cartel del Partido Democrático Alemán, de tendencia liberal (Hessisches Landesmuseum Darmstadt).

Mientras el SPD y el DDP encontraban sus limitaciones en las clases a las que se dirigían, el Centro quedaba reducido a la religión. El catolicismo impregnaba el partido: curas y obispos desempeñaban un papel preponderante en los asuntos internos de la organización; el programa seguía las enseñanzas católicas. Pero el Centro también demostró ser un cauce fecundo para que católicos laicos, incluidos mujeres y jóvenes, interviniesen en la vida política. A pesar de la posición determinante que ostentaron durante la República –cuatro cancilleres y muchos altos funcionarios salieron de las filas del Partido del Centro–, en la década de 1920 los católicos aún se sentían desplazados en un país mayoritariamente protestante. Para bien o para mal, eran muchos los alemanes que pensaban que si tenían patria era gracias al protestantismo, y de ahí su escasa atención a los posicionamientos de los católicos. Muchos católicos aún recordaban la Kulturkampf (lucha en favor la cultura alemana), el ataque de Bismarck

contra la presencia católica en la política y en la sociedad. Durante la época de Weimar, las escuelas y la educación fueron las principales preocupaciones del catolicismo. El Centro defendía con vigor el derecho de la Iglesia a impartir enseñanza religiosa en los centros públicos: “La religión y la patria han de ser el eje de toda enseñanza, de toda educación”, proclamaban.[6] Al igual que otras formaciones políticas, no ocultaban su preocupación por la depravación moral de la juventud, y reclamaban al Estado que protegiera a los jóvenes de las Schmutz und Schund (inmundicia y basura). Aseguraban estar por encima de la división de clases y representar a todos los Berufsstände (niveles profesionales). Trabajadores, artesanos, vendedores y propietarios, todos estaban unidos por la religión y la nación, y todos eran bienvenidos por igual en el Partido del Centro (fig. 3.4.). Pero la imagen de unidad impuesta por la Iglesia chocaba con las profundas divisiones internas existentes en el Partido entre liberal-sociales reformistas y el ala más conservadora y autoritaria. Los liberales se impusieron durante los dos primeros periodos de la República; los conservadores se alzaron con el poder al final.

Los partidos de la Coalición de Weimar fueron la piedra angular de la República, pero sus proyectos, tanto los tomados de mutuo acuerdo como los de cada uno, rara vez se desarrollaron sin oposición. El compromiso de la Coalición con la democracia parlamentaria, el bienestar social y la intervención del Estado en la economía –que el socialismo (representado por el SPD) dejaba para un futuro lejano– encontraron aguerridos antagonistas tanto por la derecha como por la izquierda. Según estos grupos, los rasgos diferenciales del Estado y la sociedad de Weimar no estaban nítidamente establecidas en la Constitución. Casi todo el mundo, incluidos los partidos de la Coalición de Weimar, pensaba que los límites territoriales de Alemania no habían quedado definidos con claridad en el Tratado de Versalles. Las cuestiones fundamentales acerca de cómo debía organizarse la convivencia de los alemanes entre sí y las relaciones que habían de mantener con los países vecinos seguían encima de la mesa, y no dejaron de provocar enérgicas protestas a lo largo de cada una de las fases políticas de la historia de la República.



Fig. 3.4.: “¡Por el sacrificio y el trabajo hacia la libertad! Vota al Partido del Centro”. Todos los partidos trataban de arañar votos recurriendo a la imagen del fornido obrero o agricultor alemán. En este caso, el católico Partido del Centro une trabajo honrado y cristianismo, valiéndose de la figura de un campesino que maneja el arado, mientras al fondo aparece la silueta de la catedral de Colonia (Hessisches Landesmuseum Darmstadt).

Por la izquierda, los comunistas y otros radicales próximos a sus posiciones reclamaban un sistema político y social dirigido por la clase trabajadora, o por los partidos que se definían como representantes de la misión histórica de la clase obrera. “¡Proletarios!”, “Trabajadores y trabajadoras”, “Obreros”, era el encabezamiento habitual de cada panfleto, de cada manifiesto del KDP (Partido Comunista de Alemania). Hombres fuertes, trabajando en el torno o en la fresadora, eran las imágenes que solía ofrecer el partido. Durante los primeros años, los comités de obreros y soldados marcaron la pauta, órganos que asumirían las funciones parlamentarias para que la democracia llegase a todos los rincones de la sociedad, incluidos los centros de trabajo. Descartado el beneficio como objetivo, la riqueza sería compartida y todos los miembros de la sociedad participarían de la prosperidad. También las mujeres tendrían libertad e igualdad de derechos, gracias en primer lugar a

que entrarían a formar parte de la mano de obra asalariada. La “socialización de la industria y de la agricultura”: en eso se resumía con precisión el programa económico de los comunistas. A lo largo de los años de Weimar, la fidelidad a la Unión Soviética, una constante del partido, pasó a convertirse en estrecha dependencia, por no decir mimetismo. Para los comunistas había enemigos por todas partes: jefes, burócratas y curas, pero también compañeros de trabajo que no ocultaban sus preferencias por el SPD o por el Centro. El lenguaje comunista era áspero y excluyente; algunos trabajadores se sentían identificados con él, pero nunca fueron la mayoría.[7]

Durante la primera fase de la República, los comunistas participaron en alzamientos armados contra el Estado en tres ocasiones: enero de 1919, marzo de 1921 y octubre de 1923; todas acabaron en fracaso. Los comunistas no dudaron en fomentar la agitación social y trataron de convertir las protestas en una huelga general contra la República, pero fracasaron en su empeño. La única huelga general que fue un éxito en Alemania tuvo lugar en marzo de 1920, contra el intento de golpe de Estado de la extrema derecha protagonizado por Wolfgang Kapp, y fue convocada por los sindicatos, no por el Partido Comunista.

Revueltas y huelgas sirvieron para poner sobre el tapete, sin embargo, una serie de asuntos de importancia. Por ejemplo, el enorme descontento reinante en un segmento de la clase obrera, que seguía las consignas comunistas y se sumaba a paros y algaradas. No pocos trabajadores se ilusionaron con la perspectiva del futuro de prosperidad, igualdad y paz que les presentaba el KDP. El partido les ofrecía la posibilidad de ampliar sus horizontes y desarrollar sus talentos y aptitudes. Todo lo contrario que las nobles promesas y esperanzas formuladas por los fundadores de la República, que nunca encontraron demasiado eco entre unos trabajadores sometidos a las privaciones de la Primera Guerra Mundial y a la difícil situación económica de la posguerra. A pesar de la rápida reindustrialización y del resurgimiento económico, no era fácil encontrar trabajo, y la inflación se comía los ahorros de la clase trabajadora. Quienes tenían trabajo pensaban que las condiciones laborales en fábricas y minas eran tan duras como siempre; a pesar de la jornada de ocho horas y del reconocimiento de los sindicatos, jefes y capataces seguían tratándolos de forma despótica. Es de suponer que si la República hubiera demostrado que era capaz de acelerar el progreso económico y ampliar los cauces de participación política, al menos algunos

de esos trabajadores habrían estado de su lado, pero no, desde luego, el Partido Comunista ni sus afiliados. Desde el primer momento, el KDP adoptó una actitud de confrontación continua con la República y la Coalición de Weimar siempre se encontró con un duro contrincante por la izquierda, que contaba con un respaldo popular importante, pero que jamás logró imponerse como fuerza hegemónica entre los trabajadores. La “antorcha de la revolución” no era una idea que cuajase entre una aplastante mayoría de alemanes, para quienes más bien representaba todos los horrores, por no decir el caos, la inestabilidad, o los rusos (fig. 3.5.).

Pero la verdadera amenaza para la Coalición de Weimar y para la propia existencia de la República siempre vino por parte de la derecha, no de la izquierda. Quizá haya que buscar la explicación en las cifras: es probable que fueran muchos más los alemanes de derechas que los de izquierdas. Y, lo que es más importante, la derecha tenía el poder, estaba bien relacionada y contaba con representantes en las principales instituciones del Estado y de la sociedad, en el mundo de los negocios, la burocracia, el Ejército, las universidades y las confesiones religiosas. Disponía de agitadores callejeros y pendencieros tabernarios, pero en sus filas también había banqueros, hombres de negocios, coroneles, profesores y clérigos; era una derecha heterogénea y muy dividida, que no se uniría como fuerza política cohesionada hasta el final de la República, cuando no tuvo remilgos en apoyar a Hitler y a los nazis.

Los principales partidos de la derecha eran el Partido Nacional Popular Alemán (DNVP) y el Partido Popular Alemán (DVP), que en alguna ocasión llegó a colaborar con los partidos de la Coalición de Weimar, aunque nunca apoyó con firmeza y de forma incondicional ni la República ni el concepto de democracia. Su compromiso nunca fue más allá de conseguir que sus puntos de vista quedasen reflejados en la acción política del Gobierno de turno. Sus exigencias fundamentales pasaban por una política económica proclive a la empresa privada, es decir, menores cargas fiscales, la afirmación de los derechos de los accionistas, la revisión del Tratado de Versalles y la limitación de los derechos adquiridos por los trabajadores durante la revolución. De puertas afuera, el DVP afirmaba que estaba a favor de la cooperación entre trabajadores, empleados y empresarios para asegurar el bienestar de la clase trabajadora, pero el negocio y el control técnico de las empresas tenía que seguir en manos de los directivos. Lo fundamental

para el DVP era que hubiese una clase media independiente, que garantizase la estabilidad del país y fomentase el crecimiento económico. Aspiraba a "una reconciliación política y económica entre las naciones, aunque pensamos que será una tarea inalcanzable mientras nuestros enemigos sigan pisoteando al pueblo alemán, impidan la unidad de nuestra nación y apoyen la paz de los vencedores que nos fue impuesta". El DVP apostaba por defender aquellos "valores espirituales y morales" que constituyen los "rasgos diferenciales" de los alemanes. Como señalaban sus "Principios fundamentales", fijados en 1919, "el DVP lucha con todas sus fuerzas contra todos los elementos negativos que tratan de destruir la veneración por la nación y el pueblo alemanes en aras de un pretendido cosmopolitismo. Se opone con firmeza a todo lo que, con una palabrería huera y pretendidamente afable, que nada tiene que ver con nuestra forma de ser, coarte nuestros sentimientos como alemanes. Sólo conseguiremos la reconstrucción moral y económica de nuestro pueblo si volvemos a los antiguos principios fundamentales de lealtad, honor, imparcialidad y honestidad en la función pública, en los negocios y en el comercio. El Partido Popular Alemán se muestra contrario a cualquier otra forma de ver las cosas".[8] Aunque sin declararse abiertamente antisemita, el DVP se encargó de organizar el antisemitismo latente en Alemania. Todo el mundo entendía que el término "cosmopolitismo" era un eufemismo para referirse a los judíos. Según el DVP, también había que oponerse a "la invasión de Alemania por gentes de origen extranjero", que era otra forma críptica de señalar a los judíos.[9]

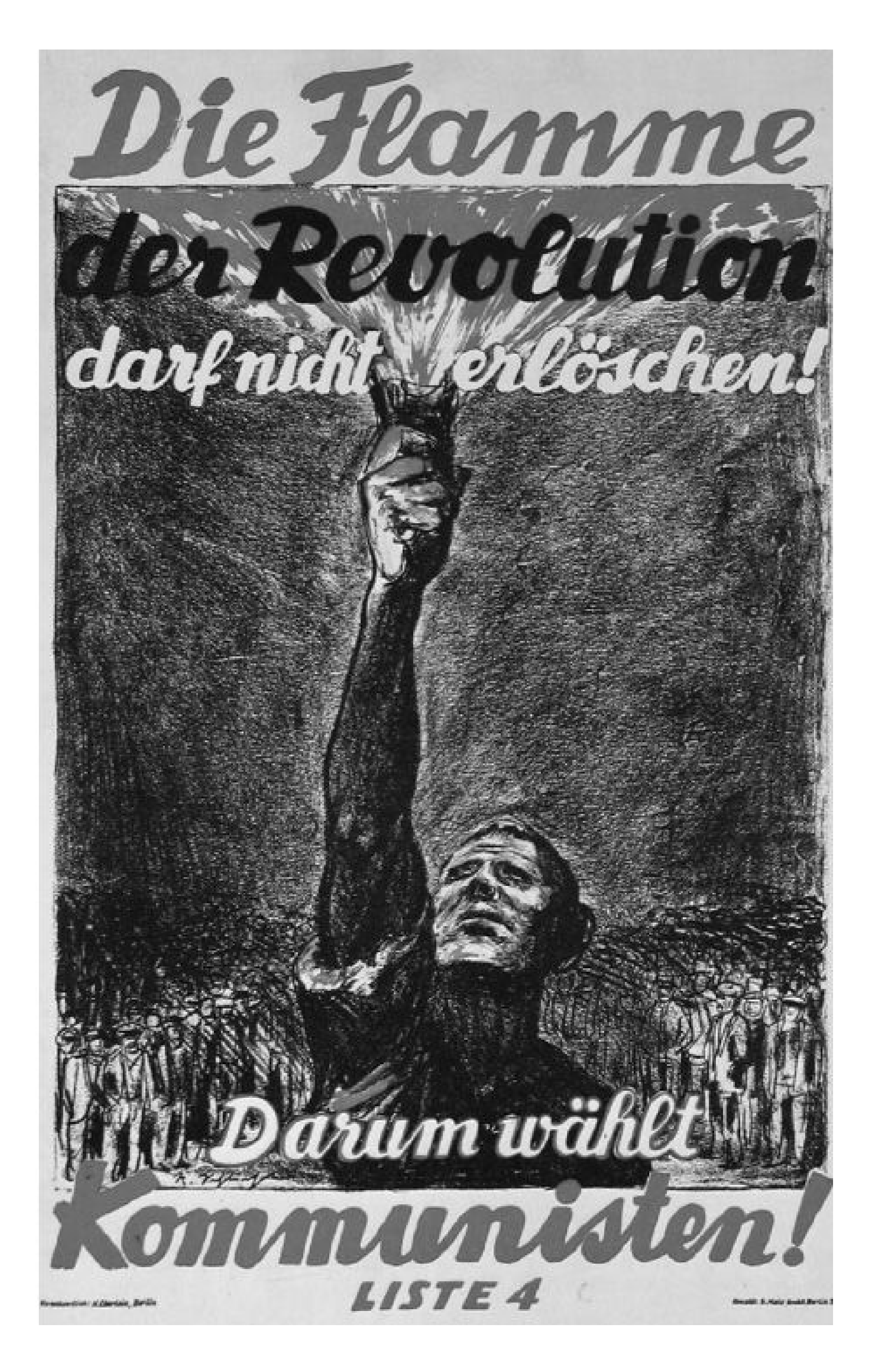


Fig. 3.5.: “¡Para que no se apague la antorcha de la revolución! Vota a los comunistas. Lista 4”. Un hombre fornido simboliza el comunismo, mientras masas de obreros se congregan ordenadamente a sus espaldas (Hessisches Landesmuseum Darmstadt).

Pero los grandes ataques contra la República llegaron de la mano del DNVP, un partido con fuerte implantación entre la vieja nobleza de terratenientes prusianos, algunos sectores del mundo empresarial, oficiales del Ejército, funcionarios de alto rango y todos aquellos que despreciaban la democracia. En un momento dado, antes de la guerra, había sido un partido monárquico, pero la mayoría de sus simpatizantes dejaron de lado el ideal monárquico –a pesar de sus altisonantes afirmaciones de lealtad a la Casa Hohenzollern– durante la Primera Guerra Mundial, cuando no les quedó más remedio que reconocer la ineptitud del káiser Guillermo II. Durante las tres fases por las que pasó la República, no dejaron de barajar la idea de algún tipo de solución autoritaria, preferiblemente militar. Aunque afirmaba apoyar la "tradición" –el protestantismo o los estrechos lazos familiares tejidos a lo largo de generaciones–, el DNVP andaba enredado en una campaña de la extrema derecha (fig. 3.6.). Muchos de sus militantes apoyaron el intento de golpe de Estado de derechas que llevó a cabo Wolfgang Kapp, al frente de un grupo de oficiales del Ejército en activo y otros ya retirados, en marzo de 1920, aunque algunos prefirieron mantenerse a la expectativa hasta saber si concluía con éxito. En cualquier caso, el DNVP, como los golpistas, reclamaba una Alemania fuerte, de fronteras ampliadas, una sociedad claramente jerarquizada, dirigida por personas de alta cuna, bienestar social para la clase dirigente –no para los obreros ni los pobres a cuenta del Estado–, conglomerados industriales apoyados por el Gobierno y subsidios agrícolas. Entre las ideas más desafiantes y revanchistas que proclamaban en su declaración de principios de 1920 figuraban "liberar al pueblo alemán de las presiones foráneas" y "[construir] un nuevo Reich, más fuerte, en una patria libre, al que se sumarían los territorios alemanes que les habían sido arrebatados". Sus planteamientos eran claramente nacionalistas y agresivos, reclamando por ejemplo que en el servicio exterior sólo pudiesen trabajar aquellos que "tuvieran ideas genuinamente alemanas". El servicio militar era una aspiración natural de todo hombre; los alemanes no podían olvidar la gran deuda de gratitud que habían contraído con el Ejército y sus mandos por infundir valores dignos de confianza y contribuir a la grandeza de Alemania como nación.[10]



Fig. 3.6.: “¡Nos atenemos a la palabra de Dios! Vote por el Partido Popular [Nacional Alemán]”. Llamamiento a las mujeres de los conservadores nacionalistas del DNVP : la unidad en la fe cristiana a lo largo de generaciones (Hessisches Landesmuseum Darmstadt).

Según el DNVP, el lamentable estado en que se encontraba Alemania era consecuencia de la traición perpetrada contra el país por judíos y socialistas y, desde 1914, también por africanos al servicio de potencias extranjeras. “¡Alemanes! ¡Defended las fronteras de la patria contra los bolcheviques rusos!” o “Consecuencias del bolchevismo: guerra, paro y hambruna” eran algunos de los eslóganes más repetidos, con monstruosas imágenes de perros sedientos de sangre, monos (para caricaturizar a los africanos), asiáticos acosando a Alemania, o el espíritu de la muerte, representación de la amenaza comunista que se cernía sobre el país. El supuesto sometimiento del pueblo alemán por culpa del Tratado de Paz de Versalles, del Plan Dawes, de los Tratados de Locarno (como tendremos ocasión de comprobar más

adelante), del Plan Young, y el resto de acuerdos internacionales suministraban a esa derecha un inagotable forraje ideológico, que se traducía en carteles melodramáticos con alusiones bíblicas al sometimiento (fig. 3.7.). Los judíos representaban un espíritu “corrosivo, antialemán”; desde la revolución, “se había producido una desalentadora y cada vez más fuerte presencia de los judíos en la esfera pública”; había que hacerles frente y derrotarlos: “Sólo una profunda renovación de la conciencia cristiana” lograría la regeneración moral del pueblo alemán. El DNVP estaba en contra de “la inmundicia y de la basura, del espíritu que animaba tanta decadencia”. Los derechos de los accionistas y la iniciativa privada eran el motor de toda economía productiva: “Rechazamos la lucha de clases que preconiza el marxismo, porque aniquila la cultura. No es ése el objetivo que perseguimos, sino poder trabajar en paz y de forma responsable”.[11]



Fig 3.7.: “¿Locarno? Vote por el Partido Popular [Nacional Alemán]”. El DNVP atacaba con fiereza y acritud la política de Stresemann, agitando el odio racial contra la Legión Extranjera francesa que, blandiendo una

mortífera bayoneta, estaba al acecho de Alemania (Hessisches Landesmuseum Darmstadt).

Durante la primera fase de la República de Weimar, el DNVP sólo se limitó a afirmar que la República no valía para nada. En el Reichstag, en los parlamentos regionales, en los periódicos de su ideología y en cualquier acontecimiento público, lanzaba sus dardos emponzoñados contra Weimar y quienes la apoyaban: era la voz del radicalismo de los pudientes que no hacían ascos a negociar con los situados en su derecha. Por toda Alemania y, sobre todo, en la región de Baviera, aparecieron grupos de extrema derecha, casi al mismo tiempo que la revolución y la proclamación de la República. La extrema derecha era una amalgama de grupúsculos de origen muy diverso, como los Freikorps, cuadrillas militares constituidas en el invierno de 1918 a 1919, dirigidas por oficiales que contaban con el visto bueno de sus superiores y que, en un primer momento, fueron aceptadas y hasta recibidas con los brazos abiertos por el Gobierno socialdemócrata que trataba de disponer de un cuerpo de seguridad al precio que fuera; estúpida y trágica decisión, porque nunca consiguieron que los Freikorps se pusieran del lado de la democracia. Se dedicaban a reventar huelgas y luchaban contra los comunistas en toda Europa oriental, al tiempo que se tomaban la justicia por su mano contra los trabajadores que tenían por radicales –alineaban a los huelguistas y fuerzas paramilitares de izquierdas contra una pared y los fusilaban– y organizaban pogromos contra los judíos. Los más cultos inundaban sus panfletos con relatos cargados de odio contra los judíos y las mujeres, al tiempo que exaltaban el rifle y la ametralladora.[12] Reacios a la democracia por encima de todo, abrazaban y practicaban una ética fascistoide.

En los primeros años de la República, decenas de millares de soldados encontraron salida en los Freikorps, desde donde pasaron a formar parte de grupos y partidos de extrema derecha clandestinos que, en aquella primera fase de la República, se encuadraban en organizaciones situadas a la derecha del partido nazi (en un primer momento, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, NSDAP). Sus simpatizantes eran ideólogos y agitadores. A principios de la década de 1920, a los nobles y hombres de negocios del DNVP, o a los clérigos, militares y funcionarios de derechas de Baviera, más que respetables les parecían revoltosos e imprevisibles. Pero muchos recibieron financiación de personas pudientes, mientras algunos oficiales del

Ejército les pasaban armas bajo cuerda. No eran presentables, quizá, pero tampoco indeseables. La clase más acomodada, la derecha bien situada y la no menos respetable derecha radical, compartían los mismos ideales y recurrían a un lenguaje común teñido de nacionalismo, antisemitismo y odio a la República.

La ideología política de la extrema derecha se resumía en unos cuantos eslóganes muy efectivos que unían a la derecha y a la derecha radical. El más importante era la Dolchstosslegende, la leyenda de la puñalada en la espalda que el Alto Estado Mayor se había encargado de difundir durante las semanas que precedieron al armisticio: Alemania no había sido derrotada en el campo de batalla, sino traicionada por los judíos y socialistas alemanes. El enemigo quedaba claramente definido. Muchos de los grupos de extrema derecha invocaban un cierto socialismo, el de la "gente trabajadora" (Werktätige, en lugar de Arbeiter, término que se asociaba más con la izquierda), y cierta "socialización del pueblo alemán".[13] Y se les llenaba la boca con acabar con "las imposiciones de Versalles", con el "resurgimiento de Alemania" y con "constituir un Ejército alemán fuerte"; también preconizaban que había que acabar con "la influencia judía en la política, en la economía y en la cultura".[14] O, como apuntaba otro grupo de extrema derecha, la Deutschvölkische Schutz- und Trutzbund: "La Liga se propone la regeneración moral del pueblo alemán, apelando a su carácter distintivo. La razón fundamental de nuestra decadencia reside en la opresiva y corrosiva influencia del judaísmo. Acabar con semejante lacra es una condición previa para acometer la reconstrucción del Estado y de la economía, y alcanzar la liberación de la cultura alemana".[15] Como en el caso del DNVP, la extrema derecha siempre recurría a eslóganes antisemitas: "Bolchevismo judío", "conspiración judía mundial", "República judía", "judíos, corruptores del pueblo alemán".[16]

Esto deja entrever que Adolf Hitler no inventó la ideología de la extrema derecha. Sus grandes aportaciones son, más bien, de carácter organizativo y retórico, como la afirmación de que el antibolchevismo era tan importante como el antisemitismo: la fusión de ambas ideas fue una de las grandes aportaciones de la derecha. Intelectuales conservadores, como Oswald Spengler, escribieron sobre el "socialismo a la prusiana", o sobre el "socialismo del Frente", en el caso de Ernst Jünger. Hitler los superó a todos

al acuñar el término de “nacionalsocialismo”, encaminado a desbaratar los deslices colectivistas del socialismo mediante el recurso a la nación y a la raza, y apartar al socialismo del igualitarismo y del internacionalismo. Se trataba de imponer un socialismo que fuera parejo con la lucha darwiniana por la supervivencia, aunque revestido de términos nacionalistas y racistas. O, como diría Oswald Spengler: “Nación equivale a clase”.[17] Una retórica nacionalista que muchas veces recurría al concepto de Alemania como nación “joven”, semejante a Italia y, a veces, incluso a Rusia.

Pero lo que más contribuyó a deteriorar la imagen de la República durante los primeros años fueron los asesinatos políticos, prueba evidente de los intereses comunes que compartían la derecha y la extrema derecha. En los primeros seis meses de 1919, asesinos de extrema derecha acabaron con la vida de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Leo Jogiches, Kurt Eisner y Hugo Haase, dirigentes carismáticos de los movimientos socialista y comunista. Eisner era incluso ministro presidente de Baviera. Luxemburgo y Liebknecht fueron brutalmente asesinados por una unidad de los Freikorps; los otros lo fueron a manos de asesinos a sueldo. Protegidos como estaban por jueces conservadores, militares y otros miembros de los poderes fácticos, sólo se les impuso una condena simbólica.

El terror se adueñó de los representantes de los partidos que formaban la Coalición de Weimar. Durante la Primera Guerra Mundial, Matthias Erzberger, líder del Partido del Centro, había abogado por buscar una solución negociada al conflicto. De hecho, fue uno de los firmantes del armisticio, algo que la derecha nunca le perdonaría, y un firme defensor de la República. Su programa de reformas sirvió para modernizar el método de financiación del Gobierno central, asentándolo sobre bases sólidas. Murió de un tiro en agosto de 1921. Su desaparición causó hondo pesar y sentidas muestras de condolencia, pero también fue motivo de regocijo para la derecha. Así, el Kreuzzeitung, el periódico oficial del DNVP, proclamaba que “nada más fácil que condenar a los asesinos”, mientras el Oletzkoer Zeitung, un periódico local cercano al DNVP, escribía:

Erzberger […] ha sufrido el destino que la inmensa mayoría de los patriotas alemanes le deseaban. Erzberger, el único responsable del humillante armisticio; Erzberger, responsable del ‘Tratado de la Vergüenza’ de Versalles; Erzberger, ese hombre cuyo espíritu, por desgracia, aún planea

sobre muchos de los departamentos gubernamentales y de nuestras leyes, ha tenido, por fin, el castigo reservado a los traidores […] La mayoría del pueblo alemán ya puede respirar tranquila. Vivo, un hombre como Erzberger, uno de los principales responsables de las desgracias de nuestra patria, era una amenaza permanente para Alemania […] Si bien es cierto que hemos de aprender a odiar a nuestros enemigos foráneos, no lo es menos que hemos de castigar con nuestro desprecio y nuestro odio a los enemigos internos de Alemania. Es imposible alcanzar un compromiso con ellos. Sólo el extremismo conseguirá que Alemania vuelva a ser lo que fue antes de la guerra.[18]

Así se expresaban los "respetables" miembros de la sociedad alemana. El odio desenfrenado y los llamamientos a la violencia eran otros tantos signos que infundían pavor, aunque millares de personas, trabajadores sobre todo, se echasen a la calle en protesta por el asesinato.

Diez meses después, el 22 de junio de 1922, moría asesinado Walter Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores de la República, respetado hombre de negocios, escritor y vástago de una eminente familia judía. Como en el caso de Erzberger, también Rathenau concitaba odios por el compromiso que había adquirido con la República, pero además por ser inteligente, culto y judío. En sus incendiarios y apasionados discursos, aquella derecha tan respetable le acusaba de haber traicionado a Alemania. Según ellos, Rathenau estaba a sueldo de la Entente y, desde luego, no era un alemán de corazón, por mucho que representase a Alemania ante otras naciones. El asesinato dio lugar a otro rosario de condolencias, a innumerables manifestaciones por todo el país, en las que participaron millones de alemanes que apoyaban a la República. Pero el veneno que se había inoculado en la vida pública alemana traería más quebraderos de cabeza. Durante una tormentosa sesión del Reichstag celebrada después del asesinato, el canciller Joseph Wirth pronunció uno de los más vibrantes y enérgicos discursos de la era de Weimar. Afirmó estar seguro de que los asesinos no habían actuado por su cuenta, sino amparándose en un ambiente que había convertido semejantes atrocidades en salonfähig, es decir, en acciones tolerables que no atentaban contra el mal gusto. Wirth se encaró con energía a las filas de la derecha, sacando a colación citas de artículos escritos por personas que estaban sentadas en la propia Cámara. Tras increparles por no haber condenado el asesinato con rotundidad, los acusó de ser los responsables del "ambiente propicio para el asesinato" que reinaba en el país: "En Alemania, vivimos un periodo de embrutecimiento de la política". Wirth se erigió en firme defensor de la democracia, pidió paciencia para tratar de mitigar las exigencias de Versalles, reclamó un ambiente más sosegado en el país para poner fin a la "envenenada situación de rencor y asesinatos en que estaba sumido", y concluyó diciendo: "He ahí al enemigo [señalando a los bancos de la derecha] que instila su veneno en las heridas abiertas del pueblo. Ése es el verdadero enemigo, no les quepa duda: ¡el enemigo es la derecha!".[19]

No le faltaba razón: el enemigo estaba en la derecha. En un tumultuoso ambiente de decidida consternación, el Reichstag aprobó una ley por la que se nombraba un comisario en cada región de Alemania como responsable del mantenimiento del orden público. No tuvo gran impacto porque, mientras encubrían a la derecha, los comisarios se mostraron mucho más activos con

la izquierda. El conservadurismo imperante en la judicatura y en la burocracia convirtió la ley en papel mojado. Los asesinos, como en el caso de Erzberger, lograron ponerse a salvo fuera del país gracias a las buenas relaciones que mantenían con la derecha bien situada.

La Coalición de Weimar sufrió su primera derrota en la primavera de 1920. En vísperas del golpe de Estado de Kapp, al prohibir las huelgas y las milicias obreras y hacer oídos sordos a las reivindicaciones políticas que reclamaban un Gobierno de los trabajadores, perdió los apoyos que tenía de la izquierda. Muchas de las personas que habían votado por el SPD o por el DDP en 1919 para frenar el avance de una izquierda más radical buscaron refugio en los postulados políticos, menos crispados, del centro y la derecha. Incapaces de alcanzar la mayoría, aunque seguían siendo el partido más votado de Alemania, los socialdemócratas renunciaron a formar Gobierno. Durante unos pocos años, el SPD y el DVP estuvieron dentro o fuera del Gobierno; los que siempre se mantuvieron en él fueron el DDP y el Centro. Aparte de las dificultades políticas internas, cada uno de aquellos Gobiernos hubo de vérselas con un rosario de conferencias diplomáticas convocadas para resolver el problema de las compensaciones de guerra y de las que no salió nada en limpio. Claro que no es de extrañar teniendo en cuenta que, en 1920, en la Conferencia de Spa, la primera a la que asistió Alemania como país invitado, el empresario Hugo Stinnes comenzó su discurso diciendo: “Estoy aquí para mirar directamente a la cara a las delegaciones hostiles”, llamando después a los aliados “nuestros vesánicos conquistadores”.[20] Los aliados no salían de su asombro; mientras, en Alemania, la derecha jaleaba esas afirmaciones, tan provocadoras como irresponsables.

A la Conferencia de Spa siguieron otras muchas reuniones internacionales para tratar de resolver los problemas pendientes después de la guerra, sin que se registrara ningún avance. En la de 1921, celebrada en Londres, los aliados entregaron a Alemania un documento de abultadas compensaciones, que sólo sirvió para socavar aún más la República y dar más argumentos a la derecha. Lo peor aún estaba por llegar.

La inflación había comenzado en 1914. El Gobierno había recurrido al endeudamiento para financiar los enormes costes de la guerra, con la esperanza de resarcirse gracias a los territorios que se conquistasen a los países enemigos derrotados. Pero Alemania perdió la guerra. En 1919, el marco había perdido la tercera parte de su valor.[21] A pesar de todo, durante el periodo que siguió a la guerra la inflación tuvo un efecto beneficioso: la depreciación de la moneda hizo que los productos manufacturados en Alemania resultasen atractivos en el mercado internacional, lo que, a su vez, permitió a los empresarios alemanes satisfacer las peticiones de subidas salariales de los trabajadores. En ese momento, la inflación pasó a convertirse en hiperinflación (como tendremos ocasión de comprobar en el capítulo siguiente), tan disparatada como no se recordaba en los anales económicos de ninguna nación; una situación de la que, sólo en parte, eran responsables los aliados, convencidos de que Alemania les regateaba las compensaciones fijadas retrasando los pagos en oro, madera y carbón, sobrevalorando los que satisfacía y, por si fuera poco, interviniendo en el valor de la divisa para cumplir lo estipulado en una moneda devaluada, lo que no es del todo exacto. En 1923, tropas francesas y belgas entraron en Alemania y ocuparon posiciones en regiones clave, como la cuenca del Rhur, verdadero corazón económico de la nación, donde, en un centenar de millas cuadradas, estaban concentradas minas de carbón, acerías y otras industrias. El Gobierno alemán adoptó una política de resistencia pasiva: los trabajadores y empleados de cualquier fábrica o edificio de oficinas en los que apareciesen soldados franceses o belgas tenían que dejar las herramientas de trabajo, o las mesas limpias, e irse a casa. En junio, la economía del Ruhr quedó prácticamente paralizada, mientras los alemanes acusaban a los franceses, a los belgas y a su propio Gobierno. Para sostener la política de resistencia pasiva, el Gobierno puso en marcha la máquina de hacer dinero, con lo que la hiperinflación, ya de por sí increíble, alcanzó niveles estratosféricos. A finales de noviembre de 1923, un dólar americano se cambiaba por 4,2 billones de marcos, una tasa de equivalencia que casi nadie alcanzaba a entender.

Fue un año difícil, descorazonador. Los comunistas intentaron la revolución; los nazis iniciaron una marcha sobre Berlín para hacerse con el poder. Ambas iniciativas concluyeron de manera desastrosa. Amplios segmentos de la población sufrieron un drástico deterioro de sus condiciones de vida. Todos hemos oído anécdotas, que ahora nos parecen legendarias, sobre

alemanes cargando con maletas y llevando carretillas llenas de billetes para comprar una barra de pan o un par de zapatos; vagando por los campos y las vías del ferrocarril como ladrones nocturnos, recogiendo patatas abandonadas en la tierra o trozos de carbón que se hubieran caído de los trenes, o desmontando cercados y cargando la madera para calentarse. Los precios se alteraban hasta dos y tres veces al día. Desbordada por las interminables algaradas populares con que tenía que vérselas y en ocasiones haciendo suyas las quejas de sus conciudadanos, la policía se lavaba las manos. Se dieron casos de pillaje de tiendas y almacenes protagonizados por multitudes que pagaban los precios que les parecían justos: dos marcos por una barra de pan, en lugar de los cinco o seis que valía; quince o veinte marcos por un par de zapatos, no los doscientos o trescientos en que estaban estipulados, o un marco por medio kilo de fruta o de verdura, en lugar de los cuatro o cinco que les pedían.[22] Ni empresas ni personas particulares podían planificar nada, porque una inflación de tales características acaba con la posibilidad de efectuar cualquier cálculo económico de forma racional. De modo que cinco años después de la guerra, los alemanes se vieron sumidos en la miseria de nuevo. Y fueron muchos quienes señalaron como responsables de tan tremenda situación a una variopinta panoplia de enemigos que, según su opinión, se habían aprovechado de la situación: jefes, vecinos a los que las cosas les iban mejor, judíos, extranjeros, franceses, la “maldita República” o los bolcheviques.

En septiembre, reconociendo que podía producirse un desastre, el Gobierno dejó de lado la política de resistencia pasiva y preparó el terreno para entablar conversaciones de calado con los aliados. Se sucedieron una serie de complicadas negociaciones, a diferentes niveles, a las que no sólo asistieron representantes electos del pueblo alemán, sino también portavoces de la industria pesada. De manera extraordinaria, la República consintió en que individuos privados, con intereses económicos propios, negociasen en nombre del país. La derecha acogió con entusiasmo la oportunidad que le ofrecía una República terriblemente debilitada por la ocupación extranjera y la hiperinflación. En noviembre, el Gobierno, del que formaban parte de nuevo los socialdemócratas, introdujo una nueva moneda, el Rentenmark, una osadía que pagaría cara, y tomó la arriesgada decisión de decretar la estabilidad financiera, lo que causó graves perjuicios a amplios segmentos de la población, que se sintieron realmente expropiados. Al año siguiente, los franceses y los belgas consintieron en retirarse del Ruhr como gesto ante

el calendario aceptado por Alemania para saldar las compensaciones. Con el apoyo del Gobierno, las empresas se desembarazaron de muchos de los beneficios sociales de la revolución. En una medida sin precedentes, se redujo el número de funcionarios gubernamentales. En febrero de 1924, los trabajadores de la industria volvían a las doce horas, y los mineros, a las ocho horas y media de jornada. A finales de la primavera de aquel año, los mineros se pusieron en huelga en un postrer esfuerzo por mantener los logros de la revolución en cuanto a la jornada de trabajo, pero el paro concluyó en una amarga decepción.

Así, en 1924, la clase política en su conjunto giró a la derecha, dando paso a la segunda fase de la historia política de la República de Weimar, pero la mayoría de los grupos políticos no modificaron en nada sus planteamientos. Los partidos de la Coalición seguían defendiendo la democracia y el bienestar social, aunque cada vez más debilitados por la pérdida de votantes por la derecha, caso del DDP y del Centro, o por la izquierda, como el SPD. El Centro era el que contaba con un electorado más estable pero, a medida que sus discrepancias internas se hacían cada vez más evidentes, los conservadores se hicieron con el control del partido. También había disensiones en el seno del DNVP : uno de los sectores era partidario de alcanzar algún compromiso con el sistema para influir en la política gubernamental. Pero, en 1928, la derecha se alzó con el poder, como lo demuestra la elección del empresario Alfred Hugenberg al frente del partido. Bajo su férula, el DNVP siguió adelante con su insidiosa actitud de hostilidad, y el partido se acercó a las posiciones defendidas por los nazis.

Pero la clase política aún se fragmentaría más. En 1928, seis partidos mayoritarios y otros ocho minoritarios consiguieron representación en el Reichstag; a las elecciones habían concurrido hasta cuarenta y una formaciones políticas, una cifra que llama la atención. Aparte de la Unión Soviética, Alemania tenía la peculiaridad de ser el único país que contaba con un partido comunista de masas. Por la derecha, continuaban los virulentos ataques contra la República, y tanto figuras importantes como

insignificantes dentro de sus filas mantenían sus enfrentamientos acerca de cómo allanar el camino a una alternativa autoritaria.

Al mismo tiempo, reinaba una cierta calma. No hubo intentos de golpe de Estado ni rebeliones armadas. Se registraron también menos huelgas: la clase trabajadora y los sindicatos estaban enfrascados en peleas con los empresarios y el Estado que no habían tenido lugar durante la primera fase de la República. Por otra parte, la abultada cifra de desempleados contribuía a que los trabajadores no quisieran ni oír hablar de huelgas, porque siempre había alguien dispuesto a hacer su trabajo. Aparte del DNVP, la derecha radical, también los nazis se había convertido en una fuerza política marginal, una mota irrelevante en el espectro político. Las elecciones al Reichstag de 1928 supusieron un importante viraje hacia el centro y la izquierda, hasta el punto de que el SPD volvió a formar parte del Gobierno y se hizo cargo de la Cancillería. El Plan Dawes, así llamado porque su inspirador fue el banquero norteamericano Charles G. Dawes, revisó las compensaciones y los plazos establecidos para satisfacerlas, lo que significó un alivio momentáneo para la crisis de la posguerra en que estaba sumido el país. El Reichstag dio el visto bueno a dicho plan el 24 de agosto de 1924 y, en consecuencia, el capital norteamericano comenzó a afluir, contribuyendo a una expansión económica que, por fin, hizo que muchos alemanes mirasen al futuro con cierta esperanza.

En esta fase intermedia de la República, el DVP, conservador, y el Centro Católico marcaron las pautas de la gobernación. El personaje más destacado fue Gustav Stresemann, del DVP, quien estuvo presente en todos los Gobiernos de este periodo, ocupando siempre el puesto clave de ministro de Asuntos Exteriores. Stresemann era uno de los pocos dirigentes de un partido burgués que, desde sus orígenes de clase media, se había alzado con el liderazgo. Convencido como todos de que había que echar abajo el perverso sistema impuesto por Versalles, pensaba que eso se conseguiría con una política de “hechos consumados”, es decir, con una Alemania cumplidora de los términos de tratado, al tiempo que negociaba una revisión de las estipulaciones. Sólo así, pensaba, los aliados llegarían a reconocer la injusticia que suponía Versalles. Stresemann introdujo un matiz de racionalidad y compromiso en el siempre caldeado y más que radicalizado ambiente político de Weimar. Era un nacionalista alemán clásico, que luchaba denodadamente no por un orden internacional de cooperación y

compromiso, sino por una Alemania que recuperase su posición de gran potencia.[23] Como sus compañeros del DVP, era lo bastante realista como para tolerar la República, pero, al igual que ellos, carecía de un compromiso intelectual y sentimental con el sistema democrático, un asunto que, en su opinión y en la de sus correligionarios, le había venido impuesto a Alemania de la mano de los socialdemócratas y de las potencias extranjeras.

Pero la vida política durante la época de Weimar no se agotaba en la lucha partidista y en la colaboración. En la Alemania de Weimar, esperanza y progreso, como desesperación y fracaso, siempre iban de la mano con conflictos de raíces más hondas y profundas sobre cómo debían de ser la cultura, la sociedad y la política, cuestiones que no se dirimían en unas elecciones, ni en el Reich ni en los parlamentos regionales (Land). La política, en aquella época, se hacía también mediante movilizaciones populares: manifestaciones y concentraciones multitudinarias en las calles, fuertes campañas o recogidas de firmas, medidas a las que recurrían todas las asociaciones, desde agrupaciones socialistas juveniles hasta organizaciones de maestros de clase media, con tal de ejercer una mayor presión sobre las instancias gubernamentales. Era una democracia en movimiento, aun cuando los objetivos concretos de algunos grupos de presión fueran profundamente antidemocráticos. Al mismo tiempo, las antiguas clases dirigentes mantenían su capacidad de influencia, gracias a la posición dominante que ostentaban en las instituciones más importantes, como el Ejército, las iglesias o la burocracia estatal. En cuanto a las movilizaciones populares se refiere, la política de Weimar era muy avanzada, pero aún quedaban profundos vestigios del poder tradicional. Desde este punto de vista, no era tan fácil ni tan claro distinguir entre derechas e izquierdas: había ocasiones en que no sólo la extrema derecha, sino también la moderada recurrían a las modernas formas y técnicas de las movilizaciones para difundir de manera novedosa una ideología racista, mientras los liberales preconizaban una política más tradicional, sometida al escrutinio del electorado y al imperio de la ley, pero defendiendo el que las clases menos favorecidas tratasen con deferencia a quienes ocupaban puestos más elevados, por clase social o por formación.

Diversas cuestiones y acontecimientos que salieron a la luz en la segunda fase de la República –como nuevas leyes que permitían la censura de lo que se consideraba como “inmundicia y basura”, o las que establecían una

cobertura total del desempleo; las negociaciones internacionales que desembocaron en la reclamación de una cantidad moderada como compensación; las manifestaciones de los veteranos de guerra y de los comunistas, o los escándalos y los logros del Ejército– se convirtieron en otros tantos focos de conflicto en torno a valores y convicciones políticos fundamentales, es decir, a todo lo que habría de definir la Alemania del siglo XX. Cuestiones y acontecimientos que sirvieron también para poner en claro el carácter público que revestía la política en la Alemania de Weimar, las interrelaciones entre diferentes movimientos, grupos de interés e instituciones a la hora de tomar decisiones políticas; en pocas palabras, cuestiones y acontecimientos muy reveladores en cuanto a la incómoda mezcolanza de modernidad y tradición de una época tan trepidante.

El 3 de diciembre de 1926, el Reichstag aprobó una de las medidas más controvertidas de la República, una ley que buscaba proteger a la juventud contra escritos inmundos y soeces. La campaña a favor de esta disposición había comenzado mucho antes de 1914 y concitó apoyos de lo más diverso, desde profesores y clérigos hasta trabajadores sociales y otras gentes de ideología conservadora, que atacaban las noveluchas y otras formas de literatura barata. En ocasiones, tales publicaciones eran claramente pornográficas, pero, por lo general, se trataba de novelas rosa, del oeste, detectivescas, salpicadas de tramas amorosas y de intriga o, simplemente, de aventuras. Eran baratas y gozaban de una enorme popularidad, dos notas características de la moderna vida urbana. Escritores y editores avispados copaban un mercado muy lucrativo; las grandes plantas de impresión, acostumbradas a producir cientos de miles de ejemplares de periódicos a diario, no tenían dificultades en adaptarse para satisfacer la enorme demanda de libros baratos o folletos. Desde púlpitos y aulas de toda Alemania, pastores, curas y maestros clamaban contra los peligros de aquella Schmutz und Schund (inmundicia y basura), con sus gráficas descripciones de la emoción que producían las refulgentes luces de la ciudad, el alcohol, el roce de los cuerpos, el sexo. Según sus detractores, tales escritos enardecían los más bajos instintos del hombre y socavaban el respeto debido a la autoridad; eran, además, responsables del alarmante incremento de la delincuencia, de la promiscuidad y de las enfermedades de transmisión sexual. Los partidarios de la ley no se cansaban de repetir que aquellas publicaciones carecían de todo valor estético, y que, en la mayoría de los casos, estaban escritas por autores extranjeros, judíos sobre todo. La lectura de esos

panfletos restaba a los jóvenes capacidad para apreciar las grandes obras de la literatura alemana y las profundas verdades que éstas transmitían. Hubo un ministro protestante que llegó a afirmar que la Schmutz und Schund hundía sus raíces en el “manchesterismo judío”, mezclando en un solo sintagma el antisemitismo, el capitalismo contrario al libre mercado y los sentimientos antibritánicos.[24] Los que se situaban claramente a la derecha, como los votantes del DNVP, echaban la culpa a la República de que existiesen tan soeces inmundicias, igual que del Tratado de Versalles o de cualquiera otro de los males que afectaban a la sociedad alemana. Hermann Popert, juez del tribunal de menores de Hamburgo y uno de los más feroces propagandistas, cargaba las tintas a cuenta de la “sobreexcitación de la imaginación” que producía aquella basura[25], que era puro veneno. Había que proteger a la juventud de tales publicaciones, y el Estado tenía la obligación de hacerlo.

Algunos de los más destacados intelectuales alemanes se mostraron contrarios a la ley, tildándola de flagrante ejercicio de censura, contrario a la Constitución. Así, Thomas Mann escribía: “Cualquier persona culta y con dos dedos de frente reconoce que la necesidad de proteger a la juventud de esa inmundicia, de esa basura […] no es más que un pretexto. Lo que los promotores de la ley pretenden es un ataque contra la libertad, contra la inteligencia”.[26] Pero los intelectuales no fueron capaces de organizar una campaña como la que orquestaron los partidarios de la norma. Sus mentores estaban arropados por instituciones poderosas y grupos de presión convincentes, como la Iglesia católica y la protestante, la asociación de maestros, el gremio de los libreros, grupos de mujeres de clase media y muchos otros. Como sus propuestas eran una reivindicación de los “valores tradicionales”, todos se pusieron al frente de una moderna movilización política. Hicieron campaña en el ámbito local, organizaron mítines, manifestaciones y concentraciones, que cuajaron en un movimiento de dimensión nacional. Además, mantenían relaciones personales y sociales directas con los principales partidos centristas y conservadores. Weimar era una democracia, y las instituciones políticas oficiales eran permeables a las influencias que recibían desde fuera como, en este caso, las llevadas a cabo por grupos de presión conservadores.

Para la aprobación de la ley hicieron falta tres debates parlamentarios y una rebelión en las filas de la mayoría de la Cámara antes de que el Gobierno reuniese los votos necesarios en el Reichstag. Tras lo cual, se formó una comisión gubernamental presidida por el ministro del Interior y representantes de los Gobiernos regionales, con facultades para prohibir la difusión o venta de este tipo de obras a menores de dieciocho años, que dejaba la ejecución de estas directrices en manos de funcionarios locales. Las consecuencias de la ley fueron, sin embargo, inapreciables. En la primavera de 1932, eran ciento cuarenta y tres las obras que figuraban en dicha lista, apenas una gota de agua en el océano de literatura barata que inundaba el mercado.[27] No obstante, el establecimiento de una comisión oficial de censura sirvió para demostrar el margen de maniobra con que contaba la derecha, capaz de conseguir una movilización de masas exitosa en el terreno legislativo, lo que no auguraba nada bueno para la República.

El programa de protección frente al desempleo fue menos controvertido. El 16 de julio de 1927, el Reichstag lo aprobó por una amplia mayoría (356 votos afirmativos frente a 47 en contra y 16 abstenciones). La ley venía a sustituir un embrollo de disposiciones locales y regionales, e instituyó la cobertura del desempleo como un derecho de los trabajadores, en lugar de una ayuda a la que podían acogerse sólo si demostraban que lo necesitaban. La ley fijaba la prestación en veintiséis semanas, con la posibilidad de llegar a treinta y nueve, cobrando entre el treinta y cinco y el setenta y cinco por ciento del salario base que se hubiese percibido en activo. Los fondos para esta prestación se financiaban con un impuesto que pagaban empresarios y empleados. Ese mismo día, y también por una amplia mayoría, el Reichstag aprobó una ley que posibilitaba la baja laboral de las mujeres seis semanas antes del parto y otras seis semanas después (aunque no retribuidas). Este último periodo podía prolongarse si un médico certificaba que la salud de la madre podía peligrar por reincorporarse a su puesto de trabajo.[28]

Ambos textos legislativos eran una prolongación del programa de medidas de bienestar social iniciado por Bismarck en la década de 1880. Más recientemente, la ley de protección del desempleo era una puesta al día del acuerdo corporativista de 1918-1919, en el que sindicatos, empresarios y Gobierno habían intentado que las medidas tendentes al bienestar social fuesen de la mano con una mayor productividad. Los empresarios renunciaron a su oposición a este paquete de medidas y, al menos en este

asunto, no plantaron cara directamente al sistema que representaba la República de Weimar. Al mismo tiempo, la aprobación de la protección al desempleo sirvió para que el Gobierno recuperase el apoyo popular que necesitaba, gracias a una medida que servía de contrapeso a su política económica favorable a los empresarios.

Todos los partidos y sindicatos temían que tales disposiciones supusiesen un incentivo para no trabajar. Para sortear este escollo, los desempleados sólo podían reclamar la prestación por desempleo durante un tiempo limitado, percibiendo cantidades muy por debajo del salario que recibían en activo. Como ocurriera con otros programas parecidos que se adoptaron en algunos países desarrollados, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, la prestación por desempleo trajo como consecuencia la fractura de la sociedad. La ley beneficiaba sobre todo a los trabajadores del sector industrial, y dejaba fuera a los agricultores –una parte muy importante de la mano de obra–, a los dependientes de pequeños comercios y a los pobres de solemnidad. A pesar de todo, esta ley se convirtió en piedra angular del sistema de bienestar social, corrigiendo algunos de los desequilibrios y desigualdades de un mercado laboral capitalista. Su rápida aprobación, por otra parte, era una señal de que comenzaba un periodo de relativa estabilidad. En 1927 nadie supo prever los catastróficos niveles de desempleo que padecería Alemania tres años más tarde. Cuando estalló la crisis, se comprobó que la ley de 1927 era más que insuficiente, y el propio texto legal se convirtió en esta ocasión en piedra de toque, del conflicto: fue el primer paso para dar al traste con la República.

Stresemann era un firme valedor de alcanzar soluciones de compromiso, y en Aristide Briand, el ministro francés de Asuntos Exteriores, encontró a un hombre de convicciones similares. Firmados el 1 de diciembre de 1925, los Tratados de Locarno supusieron el primer gran triunfo para ambos políticos: Alemania, Francia y Bélgica renunciaban al uso de la fuerza para modificar las fronteras que los separaban. Es decir, Alemania reconocía sus fronteras occidentales, incluida la pérdida de Alsacia-Lorena, y Francia renunciaba a cualquier pretensión anexionista en cuanto a Renania, al tiempo que se comprometía a que sus tropas abandonasen la región de Colonia. Alemania no aceptaba la frontera oriental; con todo, se comprometía a no recurrir a la fuerza para modificar la frontera germano-polaca. Alemania también recibió la promesa de que entraría a formar parte de la Sociedad de Naciones,

aspiración que vería satisfecha el 10 de septiembre de 1926, cuando accedió, además, a uno de los puestos permanentes del consejo de gobierno del organismo.

Durante la segunda fase de la República una serie de acuerdos internacionales ahondaron en el "espíritu de Locarno". El acuerdo de la Convención de Ginebra que prohibía la utilización del gas mostaza, firmado el 17 de junio de 1925, fue ratificado por el Reichstag el 5 de abril de 1929. Gracias al Pacto Kellogg-Briand, así llamado por los apellidos del secretario de Estado norteamericano y el ministro francés de Asuntos Exteriores, rubricado el 27 de agosto de 1928, quince países renunciaron al recurso a la guerra como medio para la resolución de conflictos y la consecución de objetivos políticos. Alemania formó parte de ese grupo que, posteriormente, se ampliaría a otros sesenta y tres países. También pareció apaciguarse el tono de la crisis causada por las compensaciones de guerra. El 7 de junio de 1929, varias potencias, entre ellas Estados Unidos, firmaron el Plan Young (por el banquero norteamericano y presidente de la delegación estadounidense, Owen D. Young), que fijaba las reparaciones que debía satisfacer Alemania en 137.300 millones de marcos oro, pagaderos a lo largo de cincuenta y nueve años: la última cantidad tendría que haberse satisfecho en 1987. Al mismo tiempo, las potencias aliadas y Estados Unidos rebajaron los rígidos controles que, en cumplimiento del Plan Dawes, ejercían sobre la economía alemana, aunque mantuvieron la presencia de tropas en determinadas zonas de Renania.[29]

Es posible afirmar, pues, que hacia el final de la segunda fase de la República los alemanes podían considerar la posición internacional de su país con cierto optimismo: Alemania había sido admitida en la Sociedad de Naciones y había conseguido un respiro en cuanto a las reparaciones de guerra. Aunque los aliados seguían mirando con recelo a los alemanes, el país ya no era una nación de rango inferior.

Nada de esto satisfizo, sin embargo, a la poderosa derecha alemana. Como ya ocurriera con Erzberger y Rathenau, también Stresemann fue tildado de traidor a la patria por los derechistas. Sin embargo, en 1925, en la ciudad suiza de Locarno, la multitud había recibido con aclamaciones la primera firma de los tratados. Tras los vibrantes discursos pronunciados por Briand y

Stresemann, Erich Eyck, uno de los dirigentes políticos del DDP y más tarde historiador, describía así la escena:

En el exterior repicaban las campanas de todas las iglesias de Locarno, hasta la de la pequeña capilla de la Madonna del Sasso, para dar la bienvenida a la nueva era de paz que se abría para Europa. En la plaza, delante del Ayuntamiento, los ciudadanos de Locarno aplaudían jubilosos. Paul Schmidt [el intérprete del Ministerio británico de Asuntos Exteriores para la delegación alemana] recuerda: 'A medida que bajábamos los pocos peldaños de aquella estrecha escalera, junto a Stresemann y Luther, la multitud volvió a romper en vítores. De repente, se hizo el silencio. Emocionados, contemplamos cómo la muchedumbre se quitaba el sombrero y, en silencio, inmóvil, nos abría paso hasta nuestro carruaje'.[30]

Stresemann y Briand fueron galardonados con el Premio Nobel de la Paz por la consecución de aquellos acuerdos. En su discurso en Ginebra, ante la Sociedad de Naciones (10 de septiembre de 1926), así como durante la ceremonia de entrega del Premio Nobel en Estocolmo (10 de diciembre del mismo año), Stresemann abogó con elocuencia por un orden internacional asentado en el derecho, la justicia y la paz, aunque no por eso dejó de reivindicar la soberanía de su nación, y de la cultura alemana en particular.[31] En Ginebra, Briand intervino a continuación de Stresemann. Se expresó en idénticos términos, afirmando que se había puesto punto final a cualquier conflicto sangriento, especialmente entre Francia y Alemania.

Desde la perspectiva que da el paso del tiempo, es fácil hacer comentarios cargados de cinismo sobre escenas como las que tuvieron lugar en Locarno, Ginebra o Estocolmo, o asombrarse ante la ingenuidad de aquellos diplomáticos y de la multitud que los aplaudía. ¿Acaso ni siquiera se imaginaban los desastres que les depararía el futuro? En 1925 y 1926, muy pocos años después del armisticio y sólo dos o tres años después del punto crítico que había supuesto la hiperinflación en Alemania, el "espíritu de Locarno" permitió, al menos, que la gente albergase la esperanza de que nunca se repitiera una devastación humana y material de tan desmesuradas proporciones como la Primera Guerra Mundial.

Las reacciones en Alemania no fueron unánimes, ni mucho menos. Por supuesto que hubo comentarios de apoyo en los periódicos de tendencia

liberal y socialista. Pero, cuando la delegación alemana llegó, procedente de Locarno, a la estación de Anhalter, en Berlín, no se encontró con multitudes que la aclamaran, sino sólo con algunos ministros y un fuerte despliegue policial. Después de todo, tres años antes, el predecesor de Stresemann, Rathenau, había sido asesinado, y la policía estaba presente para proteger a los representantes de la República de sus ciudadanos. Al igual que Rathenau antes, también Stresemann fue vilipendiado; sólo se libró de las descalificaciones antisemitas porque no era judío. En lugar de enorgullecerse por la concesión del Premio Nobel a un compatriota, la derecha lo consideró como la prueba definitiva de que estaba vendido a los intereses de potencias extranjeras.

Al finalizar la segunda fase de la República de Weimar, todos los que estaban comprometidos con ella deberían haber caído en la cuenta de que la derecha jamás la toleraría. Sólo una derrota total e inequívoca de la derecha podría haber mantenido a la institución en pie y en buenas condiciones, una situación que podría haberse producido en 1918-1919, pero imposible en 1925 o en 1929. Y eso que lo peor aún estaba por llegar.

Los ciudadanos de Weimar tenían la impresión de que sólo veían a compatriotas que marchaban en formación, enarbolando banderas y estandartes y, en ocasiones, enfrentándose con manifestaciones de signo contrario o con la policía. Franz Hessel, que ya hiciera las veces de cicerone durante nuestro paseo por Berlín, nos da su visión de una manifestación comunista con la que se encontró:

Rojo domingo de Pentecostés. Han venido de todos los rincones de Alemania. Proletarios del textil, desde Erzgebirge. Trabajadores de las minas de Hamm, y de Essen, la ciudad de la industria pesada, que se ha convertido en bastión del frente rojo, y marineros de la misma tendencia, procedentes de la costa norte. Pero también otros, llegados de diferentes y remotas partes de Europa y de todo el mundo, como la Guardia Defensiva de los Trabajadores Suizos o los Defensores Checos del Trabajo, que exhiben sus banderas y carteles. Todos reverencian el modelo soviético. Precedidos por una curiosa

colección de instrumentos musicales –trompetas con muchas bocas, tubas de jazz y tambores de negros–, marchan en interminables columnas desde las afueras de la ciudad, vestidos de uniforme, igual que aquellos a quienes pretenden derrotar, con las camisas grises y las chaquetas marrones abotonadas. Lo mismo los ojos se fijan en los distintivos de quienes van al frente que se paran a contemplar la oleada de brazaletes rojos que lucen los hombres que vigilan a ambos lados, encargados de que las columnas marchen en perfecto orden. Hasta los niños van de uniforme.[32]

Al ritmo de la marcha, Hessel repara en cómo los hierros de los raíles repiten el eco de los gritos de "¡Frente rojo!" y "¡Preparados!". Desde los balcones de los pisos burgueses, hombres y mujeres contemplan con gesto hosco la manifestación comunista. Pero en las calles adyacentes, donde viven los más desfavorecidos, hay banderas rojas colgadas en las ventanas.

Como apuntaba Hessel con buen tino, todo el mundo participaba del acontecimiento, los manifestantes y los que miraban con el ceño fruncido. Se notaba la presencia de los comunistas que era el objeto, en definitiva, de la manifestación. ¿Pero atinaba Hessel al establecer el paralelismo entre un desfile de tropas prusianas y las columnas de trabajadores uniformados que marchaban sobre la ciudad? El desarrollo de los acontecimientos históricos quizá nos remonte a la revolución bolchevique antes que a la caballería prusiana. Los comunistas alemanes, como sus correligionarios del mundo entero, habían asimilado la toma del Palacio de Invierno de Petrogrado, en octubre de 1917, y entendían la revolución como una acción militar. Desde su punto de vista, la consecución de la utopía comunista pasaba por la derrota violenta y sin contemplaciones de los innumerables enemigos de la clase trabajadora, a saber, jefes, capitalistas, clérigos y el propio Estado (fig. 3.8.). La fascinación por el espíritu militar caló hondo, y no sólo en las filas del movimiento comunista. Hasta los socialdemócratas y los liberales organizaron formaciones paramilitares, igual que los judíos disponían de somatenes para protegerse. Entre todos, pero especialmente los comunistas, contribuyeron a teñir de beligerancia la vida pública en la Alemania de Weimar.


A-I-Z
ERSCHEINT
WOCHENT-
LICH EINMAL
ÜBERALL IN STADT UND LAND:
ROTE EINHEIT FÜR
ANTIFASCHISTISCHE
AKTION!

Fig. 3.8.: “En la ciudad y en el campo. ¡Unidad roja contra el fascismo!”. Manifestación de la izquierda: los comunistas no eran ajenos al espíritu militarista, dando la imagen de hombres fuertes que se manifestaban en formación, dispuestos a plantar cara a los nazis y a las fuerzas del orden.

Pero fue la derecha la que siempre mostró una mayor afinidad por los usos militares. Hay cálculos que afirman que, en la Alemania de la década de 1920, había más de doscientas agrupaciones paramilitares, así como centenares de asociaciones y círculos de inspiración derechista,[33] que agrupaban a millones de alemanes en una nueva forma de hacer política, más moderna y combativa. En 1922, sólo la Deutschvölkschen Schutz- und Trutzbund contaba casi con doscientos mil afiliados,[34] si bien parece claro que muchos no eran más que figurantes. Vestían de uniforme y desfilaban, como aguerridos y orgullosos militares. Otros, sin embargo, bien pertrechados y dispuestos a enzarzarse en peleas de taberna, en reyertas callejeras y en enfrentamientos armados, eran los realmente peligrosos. En sus filas figuraba un buen número de veteranos de la Primera Guerra Mundial, a los que se unieron, a finales de la década de 1920, hombres jóvenes que lamentaban no haber estado presentes, y en primera fila, en los campos de batalla entre 1914 y 1918. Jóvenes que leían con fruición las amables descripciones de batallas, emboscadas y tácticas de guerra de Ernst Jünger, en libros como Tempestades de acero y El bosquecillo 125, y muchos otros por el estilo. Solían desfilar durante el “Día de Alemania”, instaurado en 1921, ocasión propicia para convocar a centenares de organizaciones paramilitares de derechas que desfilaban todas juntas, si bien cada una bajo su propia bandera. La del Stahlhelm (yelmo) era la más importante de las organizaciones de veteranos y, con mucho, la más peligrosa. Sus miembros llevaban porras, barras de metal y pistolas, calzaban botas de caña y lucían guerreras militares con distintivos de rango (fig. 3.9.). Sus disciplinadas formaciones se alteraban con frecuencia para organizar algaradas, sobre todo si los espectadores se mofaban de ellos. Al final, los nazis acabarían por hacerse con el control de todos estos grupos, dándoles una orientación ideológica mucho más precisa. Pero el estilo y el concepto del militarismo ya habían arraigado con fuerza en la derecha política de la década de 1920.



Fig. 3.9.: Manifestación de derechas. La organización de veteranos se manifiesta en Coblenza, en 1930, en el "Día del Stahlhelm (yelmo) de los soldados de vanguardia de Reich", fiesta creada por ellos. Las manifestaciones de exaltación de los militares se sucedieron durante la República de Weimar (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Art Resource, Nueva York).

Las actitudes militaristas de la sociedad de Weimar no eran sólo consecuencia de las formaciones paramilitares. A pesar de su derrota en la Primera Guerra Mundial, el Ejército alemán, de rancio abolengo, seguía siendo una institución altamente respetada. Siguiendo la tradición prusiana, que se remontaba al siglo XVII, el Ejército era una institución admirada, vitoreada y muy influyente. A estas alturas, parece claro que muchos alemanes no desentrañaron el sentido de la conocida frase de Mirabeau, el filósofo francés del siglo XVIII : "Más que un Estado con un Ejército, Prusia es un Ejército con un Estado", y la tomaron como un cumplido, no como una

crítica encubierta. Cualquiera que se diese una vuelta por una ciudad alemana encontraría siempre una serie de monumentos erigidos en honor de los militares prusiano-germanos. En Berlín, una de las principales avenidas discurría desde la Puerta de Brandenburgo hasta la Columna de la Victoria, estableciendo, gracias al Ejército, un nexo de unión entre los siglos XVIII y XIX.

El Tratado de Versalles había impuesto drásticas limitaciones a los militares alemanes. Alemania podía disponer de un Reichswehr (nuevo nombre con el que se designó al Ejército) de cien mil hombres, y no podía tener fuerza aérea. El tratado también impuso fuertes limitaciones al tamaño y envergadura de la Armada. Para consternación de los mandos, hubo que despedir a miles de oficiales y soldados. En connivencia por lo general con el Ministerio del Reichswehr, a cuyo frente se mantuvo durante casi toda la década de 1920 Otto Gessler, político del DDP, los jefes del Ejército trataron por todos los medios de soslayar las condiciones impuestas en Versalles. En secreto, el Ejército reclutó hombres en un número que superaba con creces la cifra de cien mil efectivos, distribuyéndolos en el Reichswehr Negro, que disponía de partidas presupuestarias extraordinarias y también secretas. Una serie de acuerdos suscritos con la Unión Soviética sirvieron para que los alemanes construyesen fábricas de armamento en suelo ruso y el Reichswehr dispusiese de campos de instrucción en aquel país.

El Ejército profesional estaba unido por toda suerte de lazos –personales, profesionales, políticos y de clase– con la amplia panoplia de formaciones paramilitares de derechas que tanto distorsionaron el panorama político de la Alemania de Weimar. Muchas de estas organizaciones paramilitares estaban organizadas y presididas por oficiales que habían abandonado el Ejército en 1919 y 1920 para cumplir las estipulaciones del Tratado de Versalles. Oficiales con mando solían visitar y, en ocasiones, hasta preparar a los paramilitares, que recibían armas del propio Ejército o de la policía. Sólo la caótica situación de 1923 y la presión de los aliados consiguieron que el ministro del Reichswehr ordenase que los militares no prestasen apoyo a las organizaciones ilegales y paramilitares, aunque nunca dejaron de hacerlo por completo.



Fig. 3.10.: Los generales Hans von Seeckt (derecha) y Werner von Blomberg, perfecta imagen del cuerpo de oficiales prusiano-germano, de uniforme, con botas de caña y condecoraciones. Seeckt lleva monóculo, uno de los adminículos más criticados de la nobleza. No es de extrañar que sus contemporáneos se cuestionaran el grado de compromiso del Ejército con la República.

La figura clave durante casi la mitad del periodo de Weimar fue el jefe del Estado Mayor del Ejército, Hans von Seeckt, un oficial representativo del Reichswehr que había ascendido y servido durante el antiguo régimen (fig. 3.10.). Según el historiador y dirigente político del DDP, Erich Eyck, Seeckt, “dotado de una personalidad fuerte y de sobresalientes virtudes militares, puso todo su empeño e inteligencia en crear y dotar al nuevo Ejército”.[35] Pero nunca fue un demócrata ni estuvo comprometido con la causa de la República, sino que sólo con reticencias llegó a aceptar el nuevo orden de cosas. Desde un punto de vista político, su única virtud consistió en ser un hombre realista y pragmático, que no se dejó engatusar por las diversas conspiraciones, aventuras y sueños de la derecha radical, aunque compartía muchas de sus ideas. Su ambición era restaurar el poder del Ejército para que Alemania volviese a ser una gran potencia. De ahí la famosa respuesta de Seeckt cuando alguien le pidió su opinión sobre el golpe de Kapp: “El Reichswehr no se enfrenta con el Reichswehr”, palabras que repitió durante el golpe de Hitler, en 1923.[36] Durante los intentos de golpe de Estado de la derecha, la República necesitaba de su Ejército algo más que una mera declaración de neutralidad. Pero la mayor preocupación de Seeckt consistía en proteger la integridad del Reichswehr, no la de la República.

La destitución de Seeckt se produjo en 1926, con motivo de una de esas pequeñas crisis que sacudieron Weimar, tan reveladoras, no obstante, en cuanto a los fallos de que adolecían la política y la sociedad de la época. En junio de 1926 el ya ex príncipe heredero solicitó a Seeckt que permitiera que su hijo, el príncipe Guillermo, tuviera la oportunidad de recibir instrucción militar. El Gobierno revolucionario había decidido el destierro a Holanda de toda la familia imperial pero, a la vuelta de unos pocos años, sólo se mantenía en vigor la prohibición tajante de que el antiguo káiser

pisase suelo alemán. Dadas las circunstancias, se trataba de una petición realmente insólita. ¿Qué sistema democrático en consolidación hubiera concedido al heredero de la depuesta monarquía imperial el derecho a participar en los ejercicios del Ejército republicano? Pero el Ejército era todo menos republicano, y Seeckt, al igual que todos los oficiales de cualquier rango, apenas toleraban la República; muy al contrario, pensaban que eran los auténticos depositarios del espíritu y del Estado alemanes, y sólo estaban a la espera de que un régimen diferente, el que fuese, viniese a sustituir a la República.

Seeckt dio el visto bueno a semejante petición, lo que provocó una serie de protestas generalizadas que culminaron en su destitución. No se acabaron ahí, sin embargo, los escándalos que afectaron al Ejército en 1926. A finales de aquel mismo año, la prensa británica sacó a la luz las relaciones existentes entre el Reichswehr y la Unión Soviética. Si el primer conflicto bastó para poner de manifiesto la fragilidad de una República que ni siquiera podía confiar en su propio Ejército para librarse de la familia Hohenzollern, el segundo fue la confirmación de que el Ejército aún contaba a la hora de definir los presupuestos y la política exterior alemanes, incluso durante la República.

Seeckt no fue, con todo, el único militar que adquirió notoriedad pública. Desde 1925 el presidente de la República fue el mariscal de campo Paul von Hindenburg, más de una vez tildado de incapaz, de parásito que sólo ostentaba funciones puramente simbólicas, aunque lo cierto es que desempeñó un papel determinante en la política de la República. Su elección como presidente fue objeto de graves recelos tanto en el exterior como en el interior del país. La reacción de la prensa extranjera fue unánimemente negativa: Hindenburg era la perfecta representación del militarismo prusiano. El 7 de abril de 1926 celebró su ¡sexagésimo! año de servicio en el Ejército prusiano-germano (fig. 3.11.). Había participado en la guerra austro-prusiana de 1866 y en el conflicto que enfrentó a Francia y a Prusia en 1870-1871. Durante la Primera Guerra Mundial, al lado de Erich Ludendorff, estuvo al frente del Ejército que forzó la retirada de las tropas rusas de Prusia Oriental. Desde agosto de 1916 hasta la derrota de Alemania, ambos asumieron poderes realmente dictatoriales al frente del Estado Mayor del Tercer Cuerpo del Ejército. Theodor Wolff, director del

diario liberal Berliner Tageblatt, escribió a propósito de la elección de Hindenburg: “Los partidarios de la República han perdido una batalla […] Sentimos vergüenza por los millones de ciudadanos que tanta inmadurez política han demostrado a ojos de todo el mundo. Esta […] elección era una prueba de inteligencia de cara al mundo entero. Más que compasión, para horror de países amigos y de otros que no lo son tanto, sino encarnizados enemigos, aproximadamente la mitad del pueblo alemán no ha conseguido superarla”.[37] Hubo quienes reaccionaron con más optimismo, una vez que Hindenburg se declarase dispuesto a acatar la Constitución. Stresemann tenía la impresión de que Hindenburg estaba más anclado en los tiempos de Guillermo I que en los de Guillermo II, es decir, que cumpliría las obligaciones que, como presidente, le confería la Constitución y que no cometería imprudencias. Con visión de futuro, escribió: “Lo más importante es [conseguir] que no lleguen a influir sobre él personas incontrolables”.[38]



Fig. 3.11.: Paul von Hindenburg, presidente y mariscal de campo, de uniforme, con botas de caña, medallas y espada. Nada que ver con la imagen del presidente ideal de la República (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Art Resource, Nueva York).

A ojos de un demócrata convencido, no había razones de peso para congratularse por esta elección. Durante la celebración de los años de servicio de Hindenburg, Gessler, ministro del Reichswehr, insistió en la línea de continuidad que unía el Ejercito del káiser con el Reichswehr,[39] un discurso que podía interpretarse como dirigido a apaciguar a los militares, pero que no dejaba de ser otra señal inequívoca de que la República estaba en el punto de mira de la fuerzas antidemocráticas de la derecha.

Entre las iniciativas que adoptó Hindenburg como presidente de la República, hay que mencionar la de que todas las representaciones diplomáticas y consulares de Alemania en el extranjero, así como todos los barcos que navegaran bajo bandera alemana, lucieran la enseña negra, roja y amarilla de la República y el pabellón imperial, negro, blanco y rojo (con un distintivo negro, rojo y amarillo en el ángulo superior más próximo al mástil). Hindenburg también utilizó sus prerrogativas a la hora de formar gobiernos: en 1927 hizo saber al canciller Max que no estaba de acuerdo con la presencia de socialdemócratas en el Gobierno y que prefería a quienes velaban por "los intereses de la patria", lo que sirvió para que el DNVP accediera al Gobierno. Aparatosa y solemne fue su presencia durante la ceremonia de inauguración del monumento Tannenberg –en realidad, un colosal baluarte–, en Hohenstein (Prusia Oriental), en recuerdo del contraataque victorioso de los alemanes contra los rusos en agosto de 1914. Al acto, celebrado el 18 de septiembre de 1927, también presidido por Ludendorff, asistieron unas setenta mil personas, y contó con la presencia de interminables columnas de organizaciones paramilitares de derechas, como la del Stahlhelm, la Jungdeutsche Ordnen y grupos nazis. En su discurso, Hindenburg negó que Alemania fuese responsable en modo alguno del estallido de la Primera Guerra Mundial. "¡Nosotros, alemanes de cualquier clase o condición, no aceptamos que se cargue sobre nuestra patria la responsabilidad de la mayor de las guerras! [...] ¡Con la conciencia

tranquila, acudimos en defensa del solar patrio! Con las manos limpias, el Ejército alemán empuñó la espada”.[40] Aparte del carácter militarista que revistió la ceremonia, el discurso produjo consternación tanto en el extranjero como de puertas para adentro, aunque muchos alemanes lo acogieron con satisfacción. Por otra parte, Hindenburg se negó a asistir a las celebraciones de la revolución alemana que había allanado el camino para el advenimiento de la República.[41] No hay duda de que Hindenburg desempeñó un papel importante a la hora de avivar el revanchismo de los alemanes. En su discurso de Año Nuevo de 1929, escribió algo que repetía casi todos los años en tal ocasión:

El pueblo alemán da la bienvenida a este nuevo año con honda amargura, porque una parte importante de nuestro país se ve privada de la libertad que venimos reclamando con toda justicia a ojos de Dios y de los hombres. Mucho tiempo llevamos esperándolo y, aun con profundo desagrado, depositamos nuestra confianza en que este nuevo año el pueblo alemán recupere el derecho a la autodeterminación que le asiste.[42]

Hay que señalar que, cuando menos, Hindenburg aseguró que Alemania “recibía con los brazos abiertos” el Pacto Kellogg-Briand. Pero en cuanto a apoyar en realidad la política de compromisos llevada a cabo por Stresemann, ni una sola palabra, ni una reacción cabal por parte de un hombre que, entre otros cargos, era miembro honorífico del grupo derechista de veteranos del Stahlhelm.

La tradición conservadora y autoritaria del estamento militar alemán impregnó la sociedad y la política de Weimar. El jefe del Estado Mayor del Ejército y segundo (y último) presidente de la República ejercieron una influencia notable en la política de los diferentes Gobiernos. Sus reservas –por decirlo, suavemente– hacia la República eran de dominio público. En todas partes, celebraciones, monumentos y desfiles, ondeaban enseñas militares. Eran muy pocos los oficiales que apoyaban la Constitución. Era una República sin un Ejército fiel a la institución, una situación apenas tolerable durante la segunda fase, la más estable, de la historia de la República, entre 1924 y 1929. Pero el Ejército estaba dispuesto a levantarse si se producía algún cambio, lo que llevaba a pensar que era posible que surgiese una alternativa autoritaria frente a la democracia.

El paréntesis político que supuso Weimar se tradujo en cierta estabilidad y prosperidad económica. En 1928, las fábricas y las minas alemanas alcanzaban altos niveles de producción. En las ciudades más importantes se abrían nuevos grandes almacenes, señal de que el comercio y el consumo se recuperaban. Aunque el desempleo estructural seguía siendo elevado y muchas familias de clase media no habían alcanzado el nivel de bienestar que habían disfrutado en 1914, muchos ciudadanos habían constatado un cambio a mejor en su vida diaria. Todo permitía contemplar el futuro con prudencia y optimismo. Las elecciones generales de 1928 significaron la vuelta al centro. El SPD volvió a formar Gobierno al frente de una vasta coalición de fuerzas políticas, de la que sólo quedó excluido el DNVP que, bajo la dirección de Hugenberg, se había inclinado claramente hacia la extrema derecha.

Entonces se produjo la crisis económica mundial, que comenzó, como es de sobra sabido, con el hundimiento de la Bolsa en Estados Unidos en octubre de 1929, y que desembocó en una crisis del sistema financiero y productivo. Sus efectos no tardaron en notarse en Alemania: no en vano gran parte del resurgimiento económico de los años anteriores se había producido gracias a las inyecciones de capital norteamericano. En cuanto los bancos estadounidenses retiraron los fondos, la banca alemana sufrió una crisis de liquidez, con consecuencias muy negativas para la economía de la nación. Probablemente ningún otro país se vio tan afectado por la crisis como Alemania. A mediados de 1932, en lo peor de la Depresión, un tercio de la mano de obra del país se había quedado sin trabajo.

Revolución, Versalles, intentonas golpistas, hiperinflación y, por si fuera poco, la crisis mundial. ¿Cómo iba a ganarse la República la confianza de los ciudadanos alemanes? Así, la crisis económica pronto dejó paso a una crisis de legitimidad del sistema político.

Cada uno de los partidos de la coalición de Gobierno salió por sus fueros y trató de poner a salvo sus propios intereses. La financiación del sistema de cobertura del desempleo, una de las grandes conquistas de la segunda fase

de la República, se convirtió en el eje central del debate. El sistema se financiaba con impuestos que pagaban tanto empresarios como trabajadores, y estaba pensado para ayudar a estos últimos frente a repuntes del desempleo inesperados. Pero nadie había tenido en cuenta una tasa de desempleo como la que originó la Gran Depresión, que llevó a la quiebra el sistema de protección al desempleo. Los socialdemócratas reclamaban que se aumentasen los impuestos a las empresas con tal de que los trabajadores recibieran la prestación, porque no tenían la culpa de haber perdido el sustento. La mayoría de los partidos que formaban el Gobierno consideraban que la forma más rápida de revitalizar la economía era un recorte del gasto público: proponían rebajar la cobertura de desempleo y otras ventajas sociales, y que se aplicaran criterios más restrictivos a quienes las solicitaran. Ante la falta de acuerdo, cayó el Gobierno. El presidente, Paul von Hindenburg, designó como canciller a un conservador del Partido del Centro, Heinrich Brüning. Dividido en todas las cuestiones económicas y políticas, el Reich-stag se convirtió en una institución inoperante. A la vista de la situación, el presidente Hindenburg recurrió al artículo 48 de la Constitución de Weimar, que permitía al canciller gobernar por decreto.

Durante los tres años siguientes, es decir, hasta que los nazis se hicieron con el poder, Alemania quedó en manos de una dictadura presidencial. Seguían celebrándose elecciones (en numerosas ocasiones, de hecho), la Constitución continuaba garantizando las libertades fundamentales y fueron muchos los alemanes que salían a la calle o escribían en los periódicos para exponer sus puntos de vista. Era una dictadura muy peculiar, que ejercía porque la democracia no funcionaba, no porque se hubiera hecho con el poder y abolido la Constitución. A medida que la dictadura presidencial se fue afianzando, dejó de ser un recurso para dar paso a un esfuerzo más consciente de liquidar la República desde dentro y hacer caso omiso de las limitaciones impuestas por Versalles con tal de que Alemania recuperase el puesto que le correspondía en el concierto de las grandes potencias. Las ideas de Brüning se decantaban por un sistema autoritario, quizá una dictadura de corte religioso y militar, que pusiese en marcha una política contraria a los intereses de los trabajadores, antidemocrática y, en cierto modo, antisemita.[43] Oficialmente, seguía existiendo la República de Weimar, pero vacía de contenido, un mero vocablo carente de significado,

una forma de gobernar que había dejado de lado la visión progresista (siempre con matices) de los hombres que la habían fundado. De haberse mantenido el sistema presidencial tal como estaba, no hay duda de que tanto los sindicatos como el Partido Comunista habrían sido declarados ilegales, se habrían suspendido los procesos electorales y se habrían impuesto graves limitaciones a la libertad de prensa y de expresión.

En 1932, en lo más hondo de la Depresión, Alemania vivió dos elecciones legislativas, dos presidenciales (incluida la del desempate), y numerosas elecciones locales y regionales; tres cancilleres se hicieron cargo sucesivamente del gobierno. Los procesos electorales sólo servían para poner de manifiesto la gravísima fractura existente en la sociedad. Ningún partido concitaba mayorías. Tanto Brüning como sus sucesores en 1932, Franz von Papen y Kurt von Schleicher, gobernaron con el visto bueno tácito, que no con el apoyo, del Reichstag. La primera decisión nefasta se había tomado en 1930, cuando Brüning convocó elecciones con la ingenua pretensión de que, siendo el canciller contaría con un amplio respaldo popular a pesar de la Depresión. Fue un patinazo político de primer orden, que culminó con el ascenso importante del partido nazi, con el diecisiete por ciento de los votos y ciento siete escaños en el Reich-stag. En consecuencia, un sistema político tan fragmentado e inoperante como el alemán quedó completamente paralizado. El Reichstag no se ponía de acuerdo en ninguna de las cuestiones de importancia, mientras Hindenburg seguía invocando el artículo 48, lo que dejó las manos libres a Brüning para adoptar las medidas antiinflacionistas que, según él, sacarían a Alemania de la depresión. Procedió a recortes sustanciales del gasto público, especialmente en materia de derechos sociales y a despedir a funcionarios civiles o recortarles el salario, medidas que sólo sirvieron para que el malestar fuera a más entre la población, y en nada revitalizaron la economía que, a decir verdad, fue a peor.

La depresión económica, la fragmentación política y la parálisis institucional acabaron con la ya escasa confianza que los alemanes mostraban hacia el sistema instaurado en Weimar. Incluso a los partidos que, en su día, habían formado la Coalición de Weimar les costó mucho recuperar la confianza de sus votantes. Era una situación perfecta para los adversarios de la República, y los nazis llevaban la batuta. Disponían de

argumentos de sobra para atacar a la República –o lo que quedaba de ella– y para reclamar su puesto al frente de la nación, como tendremos ocasión de analizar en el capítulo IX.

Joseph Roth había escrito sobre el derrocamiento del káiser. Kurt Tucholsky, renombrado autor satírico y contemporáneo suyo, hizo lo propio acerca de un león que, tras escaparse del zoológico, había huido. Así describía la reacción del Gobierno:

En el Ministerio del Ejército se hallaba reunida una subcomisión del comité de investigación sobre su propia esencia, cuando se recibió la espeluznante noticia. El desayuno –perdón, la reunión– se suspendió de inmediato. Acto seguido, dos generales, con sus asistentes, se pusieron manos a la obra en el diseño de un nuevo plan de batalla para hacer frente a los leones, para lo que solicitaron:

2 cuerpos del Ejército

1 oficina de prensa

24 oficiales, remunerados con partidas extraordinarias del presupuesto

1 cañón

1 acorazado

También los partidos reaccionaron con celeridad.

El Partido Popular Alemán jamás baja la guardia. No había pasado ni media hora cuando ya todos los quioscos y árboles estaban empapelados con carteles en azul, que rezaban:

¡Ciudadanos!

¡Un león anda suelto!

¿Quién tiene la culpa?

¡Los judíos!

¡Vote al Partido Popular Alemán![44]

Roth nos transmitió el magnífico avance que representó Weimar. Tucholsky, con su estilo inimitable, supo captar el lado oculto, el importante protagonismo, aunque no fuera más que pura pompa, de la burocracia y el Ejército, la preponderancia de lo militar y el inevitable recurso al antisemitismo.

La política durante la época de Weimar fue todo eso y mucho más. No es posible dar cuenta de hechos tan diversos o de los conflictos surgidos entre sus protagonistas. Aunque siempre imbuida de importantes dosis de autoritarismo, fue una experiencia sorprendentemente democrática; es más, consiguió que Alemania se convirtiese en una democracia liberal. El precio fue alto, pero la Constitución estableció el imperio de la ley, a la que todos quedaban sometidos por igual, las libertades políticas y un sistema electoral. Fue capaz de alentar perspectivas de futuro pacíficas, igualitarias y humanitarias, aunque no faltaban ciudadanos con sueños de revanchismo contra los judíos, los extranjeros y los que, de puertas para adentro, estaban considerados como decadentes. Expresado en términos políticos: la República de Weimar supuso el caos y la fragmentación de la sociedad.

La política de la etapa de Weimar hundía sus raíces en el pasado. Los principales partidos no eran sino prolongaciones de formaciones políticas que ya existían en la Alemania imperial. El Ejército y la burocracia, copados por las clases altas o por los que tenían buenas relaciones, permanecieron casi intactos durante el periodo republicano, y de ellos emanaban el poder y la lealtad. Sin embargo, la política de esa época supuso también una bocanada de aire fresco, para lo bueno y para lo malo. Tanto por la derecha como por la izquierda surgieron nuevos partidos y movimientos, y su estilo combativo de hacer política, muy concentrado en las masas, influyó en las demás formaciones políticas. Ante una bronca opinión pública, todas concurrieron a procesos electorales, y no les quedó otro remedio que aprender a utilizar los nuevos medios de comunicación en su favor. La derecha entendió, por fin, que la política no consistía sólo en

acuerdos cerrados en clubes, salas de juntas o despachos entre "representantes de los mejor situados". En una era de movimientos de masas y de guerra total, la política nacionalista tenía que contar con un respaldo popular, y así consiguió el apoyo de millones de personas dispuestas a seguir a una élite, seguidores que les votarían y asistirían a manifestaciones y concentraciones, que leerían, escribirían y difundirían sus ideas. La derecha mimetizó la visión intuitiva de la izquierda, a saber, que el poder residía en la movilización de las masas.

Menos constreñidos por la tradición, los mejor dispuestos a seguir estas pautas fueron los partidos situados en los extremos: los comunistas y los nazis. Ambos añadieron las organizaciones paramilitares y las reyertas callejeras al debate político, lo que contribuyó sin duda a dotar a la política de la República de Weimar de esa aureola de participación de masas. No había pueblo ni ciudad de Alemania donde los ciudadanos no se vieran sometidos a frases machaconas, inundados de carteles a cual más chillón o rodeados de manifestaciones. Multitudes de hombres y mujeres se apiñaban en las calles a mirar, mientras equipos de agitadores profesionales "actuaban" en una esquina y desaparecían antes de que se presentasen la policía o las bandas de grupos rivales. Tales actos se producían por doquier y, en ocasiones, culminaban con la toma del Ayuntamiento, de las oficinas centrales de una empresa o de un mercado. Era una política de exhibición y espectáculo, muy adecuada para una época de medios de comunicación de masas y una sociedad y una población profundamente divididas, pero donde también había una política, la derecha y la izquierda, tal como las definían los seguidores de cada lado, según su hostilidad se alzara contra el orden social imperante de privilegios heredados o defendiese la posición que sólo la educación y el dinero otorgaban. Ni los comunistas ni la extrema derecha se andaban con remilgos en cuanto a la autoridad instituida o a los símbolos que la representaban. Traspasaron las fronteras de lo político, al menos tal y como habían existido hasta 1918. Al final, sin embargo, el NSDAP sería el único partido en sacar provecho de estas actitudes. Su éxito, no obstante, fue también una consecuencia del amplio respaldo, activo o pasivo, que le brindó parte de la derecha asentada en el poder.

Tras la Primera Guerra Mundial, muchos alemanes habían desarrollado una profunda repulsa ante cualquier forma de violencia; de ahí el éxito de

ventas del libro de Erich Maria Remarque, Sin novedad en el frente. Esas mismas personas estampaban sus firmas en manifiestos contra la guerra y apoyaban al KPD en su campaña en contra de incrementar el presupuesto destinado a gastos militares; se apuntaban a organizaciones pacifistas, o admiraban la obra de artistas antibelicistas como Käthe Kollwitz, cuyos trabajos en madera, esculturas y dibujos, transidos de dolor, representaban los sufrimientos de la guerra, o los fotomontajes de alto contenido político de John Heartfield, que constituían auténticos llamamientos a los alemanes para que se opusiesen a la guerra. Pero no eran menos los alemanes, de izquierdas, de derechas o de centro, que se sentían atraídos por las contundentes imágenes de hombres fuertes y dispuestos a luchar, aunque no fuera ésa la tendencia que hubiera de conducirlos por la senda de la democracia.

El voto de las mujeres, el activismo femenino y el impulso reformador en este sentido de la Coalición de Weimar también añadió una nueva dimensión a la política. Los partidos no tuvieron otra salida que luchar por el voto de la mujer igual que por el masculino, y aceptar la presencia de mujeres en la vida pública, en el lugar que les correspondía. Los socialdemócratas no ocultaban su preocupación por las supuestas inclinaciones conservadoras y religiosas de las mujeres. Estaba claro que temían que el sufragio femenino supusiese un vuelco a la derecha, pero no, como temían muchos de sus contemporáneos, hacia la extrema derecha. Las mujeres ocuparon incluso escaños en el Reichstag, aunque su número fuera a menos con el paso del tiempo. En los gobiernos municipales, sin embargo, ganaron en representación, lo que abrió un cauce para que desarrollasen su talento y su capacidad a la hora de ampliar las conquistas sociales de la República. Había mujeres que trabajaban en la inspección de bienestar social, como consejeras de familia e infancia, o como funcionarias en los departamentos de salud. Tanto en el Reichstag como en diversos Landtage estuvieron presentes en comités relacionados con la salud y la educación, áreas en las que dejaron una profunda huella, así como en tareas relacionadas con el nuevo campo profesional de la asistencia social. Pero los principales ministerios y despachos –economía, defensa, interior– seguían vedados para ellas. Weimar, como Estado del bienestar, personal o político, estuvo en manos de las mujeres. Por eso, cuando sobrevinieron los ataques contra la República, muchas de las críticas iban dirigidas contra

ellas o, al menos, contra las que participaban en la vida pública, y también, cómo no, en la política.

No todo fueron innovaciones en la vida política de la República de Weimar. Grabadas a fuego, también había líneas de continuidad con el pasado más reciente de Alemania. Una de tales hebras, sin lugar a dudas, era el papel predominante que la burocracia y los militares desempeñaban en el Estado. No hay que olvidar, sin embargo, que Weimar era una República y, al contrario que en la Alemania imperial, los ministros eran responsables ante el Reichstag. Pero los funcionarios civiles y los oficiales del Ejército estaban considerados como técnicos, y los que ocupaban los puestos más altos del escalafón disfrutaban de ellos de por vida, excepto crisis presupuestaria o emergencia nacional. Todos ellos influyeron de forma decisiva en el conservadurismo y en el sentimiento antirrepublicano de la política de Weimar, como queda meridianamente claro si se tiene en cuenta la equívoca actitud del Ejército frente a las intentonas golpistas, o el exquisito trato que los jueces dispensaban a los terroristas de derechas. El poder judicial dio luz verde incluso a demandas frívolas e incendiarias contra personajes destacados de la República, como Matthias Erzberger y Friedrich Ebert. Eran maniobras rastreras y despreciables, que erosionaban la posición de los partidarios de la República. De ahí, quizá, que no nos sorprenda que tantos políticos de Weimar murieran jóvenes, ya fuera por enfermedades relacionadas con el exceso de trabajo o asesinados: Ebert, Stresemann y Rathenau a los cincuenta y tantos; Erzberger nada más cumplir los cuarenta; los dirigentes comunistas asesinados en 1919 –Luxemburgo, Liebknecht, Eisner, Haase– tenían cuarenta y muchos o ya habían cumplido los cincuenta.

El principal obstáculo que hubo de sortear la República fue probablemente la herencia recibida de la Primera Guerra Mundial, que dificultó cualquier avance y sirvió en bandeja innumerables argumentos a los enemigos de la democracia. Asentada en instituciones poderosas como el Ejército, la burocracia, las universidades y las empresas, la revolución no consiguió doblegar el poder de las fuerzas antidemocráticas presentes en la sociedad alemana. La República necesitaba un largo respiro para transformar a un buen número de alemanes en demócratas convencidos. Necesitaba una

economía en expansión y éxitos diplomáticos. Pero ninguna de las cartas que tenía en la mano pintaba bien para la democracia de Weimar.

1 Joseph Roth, “Kaisers Geburstag”, 20 de enero de 1925, en Berliner Saisonbericht: Unbekannte Reportagen und journalistiche Arbeiten 1920-1939, Klaus Westermann, ed., Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1984, pp. 306-309. (Traducción de Eduardo Gil Vera: El juicio de la historia: 1920-1939, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2004).

2 Véase, por ejemplo, “Programm der Sozialdemokratischen Partei”, Görlitz, 23 de septiembre de 1921, en Deutsche Parteiprogramme seit 1861, Wolfgang Treue, ed., 4ª ed., Gottingen, Musterschmidt, 1968, pp. 111-116.

3 A propósito de carteles de propaganda política, véase especialmente Politische Plakate der Weimarer Republik, editado por el Hessisches Landesmuseum Darmstadt Darmstadt, Hessisches Landesmuseum, 1980, y Peter Paret, Beth Irwin Lewis y Paul Paret, Persuasive Images: Posters of War and Revolution from the Hoover Institution Archives, Princeton, Princeton University Press, 1992.

4 “Programm der Deutschen Demokratischen Partei”, 13-15 de diciembre de 1919, en Treue, Deutsche Parteiprogramme, pp. 135-140, cita 136.

5 Véase Martin Spahn, “Die sterbende Mitte”, en Martin Spahn, Für den Reichsgedanken: Historisch-politische Aufsätze 1915-1934, Berlín, Ferd. Dümlers Verlag, 1936, pp. 370-385, y Larry Eugene Jones, “‘The Dying Middle’: Weimar Germany and the Fragmentation of Bourgeois Politics”, Central European History, 5:1 1972, pp. 23-54.

6 “Richtlinien der Deutschen Zentrumspartei”, 16 de enero de 1922, en Treue, Deutsche Parteiprogramme, pp. 140-149, cita 147.

7 Véase Eric D. Weitz, Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State, Princeton, Princeton University Press, 1997.

8 “Grundsätze der Deutschen Volkspartei”, 19 de octubre de 1919, en Treue, Deutsche Parteiprogramme, pp. 127-135, citas 128 y 129.

9 Ibidem, p. 130.

10 “Grundsätze der Deutschnationalen Volkspartei”, en Treue, Deutsche Parteiprogramme, pp. 120-127, cita 122.

11 Ibidem, pp. 120-127, citas 122,123 y 126.

12 Tal es la argumentación de Klaus Theweleit, Male Fantasies, traducción de Stephen Conway en colaboración con Erica Carter y Chris Turner, 2 vols, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987-1989.

13 Citas de Eduard Stadtler, uno de los fundadores, en 1918, de la Vereinigung für nationale und soziale Solidarität, en Edwin Könnemann,

“Die volkische Componente in der Ideologie rechtsextremisticher Organisationen nach der Novemberrevolution (1918-1923)”, (ms., s. f.), pp. 15-16.

14 Citado en ibidem, pp. 18.

15 Citado en ibidem, pp. 19-20.

16 Citado en ibidem, p. 20.

17 Citado en ibidem, p. 28.

18 Esta y la cita anterior de Klaus Epstein, Matthias Erzberger and the Dilemma of German Democracy, Princeton, Princeton University Press, 1959, pp. 388-389. Con ayuda de autoridades bávaras bien relacionadas, los dos asesinos huyeron a Hungría, de donde regresaron como héroes a la Alemania nazi en 1933. Tras la guerra, fueron juzgados y condenados, pero no tardaron en quedar en libertad provisional.

19 Joseph Wirth, “Reichstagsrede aus Anlass der Ermordung Rathenaus”, 25 de junio de 1922, en Politische Reden III : 1914-1945, Peter Wende, ed., Francfort (a. M.), Deutscher Klassiker, 1994, pp. 330-341, citas 331, 333 y 341.

20 Citado en Erich Eyck, A History of the Weimar Republic, volumen 1: From the Collapse of the Empire to Hindenburg's Election, traducido por Harlan P. Hanson y Robert G. L. Waite, original alemán, 1954; Cambridge, Harvard University Press, 1962, p. 167.

21 Ibidem, p. 131. El patrón oro quedó abolido el 4 de agosto de 1914.

22 Ejemplo extraído de Gerald D. Feldman, The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924, Nueva York, Oxford University Press, 1993, p. 225.

23 Tal es el argumento de Hans Mommsen, brillantemente expuesto en The Rise and Fall of Weimar Democracy, traducción de Elborg Foster y Larry Eugene Jones, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996.

24 Margaret F. Stieg, "The 1926 German Law to Protect Youth against Trash and Dirt: Moral Protectionism in a Democracy", Central European History 23:1, 1990, pp. 22-56, cita y comentario en p. 46.

25 Luke Springman, "Poisoned Hearts, Diseased Minds, and American Pimps: The Language of Censorship in the Schund und Schmutz Debates", German Quarterly 68:4, 1995, pp. 408-429, cita 415.

26 Citado en Chronik des 20. Jahrhunderts: 1926, Brigitte Beier y Petra Gallmeister, eds., Gütersloh, Chronik Verlag, 1995, p. 192.

27 Stieg, “German Law”, p. 52.

28 Chronik des 20. Jahrhunderts: 1927, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1986, p. 120.

29 Cifras y hojas de prestaciones extraídas de Chronik des 20. Jahrhunderts: 1929, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1988, pp. 98-99.

30 Erich Eyck, A History of the Weimar Republic, vol. 2: From the Locarno Conference to Hitler’s Seizure of Power, traducido por Harlan P. Hanson y Robert G. L. Waite, original alemán, 1956; Cambridge, Harvard University Press, 1963, p. 377.

31 Gustav Stresemann, “Rede zum Eintritt Deutschlands in der Völkerbund”, 10 de septiembre de 1926, en Politische Reden III, pp. 466-471.

32 Franz Hessel, Spazieren in Berlin (1929) (Traducción de Miguel Salmerón, Paseos por Berlín, Madrid, Tecnos, 1997), en Sämtliche Werke in fünf Bänden, volumen 3: Städte und Porträts, Bernard Echte, ed., Oldenburg, Igel, 1999, pp. 71-72.

33 La cifra procede de Könnemann, “Völkische Komponente”, p. 14.

34 Uwe Lohalm, Völkischer Radikalismus: Die Geschichte des Deutschvölkischen Schutz- und Trutz-Bundes, Hamburgo, Leibniz Verlag, 1970, pp. 89-91.

35 Eyck, History, 1, p. 158.

36 Al menos eso afirma Carl Severing, citado en Eyck, History, 1, p. 275.

37 Citado en Chronik des 20. Jahrhunderts: 1925, Antonia Meiners, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1989, p. 95.

38 Del diario de Stresemann, citado en ibidem, p. 95.

39 Chronik 1926, p. 68.

40 Citado en Chronik 1927, p. 150.

41 Chronik des 20. Jahrhunderts: 1928, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1987, p. 12.

42 Citado en Chronik des 20. Jahrhunderts: 1929, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1988, p. 13.

43 Sigo la argumentación de Hans Mommsen en Rise and Fall of Weimar Democracy.

44 Kurt Tucholsky, “Der Löw’ ist los-!”, en Berlin erzählt: 19 Erzählungen, Uwe Wittstock, ed., Francfort (a. M.), Fischer Taschenbuch, 1991, pp. 66-70, citas 68 y 69.

IV

UNA ECONOMÍA EN CRISIS Y UNA SOCIEDADEN TENSIÓN

“Die Wirtschaft ist das Schicksal ” (la economía es cuestión de suerte) escribió el industrial, visionario y ministro de Asuntos Exteriores, Walter Rathenau,[1] y no le faltaba razón. Incluso en las mejores circunstancias imaginables, poner en marcha una democracia avanzada en Alemania habría supuesto una tarea más que ardua por el acoso de las poderosas fuerzas antidemocráticas que dominaban el espectro político y social. Tales circunstancias, por otra parte, jamás estuvieron al alcance de la República de Weimar. Nació a la sombra de la Primera Guerra Mundial y entre los fuegos cruzados de la revolución y la guerra civil. Para ganarse la confianza de una mayoría del pueblo alemán, la República hubiera necesitado de una economía estable y pujante. Y nunca la tuvo. Como los avances que se registraron se asentaban en graves deficiencias estructurales, los años de prosperidad económica, pero también de crisis y sobresaltos, se fueron como vinieron. Los alemanes de la época de Weimar vivieron en “un mundo patas arriba”, y no sólo en una, sino hasta en tres ocasiones: los reajustes de la posguerra, la hiperinflación y la depresión.[2] No caben muchas dudas, pues, acerca de las razones de que la República no concitase adhesiones mayoritarias.

Desde un punto de vista económico, los alemanes lo pasaban mal y luchaban a brazo partido por cuestiones, de mayor o menor entidad, como la fiscalidad, las compensaciones de guerra, la representación sindical, las innovaciones tecnológicas, incluso el concepto del derecho de propiedad; todo se ponía en tela de juicio. No se trataba de meros rifirrafes políticos, acerca de si los impuestos deberían ser un poco más elevados o más bajos, o si los representantes sindicales en los consejos de administración habían de ser uno, dos o cinco. En la práctica, todas las cuestiones económicas que estaban sobre el tapete tenían mucho que ver con el modo en que los alemanes querían vivir en su país y con las relaciones que habrían de mantener con otras naciones en la época posterior a la Primera Guerra Mundial. Todo enfrentamiento político podía convertirse en una crisis

existencial del “sistema”, término peyorativo al que recurría la derecha para referirse a la República de Weimar. Claro que también hubo periodos de consenso, sobre todo entre los protagonistas más directamente implicados en el sector productivo, a saber, empresarios, sindicatos y el propio Estado. En los primeros años de la República, todos arrimaron el hombro para hacer frente a la inflación, hasta que ésta se desbocó por completo. En la segunda fase, todos estuvieron de acuerdo en cuanto a la racionalización del trabajo. Dejando por un momento de lado la Depresión, eran legión los alemanes afectados por la inflación y la racionalización, y sus reivindicaciones encontraron un eco propicio tanto en la derecha como en la izquierda. Política y economía iba, pues, de la mano. Los problemas económicos de la República de Weimar eran de dimensiones colosales y carecían de precedentes; las soluciones que se proponían nunca eran bien recibidas.

Entre enconadas discusiones políticas y las turbulencias de los sucesivos repuntes y hundimientos de la economía, los alemanes vivieron una época marcada por un “relativo estancamiento económico” y un “acelerado proceso de modernización”.[3] Si bien ambos indicadores parecían entrar en flagrante contradicción, el caso es que la aparición simultánea de ambos pone una vez más de manifiesto lo conflictivos y complicados que fueron los años de la República de Weimar.

En comparación con el periodo que precedió a 1914 y con los años inmediatamente posteriores a 1945, la tasa de crecimiento real durante la República fue más bien baja, y limitadas las consecuencias económicas de las innovaciones tecnológicas. Durante la década de 1920, en ningún sector se registraron innovaciones que tuvieran notables repercusiones en el crecimiento económico. Desde luego, ninguna comparable con el impacto del sector textil en los primeros tiempos de la industrialización, los adelantos introducidos en las acerías del decenio de 1880, o los registrados en el sector químico desde la década de 1890 hasta 1914; o, por poner un ejemplo más reciente, nada que ver con la revolución informática registrada en los años 1980 y 1990. Por otra parte, tan magros indicadores económicos también se debieron al retraimiento de Alemania (igual que ocurrió en otras economías avanzadas) respecto de las tendencias mundiales del siglo XIX. La Primera Guerra Mundial supuso un brusco frenazo para la libre circulación de bienes y capitales de un país a otro. Debido a los cuantiosos costes del conflicto bélico y al endeudamiento subsiguiente, sólo Estados Unidos mantuvo la

ventajosa posición de nación con capacidad para conceder créditos. En la posguerra, los enfrentamientos surgidos por las deudas contraídas por los aliados, de un lado, y las compensaciones por parte alemana, de otro, perturbaron el flujo de capitales, circunstancia que sólo pareció mitigarse en cierto modo entre 1924 y 1929. Pero entonces la crisis económica mundial acabó con el capital, y el dinero disponible de nuevo se retrajo dentro de las fronteras de cada país. Alemania siempre había tenido que importar enormes cantidades de alimentos y de materias primas. Necesitaba, pues, dinero y capital extranjeros para pagar las importaciones y financiar el desarrollo económico, y precisaba de mercados para dar salida a sus exportaciones. Aunque muchos alemanes abogaron alegremente por una economía nacional más cerrada, tal posicionamiento no fue beneficioso para Alemania a largo plazo.

A la vez que, en términos relativos, la economía alemana parecía estancarse, también se modernizó en gran medida. Los porcentajes de población empleada en el sector industrial no dejaron de subir, hasta alcanzar su nivel más alto, estadísticamente, a mediados de la década de 1920. Las mujeres más jóvenes desertaban del campo para disfrutar de una mayor independencia en las ciudades gracias a su trabajo en las fábricas. Todos los observadores se mostraban de acuerdo en cuanto al crecimiento exponencial de la llamada “nueva clase media”, es decir, a las multitudes de oficinistas que atestaban dependencias oficiales o de empresas privadas, secciones de los grandes almacenes, laboratorios de hospitales, fábricas e institutos de investigación. La generación nacida en torno al año 1900 lo inundaba todo, y trataban desesperadamente de obtener un empleo –muy escasos y, en ocasiones, inexistentes– en el sector industrial o en los departamentos oficiales. Ingenieros y empresarios alabaron los procesos de racionalización, la introducción de métodos productivos perfeccionados que servirían para aumentar la capacidad de producción con menos mano de obra. Y llegó la era del consumo masivo: los grandes almacenes, maravillosamente diseñados, disponían con mimo los productos, mientras los publicistas trataban de atraer a los alemanes al mundo de ensueño de la prosperidad.

La economía de Weimar era un hervidero de conflictos y contradicciones. Igual que la política, también es posible dividir, a grandes rasgos, la historia económica de aquellos años en tres fases. La primera, de 1918 a 1923, de inflación; la segunda, de 1924 a 1929, de racionalización; la tercera, entre 1929 y 1933, de depresión.

El origen de la inflación había que buscarlo en la guerra, en las deudas que contrajo el Gobierno para financiar los elevados costes que representaba. Los alemanes compraron bonos con la esperanza de obtener un beneficio seguro de su inversión, pensando, como es natural, en una victoria militar. Se creó un estado de opinión que venía a decirles que, a pesar de las dificultades del momento, Alemania conocería una era de prosperidad sin precedentes, porque su economía y su política se impondrían en el continente. Pero no fue así. De modo que, al finalizar la guerra, los alemanes se encontraron con una moneda depreciada, con un sector industrial prácticamente dependiente de los contratos del Ejército y con una tremenda escasez tanto para cubrir las necesidades de la vida diaria como de las materias primas necesarias para mantener el sistema productivo. Había que reincorporar a la vida civil a los millones de soldados que habían regresado. Los británicos, por su parte, mantuvieron el bloqueo naval hasta el verano de 1919, lo que empeoró aún más si cabe la crítica situación por la que pasaba Alemania.

Para sorpresa de casi todo el mundo, el reajuste que siguió a la guerra y la recuperación se produjeron de forma paulatina. A pesar del caos de la revolución, el Ejército se desmovilizó con rapidez y la industria alemana no tardó en alcanzar los niveles de producción que había conocido en tiempos de paz. La inflación contribuyó a inyectar liquidez. Las subidas de precio de los bienes de consumo fueron un estímulo para la inversión e hicieron aumentar la producción. En el extranjero, los productos hechos en Alemania eran relativamente baratos; las exportaciones fueron a más. De modo que empresas y Gobierno podían acceder a las incesantes demandas de aumentos salariales, a pesar de la depreciación de la moneda. Un breve periodo en el que se aplicó una política monetaria más rígida, entre la primavera de 1920 y la de 1921, bastó para interrumpir aquella fase expansiva de la economía; empresas, sindicatos y Gobierno tomaron buena nota, y volvieron a las políticas inflacionistas.

Aparte de la inflación, acechaba la cuestión de las compensaciones de guerra, que pendía como una amenaza sobre aquel panorama tan extrañamente prometedor. Lo cierto es que inflación y compensaciones al alimón sólo vinieron a complicar la situación, hasta desembocar en un completo desastre.[4]

En palabras del historiador de la economía Theo Balderston, las compensaciones vendrían a ser “un impuesto detraído a los ciudadanos alemanes por su propio Gobierno, que actuaba, en este caso, como recaudador en nombre de los aliados”. Dicho impuesto, no obstante, carecía de la “legitimación moral” que suele acompañar a esta clase de exacciones.[5] Tanto el Gobierno como el pueblo de Alemania consideraban profundamente injustas las exigencias de los aliados. Cuando el 5 de mayo de 1921 establecieron el monto final en el conocido como Ultimátum de Londres, hasta los alemanes más moderados se quedaron boquiabiertos. Los aliados cifraban el coste de las reparaciones que debía satisfacer Alemania en ciento treinta y dos mil millones de marcos oro, de los que cincuenta mil serían abonados de inmediato mediante una emisión de bonos que Alemania haría efectiva a razón de dos mil millones de marcos oro anuales, más el equivalente al veintiséis por ciento del total de las exportaciones del país,[6] demanda que provocó una crisis política en Alemania. Frente a una negativa casi general a elevar los impuestos, el Gobierno se vio en bancarrota y se puso a buscar fondos en los mercados de capitales, pero no encontró a nadie dispuesto a cedérselos. El Gobierno alemán hubo de hacer frente, pues, a una doble negativa: la de los ciudadanos a pagar impuestos (escudándose en la negativa del Reichstag a subirlos) y la de los capitalistas que disponían del dinero (amparándose en el escaso crédito que les merecía el Gobierno y en la ausencia de posibles compradores de los bonos que emitiese).[7]

El Ultimátum de Londres fue el origen de largas y tediosas negociaciones, de numerosas conferencias e intercambios de notas, de anuncios y declaraciones sobre el desastre que se les avecinaba. Los alemanes se declaraban incapaces de pagar; los aliados, por su lado, exigían que Alemania cumpliera con sus obligaciones. Un continuo refuerzo de enviados de alto nivel empezó a viajar a Londres (todo el mundo sabía que Alemania no tenía nada que hacer en París, y los norteamericanos habían puesto dos océanos de por medio). Los alemanes iban cada uno por su lado. Algunos

aceptaban la política de compromiso, es decir, hacer frente a las exigencias de los aliados mientras, en el terreno diplomático, se revisaban a la baja las compensaciones. Otros reconocían abiertamente que Alemania no podía hacerse cargo de tales pagos, y trataban de convencer a los aliados. Tampoco faltaban los recalcitrantes, que se negaban a pagar, lisa y llanamente, sin negociaciones y sin reparaciones; como los nacionalistas más exaltados que, al finalizar la Primera Guerra Mundial, estaban dispuestos a lo que fuera: que todo –la economía, el pueblo y la República– saltasen por los aires, antes que reconocer que Alemania había iniciado aquella guerra, la había perdido y, ahora, le tocaba pagar los platos rotos.

Mientras Alemania alegaba su carencia de fondos, observadores extranjeros daban cuenta de las consecuencias que había tenido la inflación, a saber, una recuperación del sistema productivo, restaurantes y clubes nocturnos llenos de parroquianos y una balanza muy favorable desde el punto de vista de las exportaciones. Bastaba con que hubieran sido un poco más perspicaces, y se habrían dado cuenta de la desmesura de las cifras del desempleo y del reparto gratuito de comida. Pero la inflación llegó a esa zona de peligro, donde la especulación echaba abajo todo lo que de bueno había traído, deteriorando el nivel de vida e impidiendo cualquier posibilidad de planteamientos racionales. En la Alemania de principios de la década de 1920, tales reveses complicaban aún más la ya de por sí espinosa cuestión de las compensaciones de guerra y de las relaciones con otros países.

En el verano y el otoño de 1921, las imparables subidas de precios provocaron otra oleada de demandas de mejores salarios. Durante la revolución, los alemanes habían aprendido a valorar la eficacia de las protestas masivas. Trabajadores y empleados de todos los sectores económicos, desde los mineros hasta los funcionarios, habían acudido a manifestaciones, se pusieron en huelga y, en gran medida, se salieron con la suya. Consiguieron importantes incrementos salariales, que Gobierno y empresas podían pagar gracias a la depreciación de la moneda o, como en el caso de las empresas, subiendo más los precios, lo que produjo una espiral de salarios y precios, una especie de contagio, que afectó lo mismo al sector industrial que a los pequeños comerciantes. Incapacitado por razones políticas para incrementar los impuestos o frenar las subidas salariales, el Gobierno puso en marcha la máquina de hacer dinero y recurrió a todos los métodos imaginables para que no faltase. Tanto en el interior del país como

en el extranjero, la confianza en la economía alemana se vino abajo, lo que, a falta de previsiones económicas más razonables, abrió las puertas a la especulación. Daba la impresión de que todo aquel que disponía de divisas se dedicaba a especular, sin importarle que el marco subiese o bajase con respecto a la libra esterlina, el franco o el dólar. En consecuencia, el marco aún se depreció más, mientras la inflación seguía subiendo.[8]

En el verano de 1922, la inflación dejó paso a la hiperinflación, acompañada de un retraimiento de la actividad empresarial, de una merma de las exportaciones y de una escalada galopante del desempleo: el peor de los escenarios imaginables. Las empresas sufrieron una crisis de liquidez, y quien más o quien menos hubo de hacer frente a una escasez de papel moneda. El Reichsbank sabía que de él dependían los créditos que necesitaban las empresas y el papel moneda utilizado a diario en los negocios, y que sólo eso podía mantener a flote la actividad económica y preservar la paz social. Así que recurrió a todos los medios imaginables para seguir inyectando dinero, lo que sólo valió para darle más alas a la inflación. Todos los indicadores económicos apuntaban a un desastre. A finales de aquel año, la cifra de exportaciones –la clave de la recuperación alcanzada en 1920 y 1921– había disminuido de un modo alarmante. En octubre de 1922, un dólar se cambiaba por 3.180 marcos. En noviembre del mismo año, el índice del coste de la vida, sobre una base de cien establecida en 1913, se situó en el 15.040.[9] En diciembre, el Instituto Prusiano de Estadística llegó a la conclusión de que los peones del sector químico ganaban sólo el 69,4% del mínimo exigido para un matrimonio con un hijo; en el caso de trabajadores cualificados, dicha cifra llegaba al 71,6%, mientras los impresores, una ocupación tradicionalmente bien pagada, sólo alcanzaban el 58,2% del mínimo establecido.[10]

Los aliados observaban estos datos con enorme preocupación. Aseguraban que Alemania maquillaba las cifras para regatear con las reparaciones y las obligaciones que había contraído después de la guerra, o para liquidarlas con una moneda devaluada. La situación era tan peligrosa –en cualquier caso, las reparaciones se habían fijado en marcos oro– que los aliados no acababan de creérsela. La hiperinflación fue el resultado de una conjunción de factores: la espiral salarios-precios, que ningún partido propuso frenar, la fiebre

especuladora y la súbita pérdida de confianza en la divisa y en el Gobierno alemanes, alentada por la presión de los aliados.[11]

A los franceses y a los belgas no les importaban tan enrevesadas explicaciones: sólo querían cobrar. Convencidos de que Alemania sólo buscaba una rebaja en las compensaciones que tenía que satisfacer, manipulando su divisa y negándose a entregar a cambio bienes materiales u otras cosas, el 11 de enero de 1923 dieron orden de que sus tropas ocupasen el Ruhr, la zona industrial más importante del país. El Gobierno promovió una política de resistencia pasiva. La consigna era que no se trabajase en las fábricas o minas donde apareciesen las tropas aliadas. Si tal era el caso en alguna dependencia oficial, los funcionarios tenían que recoger sus cosas e irse a casa. En el verano de 1923, la actividad productiva había cesado prácticamente en la cuenca del Ruhr. Como la economía dependía en gran parte de la zona, los efectos no tardaron en dejarse sentir en la economía alemana. La suspensión de actividad desembocó en una fuerte merma de los ingresos fiscales. Para apoyar la política de resistencia pasiva, el Gobierno destinó fondos para cubrir las necesidades de los trabajadores y enormes ayudas para las empresas afectadas. A finales de junio, se habían garantizado créditos a empresas por valor de dos mil quinientos billones de marcos en papel moneda, y había destinado otros cinco mil doscientos billones de marcos más para subvencionar a los servicios ferroviarios, postales y de carácter social.[12] No disponía de las reservas de oro necesarias, ni de la legitimidad moral, ni de la capacidad económica real para hacer frente a tales dispendios. Pero disponía de la máquina de hacer dinero, y la utilizó con liberalidad.

Y así se llegó a una escalada de precios tan salvaje como muy pocas veces se ha visto en la historia. El Reichsbank emitió billetes cada vez mayores, hasta llegar al billete de cien mil billones de marcos del 2 de noviembre de 1923. A finales de aquel mismo mes, el marco había llegado a la increíble tasa de cambio de cuatro mil doscientos billones de marcos por un dólar.[13] La divisa alemana, tan respetada y fuerte, carecía de valor. El “consenso inflacionario”, el acuerdo entre empresas, mano de obra y Estado para obtener beneficios de la inflación, saltó por los aires, mientras la hiperinflación se llevaba por delante todas las previsiones económicas, nacionales o individuales.

La situación llegó al punto crítico en el verano de 1923. Cinco años después de haber acabado la guerra, una vez más, la vida diaria de amplios segmentos de la población volvía a ser desesperada. Las mujeres saqueaban los puestos de los mercados y las tiendas. Los desempleados ocupaban las oficinas municipales. Multitudes plantaban cara a la policía. Gentes de las ciudades se abalanzaban por los campos en tropel, robando patatas, pollos y lo que encontrasen a mano. Los taberneros y agricultores que se atrevieron a protestar fueron tratados sin miramiento alguno y, en ocasiones, hasta les quitaron la ropa que llevaban puesta. Todas las industrias sufrieron huelgas salvajes. En otoño de aquel año, los trabajadores recibían la paga cada dos o tres días y, en ocasiones, hasta dos veces en el mismo día. Las empresas tenían que recurrir a la tabla de multiplicar para pagar los salarios: un día el jornal era de veintisiete mil millones y, pocos días después, llegaba a los sesenta y siete mil millones.[14] Los comerciantes hacían lo propio, echaban sus cuentas en divisas extranjeras o, simplemente, recurrían al trueque. Dado que el dinero se depreciaba en cuestión de horas, la gente compraba a toda velocidad: pianos, bicicletas, máquinas de coser, motocicletas o zapatos, cualquier cosa con tal de tener algo antes que ahorrar.[15] El grado de tensión nerviosa entre la población era incalificable, las largas colas durante horas para conseguir comida, cobrar el sueldo o el subsidio de desempleo, las prisas por ir de una oficina a otra, los agotadores cálculos mentales sobre qué facturas abonar o qué comprar cuando se disponía de miles de millones de un dinero que no valía nada, tener que reconocer que los bonos que uno había comprado en 1914, 1915 y 1916 para costear la guerra ya no tenían valor, el esfuerzo mental, incluso físico, por dar con el responsable de aquel desaguisado, todo contribuía a socavar la moral de los alemanes (fig. 4.1.).

Para los pobres y los trabajadores no cualificados, vivir a expensas de los pagos y salarios que les proporcionaba el Estado era una verdadera catástrofe y, cuantos más niños había que alimentar, más difíciles se ponían las cosas. Los dueños de casas, que alquilaban habitaciones o viviendas, al igual que los inquilinos, veían cómo la inflación se comía sus ingresos. Los que habían reunido algunos ahorros –un colchón del que sólo disponían los trabajadores más cualificados y mejor pagados– observaban cómo aquel dinero que tanto les había costado reunir se quedaba en nada. Las condiciones sanitarias se deterioraron: aumentó la tasa de mortalidad infantil, disminuyó el promedio de vida y las enfermedades contagiosas,

como la tuberculosis, se propagaron con rapidez. Un observador escribía: “Todos los médicos del Reich informan de que hay niños anémicos, apáticos, débiles y enfermos”.[16]



Fig. 4.1.: 1923, la gran inflación: maletas y cestos cargados de billetes carentes de valor.

Las consecuencias de tal situación no se limitaban al deterioro general y calamitoso de las condiciones de vida, sino que, para mayor consternación de la clase media, supuso un grave corrimiento de las fronteras entre clases sociales. Comprobar que un trabajador cualificado o un especulador vivían mejor que uno, descubrir que el dinero en efectivo con el que se contaba no valía nada, recibir la devolución de préstamos hechos a amigos, parientes o socios en papel carente de valor, soportar largas horas de cola para, al final, comprar una barra de pan, eran situaciones muy difíciles de aceptar, que quedaron grabadas a fuego en la memoria de aquellas gentes y marcaron su forma de comportarse durante decenios. Para cualquiera que hubiera estado

en una posición medianamente decente –funcionarios, maestros, viejos tenderos que atendían a la clase media, o quienes contaban con una formación técnica–, tan desastrosa era la situación en que se encontraban como las carencias reales que tenían que soportar. El periódico de uno de los sindicatos de empleados de oficina aseguraba: “Con un sentimiento de vergüenza, la mayoría de nuestros afiliados tendrá que reconocer que sus ingresos ni siquiera se aproximan a lo que percibe un carpintero de veintiún años”.[17] Si nos molestamos en echar las cuentas, comprobaremos que, en 1922, un funcionario de alto rango percibía un salario que superaba sólo en un 1,35% al de un trabajador no cualificado, triste situación para una clase que se consideraba la guardiana de la esencia de la cultura alemana.[18]

La clase media que, al decir de muchos alemanes, constituía el núcleo estable de la nación, parecía estar desapareciendo. Los hogares tenían que desprenderse de la porcelana, de la plata, de antiguas sillas tapizadas, de cualquier objeto de valor. Un observador británico apuntaba:

Me he quedado aterrado al comprobar las condiciones en que vive la clase media, la tremenda pobreza que se esconde tras las puertas de sus hogares. En casas bien amuebladas, hay sillas a las que les han arrancado el tapizado de piel para hacer unos zapatos, cortinas carentes de forro, porque se ha utilizado para vestir a los pequeños; una mujer investigadora que tenía uno o dos camisones los ha cortado y los utiliza como blusas, convirtiendo los refinados remates de mangas y cuello en pañuelos de bolsillo. No se trata de casos excepcionales, sino normales. Conozco muchas familias que, si antes de la guerra disponían de dos criadas, ahora son ellos quienes se encargan de las tareas domésticas, y que, por la noche, en lugar de cena, tienen que conformarse con un trozo de pan negro y un té aguado, sin leche ni azúcar; sólo comen carne una vez a la semana.[19]

Muchos pensaban que se trataba de una “nivelación”, de una “proletarización” de las clases medias, de un “hundimiento en la miseria” generalizado.[20] Al referirse pocos años después a las consecuencias de la inflación, Gustav Stresemann señalaba que “la clase media de la intelectualidad y el comercio que, tradicionalmente, había sido el pilar sobre el que se asentaba el Estado” se había proletarizado y perdido sus raíces.[21] Después de la segura y razonablemente próspera posición que mantenían antes de la guerra, los estamentos universitarios se veían empobrecidos, apenas capaces de enmascarar, con su estatus superior, el declive de su situación económica. Muchos habían vendido sus bibliotecas, casi siempre a extranjeros, y profesores y estudiantes realizaban trabajos manuales para mantener a sus familias.[22] Alemanes y foráneos compartían la preocupación por cómo repercutiría la situación en la cultura alemana, que de tanto prestigio gozaba todavía en el mundo entero. En tales circunstancias, ¿cómo iban a estudiar los alumnos, cómo iban a investigar o escribir los profesores?

Pero hubo gente a la que la inflación le vino bastante bien. Quienes tenían hipotecas o préstamos saldaron sus deudas gracias a la devaluación de la moneda. Thomas Mann lo padeció en sus propias carnes: tras haber prestado una importante cantidad de dinero a un amigo para que se comprase una casa en el campo, se quedó muy apesadumbrado cuando ese amigo le devolvió la cantidad prestada en una moneda que carecía de valor.[23] Tampoco les salió nada mal a quienes disponían de divisas extranjeras. Empresas y personas particulares que tenían dólares americanos o libras esterlinas se dedicaron a adquirir propiedades por toda Alemania, lo mismo fábricas que minas o bienes de lujo a precio de ganga. Los médicos y psiquiatras berlineses que atendían a pacientes británicos o norteamericanos daban gracias al cielo, porque les pagaban las consultas en sus monedas respectivas. Un inspector postal que había robado 1.717 dólares norteamericanos, 1.102 francos suizos y 114 francos franceses se compró dos casas, puso piso a una amante (con el inevitable piano incluido) y donó dinero a su iglesia para obras de caridad. Un pintor de Múnich consiguió un dólar y, al cambio, compró cosas para la casa, pagó las facturas que tenía pendientes con el dentista y acaparó toda la comida que pudo.[24] Tampoco les vino nada mal a los granjeros que, de vez en cuando, tenían ocasión de

exportar sus productos; incluso aquellos que se limitaban a venderlos en sus localidades sacaron lo bastante para que sus familiares tuvieran qué comer, y además otros productos que obtenían gracias al trueque. Dos libras esterlinas bastaban para comprar todas las patatas que consumía un pueblo en invierno.[25] Los extranjeros que vivían en regiones limítrofes se acercaban a Alemania y compraban todas las existencias que encontraban en los mercados, porque les parecía baratísimo. Granjeros holandeses compraron cabañas enteras de ganado y se llevaron los animales a su país.[26]

El malestar social, siempre a flor de piel durante la República de Weimar, fue subiendo de tono. Los industriales echaban en cara a los obreros los altos costes salariales, les acusaban de no trabajar y de generar gravosos costes sociales. Los trabajadores, por su parte, aseguraban que los empresarios se enriquecían gracias a la especulación. Los habitantes de las ciudades la emprendieron con quienes vivían en el campo, asegurando que se atiborraban de salchichas mientras en las urbes se morían de hambre. Y todos, al alimón, cargaban las tintas sobre los funcionarios. El "extranjero", una curiosa mezcla de eslavo y judío, que medraba gracias a la especulación y sumía a los alemanes en la miseria, llegó a convertirse en una imagen recurrente.[27] Eran siniestros personajes a los que se consideraba los nuevos potentados, muchas veces descritos como prototipos del judío o caracterizados de nuevos ricos, con monóculo, un cigarrillo entre los dedos, conduciendo los últimos modelos de automóviles y siempre acompañados de mujeres modernas, de cabellos y faldas cortas, que trataban de aparentar un modo de vida refinado aunque eran incapaces de conseguirlo: hablaban demasiado alto y la mayoría de ellos vestía de cualquier manera; incluso cuando iban bien arreglados, había algo que desentonaba, como cuando se esforzaban en tocar un instrumento, siempre haciendo sonar los ritmos africanos o afroamericanos tan de moda. Alemania no sólo había padecido una derrota bélica y unas condiciones de paz injustas, sino que había caído en manos de extranjeros depravados y de compatriotas sin escrúpulos. Al historiador Hermann Oncken le preocupaba que aquellos nuevos ricos "impusiesen su estilo de vida a la nación, ya que, por desgracia, el contrapeso que representa la tradición es más bien exiguo".[28] Ni siquiera Thomas Mann ocultaba su preocupación por aquellos "nuevos personajes". Así describía al marchante con quien tuvo que tratar en una ocasión en que

compró un par de obras de arte para sortear la inflación: “Un judío rubio y elegante, entrado en los treinta, gordo y con monóculo, de manos blancas y arregladas, bata acolchada y unas zapatillas lustradas, imagen perfecta de esa nueva clase cosmopolita, cultivada y capitalista que sabe cómo aprovecharse”.[29] Los extranjeros no gozaban de muchas simpatías entre los alemanes de 1923.

Por lo visto, todo el mundo trataba de burlar la ley, sólo que los mejor situados lo hacían con más elegancia. Mientras los pequeños comerciantes podían tratar de falsificar las cuentas o de guardar el dinero en una caja, los acaudalados hombres de negocios especulaban en los mercados internacionales, mediante la compra de valores en el extranjero o a través de empresas tapadera. Pero ni los individuos ni las empresas eran capaces de hacer planes de futuro. La hiperinflación había acabado con cualquier atisbo de previsión, condición imprescindible a la hora de hacer planes de futuro. En 1922 y 1923, la situación había llegado a un punto en que “tener dinero en el banco era poco menos que un crimen, y contraer deudas, la actitud más juiciosa”, según aseguraba un informe interno del Reichsbank.[30] El industrial Hans von Raumer describía tan tremenda situación con estas palabras: “Las empresas ya no pueden sacar tajada de la depreciación de nuestra moneda, que más no puede caer. En un primer momento, nos vino muy bien el interés de otros países que se peleaban por nuestros marcos [...] Tratamos de vivir entonces a costa de nuestros pensionistas, pero ya les hemos sacado cuanto tenían. Hasta que llegó el momento en que tuvimos que recurrir a las reservas de nuestras empresas. Pero basta con echar un vistazo a la liquidez de las fábricas para comprobar que también se han esfumado”.[31] La resistencia seguida en la cuenca del Ruhr fue un verdadero desastre para empresarios y obreros.

En el verano de 1923, no sólo se perdió por completo la confianza en el marco, sino que el Gobierno también perdió toda credibilidad tanto dentro como fuera del país. Ejercía el cargo de canciller un empresario de Hamburgo, Wilhelm Cuno, quien, entre noviembre de 1922 y agosto de 1923, presidió un Gobierno de centro-derecha, con Rudolf von Havenstein como gobernador del Reichsbank. La situación era tan crítica que requería un liderazgo más fuerte del que ambos estaban en condiciones de ofrecer.

Tristemente, hay que decir que el régimen de Weimar, en un momento de tan profunda crisis nacional, sólo pudo contar con dirigentes mediocres.

A mediados de agosto de 1923, los socialdemócratas retiraron el apoyo que prestaban al Gobierno, y Cuno tuvo que dimitir. El socialdemócrata Friedrich Ebert, presidente a la sazón, nombró canciller a Gustav Stresemann, presidente del Partido Popular Alemán, quien formó un Gobierno de coalición en el que también estaba presente el SPD. El 26 de septiembre de 1923, el Gobierno de Stresemann puso fin, sin condiciones, a la política de resistencia pasiva. Se abría así un camino para entablar negociaciones con los aliados, habida cuenta de que la ocupación era cada vez más onerosa y carente de sentido para los franceses y los belgas, que se enfrentaba además a las críticas de británicos y norteamericanos. Al mismo tiempo, Alemania había tomado por fin cartas en el asunto de la inflación, aunque también tenía que afrontar amenazas políticas muy serias: una revolución comunista, una revuelta encabezada por los nazis, tensiones separatistas en Renania y, quizá la más grave de todas, el riesgo de una dictadura militar o de alguna otra solución autoritaria, salida ésta que contaba con el apoyo de destacados empresarios, aristócratas e intelectuales conservadores. Reinaba una sensación generalizada de desbarajuste: huelgas, manifestaciones multitudinarias y reyertas callejeras, dirigidas en algún caso contra los judíos. No había un solo resquicio que no se aprovechase para atacar a la República.

Para plantar cara a la situación, el Gobierno reclamó que se permitiese decretar el estado de excepción, pero necesitaba la aprobación del Reichstag. A pesar de la presencia del SPD y del DVP, conservador y favorable a los empresarios, el Gobierno de Stresemann era inestable por naturaleza. Los diputados del SPD en el Reichstag se negaron a apoyar con su voto una ley que autorizaba la suspensión de la jornada de ocho horas. El Gobierno cayó, pero Stresemann se las arregló para formar una nueva coalición gubernamental. El 13 de octubre de 1923, el Reichstag aprobó una autorización temporal –en la que nada se decía de revocar la jornada de ocho horas u otros beneficios sociales– para que el Gobierno dispusiese de poderes excepcionales; más adelante, se decidiría si se renovaba o ampliaba tal disposición, en función del desarrollo de los acontecimientos. En la corta vida de la República no era la primera vez en que se autorizaba al Ejecutivo

a gobernar por decreto, pero, en esta ocasión, los poderes otorgados y el plazo fijado fueron, con mucho, los más amplios. Dada la crítica situación por la que atravesaba el país, probablemente fuera necesario, pero constituía un mal precedente y una triste constatación del lamentable estado en que se encontraba la República.

Desde el invierno de 1923 hasta la primavera de 1924, el Ejecutivo gobernó a golpe de decreto-ley: primero, presidido por Stresemann, con la participación explícita del SPD ; más tarde, a finales de noviembre de 1923, se produjo un giro a la derecha. Fue designado canciller Wilhelm Marx, máximo dirigente del Partido del Centro, con un SPD que, de forma tácita, apoyaba en el Parlamento las decisiones que tomaba el Gobierno. El SPD no quería asumir ninguna responsabilidad directa en las medidas sociales que habría que tomar, y que, sin duda, generarían gran descontento en los trabajadores y militantes de base del partido. Ambos Gobiernos, el de Stresemann y el de Marx, consiguieron encarrilar el país, pero a costa de enormes sacrificios. De hecho, la República nunca se recuperaría del daño que le causaron la hiperinflación y el plan de estabilización.

Las facultades excepcionales permitieron a ambos Gobiernos poner fin a la revolución de los comunistas en octubre y meter en cintura a los nazis en noviembre. Se habían dado los primeros pasos para alcanzar la tan ansiada estabilidad política. Uno de los más importantes se adoptó el 15 de noviembre de 1923: con el respaldo de los sectores industriales y agrarios del país, el Gobierno creó una nueva divisa, el Rentenmark, y un nuevo banco (temporal, a la larga), el Rentenbank. Tan atrevida decisión tuvo un impacto casi inmediato: contuvo la inflación y situó al país en la senda de la estabilidad financiera. Al Gobierno no le tembló la mano a la hora de perseguir sin descanso cualquier desviación de la política monetaria establecida. A continuación, redujo la plantilla de los funcionarios públicos casi en una cuarta parte: los trabajadores eventuales y las mujeres casadas fueron los primeros en irse; los funcionarios de más nivel y cualificados (Beamte) permanecieron por el momento en su plaza. A finales de 1923, los funcionarios en activo ganaban, en términos reales, entre un cuarenta y un setenta y cinco por ciento de lo que percibían en 1913, y hubo muchas semanas en las que no cobraron.[32] Se produjeron importantes reducciones en lo relativo al bienestar social: el Gobierno puso fin a todos los subsidios

y emolumentos que percibían los más desfavorecidos, los desempleados y los trabajadores en precario.

Hubo dos aspectos, cuando menos, en los que el Gobierno cedió ante los representantes de las industrias y de los intereses financieros más importantes: permitió que algunas leyes del periodo revolucionario quedaran en suspenso, lo que dejó la duración de la jornada laboral en manos de los intereses privados. Los empresarios se mostraban agresivos; los trabajadores eran los que más sufrían aquella crisis económica. A la cabeza, en septiembre de 1923, se pusieron los dueños de las minas, rápidamente seguidos por los principales sectores industriales. En la primavera de 1924 ya se habían restablecido las jornadas laborales de antes de la guerra: doce horas en las fábricas y ocho horas y media en las minas. Los empresarios también consiguieron mayores facilidades para el despido libre, e hicieron caso omiso de los representantes de los trabajadores en el centro de trabajo. La crisis de la hiperinflación permitió, así, que las empresas echasen abajo –no por completo, pero sí en gran medida– las prerrogativas sociales que con tanta reticencia habían acabado por aceptar en 1918 y 1919.

También en la preocupante escena internacional, donde se veía acosado en diversos frentes, el Gobierno cedió un importante protagonismo a los principales grupos industriales y a los intereses financieros.[33] En el otoño de 1923, los empresarios del sector del acero y de la minería habían comenzado a negociar con los franceses, haciendo un uso indecoroso de las labores diplomáticas que, por lo general, son competencia del Estado. Aquellas conversaciones dieron como resultado que las empresas alemanas aceptaron enviar parte de la producción del Ruhr a Francia y a Bélgica, en concepto de pagos a cuenta de las compensaciones de guerra comprometidas. Ésa fue la fórmula que se les ocurrió para poner en funcionamiento de nuevo la cuenca, una medida que los empresarios esperaban como agua de mayo. Por si fuera poco, el Gobierno alemán, en una nueva concesión de calado a los intereses empresariales, prometió la devolución de los pagos que hubieran realizado aquellas industrias. A finales de aquel mismo año, se entablaron otra vez negociaciones diplomáticas, con los norteamericanos presentes (“a título individual” en un primer momento, no representados por funcionarios de carrera, para

contentar a un Congreso proclive al aislacionismo). Gracias a una propuesta de los británicos se acordó la creación de una comisión de expertos, presidida por el banquero norteamericano Charles G. Dawes, a fin de valorar las posibilidades que tenía Alemania de hacer frente a sus obligaciones.

Los alemanes y los aliados dieron el visto bueno al Plan Dawes durante la Conferencia de Londres, celebrada en julio y agosto de 1924. Aunque por un ajustado margen, el plan también fue aceptado por el Reichstag. Dicho plan establecía la figura de un representante general de los aliados, con sede en Berlín, que sería el encargado de supervisar los pagos, el presupuesto de la nación y el Reichsbank, aunque con un intervencionismo menos agresivo del que se había impuesto hasta entonces. Según las directrices del acuerdo, franceses y belgas aceptaron retirar sus tropas del Ruhr a lo largo del siguiente año.

Para Alemania, el Plan Dawes junto con la retirada de las tropas francesas eran las piezas que completarían el programa de estabilización. Pero la cuestión de las reparaciones de guerra seguía sin resolverse. Una nueva ronda de conversaciones, en esta ocasión en 1929, cristalizó en un acuerdo formal y definitivo, el Plan Young (que debe su nombre al banquero norteamericano responsable de las negociaciones), que rebajaba el monto total de las compensaciones y establecía un calendario de pagos hasta 1987.[34] La relación existente entre las compensaciones alemanas y las deudas de guerra contraídas entre los aliados se puso claramente de manifiesto: la deuda de los franceses con Estados Unidos sólo acabaría de pagarse un año después, en 1988. Gracias al Plan Young, los aliados también renunciaron a la fiscalización de las cuentas públicas de Alemania, que no recibía nada. Pero nada más aprobarse este Plan, llegó la Depresión. El presidente norteamericano Herbert Hoover concedió un año de moratoria en cuanto a reparaciones y compensaciones de guerra, por lo que, en junio de 1922, en Lausana, los aliados acordaron aplazar las reclamaciones sobre Alemania, puesto que tampoco ellos cumplían con sus obligaciones para con Estados Unidos.

Infame final para un capítulo miserable de las finanzas y la diplomacia internacionales. Según los cálculos más recientes y más fiables, si Alemania

hubiera cumplido con las obligaciones firmadas, el coste final habría ascendido a no menos del diez o el doce por ciento del producto anual bruto del país.[35] Si bien representaba una cantidad nada desdeñable, en términos contables Alemania habría podido asumirlo. Desde un punto de vista político, las cosas no eran tan fáciles, sin embargo. Como señala Gerald Feldman, "la paradoja de las compensaciones de guerra consistía en que las ineludibles obligaciones contraídas por el Estado alemán minaban la legitimidad y la estabilidad que el propio Estado necesitaba para cumplirlas".[36]

La cuestión de las reparaciones era un dardo envenenado presentado en bandeja de plata para todas las fuerzas que se oponían a la democracia de Weimar. Voces de personajes muy destacados se alzaron contra todos y cada uno de los planes que se presentaron, desde el Ultimátum de Londres hasta los planes Dawes o Young. Importantes campañas de propaganda política se encargaron de proclamar a los cuatro vientos "las imposiciones de Versalles" y "el trabajo de esclavos" que representaban aquellas compensaciones que, supuestamente, tanta pobreza y tantas penalidades habrían de traer a los alemanes. La carga propagandística era tal que hacía casi imposible en Alemania la ya de por sí difícil tarea de conseguir una mayoría democrática, y era capaz de socavar hasta la voluntad y la determinación de los políticos más moderados, completamente difuminados entre el descontento popular y las voces que clamaban contra las compensaciones. Personajes influyentes y poderosos, como el industrial Hugo Stinnes y el diputado del Reichstag, Karl Hellferich, eran quienes llevaban la batuta en los continuos ataques a los diferentes gobiernos de Weimar, especialmente Hellferich que calificaba de entreguismo cualquier gesto de buena voluntad, ya fuera de bienes o intereses alemanes cuando no del propio pueblo alemán (se trata del mismo Hellferich que tanto se ensañase con Matthias Erzberger, convirtiéndolo en un personaje odiado hasta el punto de morir asesinado). Stinnes iba por libre, y se dedicaba a viajar por Inglaterra y Francia a título individual para entablar negociaciones, al tiempo que criticaba ferozmente las, en su opinión, irresponsables políticas que pretendían imponer los dirigentes de Weimar.[37] Hellferich llegó a calificar el Plan Dawes como "segundo Versalles", mientras el conservador fanático, furibundo e impetuoso que era Stinnes le decía a uno de sus colaboradores que "sólo una guerra puede sacarnos de

esta situación”. Por otra parte, estaba seguro de que Alemania derrotaría a Francia, que reconquistarían los territorios perdidos y aún más, incluso “si para conseguirlo hubiera que arrasar nuestra incomparable cuenca del Ruhr”.[38]

La derecha nunca estuvo del lado de la República, aunque lo más trágico, si cabe, es que Weimar jamás recuperó la confianza de las clases medias, que tanto habían perdido por culpa de la inflación. Como consecuencia de las decisiones que había tomado el Parlamento, el Gobierno acordó una serie de medidas para reevaluar la moneda, una decisión que, en teoría, habría de beneficiar a quienes tenían que pagar una hipoteca o cualquier otro crédito. Sin embargo, tales disposiciones no fueron de gran ayuda. En nada alteraron el hecho incontestable de que la clase media se había quedado en la miseria, y que lo poco que tenía se lo había llevado la vorágine de la inflación. La República, por otra parte, perdió también incontables apoyos entre la clase trabajadora. Si la inflación había sido nefasta, a continuación llegaron las reducciones salariales, los largos periodos de desempleo y la desaparición de la jornada de ocho horas, un golpe bajo en realidad, tan terrible como simbólico. Durante los años siguientes, los salarios de los trabajadores volverían a incrementarse y disminuirían de nuevo las horas de la jornada laboral, pero la República nunca volvió a gozar de credibilidad entre los obreros. Por lo que se refiere al sector agrario, los agricultores sacaron tajada de la inflación en un primer momento: podían pagar las hipotecas en moneda devaluada, hacían suculentos negocios con los ciudadanos hambrientos que acudían a ellos y las exportaciones iban viento en popa. Pero la inflación no ayudó a resolver los problemas estructurales y a largo plazo del campo alemán. El sector agrario fue el primero en sufrir las consecuencias de la Gran Depresión, y también los agricultores, cómo no, le echaron la culpa “al sistema”.[39]

La República de Weimar perdió el apoyo de la clase media por culpa de la inflación, y el de la clase obrera por el plan de estabilización; nunca contó con el respaldo de los agricultores. Puede parecer un poco exagerado, pero así fue en realidad.

A pesar de todo, el plan de estabilización acometido en 1923 y 1924 dio sus frutos. Bastó para mantener la unidad territorial de Alemania y para poner fin a las intentonas revolucionarias de la extrema derecha y de la izquierda. Estabilizó la moneda alemana, primero con el Rentenmark y, más adelante, en el otoño de 1924, con el Reichsmark, que volvió a adoptar el patrón oro, decisiones ambas que contribuyeron a reanimar la economía y a atraer capital norteamericano. Tanto las empresas alemanas como los ayuntamientos y los gobiernos territoriales eran ávidos receptores de empréstitos norteamericanos, que no les salían demasiado caros. Las empresas invertían en fábricas y en equipamientos; los ayuntamientos, en viviendas sociales y en centros de salud. El Producto Nacional Bruto pasó de 71.145.000 Reichsmark en 1925 a 88.486.000, en 1928.[40] En 1927, la producción industrial alcanzó, por fin, los niveles de 1913, e incluso los superó en los dos años siguientes.[41] En 1927 y 1928, el Gobierno del Reich intervino como mediador en numerosos conflictos salariales, y comenzó a tratar de rebajar de nuevo la jornada laboral e incrementar la retribución por hora trabajada. Muchos de los obreros del sector industrial atisbaron una vez más la tan deseada jornada de ocho horas.

Fueron los famosos "años dorados" de la República de Weimar, y de ellos dan fe tanto las estadísticas como el nivel de vida. Los alemanes entraron en una vorágine consumista, con ganas de estar a la última. Hasta los trabajadores buscaban cosas rimbombantes y con estilo; cada vez más gente se mostraba dispuesta a comprar a crédito. El consumo abolió las encorsetadas diferencias sociales, tal y como explicaba el director de unos grandes almacenes ante un comité de investigación del Reichstag. Destacaba el hecho de que hasta la clase media compraba a crédito cuando, antes de la guerra, sólo los más pobres se endeudaban para hacer sus compras. "Hoy en día, los trabajadores bien retribuidos se sienten, más o menos, miembros del segmento más bajo de la clase media, y se han adaptado al modo de vida que antes llevaba ese sector de población, pero sin tener tan claro el valor de las cosas […] En términos generales, puede decirse que la austeridad como razón de ser se ha diluido. La gente […] también quiere disfrutar algo de la vida, y gasta el dinero en ropa y en complementos de toda índole".[42] Otros señalaban que hasta los menos

pudientes compraban mantequilla en lugar de margarina, y todo el mundo quería carne de buena calidad.[43] Tenderos, legisladores, inspectores del Gobierno y trabajadores sociales, todos ofrecían la misma explicación: la guerra y la inflación. Bastantes privaciones habían sufrido y, como bien decía el director de aquellos grandes almacenes, tenían ganas de disfrutar. Durante la guerra y la inflación habían aprendido que el dinero y las cosas, incluso la vida, eran efímeros. Lo que tenía cierto valor en un determinado momento podía dejar de tenerlo al siguiente. Todo lo que parecía sólido podía esfumarse en un segundo, y no, como afirmaba Marx, por culpa del capitalismo en general, sino por las críticas condiciones que habían traído la guerra mundial y la hiperinflación.

Más valía disfrutar del presente que vivir con la mirada puesta en el futuro, una actitud que le venía muy bien a la industria publicitaria, que la cultivó con mimo y conoció una fuerte expansión en aquellos años de consumo de masas. Los anunciantes mezclaban el atractivo del sexo con la pureza de líneas del diseño modernista. La sopa Kaloderma recurría en sus anuncios a una mujer vagamente asiática, del estilo de Madame Butterfly, con gruesos, pero modernos, caracteres de imprenta. Las plumas Montblanc se anunciaban con un montaje que incluía un juego de palabras cargado de intención política: “Después de la revolución, Montblanc sigue siendo la reina de las plumas”. Vogue recurría a una mujer moderna, elegante y atractiva, con tipos de imprenta igualmente modernos, para anunciar su perfume (véase ilustración en color 2).

Apenas existían diferencias entre publicidad y arte. Muchos pintores trabajaron para agencias de publicidad, y revistas tan sesudas como Die Neue Linie, diseñaban portadas que bien podían considerarse reclamos publicitarios.[44] Los arquitectos de los nuevos grandes almacenes, como Erich Mendelsohn, pusieron gran empeño en el diseño interior para que la exposición de los objetos en venta resultase atractiva y seductora. Por fuera, los nuevos materiales de construcción, acero, hormigón armado y lunas de cristal permitieron la apertura de enormes escaparates. La labor de los escaparatistas pasó a ser una profesión, con sus estudios, exámenes y título correspondiente. Tanto en Berlín como en capitales de provincia, se palpaba la riqueza por todas partes, así como la pasión por el diseño moderno y el consumismo.

Incluso publicaciones burguesas y mediocres, como Die Gartenlaube: Illustriertes Familienblatt, ofrecían una imagen a tono con el consumo moderno. Se trataba de una revista fundada en la década de 1850, dirigida a mujeres de clase media (o que aspiraban a formar parte de ella). Era un popurrí de géneros populares, que incluía algunas páginas de noticias de actualidad con grandes despliegues de fotoperiodismo. También publicaba novelas o relatos por entregas, con su correspondiente dosis de suspense, pero que siempre acababan bien. ¡Ni hablar de Schmutz und Schund en sus páginas! Como es natural, Die Gartenlaube tenía secciones de salud, belleza y cocina; en sus portadas siempre aparecían dibujos o fotografías de niños y familias en bucólicos escenarios, como meriendas campestres a orillas del Rhin (¿qué más se podía pedir?). Si bien a los responsables de la publicación les encantaba todo lo que tuviera que ver con las familias de la realeza, también había páginas dedicadas a la actualidad deportiva, así como secciones de viajes a lugares exóticos, en expecial a Oriente.

Die Gartenlaube trataba de ser una revista moderna, siempre dentro de los límites del decoro y la corrección burgueses, tanto en sus contenidos como en las páginas de publicidad. Así rezaba el texto que acompañaba a un anuncio del jabón Persil:

¡Mujeres sanas, gente sana!

¿Se puede promover la salud cuando nuestras mujeres se rompen la espalda ante la pila de lavar la ropa y, como antiguamente, tienen que frotar y restregar la colada? Una insensatez, una locura. En una época en la que todos miramos por la salud, ¡Persil ofrece la posibilidad de conseguir un blanco inmaculado, resplandeciente!

¡Mujeres, lavad con Persil![45]

El colmo de la modernidad era lavar a máquina, no a mano. Las mujeres mayores podrían aprender de las más jóvenes una forma más moderna de hacer las cosas:

¡Las mujeres jóvenes lo tenemos más fácil!

¡Qué tormento hacer la colada sin Persil! Todavía hoy, las mujeres mayores no se han acostumbrado, a pesar de que no hay duda cuando se hace la prueba sin prejuicios:

¡Con Persil, hacer la colada es mucho más fácil que antes y con idénticos resultados![46]

A modo de resumen de tantas ventajas, otro anuncio aseguraba: “Persil es hacer las cosas sin cansarse, sin molestarse, sin ponerse de mal humor. Persil es la nueva forma de hacer la colada de la mujer moderna”.[47]

Como puede verse, los anunciantes se dirigían sobre todo a las mujeres. Ellos fueron quienes modelaron y crearon la imagen y la realidad de la mujer como consumidora. Recurrían a todos los encantos –elegancia, estilo y sexo– con tal de vender, sugiriendo siempre las posibilidades que ofrecía el paraíso del consumo, una utopía de abundancia en la que poseer determinados objetos era el camino más seguro hacia la realización personal. Los anunciantes no prestaban demasiada atención a las capacidades intelectuales de la mujer, o en palabras de un colaborador de la revista corporativa de los publicitarios:

Las mujeres suelen tener muy en cuenta sus circunstancias personales. Sin embargo, son fáciles a la hora de dejarse llevar. Lo primero que se preguntan es si algo les parece útil o interesante. Y todo lo miden según cómo les siente, cómo se sientan o si les gusta o no. Hechos comprobados, razones lógicas, consideraciones abstractas o detalles técnicos son cosas que no les llaman demasiado la atención. Cuando van de compras, las estadísticas o la política les traen al pairo. Lo único que quieren es una respuesta a lo que van buscando […]

Por profesionales y modernas que sean, o de ideas progresistas, les encanta que les hablen con un lenguaje directo y personal. Si se llega a conectar de forma personal con ellas, son ante todo mujeres.[48]

De ahí la necesidad de que los anunciantes dejasen de pensar en términos masculinos y no recurriesen al sarcasmo ni al humor, que no eran cualidades propias ni apreciadas por las mujeres.

Si el consumo moderno fue uno de los rasgos característicos de los años dorados de la República de Weimar, el otro fue la “racionalización”, término referido, fundamentalmente, a los métodos científicos aplicados a los procesos productivos, con vistas a aumentar la producción con menos mano de obra. Causaban furor los adelantos que tenían que ver con la tecnología y la gestión empresarial: hubo muchas fusiones, se mecanizaron muchos procesos y se despidió a muchos trabajadores. Más de setecientas instituciones –estatales, privadas o mixtas– se dedicaban a investigar y a planificar la racionalización.[49] A pesar de tanto empeño, pocas fueron las iniciativas realmente innovadoras que se pusieron en marcha en la década de 1920. La mecanización del llenado de sacos de cemento fue una mejora importante, sobre todo para los obreros que llevaban a cabo semejante labor en las cementeras, siempre rodeados de un polvo que acababa por destruirles los pulmones; pero nadie se atrevería a afirmar que se tratara de una iniciativa rompedora y de calado, capaz de mantener por sí sola una economía en expansión.

Norteamérica se convirtió en el modelo a seguir en cuanto a la racionalización.[50] Durante la década de 1920, cientos de empresarios, ingenieros y sindicalistas viajaron a Estados Unidos. Apenas repararon en las bellezas naturales del país, porque rara vez se acercaron a Nueva Inglaterra, a la costa oeste o a los estados del sur. Desembarcaban en Nueva York y se iban directamente al industrializado Medio Oeste para hacerse una idea de las instalaciones industriales norteamericanas. Querían ver de cerca el funcionamiento del sector industrial más avanzado del mundo. Investigaban y escribían sobre innovaciones tecnológicas y la revolucionaria forma de organizar la producción, sobre todo la cadena de montaje, cuyo ritmo y eficacia dejaba boquiabiertos a los más que serios y circunspectos empresarios alemanes.

Nada les llamaba tanto la atención como la figura sacrosanta de Henry Ford y las dos fábricas de Detroit, Highland Park y River Rouge. En Alemania se reeditó la autobiografía de Ford en innumerables ocasiones, y todo el mundo la había leído. Era el símbolo por excelencia de Norteamérica, el hombre hecho a sí mismo, el ingeniero brillante que había levantado un imperio económico. En comparación, Alemania parecía una nación anquilosada y apegada a lo tradicional. ¿Quién iba a encontrar a un campesino alemán que, tras crear su propia empresa, hubiese ascendido hasta lo más alto del poder ejecutivo? Imposible, el sistema social vigente en Alemania impediría que ocurriese nada semejante.

Había ingenieros, como Franz Westermann, que no dejaban de hablar de la "imponente experiencia" que, para él, había supuesto la visita a la Ford, "la impresionante fábrica, levantada por ese hombre en tan poco tiempo, que no sólo sobrecoge por sus dimensiones y por las técnicas utilizadas para construirla, sino que hasta su espíritu está presente […] transmitiendo su energía a las personas que trabajan en ella".[51] Westermann ensalzaba el "ritmo de trabajo que se contagia a todos los demás, igual que la banda militar marca el paso de los que desfilan y hasta de quienes los contemplan"; no faltaban quienes tildaban aquel sistema productivo de "sinfonía" o de "experiencia trascendental". Cada trabajador sabía cuál era su cometido y, entre todos, conseguían un maravilloso resultado.[52]

Westermann se refería a la cadena de montaje, la importante innovación introducida por Ford. Aunque había quien criticaba la monotonía de la tarea, algunos afirmaban que resultaba menos dura que otras formas de producción y, en consecuencia, mejor para los obreros. En cualquier caso, la cadena de montaje no sería tan mala, puesto que proporcionaba buenos salarios y alentaba el consumo, hasta el punto de que los trabajadores americanos podían adquirir bienes duraderos que, desde luego, no estaban al alcance de los obreros alemanes, lo que generaba una situación que también formaba parte de la innovación norteamericana, porque el bajo coste de producción de la cadena de montaje repercutía en los precios relativamente bajos de los productos que podían venderse en el, por lo visto, insaciable mercado interno norteamericano. Los visitantes alemanes –hombres de negocios, ingenieros y representantes de los trabajadores– se quedaban atónitos al

comprobar que los obreros americanos podían comprarse una casa, o incluso cambiar un automóvil modelo T por otro más lujoso como el Nash.[53]

Otros visitantes, sin embargo, se quedaron impresionados con las prestaciones del servicio posventa en un mercado tan vasto. Según Felix Deutsch, presidente del gigante electrónico AEG, la gran conquista de los americanos era que el cliente siempre tenía razón. En respuesta a una encuesta realizada por el Vossische Zeitung, respondía que en Estados Unidos no se hablaba de otra cosa, que lo que marcaba las directrices y perspectivas en los negocios era la importancia que se concedía a un buen servicio, siempre orientado a satisfacer los gustos del consumidor.

El compromiso de ofrecer un buen servicio se ha convertido en una especie de religión en el mundo de los negocios en aquel país. Llama poderosamente la atención el esmero con que se atiende a todo el mundo en cualquier ramo, gentileza que no decae ni aun cuando la persona que se encuentra del otro lado del mostrador haya pasado horas enseñando toda clase de artículos y el cliente salga de la tienda con las manos vacías. Lo mismo puede decirse en cuanto al cambio o reembolso de mercancías ya vendidas pero que no han resultado del gusto del cliente.[54]

Todos los alemanes sabían que, en su país, nunca ocurriría algo así, igual que jamás un peón podría llegar a la cúspide de la clase empresarial.

Pocos fueron los visitantes alemanes que indagaron más en profundidad acerca del dispar reparto de la riqueza en la sociedad norteamericana, o que repararon en la cuestión de la segregación racial. A los empresarios alemanes les traían sin cuidado las depravadas políticas antisindicales, el racismo o el antisemitismo, que eran moneda corriente en la Ford. Lo único que veían en la década de 1920 era aquel “sistema norteamericano” que tan alto habría de llegar en los decenios de 1950 y 1960: alta tecnología, bajos costes de producción, mercadotecnia de masas y salarios elevados.

Se trataba de una fórmula que causaba perplejidad, que había que estudiar con atención. ¿Podría ser trasplantada con éxito a Alemania? Muchos pensaban que no. Al decir de empresarios e ingenieros, Alemania carecía de un mercado interno tan importante como el norteamericano y no podía permitirse unos salarios tan altos. Por otra parte, no dudaban en afirmar que

a los alemanes les interesaba el “trabajo de calidad” (Qualitätsarbeit), por la alta especialización de sus artesanos para realizar labores de precisión. En vez de apostar por la cadena de montaje, empresarios, ingenieros, psicólogos y sociólogos se centraron en el análisis de eficacia y en las técnicas psicológicas para incentivar la actividad en el puesto de trabajo. Para introducir tan innovadores esfuerzos por “encarrilar” a los trabajadores, se recurrió a modernas técnicas psicológicas, así como a cambios tecnológicos y organizativos de la producción que sólo sirvieron para restar autonomía a los trabajadores cualificados de los talleres. Los trabajadores tenían que ser evaluados, observados, preparados y dirigidos sin cesar. De esta manera, los directivos tuvieron más poder y se intensificó el ritmo de trabajo.

Se suponía que la recompensa –como en el modelo de “a elevados salarios, mayor consumo”, de Henry Ford– se traduciría en prosperidad económica para todos y, por esta razón y por su apuesta por la tecnología, los socialdemócratas apoyaron la racionalización del trabajo. Pero las ventajas sociales nunca se materializaron, al menos no hasta el punto de que supusieran beneficios importantes para la mayoría de la clase trabajadora. Es cierto que las principales empresas pusieron en marcha una serie de programas de bienestar para que los trabajadores se sintieran más identificados con ellas. Sin embargo, las prebendas importantes, como la de proporcionar viviendas a cargo de la empresa, sólo las disfrutaban los más privilegiados. La mayoría sólo tenía acceso a equipos deportivos, parques y zonas de juego, iglesias, actividades culturales, periódicos y asociaciones recreativas, todo a cargo de la empresa para que los trabajadores estuvieran a gusto en su puesto. También se tenía muy en cuenta a las mujeres, no a las operarias, sino a las esposas de los trabajadores, con el argumento de que, al ser quienes velaban por “la unidad familiar”, el puntal de la sociedad, ellas debían ser las destinatarias de una serie de consejos para llevar adelante las tareas domésticas de forma más productiva; tampoco faltaban recomendaciones en cuanto al dispendio prudente de los salarios que sus maridos trabajadores llevaban a casa. Un hogar bien equipado, cómodo y racional, significaba el sosiego y el descanso que aquellos hombres necesitaban para cumplir con su tarea diaria en la fresadora, en la mina o en los altos hornos.

Pero, lejos de traer prosperidad a los trabajadores, la racionalización sólo les supuso quebraderos de cabeza. Entre 1924 y 1929, el desempleo aumentaba

al mismo ritmo que los salarios, y los trabajadores que conservaban un puesto de trabajo descubrieron que aquel ritmo tan fuerte les sacaba de quicio y quebrantaba su salud. Si a alguno se le ocurría protestar, lo primero que le decían era que había millares como él a la puerta, dispuestos a ocupar su lugar. A finales de aquella década, en una fundición de planchas de latón, el tamaño de la plantilla se había reducido al sesenta por ciento de la existente en 1923, en tanto que la producción se había incrementado entre un cincuenta y un sesenta por ciento. Entre 1922 y 1928, el número de mineros que trabajaban en la cuenca del Ruhr disminuyó en un treinta y tres por ciento, pero la producción había aumentado de forma significativa.[55] Según algunas estimaciones, entre 1926 y 1930, la productividad por hora trabajada se incrementó en un veinticinco por ciento en el sector metalúrgico, en un dieciocho en la minería, en un quince en las acerías y en un trece por ciento en el sector químico.[56] ¿Cómo se había llegado a esa situación? En el caso de la minería, el trabajo en galerías –cuadrillas de mineros que seguían una veta durante un trecho de mayor o menor longitud– permitió que los capataces controlasen más de cerca el trabajo de los hombres, facilitando la utilización de máquinas más modernas, circunstancias ambas –rígido control del trabajo y mayor mecanización– que culminaron en un incremento de la producción con menos trabajadores. En el sector industrial, más que la cadena de montaje lo que se impuso fue el trabajo a destajo, y de ahí sin duda la mayor productividad, que sirvió para alentar la explotación de la mano de obra. Las compensaciones por el trabajo a destajo eran tan bajas que, para llegar a un salario medianamente razonable, los operarios tenían que trabajar de forma más rápida y eficaz, lo que dispararía los costes en materia de salud: mantener durante más horas un ritmo de trabajo febril desembocó en un incremento notable de los accidentes laborales, a veces con consecuencias tan graves como amputaciones, quemaduras o enfermedades pulmonares. El trabajo en el sector industrial, siempre pesado, arduo e insalubre, se convirtió en una actividad más frenética y peligrosa si cabe.

Las mujeres trabajadoras realizaban sus tareas en condiciones aún más desalentadoras. En 1928, el sindicato del sector textil llevó a cabo un estudio en el que pedía a las trabajadoras que hablasen de la vida que llevaban. Casi todas las mujeres que respondieron eran obreras que tenían una presencia activa en el movimiento sindical y, en consecuencia, eran poco

representativas de la gran mayoría de mujeres trabajadoras. Sin embargo, sus respuestas, recopiladas en Mein Arbeitstag, mein Wochenende [Mi día de trabajo, mi fin de semana] nos permite hacernos una idea cabal de cómo vivían las mujeres trabajadoras en la época de la República de Weimar.[57]

Aquellas mujeres describían su vida como una monótona rutina regida por el despertador, la sirena de la fábrica, el repiqueteo metálico de las máquinas en los talleres y las inacabables tareas domésticas. Transmitían la idea de un pueblo que no dormía lo suficiente, sin tiempo para descansar, que se levantaba a las cinco y media de la mañana, o antes, y que no se acostaba hasta las once de la noche, o después. Antes de ocupar sus puestos ante los ruidosos telares, habían hecho las camas, barrido y quitado el polvo, habían preparado la comida, fregado los platos, habían despertado a los niños y los habían arreglado para ir a la escuela. A la hora de comer, algunas se acercaban corriendo hasta su casa para que hijos, padres y hermanos almorzasen un plato caliente, y volvían a toda prisa a la fábrica, adonde llegaban en el momento en que ululaba la sirena que marcaba el comienzo del turno de tarde. Si alguna de sus compañeras hacía una breve pausa para comer a toda prisa un bollo con mantequilla o para ir al baño, ellas se hacían cargo de las máquinas que atendía esa mujer, además de las suyas. Algunas tenían que estar de pie todo el día; otras permanecían encorvadas para atender las máquinas. Sus condiciones de trabajo y sus dolencias físicas diferían poco de las padecidas durante los primeros balbuceos de la industrialización en la Inglaterra del siglo XIX. “Una sale de la fábrica molida, completamente agotada”, afirmaba una de ellas.[58] Por la noche, había que preparar la cena, fregar los platos, recoger la ropa y atender a los niños. Los salarios, sobre todo los femeninos, eran demasiado bajos como para sostener una familia, y el posible extra por trabajar a destajo sólo les suponía un ritmo más enloquecido de vida.

Todos colaboraban en el mantenimiento del hogar, y si padres o maridos estaban incapacitados o desempleados, la situación se volvía dramática. Los sábados sólo se trabajaba media jornada en las fábricas, pero a las tareas domésticas había que dedicar incluso gran parte del domingo. La colada –que en ocasiones sólo se hacía cada cuatro o seis semanas– requería todo un fin de semana. Los hombres de la casa, ya fueran hermanos, padres o maridos, vivían a mesa puesta y disponían de ropa limpia. Que una de aquellas mujeres contase que su padre cocinaba o que su marido le echaba

una mano en las tareas domésticas era algo realmente excepcional. A veces, vivían hacinados.

En casa somos seis de familia, un niño de nueve años y tres chicas ya mayores, de diecinueve, veinticinco y veintiocho años. Los seis tenemos que apañarnos en dos habitaciones […] Ni siquiera por la noche hay un momento de tranquilidad: siempre alguno molesta a otro. Las camas –sólo tenemos cuatro– están todas juntas. Cuando uno u otro decide que quiere irse a descansar, tiene que saltar por encima de los que ya están dormidos. Si alguien cae enfermo, las cosas se complican aún más.[59]

Las que eran madres no ocultaban su preocupación por las horas que tenían que dejar solos en casa a los niños, su anhelo de pasear con ellos antes que tener que ir corriendo a la fábrica. Al llegar, a última hora de la tarde, sólo querían un rato de tranquilidad y descansar, pero tampoco lo encontraban:

Entre encender la cocina, preparar la cena y repasar los deberes, mientras limpias y preparas las verduras para el día siguiente, aireas el dormitorio y haces las camas, friegas los suelos y los platos, muchos días me dan las ocho. Es ese maravilloso momento con el que llevo soñando todo el día, ese rato delicioso en que me siento a cenar y a leer el periódico. Miro el reloj: las nueve. Estoy cansada, el pequeño ya está dormido y a mí también me gustaría irme a la cama. Pero no puedo. Todavía no he acabado. Tengo que sacar la máquina de coser […] Dado que yo hago casi toda la ropa que nos ponemos, no puedo dejarlo todo para la tarde del sábado o para el domingo. El trabajo de la fábrica sólo nos permite llevar una vida miserable, y eso que nos pagan a precio de destajo.[60]

Si les tocaba trabajar en el último turno, llegaban a casa cuando su marido y sus hijos ya estaban dormidos, y aún tenían que hacer las labores domésticas hasta primeras horas de la madrugada. Incluso los más pequeños se daban cuenta del ritmo semanal de trabajo, y estaban deseando que llegase el domingo para que sus padres y sus madres se quedasen en casa con ellos. 61 [61] Su inseparable compañero era el agotamiento: “No dejo de decir siempre lo mismo: lo mejor que tiene un trabajador (y no todos pueden decirlo) es una cama. Al menos, mientras duerme, se le olvidan las preocupaciones ”. [62]

El incremento de los despidos, incluso durante los llamados años dorados de la República, era la causa de que la gente joven encontrara muy difícil y, en ocasiones, imposible hacerse un hueco en el mercado de trabajo. Por otra parte, a los trabajadores de más edad les costaba adaptarse a los nuevos y febriles ritmos de trabajo. Justo antes de que comenzase la Depresión, la dirección de la fábrica Leuna, de productos químicos, fijó una serie de criterios para despedir a aquellos trabajadores “de más edad y menos productivos” y sustituirlos por otros “más jóvenes y dinámicos”.[63] Más tarde, un directivo de la Krupp lamentaría que la empresa hubiera tenido que despedir a antiguos y fieles trabajadores cualificados, pero no les quedaba otra alternativa, ya que “a la vista de las exigencias de los nuevos métodos de trabajo, su deficiente nivel de productividad representaba una carga para la empresa”.[64] No le faltaba razón al Partido Comunista cuando afirmaba que la racionalización a la alemana se traducía en “ métodos de producción y explotación norteamericanos, con unos beneficios empresariales similares, pero sin los salarios norteamericanos sino con los alemanes, que son de miseria ”.[65]

La moderna economía de Alemania no dependía sólo del trabajo que realizaban los operarios: necesitaba también del respaldo de equipos técnicos en despachos y laboratorios. La función de los “burócratas” no había sido reconocida hasta poco antes de la Primera Guerra Mundial. Tanto Emil Lederer, antes de 1914, como Hans Speier, Theodor Geiger y Siegfrid Kracauer en la década de 1920, observadores perspicaces todos ellos, publicaron estudios pioneros.[66] Tenían mucha labor por delante. Entre 1885 y 1925, el número de empleados en estas divisiones se había multiplicado por cinco, mientras que ni siquiera se había duplicado la cifra de obreros manuales. Por extraño que parezca, en 1930 sólo la quinta parte de los asalariados realizaba las mismas tareas que habían llevado a cabo sus padres.[67] En otras palabras, el trabajo burocrático era uno de los pocos segmentos en que se registraba una importante movilidad social en Alemania.

Eran trabajadores que no tenían mucho que ver con la antigua clase media de tenderos y artesanos altamente cualificados, que todavía agrupaba a un sector muy importante de la población. Según el censo de 1925, de 35,8 millones de trabajadores en activo, unos once millones eran autónomos "con familia a su cargo", de los cuales siete millones desempeñaban su cometido en el sector agrario, es decir, que sólo había unos cuatro millones de trabajadores autónomos que regentasen su propio negocio en los sectores artesanal y comercial, o profesionales liberales.[68] Muchos de ellos eran tenderos y artesanos que, por definición, eran dueños de los talleres y tiendas en que trabajaban. Encarnaban las tan alabadas cualidades de "independencia" sobre las que se asentaba la sociedad alemana, como con tanto empeño aseguraban Stresemann y todos los políticos que se encontraban a la derecha de la socialdemocracia. Vivían, sin embargo, en unas condiciones lamentables, y no sólo por culpa de la inflación. Eran un grupo numeroso que, desde tiempo atrás y con un enfoque puramente económico, habían sufrido el acoso de los procesos de fabricación industrial y de las ventas de los grandes almacenes. En la década de 1920, pocos zapateros o sombrereros artesanales se atrevían a competir con fábricas que, a diario, generaban a millares los mismos productos que ellos; eran pocas las tiendas de ropa que podían hacer frente a los precios y ofertas de los grandes almacenes, como Schocken o Wertheim. Durante los años de la República de Weimar, muchos de los que engrosaban esta vieja clase media viraron hacia posiciones políticas cada vez más derechistas, hasta que acabaron cayendo en brazos de los nazis, que no ahorraron esfuerzos para atraerlos.

En las décadas de 1920 y 1930, el mayor interés lo suscitaba esa nueva clase media, precisamente por la novedad. Su número –unos 5,3 millones, según el censo de 1925– sobrepasaba con mucho a los aproximadamente cuatro millones de trabajadores y profesionales liberales que constituían la antigua clase media.[69] Como la mayoría de los trabajadores del sector industrial, eran empleados por cuenta ajena que trabajaban a cambio de una paga, por mucho que hablasen de salario para diferenciarse de los obreros manuales. En su libro The Salaried Masses (Las masas asalariadas), Siegfried Kracauer ofrecía una descripción de las rígidas estructuras laborales por las que se regían.[70] El moderno lugar de trabajo estaba organizado como un ejército, disciplina y jerarquía por encima de todo. Lo que más valoraban empresarios y directivos era la subordinación. Antes de la contratación, los posibles

empleados tenían que superar un conjunto de pruebas de aptitud. En el caso de ventas al público, las posibles vendedoras tenían que ser de trato agradable; en bancos y grandes empresas, aparte de sus aptitudes mecanográficas o para atender el teléfono, tenían que dar muestra de un comportamiento correcto y sumiso. Si su velocidad a la hora de escribir a máquina no alcanzaba la media exigida, la empresa les proporcionaba clases de mecanografía al compás de música militar, como señalaba Kracauer, entre horrorizado y divertido.

Como las fábricas racionalizadas, la oficina moderna era enorme y anónima, y el trabajo, mecánico y especializado. Los empleados eran tan numerosos que pocos directivos sabían los nombres de sus subordinados y nada, desde luego, de sus circunstancias personales; eran como fuerzas de infantería en orden de batalla, una masa anónima y servil, que mantenía la actitud proverbialmente alemana de agachar la cabeza ante los superiores, en actitud de subordinación y obediencia, y pisotear a sus inferiores. El trabajo se mecanizó: un zumbido constante de máquinas de escribir y de calcular, máquinas para abrir y cerrar el correo o escribir direcciones postales, taladradoras; los papeles iban de un lado a otro gracias a un sistema de tubos neumáticos. En los departamentos de contabilidad, mujeres jóvenes se pasaban horas y horas sentadas perforando tarjetas que alimentaban de continuo máquinas tabuladoras, precursoras de los ordenadores de nuestros días.[71] Una mecanógrafa no podía aspirar a ser contable, ni una vendedora soñar con trabajar en las oficinas administrativas. A medida que se mecanizaba el trabajo burocrático, la presencia de mujeres se hizo más numerosa, lo que hizo caer la consideración de semejantes tareas. Una oficinista venía a cobrar aproximadamente las dos terceras partes del salario de un hombre que realizase el mismo trabajo.[72]

Eran oficinas muy jerarquizadas. Las empresas no dudaban en proclamar que había posibilidades de ascender, pero éstas eran escasas y muy poco frecuentes. Los puestos directivos estaban copados por una elite privilegiada inaccesible, unida por lazos familiares, educativos, sociales o de clase. Mientras esas personas se eternizaban plácidamente en sus puestos hasta la jubilación, muchos oficinistas se quedaban sin empleo a los cuarenta años, víctimas, al igual que los obreros, de su falta de adaptación a un ritmo más fuerte de trabajo.

Para ganarse a los burócratas, las empresas, por otra parte, desplegaban un amplio abanico de ventajas sociales y actividades para mantener alta la moral. Kracauer hace referencia a una carrera que se celebró por las calles de Berlín, disputada entre equipos patrocinados por las principales empresas del país: una forma barata de hacer publicidad y, de paso, ganarse a los empleados. Basándose en el boletín de la propia empresa, así describía Kracauer una excursión del club de remo de la compañía:

[Era como] una excursión familiar […] en la sede del club de remo […] una mezcla variopinta de directivos de la casa con sus esposas y, como muestra de deferencia, el presidente del consejo de administración, el Consejero Privado X, saludando afablemente a las parejas que bailaban y, al parecer, pasándolo muy bien. Nada de miramientos o reservas, una sencilla reunión de personas para orgullo y deleite de la generación que venga después. ‘Refinamiento informal’ sería el lema más adecuado para la velada.[73]

Kracauer añadía con fina ironía: “No es fácil decir qué era más lamentable, si la confusión entre jovialidad y una sencilla reunión de personas, o la insistencia en proclamar que no había barreras. Es probable que no todo el mundo tuviese la buena fortuna de sentirse cómodo en tales circunstancias”.[74]

Con todo, aún era grande la diferencia entre los empleados asalariados y los obreros del sector industrial. Todos los padres de clase media se sentían inclinados y obligados a casar a sus hijos o hijas para que mejorasen de posición, no para ir a peor. Los centros de trabajo de la nueva clase media contribuían también a darle cierta pátina burguesa. Un folleto publicitario de unos grandes almacenes aseguraba que muchas de sus empleadas vivían hacinadas en pisos oscuros, y alternaban con gente carente de educación.

En nuestra tienda, sin embargo, la mayor parte de las empleadas pasa su jornada laboral en entornos gratos y llenos de luz. El contacto continuo con clientes refinados y bien educados constituye una fuente permanente de estímulo para estas jóvenes. Las muchachas que están aprendiendo, aunque poco preparadas, si son emprendedoras, no tardan en adoptar buenos modales, cuidan su forma de expresarse y también su aspecto físico. La variedad de situaciones con que se encuentran mientras realizan su cometido

basta para ampliar sus conocimientos y mejorar su educación, lo que posibilita su ascenso a categorías sociales superiores.[75]

Kracauer señalaba que “la indudable obsesión de la burguesía alemana por destacar entre la multitud, aunque sólo fueran imaginaciones, dificulta la solidaridad entre los propios empleados asalariados […] De forma que una impresionante sima se abre, como si dijéramos, entre los empleados técnicos y los comerciales, por ejemplo, de una misma empresa”.[76] Los comerciales trataban con desdén a sus compañeros técnicos, mientras estos últimos pensaban que ellos eran los únicos que realmente hacían algo. Por su parte, los funcionarios miraban por encima del hombro a los empleados de la industria privada. Muchos oficinistas, además, pertenecían a algún sindicato, pero eso no se traducía en muestra alguna de solidaridad con los obreros. Ni siquiera las devastadoras consecuencias de la Depresión lograron doblegar su profundo apego a los distintivos de clase, a pesar de lo poco que en realidad repercutían en sus condiciones de vida.

El porcentaje de población que se dedicaba a las tareas agrícolas sufrió un continuo declive durante décadas. Aunque el censo de 1925 indicaba que sólo el 30,5 % de la población trabajadora desarrollaba su actividad en los sectores agrario y forestal, la cifra era representativa de un sector todavía muy importante.[77] La situación de los trabajadores del campo era tan diferente de una parte a otra de Alemania que no es fácil generalizar. Aunque se observaran determinadas tendencias, no se puede decir que ninguna región fuera representativa ni de la forma que adoptaba la propiedad de la tierra ni del sistema social vigente. En Prusia Oriental, por ejemplo, había vastas fincas en las que trabajaban los propietarios, aparceros o peones, pero también tierras de proporciones mucho más modestas. En Sajonia predominaba un modelo mixto de campos propiedad del Estado y de los labradores. En el sur y en el suroeste casi todas las tierras estaban en manos de los agricultores, lo mismo que en el norte y en el noroeste del país, donde predominaban las vaquerías. Los agricultores no aceptaban en modo alguno el sistema de control de mercados y precios que se había impuesto durante la guerra y que, si bien de forma desigual, se mantuvo en vigor durante unos

cuantos años todavía. Muchos eran los que lo sorteaban, lo eludían o lo socavaban sin remilgos gracias al mercado negro.[78] Pero todos sacaban beneficio de que en sus manos estuviera el control de productos básicos para los que existía una gran demanda. Las distorsiones del mercado, como consecuencia de los controles y de la inflación, hicieron que el sector agrícola gozase de un relativo poder, que enconaba especialmente a los habitantes de las ciudades, así como al nutrido grupo de funcionarios que trataba de enderezar la marcha de la economía. Cada vez que se producía una crisis –1918-1919, 1920-1921 y 1923– se desataban rumores de que los agricultores estaban acaparando grandes cantidades de cereal, carne y productos lácteos. Y eso era lo que hacían a veces, esperando a que subieran los precios o a conseguir mejores cosas a cambio de sus productos. Más tarde, la caída de precios sumió a la agricultura en una crisis similar a la de mediados de la década de 1920. En realidad, el sector agrario no disfrutó de los "años dorados" de la República de Weimar, y los agricultores no tardaron en culpar a los socialistas y a los judíos de todos sus males.

El endeudamiento fue el verdadero azote de la agricultura alemana. Los agricultores no cayeron en las garras de la deuda durante la inflación pero sí inmediatamente después. Deseosos de adquirir más tierras, se dedicaron a invertir cuando el negocio les fue bien, y sufrieron las consecuencias cuando los precios cayeron en picado y no pudieron pagar las hipotecas. Por si fuera poco, se quejaban de la escasez de mano de obra, sobre todo de que había pocas chicas que quisieran dedicarse a tareas agrícolas: las mujeres del campo cumplían jornadas de hasta dieciséis o diecisiete horas, en malas condiciones higiénicas y acarreando pesos considerables, siempre bajo la atenta mirada del dueño de la finca o de su esposa. El Gobierno revolucionario de 1918 había abolido las leyes laborales represivas (Gesindeordnungen) que investían a los dueños de las tierras de poderes casi feudales sobre los hombres o mujeres que trabajaban en sus campos. Pero, en realidad, las condiciones de trabajo habían mejorado poco, por no decir que eran incluso peores. La agricultura intensiva, como variante rural de la racionalización, había sido la solución mágica propuesta por los funcionarios y las asociaciones de agricultores para acabar con los males del campo. Burócratas, médicos y trabajadores sociales prepararon cursillos y folletos en los que se enseñaba a las mujeres a manejar una azada o a batir la mantequilla sin tener que inclinarse, convencidos de que semejantes técnicas no sólo disminuirían la tensión que las mujeres sufrían en la espalda, con lo

que llevarían a cabo su trabajo de forma más eficiente, sino que la agricultura sería una actividad más productiva, las mujeres rendirían más y Alemania podría autoabastecerse de alimentos.[79]

Tanto esfuerzo para nada. La solución que propugnaba la agricultura intensiva y la racionalización del trabajo llegó en el mismo momento en que en el país había falta de mano de obra. Para desesperación de granjeros y funcionarios, millares de mujeres jóvenes abandonaban las zonas rurales para trasladarse a ciudades industriales. Quizá el trabajo fuera igual de duro pero, cuando menos, no tendrían que estar pendientes de la constante vigilancia de los capataces. Agricultores y funcionarios les echaban la culpa de la crisis del sector agrícola, pero ellas se sentían más libres. Mientras las mujeres se entregaban a la vida disoluta de las ciudades, los mismos agricultores y funcionarios aseguraban que se estaban socavando los pilares sobre los que se sustentaba el dinamismo de la nación, es decir, una agricultura productiva y una próspera comunidad rural. Pero no lograron convencer a las jóvenes. En regiones como Sajonia, donde las zonas industriales y agrícolas estaban tan próximas, las mujeres que acababan de llegar a la ciudad miraban por encima del hombro a las que seguían limpiando establos y recogiendo estiércol.[80]

Todos los indicadores económicos positivos del segundo periodo de la República de Weimar –alta productividad, consumo en alza e innovaciones tecnológicas– sufrieron un grave descalabro durante el invierno de 1929-1930. El hundimiento del mercado de valores en Estados Unidos, en octubre de 1929, provocó una crisis en el sistema bancario que no tardó en dejarse sentir en Alemania, desde el momento en que los bancos estadounidenses reclamaron el pago de los créditos que vencían a corto plazo. La crisis, que comenzó siendo sólo financiera, no tardó en afectar a la producción, y se agravó en cuanto las empresas empezaron a despedir personal, los ingresos estatales disminuyeron y la demanda se vino abajo. A principios de 1932, en Alemania había oficialmente seis millones de parados, aproximadamente un tercio de la mano de obra disponible. Pero las estadísticas no reflejaban la existencia de otros dos millones de parados “no oficialmente reconocidos”;

es decir, que el paro afectaba, más o menos, al cuarenta por ciento de la población en edad de trabajar. Era una tasa incluso más elevada que la de Estados Unidos. En sectores industriales concretos, la situación era aún mucho peor: un 41,9% de desempleo en la industria del hierro y el acero, un 48,9% en la industria pesada y un 63,5% en los astilleros. De un Producto Nacional Bruto de 88.486.000 Rentenmark en 1928 se pasó a 55.444.000 de Rentenmark en 1932.[81]

Once años después de haber acabado la guerra, a los seis años de haber pasado por la inflación y la estabilización, los alemanes tenían que hacer frente a otra crisis que no perdonaba a nadie (fig. 4.2.). Y una vez más, lo que no era sino un desastre económico se convirtió en un conflicto político interminable y en una crisis existencial del sistema instaurado en Weimar. Cualquiera que fuera el barniz con que pretendieran disfrazarse los debates políticos, siempre terminaban por aflorar las cuestiones políticas fundamentales: ¿era la República liberal capaz de resolver las inmensas dificultades económicas por las que atravesaba el país? ¿No habría que buscar su origen en el propio sistema? En cualquier caso, para la derecha, que no cejaba en su hostilidad hacia la República de Weimar, la Gran Depresión (o, como preferían denominarla los alemanes, la crisis económica mundial) fue una oportunidad de oro. De nuevo tenía en sus manos la posibilidad real de acabar con la República.



Fig. 4.2.: Reparto gratuito de comida durante la Depresión. Aunque vestidos con ropas andrajosas, los dos hombres que aparecen a la derecha tratan de mantener una apariencia próspera y respetable. Es probable que no fueran sino un ejemplo del tropel de oficinistas despedidos y sin trabajo.

Como ya vimos en el capítulo 3, la inminente quiebra del sistema de protección del desempleo fue lo que desencadenó la crisis. Incapaz de alcanzar un acuerdo sobre si había que rebajar la cobertura a los desempleados o aumentar los impuestos correspondientes, el Gobierno presidido por el SPD tuvo que dimitir. En la primavera de 1930, el presidente Hindenburg designó canciller a Heinrich Brüning, del Partido del Centro, quien vislumbró la amenaza que se cernía sobre toda la acción de gobierno. Los ingresos fiscales disminuían de forma acelerada, y la capacidad de endeudamiento del Gobierno era tan limitada que no encontraba quien le prestase dinero en los mercados financieros, nacionales o internacionales. El Reichsbank, que acababa de dejar de ser tutelado por los aliados, mantenía una política monetaria restrictiva (como le exigía la ley), y no podía fabricar dinero, como en 1922 y 1923, para financiar las

obligaciones contraídas por el Gobierno. Por si fuera poco, Brüning aplicó una política económica prudente y convencional: la única forma de superar la crisis pasaba por adoptar políticas antiinflacionistas; el Estado tenía que recortar gastos como fuese; las empresas tenían que reducir costes laborales y había que bajar los precios. Una vez que la situación quedase encarrilada, las empresas encontrarían nuevos incentivos para invertir, y la economía, una vez saneada, mostraría síntomas de recuperación. Aunque se debatieron todas las propuestas imaginables, especialmente en los medios de comunicación, para estimular la creación de puestos de trabajo y lo que, más adelante, sería tildado de decisiones económicas keynesianas, ninguna de tales medidas fue aceptada por Brüning o por el pensamiento conservador, predominante entre la clase dirigente alemana.[82] Incluso los socialdemócratas estaban de acuerdo con las políticas antiinflacionistas, aunque discrepaban en cuanto a la distribución de las cargas. Todo el mundo tenía presente lo acaecido en 1923: los peligros de la inflación avalaban con creces las políticas antiinflacionistas pretendidas por el Reich. Al igual que le ocurriera a Herbert Hoover en Estados Unidos, también Brüning tendría que pagar un precio político por su estrechez de miras, aunque el resultado final en Alemania, desde un punto de vista político, fuera mucho más drástico y aterrador.

Desde la primavera de 1930 hasta la de 1932, cuando fue destituido por el presidente, acogiéndose al artículo 48 de la Constitución de Weimar, Brüning gobernó fundamentalmente por decreto. Era la única salida que ofrecía un sistema político absolutamente paralizado, en el que no se conseguía alcanzar una mayoría electoral o legislativa que permitiese la adopción de decisiones para hacer frente a la Depresión. Los socialdemócratas, que agrupaban a lo que quedaba de la izquierda durante la República, dieron el visto bueno a la acción gubernamental. Por su forma de ser, Brüning estaba encantado de gobernar a golpe de decreto, una actitud que consideraba como un primer paso para una reorganización en profundidad y más autoritaria de la República. Por la misma razón, no le costó nada aplicar una serie de medidas antiinflacionistas que, sin tocar a las empresas, cargaban un peso cada vez más gravoso sobre el pueblo alemán en su conjunto. No se puede negar que, durante el tramo final de los “años dorados”, los salarios habían subido, igual que las importantes cantidades que tenían que aportar las empresas para cubrir las conquistas sociales conseguidas, como los cursos de formación para aprendices o los impuestos

con los que se financiaban el desempleo, la atención sanitaria o los accidentes laborales, todo como consecuencia de las antiguas políticas de bienestar social alemanas, ampliadas de forma significativa durante la República (y ni siquiera suspendidas en 1923 y 1924). Los gastos del Estado eran muy importantes desde hacía tiempo, más altos que durante el periodo anterior a 1914, e incluso más elevados que en otros países desarrollados. En 1913, el gasto social representaba el 19,3% del total del gasto público en Alemania; en 1929-1930, la cifra llegó a ser del 40,3%.[83] Se trataba de las mismas ventajas sociales que se implantarían en todos los países de Europa occidental a partir de 1945, pero muy difíciles de mantener en una época marcada por un estancamiento relativo y las crisis económicas periódicas. Pero la causa de la Depresión había que buscarla en el descenso de la demanda que provocó la crisis financiera iniciada con el hundimiento del mercado de valores en Estados Unidos.[84]

A golpe de decreto, Brüning aumentó los impuestos, redujo los beneficios sociales, recortó el número de funcionarios del Gobierno y los salarios de quienes se mantuvieron en el puesto, y obligó a los ayuntamientos a presentar unos presupuestos equilibrados. Su sucesor en 1932, Franz von Papen, hizo lo mismo sólo que de forma más artera (como tendremos ocasión de ver en el capítulo 9). El último canciller de la República, Kurt von Schleicher, sólo duró en el cargo un mes, poco tiempo para tratar de poner otras políticas en marcha. En términos generales, puede afirmarse que aquellas políticas fiscales tan restrictivas únicamente sirvieron para empeorar el impacto conjunto de las crisis financiera e industrial, de forma que, para muchos alemanes, la Depresión fue otra catástrofe social de consecuencias inmediatas, el tercer cataclismo de estas características en menos de veinte años. Una vez más, las condiciones de vida empeoraron, los planes de futuro saltaron por los aires y las esperanzas se volatilizaron. La cobertura del desempleo les ofrecía un cierto respiro durante casi un año, transcurrido el cual sólo les quedaba la beneficencia pública. O como decían los propios alemanes: “Demasiadas razones para morir y muy pocas para vivir”.

En 1932, tres jóvenes sociólogos, Marie Jahoda, Paul Lazarsfeld y Hans Zeisel, que no tardarían en abandonar la Alemania nazi y llegarían a gozar de un merecido prestigio en Gran Bretaña y en Estados Unidos, estudiaron las condiciones de vida en Marienthal, un suburbio industrial de Viena destrozado por el desempleo. Era Austria, no Alemania, pero sus observaciones y puntualizaciones acerca de los efectos psicológicos y sociales del desempleo adquirieron amplia resonancia más allá de la comunidad que habían estudiado de cerca: las cosas no debían de ser muy diferentes en cualquier ciudad industrial o pueblo de Alemania.[85]

Los tres sociólogos describieron una comunidad extenuada a fuerza de luchar para encontrar ropa y alimentos. Los niños en edad escolar sólo llevaban bocadillos para la hora de la comida los días en que se cobraban las ayudas de la beneficencia; el resto se quedaban sin comer. Hubo familias que se mantuvieron unidas con dignidad en circunstancias especialmente difíciles; otras acabaron por desintegrarse. Los hombres se dieron a la bebida; las mujeres se agotaban en el empeño de atender a sus familias con

recursos cada vez más escasos. Hubo hombres que huyeron, mientras otros se fueron en busca de trabajo. La gente se entregó de lleno a la cría de conejos, o no le quedó otro remedio que cultivar sus propias verduras en minúsculas parcelas. Muertos y guisados por quienes no tenían nada que comer, todos los gatos y perros desaparecieron de la localidad.[86]

No menos devastadoras fueron las consecuencias sociales y psicológicas. Rodeada de tanta pobreza, la gente estaba destrozada, desesperada. Muy acertadamente, los tres sociólogos titularon uno de los capítulos de su trabajo, "Una comunidad hundida". Los habitantes de Marienthal eran personas apáticas, indiferentes a todo. Sin un trabajo que vertebrase la vida diaria de aquellos hombres, los días se les antojaban vacíos de todo aliciente, mientras discurrían los minutos y las horas sin solución de continuidad. A medida que fue pasando el tiempo, su forma de andar se ralentizó y parecían haberse encorvado. Los alrededores de la localidad también se habían ido deteriorando: la fábrica estaba en ruinas, y el parque, tan bien cuidado antes, invadido de malas hierbas. Aunque había una biblioteca pública y la gente disponía de tiempo, casi nadie se acercaba, porque hasta la lectura era un acto carente de sentido. Las organizaciones culturales, antaño tan pujantes, languidecían por falta de miembros, en un ambiente de apatía generalizada. Los hombres se pasaban muchas horas tumbados en la cama, o haraganeaban al pie de las escaleras o en los patios. "Nada les parece urgente; han olvidado lo que son las prisas".[87]

Para las mujeres, sin embargo, los días guardaban un cierto ritmo: tenían que cocinar, limpiar y atender a los niños. Sus tareas se habían incrementado y eran más agobiantes, porque tenían que ir en busca de comida y de carbón, arreglar ropas que estaban hechas jirones y, además, lavar para otros con tal de sacar unos cuartos para sus familias. Aunque el trabajo en la fábrica había sido duro, siempre se las habían compuesto para llevar también la casa, y muchas soñaban con volver a sentarse delante de los telares. "Si pudiera volver a trabajar en la fábrica, ése sería el día más feliz de mi vida. No sólo por el dinero; es que estar sola, encerrada entre cuatro paredes, es como no vivir […] Desde que cerró la fábrica, la vida es mucho más dura. Una tiene que estrujarse la mollera para pensar qué va a preparar de comer. El dinero no da de sí. Una está callada todo el santo día, sin salir nunca a ningún sitio".[88]

La situación no era mejor para los miembros de la clase media que estaban desempleados: se sentían profundamente desesperados. La Federación de Sindicatos de Empleados de Oficinas envió una encuesta sobre la situación de los parados y, según señalaba Kracauer en su trabajo, obtuvieron respuestas como:

Treinta y nueve años, casado, tres hijos […] Tres años sin ganar un chavo. ¿El futuro? Un trabajo, el manicomio o abrir la espita del gas.

Antes de la guerra, era dueño de varios negocios; tuve que desprenderme de ellos cuando me movilizaron. Cuando regresé a casa, mi esposa había fallecido. Todos mis ahorros se habían esfumado como consecuencia del gran fraude nacional (la inflación). Como tengo cincuenta y un años, siempre me dicen lo mismo: 'No necesitamos gente tan mayor'. La única salida es el suicidio. El Estado alemán nos ha quitado la vida.

Me siento roto por dentro y, a veces, pienso en suicidarme. Además, ya no confío en mis semejantes. Tengo treinta años, soy divorciado, con cuatro hijos.[89]

Había oficinistas en paro que, en ocasiones, trataban de abrir una tienda o de ganarse la vida con las comisiones que obtuvieran como viajantes. Todos llevaban una existencia miserable, como relataba uno de ellos:

Suplicando de puerta en puerta [y] en una situación y con un nivel de vida inferior al del proletariado [aunque] era independiente, pero su independencia consistía en cargar a cuestas con su miseria, sin la tranquilidad social de la que disfrutan quienes perciben un salario.[90]

Así era la vida al final de la República, como consecuencia de una situación global –la crisis de la economía mundial– y las políticas implantadas a nivel nacional por los Gobiernos de derechas que rigieron los destinos de Alemania desde 1930 hasta 1932.

Al final de la Primera Guerra Mundial, los alemanes, como el resto de los europeos, soñaban con volver a la normalidad, lo que para muchos consistía en la estabilidad de precios –o, al menos, en un incremento más moderado– de que gozaban antes del conflicto, un mundo en el que los inversores pudiesen calcular la rentabilidad real de sus operaciones, los terratenientes pudiesen hacer un cálculo ajustado entre las hipotecas que tenían que pagar y las rentas que pensaban obtener, los ahorradores supieran que disponían de dinero para un posible imprevisto, y los asalariados llegasen a una conclusión clara acerca de si los sueldos que percibían daban de sí lo suficiente para comer y tener un techo. Pero, en vez de la estabilidad que había precedido a la contienda bélica, se encontraron con las turbulencias de la posguerra. Aunque también hubo periodos de prosperidad, como cuando los alemanes satisfacían sus caprichos en tiendas de lujo y grandes almacenes. Como en cualquier economía de mercado, no faltaron quienes obtuvieron cuantiosos beneficios de las rápidas oportunidades de especulación que se presentaban. A pesar de la inflación y la Depresión, aún era posible hacer dinero.

A nivel general, sin embargo, las consecuencias fueron el caos y la miseria. Los alemanes nunca habían padecido situaciones como la de la hiperinflación de 1922-1923 o la Gran Depresión de 1930 a 1933, en circunstancias mucho más difíciles que sus vecinos europeos. Ningún otro país tenía que hacer frente a un tiempo a la carga política y económica que representaban las compensaciones de guerra. Pocas eran las sociedades, por otra parte, tan industrializadas como la alemana. Cuando llegó la Depresión, muchos obreros italianos y franceses dejaron atrás las fábricas y volvieron a sus localidades de origen. Pero los trabajadores alemanes, en términos generales, llevaban ya muchas generaciones lejos de los parajes que los habían visto nacer como para ir a buscar cobijo en el ámbito rural. Si bien no puede decirse que vivir en un pueblo, en la década de 1930, fuera el paraíso, la difícil situación de pobreza en el ámbito urbano desarrollado se traducía en graves consecuencias, tanto materiales como psicológicas. Nada más acabar la guerra, las crisis económicas hicieron de los alemanes un pueblo que deseaba y anhelaba seguridad por encima de todo. Pero la inflación, la Depresión y otras circunstancias económicas convirtieron la vida diaria en un avatar y el futuro en algo que nadie podía prever. Y llegó el desbarajuste: la aversión al régimen republicano, la receptividad ante

cualquier promesa referida a la grandeza y la prosperidad de Alemania, la identificación de los genios malignos que habían llevado al país a aquella situación, tales fueron los pilares sobre los que se asentaron las perturbadoras consecuencias de la inflación, en primer término, y de la depresión, después.

¿Podrían haber sucedido las cosas de otra manera? Hay que reconocer que las circunstancias eran extremadamente difíciles. La Primera Guerra Mundial dejó una herencia difícil de asimilar. Los costes de la guerra, en forma de reparaciones, siempre estuvieron presentes, aunque no era sólo Alemania el país que tenía facturas pendientes: también los aliados. Apoyándose en las reivindicaciones de sus conciudadanos, los Gobiernos aliados antepusieron la defensa de sus intereses nacionales, pero no siguieron políticas inteligentes que estimulasen la producción. Por el contrario, la política de los aliados sólo sirvió para desgastar a los Gobiernos alemanes democráticamente elegidos, obstaculizando cualquier posible paso adelante. Los indicadores económicos a largo plazo –el relativo estancamiento entre las altas tasas de crecimiento contabilizadas antes de 1914 y las que se registraron a partir de 1945– tampoco ofrecían un panorama alentador para la política macroeconómica. En los momentos clave, por otro lado, Weimar careció de líderes económicos imaginativos. Los diferentes Gobiernos y el Reichsbank aplicaron políticas que favorecieron la aparición de la hiperinflación y de la Depresión.

Pero los carriles por los que discurrió la economía durante los años de Weimar fueron también la consecuencia de decisiones políticas que otorgaron un papel preponderante a los intereses industriales y financieros. Durante el periodo revolucionario de 1918-1919, si el SPD hubiera impuesto unas políticas más imaginativas y coercitivas, podría haberse establecido un cierto control de las grandes corporaciones que, desde luego, no eran sólo contrarias al socialismo, sino reacias a la democracia en gran medida. Sin embargo, el SPD apostó por un relanzamiento de la producción, lo que se tradujo en una merma de atención a los asuntos financieros. Empresas, sindicatos y el aparato del Estado aguantaron la inflación hasta que se desbocó en forma de hiperinflación; en la situación de crisis que sucedió a ese momento, las empresas volvieron a campar por sus respetos y anularon muchos de los beneficios sociales que había

aportado la revolución. Durante los años de la Depresión, un gobierno autoritario de derechas adoptó medidas antiinflacionistas, que las empresas también respaldaron. Pero no todo marchaba viento en popa en el mundo empresarial, que también tenía que vérselas con la imposibilidad de predecir por dónde irían las cosas y cometía graves errores en muchos casos. Ni siquiera en los mejores años, ni a pesar del trato de favor que recibieron, llegaron a embelesarse con la República de Weimar.

Muchos fueron los alemanes que echaron las culpas a la República, a los socialistas o a los judíos, de las crisis que les tocó padecer. Pero el verdadero problema estaba entre ellos, y no era otro que la derecha política, sobre la que ejercían una considerable influencia la industria pesada y los grandes intereses financieros, la misma derecha que impulsó políticas inflacionarias, estabilizadoras y antiinflacionistas, que acabaron por agravar las condiciones de la vida diaria de tantos alemanes.

1 Walter Rathenau, “Rede auf der Tagung des Reichsverbandes der Deutschen Industrie”, 28 de septiembre de 1921, en Walter Rathenau, Gesammelte Reden, Berlín, S. Fischer Verlag, 1924, pp. 241-264, cita 264.

2 Para entender mejor la metáfora del estudio de la inflación a lo largo del periodo de Weimar según Martin H. Geyer, véase Verkehrte Welt. Revolution, Inflation und Moderne: München 1914-1924, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998.

3 Para un análisis en profundidad de las cambiantes circunstancias económicas de este periodo, véase Werner Abelshauser y Dietmar Petzina, “Zum Problem der relativen Stagnation der deutschen Wirtschaft in der zwanziger Jahren”, en Industrielles System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik, Hans Mommsen y otros, eds., Düsseldorf, Droste Verlag, 1974, pp. 57-76; Werner Abelshauser y Dietmar Petzina, “Krise und Rekonstruktion: Zur Interpretation der gesamtwirtschaftlichen Entwicklung

Deutschlands im 20. Jahrhundert”, en Historische Konjunkturforschung, Wilhem Heinz Schröder y Reinhard Spree, eds., Stuttgart, Klett-Cotta, 1980; y Detlev Peukert, The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity, traducción de Richard Deveson, Nueva York, Hill and Wang, 1989.

4 Véase un buen resumen de la situación en Theo Balderston, Economic and Politics in the Weimar Republic, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 19-33; para un estudio más en profundidad de las relaciones entre inflación y compensaciones de guerra, Gerald D. Feldman, The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

5 Balderston, Economics and Politics, pp. 25-26.

6 Ibidem, p. 20.

7 Ibidem, pp. 27-28.

8 Ibidem, pp. 36-53, ofrece un buen resumen del debate en torno a las causas de la inflación, tanto entre los protagonistas de la época como en opinión de historiadores económicos de nuestros días. Sigo en gran parte su análisis, así como el de Feldman, Great Disorder, tanto en lo que se refiere a las causas como a las consecuencias de la inflación.

9 Cifra que facilita Horst Möller, Weimar: Die unvollendete Demokratie, 4ª ed., Múnich, DTV, 1993, pp. 154.

10 Cuadro extraído de Feldman, Great Disorder, p. 613.

11 Véanse los comentarios de Feldman, en ibidem, pp. 504-507.

12 Cifras extraídas de ibidem, p. 669.

13 Véase el cuadro del instituto oficial de estadística del Reich, reproducido en ibidem, p. 782.

14 Ibidem, p. 783.

15 Diversos ejemplos, en ibidem, pp. 582-583.

16 Informe del director del Instituto de Salud del Reich al Reichstag, en The German Inflation of 1923, Fritz K. Ringer, ed., Nueva York, Oxford University Press, 1969, p. 115.

17 Citado por Geyer, Verkehrte Welt, p. 162.

18 Feldman, Great Disorder, p. 546.

19 Citado en ibidem, p. 548.

20 Véase Geyer, Verkehrte Welt, pp. 130-166.

21 Stresemann ante el Comité del Premio Nobel, 29 de junio de 1927, citado en Chronik des 20. Jahrhunderts: 1927, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1986, p. 102.

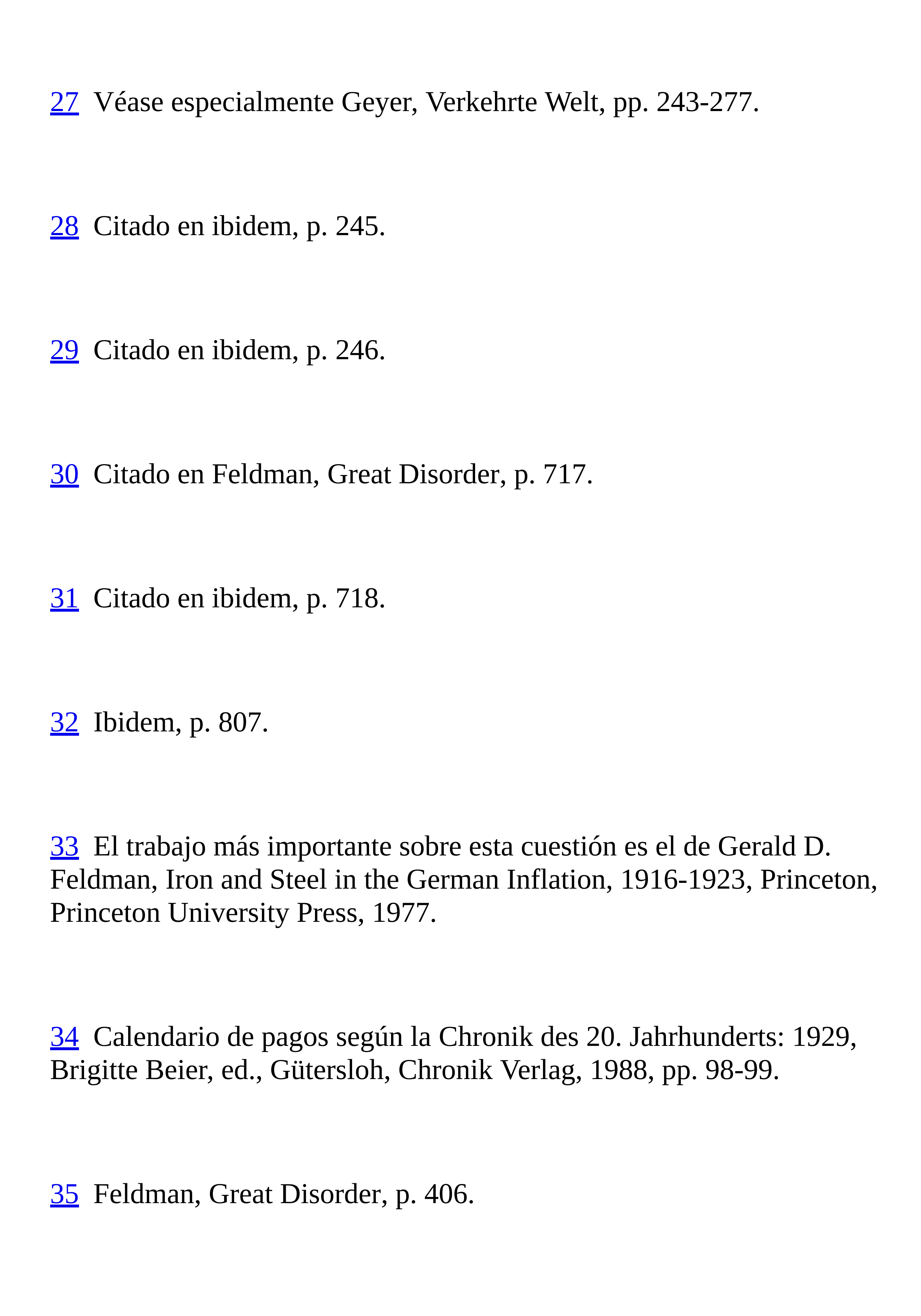
22 Véanse los comentarios del profesor y diputado del Reichstag, Georg Schreiber, en Ringer, German Inflation, pp. 103-109.

23 Hermann Kurzke, Thomas Mann: Life as a Work of Art, traducción de Leslie Wilson, Princeton, Princeton University Press, 2002, pp. 326-327. Thomas Mann, la vida como obra de arte, traducción de Rosa Sala Rose, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003.

24 Geyer, Verkehrte Welt, pp. 251-252.

25 Según el economista Moritz Julius Bonn, en Ringer, German Inflation, p. 101.

26 Feldman, Great Disorder, p. 185.



27 Véase especialmente Geyer, Verkehrte Welt, pp. 243-277.

28 Citado en ibidem, p. 245.

29 Citado en ibidem, p. 246.

30 Citado en Feldman, Great Disorder, p. 717.

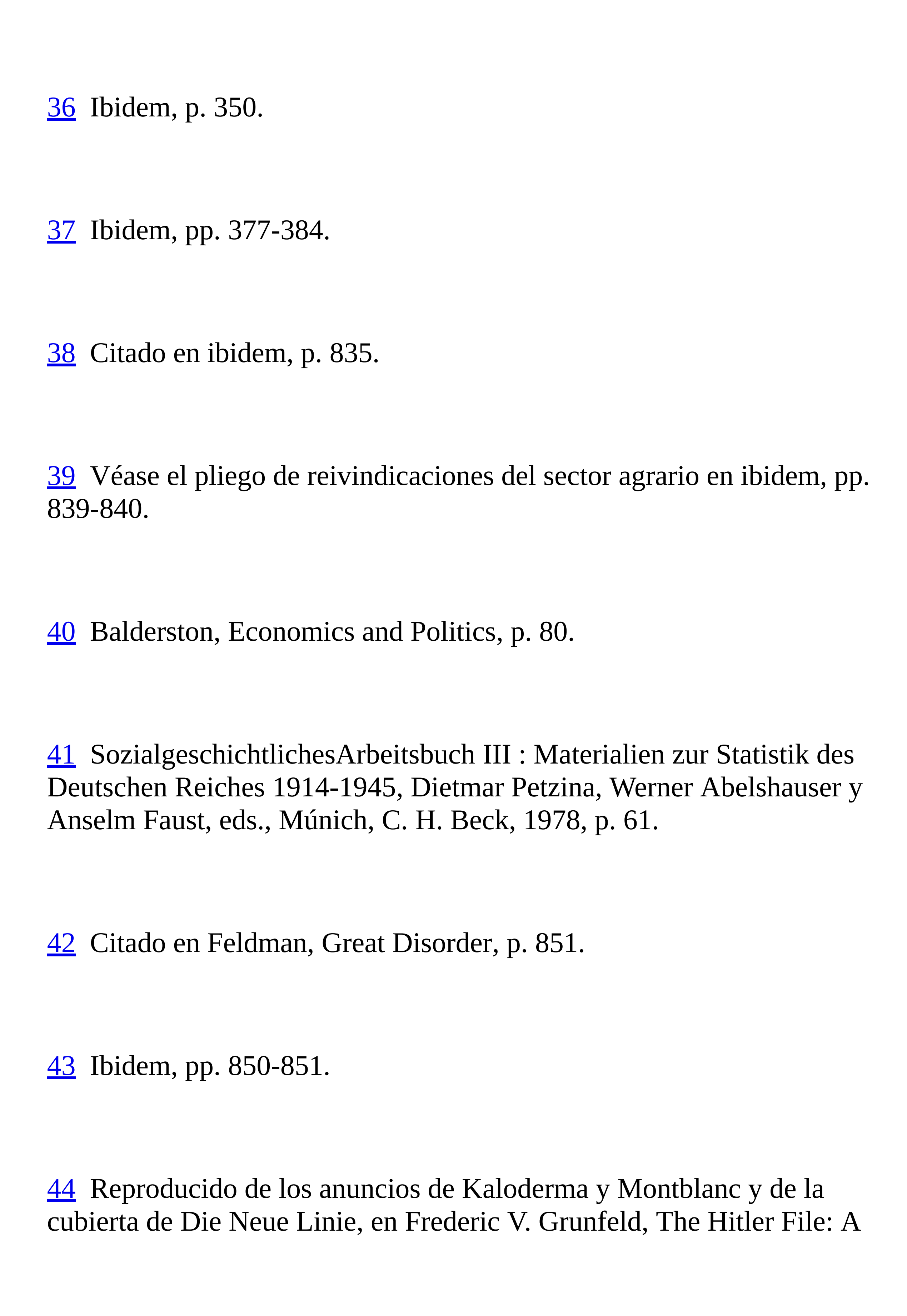
31 Citado en ibidem, p. 718.

32 Ibidem, p. 807.

33 El trabajo más importante sobre esta cuestión es el de Gerald D. Feldman, Iron and Steel in the German Inflation, 1916-1923, Princeton, Princeton University Press, 1977.

34 Calendario de pagos según la Chronik des 20. Jahrhunderts: 1929, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1988, pp. 98-99.

35 Feldman, Great Disorder, p. 406.



36 Ibidem, p. 350.

37 Ibidem, pp. 377-384.

38 Citado en ibidem, p. 835.

39 Véase el pliego de reivindicaciones del sector agrario en ibidem, pp. 839-840.

40 Balderston, Economics and Politics, p. 80.

41 SozialgeschichtlichesArbeitsbuch III : Materialien zur Statistik des Deutschen Reiches 1914-1945, Dietmar Petzina, Werner Abelshauser y Anselm Faust, eds., Múnich, C. H. Beck, 1978, p. 61.

42 Citado en Feldman, Great Disorder, p. 851.

43 Ibidem, pp. 850-851.

44 Reproducido de los anuncios de Kaloderma y Montblanc y de la cubierta de Die Neue Linie, en Frederic V. Grunfeld, The Hitler File: A

Social History of Germany and the Nazis, 1918-1945, Nueva York, Random House, 1974, pp. 43-45.

45 Die Gartenlaube: Illustriertes Familienblatt 29 (21 de julio de 1927), cuarto de portada.

46 Gartenlaube, 30 (28 de julio de 1927), cuarto de portada.

47 Gartenlaube, 32 (11 de agosto de 1927), sin datos.

48 Hans Kropff, “Women as Shoppers”, en The Weimar Republic Sourcebook, Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, eds., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1994, pp. 660-662, cita 660.

49 Mary Nolan, Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany, Nueva York, Oxford University Press, 1994, p. 133.

50 Véase especialmente ibidem.

51 Citado en ibidem, p. 30.

52 Citado en ibidem, pp. 37 y 94.

53 Diversos ejemplos, en ibidem, pp. 83-107.

54 Citado en Chronik des 20. Jahrhunderts: 1928, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1987, p. 65.

55 Cifras en Eric D. Weitz, Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State, Princeton, Princeton University Press, 1997, pp. 119-120.

56 Wolfram Fischer, “Bergbau, Industrie und Handwerk 1914-1970”, en Handbuch der deutschen Wirtschaft- und Sozialgeschichte, vol. 2, Hermann Aubin y Wolfgang Zorn, eds., Stuttgart, Ernst Klett, 1976, pp. 805.

57 “Mein Arbeitstag-mein Wochenende”: Arbeiterinnen berichten von ihrem Alltag, 1928, reimpresión, Alf Lüdtke, ed., 1930, Hamburgo, Ergebnisse Verlag, 1991.

58 Ibidem, pp. 132 y 133.

59 Ibidem, p. 46 (en cursiva, en el original).

60 Ibidem, pp. 124-125 (en cursiva, en el original).

61 Ibidem, pp. 130-131.

62 Ibidem, p. 135 (en cursiva, en el original).

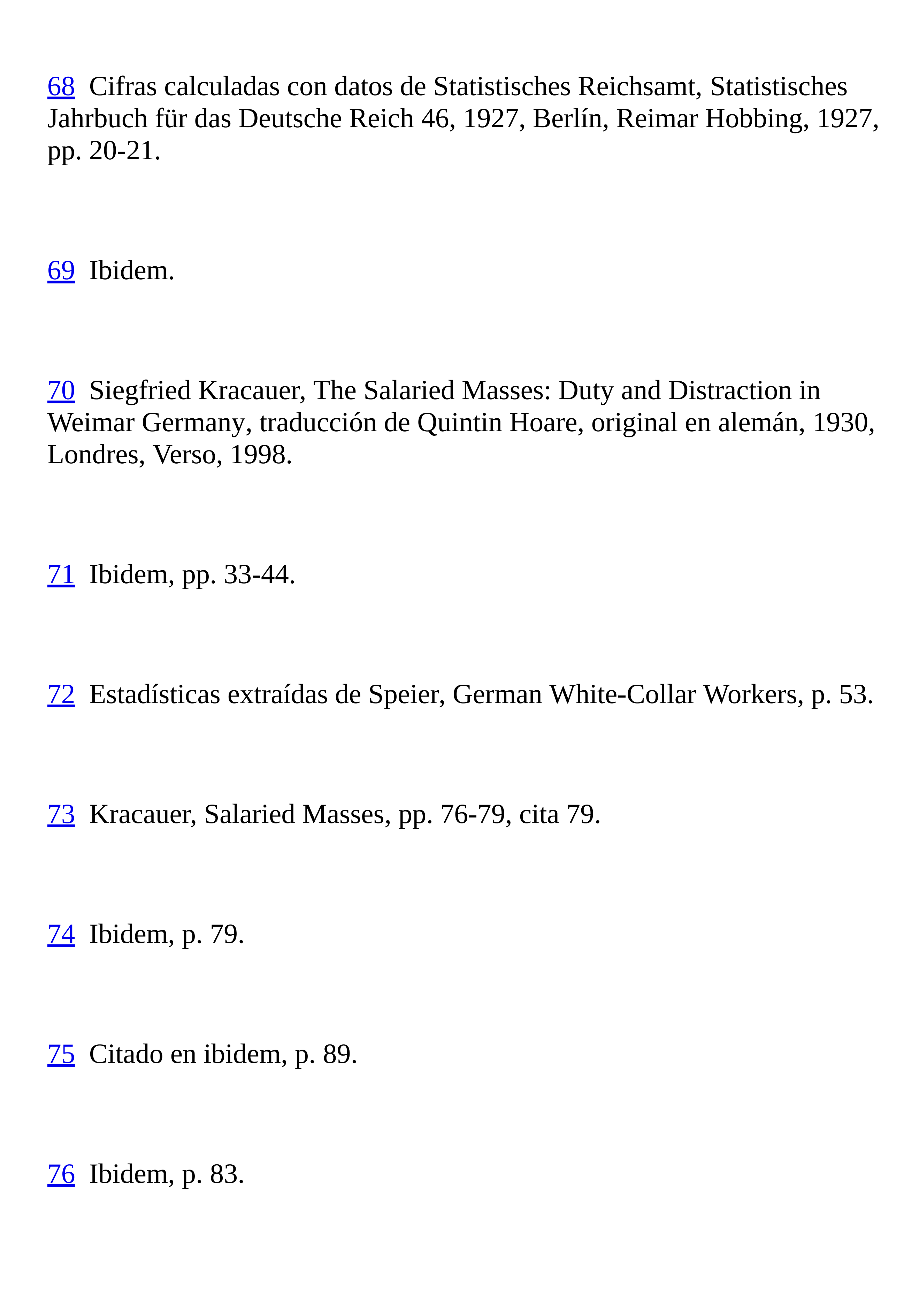
63 Auszug aus dem Soko (Sozial Kommission), Protokoll nº 65, 11 de septiembre de 1929, Betriebsarchiv der Leuna-Werke 1340.

64 Citado en Weitz, Creating German Communism, p. 120.

65 Citado en ibidem, p. 122 (en cursiva, en el original).

66 Los inmigrantes llegados desde Alemania ejercerían gran influencia en la sociología norteamericana de la década de 1950. De Emil Lederer y Hans Speier surge una corriente que llega hasta C. Wright Mills, David Riesman y otros que se dedicaron a analizar la clase media norteamericana, así como los peligros de una sociedad compuesta de individuos “anónimos” y los del totalitarismo.

67 Hans Speier, German White-Collar Workers and the Rise of Hitler, traducido por el autor, original alemán, escrito en 1932, y publicado por primera vez en 1977, New Haven, Yale University Press, 1986, pp. 2 y 33.



68 Cifras calculadas con datos de Statistisches Reichsamt, Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich 46, 1927, Berlín, Reimar Hobbing, 1927, pp. 20-21.

69 Ibidem.

70 Siegfried Kracauer, The Salaried Masses: Duty and Distraction in Weimar Germany, traducción de Quintin Hoare, original en alemán, 1930, Londres, Verso, 1998.

71 Ibidem, pp. 33-44.

72 Estadísticas extraídas de Speier, German White-Collar Workers, p. 53.

73 Kracauer, Salaried Masses, pp. 76-79, cita 79.

74 Ibidem, p. 79.

75 Citado en ibidem, p. 89.

76 Ibidem, p. 83.

77 Sozialgeschichtiliches Arbeitsbuch III, p. 53.

78 Feldman, Great Disorder, pp. 189-193.

79 Elizabeth Bright Jones, “Landswirtschaftliche Arbeit und weibliche Körper in Deutschland, 1918-1933”, en Ort. Arbeit. Körper: Ethnografie Europäischer Modernen, Beate Binder y otros, eds., Münster, Waxmann, 2005, pp. 469-476.

80 Sobre esto, véase ibidem, así como otros trabajos de Elizabeth Bright Jones: “A New Stage of Life? Young Farm Women’s Changing Expectations and Aspirations about Work in Weimar Saxony”, German History, 19:4, 2001, pp. 549.570, y “Pre- and Postwar Generations of Rural Female Youth and the Future of the German Nation, 1871-1933”, en Continuity and Change, 19:3, 2004, pp. 347-365.

81 Balderston, Economics and Politics, pp. 79-81.

82 Véase, por ejemplo, Hans Ungelehrt, Das Ende des Arbeitslosigkeit, Renningen, Isis-Verlag, 1932, probablemente uno más entre los millares de folletos publicados por reformadores autodidactas. En este caso, el autor imaginaba un sistema económico cerrado en el que los patrones de creación de empleo se financiarían por sí mismos: el repunte de la producción aumentaría los ingresos fiscales y, en consecuencia, bastaría para resolver la crisis presupuestaria.

83 Cifras extraídas de Feldman, Great Disorder, p. 849.

84 Me refiero a la “cuestión Borchardt”, suscitada por el eminente historiador de la economía Knut Borchardt, quien sostiene que la economía de la República de Weimar se resentía de unos salarios y unos costes sociales muy elevados. Para hacerse una mejor idea acerca de este debate, véase Knut Borchardt, “A Decade of Debate about Brüning’s Economic Policies”, en Economic Crisis and Political Collapse: The Weimar Republic, 1924-1933, J. Freiherr von Kruedener, ed., Nueva York, Berg, 1990, pp. 99-151, y Balderston, Economics and Politics, pp. 68-71 y 93-96. Para uno de los muchos ejemplos de la época que responsabilizaban de la crisis a los trabajadores por sus altos salarios y su baja productividad, así como a los funcionarios civiles, véase Peter Schlösser, Die Erwerbslosenfrage als nationales Problem, Breslau, Wilh. Gottl. Korn Verlag, 1932.

85 Marie Jahoda, Paul F. Lazarsfeld y Hans Zeisel, Marienthal: The Sociography of an Unemployed Community, original en alemán, 1933; Chicago, Aldine, 1971.

86 Ibidem, pp. 22, 26.

87 Ibidem, p. 66.

88 Ibidem, pp. 76-77.

89 Citado en Kracauer, Salaried Masses, p. 57.

90 Speier, German White-Collar Workers, pp. 41-42.

V

EDIFICIOS PARA UNA NUEVA ALEMANIA

“Si no anhelamos lo imposible, ¿cómo vamos a alcanzar lo posible?”, escribía en 1920 el pintor Hermann Finsterlin,[1] uno de los componentes del grupo de arquitectos y pintores reunidos en torno a la figura de Bruno Taut. Dieron en llamarse la Cadena de Cristal (die Gläserne Kette) y dejaron plasmados sus sueños visionarios en la correspondencia que intercambiaron. Como redactaron las cartas en plena euforia revolucionaria, llegaron a imaginar un mundo regido por el arte. Los importantes logros de la humanidad en el campo de la estética dejarían de ser meros adornos superpuestos del mundo que se ofrece a nuestros ojos, fugaces atisbos de la belleza en la monotonía de la vida diaria. El arte impregnaría los poros de toda existencia, individual y colectiva, conformaría la sociedad, modelaría el género humano: arte y vida llegarían a ser una sola cosa.

Muchos de los arquitectos y pintores de la Cadena de Cristal pertenecían al expresionismo, movimiento artístico de estilo desenfadado que se difundió con rapidez, dejando al descubierto los abismos psicológicos de individuos y sociedades, mostrando horrendas imágenes de violencia y confusión. La pintura expresionista se caracterizaba por las vigorosas pinceladas de color con que representaba a personajes desgajados de lo que les rodeaba (véase ilustración en color 3). Como movimiento, el expresionismo era también la respuesta a una utopía, una fantasía desbordante que auguraba un futuro de armonía y belleza, como el que describían los remitentes de las cartas de la Cadena de Cristal. En la sensibilidad expresionista tenían cabida la desesperación más profunda y la alegría más sublime, evocación, sin duda, del trauma que había supuesto la Primera Guerra Mundial y de las esplendorosas esperanzas que había despertado la revolución: ambas historias y ambas sensibilidades –guerra y revolución, desesperación y esperanza– espolearon la imaginación de pintores, escritores y arquitectos, que, durante la República de Weimar, convirtieron el arte en “algo tan serio” como la política. Así como ésta no sólo consistía en tomar decisiones sobre si los impuestos que gravaban las transacciones debían de ser del seis o del

siete por ciento, tampoco el arte tenía nada que ver con el gusto para decorar un esquinazo o embadurnar un lienzo. El arte que se desarrolló durante la época de Weimar aspiraba a ser expresión de la existencia en su totalidad, un arte cuajado de visiones audaces y utópicas, capaces de transformar una sociedad –y también la humanidad– de una vez para siempre.

En 1924, surgió un nuevo movimiento artístico más sobrio, la Nueva Objetividad (die Neue Sachlichkeit), que rechazó el gusto expresionista por los extremos y lo atemperó. Tonos más delicados y simplicidad de líneas hicieron de la Nueva Objetividad un arte más acorde con la fase intermedia de la República, un tiempo de relativa estabilidad política y de pujante crecimiento económico. Pero el expresionismo no desapareció por completo y, en muchos artistas, no se aprecia un corte radical entre los estilos de ambos periodos. Así se pone claramente de manifiesto en la arquitectura: algunas de las más sobresalientes construcciones de la época, como los edificios de Bruno Taut y Erich Mendelsohn, llegaron a plasmarse en la realidad como consecuencia de la tensión dinámica que se creó entre el utopismo expresionista y la moderación de la Nueva Objetividad. Las creaciones de ambos arquitectos representaron un desafío tanto para los conservadores, cuya incomprensión de la modernidad y escasez de ideas quedaban reflejadas en edificios que no eran sino meras evocaciones del pasado, como para los funcionalistas, con Walter Gropius a la cabeza, que, con su insistencia en seguir criterios estrictos y no apartarse de los principios formales del diseño, no pocas veces dieron en una arquitectura estéril, que parecía dejar de lado a los seres humanos. Los tres, Taut, Mendelsohn y Gropius, prolíficos escritores además de arquitectos, creían a pies juntillas en que las estructuras que diseñaban –los bloques de viviendas de Taut, la Torre Einstein y los grandes almacenes de Mendelsohn, o el edificio Bauhaus, de Gropius, constituyen ejemplos más que notables– eran el anuncio de una nueva era, la época moderna, un mundo que podía ser creativo, risueño y dinámico, un mundo donde imperase la armonía entre la naturaleza y el ritmo frenético de vida de las ciudades industriales. Sus edificios son un excelso ejemplo del espíritu de Weimar.

Marcada como estuvo por la falta de reconocimiento profesional, la carrera de Taut no se vio exenta de dificultades. Arquitecto de reconocida solvencia, había participado en numerosos concursos, pero en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial había recibido muy pocos encargos. Su obra más representativa hasta entonces había sido el novedoso pabellón de cristal que diseñó para la Werkbund de Colonia en 1914. Vivió en condiciones modestas y, a veces, con estrecheces, en Berlín y, más tarde, en Stuttgart. Sus ideas no le ahorraron enfrentamientos con posibles clientes, más estrictos y conservadores que él tanto en política como en cuestiones estéticas. Incansable y ecléctico, Taut era un investigador, lo mismo de los significados profundos de la intrincada espiritualidad cristiana que de la cultura japonesa o del socialismo. Aunque de forma un tanto rudimentaria, consiguió dar con el hilo conductor que le permitiría aunar ideas tan dispares: la convicción de que era posible crear una sociedad más humana, y el destacado papel que había de desempeñar en ello la arquitectura.

Pacifista convencido, Taut se las compuso para eludir el servicio militar durante la Primera Guerra Mundial, aunque hubo de ceder un tanto en sus ideas y trabajar en fábricas que producían material bélico. Como a tantos otros artistas, la Revolución le ofreció unas oportunidades a las que no había tenido acceso durante la sociedad guillermina. Escritor prolífico, aquellos tiempos revueltos le permitieron dedicarse a actividades muy diversas. Durante el invierno de 1918-1919, por efímeros que fuesen, Taut estuvo presente prácticamente en todas las declaraciones y movimientos artísticos. Fue cofundador del Consejo de Creadores Artísticos, redactó innumerables manifiestos, impulsó círculos de debate y discusión, y sacó a la luz escritos y dibujos que había guardado en el cajón durante años.

Taut dejó plasmadas sus ideas con toda claridad en Arquitectura alpina, obra publicada en 1920, aunque llevaba trabajando en el proyecto desde 1917.[2] Se trataba de una increíble y fantástica colección de dibujos y pinturas sobre la posibilidad de levantar edificios en los Alpes suizos, con estructuras previstas incluso para las cimas de la cordillera. Taut jamás había puesto los pies en aquellas montañas y, para su proyecto, se sirvió de guías turísticas y descripciones realizadas por otros artistas. Muchos de sus dibujos y pinturas guardan relación con motivos tan cristianos como la peregrinación, la ascensión y la redención; en cuanto al trazo y los colores, se trata de representaciones muy sensuales, rayanas en ocasiones con el simbolismo

sexual. En resumen: Arquitectura alpina es la expresión acabada de un cri de coeur contra la barbarie de la Primera Guerra Mundial, y una búsqueda de la integridad intelectual a través de la belleza del paisaje, del diseño o de la sexualidad. Taut aspira a situar al ser humano en un entorno en el que convivan el paisaje sobrecogedor de los Alpes suizos y la tecnología arquitectónica salida de las manos del hombre: una visión orgánica de la paz, frente a la completa devastación de parajes y vidas que había supuesto el mecanizado conflicto bélico que había sido la Primera Guerra Mundial (fig. 5.1.).

Muchas de estas cuestiones emergen, asimismo, en las cartas de la Cadena de Cristal, instituida por Taut en 1919, la correspondencia entre trece arquitectos y pintores, algunos de los cuales llegarían a gozar de merecido prestigio. El grupo era una especie de hermandad secreta que se consideraba la avanzadilla de una nueva era. Sus miembros adoptaron seudónimos cargados de intención –así, Taut firmaba como “Cristal”, porque toda su vida había estado fascinado por la polifacética belleza de los cristales–, y sólo intercambiaban sus reflexiones entre ellos. Eran muy dados a manifiestos floridos y a despropósitos que sólo buscaban provocar, a caprichosos diseños arquitectónicos y a panegíricos en pro de la renovación espiritual. Como en el caso de la Arquitectura alpina de Taut, la Cadena de Cristal era un reflejo del horror de la guerra, al tiempo que un llamamiento a la esperanza de que el antiguo orden social hubiera sido aniquilado, y que una nueva y renovada sociedad en ciernes acabaría por instaurarse gracias a la imaginación y el compromiso inquebrantables de grandes artistas. Se denominaban a sí mismos caballeros, dioses o creadores –las mujeres no contaban–, y pensaban en cómo organizar colectivos socialistas y nuevas ciudades de artistas y artesanos. Dada la situación política y económica de los años 1919 y 1920, no les quedó otra salida que dedicarse a soñar, porque la construcción estaba prácticamente paralizada. Pero Taut supo hacer virtud de tan angustiosa necesidad. Como escribía en la primera carta, un aldabonazo a los arquitectos de su época:

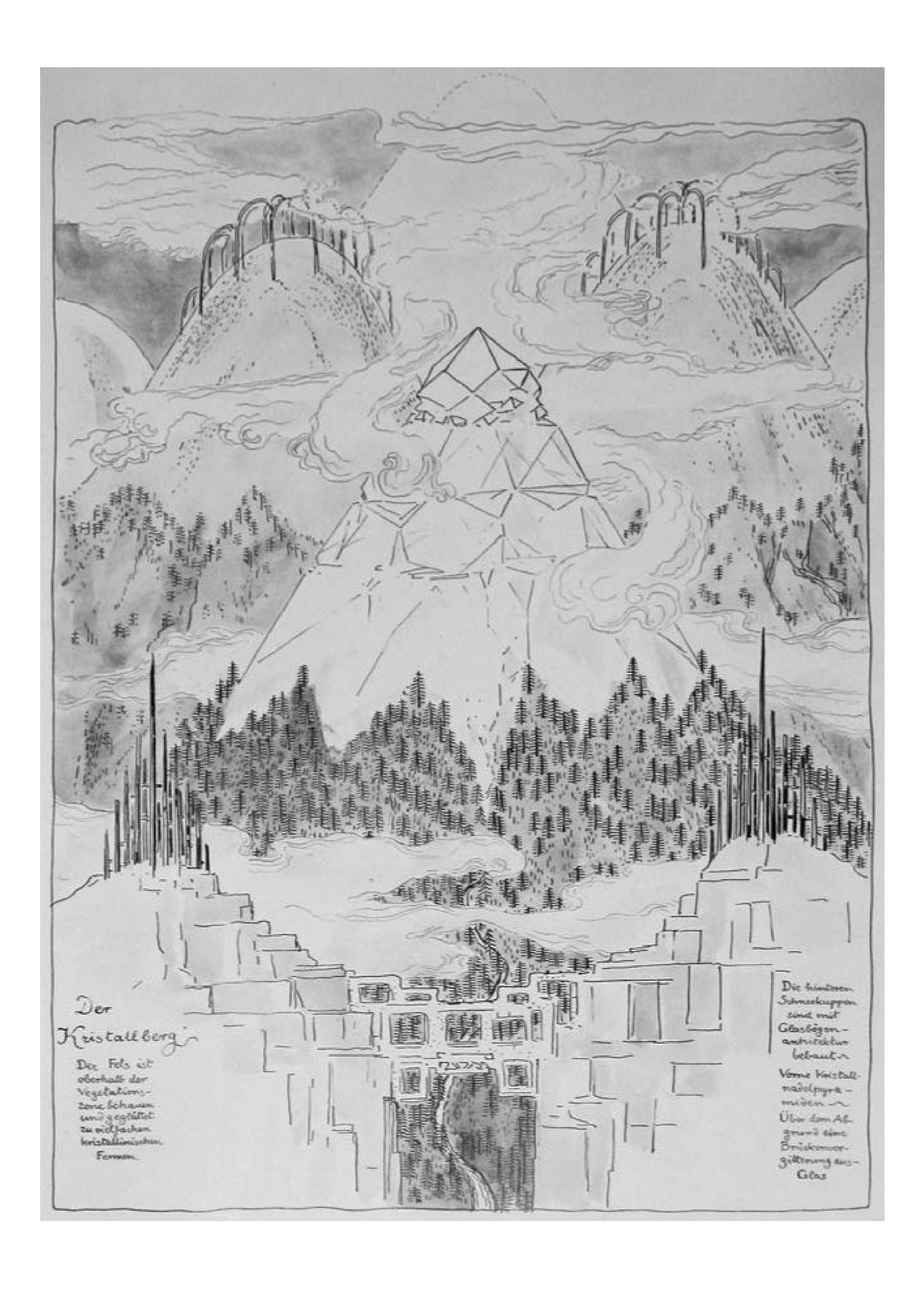

Der
Kristallberg
Der Fels ist
oberhalb der
Vegetations-
zone behauen
und geglättet
zu vielfachen
kristallinischen
Formen
Die hinteren
Schneekuppen
sind mit
Glasbögen-
architektur
bebaut
Vorne Kristall-
nadelpyra-
miden
Über dem Ab-
grund eine
Brückenver-
gitterung aus
Glas

Fig. 5.1.: Bruno Taut, “La montaña de cristal”, 1919, extraído de su obra Arquitectura alpina. Taut imagina edificios y estructuras de cristal en los Alpes, pergeñando una utopía en la que conviven en armonía la belleza de la naturaleza y la creada por el hombre (Stiftung Archiv der Akademie der Künste, Berlín. © Erbgemeinschaft Bruno Taut).

¡Seamos ‘arquitectos imaginativos’ con todas las consecuencias! Que sólo la revolución total nos guíe en nuestros afanes. Nuestros conciudadanos, incluso nuestros compañeros de profesión, nos consideran, y no les falta razón, partidarios de la revolución. ¡Socavemos y arrasemos los viejos principios! ¡Puro estiércol! Nosotros somos los brotes que retoñan en una tierra nueva.[3]

La nueva arquitectura sería una tarea colectiva, no el resultado del trabajo de un solo hombre. En su tercera carta, Taut no duda en recurrir al dirigente revolucionario Karl Liebknecht:

¡Oigo que me reclamas,

tormenta, compañera!

¡Pero estoy encadenado,

incapaz de hacer nada!

Mas tormenta también,

al cabo, soy, parte de ti.

Hasta que llegue el día

en que, ya sin cadenas,

mi retumbar de nuevo

brame por los mundos,

estremezca las tierras

y recorra los campos,

sacuda al hombre,

de cerebro y de corazón,

y llegue a ser como tú,

el viento de la tempestad.[4]

Gracias a Liebknecht, Taut esbozaba un portentoso retrato de las esperanzas y sensibilidades revolucionarias de entonces. Otro de los corresponsales más fecundos del grupo era Wenzel Hablik, afamado diseñador de telas y decorador de interiores, que compartía las utópicas ensoñaciones de Taut:

Las ideas tienen que ser tan irresponsablemente libres como los pájaros […] Creemos una atmósfera nueva, una pura emanación del espíritu, de la inteligencia y del goce. Ideas que fluyan en contacto con otro espíritu y maduren hasta tomar cuerpo […]

Venid y sumaos a la lucha contra todo lo que sea negación y corrupción.

¡Uníos a la lucha, difundidla, regocijaos, que resuenen las trompetas! Hablad en un centenar de lenguas, todas igual de convincentes. No dejéis de hacerlo: tenéis un sagrado deber que cumplir.

Enseñaremos a todos a ser felices, al hombre y a la mujer, a la muchacha y al joven. ¡Hablad! ¡No dejéis de hacerlo! Deleitaos en la existencia –en el universo–, de ser y de perecer. ¡Hasta que arranquemos el concepto de guerra del corazón de los hombres!

¿Dónde andáis, profetas? Heraldos de una nueva era, ¡proclamad nuevos soles, nuevas lunas y estrellas!

¡Millones de seres os aguardan![5]

¿Mera ingenuidad? Sin duda. Un anhelo trascendental, una fe imparable en las posibilidades del futuro, tales fueron las fuentes de inspiración para un gran número de artistas creativos, también los pertenecientes a la Cadena de

Cristal que, tenaces, no dejaron de pintar, esculpir, diseñar o escribir poesía, unos con escaso éxito, otros hasta alcanzar un amplio reconocimiento. Incluso Hans Scharoun, quien, a partir de 1945, se convertiría en el todopoderoso arquitecto municipal de Berlín occidental y sería uno de los creadores del proyecto de la nueva Filarmónica, sede de la Orquesta Sinfónica de Berlín, se exaltaba cuando escribía allá por 1919 y 1920:

[Dejemos] que la fantasía que nace del ascetismo brille en todo su esplendor. No buscando, sino agitando; no tratando de hallar un camino que nos conduzca a una meta, sino persiguiendo un destino universal. El infinito no reside fuera de nosotros, no es una estrella que obliguemos a bajar a la tierra, es un astro que parpadea con delicadeza al compás de las pulsiones de la fantasía del artista. Cuando creamos, somos dioses; cuando tratamos de comprender, parecemos ovejas.[6]

Tempestades, iluminaciones, sonidos de trompetas, tales eran las imágenes a las que aquellos artistas recurrían para sugerir un futuro preñado de esperanza. Taut lo expresó con concisión: “¡Larga vida a la Utopía!”.[7]

Hablik, Scharoun, Taut y el resto de miembros de la Cadena de Cristal rebosaban de grandes ideas y de confianza en sí mismos, pero eran también un reflejo de las tinieblas de la desesperación que suelen acompañar a las revoluciones. Así, Taut afirmaba creer en “un socialismo, que nada tenía que ver con la política, sino con [una sociedad] libre de toda dominación [que se distinguiría por] las relaciones normales y carentes de toda pretensión entre las personas que la formasen […] Socialismo y fraternidad son conceptos que desarrollan una idea, que están al servicio de un ideal”.[8] En 1919 y 1920, se entregó en cuerpo y alma a un proyecto de idílicas comunidades de pequeños productores, en las que no existirían el dinero ni tampoco las murmuraciones, y donde todo el mundo viviría en paz. Pierre-Joseph Proudhon y Peter Kropotkin (a quien cita), máximos representantes del movimiento anarquista en el siglo XIX, se habrían sentido a sus anchas en uno de esos pueblos soñados por Taut.[9]

Pero Taut aprendió a dominar sus más que sublimes anhelos, para dedicarse a poner en pie algunos de los más importantes proyectos de viviendas sociales de la era de Weimar. Igual que cualquier arquitecto trata de conjuntar elementos a la hora de proyectar un gran edificio, Taut supo

combinar sus ideales de visionario con las necesidades prácticas que exigían las reformas sociales. En 1921 fue nombrado arquitecto municipal (Stadtbaurat) de Magdeburgo, una ciudad de tamaño medio, muy industrial, con un ayuntamiento gobernado por el SPD. Era (y es todavía) un cargo muy importante en Alemania, porque de él dependen todos los planes urbanísticos. Desde ese puesto, un funcionario con ganas de hacer cosas podía dar luz verde a toda clase de proyectos. Y no es casualidad que los grandes edificios y los importantes planes de viviendas de la época de Weimar se levantasen en ciudades cuyos arquitectos municipales, emprendedores y reformistas, contaban con el apoyo de ayuntamientos gobernados por los socialdemócratas.

Los de Magdeburgo no fueron días de vino y de rosas para Taut. A pesar de que el ayuntamiento de la ciudad estaba en manos del SPD, tuvo que encarar las enormes dificultades que le planteaban los funcionarios municipales más conservadores y las empresas de construcción. De hecho, ni una obra salió adelante en Magdeburgo, pero las contiendas políticas le sirvieron de experiencia cuando, desde Berlín, reclamaron su presencia como arquitecto asesor de una recién fundada cooperativa de capital mixto, constituida para edificar viviendas destinadas a personas de rentas bajas y medias. Taut se incorporó a la empresa en 1924 y permaneció en ella durante seis años. Allí tuvo ocasión de trabajar mano a mano con Martin Wagner, otro arquitecto vanguardista que había sido nombrado arquitecto municipal en Berlín. Fueron buenos tiempos: la hiperinflación había acabado y la economía mostraba signos de recuperación gracias al dinero que llegaba de Estados Unidos. Tanto los ayuntamientos como los gobiernos regionales alemanes se endeudaron en los mercados norteamericanos. La penosa y larga situación que atravesaba el sector de la vivienda en Alemania exigía una solución, lo que dio pie a que los reformistas pusieran en marcha importantes proyectos, en un momento en que contaban con respaldo político y disponían de medios económicos para hacerlo.

Y vaya si construyeron. Se levantaron grandes y pequeños edificios de viviendas en Stuttgart, Francfort, Hamburgo, Berlín y en otras muchas ciudades. La iniciativa solía dejarse en manos de empresas cooperativas, sociedades de lucro limitado que atendían sobre todo a las necesidades de los ayuntamientos. Los canales de financiación eran variopintos: el impuesto sobre la renta, subvenciones municipales, sindicatos, fundaciones o

confesiones religiosas. Si bien no resolvieron la crisis por completo, en determinadas zonas se registraron avances muy importantes. Licht, Luft, Sonne –luz, aire, sol–, eran palabras que se repetían como un estribillo, porque eran todo un símbolo de lo que adolecían los hacinados, oscuros y húmedos Mietskaserne, los bloques de pisos que ya tuvimos ocasión de conocer en el capítulo 2. Por primera vez en su vida, muchos alemanes podían acceder a una vivienda dotada de agua corriente, electricidad y gas, pisos diáfanos, luminosos y rodeados de zonas verdes. Personas de la nueva clase media –las legiones de oficinistas que trabajaban para el Gobierno o para las empresas– y algunos trabajadores cualificados bien remunerados inundaron los nuevos bloques de viviendas de diseño modernista: líneas sencillas, cubiertas planas y ventanas retranqueadas. Con todo, había inquilinos a los que no les convencía el estilo modernista y aún soñaban con una típica casa alemana, de dos o tres alturas, tejados inclinados, balconadas y maceteros llenos de flores (al menos, en verano) en las ventanas. Los nuevos pisos, sin embargo, eran mucho mejores que los antiguos Mietskaserne.

Las estadísticas hablan por sí mismas. Como ya se mencionó en el capítulo 2, durante la época de Weimar se construyeron dos millones y medio de viviendas nuevas, que proporcionaron techo a unos nueve millones de personas. En 1930, aproximadamente un catorce por ciento de la población alemana residía en pisos de reciente construcción. Francfort, la ciudad con el programa de viviendas más ambicioso, gracias a Ernst May, otro arquitecto municipal con visión, levantó quince mil nuevos pisos entre 1924 y 1933. Entre 1924 y 1929, sólo en Berlín se construyeron ciento treinta y cinco mil viviendas.[10] Los planes de edificación se asemejaban a una Gesamtkunstwerk (una obra de arte total), es decir, que los arquitectos proyectaban además las infraestructuras necesarias, zonas de recreo, jardines y escuelas para dar respuesta a las necesidades de esparcimiento, descanso y formación de los inquilinos. Asimismo, prestaban mucha atención al diseño del interior de la vivienda, con vistas a implantar una vida familiar más “moderna y racional” que en el pasado. Los nuevos pisos estaban destinados a familias reducidas, de no más de dos hijos (como ya tuvimos ocasión de comprobar durante nuestro paseo por Berlín), no a parentelas numerosas, ni para acoger a grupos familiares de dos generaciones diferentes, cargados de niños. Lo normal eran pisos de dos dormitorios, con la cocina separada del resto de la vivienda, porque tanto arquitectos como planificadores estaban

convencidos de que lo moderno pasaba por establecer una separación total, incluso espacial, entre trabajo y ocio. La puerta que separaba la cocina del cuarto de estar-comedor no podía faltar en ninguna vivienda.[11]

Los proyectos que Taut construyó en Berlín respondían a estos parámetros. Durante este periodo actuó como un arquitecto entregado a su trabajo, que sabía cómo manejar a los políticos y que salía muy rentable desde un punto de vista económico. Se guardó sus aspiraciones utópicas para sí, y proyectó viviendas que permitieron que mucha gente disfrutase por primera vez en su vida de pisos de dimensiones razonables, luminosos y equipados con todos los adelantos modernos para hacer más llevaderas las arduas tareas del ama de casa. Y todo esto lo llevó a cabo con el menor coste posible.

Dos de las más sobresalientes urbanizaciones diseñadas por Taut fueron –y son, porque siguen en pie y en muy buen estado– la Onkel Toms Siedlung, en Zehlendorf, al suroeste de Berlín (que ya tuvimos ocasión de visitar en el capítulo 2), y Britz, con la Hufeisen (herradura) como elemento central, en el sureste de la ciudad. En ambos proyectos Taut trabajó con otros arquitectos: solían dividirse el trabajo por parcelas, responsabilizándose cada uno de una parte del proyecto. La urbanización Onkel Toms Siedlung –así denominada por el nombre de una taberna y una estación de metro cercanas, en alusión a la conocida novela de la norteamericana Harriet Beecher Stowe– fue construida por fases entre 1926 y 1932. Los edificios son de tres o cuatro alturas, todos con ventanas retranqueadas (véase capítulo 2, fig. 2.6.),[12] bloques alargados que dan una fuerte sensación de horizontalidad, acentuada por la disposición de las ventanas. En muchos casos, las fachadas siguen la leve curvatura de la calle, produciendo una dinámica sensación de movimiento. La urbanización contaba asimismo con viviendas unifamiliares, también de estilo modernista. Para no renunciar a su querencia por la naturaleza, Taut se preocupó en conservar los pinos de la zona, lo que permitía a los inquilinos disfrutar de las áreas boscosas. Las partes traseras de los edificios daban a zonas verdes. La urbanización se encuentra muy cerca del maravilloso Grunewald de Berlín y de los lagos Krumme Lanke y Schlachtensee, y contaba con zonas de recreo y una escuela.

La atracción que el color ejercía sobre Taut, tan presente en Arquitectura alpina, quedaba patente en los enlucidos policromados que, del ocre al verde desvaído, salpicaban las fachadas. Resaltaba los marcos de puertas y ventanas con combinaciones diversas de colores; así, si en las paredes exteriores predominaban los tonos verdosos, jambas y dinteles iban en amarillo, rojo y blanco; si los ocres, los cercos estaban pintados en blanco, amarillo y rojo. Taut no recurría ni al blanco que, casi dogmáticamente, exigían los funcionalistas puros, ni al gris, tan presente en la mayor parte de los edificios del siglo XIX. En Alemania, con un cielo tan plomizo y una actividad económica que producía tanto humo, escribía Taut, el color blanco no tardaba en convertirse en un “gris apagado y sucio o, lo que es peor, pasado cierto tiempo un edificio blanco se asemeja a quien lleva puesta una camisa blanca sucia […] En nuestras latitudes, ese mismo blanco resplandeciente, que en los países mediterráneos encarna la armonía, produce un efecto desastroso”.[13] Los toques de color, en cambio, procuran

“una cierta calidez acogedora”, sobre todo en días grises (que abundan en Alemania). Si se utiliza de forma adecuada, el color ofrece una más amplia perspectiva y da una sensación de mayor holgura. El color “a ojos de cualquiera, crea la ilusión en el observador de que la fachada de un edificio queda más retirada o más próxima a él; contribuye a fijar o descansar la vista, igual que puede desconcertar o despistar”.[14] Crea armonía entre los edificios y su entorno, o hace que contrasten con la naturaleza que los rodea. El efecto general que produce un uso equilibrado del color transmite “una sensación de estabilidad […] de seguridad, que anula la sensación que provocan combinaciones o mezclas estridentes”.[15] Detalles todos en los que se empleó a fondo: colores graves y serenos para realzar la sensación de amplitud de un edificio a otro; balcones pintados en blanco para dar más luminosidad al cuarto de estar; colores más oscuros en las fachadas orientadas al oeste, donde daba el sol por la tarde.

Por mucho que participara de la arrogancia de los modernistas –ellos eran los encargados de definir cómo tenía que vivir la gente–, Taut dio muestra en este caso de gran sensibilidad en cuanto a las circunstancias reales en que viven las personas. Los funcionalistas más estrictos, sin embargo, pensaban que tan coloristas innovaciones no eran sino meros adornos y, en consecuencia, un insulto al movimiento modernista.[16]

Los principios que Taut aplicó en Onkel Toms Siedlung se aprecian con toda claridad en Berlin-Britz, construida entre 1925 y 1927, casi al mismo tiempo que la colonia Zehlendorff. Taut fue el arquitecto jefe en el caso de Onkel Toms. El proyecto Britz lo preparó en colaboración con Wagner. Britz era el apellido de la importante familia dueña de aquellos terrenos destinados a uso agrícola hasta que el ayuntamiento los comprara en 1925. Era un paraje que podía planificarse de arriba abajo; el ayuntamiento de Berlín y las autoridades de la localidad de Neukölln los adquirieron, y encargaron el proyecto a Taut y a Wagner. A lo largo de una avenida bordeada de árboles (Fritz Reuter Allee), proyectaron alargados edificios de pisos de cuatro alturas, que hiciesen las veces de muralla viviente que rodease el perímetro. Tras ellos, y separados por zonas ajardinadas, proyectaron una hilera de casas de dos alturas. Taut se encargó de los edificios al oeste de la avenida arbolada, todos de estilo modernista, líneas rectas, ventanas retranqueadas y estructura similar, sin ornamentaciones ni relación con el pasado. Al otro

lado del paseo, otro arquitecto y otra empresa constructora levantaron edificios y casas más tradicionales, con tejados inclinados y voladizos. Como en el caso de la urbanización Onkel Toms, Taut y Wagner recurrieron a diferentes colores para las fachadas y a otras formas arquitectónicas, olvidándose de la monotonía impuesta por el modernismo. Las fachadas de algunos de los bloques, por ejemplo, eran curvas para encajar las escaleras que subían hasta los pisos, que se abrían a ambos lados (fig. 5.2.).



Fig. 5.2.: Bruno Taut y Martin Wagner, urbanización Berlín-Britz, construida entre 1925 y 1927. Un ejemplo esclarecedor del empeño por diseñar viviendas en donde los inquilinos pudiesen disfrutar de “luz, aire y sol”. Berlín-Britz es una muestra de arquitectura modernista, a excepción de los chaflanes curvos para alojar las escaleras, una blasfemia para los funcionalistas más estrictos, que preconizaban sólo líneas y ángulos rectos (Fotografía del autor).

En Britz, los arquitectos modernistas y tradicionalistas sellaron una especie de compromiso que acabó dando sus frutos. Por ejemplo, las ventanas retranqueadas en los edificios más tradicionales, en lugar de los ventanales voladizos tan típicos de las viejas mansiones de los burgueses distritos de Berlín, mientras algunos de los bloques salidos de las manos de Taut mostraban tejados de pizarra inclinados, en parte para dar cabida a una dependencia en el ático. En un esfuerzo sin precedentes por abaratar costes, algunos de los elementos utilizados eran prefabricados. También fue la primera vez que una empresa constructora recurría a la utilización de maquinaria pesada en una obra. Taut se inspiró en las ideas del movimiento ciudad jardín, que tanto auge había tenido en Inglaterra y que se implantó en algunas localidades alemanas antes de la guerra, pero adaptándolo a un proyecto urbanístico a gran escala. En conjunto, Britz albergaba mil veintisiete viviendas, de las que cuatrocientas setenta y dos eran unifamiliares. El centro de la urbanización, la Hufeisen, era un conjunto de bloques de pisos soleados en forma de herradura (que es la traducción del vocablo alemán), indicativo de la igualdad social de todos los residentes, que les haría sentirse miembros de una comunidad.[17] Un enorme bloque de edificios que, a pesar de todo, gracias a su diseño arquitectónico y a las vastas zonas verdes que lo rodeaban, producía una sensación de libertad y ligereza (fig. 5.3.).



Fig. 5.3.: Bruno Taut y Martin Wagner, Hufeisen (la Herradura), parte de la urbanización Berlín-Britz, construida entre 1925 y 1927. Taut pensaba que las vistas de los apartamentos interiores sobre otras viviendas de sus mismas características contribuirían a estrechar lazos entre los residentes. A día de hoy, es de suponer que sus actuales inquilinos pondrán gran cuidado en preservar su intimidad. (Ullstein Bild / The Granger Collection, Nueva York).

Como en casi todos sus proyectos, Taut buscó que la naturaleza propia del paraje formase parte del proyecto. En Britz hay amplias zonas verdes, y podría decirse que los huertos son relativamente grandes, probablemente del tamaño de los Schrebergärten, huertas caras situadas en las afueras de las ciudades de Alemania; pero, en este caso, su función consistía en dar la sensación de amplitud entre los bloques de edificios. Cuando se sale del metro en Blaschkoallee y se deja atrás el tráfico, el ajetreo y el ruido de la Kurfürstendamm, la Alexanderplatz o la Friedrichstrasse –la zona comercial y de tiendas en el centro de Berlín–, uno se encuentra en un barrio tranquilo

y silencioso, una zona que no tiene nada que ver con otras barriadas de la ciudad. En los días de verano es posible oler el aroma de las flores, de la hierba, de los árboles, lo que produce un efecto balsámico, parecido al que debieron de experimentar los vecinos del lugar en la década de 1920 y a comienzos de los años de 1930, a pesar de que la vegetación no estuviera tan crecida como ahora. Muchos años después, sin embargo, los padres pueden llevar a sus hijos al colegio, a las zonas de juego, al centro de salud local o a las instituciones sociales que unos planificadores reformistas como Taut y Wagner ya previeron en su día.

Tanto en Onkel Toms como en Britz, Taut y Wagner prestaron la misma atención al interior de las viviendas que al aspecto exterior de los edificios. Los nuevos pisos habían de ser la vivienda de la familia "racionalizada"; también el lenguaje y los programas económicos de la República de Weimar eran aplicables a la familia y a la vivienda. En clara referencia a los estudios que tenían en cuenta el tiempo dedicado a los desplazamientos dentro del lugar de trabajo para incrementar la productividad, Taut afirmaba con humor que sus proyectos eran el resultado "de aplicar las leyes del taylorismo a la vida hogareña". Con tanta línea recta, aseguraba, los nuevos pisos permitirían que "la mujer […] atendiese mejor las labores domésticas". Podría organizar sus obligaciones en casa según un plan, con lo que dispondría "de tiempo suficiente para salir de paseo y descansar". Siempre imperaría el orden en el salón, único lugar donde acomodar a una visita inesperada, porque podría arreglarse con mucha rapidez. Cada estancia estaba diseñada con un fin determinado, y sólo cumplía esa función.[18]

Los arquitectos convirtieron la cocina en su principal objetivo, como se puso claramente de manifiesto con la "cocina Frankfurt", diseñada por Margarete Schütte-Lihotzky; sus ideas no diferían mucho de las de Taut y muchas otras de la época. Para no tener que agacharse o alargar el brazo, los arquitectos diseñaron encimeras de altura adecuada, y sustituyeron los estantes abiertos por aparadores cerrados para que entrase menos polvo. Metal y ladrillo en lugar de madera, más difícil de limpiar y que siempre acababa por pudrirse. Las rejillas para poner los platos evitaban tener que secarlos; gracias a unos dosificadores, no era preciso medir la harina. Pero lo más importante era que la cocina estuviera separada del resto del piso o de la vivienda, para evitar el hacinamiento y la suciedad de aquella pieza abierta en la que antes estaba el fogón y hacía las veces de comedor. Por pequeño que fuera, era

indispensable que cada familia tuviera un cuarto de baño. Además, nada de esas bagatelas a las que tan aficionadas eran la clase media baja y la clase trabajadora. Había que prescindir incluso de las lámparas de pie, con esas enormes mamparas tan cursis que sólo atraían el polvo y denotaban un gusto tan horrible como las pinturas al óleo de escenas campestres alemanas o los retratos del káiser. Taut y otros arquitectos modernos de la época detestaban los muebles de estilo victoriano, labrados y recargados, que tanto gustaban a los alemanes. Austeros, diáfanos y útiles, los pisos proyectados por Taut eran un perfecto ejemplo del concepto moderno de vivienda.[19]

La modernidad también significaba una clara división del trabajo entre hombres y mujeres. Taut y otros progresistas abogaban por la igualdad femenina pero, en lo tocante a la casa y a la familia, seguían pensando que eran ámbitos reservados a la mujer. La cocina, cerrada, pequeña y práctica, era su terreno, del que sólo salía, voilà!, para servir la cena en el comedor. Taut hizo algunas sugerencias para conseguir una mayor igualdad, como que los maridos y los hijos hiciesen las camas y pasasen el polvo. Como, al parecer, necesitaban cierta ayuda para llevar a cabo tal cometido, recomendaba sustituir los pesados cubrecamas de plumón por mantas o edredones más ligeros.

Taut nunca dejaba de lado la faceta humana de la arquitectura. Al revés que sus contemporáneos, con sus construcciones fríamente racionales y científicas, aun en urbanizaciones tan enormes como Onkel Toms o Britz, siempre se acomodaba a las exigencias de sus moradores. En el proyecto de la Herradura buscó que la luz del sol llegase a todas las viviendas. Al disponer que las ventanas exteriores de cada piso estuvieran a la vista del resto de los inquilinos, Taut pretendió la igualdad social, confiando en que los residentes pensasen que vivían en una comunidad. Las generaciones posteriores serían de la opinión, sin embargo, de que semejante disposición facilitaba que otros se enterasen de lo que ocurría en el interior sus viviendas, una flagrante intromisión en su intimidad. Pero Taut sólo tenía en la cabeza las notas progresistas y socialmente igualitarias de su proyecto, con el que creía contribuir a que los hombres y mujeres de la sociedad del futuro se sintieran más cercanos. En Onkel Toms, por ejemplo, diseñó las puertas y las ventanas no sólo según las recomendaciones estéticas modernistas, sino pensando sobre todo en la vida de las personas que se mueven en un entorno urbano. Las puertas facilitan la entrada y la salida; las

ventanas permiten que los inquilinos puedan ver lo que pasa en la calle, apoyados en el alféizar. En palabras de un crítico, Taut imaginó “una especie de alianza entre el hombre y la arquitectura”.[20] Siempre pensó que la arquitectura era tarea de todos.

En este sentido, los escritos y dibujos más utópicos de Taut, los correspondientes a los años 1917 a 1921, guardan una estrecha relación con los proyectos y edificios que construyó entre 1924 y 1930. No pasó por dos etapas claramente diferenciadas, una que pudiera calificarse de expresionista y otra más próxima a la Nueva Objetividad. Todos sus trabajos se caracterizan por preservar la íntima relación existente entre entorno, edificio y vida; por la similitud formal: la Herradura, como símbolo de amplitud de miras, algo que es también perceptible en su Arquitectura alpina, o en la urbanización Britz; y por el rechazo a seguir las mismas normas que todo el mundo, con la lógica y la racionalidad como únicos puntos de partida para sus proyectos. Taut siempre fue más humanista que sus contemporáneos modernistas, como Walter Gropius, Ludwig Mies van der Rohe y Le Corbusier, cuya aceptación a ciegas de los rígidos principios del diseño quedó plasmada en edificios tan poco prácticos como anodinos.

El 9 de noviembre de 1918, el mismo día en que masas de obreros, soldados que habían regresado de la guerra y multitudes de curiosos atestaban las calles de Berlín, el mismo día en que Philipp Scheidemann proclamaba la República en Alemania y Karl Liebknecht hacía lo propio, pero añadiéndole el calificativo de socialista, Erich Mendelsohn inauguraba su estudio de arquitectura. Mendelsohn acababa de regresar del frente y se daba perfecta cuenta de lo que estaba pasando. Pero ni el caos ni el estallido de la revolución harían mella en la enorme confianza que tenía en sí mismo ni le impedirían iniciar su carrera: daba un paso con el que había estado soñando mientras se reconcomía en las trincheras de los frentes del este y del oeste, y puso manos a la obra desde el momento en que regresó a su país.

Al igual que muchas otras figuras emblemáticas de la cultura de Weimar, Mendelsohn comprendió que comenzaba una nueva era, preñada de dilemas

y posibilidades: el trauma que había supuesto la guerra y las esperanzas que concitaba la revolución. “La revolución no es sólo una cuestión política”, afirmaba en el salón de Molly Philippson, ante un reducido grupo de personas acomodadas, en el invierno de 1918-1919. Depende de una serie de circunstancias muy complejas: es una situación dramática, caótica, ineludible, exigente, estimulante y maravillosamente envolvente.[21] En la propia complejidad de la revolución, aseguraba Mendelsohn, hallamos ese impulso que busca la realización del ser humano, un empuje al que no pueden dar respuesta ni poner límites las apetencias de poder o las preocupaciones de la vida diaria, un impulso que va mucho más allá de las fronteras territoriales de cualquier Estado. Mendelsohn apostaba por una suerte de internacionalismo creativo, un desarrollo imaginativo y estético que, si bien se nutre de las condiciones de una nación concreta, en su avance traspasa las fronteras, une a los pueblos. A nadie ha de sorprender, continuaba, que una época como ésta, de necesidad y miseria por todas partes –la guerra y sus consecuencias– desemboque en la aparición de una nueva conciencia, una conquista del espíritu que supondrá la superioridad de la forma, de una nueva arquitectura.[22]

Mendelsohn no era socialista, y mantenía muy buenas relaciones con hombres de negocios. Necesitaba que le encargasen proyectos. A finales de la década de 1920 había llegado a convertirse probablemente en el arquitecto más prestigioso de Alemania: dirigía un estudio en el que trabajaban cuarenta empleados, y fue el encargado de realizar algunos de los proyectos comerciales o privados más elogiados del mundo.[23] Con todo, no eran meros devaneos el tono que empleaba en sus alocuciones en 1919 y su compromiso con organizaciones artísticas revolucionarias, como el Grupo de Noviembre o el Consejo de Creadores Artísticos. Siempre que hablaba, lo hacía en términos revolucionarios: un nuevo comienzo, grandes posibilidades, en Alemania y más allá de sus fronteras. Todos esperaban la aparición de un nuevo arte, de un arte moderno, que reflejase el espíritu de la época, que no imitase a la naturaleza ni fuera una repetición de estilos que pertenecían a épocas ya pasadas. El nuevo arte habría de ser un arte total.

Y aquí es donde Mendelsohn, el arquitecto, entra a formar parte del paisaje. El arquitecto moderno será el encargado de dar forma a ese nuevo espíritu y lo plasmará en nuevos edificios: habrá de ser el “hombre total”, dotado de

conocimientos prácticos y teóricos, humanista y científico, un hombre renacentista a carta cabal[24], capaz, gracias a su genio creativo, de transformar los materiales de la edad moderna –acero, lunas de cristal y hormigón armado– en maravillosas estructuras sin parangón, que lo mismo estimularán que apaciguarán los sentidos. Los nuevos edificios servirían para azuzar la sensibilidad estética y para aliviar las tensiones que impone el frenético ritmo de la vida urbana, gracias a las estructuras que rodean a quienes viven, trabajan o dirigen un negocio en esas construcciones, o a quienes simplemente pasen por delante y se paren a contemplarlas; unos edificios que destacarán y prevalecerán en el paisaje urbano de construcciones tradicionales y emperifolladas, y que, si se alzasen en zonas rurales o boscosas, lo mismo se fundirían con la naturaleza que sobresaldrían en el entorno. Únicamente será buen arquitecto, según Mendelsohn, aquel que sepa encontrar el equilibrio entre extremos tan opuestos; sólo así, su trabajo llegaría a ser considerado como "orgánico", ese término del que tanto gustaban los protagonistas de la República de Weimar, cualesquiera que fueran sus inclinaciones estéticas o políticas.

La buena arquitectura moderna habría de provocar una sensación de tensión dinámica, de movimiento y de éxtasis sosegado. Mendelsohn recurría con frecuencia a metáforas musicales o a la expresión "campo de fuerzas" (Kräftespiel) para ilustrar sus ideas.[25] La "cohesión orgánica", algo que todo arquitecto debe esforzarse en conseguir, puede seguir "una orientación armónica o contrapuntística" que, a su vez, adoptará una forma horizontal o vertical.[26] Mendelsohn identificaba la esencia de la arquitectura sobre todo con el contrapunto, que permite que melodías diferentes lleguen a fundirse y culminar en una sola composición.[27] Pero su pasión por la belleza orgánica de las fugas de Bach o de las catedrales góticas no le impidieron descubrir esas mismas posibilidades en el "fuerte sonido metálico" que emiten las máquinas en funcionamiento, en el "brillo, también metálico, de los materiales de que están hechas" y en la "precisión con que llevan a cabo su cometido".[28]

No hay duda de que Mendelsohn era un firme defensor de lo moderno. Ante hombres de negocios, compañeros de profesión o auditorios cultivados, no se cansaba de proclamar la trascendencia del momento que les había tocado

vivir, gracias a los nuevos materiales y técnicas de construcción, el consumo de masas, los automóviles y la publicidad. En 1923, escribía:

Es impensable que podamos dar marcha atrás […] o que no echemos mano de las enormes posibilidades que nos ofrece la tecnología, que veamos las máquinas como enemigas de la humanidad, y no como las más poderosas herramientas de las que disponemos, a las que habremos de aprender a sacar todo su jugo […] Que pensemos que nuestras vidas son como son, porque nacimos en una antigua patria en la que todos nos hemos criado (Urvaterland), en lugar de abrir la puerta a los tiempos modernos, que, en definitiva, son los nuestros.[29]

Pero los tiempos modernos traían también nuevas y claras preocupaciones e inquietudes. El ser humano sólo podrá sobreponerse al desasosiego de la época moderna si logra "imponer su voluntad sobre el mundo real", si llega a dominar los elementos naturales.[30] Al igual que otros eximios representantes de la cultura de Weimar, Mendelsohn pensó que sólo entendiéndolas, no rechazándolas, era posible resolver las tensiones que planteaba la vida moderna. Como Taut y Gropius, afirmaba que la arquitectura era la suma de todas las artes, la única capaz de restablecer el equilibrio y, por ende, la senda más adecuada para aguijonear y apaciguar. De ahí que sólo pueda adoptar una forma estructural: "El hombre de nuestro tiempo, atosigado por el alocado ritmo de vida que lleva, sólo podrá encontrar el equilibrio en el efecto tranquilizador que produce la dimensión horizontal". La sensación dinámica del movimiento ha de ser el origen, a su vez, de una impresión armónica que mitigue la inquietud de la época moderna.[31] Un edificio será espléndido si inspira una serie de emociones equilibradas. Gracias a su insistencia en la búsqueda del equilibrio y de la armonía, Mendelsohn consiguió atemperar sus excesos expresionistas, hasta nietzscheanos se podría decir, que lo llevaban a emplear términos como "empuje", "ilusión", "ganas de vivir" o "dominio de la naturaleza", hasta llegar a estar convencido de su propia genialidad.

Sus edificios más sobresalientes –la Torre Einstein (Einsteinturm), los grandes almacenes Schocken, en Chemnitz, la sala de cine Universum de Berlín y la casa Columbus en la Potsdamer Platz de la capital– constituyen un excelente ejemplo de sus teorías. Todos producen esa sensación de dinamismo y de sosiego. La Torre Einstein, el primer edificio que construyó,

es uno de los que mejor plasman en la realidad las ideas de Mendelsohn (véase ilustración en color 4). Erigida en Potsdam, en un complejo que agrupaba las sedes de otros organismos científicos, donde se alzaban otros institutos de investigación, la Torre Einstein albergaba un telescopio y un laboratorio (ambos siguen funcionando en la actualidad). La intención de Mendelsohn era que el proyecto sirviese para demostrar las teorías de Einstein mediante el análisis del espectro de la luz solar. Con su forma circular en espiral y los diversos materiales empleados en su construcción, la Torre Einstein se yergue como una estela sobre la base en la que se asienta, un terreno horizontal verde en cuyo centro surge la edificación, emulando la verticalidad de los árboles que crecen a su alrededor. Gracias al retranqueo de los ventanales, ningún saliente rompe la simetría de la estructura externa del edificio. Mendelsohn le dio muchas vueltas al diseño del interior de la torre, al que trató de imprimir su estilo. Los despachos que proyectó eran austeros y muy luminosos. Los tonos oscuros del mobiliario casaban bien con las paredes pintadas en colores suaves y las maderas preciosas y barnizadas de puertas y barandillas.

De aspecto llamativo y, desde luego, inconfundible, la Torre Einstein está en armonía con el terreno sobre el que se asienta. El edificio se integra perfectamente en un entorno boscoso, no lejos de otros institutos de investigación y se alza hacia el cielo.[32] Al contemplarlo por primera vez, el propio Einstein exclamó: “¡Orgánico!”.[33] Y así es, a pesar de tantas veces como se ha repetido este comentario. En palabras de Mendelsohn, la expresión utilizada por Einstein significaba que “no es posible quitarle nada, ni en cuanto a masa, ni en cuanto a dinamismo o desarrollo lógico, sin echar abajo el conjunto”. Orgánico significa que “la forma exterior se corresponde con la estructura interna […] y el uso al que está destinado, la estructura y la expresión arquitectónica se combinan en un todo orgánico, donde hechos científicos e intuición creativa se unen de forma inextricable”.[34]

El edificio transmitía (y todavía hoy se percibe) armonía tanto con la naturaleza y las construcciones que lo rodean como con esa apetencia por alcanzar la verdad científica y espiritual. En contraste con el estricto funcionalismo de la Bauhaus, que se tomaba las cosas muy a pecho, es un edificio que irradia simpatía, aunque no fuera ésa la intención de Mendelsohn, que siempre se planteaba muy en serio lo que hacía y

aseguraba que, para su proyecto, se había inspirado en la teoría de la relatividad de Einstein: la simplicidad del diseño no buscaba sólo la belleza orgánica, sino que aspiraba a ser una representación en hormigón de dicha teoría. En Mendelsohn influyó la amistad que le unía con el físico Edwin Finlay Freundlich, ayudante de Einstein, cuya obra Die Grundlagen der Einsteinschen Gravitationstheorie (Fundamentos de la teoría gravitacional de Einstein) era una especie de introducción a la teoría de la relatividad. A Mendelsohn le llamaba poderosamente la atención la premisa de que la energía también tiene masa, que masa y energía son inseparables y que toda materia encierra una energía latente. "Tension dinámica" y "funcionalidad y dinámica", términos a los que Mendelsohn recurría con frecuencia para referirse a su arquitectura, los había extraído del libro de Freundlich y de las conversaciones que había mantenido con él y con Einstein quien, con el paso del tiempo, sería un visitante asiduo de los Mendelsohn.[35]

La Torre Einstein no consiguió su propósito de ser la expresión de la teoría de la relatividad. Y desde luego no todos sus contemporáneos dieron su aprobación al edificio, ni compartieron el entusiasmo de Mendelsohn por su propia genialidad. Como era de suponer, en un primer momento los funcionarios de Potsdam rechazaron el proyecto por no considerarlo adecuado al entorno, y sólo a regañadientes llegaron a dar el visto bueno. Hubo reacciones para todos los gustos, y no eran pocos los que coincidían con las mordaces observaciones del crítico de arte Paul Westheim que, en aquel edificio, no veía sino la expresión de la autocomplacencia de un diletante. Según Westheim, la Torre Einstein

no ha sido diseñada siguiendo los patrones objetivos de la ingeniería, sino que coquetea peligrosamente con algunos de tales elementos. A pesar de sus ribetes modernistas, resulta tan grandiosa que recuerda el estilo del monumento a la guerra de la liberación (Völkerschlachtdenkmal) y del monumento al Rhin de la época de Bismarck. La torre de Potsdam tiene menos de observatorio que de gigantesco anuncio publicitario de la originalidad del arquitecto. Yo diría que es la Torre Mendelsohn […] Si fuera un arquitecto más dotado, su estilo revestiría una mayor consistencia estructural, y no daría cabida a tantos detalles que, apartándose de su función original, nos llevan a pensar únicamente en su creador. Mendelsohn revela una grandiosa autocomplacencia, fruto de la genialidad y del diletantismo. Carece de la preparación suficiente para que se le considere un maestro

arquitecto en sentido genuino, circunstancia que le permite, sin embargo, manipular los materiales con esa especie de ingenuidad que causaría sonrojo a cualquier comerciante avezado que anduviese a la caza de un proyecto práctico y para un uso determinado.[36]

La Torre Einstein tampoco fue un prodigio como construcción. Pasados cinco años, hubo que realizar arreglos de importancia, a los que seguirían muchos más, y no siempre para bien (habría que esperar a finales de la década de 1990 para llevar a cabo una restauración completa, compleja y realmente científica que devolviera al edificio todo su esplendor). La fascinación que Mendelsohn sentía por el hormigón y el hormigón armado iba más allá de las posibilidades técnicas que ofrecían tales materiales. Al final, el edificio se construyó recurriendo a materiales muy diferentes, incluidos ladrillos, cemento y hormigón armado, que no siempre casaban muy bien y que fueron la causa principal de los problemas estructurales del edificio.[37] El enlucido de la fachada daba la sensación de que todo el edificio era de hormigón, pero no se trataba más que de una ilusión modernista.

A pesar de todo, la Torre Einstein es una construcción singular. Hasta el uso incorrecto del hormigón disimula la pesada estructura del edificio y le confiere un aspecto ligero, dinámico, plasmado en esas formas redondeadas en el sentido de una espiral ascendente. Metafóricamente, podría decirse que Mendelsohn hizo que pasasen a la historia los perfiles angulosos y las esquinas en ángulo recto de tantos y tantos edificios. La Torre Einstein es como una elegante escultura, que presenta el aspecto de una enorme mole. Su levedad y su proporcionalidad, ambas ilusorias, constituyen un testimonio inigualable de la inquietud espiritual y de la explosión de creatividad de la cultura de la época de Weimar.

Esas mismas cualidades quedan patentes en los grandes almacenes que Mendelsohn diseñó en la década de 1920 y a comienzos del decenio de 1930 –como los de Nuremberg, Stuttgart y Chemnitz, para los hermanos Schocken–, o en la casa Columbus, en la Potsdamer Platz de Berlín. En estas construcciones, Mendelsohn refrena el expresionismo que tan claramente transmiten el cemento y el enlucido de la Torre Einstein, aunque, en lo fundamental, mantiene los principios que inspiran sus proyectos.

Mendelsohn encontró un socio perfecto en Salman Schocken, quien no pretendía edificar una tienda lujosa, sino un templo destinado al consumo de masas. El mejor de los tres almacenes que construyó es el de Chemnitz, diseñado y erigido entre 1928 y 1930; es uno de los edificios más logrados de Mendelsohn, ligero y dinámico, a pesar de su maciza estructura, de sus nueve alturas y setenta metros de largo. Situado en una enorme parcela en el centro de la ciudad, se distinguía de los edificios que lo rodeaban por su vigoroso modernismo (fig. 5.4.). Para conseguir aquella sensación de ligereza y dinamismo, Mendelsohn recurrió a los materiales preferidos de los modernistas, a saber, hormigón armado y cristal. Las cinco hileras idénticas de ventanales iguales transmiten una sensación de levedad a todo el edificio, al tiempo que permiten que la luz del sol inunde las mercancías expuestas a la venta en el interior. A ambos lados se alzan las escaleras principales, tras unas cristaleras compuestas de veinticinco ventanas más pequeñas, diseñadas por Mendelsohn para transmitir una impresión de más altura, de dinamismo vertical. Las cuatro plantas superiores están retranqueadas, como gradas, lo que contribuye a la sensación de ligereza que emana de todo el edificio. Pero lo que más impresiona es su curvatura que, junto con el acristalamiento continuado, aligera la estructura y le confiere dinamismo. El recurso a las vigas voladizas en la construcción permite disimular los pilares verticales de carga o las vigas de acero de perfil en forma de ele que romperían la continuidad del acristalamiento de la fachada (figs. 5.5. y 5.6.). El proyecto de Mendelsohn no tenía nada que ver con las pesadas construcciones de piedra de otros grandes almacenes construidos con anterioridad. En la tienda de Chemnitz hizo realidad el concepto de “tensión dinámica”, sobre el que tantas veces escribiría: la aparente contradicción de que la masa estática de un edificio, firmemente asentado en el suelo gracias al hormigón y al acero, transmita una impresión de dinamismo. Podría decirse que en esta obra se pone de manifiesto todo lo que encierra la modernidad, la tensión entre contemplación y movimiento, tradición y progreso.[38]



Fig. 5.4.: Vista aérea de los grandes almacenes Schocken, de Erich Mendelsohn, en Chemnitz, construidos entre 1919 y 1930. Como la casa Columbus (véase fig. 2.3.), rodeado de construcciones tradicionales, el edificio constituye una vigorosa afirmación del estilo modernista (Schlossberg Museum Chemnitz).



Fig. 5.5.: Erich Mendelsohn, grandes almacenes Schocken, en Chemnitz, 1929-1930, vista de la fachada. El recurso a vigas de acero de perfil en forma de ele y al hormigón armado permitieron a Mendelsohn disimular la pesadez de la estructura y cubrir la fachada con superficies acristaladas en cada planta, de forma que todo el edificio transmite una impresión de ligereza, al tiempo que la curvatura le confiere un aspecto cargado de dinamismo (Staatliche Museen zu Berlin, Kunstbibliothek).

Y eso que sólo se trataba de unos grandes almacenes, de un templo del consumo. Como ya hemos señalado, los lienzos acristalados permitían que la luz solar realzase las mercancías expuestas: el colorido de los diferentes productos casaba bien con los tonos suaves de las paredes. Dispuesta con precisión, también la iluminación eléctrica resaltaba la mercancía y engrandecía el mismo acto de comprar. Los ascensores y las escaleras mecánicas eran elegantes y de buen gusto. Visto desde el exterior, la iluminación constante confería una pátina de modernismo a los edificios colindantes, al tiempo que les servía de soporte publicitario; en el interior, los productos en venta resultaban más atractivos. El buen tino con que se habían situado los escaparates permitía ver el interior del edificio desde la

calle, no sólo los objetos que estaban expuestos, sino también la forma en que se presentaban tras los mostradores.[39] Ningún elemento, interior o exterior, era meramente ornamental, sino que estaban proyectados con un propósito: que los clientes pudiesen desplazarse con facilidad por la tienda, ir de un mostrador a otro, de una sección a otra, para incrementar las ventas, o “para mover la mercancía”, como diría un comerciante norteamericano.

En el caso de Mendelsohn, como en el de Taut, no es posible trazar una línea divisoria entre la trayectoria expresionista que siguieron al principio de su carrera y sus proyectos posteriores. El edificio de los grandes almacenes de Chemnitz es más austero que la Torre Einstein. Pero muchos de los principios por los que Mendelsohn luchó están presentes en ambas construcciones: la curvatura de las estructuras, la ausencia de ornamentación, las fachadas lisas y la atención a la luz. Mendelsohn sustituyó la simpatía que irradia la Torre Einstein por el placer de ir de compras en Chemnitz. Ambos edificios estaban concebidos para alegrar la vista y ensanchar el espíritu, ambos evocaban aquella exclamación que Einstein no pudo contener al contemplar su torre: “¡Orgánico!”.

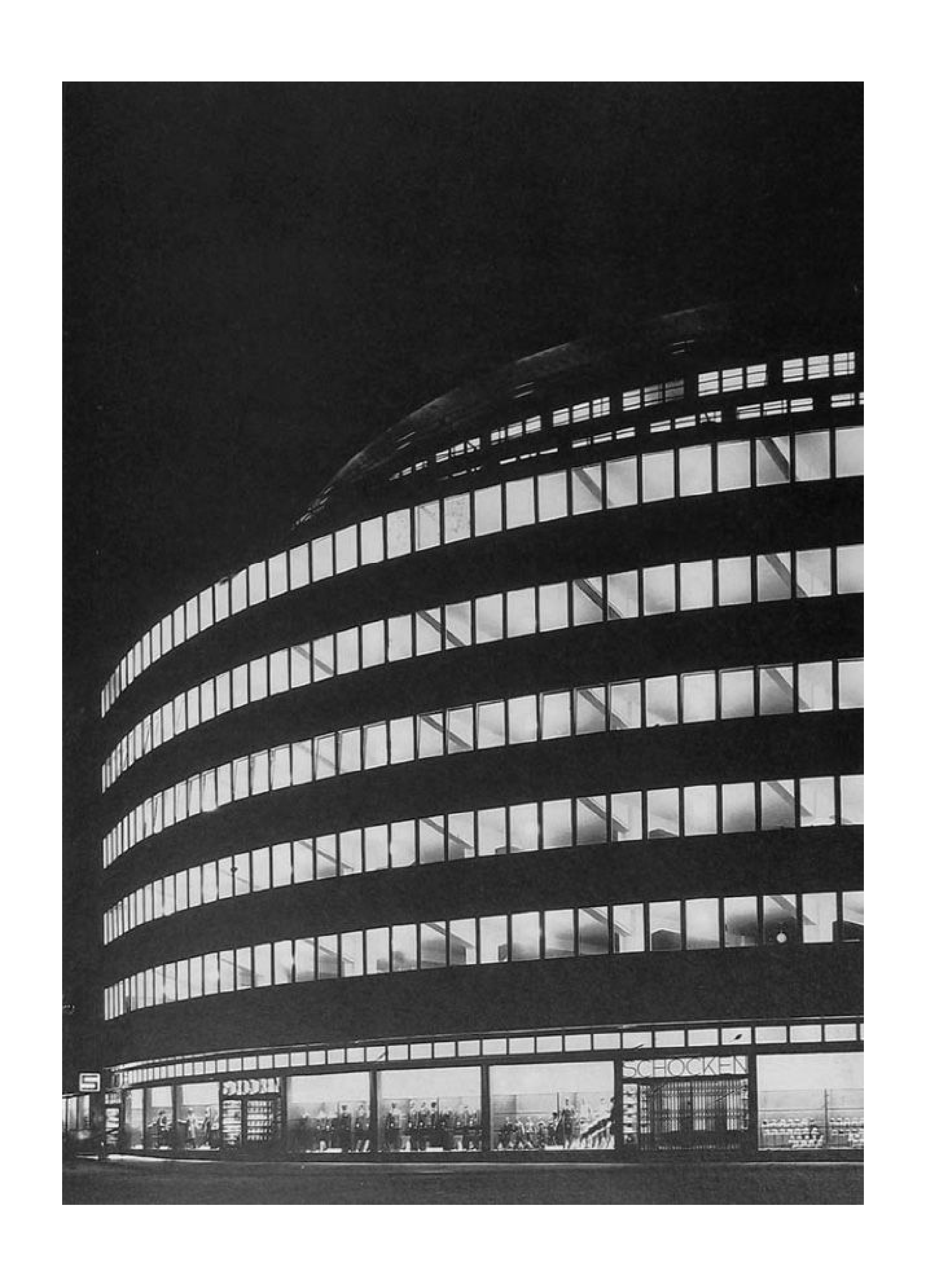

SCHOCKEN

Fig. 5.6.: Erich Mendelsohn, grandes almacenes Schocken, en Chemnitz, 1929-1930, vista nocturna. Los ventanales permitían que la luz del sol inundase las mercancías expuestas en el interior. Por la noche, producían el efecto contrario: la luz artificial salía a raudales de los almacenes, dando la sensación de que todo el edificio resplandecía (Staatliche Museen zu Berlin, Kunstbibliothek).

Tanto Mendelsohn como Taut se apartaron del funcionalismo estricto, con su dureza de líneas y ausencia de color. A Mendelsohn le atraían las formas curvas; Taut recurrió al color sin discreción y, junto con Wagner, introdujo elementos caprichosos en sus proyectos, como las escaleras en torre en algunos de los bloques de viviendas de Britz, para romper la monotonía de tanta línea recta y desnuda. Al contrario que muchos modernistas que se limitaban a levantar sus edificios, tan refinados desde un punto de vista estético, pero ajenos a su emplazamiento, Taut y Mendelsohn prestaron mucha atención a los entornos en los que se alzarían sus construcciones, aunque, al decir de varios críticos, daba la impresión de que sus edificios procedían de Marte. De ningún modo pretendían, sin embargo, que se confundieran con el sitio al que estaban destinados. No en vano, ambos levantaron estructuras singulares, incluso sobrecogedoras, que no había forma de ignorar. Pero, mientras Taut siempre mimó las zonas boscosas y los espacios verdes en los que habrían de asentarse sus edificios, para procurar un ambiente de sosiego tras la ajetreada vida urbana y romper la monotonía de las estructuras rectangulares de siempre, Mendelsohn buscó que sus edificios se adaptasen a las aceras y a las calles de la ciudad donde se alzaban: tenía la imagen de esa zona en la cabeza, contaba con la presencia de los peatones y los vehículos y, muchas veces, los dotaba de fachadas curvas para mitigar la "agitación" de la ciudad moderna y poner de relieve la sensación de movimiento que producía rodear sus construcciones. A propósito de uno de sus primeros logros, la ampliación y restauración de la editorial Mosse, en Berlín, escribiría:

un edificio no es un espectador a quien le dé igual que los coches vayan deprisa, que el tráfico sea fluido o esté atascado, sino que ha pasado a ser un elemento que absorbe y participa de ese ajetreo […] El equilibrio de los elementos que lo componen sosiega el ritmo frenético (Nervosität) del tráfico y de los transeúntes […] Al dividir y dirigir en cierto modo el flujo del tráfico, un edificio, aunque todos sus elementos tiendan al movimiento,

se convierte en un pilar inamovible en medio de la agitación que reina en las calles.[40]

En Chemnitz, la calle que discurre por delante de los grandes almacenes Schocken se ensanchó en forma de media luna para reflejar la curvatura del edificio, haciendo que estructura y paisaje urbano se unieran en una sola cosa.

El rechazo de Mendelsohn al funcionalismo estricto explica su profunda admiración por Frank Lloyd Wright. Ambos se conocieron en 1924, durante la primera visita que Mendelsohn hizo a Estados Unidos y simpatizaron de inmediato –tenían en común el ser grandes arquitectos y ególatras–, convencidos como estaban de que eran unos genios, seguros de que estaban alumbrando no sólo una nueva estética sino una nueva forma de entender el mundo moderno, tan acorde con las circunstancias del momento como con la historia. En su opinión, la auténtica arquitectura, aun reconociendo el valor de la tradición, sería un reflejo de los tiempos que vivían: una labor intelectual e intuitiva, creativa y preocupada del entorno en el que se desarrollaba, ya fuera un paraje natural o un paisaje urbano, capaz de sacar el máximo rendimiento a los materiales disponibles en vez de verse limitada por ellos.[41] Cada uno seguiría su propio estilo –Wright, el estilo Prairie School; Mendelsohn, su “dinámica arquitectónica”, como solía denominarla–, una mezcla de elementos muy diversos que culminaría en algunos de los edificios más representativos del siglo XX.

En muchos de sus escritos y discursos, Mendelsohn criticaría abiertamente el funcionalismo estricto. Sin nombrarlo, el objeto de sus pullas era Walter Gropius, celebérrimo fundador de la escuela bautizada como Bauhaus y otro de los arquitectos legendarios del siglo XX. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, Gropius también tenía la cabeza llena de esperanzas utópicas. Colaboró con Taut en innumerables manifiestos y proyectos durante la revolución de 1918-1919. Al igual que muchos, Gropius pensaba que el incontestable desastre que había supuesto el primer conflicto bélico mundial entrañaba una ruptura definitiva con el pasado: tanto los artistas como la

sociedad en su conjunto se encontraban a la deriva y buscaban un rumbo, o como escribía en 1919: “En nuestros días, el artista vive en una época de disolución. Está solo. Las viejas formas artísticas no son sino ruinas, el entumecido mundo se ve sobresaltado, el antiguo espíritu humano ya no vale de nada y está a merced de nuevas formas. Estamos flotando en el espacio, y aún no atisbamos un nuevo orden”.[42] En un momento así, tratar de contemporizar con una arquitectura historicista sería un insensato ejercicio de nostalgia de un mundo que jamás podría ser restaurado: más valía aferrarse a la realidad, profundizar en esa ruptura con el pasado y dar paso a algo nuevo, que reflejase y modelase las condiciones de la modernidad. Decidido defensor de la nueva arquitectura, Gropius estaba convencido de que la estética modernista sería capaz de transformar al ser humano y la sociedad, conduciéndoles a una nueva era de armonía y creatividad.

No encontraría mejor motor para difundir sus ideas que la famosa escuela de la Bauhaus, fundada por él mismo en 1919, con ayuda del gobierno socialdemócrata de la región de Sajonia-Weimar. Siguiendo el propósito de Gropius, la mencionada escuela echaría abajo, una tras otra, todas las barreras: entre las diferentes parcelas artísticas, entre arte y artesanía, entre profesores y estudiantes, entre máquinas y hombres, entre arte y sociedad. O, como escribiría más adelante: la educación en la escuela ha de servir para desarrollar “las dotes naturales de cada individuo, para que sea capaz de abarcar la vida como un todo, como una única entidad cósmica”.[43] El programa de estudios contemplaba tanto la enseñanza de la artesanía como la de artes más tradicionales, escultura o pintura. Los alumnos aprendían a trabajar el metal a la vez que tipografía, fotografía o carpintería, así como diseño, dibujo, telares o alfarería. Entre sus maestros figuraban algunos de los que ya eran, o no tardarían en serlo, pintores y arquitectos aclamados del siglo XX, como Wassily Kandinsky, Paul Klee, László Moholy-Nagy y Mies van der Rohe, entre otros. Más que de profesores se les trataba de maestros, vocablo que evocaba el mundo artesanal de los aprendices y principiantes, con lo que se intentaba inculcar un trato social menos formal que el que se estilaba en las universidades y academias de bellas artes de Alemania. En aquella escuela, lo que alentaría la creatividad serían “las relaciones de amistad que surgieran entre maestros y alumnos fuera del trabajo, mediante juegos, conferencias, poesía, música o bailes de disfraces. Tales reuniones debían seguir un ceremonial estimulante”.[44] En comparación con la estricta

jerarquía y la abismal distancia social que se interponía entre profesores y alumnos en las universidades alemanas, tal relación ya era revolucionaria de por sí, aunque no deje de chocarnos la idea de que se inculcase a alumnos y maestros la necesidad de que se divirtieran.

Como Mendelsohn y Taut, Gropius también pensaba que, por sus características especiales, la arquitectura estaba llamada a desempeñar un papel singular en la creación de un arte nuevo, de una sociedad nueva. El resultado del trabajo arquitectónico, el edificio, no quedaba relegado a un museo tipo mausoleo, como en el caso de la pintura o de la escultura, sino que todo el mundo podía contemplarlo en el acontecer diario. Para erigirlo, era preciso contar con los servicios de diferentes artistas, además de artesanos cualificados. En ese sentido, la arquitectura era la única manifestación artística "orgánica" que englobaba todas las demás. La arquitectura era una síntesis que se situaba por encima de la división aceptada entre obra de arte y labor artesanal, y el estudio sería el lugar donde se produciría tal unión, donde "el mero esbozo y representación del mundo según las pautas de quien dice por dónde han de ir las cosas y el artista que las lleva a la práctica desembocan en una suerte de recreación del mundo". Gropius exigía que arquitectos, escultores y pintores "recuperasen la artesanía, porque el arte no es una 'profesión'. No hay diferencia entre el trabajo de un artista y el de un artesano […] Juntos perseguiremos, concebiremos y crearemos la nueva estructura del futuro, que será capaz de hacer de la arquitectura, la escultura y la pintura una sola cosa, hasta que llegue el día en que millones de trabajadores la alcen en sus manos hasta el cielo, como el símbolo de cristal de una nueva fe".[45] Ni siquiera Taut se habría expresado con tanta vehemencia.

Pero no se trataba de una ocurrencia de Gropius, sino de una consecuencia del fervor revolucionario de 1919. Como ya les había sucedido a Taut y Mendelsohn, en la segunda mitad de la década de 1920 sus puntos de vista, al igual que sus diseños, fueron atemperándose y ganando en predicamento, aunque tampoco sea posible hablar de dos fases en la obra de Gropius: comienzos utópicos, o expresionistas, dejados de lado en aras de la Nueva Objetividad. Podríamos calificar su trayectoria como "orgánica", en la medida en que sus mejores edificios fueron una consecuencia de la imaginación y fantasía que alumbró la revolución y de las oportunidades que trajo la República. Siempre se mostró contrario a la "arquitectura muerta"

tan común antes de la guerra, ocupada sólo en reproducir el pasado con todos sus oropeles.

Renegamos de esa arquitectura. Lo que pretendemos es crear una arquitectura limpia, orgánica, que irradie su lógica interna desde su propia desnudez, libre de fachadas sobrecargadas y arteros atavíos; queremos una arquitectura que encaje en nuestro mundo de máquinas, radios y coches rápidos, una arquitectura cuya función pueda ser claramente reconocible gracias a la relación que guardan las propias formas entre sí.[46]

Infatigable, Gropius ponía todo su empeño en sacar adelante su concepto modernista: la belleza de un edificio viene dada por su funcionalidad; ambas forman un todo inseparable. En vez de una fachada sobrecargada, la nueva arquitectura sólo contaría con líneas depuradas y exteriores lisos, suficientes para poner de manifiesto la función a que estaba destinado cualquier edificio, ya fuese bloque de viviendas, empresa o fábrica. Por otra parte, la belleza sería el resultado también de los materiales empleados en su construcción. Ningún edificio tenía que recurrir a referentes históricos ni imitar estilos del pasado, ya fuera la Atenas clásica, la Roma del Renacimiento o la Viena del barroco. La única referencia de un edificio ha de hallarse en sí mismo, en su funcionalidad y en los tiempos modernos en que ha sido concebido.

Como el propio Gropius aseguró en diversas ocasiones, por escrito o en conferencias que pronunció durante la época de Weimar y en adelante, los nuevos materiales industriales –el acero, el hormigón armado y el cristal– abrían insospechadas posibilidades. Los arquitectos podrían diseñar estructuras mucho más ligeras. La carga que soporta un edificio ya no descansaría en los muros maestros, sino en su esqueleto de acero; el único cometido de los elementos exteriores de un edificio se reduce a servir de pantalla que proteja a sus moradores del ruido, la lluvia y el frío. Las ventanas ya no serían esos agujeros que había que horadar en sólidas paredes de piedra, sino una superficie continua de cristal, separada tan sólo por finas lamas de acero. “[La] centelleante inconsistencia [del cristal], y la forma en que parece flotar entre pared y pared, tan liviana como el aire, añade una nota de alegría” a los edificios modernos.[47]

La nueva arquitectura descorre sus paredes, como si fueran cortinas, para que entren el aire puro, la luz y el sol. En lugar de asentar los edificios sobre el terreno con imponentes cimientos, los deposita en el suelo levemente,

pero con firmeza; y toma cuerpo, no imitando estilos o con perifollos ornamentales, sino gracias a esos sencillos diseños limpiamente esbozados en los que cada elemento se fusiona de forma natural en el volumen de un todo que los engloba, de modo que su estética responde a nuestras necesidades materiales y psicológicas.[48]

Por otro lado, las cubiertas planas sirven para disimular los detalles menos estéticos de los edificios, como los canalones; pueden utilizarse como zonas de juego y resultan más rentables porque reducen los costes de mantenimiento.

A la hora de llevar a la práctica esta nueva arquitectura, Gropius, igual que Taut, Mendelsohn y tantos otros, recurría al término definitivo de "orgánica", con lo que se refería a la unidad entre todos los elementos en un estado de equilibrio, así como a la armonía que debía existir entre la forma y la función de un edificio.[49] Sin elementos decorativos, el orden y la integración adecuados de la forma y la función crean belleza. Si está bien diseñado, el edificio ha de sacar incluso a la luz la belleza propia de los materiales empleados en su construcción. La obra en su conjunto no será el resultado de un genio creativo aislado, sino de un colectivo en el que participen artistas y artesanos. Y el resultado final será eminentemente moderno, un edificio "como tiene que ser, práctico, libre de todo adorno superfluo, rentable sólo gracias a la composición cúbica de sus volúmenes".[50] "La importancia arquitectónica de un edificio moderno –escribiría más tarde–, no es sino el resultado de la fuerza y la coherencia de sus proporciones orgánicas. Debe ser fiel a sí mismo".[51] Y como la arquitectura es la expresión más sublime de los ideales espirituales de una época, una arquitectura que aspire a ser orgánica habrá de ser un reflejo de la cohesión interna de esa época que ella misma propicia.[52]

Gropius era un firme defensor de las máquinas y de la producción industrial. Así era la realidad moderna, y los estudiantes de arte debían estar preparados para desarrollar su trabajo en ese mundo; no dejarse arrastrar por la nostalgia de los supuestos genios artísticos individuales del pasado que, solos, trabajaban en una pintura o en una escultura. El artista moderno tenía que diseñar lámparas, sillas, bisagras, cualquier objeto susceptible de ser producido de manera industrial. En los edificios, había que usar materiales

prefabricados, así como planos y módulos estandarizados. Gropius creía que era posible trasponer el sistema introducido en las fábricas a las obras, un punto de vista que compartían Taut y otros.[53]

El edificio Bauhaus de Gropius, del que tanto se ha escrito, era –y es, puesto que sigue en pie y en muy buen estado– un magnífico exponente de los principios que inspiraban sus diseños y una de las grandes creaciones de la época de Weimar (fig. 5.7.). Se compone de elementos relacionados por la función que cumplen: tres cubos unidos entre sí por pasarelas interiores. Cada cubo cumple una función distinta: talleres y auditorio; aulas, despachos y biblioteca; estudios, comedor y dormitorios. Siguiendo los principios modernistas, las estructuras de carga permanecen ocultas, con lo que el exterior ofrece una imagen de etérea ligereza. Llama la atención la superficie rectangular de cristales, sólo separados por finas barras de acero, que permite que la luz natural entre a raudales en estudios y talleres; por la noche, iluminado, el edificio parece lanzar destellos. El escritor ruso Ilya Ehrenburg nos ha dejado un testimonio de la grandeza del proyecto y de los elementos que lo componen: “Cuando, por fin, contemplé el edificio Bauhaus, que parece hecho de una sola pieza, como una idea obsesiva, y su transparente fachada de cristal que sobresale, formando parte del aire y distinta de él a un tiempo, porque tal es el efecto buscado, me detuve al momento [y me quedé] admirando [esa] maravilla de simplicidad”.[54] Las pasarelas que unen los tres cubos saltan a la vista, una prueba más de la inquebrantable fe de Gropius en el reverenciado vocablo “orgánico”: todas las partes guardan una estrecha relación y ni uno solo de los elementos tiene sentido por sí mismo. Por otro lado, Gropius diseñó también las casas del equipo directivo y del director del centro, del mismo estilo que el edificio principal. En Dessau, Gropius hizo realidad lo que él llamaba la visión total.



Fig. 5.7.: Walter Gropius, edificio Bauhaus, en Dessau, construido en 1925-1926. El edificio Bauhaus, el más representativo de la época de Weimar, era (y es) la afirmación más contundente de la estética modernista. Su belleza se debe tanto a los materiales utilizados en su construcción como al uso al que estaba destinado. Como en los grandes almacenes de Schocken, de Mendelsohn, la repetición de hileras acristaladas aligera la estructura, al tiempo que permite que la luz entre a raudales en los estudios. Tras haber sido restaurado, el edificio alberga una escuela de diseño. (Fotografía del autor).

Aunque el edificio fue todo un éxito, Mendelsohn debió de pensar que Gropius se había excedido. Todas las aseveraciones de éste sobre el trabajo colectivo, la normalización y la producción industrial sonaban a defensa de aquellos elementos de la modernidad que más le espantaban a Mendelsohn, que, según él, culminarían con la aparición de una sociedad marcada por la monotonía y regida por masas anodinas. Los dos eran modernistas, pero la visión de conjunto de Gropius constituía todo un reto para la idea nietzscheana que propugnaba Mendelsohn en cuanto a la genialidad creativa

del individuo. Para él, además, el funcionalismo representaba sólo los prolegómenos de la arquitectura, los requerimientos técnicos que hay que dominar. Nada más: "por muchas mediciones y cálculos que se hagan con todos los medios técnicos a nuestro alcance, no basta para hacer arquitectura a lo grande".[55] La arquitectura, si aspira a ser sublime, habrá de unir funcionalidad y dinámica. "Sólo de la interrelación entre funcionalidad y dinámica, entre lo real y lo irreal, entre la conciencia y lo inconsciente, entre razón y sentimiento, entre la infinitud y lo limitado, puede surgir el deseo acusado e imparable de crear, la pasión por el espacio que experimenta el arquitecto".[56] O, como afirmaría más tarde: "La dinámica de la arquitectura" pone de relieve "la tensión propia de los materiales elásticos de un edificio, el movimiento y el retraimiento que se producen en el seno de la inalterable estabilidad del propio edificio".[57] En opinión de Mendelsohn, sólo una arquitectura que sacase a la luz tales tensiones podría ser calificada de sublime desde el punto de vista de la modernidad.

Hubo quienes fueron mucho más lejos en sus críticas, de las que no se salvaba ni el propio Mendelsohn, a quien denostaban por haber creado una arquitectura estéril, materialista y mecanicista, que desconcertaba a hombres y mujeres al apartarlos de la tradición. En opinión de muchos de esos críticos, la "revolución espiritual" que, con sus escritos y proyectos, preconizaban Taut, Mendelsohn, Gropius y otros modernistas era como trasladar las fábricas a los barrios residenciales, el triunfo de la civilización "mecanicista" sobre la auténtica espiritualidad que, de forma eminente, representaban la historia y la cultura alemanas. Según ellos, los modernistas habían reducido al hombre a su mera condición material; en lugar de superar la depravación de la época, los arquitectos modernos se habían dejado arrastrar por ella, cuando no la habían fomentado. Desde su punto de vista, belleza e historia eran entidades inseparables: para ser considerado como bello, aparte de estar anclado en la historia, un edificio tenía que inspirar valores intemporales. Pero los modernistas habían optado por la cirugía radical, habían privado a los edificios de todo lo que tuviese que ver con la profundidad y la espiritualidad que hundían sus raíces en el pasado. Los modernistas no eran artistas, sino meros ingenieros.

Muchos de estos censores pensaban que las casas prefabricadas, aireadas y prácticas de Taut, Gropius y Le Corbusier eran construcciones frías que no

aportaban nada; en cuanto al veto a los adornos y muebles viejos, lo consideraban síntoma de una sensibilidad enfermiza que renegaba de la historia y de la tradición. Había quien afirmaba que sólo un intelectual desarraigado, un nómada, podía considerar como hogar la estructura de hormigón armado y cristal de Le Corbusier, que formaba parte de la célebre Weissenhof Siedlung, de Stuttgart, que no parecía guardar ninguna relación con su entorno, como si "sólo por un momento, se hubiera dignado posarse en la tierra". En su opinión, nadie en su sano juicio deseaba empotrar la cama durante el día, ni vivir en una casa que careciera de un dormitorio para hacer el amor, descansar, soñar, concebir hijos, dar a luz y morir. Llamativa, sí; habitable, no.[58] Otro crítico aseveraba que Weissenhof se había "proyectado y construido sin tener en cuenta lo que una familia necesita para decir que una casa es su hogar". El interior de los edificios, pensado por Mies van der Rohe, carecía de rellanos o barandillas, y eso, unido a los enormes ventanales abiertos al vacío, hacía que aquellas casas fueran un peligro para los niños. Orientadas al sur, recibían la luz del sol durante mucho tiempo, lo que estropearía la comida que se dejase en la cocina; por si fuera poco, la estufa estaba en medio, y no había un lugar para dejar la ropa mojada al llegar de la calle.[59] Todo muy artístico, sí; carente de utilidad, también. Y el diseño de Tout para Onkel Toms Siedlung desató lo que los periódicos llamaron "la guerra de los tejados de Zehlendorf": sus críticos opinaban que la cubierta plana era algo totalmente no-alemán.

La propia Bauhaus había sido objeto de críticas furibundas desde el principio, de modo que a Gropius no le quedó más remedio que ubicar la escuela no en Weimar, sino en Dessau.[60] Para colmo, los ataques contra los modernistas se entremezclaron con las ideas racistas, cada vez más pujantes. En 1926, Emil Högg, profesor de arquitectura en Dresden, cargó contra los nuevos edificios, "ejemplos de una arquitectura nómada", de un proceso que culminaría en "desarraigo total, empobrecimiento espiritual y proletarización".[61] La ruptura con el pasado que abanderaban los modernistas era ni más ni menos que arquitectura "bolchevique". Por el contrario, Högg elogiaba a los arquitectos que realizaban su trabajo teniendo en cuenta las construcciones tradicionales, aunque desarrollasen diseños novedosos, porque eso sí respondía a la verdadera "arquitectura popular" alemana. Los epítetos que Högg dedicaba a la arquitectura moderna –nómada, desarraigada, bolchevique– eran los mismos a los que recurría la

derecha para referirse a la República en general y a los judíos en particular. El arquitecto conservador Paul Schultze-Naumburg, uno de los más feroces adversarios de los modernistas, iba más allá. La arquitectura moderna, escribía, no era sino el reflejo de la sangre judía que había provocado la decadencia de la raza alemana. Los modernistas no eran hombres "de verdad", sino "hombres faltos de creatividad, carentes de forma o color, hombres sólo a medias, hombres espantosos, que no aspiran a la belleza sino a imponer su ralea".[62] Sus construcciones son la representación de un "mundo desalmado, ateo y mecanicista". Según él, la auténtica casa alemana "produce la sensación de estar asentada en la tierra [...] como el árbol que hunde en el suelo sus raíces y se hace uno con él. A eso es a lo que nosotros llamamos hogar (Heimat), a esos lazos que nos unen a la sangre y a la tierra".[63] Para personajes como Högg y Schultze-Naumburg, el ideal modernista era una pesadilla que negaba la historia, un empobrecimiento espiritual. Sólo a través de la purificación de la raza se alcanzaría el verdadero renacimiento del arte y de la arquitectura.[64]

Los trabajos que llevaron a cabo Taut, Mendelsohn y Gropius generaron grandes expectativas. Los tres pensaban que una arquitectura innovadora, inmersa en las circunstancias de la modernidad, conseguiria superar la fragmentación de la vida que les rodeaba. La arquitectura moderna bastaría para cerrar la brecha abierta entre tecnología y belleza, hombre y naturaleza, individuo y sociedad. Sería capaz de atraer la vida, en vez de la muerte y la devastación de una guerra mundial, y haría realidad la promesa de renovación y renacimiento de la revolución, tal como ellos la entendían. Orgánica, cristalina, espiritual, tales son los términos que aparecen en los escritos de Taut, Mendelsohn y Gropius.

No estaban solos. Los tres pertenecían a esa extraordinaria generación de aquitectos europeos que dio al mundo la década de 1880. Además de Taut, Mendelsohn y Gropius, en esa lista habría que incluir a Le Corbusier, Ernst May, Mies van der Rohe, Martin Wagner, Hendricus Theodorus Wijdeveld y muchos más, todos ellos influidos por los grandes debates y movimientos políticos y culturales que antecedieron a la Primera Guerra Mundial. En el

terreno de la arquitectura, tanto en Alemania como en muchos otros países europeos se oyeron las primeras voces del modernismo, seguidas de fuertes controversias sobre la reforma de la vivienda. Cuando era estudiante en Múnich, Mendelsohn se movía en los círculos del Jinete Azul (der Blaue Reiter), al lado de Franz Marc y Wassily Kandinsky, entre otros. Taut frecuentaba a los artistas de vanguardia que solían darse una vuelta por Der Sturm (La tempestad), galería que apoyaba el arte abstracto y expresionista. En el caso de Taut pesaron mucho, además, escritores anarquistas y socialistas, y tanto el propio Taut como Mendelsohn admiraban a Tolstói, no sólo por sus incomparables dotes literarias sino por las convicciones espirituales y no violentas que el novelista reivindicó en sus últimas obras. Gropius, por su parte, trabajó en el estudio de Peter Behrens, el primer gran arquitecto moderno de Alemania. Los tres se vieron muy influenciados por otros arquitectos belgas y holandeses, sobre todo por Henry van de Velde, quien, antes de la Primera Guerra Mundial, comenzaba a pergeñar una arquitectura modernista de ribetes sociales y reformistas. El mundo cultural de aquella generación nacida en la década de 1880 no era sólo alemán sino europeo, incluso norteamericano si incluimos a Frank Lloyd Wright (un poco mayor, puesto que había nacido en 1867), y que tanto influiría en Mendelsohn y Gropius. Aquélla fue la generación que vivió en carne propia la Primera Guerra Mundial, la que contempló cómo el mundo se desgarraba entre tantas vidas humanas perdidas y tamaña devastación. Sabían que el mundo de antes de 1914 había desaparecido para siempre. Las revoluciones vividas en Alemania y en Europa entre 1917 y 1921 les permitieron entrever nuevas posibilidades, de ahí que llegaran a pensar que podrían arrimar el hombro para alcanzar un mundo en el que reinasen la paz y la armonía, construyendo viviendas, fábricas, institutos de investigación y grandes almacenes.

Taut y Mendelsohn se mostraron reacios al funcionalismo absoluto de Gropius, Le Corbusier y otros grandes arquitectos del siglo XX. Se sirvieron de los mismos materiales y diseñaron edificios igual de sencillos, pero atemperaron las directrices más rígidas del funcionalismo, llegando incluso a mostrar detalles simpáticos en sus proyectos. Sin embargo, no todo lo que hicieron fue tan maravilloso. Algunos de los edificios que Mendelsohn construyó en la década de 1920 son banales ejemplos de arquitectura comercial. Pero sus mejores obras, ya estuvieran destinadas a la ciencia (Torre Einstein) o al negocio y al consumo (grandes almacenes Schocken),

todas cargadas de gracia y fuste poéticos, fueron un claro exponente de las posibilidades de su época. Algunos de los proyectos de Gropius son una premonición de la peor arquitectura que vería la luz tras finalizar la Segunda Guerra Mundial; lo mismo puede decirse de la urbanización Carl Legien, de Taut, construida en 1929-1930, en el barrio berlinés de Prenzlauerberg. Aunque anteriores y de dimensiones más reducidas, los edificios Legien no tienen nada que envidiar a las enormes urbanizaciones anónimas y anodinas que se construyeron en Occidente y en todo el mundo tras la Segunda Guerra Mundial. Pero la escuela de la Bauhaus de Gropius sigue siendo el buque insignia del modernismo de Weimar, igual que los mejores trabajos de Taut, Onkel Toms y Britz, por su afán integrador de reforma social y sensibilidad estética, constituyen un modelo de arquitectura comprometida: hasta los pisos de la urbanización Carl Legien estaban orientados de forma que recibiesen la luz del sol.[65] Muchos alemanes que se trasladaron a aquellas viviendas recordarían, años después, cómo habían mejorado sus condiciones de vida. Guardaban un emocionado, incluso cálido recuerdo de aquellos pisos y de aquellas urbanizaciones, aun cuando, para desesperación de los arquitectos, los hubiesen colmado de pinturas al óleo y muebles labrados, aun cuando tuvieran que soportar los inconvenientes de las cubiertas planas o normas muy estrictas, como la prohibición de tener gatos, que la colada sólo pudiera tenderse fuera determinados días y que los bares hubiesen sido desterrados del vecindario.[66]

A principios de la década de 1930, Erich Mendelsohn comenzó a colaborar con el también arquitecto Hendricus Theodorus Wijdeveld, holandés, y el pintor francés Amédée Ozenfant, con quienes fundaría una nueva escuela de artes y oficios, la Academia Europea del Mediterráneo, institución que contó con otros participantes ilustres de toda Europa, como el compositor Paul Hindemith. La Academia pretendía ser una escuela superior de bellas artes, en la que se impartirían cursos de arquitectura, pintura, escultura, cerámica, diseño textil, tipografía, teatro, música y danza, fotografía y cine.[67] Las materias eran similares a las que se impartían en la Bauhaus, pero Mendelsohn y sus colaboradores no eran tan denodadamente antihistoricistas como Gropius y otros artistas de aquella escuela. Con ese propósito eligieron

una localidad mediterránea como emplazamiento, para empaparse de la herencia histórica del mundo antiguo. Mendelsohn y muchos de sus colaboradores eran modernistas, pero con un matiz: entremezclaban el expresionismo y el modernismo. Lo cierto es que eligieron el peor momento para fundar la Academia Europea del Mediterráneo: 1933, en el momento más álgido de la crisis económica mundial, el año en que los nazis llegaron al poder. En consecuencia, la Academia jamás vio la luz.

Pocos años antes, en 1930, los Mendelsohn se habían mudado a Berlín, a una casa que el mismo Erich había diseñado. Era (y es, puesto que todavía existe y tiene dueño) un edificio elegante y moderno, situado cerca del río Havel, en uno de los barrios del Berlín occidental. Su estructura rectangular discurre todo a lo largo, permitiendo que el sol entre a raudales. El interior estaba decorado con muebles diseñados por el propio Mendelsohn. Desde la terraza se disfrutaba de una hermosa vista del río y, en verano, se celebraban conciertos, con interpretaciones de la esposa del arquitecto, Luise Mendelsohn, consumada violonchelista. La casa se convirtió en punto de encuentro de grandes intelectuales, tanto de la Alemania de Weimar como de otros países. Einstein era uno de los visitantes asiduos, y tambien pasó por allí Richard Coudenhove-Kalergi, uno de los primeros impulsores de la Unión Europea. Dos meses después de que Hitler se hiciese con el poder, los Mendelsohn, con una maleta cada uno bajo el brazo, marcharon al exilio dando comienzo a una existencia que los llevaría a Holanda, Inglaterra y Palestina, hasta recalar en Estados Unidos.[68] Jamás regresaron a Alemania.

Cuando los nazis llegaron al poder, el 30 de enero de 1933, Bruno Taut estaba en el extranjero. Regresó de inmediato a Alemania, pero no tardó en darse cuenta de cuánto habían cambiado las cosas. Junto con Erich Mendelsohn y otros representantes del modernismo, fue expulsado de la Academia Prusiana de las Artes. Personas de confianza le informaron de que iban a por él, y el 10 de marzo de 1933 abandonó Alemania para dirigirse a Suiza, y de allí a Japón, donde arquitectos amigos le ofrecieron la oportunidad de escribir y dar conferencias, hasta asentarse en Turquía, país al que también había huido Martin Wagner. Como Taut nunca había sido un hombre de constitución recia y había pasado tantas necesidades, durante el exilio su salud se deterioró gravemente y falleció en Estambul en 1938.

En 1928, Walter Gropius había abandonado la Bauhaus para dedicarse a su profesión como particular. Se quedó horrorizado cuando los nazis cerraron la escuela en abril de 1933, a los tres meses de haber accedido al poder. Para los nazis, la Bauhaus era el máximo exponente del arte moderno "depravado". Gropius trató de salir adelante con su estudio en Alemania, pero en 1934 también optó por el exilio. Tras pasar una temporada difícil en Inglaterra sin recibir apenas encargos, en 1937 decidió trasladarse a Norteamérica, donde conocidos bien situados le ayudaron a establecerse. La gran exposición sobre la Bauhaus que tuvo lugar en el MoMA en 1938, anunciada a bombo y platillo por el afamado director de la institución en aquel momento, Alfred H. Barr, Jr., contribuyó de forma notable a la perdurable admiración de Estados Unidos por la Bauhaus y su fundador.

En el destierro, ninguno de los tres fue capaz de superar las obras que habían realizado durante los años de Weimar. Ninguno de los edificios que Mendelsohn construyera más tarde, en Palestina o en Estados Unidos, tiene el fuste y el encanto de la Torre Einstein o de los grandes almacenes Schocken. En Japón y en Turquía, Taut no construyó nada. Gropius desarrolló una eminente carrera como arquitecto internacional de altos vuelos y fue decano de la Escuela de Arquitectura de Harvard. Pero ninguno de sus trabajos posteriores alcanzó la austera elegancia del edificio de la Bauhaus en Dessau, y algunos fueron un fracaso sin paliativos. Los espantosos bloques de viviendas que diseñó, entre 1964 y 1968, para el barrio de Britz-Buckow-Rudow de Berlín occidental, constituyen un buen ejemplo de la arquitectura monótona y anodina de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Mucho peor es el edificio de la Pan American (en la actualidad, propiedad de Metropolitan Life) en Nueva York, proyecto que firmó con Pietro Belluschi. Inaugurado en 1963, el rascacielos emerge como un enorme y desagradable absceso que oculta la maravillosa Beaux-Arts Grand Central Terminal y echa a perder la elegante perspectiva de Park Avenue.

Arrancados de raíz por la represión nazi de los tiempos revueltos, optimistas y esperanzados de la Alemania de Weimar, Taut, Mendelsohn y Gropius nunca recuperaron el norte ni levantaron edificios que pudieran compararse con sus grandes obras de las décadas de 1920 y 1930. Tampoco la arquitectura moderna, en los años que siguieron, volvería a estar tan centrada en el sector público como lo estuvo en Weimar. Los principales edificios de

estos años no fueron grandes torres de oficinas, pensados para hacer ostentación de riqueza y de poder, sino urbanizaciones residenciales, grandes almacenes, e instituciones educativas y para la investigación. Pisos inundados de sol, lugares apetecibles para hacer compras y espacios estimulantes para aprender: todo eso era también la promesa de Weimar.

1 Hermann Finsterlin, 3 de febrero de 1920, en The Crystal Chain Letters: Architectural Fantasies by Bruno Taut and His Circle, editado y traducido por Iain Boyd White, Cambridge, MIT Press, 1985, p. 53.

2 Véase la hermosa edición bilingüe (alemán-inglés), primera reimpresión del original, Bruno Taut: Alpine Architektur, Matthias Schirren, ed., Múnich, Prestel, 2004, con pertinentes comentarios del propio editor.

3 Bruno Taut, 24 de noviembre de 1919, en Crystal Chain Letters, p. 21.

4 Citado en Taut, 23 de diciembre de 1919, en ibidem, pp. 23-25.

5 Wenzel Hablik, enero de 1920, en ibidem, pp. 37-38.

6 Hans Scharoun (s. f.), en ibidem, pp. 422-46, cita 45.

7 Taut, 5 de octubre de 1920, en ibidem, pp. 154-157, cita 155.

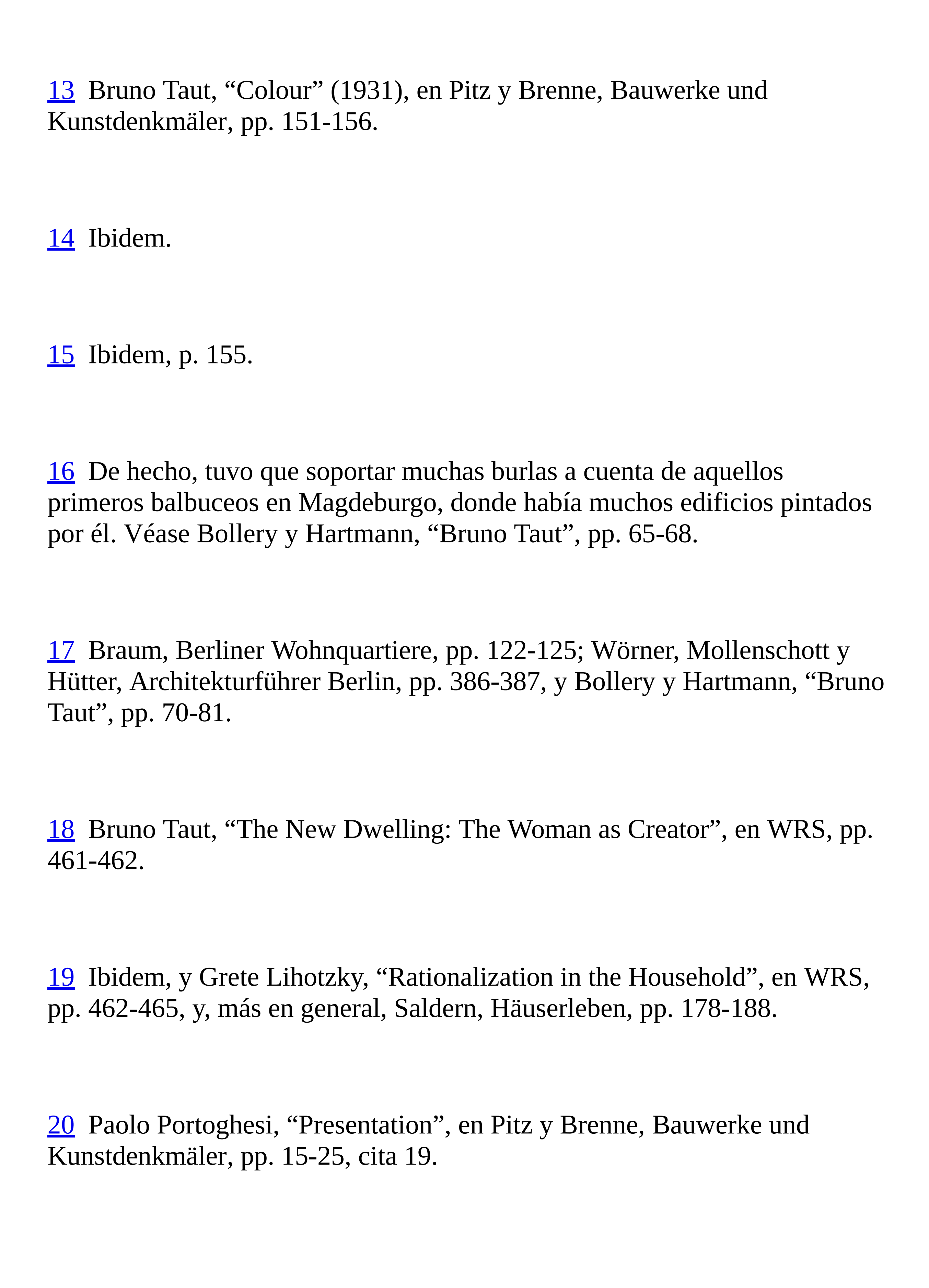
8 Taut, citado por Franziska Bollerey y Kristiana Hartmann en “Bruno Taut: Vom phantastischen Ästheten zum ästhetischen Sozial(ideal)isten”, en Barbara Volkmann, Bruno Taut 1880-1938: Ausstellung der Akademie der Künste vom 29. Juni bis 3. August 1980, Berlín, Brüder Hartmann, 1980, pp. 15-85, cita 60.

9 Bruno Taut, “The Earth is a Good Dwelling”, en The Weimar Republic Sourcebook (en adelante, WRS). Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, eds., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1994, pp. 456-459, y del mismo autor, “A Program for Architecture”, en WRS, pp. 432-434.

10 Adelheid von Saldern, Häuserleben: Zur Geschichte städtischen Arbeiterwhonens vom Kaiserreich bis heute, Bonn, J. H. W. Dietz Nachfolger, 1995, p. 121, y Barbara Miller Lane, Architecture and Politics in Germany, 1918-1945, 1968, Cambridge, Harvard University Press, 1985, pp. 90-103, estadística 102. Lane asegura que “arquitectos radicales”, modernistas, como Taut, habían proyectado catorce mil nuevas viviendas en Berlín, p. 103.

11 Véase Saldern, Häuserleben, pp. 123-138.

12 Sobre la urbanización Onkel Toms Siedlung, véase Michael Braum, ed., Berliner Wohnquartiere: Ein Führer durch 70 Siedlungen, 3ª ed., Berlín, Dietrich Reimer, 2003, pp. 130-133; Martin Wörner, Doris Mollenschott y Karl-Heinz Hütter, Architekturführer Berlin, 5ª ed., Berlín, Dietrich Reimer, 1997, pp. 430-433; Helge Pitz y Winfried Brenne, eds., Die Bauwerke und Kunstdenkmäler von Berlin: Bezirk Zehlendorf. Siedlung Onkel Tom, Berlin, Gebr. Mann, 1980, y Bollery y Hartmann, “Bruno Taut”, pp. 70-81.



13 Bruno Taut, “Colour” (1931), en Pitz y Brenne, Bauwerke und Kunstdenkmäler, pp. 151-156.

14 Ibidem.

15 Ibidem, p. 155.

16 De hecho, tuvo que soportar muchas burlas a cuenta de aquellos primeros balbuceos en Magdeburgo, donde había muchos edificios pintados por él. Véase Bollery y Hartmann, “Bruno Taut”, pp. 65-68.

17 Braum, Berliner Wohnquartiere, pp. 122-125; Wörner, Mollenschott y Hütter, Architekturführer Berlin, pp. 386-387, y Bollery y Hartmann, “Bruno Taut”, pp. 70-81.

18 Bruno Taut, “The New Dwelling: The Woman as Creator”, en WRS, pp. 461-462.

19 Ibidem, y Grete Lihotzky, “Rationalization in the Household”, en WRS, pp. 462-465, y, más en general, Saldern, Häuserleben, pp. 178-188.

20 Paolo Portoghesi, “Presentation”, en Pitz y Brenne, Bauwerke und Kunstdenkmäler, pp. 15-25, cita 19.

21 Primera conferencia en el salón Philippson, en Ita Heinze-Greenberg y Regina Stephan, eds., Erich Mendelsohn: Gedankenwelten, Ostfildern-Ruit, Hatje Cantz Verlag, 2000, pp. 14-20; aquí en p. 14.

22 Octava conferencia en el mismo lugar, 1919, en ibidem, pp. 38-44; estas ideas se recogen en la p. 44.

23 Ita Heinze-Greenberg y Regina Stephan, eds., Luise und Erich Mendelsohn: Eine Partnerschaft für die Kunst, Ostfildern-Ruit, Hatje Cantz Verlag, 2004, p. 109.

24 Citado en Heinze-Greenberg y Stephan, Erich Mendelsohn: Gedankenwelten, p. 7.

25 Erich Mendelsohn, “Die internationale Übereinstimmung des neuen Baugedankens oder Dynamik und Funktion” 1923, en ibidem, pp. 48-53; aquí, pp. 49-50.

26 Erich Mendelsohn, “Harmonische und kontrapunktische Führung in der Architektur” 1925, en ibidem, p. 54.

27 Erich Mendelsohn, “My Own Contribution to the Development of Contemporary Architecture” (conferencia en la UCLA, 17 de marzo de 1948), en Eric Mendelsohn: Letters of an Architect, Oskar Beyer, ed., traducción de Geoffrey Strachan, Londres, Abelard Schuman, 1967, pp. 161-174, cita 165.

28 Mendelsohn, “Internationale Übereinstimmung”, pp. 48-49.

29 Erich Mendelsohn, “Das neuzeitliche Geschäftshaus”, 1929, en Heinze-Greenberg y Stephan, Erich Mendelsohn: Gedankenwelten, pp. 96-103; aquí en p. 103.

30 Mendelsohn, “Internationale Übereinstimmung”, pp. 48-49.

31 Ibidem, pp. 50-51.

32 Aspectos en los que incide Norbert Huse, “Facetten eines Baudenkmals”, en Mendelsohn: Der Einsteinturm. Die Geschichte einer Instandsetzung, editado por el autor, Stuttgart, Kart Krämer, 2000, pp. 14-27; en este caso, pp. 21-23.

33 Al menos eso asegura Mendelsohn en “My Own Contribution to the Development of Contemporary Architecture”, p. 166.

34 Erich Mendelsohn, “The International Consensus on the New Architectural Concept, or Dynamics and Function”, 1923, en Erich Mendelsohn: Complete Works of the Architect: Sketches, Designs, Buildings, traducción de Anje Fritsch, original alemán de 1930; Princeton, Princeton Architectural Press, 1992, pp. 22-34; aquí, p. 33; puede cotejarse con la versión ligeramente modificada que expone el propio arquitecto en

“My Own Contribution to the Development of Contemporary Architecture”, pp. 166 y 172.

35 Huse, “Facetten eines Baudenkmals”, pp. 232-324, y Mendelsohn, “My Own Contribution to the Development of Contemporary Architecture”, pp. 166-167.

36 Paul Westheim, citado por Huse en “Facetten eines Baudenkmals” pp. 24-25.

37 Véase, especialmente, Huse, Mendelsohn. Si damos por buenas las proporciones que se emplean en la actualidad, Mendelsohn no utilizaba bastante acero como para hablar de hormigón armado. Véase Gerhard Pichler, “Die Baukonstruktion, oder: Warum bleib der Einsteinturm ein Pflegefall?”, en Huse, Mendelsohn, pp. 91-101; en este caso, p. 96.

38 Para un análisis del proyecto y de la obra, véase Tilo Richter, Erich Mendelsohns Kaufhaus Schocken: Jüdische Kulturgeschichte in Chemnitz, edición a cargo del Evangelischer Forum Chemnitz, Leipzig, Passage-Verlag, 1998, pp. 67-93, con comentarios del propio Mendelsohn, pp. 80-81, y Mendelsohn, “My Own Contribution to the Development of Contemporary Architecture”, p. 168.

39 Véase Mendelsohn, “Neuzeitliches Geschäfthaus”.

40 Mendelsohn, “International Consensus”, p. 28.

41 Véase la carta de Erich Mendelsohn a Luise Mendelsohn, del 5 de noviembre de 1924, en Beber, Eric Mendelsohn: Letters of an Architect, pp. 71-74, y su elogioso comentario "Frank Lloyd Wright", 1926, en Heinze-Greenberg y Stephan, Erich Mendelsohn: Gedankenwelten, pp. 83-86.

42 Citado en Lane, Architecture and Politics, pp. 45.

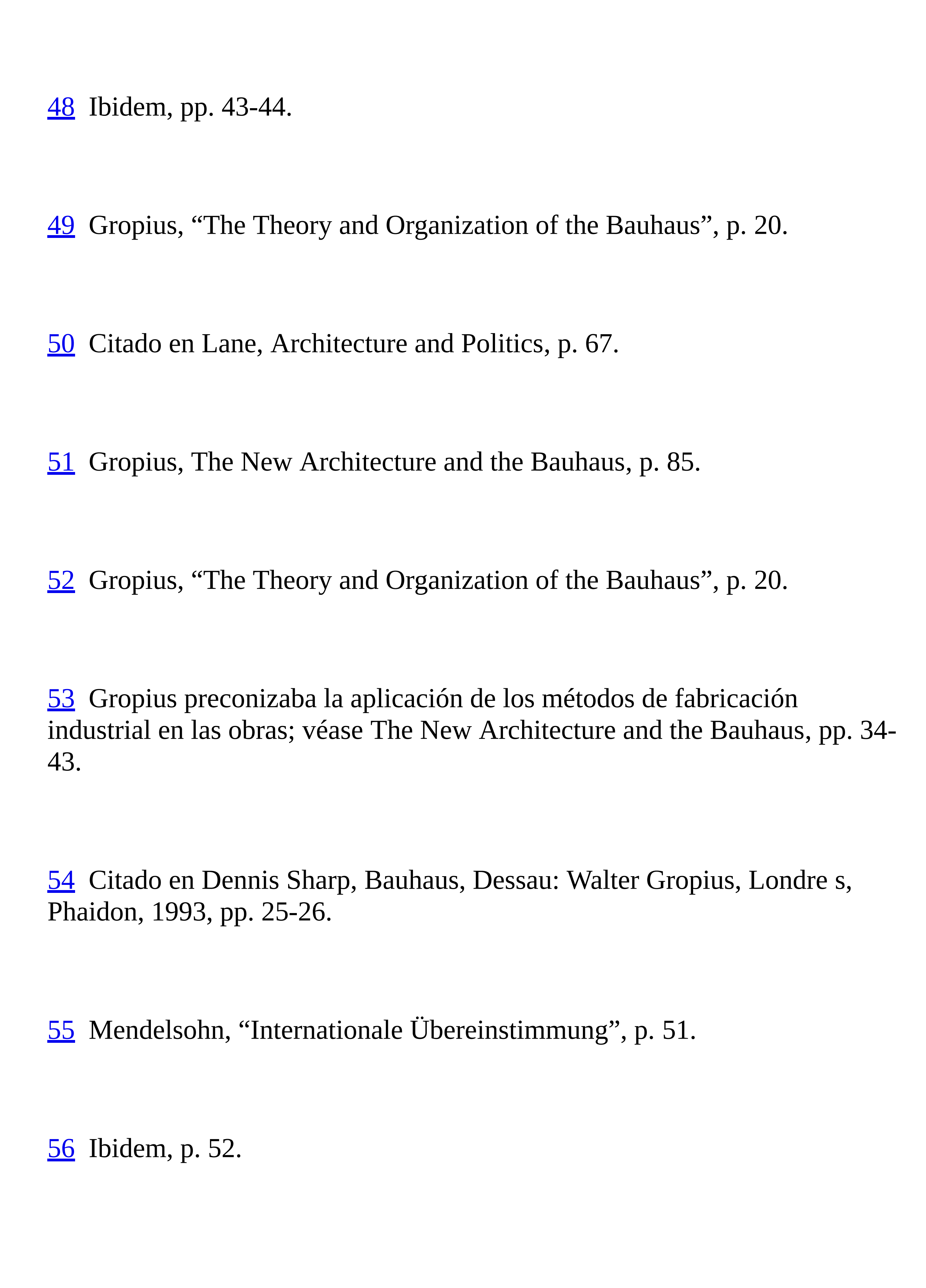
43 Walter Gropius, The New Architecture and the Bauhaus, Londres, Faber and Faber, 1935, p. 52. Traducción española de Beatriz de Moura Gurgel, La nueva arquitectura y la Bauhaus, Barcelona, Lumen, 1966.

44 Walter Gropius, "Program of the Staatliches Bauhaus in Weimar", en WRS, pp. 435-438, cita 436.

45 Ibidem, p. 435.

46 Walter Gropius, "The Theory and Organization of the Bauhaus", 1923, en Bauhaus 1919-1928, edición a cargo de Herbert Bayer, revisada por Walter Gropius e Ise Gropius, 1938, Nueva York, Museum of Modern Art, 1975, pp. 20-29, cita 27.

47 Gropius, The New Architecture and the Bauhaus, pp. 26-29. En este caso Gropius se refería en concreto a viviendas, pero sus ideas son aplicables a edificios modernos destinados a otros usos.



48 Ibidem, pp. 43-44.

49 Gropius, “The Theory and Organization of the Bauhaus”, p. 20.

50 Citado en Lane, Architecture and Politics, p. 67.

51 Gropius, The New Architecture and the Bauhaus, p. 85.

52 Gropius, “The Theory and Organization of the Bauhaus”, p. 20.

53 Gropius preconizaba la aplicación de los métodos de fabricación industrial en las obras; véase The New Architecture and the Bauhaus, pp. 34-43.

54 Citado en Dennis Sharp, Bauhaus, Dessau: Walter Gropius, Londre s, Phaidon, 1993, pp. 25-26.

55 Mendelsohn, “Internationale Übereinstimmung”, p. 51.

56 Ibidem, p. 52.

57 Mendelsohn, “My Own Contribution to the Development of Contemporary Architecture”, p. 167.

58 Edgar Wedepohl, “The Weissenhof Settlement”, en WRS, pp. 466-468.

59 Marie-Elisabeth Lüders, “A Construction, Not a Dwelling”, en WRS, pp. 468-469.

60 Sobre este debate en profundidad, véase Lane, Architecture and Politics, pp. 69-86.

61 Véase ibidem, pp. 125-147, citas 136-137.

62 Citado en ibidem, p. 138.

63 Citado en ibidem, p. 139.

64 Paul Schultze-Naumburg, en Walter Gropius y Paul Schultze-Naumburg, “Who Is Right? Traditional Architecture or Building in New Forms”, en WRS, pp. 439-445, cita 445.

65 Braum, Berliner Wohnquartiere, pp. 134-137, y Wörner, Mollenschott y Hüter, Architekturführer Berlin, p. 191.

66 Saldern, Häuserleben, pp. 184-185, que recoge numerosas anécdotas orales, pone de manifiesto los agradables recuerdos que conservaban las personas que habían vivido (y, en ocasiones, aún viven) en esos pisos.

67 Folleto “Die Europäische Mittelmeerakademie”, 1933, en Heinze-Greenberg y Stephan, Erich Mendelsohn: Gedankenwelten, pp. 126-133.

68 Véanse extractos de la biografía no publicada de Luise Mendelsohn, “My Life in a Changing World”, en Heinze-Greenberg y Stephan, Luise und Erich Mendelsohn: Eine Partnerschaft, pp. 95-98, 110-113.

VI

IMAGEN Y SONIDO

Weimar era un guirigay de sonidos, una confusa avalancha de imágenes. Una pareja que llegase a Berlín desde cualquier localidad de provincias, al salir de la estación de Anhalter y recorrer el corto trecho que la separaba de la Potsdamer Platz, lo primero que notaría sería el ruido del tráfico y vería carteles por todas partes, anuncios de cigarrillos, eslóganes políticos, espectáculos de cabaré y candidatos que se presentaban a las elecciones presidenciales. Al caer la noche, se quedarían atónitos con las luces eléctricas que alumbraban la ciudad. Antes de la guerra, Berlín no estaba tan profusamente iluminado, no había tanto ruido ni tanto ajetreo.

Pero eran otros los sonidos, otras las imágenes que, a finales de la década de 1920, contemplaban quienes llegaban de provincias o los propios berlineses, más sofisticados; imágenes y sonidos nuevos, emocionantes y, en ocasiones, inquietantes. Tanto en la capital como en las ciudades pequeñas, los alemanes iban al cine con asiduidad, a ver melodramas, comedias, documentales de viajes o noticiarios en enormes salas de reciente construcción. Escuchaban la radio, que se extendió como la pólvora tras iniciar sus emisiones en 1921. Gracias a la radio, en bares, salones de baile y hasta en los hogares, escuchaban música, obras de teatro, sermones o noticias. A semejanza de los berlineses, nuestros visitantes leían revistas ilustradas, muy populares entonces, con innumerables fotografías de lugares lejanos. También podían acudir a galerías donde se exponían fotografías, o comprarse a bajo precio una de la nuevas cámaras fotográficas, más manejables, y apuntarse al club de fotografía de su localidad. Tanto en Berlín como en provincias podían escuchar discos en un gramófono eléctrico, un aparato que, en la década de 1920, sustituyó a las gramolas manuales. En sus casas, incluso en la playa, escuchaban jazz norteamericano, óperas italianas y sinfonías alemanas (fragmentos, dadas las limitaciones de los discos que giraban a 78 revoluciones por minuto).

Todas estas tecnologías de masas habían visto la luz antes de 1914. La fotografía, que se remontaba a la década de 1830, había comenzado a ganar adeptos y aficionados a finales del siglo XIX. El cine había comenzado en el decenio de 1890; el gramófono un poco antes; ambos medios de entretenimiento fueron ganando popularidad hasta la Primera Guerra Mundial. Durante la contienda, el Ejército disponía de radios primitivas. La litografía, la linotipia y otros avances en el terreno de la imprenta favorecieron la penetración de los semanarios ilustrados durante las décadas que precedieron a 1914.

La época de Weimar representó un momento magnífico para la expansión de estas nuevas formas de comunicación y expresión, que proliferaron con rapidez y llegaron a ser enormemente populares. Importantes avances tecnológicos permitieron una mayor calidad en las reproducciones y retransmisiones, ya fuera a traves de las ondas, en pantalla grande o en páginas impresas gracias a las rápidas prensas de imprenta que acababan de entrar en funcionamiento.[1] A medida que bajaban los precios, fueron más los alemanes que pudieron adquirir aparatos de radio, fonógrafos y cámaras fotográficas. Las nuevas tecnologías irrumpieron en una sociedad que ya era “de masas”, en la que la mayoría de la población vivía en zonas urbanas, cubría sus necesidades diarias gracias a un trabajo retribuido, hacía la compra en mercados, y donde, a efectos prácticos, todo el mundo tenía un nivel elemental de educación. La aparición simultánea de los avances tecnológicos y de la sociedad de masas permitió que sonidos e imágenes llegasen a todos los rincones de Alemania durante la década de 1920 y principios de 1930. Los alemanes sabían qué estaba pasando en otros lugares, más allá de sus fronteras: imágenes fotográficas de huelgas en Shanghai; sonidos retransmitidos con sólo unos minutos de retraso, que les acercaban un combate de boxeo en Nueva York o un concierto interpretado en París, o películas producidas en Hollywood, con Charlie Chaplin plantando cara a los elementos y a sus temibles adversarios, en una gélida Alaska.

La amplia difusión de nuevos sonidos e imágenes sirvió también para plantear profundos e inquietantes interrogantes. ¿Podían considerarse la fotografía y el cine como obras de arte o eran sólo meros productos comerciales? ¿Quién podía decidir qué tenían que escuchar los alemanes a través de las ondas, o qué tenían que comprar en los quioscos? ¿Se desvirtúa

la experiencia de escuchar música clásica si ésta procede de un disco plano que no para de dar vueltas sobre un artilugio que funciona gracias a la electricidad? Iglesias, escuelas públicas, academias de arte, censores –todos los organismos oficiales o semipúblicos que, hasta 1918, velaban por los sonidos y las imágenes que recibían los alemanes– pensaron que la situación se les iba de las manos: por la revolución y la instauración de la República, en primer lugar, pero también por la rápida expansión de los nuevos medios masivos de comunicación. Así, fotografías y películas, discos y radiodifusión se convirtieron en un escenario más del conflicto que planteaban el alcance y el significado de la modernidad. Mientras, los alemanes iban al cine, encendían sus aparatos de radio, compraban revistas, bailaban al ritmo enloquecido de discos de jazz, y algunos de los más eximios representantes de la cultura de Weimar creaban nuevas formas de arte, visuales y sonoras.

Durante décadas, las cámaras fotográficas habían sido unos enormes cajones oblongos, cuyo coste y dificultades de manejo las dejaba fuera del alcance de la gente corriente. Aquellos antiguos armatostes no eran fáciles de transportar ni de montar; las personas que quería salir en la foto tenían que permanecer inmóviles durante unos minutos, hasta que la luz impresionase una placa químicamente tratada. En realidad, las únicas fotos eran de estudio: un matrimonio, con la mujer sentada y el marido de pie, detrás de ella; la no menos atildada imagen de una familia al completo, colocada en el jardín, con casa al fondo, símbolo de la propiedad y la prosperidad burguesas. En ocasiones, sin embargo, algún fotógrafo, como August Sander, permanecía al acecho con el trípode y la cámara preparados y captaba la instantánea de tres jóvenes campesinos desprevenidos, ataviados con sus mejores ropas, camino de un baile (fig. 6.1.). La fotografía de Sander permitía apreciar el inesperado y espontáneo instante en que los protagonistas clavaban los ojos en la lente de la cámara. Una fotografía de esas características era algo realmente excepcional, incluso para un fotógrafo tan consumado como Sander.[2]

Los cambios en ese terreno se habían producido a lo largo de las décadas de 1880 y 1890, cuando la empresa norteamericana George Eastman, más tarde Eastman Kodak, consiguió desarrollar carretes de película para cámaras fotográficas, en lugar de las voluminosas placas que se utilizaban para fijar una imagen. Al igual que muchos de sus competidores en Estados Unidos y en Europa, Eastman Kodak comenzó a fabricar máquinas de fotos más pequeñas, especialmente adaptadas a esa nueva película. Como en el caso de los ordenadores a finales del siglo xx, los aparatos de gama alta, los destinados a los profesionales, seguían siendo muy caros, pero, durante el decenio de 1890, la clase media podía permitirse el lujo de comprar cámaras más pequeñas y manejables. Con todo, ni el tamaño ni la longitud del rollo de película estaban normalizados. Entonces, justo antes de la guerra, la industria cinematográfica tomó la decisión de utilizar película de 35 milímetros. Un avispado hombre de negocios neoyorquino cayó en la cuenta de que los trozos de película que sobraban después de rodar un filme podían adquirirse a un tercio de su coste original. Los fabricantes europeos y norteamericanos, entre ellos Eastman Kodak, hicieron caso de su observación y adoptaron el rollo de película de 35 milímetros como estándar para la mayoría de las máquinas de fotos.



Fig. 6.1: August Sander, “Jóvenes campesinos camino del baile”, Westerwald, 1914. Una de las fotografías más conocidas de Sander, que trataba de captar con su cámara todos los aspectos de la vida en Alemania (© 2006, Die Photographische Sammlung / SK Stiftung Kultur – August Sander Archive, Colonia / 2009, Vegap, Madrid).

El gran avance técnico se produciría, no obstante, en 1925, cuando la empresa alemana Leitz, con sede en Wetzlar, presentó la Leica. Se trataba de un aparato en el que llevaban trabajando desde 1911, y el producto final resultó ser una maravilla: manejable, fácil de utilizar con película de 35 milímetros y con un objetivo extraordinario. La Leica era tan pequeña que podía llevarse en el bolsillo interior de la chaqueta o del abrigo, sacarla en un abrir y cerrar de ojos y captar lo que estaba pasando en ese instante. El fotoperiodismo y la Leica siempre fueron de la mano, aunque las máquinas fotográficas normales aún tardarían algunos años en ponerse a su altura. Surgieron entonces innumerables imitaciones, firmadas por todos los fabricantes del mundo.[3] La cámara Leica era (y sigue siéndolo) bastante cara; pero las imitaciones no lo eran tanto, y a ellas se debe en gran parte la enorme difusión de la fotografía como afición.

La fotografía es un soporte reproducible.[4] Un cuadro o una escultura sólo se realizan una vez. Pero un negativo fotográfico puede ser reproducido muchas veces, y un fotógrafo avezado puede modificar los tonos y los efectos ópticos de una imagen durante el proceso de revelado. Nada contribuyó tanto a la difusión de la fotografía como las revistas ilustradas de la década de 1920. La primera y la de más éxito fue Berliner Illustrirte Zeitung (BIZ), fundada antes de la Primera Guerra Mundial por la empresa editorial Ullstein. Tras ella aparecieron Münchener Illustrierte Presse, en 1923, y Kölnische Illustrierte Zeitung, en 1926. Incluso el Partido Comunista tenía la suya propia, y de gran éxito, por cierto: Arbeiter-Illustrierte-Zeitung (AIZ). En 1930, Berliner Illustrirte alcanzaba una difusión de 1,85 millones de ejemplares, mientras la AIZ llegaba a la más que respetable cifra de trescientos cincuenta mil.[5]

Los lectores que hojeaban cualquiera de estas revistas, incluida la comunista AIZ, estaban dispuestos a sumergirse en un mundo lleno de aventuras. Veían (se imaginaban, en realidad) las pirámides desde el aire, un baile de África Central, la sesión de apertura del Parlamento hindú o, en lo más crudo del

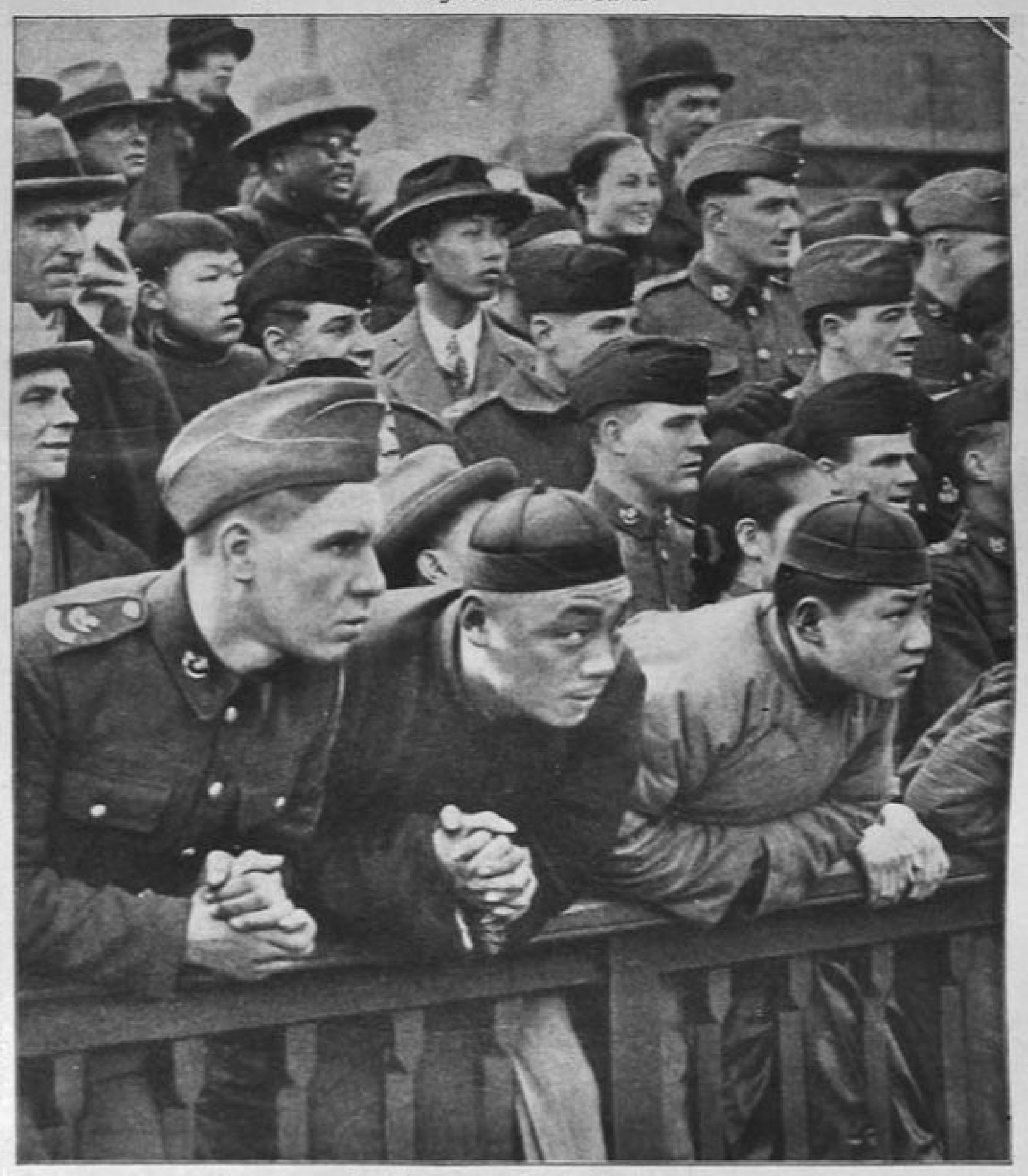
invierno alemán y en compañía de una estrella del cine patrio, disfrutaban del sol y la vegetación de California. Otras fotografías mostraban imágenes de revueltas políticas en China, de un terremoto en Japón, de la regata Oxford-Cambridge, de una carrera en Shanghai o de la construcción de la maravilla tecnológica más novedosa, la torre de una emisora de radio que se alzaba hasta el cielo. Al pie de las fotografías, o encuadrándolas, novelas por entregas o informaciones deportivas, además de un sinfín de anuncios publicitarios, incluso en la publicación comunista Arbeiter-Illustrierte (en menor número en este caso). Los más llamativos eran los de productos de moda: cigarrillos, perfumes, cremas de belleza o reparadoras, lencería, café, bombones, champaña, en fin, todo lo necesario para vivir bien y aparentar diez años menos, consejos que no pasaban por alto los lectores de Berliner Illustrirte. Los hombres siempre eran apuestos; las mujeres, maravillosas, y casi siempre estaban de compras. Los anunciantes recomendaban a los caballeros el uso de diversas lociones para conservar el cabello, o enseñaban a las mujeres a mantenerse delgadas y parecer más jóvenes gracias a un estilo de vida saludable y, si todo eso fallaba, aún quedaba el recurso a la lencería, siempre decorosa.

24. April 1927
Nummer 17
36. Jahrgang

Preis des Heftes 20 Pfennig

Berliner Illustrirte Zeitung

Verlag Ullstein Berlin SW 68



Im Rande des Bürgerkrieges.

Zuschauer auf der Rennbahn in Schanghai, wo trotz der gespannten Lage Mitte März vom englischen Militär Rennen veranstaltet wurden.

Fig. 6.2.: Portada de la revista Berliner Illustrirte Zeitung, 24 de abril de 1927. “Al borde de la guerra civil”. Según BIZ, a pesar de la complicada situación que se vivía en China, las multitudes no dejaban de ir a las carreras para disfrutar del lado positivo de la vida. Pase lo que pase, la diversión debe continuar.

Por supuesto, la línea editorial de la empresa Ullstein, como recordaba en sus Memorias la escritora y directora de una de estas publicaciones, Vicki Baum, daba preferencia a las fotografías que reflejaban la alegría de vivir (Lebensfreude). Prácticamente en todas las portadas de BIZ se veía a gente, casi siempre joven, riendo o sonriendo, o siguiendo con atención el desarrollo de algún acontecimiento deportivo (fig. 6.2.).[6] A juzgar por las portadas de AIZ, los comunistas no sonreían mucho, excepto los rusos. A los comunistas alemanes les quedaba mucha lucha por delante como para reír o sonreír, pero siempre eran jóvenes y bien parecidos, a pesar de la determinación que se leía en sus rostros. BIZ no contenía casi información política: una foto del nuevo Gobierno, un informe sobre alguna reunión económica de carácter internacional o revueltas en algún lugar muy lejos de Alemania. AIZ, por el contrario, ofrecía a sus lectores grandes dosis de política: manifestaciones y enfrentamientos con las fuerzas policiales en Alemania, levantamientos revolucionarios en China, o los grandes avances de la Unión Soviética en la economía y la educación.[7]

¿Qué significaba aquella avalancha de imágenes en las revistas, aparte de que eran agradables de ver? ¿Eran arte de verdad, o sólo una ocupación a la que algunos recurrían para hacer dinero? ¿Captaban mejor la realidad que otras artes –como la pintura, la escultura o la palabra escrita–, o suponían una alteración de la percepción visual? La culpa de que se planteasen estas preguntas la tenía la fotografía, soporte reproducible por excelencia, así como los innumerables aficionados y los profesionales que, en la década de 1920, no dudaban en echar mano de la cámara ni en manipular los negativos. La fotografía rebasaba todos los límites establecidos: entre arte y comercio, baja y alta cultura, profesionales y aficionados, tendencias que no hicieron sino acentuarse desde el momento en que la de fotógrafo pasó a ser considerada una profesión a mediados de aquel decenio. Aquellos fotógrafos no tenían nada que ver con los paparazzi de Roma a comienzos de la década de 1960, inmortalizados (muy a su pesar, es de suponer) en la película La dolce vita de Federico Fellini, o con los que en nuestros días acosan a las

estrellas de cine y los famosos. En la década de 1920, la de fotógrafo ya se había convertido en una profesión liberal, muy competitiva y, por lo general, propia de hombres. Al revés que los antiguos y muy jerarquizados puestos que se mantenían en las universidades, en la burocracia estatal y en el Ejército, la fotografía como profesión abría una senda para los nuevos talentos, entre los que se contaban las clases inferiores y los desplazados por razones étnicas, como los judíos. La mayoría de las empresas editoriales de la época contrataba a fotógrafos que iban por libre y les pagaban por fotografía comprada, lo cual sirvió para avivar más la competencia: una nube de fotógrafos, materialización de las difusas líneas por las que discurría la profesión, iba y venía por los imprecisos territorios del periodismo, la publicidad o el arte. Ullstein, por ejemplo, producía la mayoría de los anuncios que aparecían en las páginas de sus publicaciones, de modo que los mismos fotógrafos que daban testimonio del comienzo de una carrera de caballos eran los autores de las fotos artísticas que podían contemplarse en los anuncios de Berliner Illustrirte, en las galerías o en las portadas de revistas de arte.[8]

Fueron los fotógrafos de la época de Weimar quienes se encargaron de establecer los nuevos fundamentos teóricos de la estética. Convencidos de que la fotografía era el auténtico soporte artístico de la modernidad, recurrieron a la cámara lo mismo que a la pluma para explicar la relación que su actividad tenía con otras manifestaciones artísticas y con la forma en que tomamos conciencia del mundo. László Moholy-Nagy y August Sander fueron dos de los mejores fotógrafos de la era de Weimar (y también después). No diferían mucho en cuanto a sensibilidad estética ni en la manera de entender su oficio. Los dos representaban las posibilidades de la fotografía como arte en la década de 1920 y comienzos de la siguiente.

Moholy-Nagy había nacido en Hungría en 1895. Aunque había estudiado Derecho, se movía en los círculos artísticos progresistas que se formaron antes de la Primera Guerra Mundial. Como la política de su país se volvía cada vez más intolerante, tras el breve periodo revolucionario que siguió a la Primera Guerra Mundial, al igual que muchos artistas e intelectuales húngaros, se trasladó a vivir a Alemania. Llegó a Berlín en 1920 y no tardó en sumarse al movimiento dadaísta, aunque no estaba muy de acuerdo con el absurdo por el absurdo que practicaban aquellos artistas, ni en buscar la provocación por sistema. Se sentía atraído más bien por su compromiso con

el arte abstracto, por la fascinación que, sobre ellos, ejercía la tecnología, por la libertad con que pasaban de un modo de expresión artística a otro, y por el espíritu libre que animaba todas sus obras.[9] Siguiendo la estela de los dadaístas, Moholy-Nagy nunca se limitó a una sola forma de hacer arte, sino que se inició en la pintura, la escultura y la arquitectura, y se interesó por la tipografía y el cine, además de hacer fotos. Su tan extravagante como plural contacto con el mundo del arte se vio completado con un aluvión de palabras: pocos artistas han escrito tanto y tan acertadamente sobre la creación. Con todo, durante toda su vida, incluso durante los años de exilio en Estados Unidos, Moholy-Nagy siempre permaneció fiel al movimiento abstracto, al arte no figurativo y a las posibilidades estéticas que ofrecían las nuevas tecnologías. Más que en el color, su arte se fijaba en la luz y en la forma (aunque pintó interesantes cuadros, no hizo fotografías en color hasta finales de la década de 1930). Sus imágenes ponen de manifiesto la atención que prestaba a las formas geométricas como elementos del conjunto, pero, por encima de todo, a la composición en su totalidad.

En 1922, Walter Gropius, el legendario fundador y director de la Bauhaus, vio unas fotografías de Moholy-Nagy en una exposición, y lo contrató de inmediato como profesor de la institución. Ya vimos en el capítulo anterior que la Bauhaus, aquella escuela que tanta influencia tendría en el arte y la arquitectura del siglo XX, perseguía algo más que la estética pura en el diseño: era una ideología utópica. Sus fundadores, así como los primeros en sumarse a ella, estaban convencidos de que la estética modernista sería capaz de superar el aislamiento como condicionante de la modernidad y conseguir que el género humano volviera a ser un “todo”.

Moholy-Nagy fue el encargado del taller de metales, aunque también dio clases de fotografía y de muchas otras materias, aparte de encargarse de la edición de los libros que publicaba la escuela. Gropius debió de pensar que había encontrado a su alma gemela pues, si bien Moholy-Nagy nunca desarrolló una intensa actividad política, se afanaba por hacer realidad los mismos desafíos utópicos en el campo del arte. Defendía el concepto de Gesamtwerk, de obra total, aunque no coincidía con la conocida idea del compositor Richard Wagner de la Gesamtkunstwerk, la obra de arte total, en la que la ópera integraría los diferentes elementos que componen el arte. En vísperas de la guerra y de la revolución, Moholy-Nagy, al igual que Gropius y tantos otros, apuntaron mucho más alto, hasta el punto de soñar con

derribar las fronteras que separaban vida y arte (algo que aún quedaba en pie de la idea Wagner), así como entre los diferentes géneros y soportes artísticos. En este sentido, en 1925 escribía:

Entre tantas ramificaciones y tanta fragmentación en campos diversos, la especialización ha echado por tierra la idea de que es posible abarcar la totalidad de los diferentes campos, la vida en su totalidad […] No necesitamos de conceptos como el de Gesamtkuntswerk, junto al cual, pero separada, fluye la vida, sino de una síntesis de todos esos impulsos vitales que forman la vida e integrarlos en la Gesamtwerk (en la vida misma), que acabe con esa incomunicación, un concepto en el que los logros de todos los individuos tengan su origen en una necesidad biológica y culminen en una necesidad universal.[10]

Sin duda, esa esperanza de eliminar los derroteros por los que discurre la vida y sustituirlos por un todo armonioso y orgánico resulta irreal y hasta un tanto demencial, pero a la altura de los objetivos perseguidos por Gropius, por sus compañeros de profesión, Bruno Taut y Erich Mendelsohn, y por tantos artistas de la época de Weimar. Tan irreales, por no decir utópicas, aspiraciones sirvieron para que Moholy-Nagy creara obras de perdurable belleza, que constituyen también hondas meditaciones sobre las coordenadas luz-espacio en que nos movemos.

En una fotografía tomada en Berlín, “Mañana de Año Nuevo”, c. 1930, contemplamos una metrópolis desierta (fig. 6.3.). En lugar del ajetreo normal de personas y vehículos, sólo vemos un ciclista solitario y una pareja paseando. Nos fijamos en las tres figuras aisladas en la gran ciudad, pero son las líneas y las sombras las que más nos llaman la atención. La imagen está tomada desde algún punto por encima del nivel de la calle (en realidad, desde el piso que ocupaba Moholy-Nagy).[11] Debe de ser temprano, a juzgar por lo largas que parecen las sombras que proyectan ciclista y paseantes. Se diría que las figuras y las sombras se entrecruzan en perpendicular con las vías del tranvía, que constituyen el centro de la fotografía, mientras, en paralelo a los raíles, discurren las aceras, también cortadas en perpendicular por las sombras de los cables eléctricos que se alzan más arriba y que no llegamos a ver. “Mañana de Año Nuevo” es un estudio de geometría y luz, de líneas y sombras.

Moholy-Nagy prefería hacer fotos desde sitios elevados. Una fotografía sin título de la torre de la emisora de radio de Berlín, tomada hacia 1928, nos ofrece una composición de multitud de figuras geométricas (fig. 6.4.).[12] Reparamos, en primer lugar, en la altura de la torre, y en los ángulos que se repiten con regularidad en la estructura de las viguetas de acero. Los vértices, sin embargo, quedan disimulados por los círculos concéntricos que se observan en la base, que no son sino mesas, sillas y sombrillas al aire libre, dispuestas alrededor de una fuente, que, a su vez, quedan contrarrestadas por la disposición lineal que presentan otras mesas y otras sillas situadas en la base rectangular de la torre. No llegamos a ver –una vez más, debe de ser una hora temprana de la mañana, a juzgar por las sombras–, pero sí nos imaginamos a unos cuantos berlineses disfrutando de una cerveza y unas salchichas a luz del sol, pero resguardados bajo ese inmenso indicador de la modernidad que es la torre de la emisora de radio. Lo más destacable es el increíble equilibrio que guardan formas tan dispares, vértices, líneas rectas y círculos, que, unidas, constituyen una auténtica composición y una imagen del mundo en que vivimos.

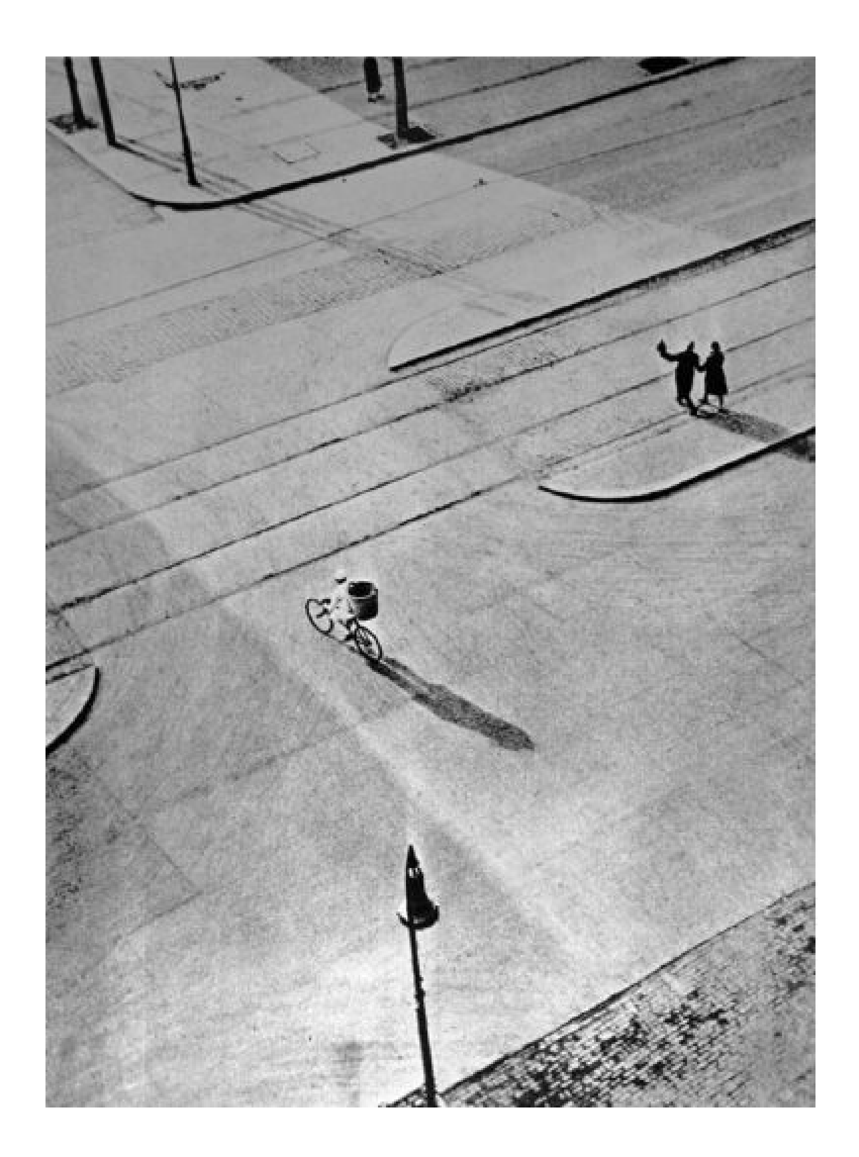


Fig. 6.3.: László Moholy-Nagy, “Mañana de Año Nuevo”, c. 1930. El artista solía tomar las fotos desde un plano elevado. En este caso, observamos la quietud que reina en la normalmente ajetreada metrópolis, que se transforma en un esbozo de líneas y sombras (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).

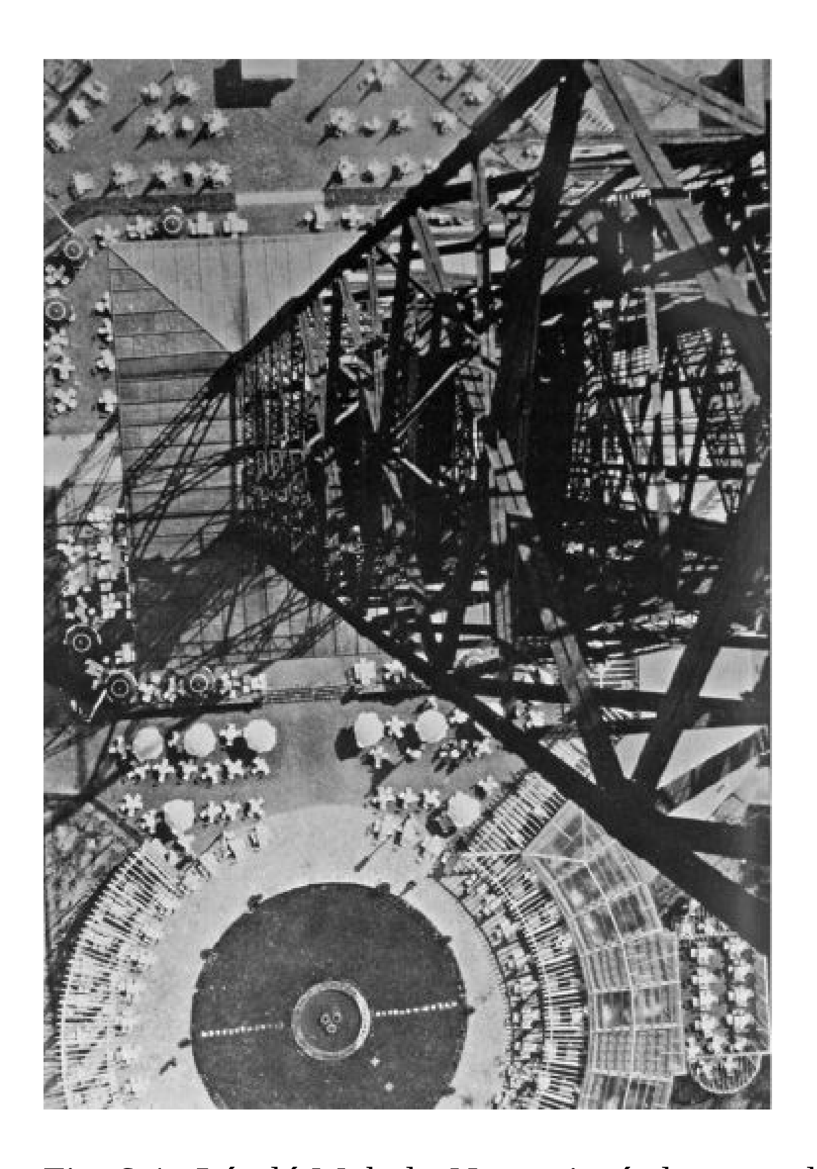


Fig. 6.4.: László Moholy-Nagy, sin título, torre de una emisora de radio, c. 1928. Con esta fotografía, tomada una vez más desde un plano elevado, Moholy-Nagy presenta en escorzo diferentes formas geométricas, vértices que se repiten, rejillas y círculos (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).

Finalmente, “Barcos en el puerto viejo de Marsella”, tomada en 1929, es un ejemplo más de la obsesión de Moholy-Nagy con las formas que se repiten (fig. 6.5.). Los barcos están alineados de forma más o menos regular, dispuestos en tres grupos separados por los embarcaderos. Los mástiles recogidos y tumbados a lo largo de las embarcaciones realzan más la impresión de regularidad, desplazando la imagen desde el extremo inferior derecho hacia la parte izquierda, sensación que aún se percibe con más

claridad cuando se repara en el malecón irregular que se observa en la parte inferior derecha de la fotografía. Los mástiles que permanecen alzados arrojan sombras que se asemejan a los mástiles recogidos en horizontal. En esta ocasión, Moholy-Nagy se sirvió de la luz para romper la regularidad de las formas. Algunos botes son tan blancos que parecen proyectarse fuera de la propia imagen; otros tan oscuros que se confunden con la negra sombra del agua. Culmina este contraste tan marcado la resplandeciente blancura de la escollera irregular.

Luz y forma, tales son los elementos con los que juega Moholy-Nagy, tan comunes en el mundo en que vivimos que apenas reparamos en ellos. Trabajando sobre la luz y la forma, creó belleza. Pero fue más lejos: siguiendo las pautas marcadas por la escuela de la Bauhaus sobre la búsqueda de la belleza en los propios materiales que forman una composición, Moholy-Nagy defendió con ardor que la fotografía tiene su razón de ser en la manipulación de la luz; de ahí que sea el soporte más adecuado para la era moderna.[13] (Es de suponer que el torbellino de anuncios luminosos de aquel Berlín electrificado influiría de forma notable en su forma de pensar). La pintura era cosa del pasado; la fotografía era el soporte del presente y del futuro. La pintura eran representaciones estáticas en color; la fotografía consistía en composición y movimiento, ampliando nuestras perspectivas mucho más allá de lo que podemos captar con una simple mirada. Moholy-Nagy escribió que cada soporte sigue sus propias leyes internas y que, cuando lleguemos a comprender del todo aquéllas que rigen la fotografía, “la composición figurativa alcanzará la cima, una perfección que nunca lograríamos por medios artesanales (manuales) [como la pintura]”.[14]

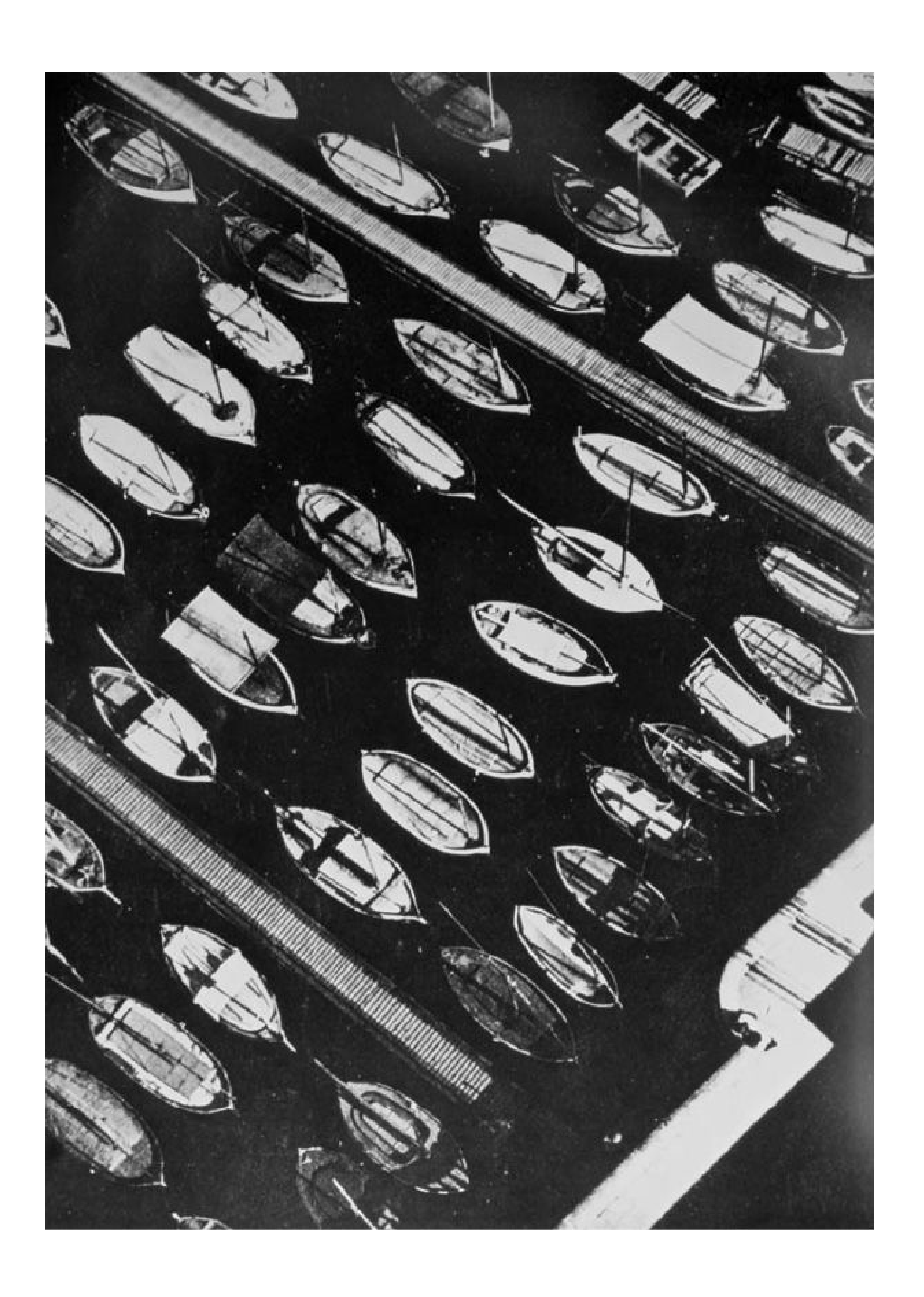


Fig. 6.5.: László Moholy-Nagy, “Barcos en el puerto viejo de Marsella”, 1929. Las fotografías de Moholy-Nagy constituyen meditaciones sobre la luz y la forma. En esta toma, la silueta repetida de las embarcaciones queda difuminada mediante un juego de luces y sombras: algunos de los botes son tan blancos que parecen proyectarse fuera de la imagen, mientras otros se confunden con el agua oscura en la que se mecen (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).

De modo que la fotografía no era sólo otra forma de crear algo, sino que descubría nuevas perspectivas de la vida. “La pintura tradicional ya está agotada: es una reliquia del pasado. Nuestros ojos y nuestros oídos se han abierto y perciben continuamente una increíble variedad de maravillas ópticas y sonoras. Unos cuantos años más de esfuerzo progresista, unos cuantos seguidores incondicionales de las técnicas fotográficas, y todo el mundo comprenderá que la fotografía fue uno de los actores decisivos en el alumbramiento de una nueva vida”.[15] Al igual que muchas de sus opiniones, las nobles pretensiones de Moholy-Nagy por reivindicar la superioridad de la fotografía sobre otros soportes resultan enternecedoras (probablemente, los pintores no compartirían sus puntos de vista), un tanto ingenuas y exageradas. Pero aquellas ideas dieron alas al arte que practicaba, y si no hubiera creído en las posibilidades de supervivencia de la fotografía, sin su empeño por llevar aquel soporte tan lejos como pudiera, nunca habría creado sus magníficas composiciones fotográficas. En este sentido, hay que decir que representa lo más sublime del espíritu de Weimar: la utopía expresionista que tenía fe en el futuro e indagaba en el significado profundo de la modernidad; en el caso de Moholy-Nagy, en el significado de la fotografía, el más moderno de los soportes del arte.

Sus fotogramas de mediados de la década de 1920 constituyen el ejemplo más acabado de las ideas que tenía en mente. Un fotograma es una imagen producida sin recurrir a una cámara, mediante el proceso químico que desencadenan diferentes formas de exponer a la luz un papel fotosensible. Al mismo tiempo que en Berlín Moholy-Nagy exploraba las posibilidades de este procedimiento, Man Ray en París y El Lissitzky en Moscú hacían lo propio. Gracias a ese método, Moholy-Nagy consiguió crear imágenes de formas perfectas, que parecían flotar en el aire, demostrando todas de las propiedades de la luz según el tiempo de exposición. Sus fotogramas más logrados parecen representaciones casi tridimensionales; en ocasiones, las

formas están muy definidas; otras veces, se mezclan y se confunden. La obsesión que Moholy-Nagy tenía por la luz y la forma se pone claramente de manifiesto en el efecto de composición total que consigue con sus fotografías y en la etérea levedad de sus fotogramas, y constituye una prueba evidente de su genio artístico, y de las posibilidades de la fotografía como soporte, situándola mucho más allá de los más novedosos productos de consumo, hasta elevarla a la categoría de una meditación sobre las coordenadas en que se desenvuelve la vida (fig. 6.6.).

Un poco mayor que Moholy-Nagy, pero de la misma época (había nacido en 1876), era August Sander, que no teorizó sobre su arte. Se expresaba con su cámara; rara vez se dedicó a escribir, a dar conferencias, a impartir clases, o a nada que no fueran la creación artística, que llevaba a cabo de forma tan obsesiva como Moholy-Nagy. Tampoco exploró otras formas de hacer arte. Sander tenía una idea fija, y a ella se dedicó en cuerpo y alma durante cuarenta años: su aspiración era fotografiar todas las facetas de la vida del pueblo alemán. Comenzó su proyecto antes de la Primera Guerra Mundial, y siguió adelante con su idea a pesar de los cambios políticos acontecidos en la historia de Alemania a principios del siglo XX. Su grandioso proyecto era tan ambicioso como la muestra The Family of Man (La familia del hombre) de Edward Steichen, expuesta por primera vez en el Museum of Modern Art de Nueva York, un empeño trascendental por poner de manifiesto, tras la Segunda Guerra Mundial y el final de la era nazi, la “unicidad” de la humanidad en toda su diversidad.[16] La obra de Sander, si bien limitada a los alemanes, era aún más ambiciosa: se componía de más de cuarenta mil negativos que, por desgracia, se perdieron durante un incendio en 1946. Se conservan, sin embargo, suficientes negativos y copias positivadas como para apreciar su monumental empeño.

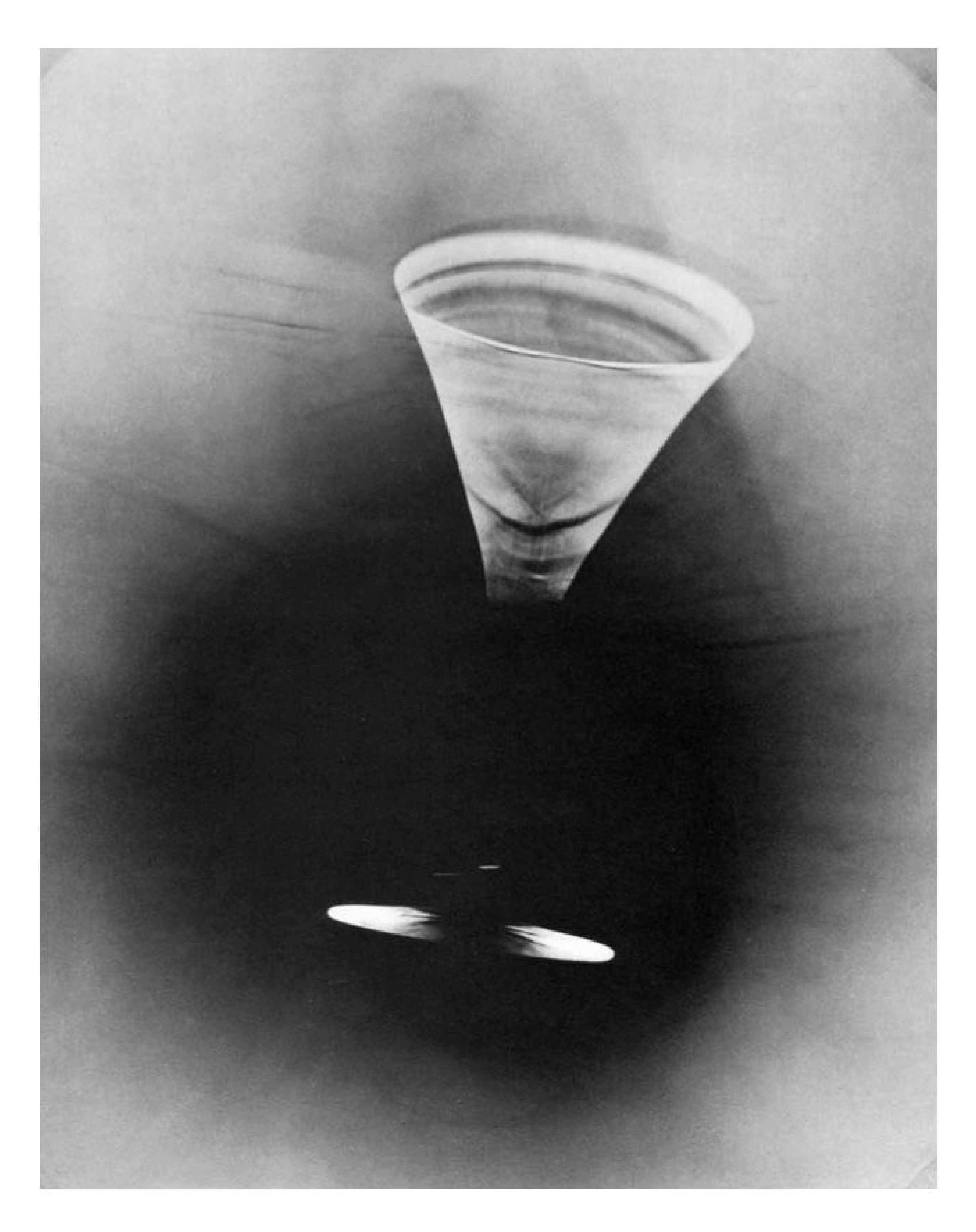


Fig. 6.6.: László Moholy-Nagy, fotograma: copa de vino, c. 1926. Una de las fotografías realizadas sin cámara, mediante diferentes formas de exponer a la

luz un papel fotosensible. El resultado es una imagen casi surrealista de levedad etérea (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).

Antes de la Primera Guerra Mundial, Sander ya había adquirido fama como fotógrafo de estudio en Colonia. Lo primero que publicó sirvió para difundir su trabajo entre un público mucho más amplio. Antlizt der Zeit (La faz de nuestra época), publicado en 1929, con una introducción a cargo del reconocido escritor Alfred Döblin, produjo auténtica sensación.[17] “El hombre del siglo XX ”, título que Sander había elegido para su trabajo, constituye, en su ambicioso empeño, un ejemplo más que representativo del proyecto de la República de Weimar –democrático en cuanto a su objetivo, grandioso en sus pretensiones–, aunque lo hubiese comenzado antes de la guerra. Sander era un hombre realista que no veía con buenos ojos la obra abstracta y teórica de sus contemporáneos, como Moholy-Nagy. En opinión de Sander, mejor que cualquier otro soporte la fotografía permite captar las gentes y los paisajes “tal como son en realidad”. Por su estilo y sensibilidad, su enfoque casaba mejor con la Nueva Objetividad, el movimiento artístico que dominó la segunda mitad de la década de 1920, que con el expresionismo de los años que siguieron a la posguerra. La Nueva Objetividad postulaba el realismo, tonos más delicados y simplicidad de líneas. O, como escribía Sander al presentar una exposición de sus fotos, que se celebró en Colonia en 1927:

Nada me pareció más sensato que difundir la imagen de nuestra época con absoluta fidelidad a la naturaleza, gracias a la fotografía […] [La fotografía] reproduce las cosas en su grandiosa belleza, pero además en su descarnada realidad, y también puede ser un enorme engaño. Hemos de ser capaces de mirar la verdad de frente, pero, por encima de todo, hemos de transmitírsela a quienes vengan detrás de nosotros, a la posteridad […] nada me disgusta tanto como esas fotografías edulcoradas, trucadas, posadas y repletas de artificiosidad. Por eso, reclamo el derecho a decir la verdad, con toda sinceridad, sobre nuestra época y sobre la gente de nuestro tiempo.[18]

Sander estaba absolutamente convencido de que podía ofrecer una panorámica completa del pueblo alemán y, en consecuencia, legar un documento histórico fundamental. En sus fotografías sobresale siempre un fuerte impulso humanitario. No sólo fotografiaba a los miembros más respetables de aquella sociedad, sino también a personas disminuidas,

vagabundos, artistas decadentes, comunistas, mujeres andróginas y otros personajes. Sus fotografías no constituían un juicio de valor, no eran el reflejo de una opinión (figs. 6.1., 6.7. y 6.8.). Retrataba a las personas como se las encontraba. Y esa misma razón fue la que esgrimieron los nazis para prohibir su obra: Sander ofrecía imágenes de muchos alemanes que nada tenían que ver con el ideal ario, soñado por los nazis.

Las fotografías de Sander resultan sorprendentes, aunque en su trabajo también se aprecia un matiz intimista, un cierto provincianismo: eso era lo que pensaba de Alemania y de los alemanes. No oculta tampoco una especie de orgullo nacional, patente hasta en el título que eligió, como si unas cuantas fotos de alemanes bastasen para ofrecer una visión completa del género humano en el siglo XX. La fe que Sander tenía en la fisiognomía –que la apariencia externa bastaba para revelar la esencia de un individuo y del grupo al que pertenecía–, si bien forma parte de nuestros patrones actuales de pensamiento, no dejaba de presentar ciertas e inconvenientes afinidades con la ideología racista de los nazis, a pesar de los fuertes sentimientos contra ellos que albergaba la familia Sander tras morir el mayor de sus hijos en una cárcel nazi, encerrado por militar en la resistencia. Podría decirse que, de alguna manera, Sander nunca salió de su querida Westerwald, la zona rural y provinciana del extremo occidental de Alemania, donde había crecido.



Fig. 6.7.: August Sander, “Trabajadores de un circo”, Düren, 1930. Sander no dudaba en fotografiar a personajes marginales de la sociedad alemana, como estos trabajadores del circo. Por eso fue perseguido por los nazis (© 2006, Die Photographische Sammlung / SK Stiftung Kultur – August Sander Archive, Colonia / 2009, Vegap, Madrid).

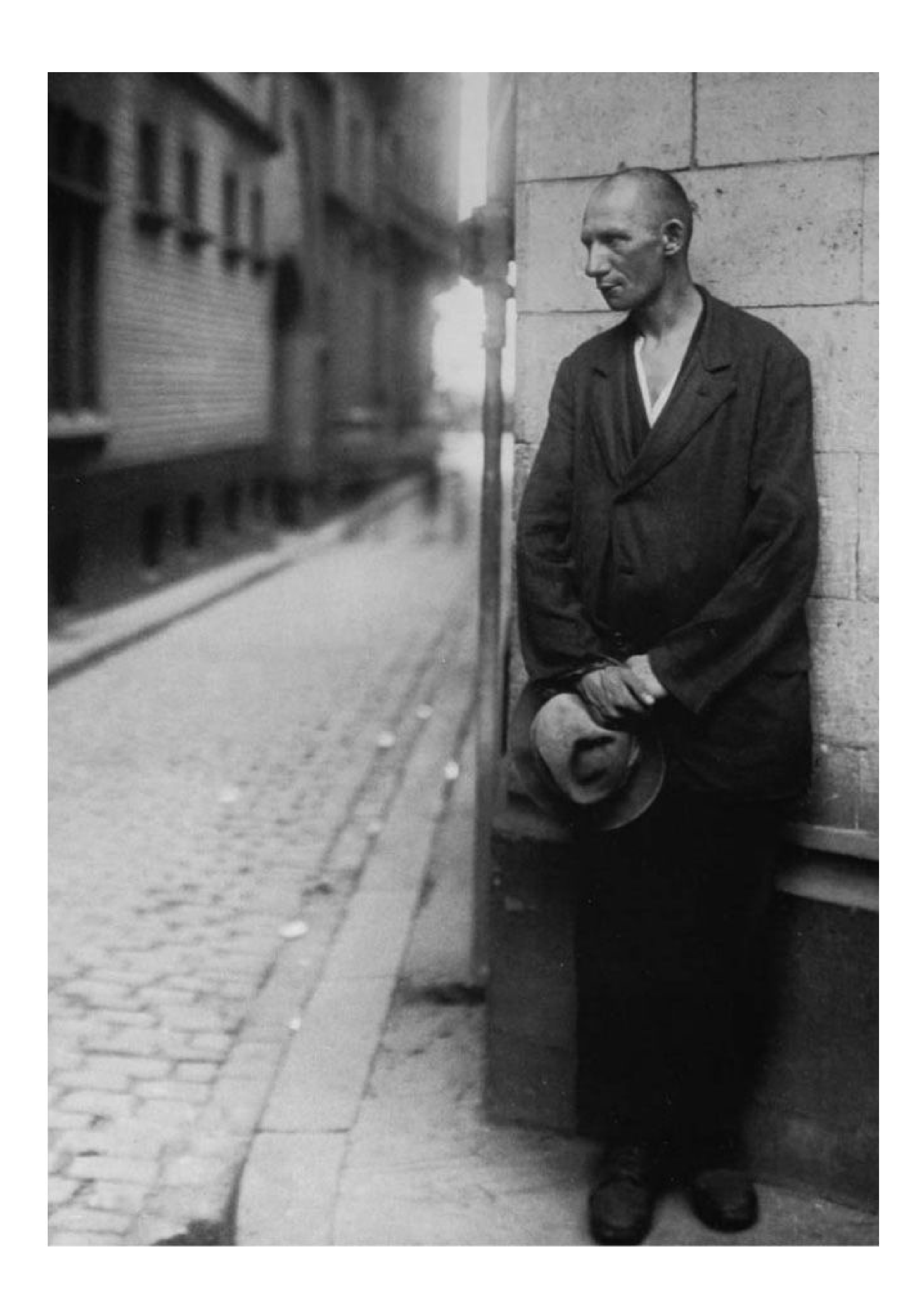


Fig. 6.8.: August Sander, “Hombre en paro”, Colonia, 1928. Esta fotografía es un fiel reflejo de la desesperación de un hombre desempleado ya antes de que comenzase la Gran Depresión (© 2006, Die Photographische Sammlung / SK Stiftung Kultur – August Sander Archive, Colonia / 2009, Vegap, Madrid).

Tras la Segunda Guerra Mundial, Sander recibió todos los honores imaginables, y su obra se sigue exponiendo en Alemania y en el extranjero. Al igual que muchos de los más destacados artistas e intelectuales de Weimar, Moholy-Nagy se vio obligado a abandonar Alemania. Acabaría asentándose en Chicago, donde llegó a ser un reconocido profesor, con su propia escuela de diseño. Pero sus esfuerzos por establecer una nueva Bauhaus acabaron en fracaso, y nunca alcanzó el reconocimiento que merecía.[19] Mientras Moholy-Nagy se adentraba por los caminos de la fotografía como arte abstracto, compromiso intelectual entre luz y forma, elementos que constituían el soporte y también la vida, Sander jamás se apartó de su convicción de que la cámara era capaz de captar la realidad. Aunque los dos fueron magníficos fotógrafos, fue Moholy-Nagy quien mejor profundizó y avanzó en las posibilidades de su arte y quien, de los dos, mejor supo encarnar el sublime espíritu de la Alemania de Weimar.

Como es natural, la fotografía guardaba una estrecha relación técnica y artística con otro soporte de imágenes: el cine. Desde la década de 1890 hasta la Primera Guerra Mundial se proyectaron no pocas películas en pequeñas y sórdidas salas, o en cabinas individuales que formaban parte de circos y ferias ambulantes. Pocos eran los alemanes que confesasen con orgullo que habían visto la última cinta producida por un estudio importante, o aquella en la que aparecía una estrella popular del mundo del celuloide. Ver películas era algo que todavía se consideraba de dudosa reputación; el lugar más adecuado para admitir que a uno le gustaba pasar así el tiempo era el confesionario, no en público.

Durante la época de Weimar, sin embargo, eran multitud los alemanes que iban al cine. Veían melodramas, comedias, aventuras y noticiarios, y seguían las críticas que publicaban los periódicos. Se trataba de películas producidas tanto en los estudios Babelsberg, a las afueras de Berlín, como en Hollywood, Moscú o en otras partes del mundo. Hasta en las ciudades pequeñas, las salas de cine se hacían notar por su arquitectura; atraían multitudes a diario. En las grandes ciudades, como Berlín, estos cines se convirtieron en palacios. El Gloria Filmpalast de Berlín, por ejemplo, un teatro de estilo barroco, construido así precisamente para revestir de respetabilidad aquella nueva forma de diversión popular, tenía capacidad hasta para mil seiscientos espectadores sentados. El Capitol Filmpalast podía acoger a mil quinientas personas.[20] El Universum Lichtspielhaus, de Erich Mendelsohn, construido entre 1926 y 1928, era un llamativo ejemplo de cómo la arquitectura modernista se sumaba a espectáculos tan novedosos como el cine. Su sorprendente diseño funcional y su fachada en curva transmitían una sensación de dinamismo a todo el edificio (fig. 6.9.). En el interior, la disposición de la platea y del patio de butacas producía una sensación similar, como si interior y exterior se disputaran el protagonismo. “Como en una cámara –escribía Mendelsohn–, líneas y volúmenes convergen en un solo punto de la pantalla, allí donde mira el público”.[21]

La sala Universum reflejaba con exactitud el carácter innovador de las películas, el continuo movimiento, la evasión y el espectáculo que las distinguían. Gracias a una película, la gente puede trasladarse a mundos de

ensueño muy alejados de las circunstancias de su vida. El cine, además, suscita emociones, miedo, tensión o amor, y todas al mismo tiempo. Entretiene, y también puede ser bello. Por si fuera poco, ayuda a que la gente reflexione sobre la vida que lleva; más aun, sobre el sentido de la realidad. El cine de Weimar conseguía todo eso y mucho más, y los alemanes lo recibieron con los brazos abiertos. Como tantas otras gentes del mundo entero, se sentían especialmente atraídos por las imágenes, sobre todo si éstas se proyectaban sobre una pantalla de grandes dimensiones; les transportaban a otros mundos y les hacían pensar y emocionarse.

Todavía hoy recordamos grandes películas de la época de Weimar, como El gabinete del doctor Caligari, Metrópolis, M, El ángel azul y tantas otras, que contribuyeron a establecer nuevos parámetros técnicos y artísticos, y son una muestra de lo mejor del espíritu de aquellos años, un reflejo de la psicología de individuos y colectivos, de la pasión y el deseo, del perfil de la ciudad moderna y la muerte. Pero lo que más les gustaba a los alemanes eran los melodramas sencillos que se proyectaban en cines abarrotados por todo el país: las comedias de Charlie Chaplin o, sobre todo a comienzos de la década de 1920, los dramas de honda raigambre literaria e histórica, los preferidos de los directores alemanes, que soñaban con convertir en películas obras clásicas y personajes y acontecimientos históricos y heroicos. Los directores alemanes estaban demasiado apegados a la refinada tradición cultural en la que se habían formado y a las estructuras formales de las obras de teatro. Pero el cine no consistía sólo en trasladar la representación de una obra teatral al celuloide. Las cámaras permitían captar rápidamente, y desde diferentes ángulos, un aluvión de tomas; la iluminación tenía su importancia, igual que la habilidad del director para suspender y reanudar el flujo de imágenes, circunstancias que abrían posibilidades estéticas enteramente novedosas que la industria alemana del cine tardó en asimilar.[22] Debido en parte a lo que acabamos de apuntar, la enorme y poderosa Universal Film Aktiengesellschaft (Compañía de Cine Universal, o UFA) quebró y, en 1925, pasó a manos de las norteamericanas MGM y Paramount que, desde entonces, se hicieron con el control de la industria cinematográfica alemana. Aunque, a su vez, esas compañías no tardarían en caer en manos de otros propietarios, MGM y Paramount no querían que nadie les hiciera la competencia. En 1927, el magnate derechista Alfred Hugenberg se hizo con la UFA, con lo que la más importante productora alemana recibió una fuerte inyección de capital, aunque las dificultades económicas no desaparecieron

por completo Hugenberg pretendía, por encima de todo, rentabilizar la inversión aunque, de vez en cuando, tampoco hacía ascos a una película artística o, cuando menos, a una de esas películas que ahora consideramos como tales.



Fig. 6.9.: Erich Mendelsohn, sala de cine Universum en Berlín, construida entre 1926 y 1928. Una de las grandes salas de cine que se edificaron en Berlín durante la década de 1920, con todas las características del estilo de Mendelshon, superficies acristaladas y fachada curva. En la actualidad, es una importante sala de teatro, el Schaubühne (Fotografía del autor).

Bajo el estandarte de la UFA y de otras productoras más pequeñas, el cine progresó considerablemente durante la época de Weimar. Siempre se han considerado como ejemplos culminantes del expresionismo las primeras películas que se hicieron después de la guerra, las anteriores a la quiebra de la UFA. No bastaba con dejar constancia del mundo real en una película: los filmes (como la pintura o la literatura) expresionistas ahondaban en la

psicología de los protagonistas y de la audiencia; insistían en la complejidad emocional y en los diferentes estadios de la conciencia; la realidad no era tan sencilla y, desde luego, no se correspondía con lo que se podía entrever; lo que ocurría en los pliegues de la conciencia, individual o colectiva, era mucho más "real" y, por supuesto, más trascendental que lo que afloraba a la superficie.

Muchas veces se ha citado como ejemplo sobresaliente del cine expresionista el filme El gabinete del doctor Caligari, estrenado en 1920. Con sus decorados pintados, como en el teatro, sus innovadores enfoques y sus más que horripilantes protagonistas, la película, gracias a la ambigua descripción de realidad y motivación que presentaba, planteaba un reto a los espectadores. ¿Quién era el culpable del asesinato, el doctor o el paciente? ¿Acaso los mundos soñados son más "reales" que "la propia realidad"? ¿En manos de quién está nuestra autonomía como individuos? ¿Existe tal independencia en realidad, o estamos todos atrapados en el mundo poblado de pesadillas del doctor Caligari? Robert Wiene, el director del filme, no ofrecía ninguna respuesta, y no está nada claro que los espectadores de la época se parasen a considerar semejante problemática en el momento de subir al tranvía que los llevaría de vuelta a casa al salir del cine. Lo más probable es que tan sólo hubieran disfrutado de la atmósfera de misterio y terror que destilaba la película. Pero desde 1920 hasta nuestros días, los críticos de cine siguen intentado comprender el significado profundo del filme, llegando a ver en películas como ésta, según el ensayista y crítico Sigefried Kracauer, un anhelo inconsciente del pueblo alemán por encontrar una figura autoritaria, que acabarían por identificar con Adolf Hitler.[23]

Alrededor de 1924, al igual que ocurriera con el resto de las artes, el cine sustituyó la intensa emotividad y las indagaciones psicológicas del expresionismo por los matices más pausados y distanciados de la Nueva Objetividad, que buscaba una orientación más funcional y mostraba una mayor preocupación por las apariencias y la armonía externas, ya fuera del hombre con el entorno urbanizado en que vivía, con la decoración interior o con la arquitectura de la fachada, o entre el trabajo del ser humano y la producción mecanizada. En pocas palabras, más realismo y menos abstracción. No parece casualidad que la Nueva Objetividad se impusiese una vez extinguidas las llamas de las esperanzas revolucionarias, tras el caos de 1918-1919; y por vía de urgencia, a partir de 1923, cuando la

racionalización y la eficacia –por encima de las exigencias revolucionarias de democracia y justicia– se convirtieron en los auténticos pilares del mundo de los negocios.[24]

El 23 de septiembre de 1927 se estrenó en Berlín uno de los mejores filmes del cine mudo alemán: Berlín, sinfonía de una ciudad. Dirigida por Walter Ruttman, la película, gracias a un montaje de imágenes, capta el trajín y la confusión y, al mismo tiempo, la organización y el orden que reinaban en la ciudad durante la época de Weimar. Arranca con un tren que se aproxima a Berlín; el espectador tiene la sensación de viajar en ese tren, contemplando por la ventanilla cómo el paisaje rural se confunde con los suburbios de la ciudad que, poco a poco, se convierte en el hormiguero de edificios que constituyen la metrópolis. La ciudad comienza a desperezarse y, en paralelo, Ruttman persigue los movimientos de gente, animales y máquinas a medida que pasa el día. Trabajadores, hombres de negocios, niños que van al colegio, mujeres que trabajan en oficinas, operarios de máquinas: la película es un reflejo de la diversidad de la vida urbana. Los movimientos de la vida diaria se acompasan con los de los motores de la industria, que echan a andar despacio hasta que adquieren un ritmo frenético para, más tarde, volver a quedar en reposo a la hora de comer. ¿Quién dirige a quién? ¿Son las máquinas las que imponen el ritmo a los seres humanos, o son los hombres quienes organizan el funcionamiento de las máquinas? No queda claro del todo, pero la película deja entrever detalles de la vida en condiciones hostiles, vidas carentes de autonomía y libre albedrío. Al mismo tiempo, la cámara de Ruttman juega con la hermosura y la belleza de la producción industrial. El ritmo acompasado de los pistones de las máquinas se yuxtapone con las líneas arquitectónicas que se repiten, de forma parecida a como la fotografía de la torre de la emisora de radio de Moholy-Nagy refleja el entramado de la estructura. Berlín, sinfonía de una ciudad no tuvo mucho éxito de crítica ni de público en su día. En la actualidad, sin embargo, está considerada una obra maestra, un canto a la metrópolis moderna, con su ritmo, su agobio y su diversidad, que, al menos en algunos momentos, muestra algunos atisbos de belleza y nos transmite una inquietante reflexión sobre el poder de las máquinas.

Menschen am Sonntag (Gente en domingo), otra de las grandes películas del cine mudo de la época de Weimar, estrenada en 1930, guarda ciertas similitudes con Berlín, sinfonía de una ciudad. La película trata de reflejar

también algunas de las características del Berlín moderno. Los planos de fábricas, puentes y trenes trasladan al espectador al corazón de la ciudad superpoblada. Pero no se fija sólo en el perfil de la ciudad. En Berlín, sinfonía de una ciudad no hay individuos, sus habitantes aparecen normalmente como masas que forman parte del paisaje de la ciudad, no como individuos con su propia psicología, sus anhelos y sus dramas. En Menschen am Sonntag, la película se fija en un puñado de jóvenes alemanes, pertenecientes a la nueva clase media, que, desde la ciudad, van camino de su escapada semanal al Nikolassee, uno de los preciosos lagos que hay a las afueras de Berlín. Son dos hombres y dos mujeres; los cuatro de veintitantos años. En el lago, juguetean y retozan, nadan, toman un tentempié campestre y escuchan la música de un fonógrafo. El filme tiene una cierta carga erótica, cuando los dos jóvenes y las dos muchachas se visten y se desvisten, echan a correr o se enzarzan en escarceos de índole sexual. Ambas chicas van detrás del joven más simpático; el otro es un patán a quien no prestan demasiada atención excepto para reírse de él. En una escena que debió de impresionar y escandalizar al público de la década de 1920, el joven simpático y una de las muchachas acaban haciendo el amor entre los arbustos, para mayor desesperación de la otra joven.

Billy Wilder firmó la trama de Menschen am Sonntag, que contó con Robert Siodmak y Edgar G. Ulmer como directores, y con Fred Zinnemann a cargo de la dirección de fotografía. Los cuatro desarrollarían carreras fulgurantes en Hollywood. La película refleja el tipo de vida que llevaban los jóvenes berlineses que, en la década de 1920, aspiraban a integrarse en la clase media. Los cuatro están integrados en la sociedad de consumo de su tiempo: se abalanzan a comprar los discos más recientes (incluso una de las jóvenes trabaja en una tienda de discos). Todos se dejan seducir por la moda de la época: las muchachas lucen pelo y faldas cortas y son esbeltas; los chicos van elegantemente vestidos, con chaqueta y corbata, aun cuando ese domingo tengan pensado ir al lago. Ninguno de los cuatro parece mantener relación con sus respectivas familias: su círculo social está centrado en gente de su edad y de su clase social; no forman parte de esos clanes del pasado en las que convivían diferentes generaciones. Mantienen relaciones esporádicas, sexuales o de otro tipo, y disponen de tiempo y dinero, al menos durante los fines de semana. Como en Berlín, sinfonía de una ciudad, Menschen am Sonntag constituye una reflexión agridulce sobre la modernidad de Weimar. Es evidente que los cuatro jóvenes berlineses

quieren disfrutar de la vida, pero se percibe que entre ellos hay una gran tensión; al final del día, al igual que millares de jóvenes como ellos, regresan a la ciudad para volver al trabajo al día siguiente. La película termina con esta frase conmovedora: “La semana que viene, cuatro millones os estarán esperando”. En la ciudad moderna, el tiempo se divide entre el trabajo alienante a lo largo de la semana, y el fantástico fin de semana para disfrutar de la vida y sus placeres. Modernidad es lo mismo que decir existencia fragmentada, circunstancia esta en la que trataron de ahondar los realizadores del filme sirviéndose de representaciones visuales, y en la que tanto profundizarían en sus escritos ensayistas y filósofos como Martin Heidegger y Siegfried Kracauer.

Algunas películas producidas en otros países también cosecharon un enorme éxito de crítica y público en Alemania. Dos de las más aplaudidas fueron La quimera del oro, de Charlie Chaplin, y El acorazado Potemkin, de Sergei Eisenstein, estrenadas ambas en 1926. La primera se metió al público en el bolsillo de inmediato. Fue la película más famosa y aclamada de Chaplin y de la industria cinematográfica hasta entonces. Las autoridades alemanas trataron de prohibir la exhibición de la segunda, alegando que era pura propaganda soviética; tras una larga batalla legal y un acalorado debate público, dieron su brazo a torcer. La afluencia de público fue mucho menor, pero la crítica alabó el enorme talento y la magistral forma de hacer cine de Eisenstein. Ambas películas fueron uno de los primeros atisbos de globalización –no sólo penetración norteamericana– de los medios de comunicación en la década de 1920. Comunistas, simpatizantes del modelo soviético y gentes de muy diversas tendencias políticas de muchos países vieron la película. Chaplin, nacido en Gran Bretaña, era tan famoso en Tokio como en París o en Londres, por no hablar de Estados Unidos. Todo el mundo coincidía en señalar cómo se emocionaban los espectadores que seguían las vicisitudes de unos personajes maltratados por la vida. El éxito de Chaplin y Eisenstein deja entrever el problema que padecía el cine alemán a mitad de esa década, es decir, su incapacidad para comprender las nuevas posibilidades estéticas que abría la cinematografía, su “ambientación tan artificiosa y literaria”, como apuntan Jost Hermand y Frank Trommler, estudiosos de nuestros días, haciéndose eco de lo que, en su día, afirmara Axel Eggebrecht, crítico de la época de Weimar que en 1926 escribía:

Por si no tuviéramos bastante con la negativa conclusión de que el cine nada tiene que ver con el teatro, los norteamericanos, descargados del peso del pasado y con llamativa ingenuidad, han sabido profundizar en la pura dimensión óptica del cinematógrafo. En primer lugar, no han tenido que despojarse de tanto drama psicológico, ni tampoco han sentido la necesidad de que se asemeje a un "cuadro", sino que se han adentrado en el campo de la expresión visual descarnada, incluso por senderos que, en la vida normal, carecen de sentido. Chaplin ha sido posible porque no había una tradición detrás, y porque podían proyectarse en una pantalla –de arriba abajo, sin omitir nada, ni material ni ideológicamente– imágenes de la era de las máquinas. Gracias a eso, el cine norteamericano ha establecido la necesaria conexión entre su capacidad creativa y los soportes industriales de la forma de vida que refleja. Sólo en aquel país, la cinematografía podía convertirse en la industria total y difusora del arte, en la industria de la representación. [25]

Otro crítico alemán, Béla Balázs, escribía que había que insistir en la "profundidad" y en la "sencillez" en la misma medida que Chaplin en la trivialidad.[26]

Tanto La quimera del oro como El acorazado Potemkin contienen algunas escenas inmortales de la historia del cine. Chaplin era aclamado por sus actuaciones y la comicidad de las escenas; Eisenstein, por la carga dramática y las innovaciones técnicas de su forma de hacer cine. En La quimera del oro, Chaplin es un pobre vagabundo, que no tiene nada que comer, aparte de sus zapatos, y que marcha a Alaska en busca de fortuna. En una escena magistral, empuña tenedor y cuchillo dispuesto a comerse un trozo de cuero del calzado, engañándose a sí mismo sobre su desesperada situación, a la vez que trata de resolverla.

En El acorazado Potemkin, Eisenstein desgrana escena tras escena, a cual más dramática. La película está ambientada en la revolución rusa de 1905; los marineros amotinados han de soportar un ultraje más de los bárbaros oficiales que están al mando: una sopa hecha con carne putrefacta. A bordo, los jefes militares reúnen a los subordinados que no se han rebelado, les ordenan que cubran con una lona a un grupo de amotinados y que los ejecuten. Eisenstein prolonga la escena durante unos minutos que se nos antojan interminables. Por fin, el héroe revolucionario se dirige a la

marinería que se dispone a disparar, y pregunta: “¿Sabéis a quiénes vais a fusilar?”. Porque los marineros amotinados son rusos, como los del pelotón. La disciplina se viene abajo, y los amotinados se adueñan del barco. La cámara de Eisenstein va y viene, entre planos cortos y planos generales, acentuando el dinamismo y la tensión, algo que no es posible en una sala de teatro. La cámara se detiene en algunos de los marineros, inquebrantables héroes revolucionarios, o hace un barrido mientras pelean con los soldados, y también detalla los pulidos adornos de latón de la nave, los pistones que suben y bajan, los largos y terribles fusiles, para irse retirando hasta ofrecer al espectador una toma panorámica del barco en medio del mar.

En Odessa, los ciudadanos se enteran del motín y corren hasta el puerto para solidarizarse con los marineros. Una vez más, la cámara va y viene, entre primeros planos de individuos y planos largos de los millares de personas que bajan por las largas escalinatas que conducen al puerto: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pobres y mejor situados, todos unidos bajo la bandera de la revolución. De repente, aparecen las tropas del zar. Bajan por las gradas en formación, disciplinadamente, y, una y otra vez, disparan contra la multitud por la espalda. Los que consiguen llegar abajo, se encuentran con los cosacos, que los vapulean sin piedad. Una madre sostiene a su hijo, un muchacho herido por las tropas y pisoteado por la multitud. Durante interminables minutos, la cámara sólo se fija en ella. Se acerca a los soldados del zar, les ruega que dejen de disparar y es ella quien acaba tiroteada. Otra madre recibe un disparo y, en la escena más recordada de la película, cae al suelo junto al carrito de su bebé. La cámara de Eisenstein sigue la trayectoria del cochecito que, ya sin sujeción, coge velocidad y se despeña escaleras abajo, camino de un desenlace fatal.

El instinto dramático de Eisenstein era una prueba de cómo una película podía crear escenas llenas de dramatismo de un modo que sólo está al alcance del cine. No había obra de teatro o novela capaz de suscitar semejantes emociones de temor y pánico acerca de la suerte que había de correr el pequeño, o la tensa espera bajo la lona de una marinería amotinada a punto de ser pasada por las armas. Gracias al arte con que dirigía, Eisenstein hizo buenas las aseveraciones de Moholy-Nagy sobre la fotografía, a saber, que tenía sus propias leyes y que había que amoldarse a ellas en vez de imitar otros géneros. La escena de las escaleras no era “real”, en el sentido de que eso fuera lo ocurrido en 1905, ni ofrecía una versión del

motín que se ajustase a la realidad. Filmadas, sin embargo, tales escenas parecían tanto “más reales”, por cuanto transmitían las tensiones y emociones que se vivían en una ciudad durante un tumulto revolucionario, así como el poder de las masas que convergían hacia los muelles en solidaridad con los marineros amotinados. Para mayor consternación de la derecha alemana, tanto en su versión moderada como radical, El acorazado Potemkin y La quimera del oro constituían un símbolo de la inmersión de la Alemania de Weimar en una cultura internacional que bebía de fuentes muy alejadas de Europa, como Estados Unidos o la Unión Soviética.

Hasta ese momento, sólo se trataba de películas mudas. La industria cinematográfica alemana sufrió un nuevo vaivén estético cuando, en 1929, dos años más tarde que en Estados Unidos a pesar de que la tecnología necesaria había sido desarrollada en parte en Alemania, se comenzaron a rodar películas habladas. Al cine se unieron los avances tecnológicos de la radiodifusión gracias a la amplificación y la transmisión del sonido. Las “películas habladas” fueron la revolución, auditiva y visual, que acabaría por desembocar en un nuevo y poderoso soporte. Como en Estados Unidos, la llegada del sonido significó la retirada de muchos de los actores y actrices del cine mudo, que carecían de una voz agradable. También significó el final de la carrera de muchos directores que tardaron demasiado tiempo en darse cuenta de que el sonido no era un simple añadido, sino que modificaba la estética cinematográfica en muchos y muy importantes sentidos. Mientras la UFA consideraba que la nueva técnica era una forma de que la compañía remontase la crisis financiera, la introducción del sonido representaba también el creciente auge nacionalista de las industrias del cine en cada país. Si no era difícil sustituir los recuadros de texto de una película muda por otros, escritos en la propia lengua, el doblaje o los subtítulos resultaban mucho más complicados y, sobre todo, más caros.

En los pocos años que quedaban antes de la desaparición de la República, la industria cinematográfica alemana se las compuso para producir algunas películas de gran éxito que, más tarde, adquirirían la categoría de clásicas y que influirían en varias generaciones de directores. M, de Fritz Lang, se estrenó en 1931. Narra la historia de un asesino de niños que anda suelto en la ciudad. La espectacular labor del director crea una atmósfera inquietante. El escenario es la ciudad moderna, que, en este caso, también representa un lugar lleno de peligros, en el que, sin embargo, nada puede permanecer

oculto. En la escena más famosa, el asesino, interpretado por Peter Lorre, está mirando un escaparate, uno de esos inmensos expositores que tanto proliferaron en la década de 1920. Desde la esquina del escaparate, "M" observa a las personas que lo persiguen y se da cuenta de que, en la espalda de su abrigo, alguien le ha pintado con tiza una "M" que lo identifica. Al mismo tiempo, contempla su imagen reflejada en los cuchillos que se ofrecen ante sus ojos. Un magistral recurso cinematográfico, que suscita diversas preguntas: ¿la transparencia de las lunas de los escaparates nos permite "ver" las cosas con mayor claridad? ¿Las múltiples imágenes que se reflejan revelan otras facetas de la personalidad del protagonista, para él mismo y para el público? M representa también una crítica social al más puro estilo de Brecht. Como en La ópera de cuatro cuartos, gángsteres y policía terminan unidos en esta ocasión para dar caza al asesino, que ha violado incluso el código no escrito de moralidad que rige en el mundo del hampa. Porque no hay grandes diferencias, en definitiva, entre los encargados de mantener el orden y quienes lo quebrantan.

Semejante ambigüedad moral molestaba, y mucho, a los guardianes del orden. Clérigos, alcaldes y concejales, dirigentes sindicales y políticos socialistas, todos se lamentaban de la influencia inmoral y perniciosa del cine. Veían cómo peligraban sus esfuerzos en favor de la integridad por culpa de algo que, según ellos, no era sino más "inmundicia y basura", sólo que proyectada en una pantalla grande en lugar de aparecer en un libro de bolsillo. Lo que más les preocupaba era la influencia democratizadora que ejercía el cine. Pocos eran los trabajadores que podían verse en los auditorios de ópera o en las salas de teatro de Alemania. Pocos los personajes pudientes que frecuentasen los cochambrosos bares o los ruidosos locales de diversión que había por todo el país, a no ser que hubieran decidido darse una vuelta por los bajos fondos. Pero, a finales de la década de 1920, se contaban por millones los alemanes que iban al cine. Las entradas eran tan baratas que se quedaban sin ir sólo los pobres de solemnidad; las películas, por otra parte, se habían labrado una aureola artística y de buena reputación capaz de atraer, al menos, a una parte de esa población más cultivada y rica. El elemento erótico también preocupaba a los defensores de la moral, tanto por las imágenes que se veían en la pantalla como por el hecho de que hubiera hombres y mujeres sentados juntos casi a oscuras. El cine era el entretenimiento de las masas por antonomasia. En las salas había gente de lo más variopinta, lo que socavaba las directrices que, en lo referente a la

moralidad, establecían el Estado y la Iglesia, los más pudientes y cultivados. En este aspecto, los socialistas mantenían una actitud tan puritana como sus adversarios políticos, los conservadores. En septiembre de 1919, por ejemplo, los concejales del USPD del ayuntamiento de Múnich votaron en contra de que se abriesen nuevas salas de cine, porque las películas convertían “a sus compatriotas alemanes menos cultos en anarquistas y contribuían a su degeneración intelectual y espiritual”, opinión que muchos mantendrían a lo largo de la historia de la República.[27]

Pero daba lo mismo. Los alemanes seguían abarrotando los cines. No había forma de quitarles la idea de la cabeza. En 1929 había en el país cinco mil seiscientas salas de cine, en comparación con las dos mil cuatrocientas de tan sólo diez años antes. En 1924, sólo en Berlín, se vendieron más de cuatrocientos millones de entradas; a mediados de la década de 1920, las estadísticas confirmaban que dos millones de alemanes iban al cine a diario.[28] Franz Hessel, paseante empedernido y columnista, se refería con estas palabras a la pasión que los berlineses sentían por el cine:

A los berlineses nos encanta ir al cine. Ese espectáculo semanal es el sucedáneo de toda la historia del mundo que no hemos vivido. A diario, se nos entregan las mujeres más hermosas de ambos continentes, y contemplamos sus lágrimas y sus sonrisas en las películas. Los grandes palacios del cine se encuentran en los alrededores de la iglesia Memorial, en la avenida Kurfürstendamm y en las cercanías de la Potsdamer Platz, pero también en los suburbios y en millares de pequeñas salas, cuyas luces relumbrantes y seductoras resplandecen en las calles medio en penumbra de todas las barriadas. Ah, y también tenemos las matinés de cine, unas salas cálidas y acogedoras tanto para el cuerpo como para el espíritu. En cuanto a las películas, los berlineses no son demasiado exigentes, no se guían tanto por las críticas que leen en los periódicos, como sucede con las obras de teatro. Se dejan transportar a un mundo de ilusiones. Son un sustitutivo de la vida para millones de nuestros conciudadanos que, por un instante, quieren olvidarse de la monotonía de su rutina diaria.[29]

Por más que los representantes de la Alemania oficial se retorciesen las manos de desesperación, una trabajadora del sector textil describió, incluso mejor que Hessel, el sentir de la población: “Hay quien dice que el cine es

una cursilada. Me da igual lo que opinen. Lo importante es que me olvido de mis preocupaciones y paso un buen rato”.[30]

Revistas ilustradas y películas trasladaban a lectores y espectadores a sitios tan remotos como la helada Alaska, las escalinatas que bajaban hasta el puerto de Odessa o las sabanas de África con sus leones. En la década de 1920, la revolución en cuanto a la transmisión del sonido sirvió para acercar a oradores y actores al oyente, ya formase parte de una multitud reunida alrededor de un estrado, ya estuviera en un café o en su propio hogar. Tenemos fotos de Karl Liebknecht proclamando, el 9 de noviembre de 1918, la república socialista desde la balconada del Palacio Real de Berlín. Pero ¿cuántas personas de la multitud que allí se agolpaba llegaron a escuchar realmente sus palabras? ¿Cuántos de los parroquianos de la Hofbräuhaus de Múnich, sobrios o beodos, llegaron a escuchar en realidad lo que decía Adolf Hitler en sus discursos de principios de aquel decenio? No lo sabemos, pero lo más probable es que fueran muy pocos. Qué duda cabe que los oradores, durante la era anterior a la amplificación del sonido, habían aprendido a proyectar la voz vigorosamente, hasta extremos que ahora no podemos ni imaginarnos. Pero en casi todas las fotografías de actos multitudinarios tomadas en torno a 1930, los disertadores se encuentran de pie, delante de un micrófono, que retransmite sus palabras a través de unos altavoces, por radio, o ambas cosas a la vez. A finales de la década de 1920, el sonido, ya se tratase de palabras o de un concierto, se convirtió en impulsos eléctricos.

En cierto modo, el micrófono, el gramófono y la radio recurrían a una tecnología parecida. Lo primero que se desarrolló fueron micrófonos y altavoces, como componentes de los teléfonos, para amplificar las palabras que intercambiaban las personas a ambos extremos del hilo. Pero las innovaciones tecnológicas que permitían que el sonido llegase más lejos presentaban dificultades y tardaron más en llegar. No obstante, durante la década de 1920 científicos e ingenieros encontraron pronto la solución. Las nuevas tecnologías para la amplificación del sonido podían combinarse de diferentes modos en todos los soportes y lugares donde fueran precisas, lo mismo en actos multitudinarios que en la radio, el fonógrafo o el cine. En

1925 se inauguró en Múnich el nuevo Deutsches Museum; tanto la ceremonia como los discursos y la actuación musical fueron transmitidos por altavoces. Los asistentes se quedaron admirados, por no decir pasmados. El nuevo invento llegó incluso a las iglesias: en la monumental catedral de Colonia, los curas comenzaron a recurrir a micrófonos y altavoces cuando predicaban.[31] Así al menos, los fieles más tibios ya no podrían decir que no habían escuchado el sermón, y que no se habían enterado de que estaban quebrantando los preceptos divinos (o eclesiásticos).

En 1925, gracias a la tecnología utilizada en los micrófonos, apareció el primer fonógrafo dotado de amplificador, que permitía no sólo subir el volumen, sino también reproducir una gama mucho más amplia de frecuencias de sonido.[32] Un fonógrafo eléctrico con altavoz, aun lejos de ser perfecto, representaba un importante avance en cantidad y calidad respecto al viejo gramófono de manivela. La industria del disco no tardó en reaccionar, y no sólo en Alemania. Como en el caso de las películas, se produjo una internacionalización del mercado, y los alemanes compraban discos de jazz grabados en Estados Unidos o en Francia, óperas italianas y conciertos registrados en Austria. En Alemania, casi toda la producción estaba volcada en la música orquestal ligera o en vocalistas, los artistas de moda en aquella época. La gente escuchaba discos en su casa, pero también cargaba con fonógrafos y discos y los llevaba a las orillas del lago o a los merenderos campestres. En cafés, restaurantes de hotel y cervecerías al aire libre se escuchaba música grabada, o disponían de micrófonos y altavoces para actuaciones en vivo.[33] Estaciones de tren y estadios no tardaron en imitarlos. ¿Quién podría imaginarse hoy una carrera de caballos o un combate de boxeo sin un locutor que narre lo que está pasando delante de un micrófono, o una estación de tren en Alemania en la que no se oyese por los altavoces la indispensable advertencia de “el tren está a punto de entrar. Tengan cuidado y apártense del borde del andén”?

La radio, capaz de unir la amplificación con la transmisión del sonido a enormes distancias, fue la culminación de la revolución de los oyentes durante la época de Weimar. Al igual que el cine, se convirtió en un medio muy popular. En 1931, en Alemania había 3,7 millones de aparatos de radio. Probablemente, habría que multiplicar al menos por diez esta cifra para hacernos una idea del número de radioyentes, mucho más abultada que los

dos millones de alemanes que iban al cine a diario a mediados del decenio de 1920.[34] En 1932, probablemente había un aparato de radio en uno de cada cuatro hogares, y en las áreas metropolitanas de Berlín y Hamburgo, en uno de cada dos.[35] Si bien eran muchos más los ciudadanos alemanes, de clase media o de clase alta, que poseían un aparato de radio, muchos jóvenes de la clase trabajadora se reunían en asociaciones para construirse sus propios aparatos, y transmitir y recibir señales radiofónicas. En ciudades o en zonas rurales, las tabernas, además de comida y bebida, disponían de una radio. En 1932 había tantas torres emisoras que la recepción de señales radiofónicas cubría prácticamente todo el país.

La primera impresión que producía un aparato de radio era sencillamente maravillosa, tal y como la recordaba una persona durante una entrevista realizada muchos años más tarde: “La primera vez que oí la palabra radio […] tendría unos tres o cuatro años [...] fue cuando mi padre le dijo a mi madre: ‘Han fabricado un aparato nuevo. Se llama radio. Si alguien toca música en Múnich, en Frankfurt, incluso en Norteamérica, nosotros (que entonces vivíamos en Würzburg) también podemos escucharla’. A lo que mi madre respondió: ‘Estás loco. Nadie puede tocar tan fuerte’. Mi padre, entonces, le explicó: ‘No; captan la música y la transforman en ondas que llegan hasta nosotros por el aire’”.[36] El escritor comunista Johannes R. Becher se encargó de dar forma literaria a aquella impresión tan sorprendente como jubilosa, en su poema “La radio, ese milagro de la vida diaria”, haciéndose lenguas de aquel “mágico reclamo” que era escuchar voces procedentes desde el otro lado del océano, o venidas de las altas montañas.

Tiempo y espacio vencidos,

llega el inesperado milagro:

conectadas, todas las torres

entonan entusiastas himnos.

La radio era un signo “¡de los grandiosos y maravillosos tiempos!”[37] que vivimos.

Al principio, la radio sólo podía oírse con auriculares o, aunque peor, por medio de unas enormes bocinas, parecidas a las de los primeros gramófonos. Pero en 1926 se pusieron a la venta los primeros altavoces eléctricos, que no tardaron en quedar integrados en los aparatos de radio.[38] Desde ese momento, escuchar la radio se convirtió en una experiencia colectiva. Sólo poco a poco, como ocurriría con la penetración de la televisión tras la Segunda Guerra Mundial, se llegó a la situación de que una persona sola escuchase la radio. Miembros de una misma familia, vecinos y aficionados se reunían en torno a los inmensos aparatos de radio de aquella época. Como alguien recordaba: “Mi padre se sentía orgulloso de ser el primero de todo el vecindario, y de más lejos, que tenía un aparato de radio. A pie, incluso en tren, la gente venía a verlo […] aun sin saber en qué consistía. Todos se pasaban por casa para convencerse por sí mismos de que realmente se oían voces y música que procedían del éter […] Cada persona disponía de media hora; después cedía su puesto al siguiente en la cola. En la habitación contigua había cada vez más gente que esperaba a que le llegase su turno”.[39] Bares, cafés y lanchas turísticas recurrían en ocasiones a la radio para atraer más clientela. Sin tanto éxito, también había gente que acudía a espaciosos salones para escuchar conferencias retransmitidas por radio, aunque ni siquiera la novedad del medio bastaba para que lo hicieran con regularidad. Al principio, no sólo la recepción no era buena, sino que un público numeroso requería la presencia de alguien en carne y hueso. El colmo de las maravillas se producía cuando la gente escuchaba la música que les llegaba a través de las ondas: bailar al ritmo de una música ejecutada en Londres o en París, mientras ellos estaban en un café o en un salón de baile de Hamburgo, Berlín o Múnich, era disfrutar de las maravillosas y placenteras posibilidades que ofrecía el mundo moderno. Un ciudadano de Bremen recordaba cómo el dueño de una cafetería había habilitado un reservado en el que había un receptor de radio y una docena de auriculares “colgados de la pared en hilera, encima de las mesas. El aparato solía estar conectado con Londres. Los clientes, cohibidos, ocupaban su sitio con una taza de café delante y escuchaban con rostro radiante aquella increíble ‘música de las esferas’ que les llegaba desde Inglaterra, del otro lado del mar del Norte. A veces se oían interferencias a través de los auriculares, y no faltaba quien aseguraba que era el ruido del mar”.[40] En 1927, el periodista Otto Alfred Politzsch podía escribir, sin miedo a que lo tildasen de exagerado, que el aparato de radio, como los maceteros para plantas o los

armarios, ya formaba parte del equipamiento normal de cualquier hogar. Colocado en un rincón permitía escuchar música de violín, a un cantante, o a un terrateniente hablando de abonos artificiales. "Ancho es el mundo, y muchas y diversas las voces que genera".[41]

En la década de 1920, los aparatos de radio eran caros, y la mayoría de los receptores se los fabricaba la gente, o lo hacían con otros formando asociaciones. Un miembro de uno de esos clubes que habían puesto a punto su propio aparato se quejaba de la admiración que suscitaba Henry Ford, incluso en los ambientes de la clase trabajadora: " Wo bleibt des deutsche Radio-Ford?" –o, en otras palabras–: ¿dónde están esos aparatos de radio para todos, de componentes fabricados en serie y tan baratos?".[42] A pesar de todo, y aunque el medio cautivó a los alemanes, esos receptores no se producirían hasta la década de 1930. Como consecuencia de su popularidad y de la influencia que ejercía, la radio era un medio demasiado importante como para no dictar normas que regulasen su funcionamiento. Algunos de sus más fervientes partidarios insistían en que era un magnífico instrumento para la democratización, una herramienta para la difusión de la "cultura", que echaría abajo las barreras entre clases sociales y naciones, o, dicho de otra manera, que alumbraría una cultura alternativa, proletaria. En 1930, Albert Einstein, en un arrebato lírico, definía la radio como la voz de la "verdadera democracia", capaz de "reconciliar a la familia de las naciones".[43] Pero no faltaban quienes consideraban la radio como un símbolo más de esa peligrosa y degenerada "sociedad de masas", otro medio para enardecerla y soliviantarla, carente de sustancia. Hubo incluso quienes, desde esferas oficiales sobre todo, reconocían el enorme potencial de la radio y querían utilizarla para educar a la población. Como las instituciones educativas o el Ejército, la radio sería un medio adecuado para inculcar valores dignos a los ciudadanos, en este caso a los millones de personas que se reunían a su alrededor.

"Oficialmente", la primera emisión se realizó en Berlín el 29 de octubre de 1923. Inmediatamente, autoridades gubernamentales, productores y fabricantes comenzaron a mover los hilos para hacerse con el control. En torno a 1925, el Estado se había arrogado un papel preponderante, otorgando los permisos pertinentes tanto para la producción como para su comercialización, aunque casi todos los programas estaban en manos de

productoras privadas. Por ley, se estableció una empresa nacional de radiodifusión, con importantes participaciones de capital privado, aunque el Ministerio de Comunicaciones del Reich conservaba la mayoría, al igual que en las nueves redes regionales y en emisoras privadas. La legislación confería autoridad sobre el medio a los Ministerios de Comunicaciones y del Interior, así como a los estados federales. Las emisiones habían de contar con la aprobación del Estado, y los dueños de un aparato de radio tenían que darse de alta en un registro creado a tal efecto y satisfacer una cuota. Unos consejos locales de vigilancia, compuestos en general por los funcionarios civiles de mayor antigüedad, tenían que dar el visto bueno a cada una de las fases de la producción de un programa.[44] Los partidos progresistas, comunistas y socialdemócratas fracasaron en su intento de disponer de sus propias emisoras de radio, y las autoridades establecieron cuantiosas multas para quienes emitiesen o recibiesen la señal sin el correspondiente permiso oficial. En 1932 se aprobó una nueva ley por la que el Estado asumía el control absoluto sobre la radio.

Se vinieron abajo, pues, todas las esperanzas de quienes se habían imaginado la radio como un medio de expresión libre y democrático (como les ocurriría también a los entusiastas de los ordenadores en la década de 1980), en el que se pudiera emitir cualquier opinión, que sirviera de punto de encuentro para los críticos radicales de la sociedad capitalista. Un historiador de nuestros días resume con esta frase la situación al final de la República: “Un pueblo enmudecido; cuatro millones de radioyentes que pagaban y guardaban silencio”.[45] Bajo el control del Estado se emitió una programación muy convencional, pero también muy popular. Las emisoras difundían una mezcolanza de música popular y música clásica, consejos para el hogar, reportajes de aventuras y viajes exóticos, elogios a las maravillas de la tecnología más avanzada, homilías y sermones, conferencias sobre temas relacionados con la ciencia y con la naturaleza, y seriales especialmente escritos para la radio. En general, se trataba de ofrecer programas informativos, decorosos y edificantes, nada que tuviera que ver con “inmundicia y basura”. El principio orientador era la alta cultura, no la de andar por casa. Muchos de los escritores alemanes consagrados leían fragmentos de sus obras, incluso escribieron algunas sólo para la radio. Los radioyentes también podían escuchar conciertos de la Filarmónica de Berlín o representaciones de la Ópera estatal. El último año de la República, las

nuevas y ultraconservadoras directrices oficiales en cuanto a la programación establecían:

La radio es uno de los pilares sobre los que se apoya la nación alemana. La radio alemana ha de mantener y defender los valores naturales del hogar y la familia, el trabajo y el Estado. La radio, en definitiva, no se dirige al radioyente como individuo tan sólo, sino como miembro del orden natural establecido en la nación.

La radio alemana defiende los valores y el comportamiento cristianos, y respeta las convicciones sinceras de quienes no comulgan con ellos. Queda excluido de la radio alemana todo aquello que represente un ataque contra la fe cristiana o ponga en peligro las costumbres o la cultura alemanas.[46]

En este sentido, los programas dirigidos a la mujer defendían el valor de la vida familiar y el papel de la mujer como madre y ama de casa. A ella iban dirigidos los típicos consejos de belleza, sugerencias para educar a los niños y recomendaciones domésticas. O, como afirmaba la publicación oficial de la red nacional de radiodifusión: “[La radio] ofrece la posibilidad de volver a unir lo que estaba disperso. Ayuda [a las mujeres] para que vuelvan a sentirse seguras del lugar central que ocupan en la familia; para que, gracias a la alianza entre amas de casa y aparatos de radio, florezca de nuevo esa cultura familiar que rodea de amor y calidez a hijos e hijas, maridos y amigos, amenazada como está por la crisis actual y el escepticismo moderno”.[47] Otro periódico apuntaba a lo positivo que era que las mujeres se mantuviesen en contacto con el mundo exterior sin tener que moverse de casa: “Además de la soledad, lo que más teme el ama de casa es que las tareas domésticas, el trajinar de un lado para otro y las nimiedades diarias la alejen de la vida que discurre a su alrededor, que no sea capaz de estar a la altura de su marido, que se apoltrone y llegue a convertirse en una extraña para él […] En este sentido, la radio le ofrece todo un repertorio de posibilidades que, al contrario que la palabra escrita, presenta la enorme ventaja de que no le quita nada de tiempo”.[48] Así, de ser un raro artilugio, con cables y antenas por todas partes, que en un primer momento sólo podía escucharse gracias a unos auriculares, la radio, con altavoces incorporados, pasó a convertirse en un mueble más, y de elegante diseño, muy apropiado para el cuarto de estar de un hogar burgués, como exigían los cánones.

Al principio, las autoridades eran partidarias de que la política no formase parte de la programación radiofónica, pero tuvieron que acabar cediendo a la presión de sus jefes políticos, al menos de aquellos que confiaban en las posibilidades de la radio. En 1924, los radioyentes pudieron escuchar las primeras emisiones de carácter político: discursos del canciller y algunos miembros del Gobierno, e intervenciones de los representantes de los principales partidos sobre las elecciones legislativas que se avecinaban. En 1925, los dos principales candidatos a la presidencia del país, Paul von Hindenburg y Wilhelm Marx, se dirigieron por radio a los oyentes; la censura vetó la intervención del candidato comunista, Ernst Thälmann.[49] Fueron emisiones de pésima calidad: los políticos aún no habían aprendido a hablar por la radio y se ponían a dar voces frente al micrófono, como les

habían enseñado a hacer cuando se dirigían a las multitudes en la época anterior a los altavoces. A finales de aquella década, las autoridades que velaban por la programación optaron por incluir debates y discursos políticos a cargo del canciller y de otros dirigentes políticos destacados, así como los primeros informativos. Pero en la radio alemana no tenían cabida los comunistas y tampoco, al menos todavía, los nazis. La situación cambiaría cuando éstos accedieron al poder y se hicieron con el control, no sólo de la radio sino del resto de los medios de comunicación.

La programación evolucionaba, sin embargo, y no siempre se acomodaba a las estrictas directrices impuestas por las autoridades. Al menos algunos programas ponían de relieve los avances de la mujer en diversos campos profesionales. A pesar de las fuertes reservas mostradas por algunos círculos, los deportes también encontraron un hueco y llegaron a ser retransmisiones muy populares que, en ocasiones, incluían competiciones femeninas.[50] Las primeras que se realizaron en directo datan de 1924 y 1925 y, a finales de esa década, gracias a los avances técnicos, ya eran práctica habitual.[51] Aunque ahora nos parezca raro, las primeras retransmisiones deportivas en directo fueron unas competiciones de vela, un deporte en el que no es preciso comentar cada jugada, pero pronto se verían desplazadas por el ciclismo, el fútbol, el atletismo en pista y las carreras de caballos. Los censores, celosos guardianes de la cultura alemana, consideraban que el boxeo era un deporte demasiado degradante como para ser difundido, pero, al final de aquella década, sus seguidores ya podían escuchar retransmisiones de combates, en directo o con algunos minutos de retraso, llegadas desde Estados Unidos. En 1929, los oyentes alemanes tuvieron ocasión de escuchar, retransmitido desde Estados Unidos, un apasionante combate entre los pesos pesados Max Schmeling y Paulino Uzcudun, que ganó el primero en el decimoquinto asalto.

Mucha gente estaba preocupada por la amplificación y la retransmisión del sonido. Algunos comentaristas pensaban que la claridad y precisión del lenguaje que exigía la radio también introduciría cambios en la cultura: el sonido en sustitución de la capacidad visual, la disposición acompasada de voces y música más allá del ámbito local en que se producían, el discurso dramatizado por encima del movimiento.[52] En opinión de algunos, como el importante director y empresario teatral Leopold Jessner, la radio sólo

conseguía retransmitir un apagado remedo de las obras y óperas clásicas, espectáculos en los que tan importantes eran los diálogos y los desplazamientos de los actores cuando se contemplaban en directo. A falta de eso, Jessner insistió en el desarrollo de un nuevo espacio dramático, una nueva “especie” de arte que tuviese en cuenta las características de un medio recién estrenado, puramente acústico en este caso, como la radio.[53] Otros se mostraban mucho más críticos: la radio constituía un medio ideal para el melodrama y la rápida transición de una escena a otra, de una situación a otra, pero representaba una vulgarización de las excelsas reglas de la tragedia griega y de las obras de teatro clásicas alemanas. Al no existir el contacto visual con los actores en el escenario, la acción tenía que adquirir tintes mucho más dramáticos, el actor se veía obligado a transmitir una carga emotiva mucho mayor para mantener la atención del radioyente. Desde ese punto de vista, la radio, como medio, implicaba una vulgarización de la cultura.

Eran muchos los compositores y músicos que estaban igualmente preocupados con el impacto que la radio y los discos pudieran tener sobre la música, y en esto es imposible trazar una línea divisoria clara entre modernistas y tradicionalistas. Así, el compositor modernista Arnold Schönberg enjuiciaba la radio con dureza. Afirmaba, por ejemplo, que la radio “acostumbra el oído a un increíble tono de vulgaridad y a un sonido escasamente definido y confuso que impide apreciar los matices”. A Schönberg le preocupaba que la música que se escuchaba por la radio se erigiese en norma y que se perdiesen las sutiles tonalidades de cada instrumento. La radio convertía la música en una especie de “tintineo continuo”, algo que, en definitiva, significaría “la desaparición, el final de la música”.[54] Efectivamente, en los primeros tiempos la radio no captaba con precisión las frecuencias demasiado agudas o muy bajas, de forma que no era fácil escuchar, o distinguir, un violín o un contrabajo. Algunos compositores y músicos, como Kurt Weill, comenzaron a preparar composiciones en las que tenían en cuenta las características del medio, rebajando la orquestación y las peculiaridades sensuales de la música, creando obras más ligeras y, sobre todo, más sencillas. Pero también salían a la luz las imperfecciones: si un cantante de ópera no alcanzaba el tono en un aria determinada, podía suplir tal carencia con su actuación en el escenario; pero en la radio, como en los discos, sólo contaba la voz, y no se

podían disimular los fallos.[55] También había músicos que, en términos generales, temían que la radio y las grabaciones llevaran a insistir sólo en la técnica, a expensas de las dotes interpretativas.[56]

Como la radio era un medio de comunicación mucho más poderoso que la palabra escrita, otros observadores se frotaban las manos ante la posibilidad de que los clásicos alemanes, la buena literatura y la música llegasen a millones de compatriotas. Arno Schirokauer, que escribía en revistas y también trabajaba en la radio, afirmaba: “El arte se ha socializado. Ha dejado de ser considerado como propiedad privada para pasar a ser cosa de todos. Como el político, el artista es un hombre que se debe a su público. Su producción ya no ha de responder sólo a las exigencias de sus clientes habituales, de sus compradores, del éxito en las ventas, sino a las demandas de nueve millones de radioyentes. Gracias a tan ingeniosos mecanismos de reproducción, la obra propia de cualquier artista se convierte en un bien común”.[57] El entusiasmo de Schirokauer puede parecer un tanto exagerado, pero sin duda revelaba las esperanzas que tantas personas habían puesto en el medio radiofónico. Incluso el eminente filósofo Franz Rosenzweig estimaba que la radio y el fonógrafo no eran sino la culminación de una tendencia que había comenzado a finales del siglo XVIII, con la creación de las salas de concierto, especialmente con la aparición de “un público”, de una audiencia para la música, que iba mucho más allá de los límites temporales y espaciales de la actuación en directo en una sala.[58] Las mismas virtudes que Schirokauer ensalzaba y Rosenzweig daba por sentadas –la amplia difusión del mundo de la cultura, su inagotable reproductibilidad– eran las que tanto preocupaban a otros.[59]

La radio y los discos, la fotografía y el cine ampliaron el horizonte de los alemanes. Los nuevos medios les proporcionaron la sensación de estar conectados con Londres o Ámsterdam, incluso con Estados Unidos o China. Tal es el poder de los sentidos de la vista y del oído, que veían las imágenes y escuchaban los sonidos que les llegaban desde aquellos remotos lugares interiorizándolo más que si leyesen una novela, un relato o un

ensayo histórico: las imágenes en movimiento que veían en la pantalla, aquellos sonidos que llegaban del "éter", les parecían algo prodigioso.

Pero ¿el cine, la radio, la fotografía y la cultura de masas de la República de Weimar cambiaron la forma de vivir de la gente? Muchos fueron quienes se hicieron esta misma pregunta, desde algunos de los más importantes intelectuales de la Alemania de Weimar hasta funcionarios del Gobierno, el clero y muchos otros. En cierto sentido, todos reconocían la importancia de los cambios introducidos por los nuevos medios de comunicación de masas, tanto a nivel individual como colectivo. La radio, los discos, la fotografía y el cine no sólo permitieron que las obras literarias y musicales llegasen a un mayor número de personas, sino que los nuevos medios de comunicación de masas cambiaron la percepción alemana del mundo.

Lo fundamental era que el encuentro con una imagen visual o con un registro de sonidos ya no dependía de la experiencia única de asistir, o de contemplar, una actuación en directo, que había otras oportunidades de escuchar una sonata de Beethoven, aparte del silencio de una sala de conciertos; de contemplar a solas una obra maestra del pintor romántico Caspar David Friedrich, sin tener que ir a un museo o, si uno era lo suficientemente rico, en su cuarto de estar. Los intelectuales de alto nivel, seguidores de las tradiciones filosóficas y culturales alemanas tal y como se habían desarrollado desde finales del siglo XVIII, insistían en ese momento singular, en esa experiencia sin parangón. Y ahora, en la década de 1920, resultaba que se podían reproducir las imágenes, ya fuera en las imprentas ultramodernas de Ullstein o en los estudios de cine. Ante los ojos del espectador pasaban velozmente en la pantalla imágenes tomadas muchas veces en la remota California. Las grabaciones también podían reproducirse; piezas maestras o menores de la cultura musical alemana contenidas en frágiles discos de bakelita. Gracias a la radio, tanto grabaciones como actuaciones en directo se retransmitían a lugares muy lejanos. ¿Para qué empeñarse en ir en busca de esa epifanía musical, cuando podía disfrutarse de la experiencia de escuchar los tonos ramplones y estridentes que llegaban por las ondas o salían de un disco? ¿Para qué hacía falta conmoverse como Goethe al contemplar los Alpes, si, sentados en un cine o en su propia casa, podían ver esas montañas en la pantalla o, simplemente, hojeando las fotografías del Berliner Illustrirte?

No eran sencillas las respuestas a tales preguntas. Sólo una cosa estaba clara: que los alemanes de la época de Weimar asistieron a la mayor transformación de los medios de difusión cultural desde que Johannes Gutenberg inventara la prensa de tipos movibles a finales del siglo XV. Al observador empedernido que fue Joseph Roth no se le pasó por alto que las nuevas tecnologías habían modificado la misma esencia de los sonidos que los alemanes escuchaban, de las imágenes que veían. En un ensayo sobre las primeras experiencias de transmisión del sonido por medios electrónicos, el radioteléfono (Radiophon), escribió:

Ya no hay secretos en este mundo. Ahora que el radioteléfono se ha reducido a las dimensiones de una mochila, los secretos de confesión de un pecador arrepentido ya están al alcance de cualquiera. Un paseante está en condiciones de escuchar con toda claridad los tiernos susurros de amor que intercambia una pareja en un lugar apartado de cualquier parque. Los cotilleos íntimos en el seno de la familia están, peligrosamente, al alcance de todos los vecinos.

Se acabaron las reuniones secretas, las consultas susurradas entre dientes, los ‘pactos de silencio’. La radiotelefonía pone todo al descubierto: la discreción es como hablar a voces, el silencio rechina y hasta la reserva grita.

Nadie escuchará ya el canto del ruiseñor ni el gorjeo de la conciencia. Nadie se dejará guiar ya por la voz de la razón, sino que se ahogará al reclamo de los instintos.

¿Habrá alguien que preste atención a ese maravilloso susurro que, al rozarse, producen dos briznas de hierba? ¿O al aleteo de las mariposas? ¿Y a la silente floración del final de la primavera?

El radioteléfono es un invento del que podemos sentirnos orgullosos, a la par que nos hace humildes.[60]

Tampoco ocultaba su preocupación por los retratos fotográficos que, en su opinión, no reflejaban una imagen fiel ni captaban el estado en que se encontraba una persona, como aseguraba Sander. Según Roth, la fotografía,

precisamente porque iba destinada al gran público, perfilaba y exageraba los rasgos propios del sujeto.

Las nuevas fotografías, más que ‘fiables’, son ‘expresionistas’. No son la reproducción fiel de un rostro, sino de su sorprendente capacidad de expresión. [El fotógrafo] hace retratos para escaparates y periódicos, no para el diario de esa persona. Por lo general, el retrato moderno utiliza diferentes recursos para realzar la importancia de la luz y de las sombras, la forma de una mano, el centelleo del iris, la perfección que se consigue gracias a la cámara […] No saca el retrato de una cara, sino de determinados rasgos de ese rostro, como una barbilla puntiaguda, una frente estrecha o mejillas sombreadas […] De forma que personas que tenían su propia cara, ahora muestran un perfil; personas que tenían ojos como todo el mundo presentan una mirada: los diletantes parecen reflexivos; los ingenuos, cargados de intención; los patanes, ilustrados; los paseantes se orientan como si fueran pilotos; las secretarias parecen demonios, y los directivos, césares.[61]

De esto parece deducirse que un observador plantado ante un retrato pintado en épocas pretéritas era capaz de contemplar todas las expresiones que refleja el rostro humano, mientras que la fotografía captaba sólo un instante y una expresión determinada, por lo general artificiosa.

Se trata, sin duda, de una exageración por parte de Roth. Hubo y todavía hay secretos en este mundo. Los retratos, fotográficos o en pintura, pueden describir toda la riqueza y complejidad de las emociones de una persona, o reflejarlas de un modo superficial y pretencioso. Pero tampoco andaba del todo desencaminado; en definitiva, también él escribía en los periódicos, otro medio de comunicación nacido con la modernidad. Hasta los sonidos y las imágenes de la vida habían cambiado. Los alemanes oían por la radio el repicar de las campanas de la catedral de Colonia, escuchaban la retransmisión en directo de una carrera de caballos, o el ruido que hacían los zeppelines al despegar y tomar tierra. En los cines, podían ver una competición que había tenido lugar tiempo atrás, a cientos, incluso miles, de kilómetros de distancia; con todo, participaban de la expectación y de la emoción de cada acontecimiento. Por primera vez en la historia de la humanidad y para cualquiera, no era preciso estar presente en el ámbito al

que llegaba un sonido –el repique de las campanas de una iglesia, el recinto de una sala de conciertos– para escuchar los matices de sus tonalidades; o sentarse en primera fila a los pies de un cuadrilátero, o acudir a un estadio para asistir a un acontecimiento deportivo.

El alcance del sonido y de la imagen en la década de 1920, la manipulación química de la luz y la transmisión electromagnética del sonido representaban un desafío a las raíces en las que se asentaba esa misma vida que, con anterioridad, iba unida a sonidos, olores e imágenes experimentados en persona, en un lugar muy concreto y definido, en un momento en particular. La radio y los discos modificaban las cualidades tonales de la música que los oyentes escuchaban a través de las ondas o gracias a un gramófono, aunque la tecnología iría mejorando con el paso del tiempo, permitiendo que ambos medios captasen mejor los sonidos del directo. En las películas, las imágenes se sucedían mucho más rápidamente de lo que la gente estaba acostumbrada; los filmes transmitían una forma nueva de energía nerviosa. O, en palabras de Roth, los nuevos medios eran especialmente idóneos para transmitir emociones exageradas y rápidas, e ideas irreflexivas.

Pero esto no era más que un aspecto del asunto. La posibilidad de reproducción del sonido y de la imagen trajo consigo nuevas manifestaciones artísticas y nuevas formas de belleza, además de servir como acicate para que algunos de los grandes creadores de la Alemania de Weimar se parasen a reflexionar sobre el significado de los nuevos medios que utilizaban o, más en general, acerca de la vida en aquellos tiempos modernos. László Moholy-Nagy y August Sander tomaron y positivaron fotografías que incluso hoy contemplamos pausadamente, reflexionado sobre el juego de formas y la vida que reflejan sus imágenes, mientras no dejamos de preguntarnos qué es más razonable, si la abstracción o el realismo, aunque quizá optemos por ambas perspectivas, comprendiendo mejor la razón de que ambos estuvieran convencidos de que recurrían al mejor modo de captar el mundo en que vivían y desentrañar sus misterios. Algunos de los grandes cineastas de la época de Weimar indagaron en las ironías y complejidades de la ciudad, icono y símbolo de la modernidad. Para Robert Siodmak, Edgar Ungar, Werner Ruttmann, Billy Wilder, Fritz Lang y tantos otros, las formidables máquinas que se veían en Berlín, el ir y

venir de trenes y el ajetreo de sus gentes tenían su propio encanto, que ellos plasmaron en sus películas. La ciudad podía ser un lugar para divertirse y pasarlo bien, pero también un sitio cargado de misterio, peligro y aislamiento. A los seguidores de la radio y de los discos les encantaba escuchar música y participar de alguna manera en representaciones que tenían lugar en lugares remotos, aunque se preocuparan por la mala calidad del sonido y la merma de calidad de transmisiones y reproducciones.

La modernidad de Weimar era compleja, contradictoria y controvertida; los grandes representantes de su cultura se hicieron cargo de la situación y recurrieron a los medios en que trabajaban –fotografía, cine, radio y grabaciones– para reflejar su concepción de la modernidad. No estaban solos en su empeño: a lo largo y ancho del mundo desarrollado y en otros países, durante la posguerra, se asistió a una invasión de sonidos e imágenes. Los ingleses respondieron en masa a la radio y al cine; los argentinos bailaban con música enlatada o en directo, y en cualquier lugar donde hubiera un proyector de cine y algo que se pudiera utilizar como pantalla, los espectadores se lo pasaban en grande con Charlie Chaplin. En la década de 1920, el sonido y la imagen, transformados en impulsos eléctricos que se podían reproducir, internacionalizaron la cultura hasta extremos desconocidos, alentando e inquietando a personas de toda condición.

Pero con la cultura sucedió lo mismo que con la política y la economía: en el caso de Alemania, en la década de 1920 y principios de la de 1930, se registraba una especie de angustia vital en cuanto a la acogida dispensada a esos nuevos medios. El cine, la radio, las revistas ilustradas y los discos ofrecían a los alemanes el suficiente entretenimiento y alivio frente a los problemas y tribulaciones derivados de la derrota en la guerra y la pesada herencia de compensaciones e inflación que semejante descalabro les había dejado. La revolución les alentó a experimentar con todo lo que fuese novedoso, desde la transmisión del sonido hasta las imágenes en movimiento. Muchos pintores, escritores, directores y compositores se dedicaron sin pensárselo dos veces a trabajar en los nuevos medios que tenían a su alcance, porque representaban una ruptura con el pasado y una nueva posibilidad de manifestar su rechazo a la Alemania imperial anterior

a 1918, con sus káisers, generales, nobles, y sus academias elitistas, rígidas y pasadas de moda.

Sin embargo, el fracaso de la revolución, al no conseguir sus promotores acabar con los bastiones de poder que estaban en manos de las clases dirigentes, fue suficiente para que se alzasen numerosas voces que plantaban cara a las supuestas influencias inmorales y disolutas que ejercían medios tan novedosos como la radio o el cine. Al igual que la Constitución y las políticas de bienestar social, también la cultura fue objeto de apasionados e incesantes conflictos. Lo más triste es que casi todos los grandes artistas que desarrollaron estos nuevos modos de comunicación en la década de 1920, al igual que los eminentes pensadores que tanto habrían de influir en nuestros tiempos, tuvieran que abandonar Alemania, mientras los nazis se convertían en los manipuladores del micrófono, de la radio y del cine.

1 Sobre las prensas de la imprenta Ullstein, véase Peter Fritzsche, Reading Berlin 190, Cambridge, Harvard University Press, 1996, pp. 211-212.

2 Se trata de una de las fotografías más conocidas de Sander.

3 En cuanto a la historia de la película fotográfica y la aparición de la cámara Leica, he seguido fundamentalmente el trabajo de S. F. Spira, Eaton S. Lothrop, Jr. y Jonathan B. Spira, The History of Photography as Seen through the Spira Collection, Nueva York, Aperture, 2001, pp. 96-109, 146-165.

4 El estudio de Walter Benjamin, “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” (Traducción de Jesús Aguirre, en Discursos interrumpidos I, Madrid, Taurus, 1982), en Walter Benjamin, Illuminations,

Hannah Arendt, ed., traducción de Harry Zohn, Nueva York, Schocken, 1968, se presenta con claridad el aspecto problemático y revolucionario de la reproductibilidad de las imágenes artísticas en el mundo moderno.

5 Cifras extraídas de Maud Lavin, Cut with the Kitchen Knife: The Weimar Photomontages of Hannah Höch, New Haven, Yale University Press, 1993, pp. 51, 55.

6 Véase Vicki Baum, Es war alles ganz anders: Erinnerungen, Berlín, Ullstein, 1962. Autobiografía de Vicki Baum, Barcelona, Editorial Planeta, 1964.

7 Ejemplos extraídos de BIZ 36: 1-51 (2 de enero-18 de diciembre, 1927) y de AIZ 1928-1932.

8 Lavin, Cut with the Kitchen Knife, p. 56.

9 Véase Krisztina Passuth, Moholy-Nagy, traducción de Éva Grusz y otros, Londres, Thames and Hudson, 1985; sobre la influencia del dadaísmo, pp. 19-21. Posteriormente, también se vería influenciado por los constructivistas soviéticos, como El Lissitzky.

10 László Moholy-Nagy, Painting, Photography, Film, traducción de Janet Seigman, original en alemán, 1925; Cambridge, MIT Press, 1967, p. 17. Pintura, fotografía, cine y otros escritos sobre fotografía, traducción de Gonzalo María Vélez Espinosa y Cristina Zelich Martínez, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2005.

11 Andreas Haus, Moholy-Nagy: Photographs and Photograms, traducción de Frederic Samson, Nueva York, Pantheon, 1980, p. 64.

12 Al parecer hay al menos otras cuatro fotografías similares, todas tomadas por Moholy-Nagy. Véase ibidem, p. 66.

13 László Moholy-Nagy, “Photographie ist Lichtgestaltung”, Bauhaus II/I (1928), en Passuth, Moholy-Nagy, pp. 302-305. En este caso la traducción reza “La fotografía como creación, gracias a la luz”, aunque hay otras traducciones que prefieren, y con razón, el término “manipulación”. Véase, por ejemplo, el mismo texto, pero en una traducción ligeramente diferente en Haus, Moholy-Nagy, pp. 47-50.

14 Moholy-Nagy, Painting, Photography, Film, p. 34.

15 Ibidem, p. 45.

16 Edward Steichen, The Family of Man, 1955, Nueva York, Museum of Modern Art, 1997.

17 August Sander, Antlitz der Zeit: Sechzig Aufnahmen deutscher Menschen des 20. Jahrhunderts, 1929, Múnich, Schirmer/Mosel, 2003.

18 Citado por Robert Kramer, “Comentario histórico”, en August Sander: Photographs of an Epoch, Nueva York, Aperture, 1980, pp. 24, 27.

19 Véase Sibyl Moholy-Nagy, “Moholy-Nagy: The Chicago Years” (conferencia en el Museum of Contemporary Art de Chicago, mayo de 1969), en Moholy-Nagy: An Anthology, Richard Kostelanetz, ed., Nueva York, Da Capo, 1970, pp. 22-26.

20 Die Chronik Bibliothek des 20. Jahrhunderts: 1926, Brigitte Beier y Petra Gallmeister, eds., Gütersloh, Chronik Verlag, 1995, p. 24.

21 Erich Mendelsohn, “My Own Contribution to the Development of Contemporary Architecture” (conferencia en la UCLA, 17 de marzo de 1948), en Eric Mendelsohn: Letters of an Architect, Oskar Beyer, ed., traducción de Geoffrey Strachan, Londres, Abelard Schuman, 1967, p. 168. Todavía puede contemplarse la fachada del edificio, que ahora es el Schaubühne, un importante teatro de la Kurfürstendamm berlinesa. El interior de la sala quedó arrasado durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

22 Véase Jost Hermand y Frank Tommler, Die Kultur der Weimarer Republik, Múnich, Nymphenberger, 1978, pp. 261-298.

23 Siegfried Kracauer, From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film, Princeton, Princeton University Press, 1947. De Caligari a Hitler: una historia psicológica del cine alemán, traducción de Hérctor Grossi, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2002.

24 A propósito de esta oscilación en el terreno del arte, véase la ya clásica obra de Peter Gay, Weimar Culture: The Outsider as Insider, Nueva York, Harper and Row, 1968. La cultura de Weimar, traducción de Nora Cateli, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

25 Ambas citas extraídas de Hermand y Tommler, Die Kultur der Weimarer Republik, p. 276.

26 Ibidem, p. 278.

27 Citado en Martin H. Geyer, Verkehrte Welt. Revolution, Inflation und Moderne: Manchen 1914-1924, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998, p. 75.

28 Cifras extraídas de Heinrich August Winkler, Der Schein der Normalität: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1924 bis 1930, Berlín, J. H. W. Dietz Nachf., 1988, pp. 138-139.

29 Franz Hessel, Spazieren in Berlin, 1929 (traducción de Miguel Salmerón, Paseos por Berlín, Madrid, Tecnos, 1997), en Sämtliche Werke in fünf Bänden, vol. 3: Städte und Porträts, Bernard Echte, ed., Oldenburg, Igel, 1999, p. 131.

30 “Mein Arbeitstag-mein Wochenende”: Arbeiterinnen berichten von ihrem Alltag, 1928, reimpresión, Alf Lüdtke, ed., 1930; Hamburgo, Ergebnisse Verlag, 1991, p. 21.

31 Ernst Weiss, “Audio Technologie in Berlin bis 1943: Mikrophon”, en 50 Jahre Stereo-Magnetbandtechnik: Die Entwicklng der Audio Technologie in Berin und den US von den Anfängen bis 1943, edición de la Audio Engineering Society, Darmstadt, Berlebach, 1993, pp. 37-54; aquí, p. 44.

32 Klaus Harder, “Audio Technologie in Berlin bis 1943: Verstärker”, en ibidem, pp. 73-102; aquí, p. 90.

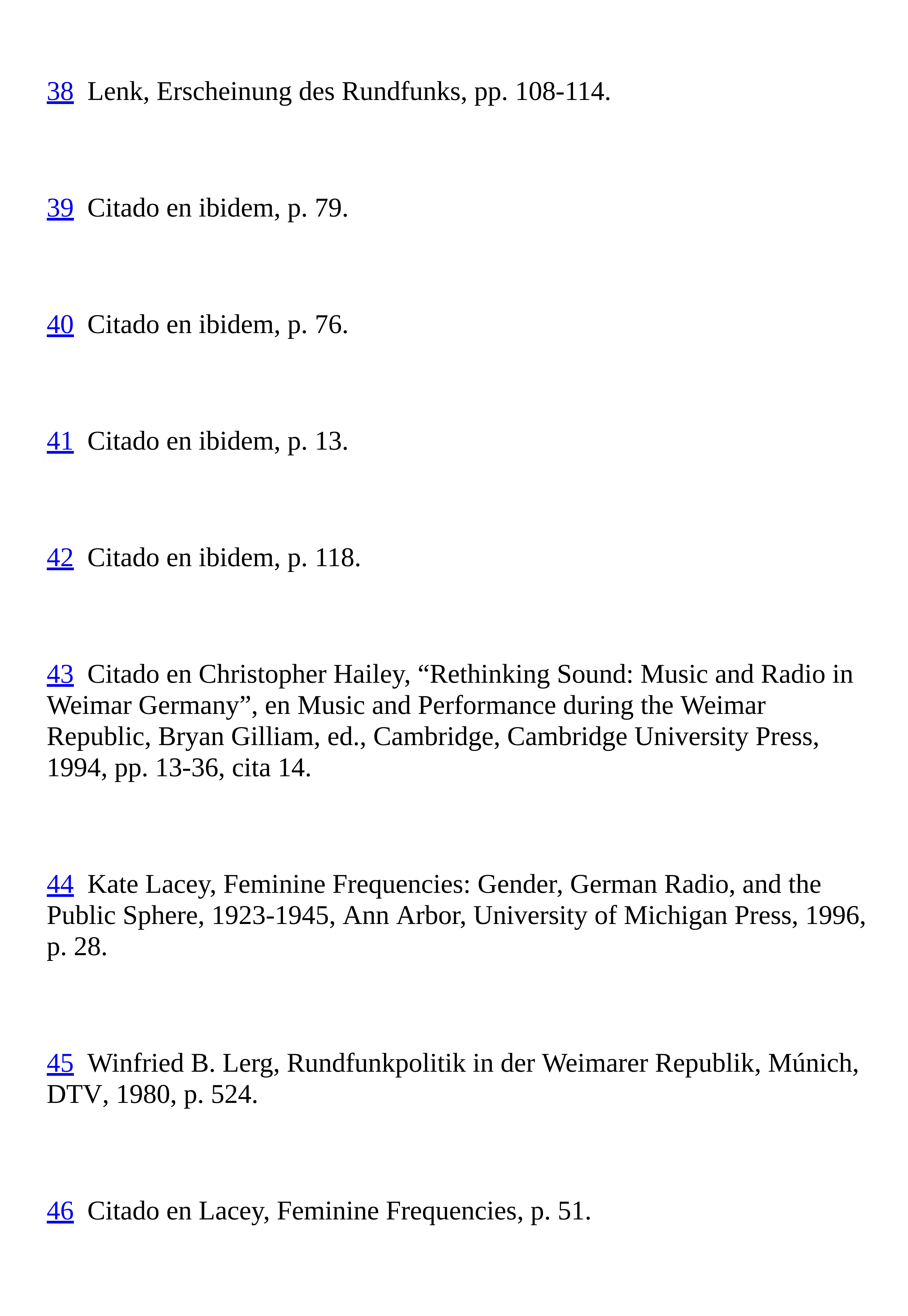
33 Ibidem, p. 91.

34 Inge Marssolek y Adelheid von Saldern, eds., Zuhören und Gehörtverden, vol. 1: Radio im Nationalsozialismus. Zwischen Lenkung und Ablenkung, Tubinga, Edition Diskord, 1998, p. 13.

35 Carsten Lenk, Die Erscheinung des Rundfunks: Einführung und Nutzung eines neuen Mediums 1923-1932, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1997, p. 14.

36 Citado en ibidem, p. 65.

37 Johannes R. Becher, “Radio – Wunder der Alltäglichkeit!”, 1933, en Radio-Kultur in der Weimarer Republik: Eine Dokumentation, Irmela Schneider, ed., Tubinga, Gunter Narr, 1984, pp. 58-59.



38 Lenk, Erscheinung des Rundfunks, pp. 108-114.

39 Citado en ibidem, p. 79.

40 Citado en ibidem, p. 76.

41 Citado en ibidem, p. 13.

42 Citado en ibidem, p. 118.

43 Citado en Christopher Hailey, “Rethinking Sound: Music and Radio in Weimar Germany”, en Music and Performance during the Weimar Republic, Bryan Gilliam, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 13-36, cita 14.

44 Kate Lacey, Feminine Frequencies: Gender, German Radio, and the Public Sphere, 1923-1945, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996, p. 28.

45 Winfried B. Lerg, Rundfunkpolitik in der Weimarer Republik, Múnich, DTV, 1980, p. 524.

46 Citado en Lacey, Feminine Frequencies, p. 51.

47 Citado en ibidem, pp. 41-42.

48 Citado en ibidem, p. 43.

49 Lerg, Rundfunkpolitik, pp. 389-394.

50 Véase Lacey, Feminine Frequencies, pp. 57-95.

51 Joachim-Felix Leonhard, ed., Programmgeschichte des Hörfunks in der Weimarer Republik, vol. 1, Múnich, DTV, 1997, pp. 454-466.

52 Véase, por ejemplo, Theodor Csokor, “Mein Hörspiel ‘Ballade von der Stadt’”, 1928, en Schneider, Radio-Kultur, pp. 156-157.

53 Leopold Jessner, “Rundfunk und Theater”, 1929, en Schneider, Radio-Kultur, pp. 163-170.

54 Citado en Hailey, “Rethinking Sound”, pp. 13, 14.

55 Véase ibidem, especialmente pp. 32-36.

56 Robert Hill, “Overcoming Romanticism: On the Modernization of Twentieth-Century Performance Practice”, en Gilliam, Music and Performance, pp. 37-58.

57 Arno Schirokauer, “Kunst-Politik im Rundfunk”, 1929, en Schneider, Radio-Kultur, pp. 86-91, cita 86.

58 Franz Rosenzweig, “The Concert Hall on the Phonograph Record”, 1928-1929, en Cultural Writings of Franz Rosenzweig, Barbara E. Galli, trad. y ed., Syracuse, Nueva York, Syracuse University Press, 2000, pp. 116-152; aquí, pp. 116-117.

59 La misma conclusión a la que había llegado, con mayor enjundia filosófica, Walter Benjamin, quien la definiría como una de las características de la modernidad en el ensayo que escribió en 1936, “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”.

60 Joseph Roth, “Radiophon”, 22 de marzo de 1922, en Joseph Roth, Berliner Saisonbericht: Unbekannte Reportagen und journalistiche Arbeiten 1920-1939, Klaus Westermann, ed., Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1984, pp. 185-187. (Traducción de Eduardo Gil Vera: El juicio de la historia: 1920-1939, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2004).

61 Joseph Roth, “Alte und neue Photographien”, 14 de septiembre de 1929, en Berliner Saisonbericht, pp. 323-325.

VII

CULTURA Y SOCIEDAD DE MASAS

En una carta fechada en Berlín en 1931 y dirigida a su amante (que, más tarde, se convertiría en su esposa), Karola Piotrkowska, el filósofo Ernst Bloch le daba cuenta de una velada que había pasado con su amigo el compositor Kurt Weill. Le contaba que había hablado con él de una crónica que había leído en un café sobre los últimos juglares árabes que, aprendiendo al tiempo que ejercían su oficio, habían deambulado por Turquía y Oriente Medio. Lo cierto es que ya nadie los escuchaba, la gente prefería leer los periódicos: ese tipo de narraciones iba desapareciendo. A Bloch le preocupaba que a él le pasase lo mismo: ¿acaso soy el último soñador, el postrer metafísico? El capitalismo acabará con toda esperanza y conseguirá que todo, hasta los periódicos que se lean en Turquía y Oriente Medio, nos parezca superficial y objetivo; en cuanto al comunismo, todo se reducirá a un árido y estéril materialismo, una sarta de mentiras. Pero él les plantaría cara (no es difícil imaginar las botellas de vino o las copas de coñac, asunto que Bloch pasa por alto, que los dos consumieron durante aquella velada, pero el relato aún se mantiene en pie): quizá fuera el último soñador del viejo mundo, pero sería también el primer profeta del nuevo. Al decir de Bloch, su obra filosófica, su metafísica, es una inquieta ensoñación, un incentivo capaz de trastornar nuestra rutina diaria. Pero ésa es la misión de la filosofía : indagar, confundir y, al mismo tiempo, presentarnos un futuro mejor.[1] Unos años antes, un joven estudiante, Hans Jonas, fue a cursar filosofía en Friburgo y Marburgo con Martin Heidegger. Mucho tiempo después, pondría por escrito sus primeras impresiones. Heidegger daba una clase sobre las Confesiones de san Agustín. Jonas aseguraba que no había entendido casi nada, pero que se quedó con “el regusto de que se trataba de algo de vital importancia (ums Ganze ging), que el profesor luchaba a brazo partido por desentrañar”. Algo debió de ocurrirle a Jonas en aquel primer encuentro con Heidegger. Aún no era capaz de discernirlo, pero siempre tuvo la sensación de que Heidegger le hablaba, y no sólo durante aquella clase, de algo que “era fundamental, muy importante, incluso aunque yo no entendiera nada […] La emoción de estar ante un

pensador profundo”. Jonas estaba sobrecogido por la hondura y la originalidad de Heidegger.

Aunque iba más allá de mi capacidad intelectiva, algo había en lo que explicaba que me impresionó profundamente, la convicción de que era filosofía de verdad […] El pensamiento profundo que exponía Heidegger era realmente original, y a nadie se le hubiera pasado por la cabeza que se tratase tan sólo de juegos de palabras […] Al final, me quedé con la idea de que tenía que vérmelas con un arcano, y con la convicción de que merecía la pena estar del lado de quienes sabían de qué iba todo aquello.[2]

Bloch, Heidegger y el joven Jonas son tres ejemplos de lo más sobresaliente de la cultura de Weimar: la investigación en profundidad sobre el significado del presente y la esperanza en las posibilidades del futuro. Desde luego, mediaba un abismo entre las respuestas que ofrecían. Bloch era marxista; Heidegger acabaría siendo nazi, aunque en la década de 1920 aceptaba en sus clases la presencia de estudiantes judíos, como Jonas o Hannah Arendt, que también asistieron a sus clases y seminarios. Ninguno de estos filósofos se aventuró jamás a proponer respuestas sencillas a la aguda crisis de los tiempos que les había tocado vivir.

Pero ¿qué tenía la época para que ellos, como tantas figuras eminentes de la cultura de Weimar, mostrasen tanto interés por ahondar en ella? Eran los tiempos modernos, en una palabra: una sociedad industrial y urbana, una mezcla de imágenes, sonidos y conceptos que tenían que ver con la ciudad, con la ciencia, la tecnología y los estamentos burocráticos, con formas racionales de pensar; con complejas jerarquías sociales, el mundo de la burguesía y el del proletariado, estamentos que se sentían incómodos, a medio camino entre la antigua nobleza y el campesinado; un mundo urbano y marginal, de tahúres, ladrones, policías y prostitutas, y una clase media cultivada que trataba de dar la talla y mantener su posición. Era la “sociedad de masas”, un fenómeno tan sugerente como preocupante. Artistas y pensadores alemanes llevaban años intentando desentrañar el significado del mundo en que vivían desde mediados del siglo XIX. Al rebufo de la guerra y la revolución –las dos grandes fracturas de las que ningún alemán salió indemne– y de los incesantes enfrentamientos políticos de Weimar, sus reflexiones aún se hicieron más profundas, dejando una

estela tan colosal de creatividad en letra impresa, en escenarios o en lienzos, que hasta el París de los años 1920, o la Nueva York de 1940 y 1950 se nos antojan naderías a su lado.[3]

Eso era la cultura de Weimar: el desasosiego de preguntarse qué significaba vivir en los tiempos modernos, la búsqueda de nuevas formas de expresión que se ajustasen a la algarabía de la vida moderna y la esperanza en las posibilidades que encerraba el futuro. Nuestros cicerones por los entresijos de ese mundo serán un puñado de grandes escritores, pintores y compositores que aparecieron en la década de 1920 y a principios de los años 1930, y cuyas obras aún leemos, contemplamos o escuchamos con profundo respeto y honda admiración: Thomas Mann, Bertolt Brecht, Kurt Weill, Siegfried Kracauer, Martin Heidegger y Hannah Höch.

En la década de 1920, Thomas Mann era ya muy famoso. En 1901 se había publicado, con enorme éxito, su primera novela, Los Buddenbrook, crónica casi biográfica de tres generaciones de una importante familia de comerciantes. El 10 de diciembre de 1929, recibió el Premio Nobel de Literatura. En sus novelas y relatos, Mann indaga en las obligaciones psicológicas impuestas por esa vida refinada y ordenada que en tan alta estima tenía, tan propia del mundo burgués en el que se había criado. Llevar una vida presidida por el orden y la honradez era un asunto delicado. Al acecho, siempre había turbaciones y deseos que amenazaban con dinamitar las convenciones que permitían que los negocios y el arte salieran adelante, y que la familia, elemento central del orden burgués, mantuviese la posición que le correspondía. En la novela, Toni, tras pasar unos meses angustiosos, accede a contraer matrimonio con un hombre de negocios poco atractivo y bastante insulso, quien, por lo visto, aportará fortuna y experiencia a la familia Buddenbrook. Por fin, firma y rubrica con su nombre el venerado libro familiar en donde figuran los matrimonios celebrados durante generaciones. Toni se ha sacrificado, pues, por su familia, pero toda abnegación reclama contrapartidas, y en este caso no podía ser menos: el marido de Toni resulta ser un incompetente, y acaba por hundir el negocio y la familia. En Muerte en Venecia, Gustav von Aschenbach se traslada a la

ciudad que tanto admira para verse inmerso en una atmósfera de enfermedad y decadencia. En Venecia, su atracción por el esbelto y apuesto joven Tadzio, si bien no llega a consumarse, revolucionará la ordenada vida que hasta entonces había llevado. Desencajado, refleja en su universo personal la epidemia que se extiende por la ciudad.

Lo que acontece a los individuos se repite en la sociedad, otro asunto igualmente delicado, siempre amenazado por los instintos de los hombres y mujeres que la componen. O, como afirma Sigmund Freud en El malestar en la cultura [4],la sociedad sólo es posible gracias al esfuerzo concertado y a los heroicos combates que libran sus miembros para reprimir los deseos de placer y de muerte. Tanto en los individuos como en las sociedades tiene lugar una lucha implacable entre los sentimientos sensuales, artísticos y eróticos y las no menos intransigentes imposiciones dictadas por el orden y la responsabilidad. En el caso de Mann, se trataba de una especie de conflicto norte-sur, entre la importante ciudad comercial de Lübeck y Múnich, o Italia, donde imperaban el arte y la sensualidad; entre su padre protestante, burgués hasta la médula, y su madre católica, nacida en Brasil, de ascendencia española y alemana; entre el deber y la responsabilidad, el arte y la vida disoluta; entre hombre y mujer o, más precisamente, entre los instintos masculinos y los femeninos, puesto que Mann fue un hombre atormentado por sus deseos homoeróticos; en definitiva, entre esteticismo y ascetismo.[5]

Mann era un seguidor entusiasta de Nietzsche, cuyos libros había leído con avidez, y freudiano aun antes de haber leído a Freud. Pero, en contraste con las ideas políticas imposibles del primero y del liberalismo del segundo, la sutileza con que abordó el conflicto entre eros y orden hizo de Mann un conservador en política. Durante los años de la guerra escribió Consideraciones de un apolítico, que se publicaron en 1918, quizá la menos convincente y sutil de sus obras importantes. En ella, Mann da rienda suelta a sus instintos más conservadores, sin ocultar su apoyo al káiser y al esfuerzo bélico. Algunos pasajes parecen propaganda de guerra redactada por el Estado Mayor, o recuerdan lugares comunes de los ideólogos de la derecha. Como asegura Hermann Kurzke en una reciente biografía del escritor, la guerra contribuyó a que Mann (no menos que tantos otros por aquella época, podríamos añadir) encontrase un objetivo y se liberase de

una crisis psicológica y creativa, tras identificarse con los ideales tan masculinos de la guerra y la violencia, dejando de lado, al menos durante un tiempo, los quebraderos de cabeza que le procuraba su homoerotismo. Gracias a su identificación con la causa nacional y a los ataques a su hermano liberal, Heinrich, confiaba en alcanzar un reconocimiento tan importante que lo convertiría en el escritor laureado de la nación. No hay duda de que la guerra le permitió conjugar tendencias tan opuestas como norte y sur, responsabilidad y pasión, masculinidad y feminidad. En aquel momento, la actitud más responsable era ponerse de parte de la guerra que libraba su país.[6]

Está claro que la sutileza de Thomas Mann no pasaba por sus mejores momentos. El escritor formaba parte de aquella generación de alemanes que había crecido en los años anteriores a la guerra –conservadores por educación, formación e instinto–, pero que, en la década de 1920, tuvieron que acomodarse a la sociedad de masas y a la democracia. Aunque calificados como Vernunftrepublikaner (republicanos por sensatez) y no demócratas de corazón, no dudaron en prestar un fuerte apoyo intelectual a la República. Así, el 15 de octubre de 1922, Mann redactó un notable discurso, en el que se percibe cuánto se había distanciado de las Consideraciones de un apolítico.[7] La ocasión se la brindó un sonado homenaje dispensado al importante dramaturgo Gerhart Hauptmann, con motivo de su sexagésimo cumpleaños, ante un público de estudiantes conservadores en su mayoría. Fue una alocución sorprendente. Mann trazó un improbable paralelismo entre el gran escritor romántico alemán Novalis y el poeta norteamericano Walt Whitman para justificar el apoyo que prestaba a la democracia y a la República.[8] Mann apuntaba que los dos escritores románticos compartían la misma visión de la vida: ambos trataban de conservar lo mejor del pasado, pero comprendían que, en la época moderna, una república ofrecía más posibilidades a los ciudadanos. Sin mencionar el término, Mann reivindicaba la tradición alemana de Bildung, la confianza en que, para adquirir cultura, basta con estar familiarizado con las obras maestras que ésta había generado. El vocablo Bildung era el reflejo de una ideología que se había puesto de moda entre las clases alta y media de Alemania, pero que, con la llegada del siglo XX, se había camuflado bajo una mezcla de afectación y autocomplacencia.[9] Siguiendo el camino emprendido por Wilhelm von Humboldt a principios

del siglo XIX, Mann pretendía recuperar el genuino sentido de Bildung como educación y erudición.

Los hombres sólo podían aspirar a la auténtica Bildung, aseguraba el escritor, en una república. Con ese lenguaje prolijo, tan propio de él, y recurriendo a largas citas de Novalis y Whitman, Mann tuvo el valor de no ahorrarse las más acerbas críticas ante aquella audiencia conservadora. La antigua monarquía había caído por culpa de un militarismo agresivo, que se presentaba revestido del manto de la espiritualidad del Estado, y de la ilusión nietszcheana, que tantos estudiantes habían aceptado a ciegas: la voluntad de poder. Sólo la República encarnaba la verdadera función del Estado; en ella residía la auténtica oportunidad de que el hombre llegase a desarrollarse, de llevar a la práctica el sublime ideal de la humanidad. Mann dispensaba a la institución un significado espiritual: gracias a la República, los alemanes, individual y colectivamente, desarrollarían todas sus potencialidades. La República, auténtica expresión de la humanidad, era el gran instrumento, capaz de sintetizar lo individual y lo colectivo, lo singular y lo universal, lo alemán y lo europeo, la Ilustración y el romanticismo, y era además un objeto cargado de erotismo, capaz de trenzar estrechos lazos entre los hombres que servían a su causa, y creadora, en consecuencia, de algo grandioso, de la pujanza de la vida sobre la muerte, aun cuando el Estado enviase a sus hombres a la guerra.

Para la República era bueno contar con el apoyo de un hombre como Mann. Pero también cabría preguntarse si además prestaba un gran servicio a la democracia en la década de 1920 al aplicarle los mismos conceptos, y con idéntico mimo, con que los conservadores del siglo XIX habían distinguido al Estado prusiano y, a partir de 1871, al alemán. ¿Hay alguna democracia, alguna república, que cumpla los excelsos objetivos, espirituales y eróticos, que apuntaba Mann? A fin de cuentas, hablaba de algo que es la tarea fundamental de cualquier Estado democrático: llegar a acuerdos entre intereses contrapuestos. Tomó el vocablo alemán Kulturstaat, lo fundió con su homoerotismo y lo aplicó a la época de Weimar, actitud que por fuerza tuvo que extrañar a más de uno de los presentes. Pero, dotado como estaba de una inteligencia y erudición tan prodigiosas –lo mismo recurría al clasicismo alemán que a Whitman–, lo cierto es que no se observó ningún gesto de oposición o desdén entre el público mientras desgranaba el

discurso que llevaba preparado (y, a juzgar por el texto escrito que nos ha llegado, debió de estar hablando durante un par de horas, cuando menos).

La guerra y la posguerra también fueron un terreno abonado para que Mann se explayara acerca de la decadencia. Si Los Buddenbrook era el retrato del auge y declive de una importante familia de comerciantes en Lübeck, el cataclismo de la guerra, con sus millones de muertos y el torbellino de la posguerra, ofreció material de sobra a Mann como para pensar en el hundimiento a gran escala, no sólo de una familia o de la sociedad alemanas, sino de la cultura occidental. En 1925 publicó La montaña mágica, su novela más importante desde Los Buddenbrook, un clásico de la literatura del siglo XX. Fue acogida como obra maestra: Hans Jonas recordaba cómo “todo el mundo”, tanto en los círculos sionistas como académicos y culturales que frecuentaba, “había leído [la novela] y podía citarla o referirse [a ella], que todo el mundo entendía de inmediato lo que quería decir”.[10]

En La montaña mágica, Hans Castorp va a ver a su primo, Joachim Ziemisch, internado en un sanatorio de los Alpes suizos para enfermos de tuberculosis y otras dolencias. Su única esperanza de recuperación depende del aire frío y limpio de las montañas y de los atentos cuidados del consejero y doctor Behrens. El médico no tarda en darse cuenta de que Hans también padece la enfermedad, y lo que iba a ser una visita de tres semanas se convierte en una estancia de siete años en el hospital, durante los cuales Hans, gracias a diversos interlocutores, reflexiona sobre el significado de la vida y la muerte. En lo tocante a grandes ideales o principios, nuestro desdichado protagonista va de desengaño en desengaño. Ingeniero de formación, en diversas ocasiones afirma que le habría gustado ser pastor de la Iglesia o pintor, incluso médico. Ensalza a los militares por cómo se ocupan de su pobre primo, pero no tiene valor para plantarle cara a la muerte con el mismo estoicismo que el resignado Joachim. Como un niño pequeño o un perro herido, con la cabeza gacha y comentarios ininteligibles, Hans soporta las peroratas de los demás residentes. Durante meses y meses, se dedica a observar a la mujer que lo tiene enamorado, Clavdia Chauchat, “la de los ojos tártaros”, sin tener el coraje de abordarla. A lo largo de interminables páginas, Mann, con exquisita sensibilidad, describe las miradas que intercambian los dos, los más leves movimientos

de sus labios o de sus manos, aunque no hayan intercambiado ni una palabra, hasta que, durante una fiesta y gracias al alcohol, el joven logra vencer su timidez. Para entonces, ya es demasiado tarde; Clavdia se irá al día siguiente (aunque regresará, más adelante).

Hans se codea con tres hombres que representan diferentes modos de acercarse a la civilización occidental. Por supuesto, todos son pacientes: ¿qué iban a hacer si no pasando sus días en la montaña mágica? Ludovico Settembrini es el gran humanista: nunca se cansa de disertar sobre grandes ideas, como libertad y progreso; su abuelo había sido carbonario, miembro de aquellos grupos nacionalistas italianos que conspiraban a principios del siglo XIX ; su padre, humanista y soldado del Risorgimento, movimiento que concluiría con la unificación de Italia en 1871. Settembrini trata de llevar al "ingeniero", como llama siempre a Hans, del lado del liberalismo, de las ideas del sur, de Italia, de la pasión por la libertad y por la confianza en el progreso, de convencerlo de la grandeza del hombre, frente a la atávica inclinación teutona por el orden y la disciplina, aunque es lo bastante europeo, y no sólo italiano, como para reconocer las virtudes de los ideales germanos. Sin embargo, la retórica de Settembrini se nos antoja abstrusa, plagada de citas de oscuros humanistas del siglo XVI y de referencias a las grandes conquistas del pasado. Con el paso de las generaciones, el campo de acción del liberalismo se había reducido, pasando del activismo del abuelo y del padre de Settembrini a un ámbito reducido a ininteligibles artículos de enciclopedia y a discusiones en torno a unos pocos nombres, en el de por sí enrarecido ambiente de los Alpes. Da la impresión de que el humanismo de Settembrini no es más que un arcaico vestigio del siglo XIX.

Pero su gran antagonista, el jesuita Leo Naphta, es todavía más una reliquia del pasado. Naphta, de antecedentes familiares judíos, y no menos erudito que Settembrini, defiende con firmeza la fe y las gestas de la cristiandad medieval. Aboga por el orden que la Iglesia inculca en la sociedad, por la quietud de la vida contemplativa y la tortura aplicada con rigor, siempre y cuando sea en defensa del cristianismo. "La fe nos abre los ojos, es el vehículo de la razón –solía decir–; el entendimiento es secundario".[11] Settembrini contraataca con una vida activa, de razón y trabajo, siempre mirando adelante. Hans escucha atentamente los argumentos de ambos, que

se alargan interminablemente, para llegar a la conclusión de que lo que defienden le atrae tanto como le repugna.

El tercer interlocutor de Hans aparecerá más tarde; se trata de un fornido fanfarrón, un holandés, dueño de plantaciones en las colonias, que ha hecho su fortuna allende los mares: Mynheer Peeperkorn. De físico imponente y luces limitadas, es la otra cara de la moneda que representan Settembrini y Naphta: un hombre vigoroso, acostumbrado a conseguir lo que quiere. Muchas veces, Hans se refiere a él como die Persönlichkeit, el gran personaje. Hans se siente atraído por este hombre de acción, que se ha forjado una posición en el mundo, ha acumulado una enorme riqueza y tiene cierta predisposición a dar órdenes a quienes se encuentran a su alrededor. Durante una noche libre, Peeperkorn reúne a unos cuantos pacientes como él y, de buen grado o por la fuerza, los arrastra a los placeres del juego, de la buena mesa y a consumir ingentes cantidades de alcohol. Por haber cedido a los deseos de die Persönlichkeit, al día siguiente la mitad de los pacientes del sanatorio padece resaca. El anfitrión también se siente mal y –lo que es peor, en opinión de Hans– llega al Berghof con Clavdia. Son “compañeros de viaje”, según la pintoresca terminología de la época.

Rara vez aparece gente normal –“las masas”– en la literatura de Mann. Cuando tal cosa ocurre, suele tratarse de personajes secundarios, un conductor o un criado, que hacen la vida más fácil a los protagonistas, o multitudes anónimas, que se dejan cautivar por las malas artes de un artista de circo o algún manipulador más artero, como en el relato Mario y el mago, o en la trilogía del Doctor Faustus. Mann está demasiado atareado con dar a luz su propia clase, la Bildungsbürgertum, la clase media cultivada, tan apreciada en la historia de la Alemania moderna. Se trata de un grupo escogido, definido por los vocablos Besitz und Bildung, propiedad y educación, enfrentado siempre con el espectro de la masa. En La montaña mágica, Hans pasa siete años vigilando sus gastos, pero costeándose las indudablemente elevadas tarifas del Berghof con las rentas. Besitz und Bildung son términos que casan bien con reserva y distanciamiento, con el mantenimiento de unas relaciones formales incluso entre miembros de una misma familia. Sólo después de abandonar precipitadamente el Berghof –aunque el lector se quede con la impresión de que habrá de volver–,

Joachim se dirige a su primo por su nombre de pila, y le llama Hans, aunque entre ellos se tuteen, recurriendo al más informal du, "tú". En aquella velada festiva en que, gracias al alcohol, Hans habla con Clavdia, tutea también a Settembrini, cosa que no le hace ninguna gracia al gran humanista. De hecho, el que Hans se salte las reglas de la respetabilidad hace que Settembrini le lance una filípica. La sociedad cultivada, la propia civilización, exige cierta formalidad, cierta distancia:

Porque la gente que utiliza los pronombres informales o los nombres de pila sin razón suficiente incurre en una bárbara y detestable costumbre, en una especie de desidia; juega con los preciados dones que la civilización y el progreso humanos nos han regalado, y que se vuelven, arteramente, con desvergüenza e insolencia, contra ellos. Le ruego que no piense que cuando me he referido a usted como 'amigo mío' me dirigía a usted en condición de tal. Me limitaba a citar un pasaje de la obra maestra de la literatura de su patria. Estaba hablando en un lenguaje poético, como si dijéramos. [12]

El tuteo puede ser un trato adecuado para las masas, y lo cierto es que el movimiento obrero lo adoptó como símbolo de igualdad y compañerismo entre sus miembros. Pero no es el que corresponde a los portadores de la cultura, que deben plantar cara a las lisonjas de la sociedad de masas recurriendo a un trato más formal.

Durante la misma velada, y en una atmósfera cargada de erotismo, Hans tutea también a Clavdia Chauchat. Ella aparenta (¿una muestra de coquetería?) sentirse ofendida por semejante familiaridad, que representa, asimismo, un desafío al orden sexual que defiende la sociedad cultivada. El marido de Clavdia , con todo, está en alguna parte "más allá del Cáucaso", en un lugar del que no se ofrecen más precisiones, y consiente que su esposa actúe con libertad. El exotismo de la mujer y el atractivo de sus "ojos tártaros" despiertan los impulsos sexuales de Hans, que acaba por confesarle su amor. Pero, incluso en tan magnífico y decisivo instante, resulta un personaje patético. Ella le acaricia el cabello con cariño, en un gesto tan maternal como sexual. Hace oídos sordos a la declaración de amor y comienza a hablar elogiosamente de su primo, hasta que finalmente, y con la afectación que la caracteriza, se despide de Hans.

Pero quizá, sólo quizá, le esté invitando a que vaya a su habitación, porque, con voz tentadora, mirándole por encima del hombro, le re-cuerda que le devuelva el lapicero que le prestó.[13] El tuteo es el mismo al que recurren las masas; en ambos casos, representa una amenaza al ordenado mundo de la sociedad burguesa. Hans y Clavdia acabarán juntos, una vez que ella regrese en compañía de Peeperkorn. Pero será una relación, que tendrá un final desgraciado por causa del suicidio de Peeperkorn, quien, a pesar de toda su fortaleza, sucumbe a su enfermedad y a la constatación de que su compañera no siente ningún cariño por él.

Hans Castorp es un típico representante de la clase burguesa, no tan perdido como “el hombre sin atributos” de Robert Musil, pero anodino: inteligente, pero no tanto; con grandes aspiraciones, pero indeciso; enfermo, si bien no de gravedad; mediocre, aunque bastante satisfecho de sí mismo. No le cuesta adaptarse al monótono discurrir de la vida en el sanatorio: comidas servidas con regularidad, cinco veces al día; las prescritas “curas de reposo”, dos al día, con los pacientes tumbados fuera a pesar del frío, envueltos en mantas, respirando el aire fresco y transparente de los Alpes; conferencias, conciertos y excursiones de forma periódica, un mundo en el que nadie trabaja, salvo el personal que atiende el Berghof. Como el resto de los pacientes, Hans llega a perder el sentido del tiempo, las semanas se convierten en meses y éstos en años, marcados por obsesiones periódicas y siempre pasajeras, como pintar, estudiar anatomía, mirar las estrellas, esquiar o escuchar el gramófono.

¿Qué decir de semejante panorama? ¿Acaso los tiempos modernos traen sólo decadencia? ¿No había forma de salir de la crisis de la civilización? Como siempre, el tono al que recurre Mann en la novela es irónico y pesimista, transido de arrebatos de nostalgia por el tranquilo y confortable mundo burgués del siglo XIX, tan diferente de los conflictos que, por doquier, acechaban a la República de Weimar en la década de 1920 y comienzos de la siguiente. Con todo, también hay momentos de humor hilarante que diluyen el ambiente de desesperación de gran parte de la novela. Por eso, por la tensión emocional y erótica de su forma de escribir, nos atrevemos a decir que Mann era también realista y práctico, que de sobra sabía que, tras el cataclismo que había supuesto la Primera Guerra Mundial, no había forma de dar marcha atrás para recuperar el sencillo

optimismo de Settembrini o el misticismo religioso de Naphta, ni siquiera la increíble capacidad de amasar fortunas de Peeperkorn. Al final, Hans Castorp baja de la montaña mágica para ir a la guerra. Como muchos de sus compañeros muere por culpa de su enfermedad, aunque hubiera preferido dejarse la vida peleando por su patria, una causa que Mann defendió con ardor en un primer momento, pero que en aquellas circunstancias, mediado el decenio de 1920, ya se le antojaba muy lejana.

Hans morirá en la guerra, pero antes, en la novela, descubrimos que había optado por la vida. De manera temeraria, un día decide irse a esquiar él solo y se ve atrapado en medio de una tormenta de nieve, que le impide la visión hasta desorientarlo por completo. Por fin, encuentra un refugio y se resguarda bajo un voladizo. Presa de un delirio, sueña con un lugar sosegado y acogedor, bañado por la luz del sol, mientras unos niños juegan en una playa y hermosos seres, hombres y mujeres, montan a caballo y bailan en círculo. En su desvarío, su mente se llena también de visiones de signo contrario: monstruos que devoran niños, escenas de epidemias medievales, de pestes y guerras. En un momento dado, Hans está a punto de renunciar a seguir luchando y sucumbir a los elementos desencadenados en la montaña o, simbólicamente, dejarse llevar por el lado más tétrico de sus alucinaciones. Pero un trozo de cielo azul se abre paso entre los remolinos de nieve y libera a Hans de la alucinación. La experiencia sólo ha durado unos minutos, que a él se le antojan horas. La mejoría del tiempo le devuelve a sus ensoñaciones de amor y sosiego, bajo la luz del sol. “Por el amor de Dios, por amor propio, el hombre no debe consentir que la muerte se enseñoree de sus pensamientos”.[14] Comienza a caminar por la nieve y da con el camino que le lleva de vuelta al Berghof: ha escogido la vida.

Las sociedades pasan por las mismas vicisitudes que los individuos. En este caso, la vida era un asunto complicado, acechada como estaba de continuo por impulsos de deseo y muerte. Orden y estabilidad no eran sino efímeras conquistas. A la mañana siguiente, Hans no será capaz de recordar con claridad el apego a la vida y al amor que había sentido en la nieve. Con una prosa tan complicada como maravillosa, la espléndida novela de Mann reflejaba los tremendos conflictos que padecía su protagonista, que en nada diferían de los que atravesaba la modernidad en la época de Weimar, a medio camino entre progreso y tradición, impulsos y orden, formalismo y

jerarquía frente a las tendencias igualitarias de la sociedad de masas. Mann pretende transmitirnos la idea de que no hay soluciones sencillas, y que, desde luego, no hay forma de volver a los tiempos de antes de la guerra. Antes de prestar su apoyo a la República, tuvo que superar un profundo conflicto interno. Incluso más tarde, a pesar de la repulsión que le producían los nazis, le harían falta muchas horas de cavilaciones y la tozuda insistencia de sus hijos, sobre todo Erika y Klaus, antes de verse libre de tantas cautelas y convertirse en el gran adversario de los nazis que fue. Porque, como Hans en la nieve, escogió la vida.

Si el acontecimiento literario del año 1925 fue la publicación de La montaña mágica, la sensación teatral de 1928 fue La ópera de cuatro cuartos, con libreto de Bertolt Brecht y música de Kurt Weill. Se estrenó el 31 de agosto de aquel año en el Teatro am Schiffbauerdamm de Berlín. Obtuvo un éxito arrollador, y fue también la mecha que avivó la más profunda aversión hacia todo lo que se calificaba como moderno. Desde el primer momento, crítica y público coincidieron en la impronta revolucionaria de la obra. Hicieron popular un formato que Mozart, Verdi o Strauss –tan reverenciados por sus seguidores como expresión musical de las verdades intemporales de la existencia del hombre– habían convertido en clásico. Radicalizaron una puesta en escena pensada para realzar sentimientos de belleza, amor y tragedia, y la transformaron en un escaparate en el que salían a la luz las hipocresías del capitalismo. En cuanto a la música, en vez de seguir las pautas más o menos aceptadas desde finales del siglo XVIII, optaron por los compases disonantes y subversivos del jazz y el cabaré. Como apuntaba el crítico Herbert Ihering: “Brecht como libretista y Weill como compositor […] han conseguido ir más allá del espectáculo de revista hasta convertirlo en una nueva forma de hacer arte, sin descuidar unos cuantos elementos de las variedades, para crear un novedoso y bullicioso formato de expresión escénica”.[15]

El espectáculo fue el resultado de la colaboración creativa de Brecht y Weill. De los dos, el más radical desde el punto de vista político era Brecht, cuyas ideas no diferían demasiado de las que defendían los comunistas.

Weill, por el contrario, pertenecía a una familia judía de la burguesía, y había seguido una formación musical clásica y rigurosa. Pero no tardó en sintonizar con el "espíritu de su tiempo". Lo mismo escuchaba música de jazz que las composiciones atonales de Arnold Schönberg y Alban Berg. Como hiciera George Gershwin en Estados Unidos, trató de que el ritmo de la ciudad moderna se hiciese presente en la música clásica, y de que la música que componía llegase al mayor número de personas. Por su parte, Brecht se afanaba por encontrar un nuevo lenguaje, una nueva forma de hacer teatro, capaz de dejar atrás los convencionalismos y su escasa capacidad de convocatoria. Las elucubraciones en paralelo llevadas a cabo por Brecht y Weill constituyen un magnífico exponente del impulso democratizador de los años de Weimar.

Tras conocerse en 1927, colaboraron en un ciclo de canciones, Mahagonny, que hace referencia a una ciudad ficticia norteamericana poblada por delincuentes de poca monta, capitalistas, policías y prostitutas, todos muy parecidos entre sí. Eran canciones que ponían en solfa los valores burgueses de orden, disciplina y trabajo. Al final de la obra, los intérpretes exhibían unos carteles con eslóganes anticapitalistas. La parte musical de Weill era en sí misma revolucionaria, con una orquesta de diez instrumentos, al estilo de los grupos de jazz: dos violines, dos clarinetes, dos trompetas, un saxofón alto, un piano y percusión. Desde luego, nunca se había visto nada semejante en el marco en el que se estrenó, el Festival Alemán de Música de Cámara de Baden-Baden. Al público no le gustó: abucheos y gritos para la orquesta, y silbidos para los intérpretes al finalizar la actuación (previendo lo que podía pasar, Brecht ya les había proporcionado los pertinentes silbatos).[16] Gracias a la forma, al estilo y al contenido, Brecht y Weill, en una sola velada, habían llevado la revolución al teatro musical, y no sólo en Alemania. La conocida "Alabama Song" –interpretada en aquella ocasión por Lotte Lenya, que desarrollaría una meritoria carrera como cantante y actriz de cine (y se casaría con Weill hasta en dos ocasiones)– llegó a convertirse en todo un clásico del siglo XX (quienes sólo han escuchado la versión hecha por The Doors en la década de 1960 piensan que es una composición de Jim Morrison).

En respuesta a las críticas que Mahagonny recibió por parte del todopoderoso Emil Hertzke, director de la editorial musical Universal, con

sede en Viena, Weill escribió:

En primer lugar, la razón por la que he asociado mi apellido con el de Brecht es la importante sintonía que hay entre mi música y su poesía […] persuadido como estoy que la íntima colaboración entre dos personas igualmente creativas ha de desembocar en algo radicalmente novedoso. No hay duda de que, en la actualidad, está cuajando una nueva forma de hacer teatro, dirigida a una audiencia mucho más numerosa, a un público variopinto, que tendrá amplias repercusiones […] La dificultad estriba en definir ese nuevo género que ha de ser expresión cabal de los cambios radicales que se han producido en la vida de nuestro tiempo.[17]

Como en el caso de Erich Mendelsohn y Bruno Taut en la arquitectura, de László Moholy-Nagy en la fotografía, y de tantos otros artistas de esa misma época, Weill y Brecht buscaban sin descanso formas y estilos que fuesen un reflejo del ritmo desenfrenado, de los conflictos y de las aspiraciones populares de su tiempo. Pretendían crear una nueva experiencia escénica, capaz de provocar y, al mismo tiempo, alcanzar un amplio eco entre el público.

Brecht y Weill retocaron el ciclo Mahagonny hasta convertirlo en una ópera propiamente dicha. Aquella colaboración sirvió, en cierto modo, como preludio del trabajo que realizarían juntos y que culminaría en una obra más larga, más sobrecogedora si cabe, La ópera de cuatro cuartos. Muchas veces se ha referido la historia de cómo se les ocurrió la idea de componerla. Elisabeth Hauptmann, entonces compañera de Brecht, se había enterado del éxito que había tenido en Londres la reposición de una ópera de principios del siglo XVIII, The Beggar’s Opera, de John Gay, con música de John Christopher Pepusch. La obra, una crítica a la clase dominante, conjugaba música popular, vulgarismos y tipos representativos de la época. A Brecht le llamaron mucho la atención tanto el género popular como el perfil político de la pieza. Aunque sólo había adaptado algunas escenas, se las compuso para que las leyera un avispado productor. Así, en abril de 1928, recibió el encargo de escribir Scum (Escoria), como se tituló en un principio, cuyo estreno quedó fijado para cuatro meses y medio más tarde. No se había escrito aún ni una sola nota de la ópera, y es muy posible que

Weill ni siquiera supiese nada de que, en el contrato, Brecht lo designaba como coautor del proyecto.

En algún momento, claro está, Brecht debió de informar a Weill de lo que se traía entre manos. A mediados de mayo, los dos, en compañía de sus esposas, se trasladaron a la Riviera, donde se retiraron para ponerse a escribir como posesos, si bien, al comenzar los ensayos, el 10 de agosto, ambos continuaban reescribiendo libreto y música. Las disputas eran el pan nuestro de cada día; la noche del estreno, todos los que participaban en el proyecto –autor y compositor, actores, productores y el magnífico director de escena Caspar Neher– auguraban un fracaso monumental. Jürgen Schebera, alumno de Weill, nos relata el desarrollo de los acontecimientos: "Por fin, llegó la velada del 31 de agosto de 1928, fecha que entraría en los anales del teatro del siglo XX. Hasta la Kanonensong (canción de los cañones), la audiencia se mostró más bien fría. Ése fue el punto de inflexión. El público se fue animando; se oyeron los primeros murmullos de aprobación; los aplausos iban en aumento. Al final un éxito rotundo, por el que nadie habría apostado".[18] El lenguaje más que provocador de Brecht, salpicado de vulgarismos y de cómicas y barrocas formas de expresarse, se acoplaba a la perfección con los elementos musicales que Weill se había encargado de incorporar, incluidas parodias de formas operísticas tradicionales entrelazadas con pinceladas de jazz. Muchas veces, un texto que parecía de lo más trascendente iba acompañado de una música afectada o disonante que desmentía toda su presunta hondura. A fin de cuentas, las composiciones de Weill eran "puro refinamiento artístico, bajo una apariencia de sencillez", aseguraba Schebera.[19]

El argumento hace un repaso de las relaciones que mantiene un grupo de personajes bastante peculiares: Jonathan Peachum, el rey de los mendigos; el inevitable (tratándose de Brecht) revoltijo de ladronzuelos, policías y prostitutas; la hija de Peachum, Polly; y, claro está, Macheath, más conocido como Mackie Messer (Mackie Navaja). En aquel Berlín de 1928, ¿quién se habría imaginado que la canción de Mackie, con que se inicia la obra, llegaría a convertirse en un clásico del pop americano de 1959? En cualquier caso, la versión de Bobby Darin, con todas sus virtudes (y sus defectos) la dejaba vacía de toda intencionalidad política. Fuera de contexto, se convirtió en oda a un libertino. Y de eso se trata en el trabajo

conjunto realizado por Brecht y Weill: de lo depravado, degenerado y explotador que es el capitalismo. Todo el mundo miente; todo el mundo estafa. Es prácticamente imposible hacer diferenciaciones entre policías y delincuentes. Pronto se esfumarán los grandes sueños de la prostituta de corazón de oro. De una forma u otra, el sexo es, por lo general, una transacción comercial. Uno de los hombres más poderosos de Londres amasa una fortuna enviando a hombres y mujeres, disfrazados de mendigos, a pedir por las calles. El banquete de bodas se organiza con cosas que se han robado por toda la ciudad. Mackie, canalla y asesino, es indultado por la propia reina, que le otorga un título de nobleza y le concede un castillo y una pensión vitalicia.

Toda una afrenta para la ética burguesa del trabajo. La intencionalidad política de la obra se pone de manifiesto en algunos pasajes, como "primero, zampar; después, moralidad" o "sólo los ricos viven bien" y, muy especialmente, en dos magníficas canciones. En "La canción de los cañones", Mackie y el jefe de policía, Tiger Brown, recuerdan con nostalgia los tiempos en que sacrificaban a pueblos enteros en cualquier parte del mundo[20] :

Marchan legiones

Con sus cañones

De Cap a Couch Behar.

Y aunque les llueva

No hay quien se atreva

Y cualquier raza

Blanca o negraza

Ellos la tranforman en carne de picar.[21]

Nadie tomaría aquellos textos por una alabanza al militarismo germano, y eso que no se trataba sino de una más de las muchas canciones

rabiosamente antibelicistas que Brecht y Weill escribieron. Pero se consideró como una afrenta deliberada a Alemania y a su desmantelado Ejército. A pesar del Tratado de Versalles, el estamento militar seguía siendo muy influyente.

En “La balada de la tiranía sexual”, Brecht y Weill hacen una sátira de la moral sexual burguesa. La endecha que compuso Weill contrasta con los versos intencionados con que Brecht describe la obsesión y la explotación.

Muchos vieron morir a otros muchos

En cuestiones de faldas poco duchos.

Y aquéllos que los vieron, sin disputas

También son enterrados por las putas.

Lo quieran, no lo quieran… dará igual.

Eso es la tiranía sexual.

Ese cita la Biblia. Y el Código Civil.

¡Ese es cristiano! ¡Y ese anarquista!

Ese no come apio aunque insista

Y después ya se muestra febril.

A la tarde va rumbo a la cima

Y esa noche otra vez está encima.[22]

El público que asistió al estreno quedó cautivado; hubo críticas para todos los gustos. Hasta los comunistas erraron el tiro, al asegurar que se trataba de una obra en la no había “ni rastro de sátira política o social”, mientras la prensa conservadora la ponía de vuelta y media, tildándola de “necrofilia literaria” o “balada del horror político”. El nazi Völkischer Beobachter recurría a términos como “pestilente pozo negro” y “cultura de la insignificancia”, que la policía debería clausurar.[23] Otros críticos, sin embargo, saludaron con elogios admirativos tanta innovación; a esa habrían de seguirle muchas representaciones, todas de enorme éxito. Se mantuvo en cartel durante toda la temporada en Berlín y, al cabo de un año, se había presentado en más de cincuenta teatros, superando las cuatro mil representaciones. En 1932, se había traducido a dieciocho idiomas y se había representado, con gran éxito, en muchos países europeos. Las partituras se vendían como rosquillas, y en cafés y salas de baile se

escuchaban las canciones y las melodías de la obra.[24] Las primeras grabaciones se pusieron a la venta en octubre de 1928, a las pocas semanas de haberse estrenado. La versión cinematográfica, dirigida por G. W. Pabst, llegó a las pantallas en 1931. En este sentido, cabe decir que las nuevas tecnologías cinematográficas y fonográficas desarrolladas en la época de Weimar contribuyeron de forma decisiva al éxito de la ópera.

En sus escritos, Brecht siempre pone en tela de juicio las apariencias. Los principios morales se mostraban como meros lugares comunes; se recurría a la posición social como a un caparazón, que servía para enmascarar personalidades desviadas o depravadas, una careta que lucían todos los que llegaban a la cima sirviéndose de la mentira y la explotación. Brecht nunca daba por bueno el valor aparente de las cosas. Pero, en contra de lo que tantas veces se ha afirmado, no era un cínico. Desde su punto de vista, un teatro con garra tenía que sorprender al público, pero no sólo a costa de emociones. El teatro tenía que obligar a la gente a pensar: sólo si se paraba a ver los entresijos de la sociedad, las hipocresías e injusticias de su tiempo, habría esperanza para el futuro. No se trata de nada que tenga que ver, ni remotamente, con el sentimentalismo, ni de fiarlo todo a un futuro esplendoroso. Brecht era un escritor de fuste, y recurría a comentarios ásperos, a frases vulgares y a elementos disonantes para indagar y provocar, para plantar cara a cualquier moralidad simplona e intransigente, a cualquier aspiración, por parte de individuos o grupos, de que sólo ellos estaban en posesión de toda la verdad. En palabras del eminente crítico inglés, traductor y entusiasta seguidor de Brecht, John Willett, éste siempre trataba de "atacar, juzgar, sobrecoger, demoler, con el fin de demostrar que el mundo es cambiante, y que lo que nos resulta familiar es sólo estrambótico".[25]

Brecht despojó el teatro de muchos de los excesos barrocos que lo adornaban, de enormes y grandiosas producciones, de las pretensiones de crear un mundo de sueños desconectado de la vida diaria, es decir, de cuanto había sido la norma teatral hasta 1914. Ahondó en las innovaciones introducidas por Erwin Piscator, Ernst Toller y otros, que habían intentado llevar a escena las circunstancias de la vida moderna, lo que el público se encontraba por la calle, así como en cines, salas de conciertos y estadios deportivos, durante la rutina de cada cual, en Berlín y en otras ciudades y

pueblos de la Alemania de la década de 1920 y comienzos del siguiente decenio. Tras los pasos de Piscator, en ocasiones Brecht proyectaba, sobre el fondo del escenario, secuencias de películas o diapositivas, o pedía a los actores que desfilasen por la escena con pancartas y gritando consignas, a imitación de las manifestaciones, recurriendo al afilado y expresivo lenguaje que se utilizaba en tales casos, algo consustancial con la agitación política de Weimar. Pensó en redistribuir la escena, como si fuera un cuadrilátero de boxeo, con potentes focos de iluminación en cada esquina, y el público sentado justo donde se desarrollaba la acción, haciendo notar su presencia. A veces, los actores hablaban directamente con los espectadores, o buscaban que éstos participasen en la obra, algo que hoy nos parece muy convencional, pero que, en la década de 1920, era toda una revolución que derribaba las barreras que separaban a actores y público.

Así era el "teatro épico" de Brecht, definición inventada por él mismo.[26] Fundamentalmente y en el sentido más clásico de la expresión, representaba una forma narrativa libre de las limitaciones de espacio y tiempo; por el contrario, la acción se desarrollaba a través de una serie de acontecimientos vinculados entre sí, como las secuencias del cine. Al contrario que los efectos, grandiosos, la trama no era lo más importante. Según Brecht, sin embargo, el teatro épico no consistía sólo en impactos visuales o emocionales. En 1927, escribía: "La esencia del teatro épico reside quizá en que apela menos a los sentimientos que a la razón del espectador. En lugar de participar de una experiencia, el espectador adopta una postura ante las cosas que ve".[27] Esto significaba que los actores no tenían que tratar de cautivar al público, no debían pretender que los espectadores se identificasen con los sentimientos y la forma de ser de un personaje, sino que tenían que encararse con el público, provocándolo, incluso dirigiéndose a los espectadores con cierto desdén. Más tarde, incluiría todas estas ideas en la noción de "efecto de distanciamiento", un esfuerzo por conseguir que los espectadores contemplasen los avatares más normales de la vida bajo un nuevo y sorprendente enfoque, hasta cuestionarse todo lo que antes habían tenido por cierto o real.

Las composiciones de Weill le iban como anillo al dedo al teatro épico de Brecht. Sirviéndose de la parodia y de la disonancia, desechaban todo lo que se consideraba como normal o aceptado. Weill recurrió a formas

musicales consagradas para retorcerlas y darles un nuevo estilo. Quienes lo escuchaban podían sentirse familiarizados, en un primer momento, con algunos compases que les sonaban como la ópera del siglo XIX o como música sinfónica, para de repente encontrarse, desconcertados, con que los sonidos convencionales desaparecían bajo los ecos de una música de jazz o de cabaré. En ocasiones, Weill procuraba que la composición musical discurriese por cauces que nada tenían que ver con el texto, como en el caso de “La balada de la tiranía sexual”. Así lo indicaba el propio compositor en relación con La ópera de cuatro cuartos, donde la música iba a contrapié del libreto: “Disponía de un argumento realista, así que tuve que componer una música que fuera a la contra, porque no creo que la música pueda producir efectos que tengan algo que ver con el realismo. De ahí que la acción quedase en suspenso para dar entrada a la música, o ésta llegase a un punto en que no quedaba otra alternativa sino cantar”.[28] La música de Weill transmitía la ilusión de la simplicidad, pero tampoco dejaba títere con cabeza en cuanto a convencionalismos.

Tanto las obras de Thomas Mann como las de Bertolt Brecht y Kurt Weill expresan a la perfección el espíritu de Weimar. Los tres trataban de desvelar cuál era el sentido de los tiempos que les había tocado vivir, pero los intereses culturales que los movían eran muy diferentes. Brecht consideraba que Mann era demasiado refinado, tanto en el trato personal como en su estilo literario, demasiado preocupado por un mundo que había quedado definitivamente atrás, incapaz de entender el arte o la intelectualidad modernos de la década de 1920. Sencillamente, era demasiado burgués. Aunque el propio Brecht había nacido en el seno de una familia burguesa de Ausburgo, le atraían los bajos fondos y la vida proletaria que llevaban sus protagonistas, o eso aseguraba, cuando menos. Con su cazadora de piel y su gorra de proletario, fue un pionero del “desaliño elegante”, frente al siempre atildado Mann. El lenguaje de Brecht era rápido y cortante, casi como el inglés norteamericano, mientras que la prosa de Mann era desmayada y compleja. Con su teatro comprometido, Brecht buscaba formas de desafiar y provocar al público, con la idea fija de dar con el estilo estético más apropiado para el mundo tan revuelto y conflictivo de los años veinte.

Hurgando en todos los géneros musicales, para acabar haciendo una sátira de todos ellos, las brillantes composiciones de Weill fueron el contrapunto

perfecto. Por instinto, el republicano reticente que siempre fue Mann se ponía del lado de quienes habían sido criados en un ambiente cultivado. Que nadie espere encontrarse con alguien maleducado entre los personajes esbozados por Mann. Sin embargo, Brecht y Weill aspiraban a que fueran precisamente esas gentes las que acudieran en tropel a ver sus obras. Los tres acabarían por exiliarse en Estados Unidos durante las décadas de 1930 y 1940. Aun en tales circunstancias, Brecht y Mann siguieron distanciados, y el mutuo desdén que se profesaban era un secreto a voces. De los tres, el único que se sintió como si estuviera en su propio país fue Weill, encantado con el jazz norteamericano y con el ritmo trepidante de la vida en Estados Unidos. Aunque compuso algunas piezas agradables, la música de Weill durante su exilio en Norteamérica no refleja la fresca creatividad ni los punzantes acentos que había alcanzado en Weimar, gracias a su colaboración con Brecht. En lugar de crítica e innovadora, su música se tornó sentimental, algo parecido a lo que le ocurriera a Paul McCartney tras la desaparición de John Lennon.

Los filósofos y sociólogos del periodo de Weimar más influyentes fueron quienes pusieron todo su empeño en desentrañar las consecuencias que la nueva sociedad de masas suponía para nuestros procesos mentales y percepciones, es decir, en lo que representaba la modernidad para las estructuras que configuran nuestro modo de pensar y de ver. Siegfried Kracauer y Martin Heidegger representan los dos polos opuestos en cuanto a sensibilidad, compromiso político y trayectoria profesional. Ambos, sin embargo, trataron de bucear más allá de las meras apariencias externas, indagar en las causas del vibrante espectáculo que, con trepidante rapidez y bajo tan diversas manifestaciones, constituía la sociedad moderna, y la de la Alemania de Weimar en particular. Cautivado y hastiado de emociones y estímulos, pero también seducido por el aislamiento y el anonimato, Kracauer llevó una vida urbana, tanto en Berlín como en Francfort. Para Heidegger, sin embargo, el mundo moderno, en el que Kracauer se zambullía, constituía un espectáculo tan hiperactivo como insustancial, rayano casi en la imposibilidad de dedicarse a las cosas serias que

constituyen el verdadero sentido de la vida. En opinión de Heidegger, la modernidad, por todo lo que había supuesto para la República de Weimar, primaba la percepción sobre el entendimiento: el hombre moderno (y, precisamente, al hombre se refería) era un ser extraviado y empobrecido que, carente de propósitos, no buscaba sino meras percepciones sensoriales. La vida había quedado reducida a una interminable sucesión de espectáculos, que no permitían profundizar en su significado. El cine y las revistas ilustradas, a los que tanta atención prestaba Kracauer en sus ensayos, no eran, desde el punto de vista de Heidegger, sino fenómenos arquetípicos, carentes de individualidad, impuestos por la tiranía de las modas: el estilo de las masas al que todo el mundo aspiraba. La respuesta de Heidegger no fue sólo intelectual, sino personal: se apartó de la sociedad urbana para irse a vivir al monte, a una cabaña, rodeado de compatriotas campesinos, lanzando desde allí sus atronadores sermones contra la modernidad. Incluso para Heidegger, hasta aquel presente de decadencia le ofrecía posibilidades: la mente podía escarbar en la modernidad y dar con un camino que desembocase en la recuperación del yo, en la consecución de una vida más auténtica.

Kracauer procedía de una familia judía de clase media baja de Francfort. Se licenció como arquitecto y llegó incluso a ejercer su profesión, aunque también había estudiado con el eminente sociólogo Georg Simmel. Se movía en los círculos intelectuales, consagrados o emergentes, que llevaban la voz cantante en la Alemania de Weimar, en los que haría muchas amistades, como Bloch (que también había estudiado con Simmel y con el insigne sociólogo Max Weber), Theodor Adorno, Georg Lukács, Walter Benjamin, Martin Buber y otros. Aunque no todos, muchos eran judíos. Tras abandonar la arquitectura, Kracauer se dedicó a la crítica social y literaria, hasta convertirse en un magnífico escritor y redactor jefe del Frankfurter Zeitung, uno de los periódicos liberales más importantes de Alemania, diario en el que escribiría más de dos mil crónicas sobre toda clase de asuntos.

Como su amigo Benjamin, Kracauer mantenía una actitud más ambivalente hacia la modernidad que Heidegger. A ambos les dejaban absortos los sonidos y las imágenes de la vida ciudadana, y escribieron incisivos análisis acerca de los novedosos inventos de la cultura moderna, desde el diseño

urbanístico de las ciudades hasta el cine o la fotografía. Pero también les angustiaba, sin embargo, el aturdimiento de los sentidos que venía de aquel ajetreo tan rápido y desordenado. En respuesta a todas las operaciones sensoriales, táctiles o visuales, se producía una aceleración de los procesos mentales para adaptarse al ritmo trepidante de la ciudad. Al revés que nuestro melancólico paseante Franz Hessel (a quien ya tuvimos ocasión de tratar en el capítulo 2), que recorría con calma la ciudad, el viandante de Kracauer camina ligero, mirando sin parar a todos lados: edificios, gente, tráfico. Para Kracauer (igual que para Benjamin) los nuevos modos de percepción presentaban una doble vertiente. Por un lado, el peatón se da cuenta de muchas más cosas, se convierte en una persona más desarrollada, porque es mucho más receptivo que los campesinos de Heidegger, cuyo mundo, aunque más coherente, queda claramente delimitado por los ritmos de los animales, de las estaciones, del paso del tiempo. A su vez, el moderno sujeto receptor se siente sobrepasado, como si sufriera un cortocircuito y ya no fuera capaz de transmitir la corriente, como un condensador que se quema por una fuerte subida de tensión. El receptor queda reducido a mero espectador que, como un niño indefenso, observa el aluvión de cosas que pasan a su alrededor sin llegar a participar de ellas.

Para Kracauer, el cine era un reflejo del trabajo racionalizado que se realizaba en las fábricas: ambos se dividen en partes bien definidas, que vuelven a ensamblarse rápidamente. Ni el cine ni las fábricas podían rechazarse: eran realidades de la vida diaria en el mundo moderno. Pero aún quedaba un atisbo de esperanza. Precisamente por esta relación con la fábrica, el cine no era sólo una pura alienación (aunque también): tenía un potencial liberador. Permitía que los individuos (al menos, desde un punto de vista teórico) se familiarizasen con la modernidad, ayudándoles a dar un primer paso y entrar a formar parte de ella. Una vez que el receptor lo asimila, deja de ser un mero espectador, y ante sus ojos se abre un mundo de posibilidades, de experiencias que elige con toda libertad. La fragmentación derivada de la modernidad no significaba el fin de la historia. Mediante la asimilación de ese proceso, el individuo trascendía el presente, lo que nos recuerda a Hegel y a Marx, así como Brecht y Weill.

“El ornamento de la masa” es uno de los ensayos más brillantes y conocidos que salieron de su pluma. Se publicó en 1927, entre un ramillete de grandes

obras escritas en aquellos años –como La montaña mágica, en 1925, o Ser y tiempo, de Heidegger de ese mismo año (como veremos a continuación) o La ópera de cuatro cuartos, en 1928–. En este caso, el asunto que trata Kracauer no es el cine, sino los "espectáculos de revista protagonizados por chicas", tan propios del cabaré de aquellos años. Las Jackson Girls o las Tiller Girls y tantas otras compañías, inspiradas en espectáculos norteamericanos del mismo estilo, acabaron haciendo magníficas y elegantes revistas en Berlín: unas treinta mujeres, de piernas largas y ligeras de ropa, se movían al unísono en el escenario, formando largas hileras y ejecutando pasos con gran precisión; su popularidad se debía sobre todo al modo en que levantaban las piernas.

Para Kracauer (aunque, probablemente, muchos espectadores del género masculino no estarían de acuerdo con él), la revista eran un espectáculo carente de erotismo. Todo lo contrario: le recordaban las dos pesadillas más recurrentes que sufría por las noches, a saber, el militarismo prusiano y las fábricas norteamericanas. Los perfectamente sincronizados y disciplinados movimientos de "aquellas chicas" le recordaban tanto a los prusianos marcando el paso como a la cadena de montaje ideada por Henry Ford. Eran la viva representación, no del deseo, sino del aislamiento, del alejamiento de hombres y mujeres de todo lo que los convertía en seres humanos, sentimientos eróticos incluidos. Era como si la modernidad capitalista hubiese destruido incluso el aspecto más fundamental de la existencia humana, y hubiese encontrado un sustitutivo de la sexualidad en las Tiller Girls, simbólica réplica de los rápidos disparos de las ametralladoras y de la ineludible monotonía de la cadena de montaje. Aquellas chicas, escribía Kracauer, eran "un producto de las factorías norteamericanas del entretenimiento: ya no son chicas en sí mismas, sino grupos de chicas que se mueven como si hiciesen demostraciones matemáticas".[29] Son "cuerpos en bañador, carentes de sexo", que sólo existen porque "forman parte de una masa". Los modernos medios de comunicación y transporte –cine, ferrocarril y aviones– facilitaban su presencia en cualquier parte del mundo, hasta en el pueblo más pequeño del más remoto continente.[30] Las Tiller Girls eran una especie de consecuencia de la globalización, aun antes de que se acuñase el término, con las mismas ambivalencias: la gente puede vivir las mismas experiencias en cualquier parte del mundo, una vivencia que amplía su forma de ver las

cosas, pero que se queda en agua de borrajas porque no tiene nada que ver con una determinada cultura o una sociedad en concreto. La ampliación de la experiencia, en este caso, culmina en seres desorientados, anónimos.

En un ensayo posterior, “Chicas y crisis”, refiriéndose a las Jackson Girls, Kracauer recurre a una analogía mecanicista mucho más explícita:

Las posturas de las chicas recuerdan el movimiento acompasado de los pistones (de los motores de un barco, por ejemplo). No los ejecutan tanto con precisión militar como tratando de asemejarse al ideal de las máquinas. Se aprieta un botón y el dispositivo de la chica se pone en marcha, como si la impulsasen treinta y dos caballos. Todos los componentes se ponen a rodar, y las señales se emiten en su longitud de onda correspondiente. Mientras esa maquinaria machaca, se agita y brama, como un aserradero o una locomotora, una sonrisa basta para echar una gota de aceite en las juntas y que la rueda dentada no se detenga. Hasta que, al final, una señal que no llegamos a oír ordena que cese ese movimiento mecánico y, automáticamente, el conjunto se descompone en sus elementos vivientes, siguiendo un proceso de destrucción que deja en la boca el regusto amargo de que esos componentes son incapaces de existir por sí mismos.[31]

La falta de individualidad que Kracauer describe en la actividad mecánica de las Jackson Girls implica que sólo existen como masa, y la única razón de su existencia consiste en su movimiento repetitivo, pautado y carente de sentido. Cuando la economía iba viento en popa, cada vez que aquellas chicas levantaban las piernas, al espectador le parecía oír “dinero, dinero”. “Cuando alzaban las piernas con matemática precisión por encima de sus cabezas, se deshacían en alabanzas al progreso que había traído la racionalización y, cuando repetían sin parar la misma pirueta, siempre en formación, había quien tenía incluso alucinaciones y se imaginaba una hilera de automóviles saliendo de la fábrica con destino al mundo exterior, imaginándose que aquella prosperidad duraría para siempre”. Pero en los años peores de la Depresión, las mismas chicas parecían “fantasmagorías”.[32] Las fábricas habían tenido que cerrar, así que el movimiento de las chicas-fábrica carecía de sentido.

Aunque Kracauer establecía una comparación explícita con los procesos productivos del capitalismo, las Tiller Girls eran la demostración palpable de algo mucho peor. En un régimen capitalista –según la forma de ver las cosas de Kracauer, no demasiado alejada del marxismo–, sólo se produce y se consume para generar beneficio (técnicamente, plusvalías), no por el valor intrínseco de las cosas producidas. Las revistas de chicas, en consecuencia, tampoco tienen un valor en sí mismas, sino que sólo son un ornamento que el público consume con la vista. Es el "ornamento de la masa", de ahí el título, porque cada chica no es un personaje individual, igual que carece de individualidad el obrero que trabaja en una fábrica. Lo que pone de manifiesto la excelencia de Kracauer, que va mucho más allá del interés de Marx en el proceso productivo (aunque Marx también escribió a propósito del fetichismo del consumo), para fijarse en la producción y el consumo de bienes culturales, y en la alienación que generan, bajo las condiciones fijadas por el capitalismo, tanto para los productores, las chicas, como para los espectadores. Los que forman parte de ello son incapaces de tener una visión de conjunto, como el obrero que está inmerso en la maquinaria de la producción capitalista no alcanza el significado que, para la sociedad en su conjunto, tiene su trabajo. Porque hasta sus extremidades van cada una por su lado, de forma que las piernas de las Tiller Girls atrapan al público por los ojos y pasan a convertirse en "una referencia abstracta de sus cuerpos".[33]

Incluso estos objetos emergentes, los signos más superficiales de los tiempos, nos indican el camino para llegar a una comprensión más profunda, según Kracauer. Por insignificantes y espantosos, carentes de sentido e incompletos que nos resulten, los mismos objetos que componen la sociedad de masas son una prueba de la esencia y el espíritu de los tiempos. En "El ornamento de la masa" escribía: "Por sorprendente que parezca, es posible determinar el puesto que le corresponde a una determinada época en el devenir histórico, gracias al análisis de sus manifestaciones externas más ordinarias […] que nos transmiten de inmediato la esencia de cómo discurren las cosas".[34] Un crítico perspicaz puede ahondar e ir más allá del espectáculo superficial que se ofrece a su mirada y llegar a descubrir su significado. Puede discernir el modo de vida que subyace bajo las piernas en alto de las Tiller Girls, aun cuando sus piruetas no revelen sino movimientos lineales o circulares.

Kracauer indaga en el significado de esos ornamentos que él mismo califica de superficiales. Lo más sobresaliente es su rechazo a aceptar respuestas sencillas y a sacar conclusiones fáciles. Las inagotables preguntas que plantea y el hecho de que disfrute con las tensiones y contradicciones que descubre son un rasgo que también se pone de manifiesto en las novelas y en los ensayos de Mann, en las óperas y espectáculos de Brecht y Weill y, como tendremos ocasión de comprobar, en las reflexiones filosóficas de Heidegger o en los fotomontajes de Hannah Höch.

Kracauer formaba parte de lo más granado de la tradición alemana, que anteponía el conocimiento y la formación a todo lo demás, que pensaba que la clase dirigente, masculina y educada, era el pilar de la cultura del país, verdadera encarnación del espíritu alemán.[35] Semejante ideal sirvió para poner en pie un soberbio sistema de educación superior que, a lo largo del siglo XIX, se había vuelto más permeable para los judíos y los no pertenecientes a la clase superior, con tal de que estuviesen dotados de un buen intelecto. Kracauer también identificaba la altura intelectual con la preeminencia en el orden social. Si adoptaba una postura crítica, hasta un intelectual entendería lo que representaban las Tiller Girls, comprendería que desentonaban, de forma que, a través de los ornamentos de la masa, podía llegar a la trascendencia, a un mundo utópico y no alienado.

Para muchos de estos hombres ilustres, la causa de la intelectualidad iba de la mano de cierto desprecio por la gente normal que formaba la sociedad de masas, especialmente de las mujeres y los placeres que procuraban en el mundo del espectáculo en la década de 1920. En el caso de Kracauer, tal desdén se hacía patente y explícito. Así, escribió en tono hiriente sobre esas “pobres dependientas” que van al cine para extraviarse en los mundos de ensueño producidos en Hollywood, o en su réplica alemana de Babelsberg (cerca de Berlín).[36] Lo que Kracauer sostiene en el ensayo que les dedica, con el significativo título de “Las pobres dependientas van al cine”, es que las películas reproducen los valores de la sociedad capitalista. Al ser un negocio, la industria cinematográfica es un elemento inseparable de la producción capitalista, y jamás realizaría filmes que pusieran en cuestión el valor del sistema que la sustenta. Todo lo contrario: sirve de acicate para el sentimentalismo barato y las crisis artificiales, que siempre se solucionan cuando un vagabundo se encuentra con una fortuna en las manos, o una

criada acaba casándose con un millonario. Cuando un filme plantea un desafío a la esencia del capitalismo, como la soviética El acorazado Potemkin, señalaba Kracauer, la crítica, tanto en Alemania como en otras partes del mundo, hablaba sólo de los logros estéticos y de las innovaciones en el campo de la cinematografía, vaciándola de todo contenido revolucionario.

Pero en el ensayo que comentamos Kracauer no sólo condena el capitalismo, sino que también critica a las dependientas por dejarse llevar por ese mundo de ensueños artificiales que crea el cine. Hace un resumen de la trama de unos cuantos melodramas; todos concluyen con una desdeñosa referencia a esas "pobres dependientas" que se deleitan soñando con que encontrarán un marido millonario, con sus "insospechadas reflexiones sobre las miserias del género humano y la bondad divina", o con los sentimientos que les inspiran los uniformes militares.[37] "Esas pobres dependientas se imaginan que sus jefes tienen un corazón de oro, y sueñan con el día en que encandilen con sus simplezas a un joven berlinés".[38] La mofa que hace de ellas llega a ser inquietante: ¿a qué tanta saña por unos pocos ratos de diversión, lejos de la implacable vigilancia de los capataces y jefes de planta, del mostrador o de la oficina, lejos del salario exiguo y las condiciones de hacinamiento en que vivían tantas mujeres alemanas?

"¿Cómo hay que entender el Ser?", así formulaba el filósofo Martin Heidegger la pregunta fundamental a todas las cuestiones que planteaba en Ser y tiempo, publicado en 1927, posiblemente una las obras filosóficas más importantes del siglo XX. Heidegger tiraba por la borda nada menos que toda la filosofía occidental posterior a Sócrates, para remontarse a los presocráticos que, al menos en su idea, habían sido los últimos en plantearse tan crucial interrogante, acercándose más a la respuesta que quienes les sucedieron. Heidegger no ignoraba ni menospreciaba la tradición occidental, pero creía que en el pensamiento de Occidente existía un error de bulto que recorría las obras de filósofos tan importantes como Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Kant y Hegel.

A su manera de ver, tal error consistía en una serie de desencuentros: entre el ser y el conocer, entre cuerpo y mente, sujeto y objeto, entre el sujeto cognoscente y lo conocido, entre el verdadero saber y la experiencia de la vida diaria. La famosa premisa cartesiana de "pienso, luego existo" era un error fundamental, según Heidegger, porque establecía una separación radical entre el individuo y el mundo que lo rodea, la esfera de los objetos que percibe el sujeto. El empeño que puso en desentrañar el significado del Ser (Dasein, en alemán) pasaba, en lo fundamental, por incorporar al hombre en el mundo que lo rodeaba, por restablecer la unidad entre el hombre y sus circunstancias, así como entre el momento de conocer y el discurrir del tiempo. "Fuera de nosotros" hay objetos que tienen existencia propia, aun sin ser percibidos por el hombre, y que sólo adquieren sentido una vez que lo son: para dar con ese significado es imprescindible efectuar una labor de interpretación.

En su filosofía, el Ser reviste un carácter totalizador. No se refería al ser de cada objeto ni de cada persona. "La 'universalidad' del 'Ser' –escribía en la introducción– no es una categoría o un predicado […] La 'universalidad' del Ser trasciende la universalidad del conjunto".[39] Heidegger se refería al significado ontológico de la existencia (aunque el término "existencia" revista un sentido menos auténtico en sus escritos). El Ser es autosuficiente de un modo análogo al Dios no definido de la Biblia: "Soy el que soy".[40] Dios es autosuficiente, Dios es totalidad, Dios es todo. Lo mismo cabe decir del Ser. ¿Cómo averiguar, pues, su significado? Heidegger nunca llegó a encontrar una respuesta. El carácter revolucionario de su discurso está contenido en el planteamiento que seguía, en la metodología a la que recurrió para tratar de dar con una respuesta, y en la conjunción fecunda de conceptos y métodos que, antes de él, formaban parte de corrientes filosóficas separadas. Es posible que, sencillamente, no haya respuesta a tal pregunta, ni siquiera para Heidegger, pero la forma de plantearla nos acerca más a lo auténtico, al Ser.

El lenguaje es fundamental. Gracias al primitivo lenguaje de la filosofía, el griego, o a su versión moderna, el alemán, podemos comenzar nuestra andadura por la senda del conocimiento. La de "senda" es una metáfora muy heideggeriana, como también lo son "luz", "iluminación" y "clarificación". Por la vía de preguntarnos, nos aproximamos a una

circunstancia iluminadora o clarificadora. El conocimiento sobreviene como una revelación: no es preciso que lo “atrapemos”, lo “captemos” o lo “pensemos”. En nuestro progreso hacia el conocimiento, hay algo primordial que surge de la experiencia.[41] Heidegger insiste en que es en la naturaleza, en el contacto con ella –el claro del bosque, el rayo de luz, el sendero forestal que recorremos–, o en el esfuerzo, o durante nuestro empeño, cuando nos acercamos a la comprensión, algo que, en muchos aspectos, es como “destapar” algo, no que lleguemos a hacer un descubrimiento. Las metáforas religiosas están más que presentes: naturaleza, revelación, iluminación, atisbos de la trascendencia que tienen su origen en nuestra comprensión del Ser. Heidegger había renegado de su educación católica, pero no del lenguaje cristiano.

Al mismo tiempo, su filosofía es completamente de este mundo: la trascendencia procede del conocimiento y de la acción en este mundo, no de una esfera espiritual. Porque sólo en la vida de cada día en este mundo, no construyendo teorías ajenas a él, podemos comenzar a destapar el significado. Esto no quiere decir que todas nuestras impresiones tengan su origen en los acontecimientos diarios. Tenemos que indagar en lo que los sustenta y permanece oculto, explorar las relaciones a que dan lugar, “pensar” en sus manifestaciones, comprender incluso los acontecimientos más triviales. El acto de destapar algo exige el reconocimiento por nuestra parte de que estamos ligados a este mundo: no existe el individuo, no hay una individualidad que pueda abstraerse del mundo. Por otra parte, no hay un significado esencial que sea distinto del que dispensamos a los objetos; de ahí, el papel esencial que reviste la interpretación en la filosofía de Heidegger.[42]

En Ser y tiempo, recurre a ejemplos muy prácticos para exponer sus ideas. El más famoso es el del carpintero y el martillo.[43] Es posible –y eso era lo que había hecho la filosofía anterior– disgregar diferentes elementos: objetos concretos (clavos, martillo y banco) y movimientos igualmente específicos, los de la mano o el brazo del carpintero que martillea. Pero Heidegger asegura que es empobrecedor no discernir más allá de lo que está ocurriendo. Los objetos y movimientos sólo adquieren significado cuando pensamos en ambos al mismo tiempo. Incluso ese primer acercamiento mental sólo nos permite una comprensión muy parcial. Porque el martillo

golpea el clavo en un preciso momento temporal, un tiempo en suspenso en el que se unen la habilidad que el carpintero ha ido adquiriendo con el paso del tiempo y la intención futura que guía ese movimiento, que no consiste simplemente en dar el martillazo al clavo, sino en hacer un armario. Tenemos que pensar en la acción y en el sujeto que la realiza al mismo tiempo, sin olvidar el discurrir del tiempo en que ese preciso instante está inmerso. A veces, basta sólo con que se desbarate esa acción en el tiempo –si se rompe el mango del martillo, o el clavo se dobla por un golpe mal atinado, o no tenemos a mano la madera que nos hace falta– para que caigamos en la cuenta de la totalidad de esas relaciones; es como si “algo se encendiese [y] el mundo anunciase su presencia”.[44] En este caso, se trata de un ejemplo decisivo: es la experiencia diaria, no el pensamiento abstracto, lo que nos permite entender el mundo, y que el mundo se nos revele (más que pensarlo), gracias a nuestra acción en el mundo. Pero esta revelación del mundo, a su vez, este “ser-en-sí-mismo” requiere una “interpretación”[45].

Según Heidegger, las cosas no tienen una “verdadera” esencia, algo subyacente a lo que percibimos o que se despliegue en la experiencia diaria. Sólo podemos acercarnos al significado del Ser si llegamos a comprender los lazos inextricables que se tejen entre objetos y observador, cosas y agentes, la interrelación de todos ellos, su condición de Dasein, de estar-ahí o de estar-en-el-mundo. Heidegger siempre planta cara al dualismo; entre objetos y conocimiento, entre individuos y mundo, entre conocimiento e interpretación. En la época moderna, apunta, vivimos en un estado de mera existencia, un estado de irreflexión impuesto por nuestra preocupación por las apariencias superficiales y los objetos, por las tecnologías que devastan el mundo. Vivimos, durante un corto periodo, rodeados de hostilidad, en un mundo que carece de autenticidad, y que no ha tenido esa cualidad a lo largo de milenios. El Ser es auténtico; la existencia no lo es.

Si formula las preguntas correctas, el hombre se abre al Ser y se hace más humano. Plantearse preguntas auténticas supone una aceptación de nuestra incardinación en el mundo, del Dasein, del ser-ahí o del ser-en-el-mundo. En palabras de Heidegger:

Para plantearnos de forma correcta la cuestión del Ser, hemos de partir de un ente, el hombre que formula la pregunta, que sea transparente a su propio Ser. Porque el hecho de hacerse semejante pregunta es un modo de Ser de ese mismo ente, que, como tal, extrae su naturaleza esencial de la propia pregunta que se hace, a saber, el Ser. Este ente que somos cada uno de nosotros y que cuenta con la facultad de plantearse preguntas como una de las manifestaciones de su Ser es a lo que, en adelante, nos referiremos como ‘ Dasein ’.[46]

A pesar de los vericuetos de un lenguaje tan abstruso, queda claro cuál es el vasto objetivo al que apunta la ambición intelectual de Heidegger. Precisamente, en esas vueltas y revueltas estriba la cuestión. Es su forma de plantar cara a la dicotomía entre sujeto y objeto que, durante tanto tiempo, ha dominado el pensamiento occidental. El “ente” es el individuo que indaga y se pregunta, el mismo que, cuando se plantea la cuestión fundamental, participa del Ser. Nuestra naturaleza esencial –el Ser– reside en las preguntas que nos hacemos sobre el mismo Ser, porque en ese momento participamos del Ser como Dasein. Pero hay que esforzarse para llegar a eso, porque el Dasein es sólo una potencialidad. “El Dasein siempre se entiende a sí mismo en los términos de su propia existencia, es decir, en términos de la posibilidad de ser: ser él mismo o no serlo”.[47]

La insistencia de Heidegger en la autenticidad, a través de la individualidad, era un recordatorio de la alta estima de que gozaba la Bildung (educación y formación) entre los alemanes, un concepto tan determinante en la historia moderna de Alemania. Al igual que Mann y Kracauer, Heidegger ponía de relieve la función del hombre inquieto y cultivado, capaz de llegar al conocimiento fundamental por excelencia, el del Ser. Aunque nunca lo expuso con claridad, parece que sólo ese tipo de hombre sería capaz de una reflexión en profundidad sobre el acontecer diario que pudiera calificarse de auténtica, y constituyera, en consecuencia, un atisbo del Ser.

Pero en el día a día de un mundo moderno y nada auténtico, como la Alemania de Weimar en realidad, se había impuesto la masa anónima, los “otros”, de modo que hasta los potenciales conocedores del Dasein habían perdido su individualidad. Porque el Dasein es el “yo”: “Es una entidad que siempre es el yo; su ser es siempre el mío […] A la pregunta por el ‘quién’

siempre se encuentra la respuesta en términos del ‘yo’, del ‘sujeto’, del ‘ser-en-sí’”.[48] Sin perder de vista a los “otros”, “aquéllos de quienes, en la mayoría de los casos, no llega a discernirse el ser-en-sí”.[49] Se trata de una afirmación no sólo abstrusa, sino contradictoria con su discurso. Hemos insistido en que la filosofía de Heidegger no hace ninguna abstracción del “yo”, porque la persona siempre está con otras: “El Dasein en sí mismo es estar-con”.[50] De modo que llegar al Ser también reviste una dimensión social. Pero los otros pueden ser también la masa que, en vez de yoes individuales (Dasein), constituye un mundo de conformismo en el que no reflexionamos sobre la cuestión fundamental del Ser, en el que sólo atendemos a la voluntad y a los impulsos de la masa.[51] El Moloch de los “otros” siempre prevalece sobre el “yo”, hasta anular al ser-en-sí.

Heidegger pone como ejemplo del temible y aterrador poder de las masas las modernas tecnologías y los nuevos medios de comunicación, los transportes públicos y los periódicos, que tan amplia difusión habían alcanzado en Weimar. Merece la pena reproducir el pasaje:

Cuando utilizamos los medios de transporte públicos o recurrimos, para estar al día, a informaciones como las que nos ofrecen los periódicos, los otros se convierten en nuestros prójimos. El ser-con-otros elimina por completo nuestro Dasein, devenimos en el ser-con-otros, hasta el punto de que los otros, tan reconocibles e identificables, parecen desvanecerse. La dictadura real de los ‘otros’ se revela en esa desidia, en esa dejadez. Nos divertimos y disfrutamos cuando, en realidad, son los otros quienes lo pasan bien; leemos, vemos y emitimos juicios sobre literatura y arte, cuando son otros quienes ven y opinan; como ellos, nos refugiamos en la ‘gran masa’, y nos parece ‘llamativo’ lo que ellos consideran como tal. El término ‘ellos’ no se refiere a nadie en concreto, pero lo que representa, aunque no sea la suma de todos ellos, conforma el Ser en el día a día […]

Los ‘otros’ […] siempre están atentos a cualquier hecho excepcional que pueda representar un ataque para ellos. Cualquier intento por destacar se suprime, sin levantar polvareda. De un día para otro, todo lo que parecía importante se transforma en algo que desde siempre se ha considerado lugar común. Todo lo que se consigue con esfuerzo es manipulado con posterioridad. Todo secreto pierde su carácter. Esta preocupación por no destacar revela, a su vez, una tendencia esencial del Dasein como ‘cuidado’, que merma todas las potencialidades del Ser.[52]

En su visión retórica de un mundo degradado que acaba con toda individualidad, con todo atisbo de esperanza en el Ser auténtico, este pasaje no difiere mucho de los firmados por otros eminentes críticos de la moderna sociedad de masas: Karl Marx, Ortega y Gasset o George Orwell. Para Heidegger, sin embargo, las razones de semejante caída no hay que buscarlas en el capitalismo ni en los totalitarismos del siglo XX. Para dar con ellas, es preciso remontarse mucho más atrás, hasta algo más complicado: los errores de la filosofía; la fuerza del conformismo cuando son los “otros” quienes prevalecen sobre el yo individual; la propia vida moderna que, con su insistencia en las apariencias y en la hiperactividad superficial, dota a la masa de un poder aún mayor y ahonda el abismo de alienación en que viven los hombres. Eso es lo que identifica este mundo caído, el mundo superficial, hecho más de chismorreos que de discursos, más lleno de temores que de un Angst (sobrecogimiento) reverencial.[53] La vida moderna está caracterizada por la carencia de autenticidad.

Sin embargo, en Ser y tiempo se afirma que no hay que lamentarse, que el declive desde los presocráticos hasta el momento actual es un proceso ineludible. Pero siempre podremos encontrar un camino de vuelta (aunque ni Heidegger ni nadie haya dado con él). El retorno al Ser se produce gracias al Sorge, al cuidado y a la preocupación por los demás, a la solicitud hacia los otros, al trabajo (o actividad) que realizamos en el mundo, por el Ser, en definitiva. Y esta actitud nos conduce, por otra parte, al reconocimiento de la finitud de la vida, del valor nulo de la muerte, de la irreducible individualidad de la muerte. La de otros puede provocar en nosotros emociones diversas, pero la propia muerte es, en definitiva, sólo cosa nuestra. La aceptación de esa realidad nos hace libres para acercarnos al Ser, nos permite plantear preguntas importantes y, en consecuencia, nos acerca a

la autenticidad.[54] Formular la cuestión del modo correcto es otra forma de confiar en que ha de haber una respuesta. O, como dice Heidegger:

En las propias preguntas que nos planteamos reside la propia respuesta que andamos buscando […] Esta indagación, como toda investigación, debe de ser guiada de la mano por lo que andamos buscando. De forma que el significado del Ser tiene que ser algo que esté a nuestro alcance […] No sabemos lo que significa el 'Ser', pero incluso cuando nos preguntamos 'qué es el Ser', tenemos la sensación de que 'es', aunque seamos incapaces de establecer conceptualmente lo que ese 'es' significa.[55]

Cuando nos hacemos esta pregunta, nos abrimos al éxtasis o a la sorpresa (depende de las traducciones) que es la vida: renunciamos a la placidez y a la investigación y, maravillados, contemplamos lo que significa el Ser. Pero lo que se intuye en Ser y tiempo y, de forma más explícita, en obras posteriores, es que Heidegger tiende puentes entre el Dasein y la sociedad, de forma que la sociedad organizada, por naciones o por razas, se convierte en instancia amplificada del individuo: también se puede llegar al Ser a través de una sociedad auténtica. Esta correlación, la crítica de la modernidad y el alegato en favor del individuo para que encuentre sus raíces profundas en la sociedad de su nación, o de su raza, formaban parte de la argumentación propia de la derecha en el periodo de Weimar y explica el posterior alineamiento de Heidegger con los nazis.

La magnificencia de Ser y tiempo se debe en gran parte a las insólitas y fecundas uniones de conceptos de Heidegger, que hacen que su pensamiento, sus escritos y sus conferencias resulten tan actuales. Así, la afirmación de que nuestra comprensión se asienta en la experiencia de la vida cotidiana, aunque requiere una interpretación; la insistencia en el yo individual, siempre de la mano con una dimensión social a través de la incardinación del individuo en el mundo, compuesto como está de naturaleza, objetos y otros seres humanos; la aseveración de que el mundo se nos revela a cada uno de nosotros, que la comprensión del Ser es, de alguna manera, primordial, aunque, de nuevo, eso también exija una interpretación. Aparte de su recurso a un lenguaje alambicado y circular, no son pocos quienes opinan que sus escritos abundan en contradicciones. Nos refiramos a ellas como tales, o como exponentes de una tensión, el caso es que, en la década de 1920,

cautivaron a muchos de los alumnos de Heidegger, como Hans Jonas, y aún hoy suscitan ideas, comentarios y debates.

Por mucho que Heidegger representase una renovación radical de la filosofía y por brillante que fuera su trabajo, fue un hombre que vivió en un país determinado y en un tiempo concreto, la Alemania de la década de 1920 y principios de la siguiente. Ni en sus escritos, ni siquiera en su correspondencia, encontramos nada que nos permita afirmar que su ruptura intelectual guarde relación alguna con la devastación de la Primera Guerra Mundial o con las crisis de la posguerra. Había participado en campaña en el frente occidental, aunque durante muy poco tiempo; y, de eso no cabe duda, era un hombre refractario a la política y la cultura de la Alemania de Weimar. La suya era una voz más de aquel coro que entonaba la "crisis de la civilización", orquestado por el discurso de la derecha del decenio de 1920 (asunto sobre el que volveremos). Antes de ser tan conocido, en una carta a su amiga (y quizá amante), Elisabeth Blochmann, expresaba su anhelo de que se produjese una renovación espiritual, algo no muy alejado precisamente de las aspiraciones de muchas personas de derechas, incluso también de izquierdas.

La vida espiritual tiene que volver a hacerse una realidad entre nosotros, tenemos que imprimirle esa fuerza que nace de la personalidad, un impulso capaz de "dar un vuelco" que nos arrastre a un verdadero resurgimiento, un empuje que, como tal, sólo se revela en la simplicidad, no en el hastío, en la decadencia que ahora nos rodea […] Sólo conseguiremos esbozar y perfilar esa vida espiritual si quienes están dispuestos a sumarse a ella lo hacen plenamente convencidos en lo más íntimo de su existencia como personas. [56]

Heidegger sabía que él era capaz de trazar esa senda de renovación espiritual con sus ideas, que tenía la fuerza para hacerlo.

Rara vez abandonó el suroeste de su país; pasó la mayor parte de su vida en una cabaña que tenía en la Selva Negra. El jazz, el arte expresionista, el tráfico y la gente que iba de un lado a otro de las ciudades, le traían completamente sin cuidado. Imitaba así a otros pensadores que, en tantos aspectos, abominaban de la modernidad. En su opinión, el punto de inflexión lo había marcado la Revolución Francesa, que había provocado la irrupción

de las masas en la escena política y había impues-to una ideología liberal individualista que desarraigaba a los seres humanos de toda relación orgánica con la patria, la nación o la raza. Las fábricas y las ciudades modernas eran ejemplos más que sobresalientes de semejante alienación y, desde esta perspectiva conservadora, a nadie sorprenderá a estas alturas la afirmación de que los judíos llevaban la voz cantante en ambos casos. Heidegger compartía los mismos puntos de vista (aunque su antisemitismo fuera posterior: su mentor fue un judío, Edmund Husserl y, como ya hemos señalado, aceptó alumnos judíos), pero buscó los orígenes de tal alienación en épocas muy anteriores a las que invocaban sus correligionarios conservadores. Según Heidegger, el declive no se había iniciado con el advenimiento de la Revolución francesa; rastreó sus orígenes hasta la Atenas clásica, momento en el que se instaló el error fundamental en la filosofía. De los escritos de Heidegger emana un tono apocalíptico, teológico, como si el hombre hubiese estado caído desde entonces, y la única salida de la crisis consistiese en repensar los fundamentos de la filosofía occidental. (A pesar de su formación teológica, el propio Heidegger rechazaría siempre que su filosofía encerrase una dimensión teológica). Precisamente es la caída, la carencia de autenticidad, que tanto inquietaba a Heidegger, lo que hace que sus opiniones coincidan con las de otros pensadores conservadores.

Después de escribir Ser y tiempo, Heidegger pasó de un salto del problema de la comprensión del Ser a postular, en cierto modo, una comunidad orgánica que puede llegar a comprenderlo, una comunidad cuya lengua, el alemán, guarda una estrecha afinidad con el griego, el primigenio lenguaje de la filosofía. Sólo esas dos lenguas, según él, valían para ahondar en el significado del Ser. Si se tiene en cuenta que, tras la aparición de su obra emblemática, Heidegger rechaza que dicha comprensión tenga algo que ver con cualquier concepto ético o moral, esa estructura orgánica permite que sus escritos sean objeto de múltiples interpretaciones políticas.[57] Pero no se puede afirmar simplemente que su filosofía sea conservadora, porque su enfoque hermenéutico de que el conocimiento se alcanza siempre desde cierta perspectiva, dependiendo de la interpretación de cada persona, echa por tierra certezas que los conservadores daban por sentadas, como la idea de que hay significados inamovibles y no sujetos, por tanto, a discusión, sobre los que no cabe sino librar batallas políticas contra sus oponentes.

Mientras que Thomas Mann, Siegfried Kracauer, Bertolt Brecht y Kurt Weill tuvieron que abandonar Alemania después de 1933, Heidegger se pasó a las filas del nazismo. Como bien apunta George Steiner, lo más importante en cuanto a su herencia política no pasa sólo porque ejerciera el cargo de rector de la Universidad de Friburgo durante el régimen nazi, ni por sus declaraciones a favor de los nazis a principios y mediada ya la década de 1930, ni siquiera por haber dado su aquiescencia a la expulsión de los profesores judíos de su universidad, entre ellos su propio mentor. En este aspecto, Heidegger no fue ni mejor ni peor que muchos otros intelectuales alemanes, que pensaban que los nazis serían capaces de acabar con la crisis de la civilización. Lo más importante es su silencio a partir de 1945.[58] Nunca condenó el nacionalsocialismo: sólo hizo un comentario banal sobre Auschwitz restándole importancia a la tragedia que representa. En lo que se refiere a su filosofía, la cuestión es mucho más ardua. Aunque afín a los nazis y a otros círculos conservadores radicales, su enfoque hermenéutico socavaba sus propias posturas políticas. Rara vez es posible encontrar en Heidegger ese toque de ironía o de sarcasmo que permite que artistas y filósofos se distancien de los acontecimientos e ideas a los que se refieren, ya sea en una novela, como en el caso de Mann, o en una ópera moderna con ribetes de jazz, como en Brecht y Weill.[59] Para Heidegger, la crisis de la filosofía era un asunto muy serio; mortalmente serio, de hecho.

Para Heidegger, los periódicos eran un claro ejemplo del chismorreo deslenguado que tanto detestaba, una muestra del estado de decadencia del hombre en la era de la modernidad. La pintora Hannah Höch, por el contrario, sacaba de ellos su inspiración. Con titulares e imágenes que encontraba en periódicos y revistas, Höch desarrolló una nueva forma de arte, el fotomontaje. Como tantos otros movimientos artísticos de la época de Weimar, es posible encontrar esta forma de expresión artística antes de 1914, incluso en los últimos años del siglo XIX, cuando los diseñadores mezclaban fotos y dibujos en carteles publicitarios y postales. Durante la Primera Guerra Mundial, empresarios avispados vendieron montones de tarjetas postales para que los soldados que estaban en el frente pudieran escribir a los seres queridos que habían dejado en la patria.

Antes de esa fecha, pocos críticos se habrían atrevido a calificar como “arte” tales tarjetas o los anuncios de jabón: el “auténtico arte”, como representación de valores intemporales, se exponía, para ser admirado, en galerías y museos, o en los salones de los ricos. Pero, tanto durante la guerra como inmediatamente después de acabar el conflicto, se produjo una eclosión y los artistas de la época recurrieron a objetos de la vida diaria para realizar su trabajo. Más que repudiar la sociedad de masas y sus artilugios, como Heidegger y tantos otros, o mantener una profunda ambivalencia, como Mann e incluso Kracauer, se echaron en brazos de los productos industriales y de los periódicos impresos. Höch fue una de las primeras en recurrir al fotomontaje como una de las formas más depuradas del arte moderno; en sus manos, era una forma ideal de ejercer la crítica. Su obra ensalzaba y criticaba a un tiempo la modernidad de Weimar. No estaba sola en el empeño. Sus amigos Kurt Schwitters y John Heartfield, o el artista soviético Kasimir Malevich, entre otros, fueron también pioneros de esta forma de expresión artística. Todos eran de izquierdas; Malevich y Heartfield eran miembros del partido comunista de sus respectivos países, y Höch simpatizante.

Höch y Heartfield recurrían a una diversidad de fuentes para conseguir imágenes fotográficas y titulares –periódicos, revistas populares y anuncios–, que recortaban y reagrupaban de forma novedosa y llamativa. Gracias al método de seleccionar imágenes ya publicadas y difundidas para, a continuación, recortarlas y mezclarlas con otras, Höch y Heartfield pretendían mostrar la fugacidad de las cosas. Con una sensibilidad muchas veces caprichosa o no exenta de utopismo, se encargaban de reordenar la imagen que un periódico, una revista o un anuncio pretendían que fuese permanente. Nadie se extrañará de que Bloch recibiese el fotomontaje con los brazos abiertos: representaba una estética emancipadora que iluminaba el camino hacia múltiples y utópicas posibilidades.[60]

Durante los primeros años de la posguerra, Höch y Heartfield se unieron al movimiento dadaísta que, no sin orgullo, proclamaba la muerte del arte tradicional y el nacimiento de un nuevo arte “mecanicista”. En el conocido Manifiesto Dadaísta de 1918, el poeta francés de origen rumano Tristan Tzara hacía una parodia de todas las convenciones, de la tradición y de los valores intemporales. “DADÁ NO SIGNIFICA NADA ”, decía a todo aquel que quería escucharle. Es una utopía, un saber y una necedad, un rechazo de

la familia, de la gazmoñería sexual, de la lógica, de la memoria y de la arqueología: una exaltación de la espontaneidad y la locura. “Libertad: DADÁ, DADÁ, DADÁ ; bramido de penas negras, entretejido de contrarios y de antítesis, rarezas e impertinencias: LA VIDA MISMA ”.[61] El dadaísmo fue el primero de una venerable sucesión de movimientos artísticos del siglo XX, que entremezclaban la gravedad reflexiva con la provocación más directa, que clamaban contra la violencia, la represión y el autoritarismo de la sociedad de su tiempo y de las formas artísticas convencionales, aunque en ocasiones tampoco hacían ascos a la violencia, y que proclamaban que todo podía ser arte, desde una taza de inodoro hasta una bicicleta. El dadaísmo era la expresión de la desesperación provocada por la violencia de la Primera Guerra Mundial, con su interminable lista de muertos y sufrimientos, así como de las esperanzas concebidas al finalizar la contienda, un movimiento que atrajo a seguidores de todo el continente, también de Alemania. Siempre ha sido tenue la alianza entre revolucionarios políticos, como los comunistas, y estéticos, como los dadaístas; pero, entre 1917 y 1923, los simpatizantes de ambos bandos pensaron que estaban del mismo lado. El recurso a objetos de la vida diaria en combinaciones bastante improbables, como el fotomontaje, al menos a comienzos de la década de 1920, era lo más representativo del movimiento dadaísta, aunque lo adoptasen también otras corrientes, como el constructivismo soviético, que también influiría en Höch.

Höch había nacido en el seno de una familia de clase media baja de Turingia y, cumplidos ya los veinte, justo antes de que estallase la guerra, fue a Berlín para estudiar bellas artes. En 1916, entró como diseñadora en el grupo editorial Ullstein, donde trabajó durante gran parte de esa década, aunque sin descuidar su propia vocación artística. Llevaba la vida de las mujeres modernas de entonces: profesional, rodeada de un amplio círculo de amistades de diferentes nacionalidades y soltera, aunque mantuvo relaciones tanto con hombres como con mujeres. Participaba también del espíritu que impulsaba el arte moderno de su época, ese vaivén continuo entre arte y vida diaria, el arte como protesta y el arte como negocio. Sus creaciones se exponían en galerías y talleres, aunque también podían contemplarse en los periódicos y revistas de gran difusión que editaba la casa Ullstein.

Los fotomontajes de Höch eran una exaltación y una crítica despiadada de la vida moderna: las ambigüedades y ambivalencias de aquella época en lo

referente a raza, género y tecnología quedan perfectamente reflejadas en sus mejores obras. Como a Brecht y Weill, a Höch le entusiasmaban aquellos rasgos que mejor ilustraban la modernidad: la velocidad, la tecnología, los medios de comunicación de masas, las posibilidades de emancipación y la diversidad étnica y racial del mundo. En todos sus trabajos aparecen símbolos de la modernidad de la década de 1920 –rascacielos, películas, estrellas de cine, mujeres modernas, Estados Unidos–, así como testimonios del cruce de la cultura europea con las tradiciones asiáticas y africanas. En las obras que realizó a principios de esa década se percibe una cierta frivolidad, como si nuestra artista estuviese descubriendo nuevas formas de expresarse y tratase de ensalzar las posibilidades que ofrecía la vida moderna: las luces, el consumo, los espectáculos, el poder de las máquinas o las esperanzas, rebosantes de optimismo, en una sociedad mejor y más justa. Le hechizaba la belleza femenina y, en muchas de sus obras, podemos contemplar a mujeres en movimiento que, como atletas o bailarinas, parecen tranquilas y felices, imágenes emblemáticas de las mujeres liberadas de la década de 1920. Pero hasta la ligereza de esas primeras obras queda desfigurada, en ocasiones, por imágenes violentas de torsos femeninos destrozados. Höch era una entusiasta de la emancipación de la mujer y protestaba con toda su energía contra la violencia de que muchas veces eran objeto; criticaba que se las tratase como mercancías, que se las utilizase como reclamos para la compraventa de artículos de consumo, normales o de lujo.[62]

En una de sus obras más conocidas, Dada-Ernst, de 1920-1921 (fig. 7.1.), el espectador queda atrapado por la imagen que observa en el ángulo inferior izquierdo: una atleta que se dispone a saltar. Sobre ella, aparece una figura femenina estilizada y semidesnuda, coronada por la imagen de dos boxeadores. En la parte derecha, contemplamos un rascacielos. Pero, ¿qué decir del par de piernas femeninas que dominan el montaje, con un ojo que cubre la zona púbica, tapada a su vez con dos monedas de oro? Entre las piernas aparece una mujer esbelta vestida con algo parecido a un cucurucho de esos que se encasquetan a los malos estudiantes. En el centro del montaje sobresale también una sierra. Höch reúne en esta obra una serie de imágenes discordantes de la modernidad. Ensalza las imágenes de cuerpos en actividad de mujeres y hombres (los boxeadores), tan frecuentes en la década de 1920, al tiempo que parece sugerir que el comercio (las monedas) y la violencia (las piernas sin el resto del cuerpo, la sierra, el boxeo) forman también parte

de la realidad moderna y afectan de modo especial a las mujeres. Dada-Ernst es un ejemplo de optimismo y emancipación, de temor y de violencia a un tiempo.

Otra de sus obras más famosas de este mismo periodo, “Cortado con un cuchillo de cocina Dada a través de la última época cultural de Alemania, la de la gran barriga cervecera de Weimar” (1919-1920) (véase ilustración en color 5) es tan caótica como su título. El montaje se compone de montones de imágenes recortadas de revistas y periódicos: tal aglomeración de objetos ya nos da una idea de la modernidad que pretende plasmar. Se ven multitudes en una manifestación, ruedas y cojinetes industriales, los rascacielos de una ciudad moderna. Unos artistas de circo comparten el espacio con iconos de gente respetable, como banqueros (o eso parecen) y oficinistas. Una figura de arte indígena carga con un cajón y una hilera de cámaras junto a los rostros de Marx y Lenin. Hay cabezas de mujeres unidas a cuerpos masculinos; una de las figuras femeninas parece sobrevolar el montaje. En el lienzo aparecen también políticos y atletas muy conocidos: aunque en una imagen cortada, se ve al presidente del Reich, Friedrich Ebert, al que fuera káiser, Guillermo II, y al mariscal de campo Von Hindenburg, ridiculizados. También se ven actrices muy conocidas, entre las que aparece la propia Höch, y un mapa de Europa en el que se refleja el avance del sufragio femenino. Una panoplia de imágenes que es un caos controlado, como la modernidad. Höch representa el desbarajuste de la vida moderna en todas sus manifestaciones, desde la respetabilidad burguesa hasta la revolución, desde la fábrica al salón de baile o al escenario de un teatro, desde individuos ilustres hasta multitudes que se manifiestan. Pero Höch no era una observadora imparcial: la ridiculización de las figuras emblemáticas de la Alemania imperial, incluso de dirigentes políticos de la República, la representación de la mujer en acción y las hasta cuatro veces repetidas expresiones “Dadá” o “anti-Dadá” son pruebas elocuentes de su compromiso con la revolución, tanto en lo político como en su faceta cultural.

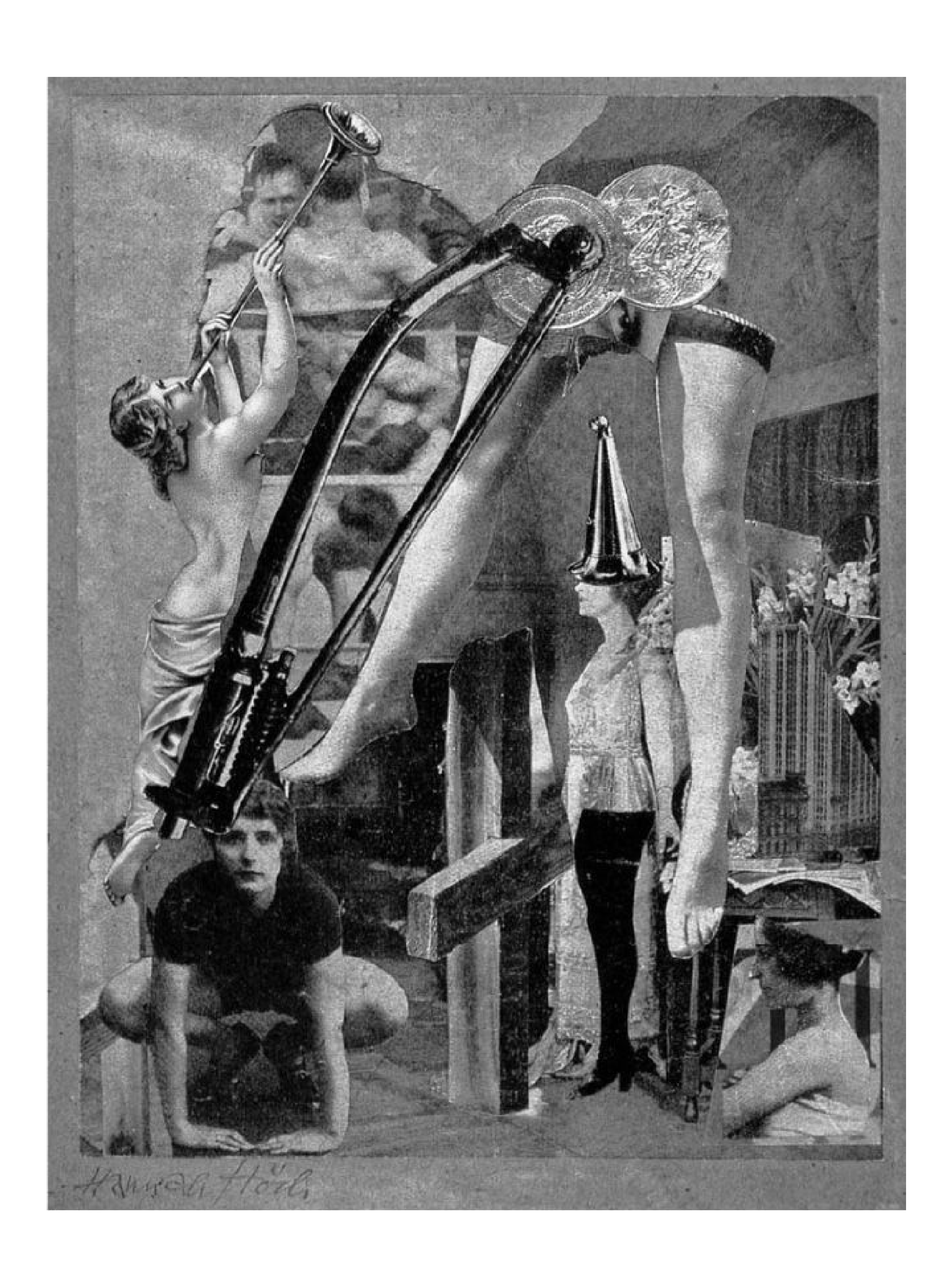

Hannah Höch

Fig. 7.1.: Hannah Höch, “ Dada-Ernst”, 1920-1921. Fotomontaje de la primera época de su adhesión al movimiento dadaísta, en el que afirma la fuerza, la belleza y la independencia de las mujeres, amenazadas por las fuerzas presentes en la vida moderna, sobre todo el dinero y las herramientas de la producción industrial capitalista. (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).

A partir de mediados de la década de 1920, Höch adoptó su visión particular de la Nueva Objetividad: sus trabajos recurren a tonos más sombríos, el estilo se torna más austero. Han desaparecido casi por completo los montajes abigarrados y caóticos de los años posteriores a la guerra. Más que como jubiloso medio de liberación, la tecnología aparece como un monstruo temible que desquicia y destruye.[63] Sus últimos montajes, sin embargo, muestran un perfil decididamente crítico. Entre sus últimas obras, las mejores son una crítica acerba del fanático racismo de los nazis y de muchos alemanes. Adopta también una perspectiva más feminista, quizá un reflejo de las dificultades que, por ser mujer, había encontrado para abrirse camino en el mundo del arte, dentro de un grupo como el movimiento dadaísta, dominado por hombres y tan misógino (aunque también conservó amistades masculinas durante toda su vida, como Moholy-Nagy). La tecnología es especialmente nociva para las mujeres; la modernidad representa también el apogeo de las mujeres como objetos comerciales. En muchas de sus obras criticaba a la encantadora mujer moderna, tal como se la mostraba en innumerables anuncios. Al igual que muchos artistas europeos, Höch adoptó un cierto primitivismo, en la creencia de que en la supuesta naturalidad y sencillez de los pueblos no pertenecientes a la cultura occidental se encontraría el antídoto para las tensiones y fracturas de la modernidad. En una época en que los anuncios iban dirigidos a las masas de mujeres como objetivos comerciales, Höch buscó la belleza en los africanos y en los asiáticos, que suponía más próximos al estado natural del ser humano.[64] La mezcla de africanos y europeos en sus obras de arte escandalizó a muchos, dado el racismo imperante. Es fácil ceder a la tentación de tildar toda esta parte de su obra como orientalista, un ejemplo más de la fascinación, y también de la condescendencia, de los europeos frente al “primitivismo”. Pero también es posible percibir la admiración que sentía por la belleza física de los no europeos. Mientras en sus primeros fotomontajes se observa una mezcolanza radical y novedosa de materiales y objetos, sus últimas

obras, sin renunciar a esa técnica, introducen imágenes de europeos, africanos y asiáticos, en ocasiones cargadas de erotismo. Con su trabajo trata de echar abajo el concepto de raza, basado en rasgos de consanguinidad, como grupo distintivo. Por otra parte, en muchas de sus obras critica el recurso a las "culturas primitivas", asociado siempre a museos etnográficos o de historia natural, así como con una tradición mucho más odiosa, las Völkerschauen, donde se mostraba a individuos de pueblos exóticos en circos y ferias ambulantes.

En Amor entre los arbustos (1925), Höch unía el rostro de una mujer blanca, con la boca abierta y el pelo corto, con la cara de un hombre negro (véase ilustración en color 6). El hombre extiende sus largos brazos alrededor de unas piernas, cubiertas por unos pantalones, que lo mismo podrían ser de una mujer que de un hombre. En la imagen sobresalen unas cañas, que hacen las veces de arbustos. En La novia (1933), se ven el cuello y los hombros desnudos de una mujer blanca, con un rostro de africana o polinesia y un velo de novia en la cabeza, que cubre el fondo del montaje (fig. 7.2.). En Monumento II: Vanidad (1926) (véase ilustración en color 7), Höch coloca sobre un pedestal el vientre y las piernas de una mujer blanca, con un torso masculino y la cara y el tocado de un "brujo africano", sacados de una foto de Uhu (Búho), una publicación de Ullstein. Con estas representaciones, Höch plantaba cara a los conceptos predeterminados que imponían las ideologías racistas y de género. Para mayor escándalo, mostraba la posibilidad del amor y el sexo interraciales, así como de seres humanos andróginos o bisexuales. No faltará quien diga que Pareja de novios campesinos (1931) (fig. 7.3.) es una afirmación de las opiniones racistas convencionales, y que se trata de una obra racista en sí misma.[65] Pero lo cierto es que sólo puede considerarse como un comentario satírico de la ideología racista y de la idealización de la vida campesina por parte de la derecha. Nada podía resultar más ultrajante para los conservadores alemanes que una boda campesina representada como la unión de un hombre africano con una mujer de rasgos de primate y el rostro coronado por unas trenzas de cabellos rubios.

La visión de la versatilidad de las identidades raciales y de género, al igual que la consideración de la sociedad de masas como multirracial y multiétnica, constituían una réplica contundente a las ideas racistas que imperaban en casi todo el mundo occidental durante la década de 1920, una

ideología que llegaría a adquirir rango oficial bajo el régimen nazi. Para sus obras, Höch recurría a objetos de la vida moderna de su tiempo, tal como aparecían en periódicos y revistas, para dejar bien sentado que el arte, en sí mismo, era un emblema del modernismo. A pesar de sus temores a propósito de la tecnología y de sus críticas por convertir a las mujeres en reclamos para el consumo, no dejó de ensalzar la sociedad de masas, desde una perspectiva en la que la palabra “masas” traspasaba las fronteras de Alemania para abrazar también a africanos y asiáticos.



Fig. 7.2.: Hannah Höch, La novia, 1933. Una vez más, Höch hace frente a los conceptos de raza y género mediante el recurso a la mezcla de formas corporales europeas y africanas. (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).

Es una ilusión tratar de “demostrar” por qué en un sitio y en un momento determinados se desarrolla una cultura, y artistas, escritores y filósofos traspasan todas las barreras y crean novedosas manifestaciones de su talento –ya sea en un escenario, en una página impresa o en un lienzo–, y son capaces de suscitar discusiones y debates que siguen vivos aún al cabo de muchas décadas. De lo que no hay duda es de que uno de esos tiempos y lugares fue la Alemania de Weimar. La montaña mágica, de Thomas Mann; La ópera de cuatro cuartos, de Brecht y Weill; los ensayos de Kracauer; Ser y tiempo, de Heidegger, y los fotomontajes de Höch son sólo una pequeña muestra de los escarceos artísticos de aquella época. Aún hoy los leemos, los contemplamos o los escuchamos, más como manifestaciones culturales vivas que como documentos históricos. Todavía nos dan pistas para profundizar en las circunstancias de la modernidad, y hasta para atisbar, en ocasiones, la belleza de una lengua, de una idea o de una imagen.



Fig. 7.3.: Hannah Höch, Pareja de novios campesinos, 1931. La provocación definitiva para los conservadores alemanes: las trenzas de una campesina alemana en la cabeza de un animal, y la perspectiva de un matrimonio entre un africano y una mujer alemana (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).

Los protagonistas señeros del panorama cultural de Weimar eran, en su mayoría, deudores del magnífico sistema educativo alemán, tal como se había ido desarrollando a lo largo del siglo XIX. Incluso quienes, como Mann, sólo cursaron la educación secundaria (Gymnasium), sin pasar por la

universidad, disponían de una soberbia formación literaria, filosófica e histórica, así como en lenguas clásicas y modernas. Quienes fueron a la universidad, como Kracauer o Heidegger, o se formaron en escuelas de bellas artes y conservatorios, caso de Weill y Höch, dispusieron de lo mejor que el mundo de su época podía ofrecerles en cuanto a conocimientos y habilidades técnicas. Por supuesto, eran muy pocos los que podían aspirar a una formación superior. Pero los que tuvieron esa posibilidad –entre los que hay que contar, a la vuelta del siglo XX, a judíos y miembros de la clase media–, disponían de la erudición suficiente para repensar, si tal era el camino que elegían, las categorías convencionales y crear nuevas formas de expresión.

Vivían en una sociedad en la que la erudición gozaba de muy alta estima y que, después de todo, no era tan numerosa. Brecht y Weill, por ejemplo, se movían en círculos teatrales, musicales y literarios, en los que todos parecían conocerse. Ellos, al igual que Bloch, Benjamin, Kracauer y muchos más, se reunían en cafés y organizaban tertulias. A veces, hasta vivían en los mismos barrios de Berlín. Höch y los dadaístas tenían por conocidos y amigos a eminentes figuras de la Bauhaus. Mann vivió en Múnich durante los años de Weimar, pero viajó y dio conferencias en muchos otros lugares. Prácticamente todos, como tuvimos ocasión de ver en el capítulo 5 en el caso de los arquitectos, estaban en contacto con un mundo mucho más vasto, la creatividad cultural europea: iban a París o mantenían relaciones con pintores y escritores suizos, holandeses, italianos y rusos que, cada uno por su lado, trataban de implantar el modernismo en sus respectivos países. La única excepción fue Heidegger, recluido en su Selva Negra.

Los más destacados personajes de la cultura de Weimar se movían en un mundo, tanto social como intelectual, que les sirvió de fundamento y de fuente de inspiración. Como es natural, en aquel universo tan reducido no faltaban las pequeñas envidias y las controversias intelectuales y políticas. Incluso amigos, que compartían mesa en un mismo café, podían atacarse despiadadamente por escrito, como no dudó en hacer Kracauer con uno de los más importantes tratados filosóficos de Bloch. Pero este ambiente cultural e intelectual, tenso y riguroso, también representó un gran estímulo para quienes se movían en él. Leían, contemplaban y escuchaban los trabajos de otros, y su visión crítica sin duda ayudó a perfilar el pensamiento y la creatividad de muchos de ellos. De nuevo, quizá, la excepción fuera

Heidegger, aunque también él adquirió madurez gracias al importantísimo trabajo filosófico llevado a cabo por los neokantianos y, especialmente, por la fenomenología, tan pujante en Marburgo, Heidelberg y Friburgo, ciudades todas de la Alemania occidental.

Como los filósofos y los estudiosos de la sociedad de la generación anterior –Max Weber, Georg Simmel o Ferdinand Tönnies, que tan destacado papel desempeñaron a comienzos de la década de 1890–, también ellos aspiraban a entender y criticar la modernidad. Se esforzaron en desentrañar el significado de la ciudad, la fábrica, el consumo de masas o la política de multitudes. Pero su generación, la generación de Weimar, tuvo que encararse, además, con la violencia de las masas y hacer frente a los acuciantes conflictos políticos, como la guerra y la revolución. Aquellas experiencias, ya hubieran sido llamados a filas o se hubieran quedado en casa, dotaban a su compromiso intelectual de una urgencia mucho más angustiosa que la de sus colegas británicos, franceses u holandeses, que vivían en sociedades y en circunstancias políticas mucho menos convulsas. La generación de los intelectuales de Weimar trató de entender, criticar y encajar en su época las posibilidades futuras de un mundo mejor. Sus respuestas, cuando llegaron a formularlas, como ya hemos apuntado, fueron de índole muy diversa. Su rechazo a seguir por senderos trillados o a contentarse con trivialidades, su tendencia a encajar y reflejar, en el arte o en el pensamiento, las tensiones y contradicciones de la modernidad, fueron las características definitorias de la cultura de Weimar.

No es de extrañar, entonces, que los representantes más importantes de la cultura de Weimar alumbrasen sus mejores obras en la Alemania de la década de 1920 y principios de la de 1930. Por supuesto que Thomas Mann escribió importantes novelas, igual que Bertolt Brecht no menos significativas obras de teatro, después de 1933. Pero, al contrario que otras novelas y relatos posteriores a esa fecha, La montaña mágica es una de las obras maestras de la literatura del siglo XX, lo mismo que La ópera de cuatro cuartos marcó para siempre la carrera posterior de Brecht. Heidegger escribió otros estudios importantes, pero ninguno con la impronta incomparable de Ser y tiempo. Kracauer, Weill y Höch se sumieron en el anonimato durante unas cuantas décadas (antes de ser redescubiertos en los años ochenta), porque hasta entonces a Weill sólo se le recordaba por la ópera, y a Kracauer por su ensayo sobre la cinematografía alemana, De

Caligari a Hitler.[66] La Alemania nazi acabó con el ambiente intelectual y social en que habían despuntado, incluido el nazi Heidegger. Tal ambiente no podía reproducirse ni en la barriada de Pacific Palisades, por hermosa que fuera, ni en el West Side de Manhattan, ni en ningún otro de los destinos que, como destierro, eligieron Mann, Brecht, Weill, Kracauer y tantos otros y, desde luego, tampoco en el Friburgo del régimen nazi. Höch optó por quedarse en Alemania, como miembro de aquella “emigración interior” que hizo que millares de alemanes buscasen refugio en sus estudios privados o en bibliotecas. Sin público que contemple su obra, ¿cuánto dura la creatividad de un artista?

Otro grupo de intelectuales de Weimar, algo más jóvenes, eligieron también el camino del destierro, donde dejaron una profunda huella tanto en el mundo occidental como en otras latitudes. Tal es el caso de Max Horkheimer, Theodor Adorno y otros miembros del Instituto de Investigación Social (Institut für Sozialforschung), la Escuela de Frankfurt, que desarrollaría sus trabajos más importantes en las décadas de 1930 y de 1940 en tierras norteamericanas, aunque también en la década de 1950, tras su regreso a la Alemania occidental. El Instituto Alemán de Política (Deutsche Hochschule für Politik) fue una prolongación de la generación de Weimar, gracias a un grupo de jóvenes sociólogos, profesores en dicha institución, que también había huido de la Alemania nazi. También ellos ejercerían una notable influencia en Norteamérica y, más tarde, en la década de 1950, en la vida académica alemana. No deja de sorprender que ambas instituciones viesen la luz al margen de las universidades oficiales: los impulsos democratizadores de Weimar apenas habían influido en las disciplinas académicas y en las estructuras educativas. Aunque sus grandes obras llegarían más tarde, cuando de la República ya sólo quedase el recuerdo, los intelectuales de la Escuela de Frankfurt y del Instituto de Política quedaron marcados para siempre por lo que representó la experiencia de Weimar. Sus investigaciones y escritos jamás se apartarían de los problemas del mundo moderno, sobre todo de aquellos que tienen que ver con la democracia y la cultura de masas.

Lo que preocupaba de verdad a los grandes intelectuales y creadores de la época de Weimar era el concepto de “masas” y de “sociedad de masas”. Como cuestión intelectual y cultural, ya había sido abordado en la década de 1890 por sociólogos (la sociología surgió como nueva disciplina con el

objeto de estudiar el fenómeno de la sociedad de masas) y filósofos. Algunos, como Brecht, Weill y Höch, pensaban que la sociedad de masas era la liberación: los impulsaba a crear nuevos estilos estéticos, extraídos del lenguaje, del ritmo y de los objetos de la vida diaria, y escribían sus obras y composiciones, ponían de manifiesto su arte, o eso intentaban, según pautas que atrajesen a la gente normal. Horrorizado, Heidegger optó por el retiro y se alejó, literal e intelectualmente, de las palpitantes fuerzas de la vida urbana. Pero la evidencia de las "masas" sirvió de impulso creativo incluso para Heidegger, obligándole a estudiar el concepto de Ser con una profundidad desconocida hasta entonces. Mann rara vez se refirió en sus obras a la sociedad de masas, pero durante toda su vida le dio vueltas al dilema que ésta representaba para los individuos educados y cultivados –las tensiones entre deseo y orden, eros y logos–, cuestión que está presente en todas sus obras, reflejo de la plena conciencia que tenía de la existencia de una masa amenazante, dotada de vida propia, más allá de los límites de Los Buddenbrook o de los pacientes burgueses de un sanatorio antituberculoso de los Alpes. El estilo literario de Mann es una reafirmación de la importancia de la Bildung ; al acecho, siempre ronda la amenaza y, en ocasiones, la realidad, decadente y depravada. Para otros incluso, como en el caso de Kracauer, la sociedad de masas fue un estímulo y un narcótico, un concepto profundo de manifestaciones banales. Ninguno de ellos, ni siquiera Heidegger, defendió la vuelta atrás, a los conceptos y estilos que habían imperado hasta 1914. Por eso trataron de forjar una nueva estética, con la esperanza de captar la esencia de una época tan devastada por la Gran Guerra, los conflictos de la revolución y el ritmo trepidante de la ciudad y el capitalismo moderno.

1 Ernst Bloch a Karola Piotrkowska, 9 de abril de 1931, en Ernst Bloch, Das Abenteuer der Treue: Briefe an Karola 1928-1949, Anna Czaljka, ed., Francfort (a. M.), Suhrkamp, 2005, pp. 88-94; en esta ocasión, pp. 89-91.

2 Hans Jonas, Erinnerungen, Christian Wiese, ed., Francfort (a. M.), Insel, 2003, pp. 82-83. Memorias, traducción de Illana Giner Comín, Madrid, Editorial Losada, 2005.

3 Véase la ya clásica obra de Peter Gay, Weimar Culture: The Outsider as Inside, Nueva York, Harper and Row, 1968.

4 Sigmund Freud, Civilization and Its Discontents, James Strachey, trad. y ed., original en alemán, 1930; Nueva York, W. W. Norton, 1961. José Luis Etcheverry, Obras completas. Volumen XXI. El malestar en la cultura, Buenos Aires/Madrid, Amorrortu Editores, 1979.

5 Hermann Kurzke, Thomas Mann: Life as a Work of Art, traducción de Leslie Wilson, Princeton, Princeton University Press, 2002, pp. 16, 55-56 y passim. Thomas Mann, la vida como obra de arte, traducción de Rosa Sala Rose, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003.

6 Ibidem, pp. 217-220 y passim.

7 Thomas Mann, “Von Deutscher Republik”, 15 de octubre de 1922, en Politische Reden III : 1914-1945, Peter Wende, ed., Francfort (a. M.), Deutsche Klassiker, 1994, pp. 342-383.

8 Véase, asimismo, el tratamiento que haceWolf Lepenies del paralelismo entre Novalis y Whitman, en su interesante trabajo The Seduction of Culture in German History, Princeton, Princeton University Press, 2006.

9 Fritz Ringer, Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933, Cambridge, Harvard University Press, 1969.

10 Jonas, Erinnerungen, pp. 101.

11 Thomas Mann, The Magic Mountain (La montaña mágica, traducción de Isabel García Adánez, Barcelona, Edhasa, 2005). John E. Woods, trad., Nueva York, Knopf, 1995, p. 390. El original en alemán transmite una idea algo diferente: “Der Glaube ist das Organ der Erkenntnis und der Intellekt sekundär” (Thomas Mann, Der Zauberberg, Francfort (a. M.), Fischer Taschenbuch Verlag, p. 545). “Organ” encierra un matiz más íntimo y vigoroso que “vehículo”.

12 The Magic Mountain, p. 322. El original alemán es, insistimos, más expresivo y poético en este caso: “ Das ‘Du’ unter Fremden, das heisst unter Personen, die einander von Rechtes wegen ‘Sie’ nennen, ist eine widerwärtige Wildheit, ein Spiel unter dem Urstande, ein liederliches Spiel, das ich verabscheue, weil es sich im Grunde gegen Zivilisation und entwickelte Menschlichkeit richtet–sich frech unnd schamlos dagegen richtet. Ich habe Sie auch nicht ‘Du’ gennant, bilden Sie sich das nicht ein! Ich zitierte eine Stelle aus dem Meisterwerk Ihrer Nationalliteratur. Ich sprach also poetischerweise ” (Mann, Der Zauberberg, pp. 452-453). Repárese en el uso que hace Settembrini del vocablo “Menschlichkeit”, así como en la frase “ das ich verabscheue ”, que no quedan reflejados en la traducción inglesa.

13 Mann, The Magic Mountain, pp. 337-338.

14 Ibidem, p. 487 (en cursiva en la traducción inglesa). En alemán reza: “ Der Mensch soll um der Güte und Liebe willen dem Tode keine Herrschaft einräumen über Seine Gedanken ” (Zauberberg, p. 679).

15 Citado en Die Chronik Bibiothek des 20. Jahrhunderts: 1928, Brigitte Beier, ed., Gütersloh, Chronik Verlag, 1987, p. 142.

16 Me he servido de la obra de Jürgen Schebera, Kurt Weill: An Illustrated Life, Caroline Murphy, trad., New Haven, Yale University Press, 1995, pp. 89-102.

17 Citado en ibidem, pp. 101-102.

18 Ibidem, pp. 111-112.

19 Ibidem, p. 114. Aunque el autor se refiere a “Moritat von Mackie Messer”, su observación es pertinente en cuanto al conjunto de la obra de Weill.

20 Se cita la traducción de Miguel Sáenz en: Bertolt Brecht, Teatro completo, Cátedra, Madrid, 2006.

21 Libreto de La ópera de cuatro cuartos, RIAS Berlin Sinfonietta, Londres, CD 430 075 – 2.

22 Letras extraídas de Ute Lemper sings Kurt Weill, Londres, CD NL 425 204 – 2. Esta canción en concreto se incorporó al disco sólo después de su estreno.

23 Citas en Schebera, Kurt Weill, pp. 117-118.

24 Estadísticas en ibidem, p. 120.

25 John Willett, The Theatre of Bertolt Brecht: A Study from Eight Aspects, 2ª ed., Londres, Methuen, 1959, p. 78.

26 Véase ibidem, pp. 168-187.

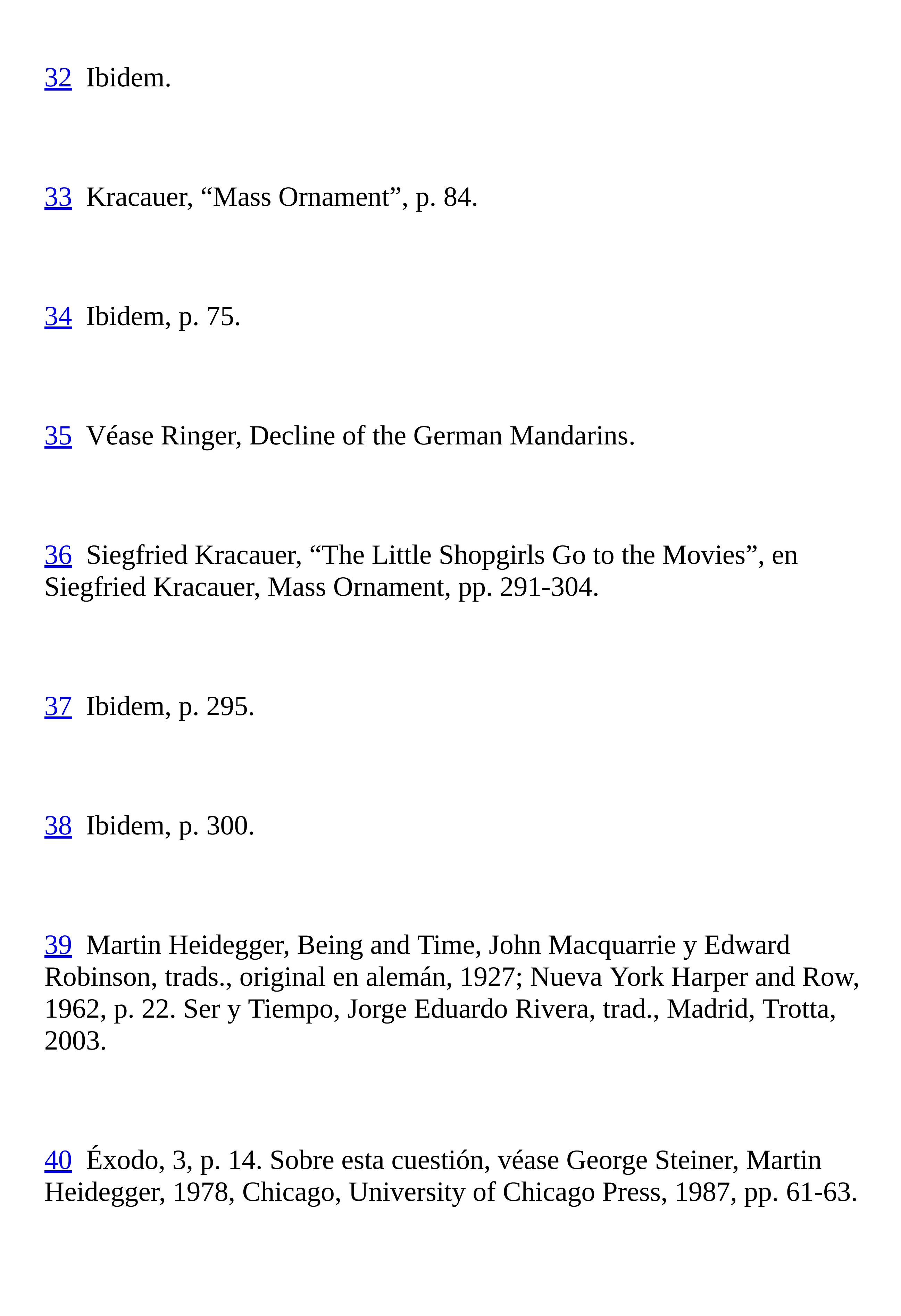
27 Citado en ibidem, p. 170.

28 Citado en Schebera, Kurt Weill, pp. 111-112.

29 Siegfried Kracauer, “The Mass Ornament”, en Siegfried Kracauer, The Mass Ornament: Weimar Essays, Thomas Y. Levin, ed. y trad., Cambridge, Harvard University Press, 1995, pp. 78-86, citas 75-76.

30 Ibidem, p. 76.

31 Siegfried Kracauer, “Girls and Crisis”, en The Weimar Republic Sourcebook, Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, eds., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1994, pp. 565-566.



32 Ibidem.

33 Kracauer, “Mass Ornament”, p. 84.

34 Ibidem, p. 75.

35 Véase Ringer, Decline of the German Mandarins.

36 Siegfried Kracauer, “The Little Shopgirls Go to the Movies”, en Siegfried Kracauer, Mass Ornament, pp. 291-304.

37 Ibidem, p. 295.

38 Ibidem, p. 300.

39 Martin Heidegger, Being and Time, John Macquarrie y Edward Robinson, trads., original en alemán, 1927; Nueva York Harper and Row, 1962, p. 22. Ser y Tiempo, Jorge Eduardo Rivera, trad., Madrid, Trotta, 2003.

40 Éxodo, 3, p. 14. Sobre esta cuestión, véase George Steiner, Martin Heidegger, 1978, Chicago, University of Chicago Press, 1987, pp. 61-63.

Heidegger, Jorge Aguilar Mora, trad., Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2001.

41 Richard Wolin insiste en sus críticas a los elementos primordiales en el pensamiento de Heidegger. Véase Heidegger's Children: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas, and Herbert Marcuse, Princeton, Princeton University Press, 2001. Los hijos de Heidegger: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas y Herbert Marcuse, María Cóndor Orduña, trad., Madrid, Ediciones Cátedra, 2003.

42 Véase también el comentario de Dorothea Frede, "The Question of Being: Heidegger's Project", en The Cambridge Companion to Heidegger, Charles Guignon, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 42-69; en este caso, pp. 54-56 y 66.

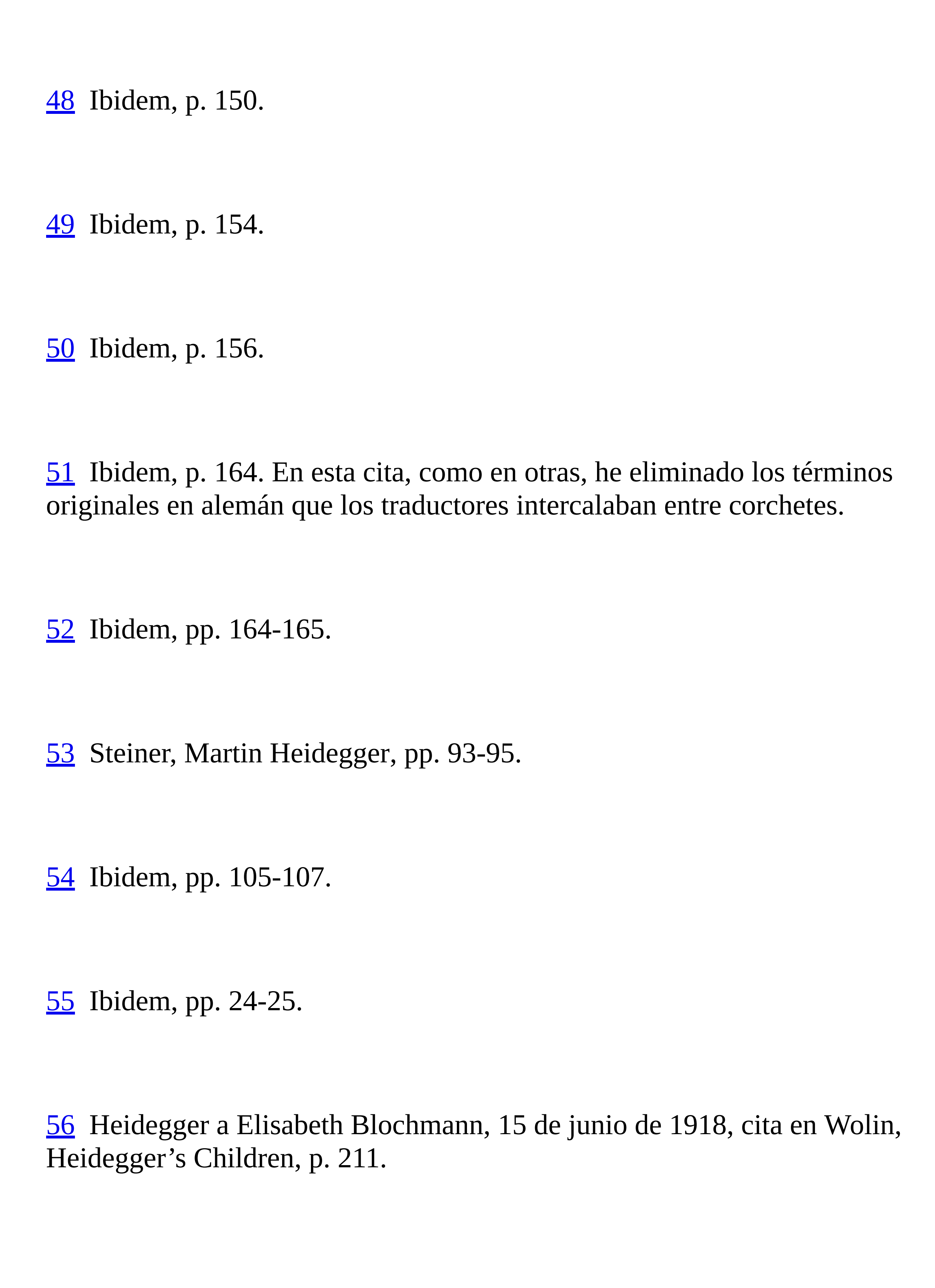
43 Heidegger, Being and Time, pp. 98-100.

44 Ibidem, p. 105.

45 Ibidem, p. 106.

46 Ibidem, p. 27. Véase también Steiner, Martin Heidegger, pp. 70-71.

47 Heidegger, Being and Time, p. 33.



48 Ibidem, p. 150.

49 Ibidem, p. 154.

50 Ibidem, p. 156.

51 Ibidem, p. 164. En esta cita, como en otras, he eliminado los términos originales en alemán que los traductores intercalaban entre corchetes.

52 Ibidem, pp. 164-165.

53 Steiner, Martin Heidegger, pp. 93-95.

54 Ibidem, pp. 105-107.

55 Ibidem, pp. 24-25.

56 Heidegger a Elisabeth Blochmann, 15 de junio de 1918, cita en Wolin, Heidegger's Children, p. 211.

57 No otra es la razón de que muchos estudiosos hayan relacionado su filosofía con el apoyo político que prestó al nacionalsocialismo. Véase Steiner, Martin Heidegger, xxxiii-xxxiv, así como la cita de Ernst Cassirer, y el comentario de Wolin en Heidegger's Children, pp. 176-177.

58 Véase Steiner, Martin Heidegger. Para las críticas más incisivas sobre la implicación de Heidegger en la política nacionalsocialista, véanse las dos principales obras que, en la década de 1980, permitieron dar por concluida la "controversia en torno a la figura de Heidegger": Hugo Ott, Martin Heidegger: Unterwegs zu seiner Biographie, Francfort (a. M.), Campus Verlag, 1988. Martin Heidegger, Helena Cortés Gabaudan, trad., Madrid, Alianza Editorial, 1992, y Victor Farías, Heidegger and National Socialism, Paul Burrell y Dominic Di Bernardi, trads., Filadelfia, Temple University Press, 1989. Heidegger y el nazismo, Víctor Farías, trad., Madrid, El Aleph Editores, 1989. Entre otros trabajos más recientes conviene citar a Wolin, Heidegger's Children, y Charles Bambach, Heidegger's Roots: Nietzsche, National Socialism, and the Greeks, Ithaca, Cornell University Press, 2003. Aunque con algunas diferencias, ambos apuntan a una relación directa entre la filosofía de Heidegger y su implicación en el nacionalsocialismo. Para una visión completa de los escritos de Heidegger sobre el particular y comentarios acerca de esta controversia, puede consultarse Martin Heidegger and National Socialism: Questions and Answers, Günther Neske y Emil Kettering, eds., Lisa Harries y Joachim Neugroschel, trads., Nueva York, Paragon House, 1990.

59 Podemos encontrar uno de estos raros ejemplos en su crítica explicativa de la Lebensphilosophie : "Una expresión tan redundante como hablar de una 'botánica de las plantas'". Being and Time, p. 72.

60 Maud Lavin, Cut with the Kitchen Knife: The Weimar Photomontages of Hannah Höch, New Haven, Yale University Press, 1993, pp. 74-75, y

Ernst Bloch, The Utopian Function of Art and Literature, Jack Zipes y Frank Mecklenburg, trads., Cambridge, MIT Press, 1988.

61 Tristan Tzara, “Dada Manifesto”, 23 de marzo de 1918, en www.391.org/manifestos/tristantzara_dadamanifesto.htm [27 de junio de 2005].

62 Su amante y también miembro del movimiento dadaísta, Gustav Hausmann, reivindicaba la emancipación femenina, incluida la liberación sexual, aunque, en ocasiones, también la maltrataba. Véase Lavin, Cut with the Kitchen Knife, pp. 25-27.

63 Incluso en otra de sus primeras obras, Das schöne Mädchen, 1919-1920, la bañista aparece rodeada de objetos tecnológicos. En lugar de cabeza, tiene una bombilla, mientras el llamativo reloj pertenece al mundo racionalizado de las fábricas, que marcan el ritmo y dominan la vida de todo el mundo sin que se note. Al contrario que las mujeres activas y vitalistas que aparecen en algunas de sus primeras obras, la bañista de Das schöne Mädchen está sentada y fija su atención en un recorte con la imagen de los boxeadores norteamericanos Jim Jeffries y Jack Johnson. Véase sobre el particular, Maria Makela, “The Misogynist Machine: Images of Technology in the Work of Hannah Höch”, en Women in the Metropolis: Gender and Modernity in Weimar Culture, Katharina von Ankum, ed., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1997, pp. 106-127; en este caso, pp. 114-116.

64 Quizá especialmente cierto en cuanto a las imágenes de su álbum de recortes no publicado, si bien dicha colección reúne muchas imágenes convencionales de atletas y estrellas de cine. Véase Lavin, Cut with the Kitchen Knife, pp. 71-121.

65 Véanse, por ejemplo, las puntualizaciones de Lavin, en ibidem, pp. 151-155.

66 Siegfried Kracauer, From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film, Princeton, Princeton University Press, 1947.

VIII

CUERPOS Y SEXO

En 1926, el médico holandés Theodor Hendrik van de Velde impartió un ciclo de conferencias por Alemania. Acababa de publicar el primer volumen de El matrimonio ideal, que se iba a convertir en una trilogía sobre el matrimonio y la sexualidad.[1] Tanto el libro como las conferencias tuvieron un éxito notorio. El tono adoptado por Velde, que unía a su experiencia como médico sus mensajes tranquilizadores como esposo y padre, cautivaron al público alemán y, a juzgar por las cuarenta y cuatro ediciones que se hicieron de la versión norteamericana del libro entre 1941 y 1966, no sólo al de aquella época.[2] En Berlín, una inmensa multitud acudió a la Filarmónica para escucharle y también la prensa se hizo eco del acontecimiento. Así lo contaba un redactor del Vossische Zeitung :

Lleno hasta la bandera; de pie y sentados; personas mayores, de esas que nunca imaginarían que necesitan aprender algo más; parejas y tortolitos, de rostro satisfecho y sonriente; gente muy joven que, en teoría, empezaba a despertar a la sexualidad. En el turno de preguntas, todos mantenían cierta reserva.[3]

¿Es sincero, será un charlatán?, se preguntaban. ¿Qué se esconde bajo ese barniz de científico, un especulador, un aprovechado? “¿De verdad nos está mostrando los entresijos de su corazón? Si lo que afirma es cierto y decente, ¿cómo puede ayudarnos?”[4]. Se notaba que el público estaba tenso y nervioso, a punto de explotar, porque en algunas zonas del auditorio no se oía bien lo que decía Velde. El redactor no se dejaba impresionar. La gente estaba deseosa de obtener explicaciones y respuestas a cuestiones íntimas y fundamentales de su vida, pero no recibían sino banalidades a modo de respuesta: “Para la gripe, compresas calientes; para los sudores, aspirina; contra la falta de vida sexual, técnicas eróticas”.[5]

Quizá fuera así, pero lo cierto es que el libro se vendió como rosquillas, y que eran multitud los que acudieron a sus conferencias por toda Alemania.

Por lo visto, eran muchos los alemanes que padecían de un mal muy extendido, la carencia de sexo (sexuelle Not). Tanto Velde como una legión de reformadores, sobre todo médicos, emitían el diagnóstico y proponían el remedio. Con descripciones explícitas de técnicas sexuales y buenos consejos, enseñarían a los alemanes cómo llevar una vida sexual placentera y sana, lo que se traduciría en una sociedad feliz, próspera, productiva y fértil.

Para los colegas alemanes de Velde, en el amplio y difuso panorama del movimiento por la reforma de la vida sexual, la revolución y la República ofrecían vastas y nuevas posibilidades.[6] Lo mismo que en el terreno artístico o en la arquitectura, muchos de sus protagonistas se habían formado profesionalmente y comenzado a ejercer antes de 1914. Con la caída y el derrocamiento del sistema imperial, la censura oficial había quedado prácticamente abolida, y los reformadores de la vida sexual contaban con aliados políticos en los círculos del poder, sobre todo a nivel local, en aquellos ayuntamientos regidos por los socialdemócratas, sin olvidar que la guerra y la revolución habían provocado un cataclismo en lo que a valores sexuales y morales se refería. Para muchos alemanes, la guerra fue la demostración palpable del carácter efímero de la vida. Con tantas bajas, tantas vidas segadas por las balas, las granadas y el gas, tantas mujeres que habían perdido a sus seres queridos o que tenían que cuidar de hombres gravemente mutilados, ¿qué razón hay para no disfrutar de los placeres de la vida cuando los tenemos al alcance de la mano? ¿Por qué esperar a tener el documento que acredita el matrimonio para probar el sexo? ¿Por qué limitarse a una sola pareja? La revolución y la proclamación de la República representaban una magnífica oportunidad de partir desde cero; un salto, al menos en apariencia, hacia la democracia y el mundo moderno. Los alemanes no tardarían en dar la espalda a la sociedad rígida, encorsetada y autoritaria de la Alemania imperial, dominada por la realeza, la nobleza y el estamento militar, regida por su estricta e hipócrita moral sexual. Ser moderno significaba ser demócrata, y también tener una actitud más abierta y más libre hacia el cuerpo y el sexo.

Pero la imagen de la liberación sexual, sobre todo en el caso de la “mujer moderna”, la mujer esbelta, atlética y emancipada de la década de 1920, provocó también reacciones tan viscerales como mordaces. Comités de trabajadores, huelgas, la Constitución, la cuestión de las compensaciones, el arte expresionista, las cubiertas planas, ninguna de las cuestiones candentes

durante la Alemania de Weimar suscitaría tantas pasiones, tanta polémica y tanta hostilidad como las relativas al sexo y a la familia, y a las mujeres –lo que hacían, cómo se exhibían–, en particular. Se trataba de asuntos que afectaban a la línea de flotación de lo que los alemanes hacían y pensaban en su vida íntima, para sí mismos y de puertas adentro. Incidían de lleno en la cuestión de cómo debían de vivir juntos los alemanes: si la moralidad de la sociedad había de sustentarse, como pensaban algunos, en familias cristianas, austeras y comedidas en el plano sexual o, por el contrario, como opinaban otros, el placer sexual desembocaría en la Alemania emancipada, abierta y democrática del futuro. Una sima infranqueable separaba a los defensores de la familia cristiana de los partidarios de la satisfacción erótica. Sólo había un punto en el que estaban de acuerdo: tanto para renovadores como para conservadores, el sexo no era un asunto privado sin más, y nadie, ni el reformista más radical, afirmaba que hubiera que buscar el placer por sí mismo. Una sexualidad sana, incluso una buena sexualidad cristiana, había de tener una finalidad social y política.

El libro de Velde, El matrimonio ideal, era un claro ejemplo de los muchos manuales que sobre el sexo y el matrimonio se publicaron durante la época de Weimar. Velde, de sensibilidad profundamente humanista, no ocultaba su preocupación por las dificultades que las personas tenían que arrostrar en los aspectos más íntimos de su vida, y era partidario de no sufrirlas en silencio. La ciencia, atemperada por una actitud paternalista, les haría ver que sus matrimonios, un “infierno” en tantas ocasiones, podían convertirse en un estado beatífico. La clave para conseguir una “felicidad duradera” en el matrimonio residía en mantener vivo el placer continuo y mutuo.[7]

Según Velde, a los hombres les correspondía el papel de orientadores, aquel que, por naturaleza, les había encomendado la vida. Pero se mostraba muy crítico con la forma en que la mayoría de los hombres hacía el amor: iban demasiado rápido, comportándose como brutos, sólo preocupados por alcanzar el orgasmo.

Por naturaleza [los hombres] son los educadores e iniciadores de sus esposas en materia sexual. Sin embargo, en muchas ocasiones no reúnen las condiciones necesarias para ejercer tal función, ni siquiera las que se requieren para que la relación sea mutua e igualitaria.

No son conscientes de sus deficiencias. Porque el hombre normal, dotado de una potencia sexual igualmente ‘normal’, que cumple con sus ‘deberes conyugales’ con regularidad, alcanzando su propia satisfacción fisiológica, piensa que con eso ya ha satisfecho todas las necesidades de su mujer. Y si ve que ésta no se siente satisfecha y se mantiene en una condición permanente de ‘gratificación a medias’, según su forma de ser, reacciona con tristeza o con indignación, y la considera, lisa y llanamente, como una de tantas mujeres ‘sexualmente frígidas’ […] se lamenta de la mala suerte que ha tenido y se aparta de ella cada vez más.[8]

Los hombres tienen que saber que, “dentro de los límites estrictos de la normalidad ”, disponen de un abanico de posibilidades a su alcance para “poner fin a la monotonía mecánica del tan trillado lecho conyugal”. El marido tiene que darse cuenta de que las respuestas sexuales de su esposa son diferentes, y que “el amante de verdad alcanza el éxtasis cuando proporciona el goce del amor”. Si no es un “genio del erotismo” (y Velde opinaba que pocos hombres lo eran), necesita disponer de un “ conocimiento explícito ”. Tiene que aprender a hacer el amor, y para eso está la ciencia, para guiarlo.[9]

Es difícil imaginar que los lectores de Velde dedicasen mucho tiempo a los primeros capítulos, más o menos la primera mitad del libro, en los que explicaba con precisión las características anatómicas del hombre y la mujer. Lo más seguro es que pasaran con rapidez a los capítulos siguientes, donde se explican con todo detalle las diferentes técnicas sexuales. El tono amable y la afirmación de que el sexo es para disfrutar, porque el placer sexual es algo natural, atempera las definiciones estrictamente médicas de Velde y el análisis meticuloso que realiza de cada una de las fases del encuentro sexual: besos, caricias, besos genitales (así los llama), el coito y diversas posturas. Como es de suponer, sus explicaciones se atenían a los conceptos aceptados sobre los géneros: el hombre es activo y la mujer pasiva; el hombre lleva la voz cantante y la mujer se adapta; la mujer es un ser sexual por entero y el hombre sólo en parte; el sometimiento de la mujer al hombre viene impuesto

por la biología y la naturaleza. “Desde el punto de vista reproductivo y racial –escribía–, [el hombre] sólo tiene que ofrecer el elemento fertilizante a la mujer. El sexo es un componente esencial de las mujeres; en el caso del hombre, se trata de algo accesorio”.[10] En el acto sexual, la virilidad es el elemento que perfila la relación de pareja.

Lo que el hombre y la mujer, movidos por oscuras urgencias primitivas, desean experimentar en el acto sexual es la fuerza esencial de la virilidad, que se pone de manifiesto mediante la violenta y absoluta posesión de la mujer. Por eso, ambos pueden y, de hecho, disfrutan hasta cierto punto de la agresión y el dominio masculinos –reales o aparentes– que son la manifestación de esa fuerza esencial.[11]

Al contrario que algunos renovadores –Magnus Hirschfeld es el más conocido– que aceptaban la homosexualidad y luchaban contra las leyes y los prejuicios homófobos, Velde era partidario de las relaciones heterosexuales normales (como él las calificaba). A los hombres les aseguraba que, si sus mujeres tenían inclinaciones lésbicas, “el marido puede ayudar a su esposa para que recupere la normalidad, si sabe cómo orientarla y, mediante técnicas adecuadas, encender sus deseos sexuales dentro de la normalidad”.[12] La homosexualidad masculina es un problema mucho más grave porque ni las técnicas físicas más sofisticadas tienen el éxito garantizado y exigen, por otra parte, que la mujer lleve las riendas, un papel que, normalmente, corresponde al hombre.[13] Hace una descripción del coito heterosexual en términos médicos, mostrándose partidario incondicional del ansiado orgasmo mutuo. El orgasmo simultáneo representa la perfección: “Lo habitual es que, cuando el hombre comienza a eyacular, la mujer sienta el éxtasis al mismo tiempo”.[14] Velde incluía un gráfico para ilustrarlo, la prueba científica de que podía alcanzarse el orgasmo simultáneo. Si a pesar de todo, la mujer no llega al orgasmo, el hombre tiene que recurrir a otros métodos; si hasta eso falla, en ese caso –en la terminología tan científica como pintoresca a que recurre Velde–: “antes que quedarse cruzado de brazos, lo mejor sería recurrir a medidas autoterapéuticas ”.[15]

Aunque convencional en cuanto a su forma de considerar el sexo, Velde no deja de insistir en la importancia del placer mutuo en el acto sexual. En su

libro encontramos claros ejemplos de su actitud en favor de una prolongada y delicada estimulación sexual: sólo la descripción del "beso erótico" ocupa siete páginas; trece dedica a disertar sobre la importancia del olor en la atracción sexual (en la versión en inglés).[16] La ternura al finalizar el acto no es menos importante: lo que un hombre hace después de alcanzar el orgasmo es determinante para saber si se trata de "un adulto civilizado en materia de erotismo".[17] No debe darse media vuelta y echarse a dormir, sino seguir besando y acariciando a la mujer, susurrándole tiernas palabras. El hombre que no realiza el acto sexual con tranquilidad y delicadeza "no sólo es tosco, sino un animal, y su falta de tacto no sólo ofende y desagrada a la mujer, sino que también puede hacerle daño en el plano físico. Es un pecado de omisión de imperdonable estupidez ".[18] La culpa de que muchas mujeres no lleguen al orgasmo la tienen sus compañeros del sexo masculino por utilizar "técnicas poco apropiadas". Velde les reserva duras palabras: "Toda estimulación erótica de la mujer que no culmina en el orgasmo es una ofensa para la mujer, y las repetidas lesiones de esa naturaleza provocan un permanente, o muy prolongado, daño para el cuerpo y el espíritu".[19] De ahí que Velde se opusiese con contundencia al coitus interruptus como medio de control de la natalidad, porque satisface al hombre, pero no a la mujer.

El libro de Velde y otros manuales de sexo alcanzaron amplia difusión durante la época de Weimar, e influyeron considerablemente en el movimiento de reforma sexual. Él, y otros como él, tenían una fe ciega en el sexo placentero que, según ellos, ayudaba a mejorar la vida de cada individuo y, en consecuencia, a construir una sociedad más productiva y humana. El control de la natalidad –preservativos, sobre todo, pero también diafragmas– evitaría a las parejas la excesiva preocupación de tener muchos hijos, lo que llevaría a una familia más sana y a una vida sexual más agradable. Aquellos renovadores pensaban que su trabajo era un capítulo más del Gobierno de la democracia, igual que los programas de bienestar social que protegían a los trabajadores de las vicisitudes de los ciclos económicos, o la edificación de pisos bien construidos y soleados al alcance de todo el mundo. Los reformadores de la vida sexual desempeñaban un papel no menos importante que el de los redactores de la Constitución de Weimar, o los arquitectos que promovían las nuevas edificaciones, a la hora de hacer de la Alemania de Weimar una sociedad más moderna, abierta y humana.

Hubo también renovadores que descubrieron modelos alternativos lejos de Alemania. Así, Wilhelm Reich, probablemente el más radical de aquel grupo reformista, para poner de relieve las tétricas consecuencias de la represión burguesa, se inspiró en el retrato idílico que de los habitantes de las islas Trobriand, en el Pacífico, trazara Bronislaw Malinowski. Citando al antropólogo, Reich aseguraba que los nativos de aquellos parajes se burlaban de la actividad sexual de los hombres blancos, porque alcanzaban el orgasmo muy rápidamente, mientras ellos lo prolongaban cuanto podían para que resultase más satisfactorio.[20] Otro reformista, Max Hodann, encontró su modelo alternativo "en Oriente" y en la forma amable de realizar el acto sexual que, según él, descubrió que practicaban hindúes, japoneses y musulmanes. Aunque se haya perdido en las sociedades cristianas, el sexo, "como actividad natural, aún pervive en Oriente".[21] En su opinión, la tarea que tenía por delante la Alemania democrática era recomendar las prácticas sexuales tradicionales propias de las sociedades no occidentales, aún no sujetas al ritmo trepidante de la vida moderna.

Los reformistas clamaban contra las privaciones y mutilaciones de la vida sexual de tantos alemanes, contra la miseria que, en este terreno, imperaba en la sociedad, y dieron la voz de alarma, recurriendo en ocasiones a una prosa melodramática. En sus escritos no faltan referencias al "espectro" de la miseria sexual que observaban en callejones y salas de espera de consultas médicas, en los tugurios donde vivían los pobres y en las lujosas mansiones de los ricos. Sífilis, prostitución, abortos ilegales, impotencia, matrimonios desgraciados, tal es la realidad descrita por cuatro médicos y un criminólogo que colaboraron en otro de los libros notables de la época de Weimar, Catástrofes sexuales.[22]

Muchos de ellos eran médicos de izquierdas, entre los que se contaba un número importante de mujeres: todos estaban al tanto de las difíciles condiciones en que se desarrollaba la vida de sus pacientes, en pisos pequeños, oscuros y hacinados, donde no había lugar para la privacidad y, mucho menos, para que una pareja pudiera hacer el amor. Con las tareas del hogar, el trabajo fuera de casa y los embarazos continuados, las mujeres estaban destrozadas. No deja de sorprendernos la ignorancia en lo referente al sexo y a la biología. Las interrupciones de embarazos, aunque ilegales, eran más que frecuentes; muchas mujeres padecían graves secuelas de salud

como consecuencia de abortos realizados en pésimas condiciones. Una verdadera epidemia de enfermedades venéreas arruinaba las vidas de hombres y mujeres. Muchos de los reformadores no creían en la monogamia; la mayoría estaba a favor de las relaciones sexuales prematrimoniales, lo que no quita para que se sorprendieran ante la frecuencia de las relaciones sexuales esporádicas, con los consabidos embarazos no deseados y abortos ilegales y peligrosos de muchas de las mujeres a las que tuvieron ocasión de tratar.[23]

Algunos reformistas, como Hodann, criticaban a sus colegas médicos que se dedicaban a perorar sobre la vida como don sagrado, haciendo caso omiso de las condiciones reales que soportaban muchos hombres y mujeres, en las que cada hijo era una carga, lo que provocaba que el sexo rápido y en ocasiones brutal, se erigiese en norma. Reich, quizá el más radical de los reformadores, afirmaba que la represión sexual era una "plaga" que había penetrado en todos los estratos sociales, "destrozando" a individuos de toda clase y condición, y causa de graves neurosis.[24] La terapia más adecuada consistía en "conseguir una vida sexual gratificante",[25] una receta bien sencilla, pero muy difícil de llevar a la práctica.

Reich no se quedaba ahí, sino que afirmaba que la represión sexual estaba al servicio de los intereses del capitalismo: el psicoanálisis era el único modo de acabar con aquellos desórdenes mentales y llevar una buena vida sexual, junto con una revolución que aboliese la sociedad de clases.[26] Hirschfeld, uno de los reformadores de la sexualidad más conocidos, fundador del Instituto de Investigación de la Sexualidad, describía en los tres volúmenes de su obra Sexual pathologie: Ein Lehrbuch für Ärtzte und Studierende [Patología sexual. Manual para médicos y estudiantes] una enorme variedad de prácticas sexuales. Los pasajes más sobrecogedores son los referidos a los tratamientos que profesionales de la medicina y autoridades imponían a individuos considerados como degenerados o enfermos, así como los relativos al desprecio a uno mismo y la automutilación, que tanta gente practicaba y padecía.[27] Hirschfeld redactó su monumental trabajo durante la carnicería que fue la Primera Guerra Mundial y las revoluciones y guerras civiles que vinieron después. Aunque la violencia de la contienda lo deprimió sobremanera, seguía creyendo que sólo "el amor como afirmación de la vida" –que, en el caso de Hirschfeld, era aplicable tanto al amor

homosexual como al heterosexual– podía contraponerse al rechazo a esa misma vida que encarnaba la guerra: tarea de los médicos era, en consecuencia, indicar el camino a seguir, siempre a favor de la vida, no de la muerte.[28]

Estos reformadores de la vida sexual aconsejaban, escribían y pronunciaban conferencias en un ambiente tan politizado como convulso. “Miseria sexual”, “miseria marital”, “crisis familiar”, “población menguante”, expresiones que siempre estaban presentes en los debates públicos, y para las que cada formación política ofrecía su propia receta. Los reformadores encontraron un apoyo importante en los ayuntamientos y gobiernos regionales regidos por los socialdemócratas o, cuando menos, por los partidos de la Coalición de Weimar, así como en diversos movimientos populares, de forma que, hasta en las ciudades pequeñas, proliferaron los consultorios sobre sexualidad y familia, la mayoría dirigidos por médicos, mujeres activistas o representantes de diversas asociaciones para la reforma de la vida sexual, dado que, en muchas ocasiones, una misma persona desempeñaba todas esas funciones. Las asociaciones para la reforma de la sexualidad contaban con más de ciento cincuenta mil miembros. La influencia que ejercían, más que al número de simpatizantes, se debía a las publicaciones, conferencias, consultorios y a la venta de preservativos y otros medios de control de la natalidad. Eran gente normal: profesionales sanitarios, trabajadores sociales, miembros de los partidos comunista y socialista, y también funcionarios gubernamentales.[29] Muchos de ellos participaron en la vigorosa campaña pública que se llevó a cabo en contra del artículo 218, que calificaba el aborto como delito. En las calles, en los parlamentos, en los teatros y en la prensa surgió en 1931 un vasto movimiento popular, uno de los pocos de la época de Weimar que consiguió llegar a todas las clases, géneros e ideologías políticas. Cientos de miles de alemanes reclamaban el derecho al aborto, que dejara de considerarse como delito y que pudiese practicarse con seguridad y en condiciones adecuadas. Los comunistas, en un alarde de entusiasmo por los derechos individuales al que no tardarían en renunciar, lanzaron el eslogan de: “¡Tu cuerpo te pertenece!”. La campaña se desarrolló, curiosamente, en plena Depresión: desde luego no era el mejor momento. No consiguieron modificar la ley, pero sí fue un indicador más de la acentuada conciencia que sobre el cuerpo y la sexualidad se adquirió en la década de 1920 y a comienzos de la de

1930, y del importante papel que desempeñaron los reformadores de la vida sexual en la política y en la sociedad de Weimar.

No es posible cuantificar la miseria sexual que padecía Alemania, pero las estadísticas, siempre indicativas, y los hechos que revelaban, preocupaban y mucho a los alemanes. Según el censo de 1925, había mil setenta y cinco mujeres por cada mil hombres, una cifra parecida a la de 1919, que también arrojaba un desequilibrio similar, y prueba evidente también del coste de la guerra en vidas masculinas.[30] En cuanto al tamaño de la familia, el promedio era de un hijo por pareja, de forma que los hogares de clase trabajadora arrojaban una media de 3,9 personas por unidad familiar. En 1933, Alemania tenía la tasa más baja de natalidad de toda Europa, un 14,7 por mil. Los nacimientos eran la mitad de los registrados en 1900; sólo en Berlín, la cifra había bajado del 43,1 por mil en la década de 1870 al 9,89 por mil en 1923. Más del treinta y cinco por ciento de lo matrimonios que vivían en Berlín en 1933 carecía de hijos. Por otra parte, la tasa de divorcios había aumentado de un modo alarmante y, cada año, probablemente un millón de los 31,2 millones de mujeres que había en Alemania se sometía a un aborto en circunstancias que provocaban la muerte de entre cuatro mil y doce mil mujeres al año, con un promedio de cincuenta mil mujeres que, anualmente, presentaban problemas de salud derivados de tales intervenciones.[31] Con estas cifras en la mano, a nadie extrañará la desazón de quienes pensaban que la fuerza de la nación residía en una población numerosa y fuerte, y de quienes se lamentaban de las pésimas condiciones de salud y de vida de tantos compatriotas.

¿Actuaba la gente, en su vida privada, de un modo diferente? ¿Había más sexo del que decían, mejor incluso que lo que comentaban? ¿Se produjo un repunte de la homosexualidad? Nunca es fácil encontrar respuesta a este tipo de preguntas, pero, al menos en las principales áreas urbanas, y en Berlín en concreto, da la impresión de que se estaba produciendo una revolución sexual por diferentes motivos, como los cambios en el comportamiento que se produjeron tras la guerra y la revolución, la proliferación de los métodos anticonceptivos, sobre todo los preservativos, y la abundancia de palabras e

imágenes sobre sexo en libros, folletos, conferencias, consultorios, revistas y películas. Alguien tenía que estar practicando sexo y con precauciones, porque la industria farmacéutica producía entre ochenta y noventa millones de preservativos al año,[32] y los bares de ambiente homosexual y las publicaciones clandestinas para homosexuales y lesbianas crecían en Berlín, Hamburgo y otras grandes ciudades.

La “mujer moderna” era el símbolo por excelencia de la revolución sexual de la década de 1920 (fig. 8.1.). Con su pelo corto, la famosa Bubikopf era esbelta, atlética, atractiva y carente de instinto maternal, fumaba y, a veces, vestía con prendas masculinas; salía sola y practicaba el sexo cuando le apetecía; trabajaba, normalmente en una oficina, o se dedicaba al arte, y vivía al día, con total independencia, como la describiría Elsa Herrmann en otro de los libros más vendidos de la época de Weimar, So ist die neue Frau [Aquí la tienen, la mujer moderna]. La mujer del pasado vivía para su marido y para sus hijos, se sacrificaba por la familia. La mujer moderna, por el contrario, creía en la igualdad de derechos y luchaba por su autosuficiencia económica. La guerra, al decir de Herrmann, no aportó nada sustancial a las mujeres, pero sirvió para “despertarlas […] de su letargo y que asumieran las riendas de su propio destino”.[33]



Fig. 8.1.: Mujer moderna en el Café Romanische, c. 1924. Viste con elegancia y a la moda, y sale sola cuando le apetece. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Art Resource, Nueva York).

No hay duda de que se trataba de una imagen idealizada, que casaba mal con la vida que llevaban muchas mujeres, las berlinesas también. Pocas podían alardear de ir al estilo de Hollywood, o de independencia económica. En 1925, aproximadamente la tercera parte de las mujeres trabajaba por cuenta ajena, la mayoría en puestos mal pagados en fábricas y oficinas. La mujer moderna se limitaba a ser el reflejo de una clase media o alta, independiente, que disponía de recursos para costearse sus intereses y sus caprichos. El lujo y el relumbrón de la buena vida quedaban fuera del alcance de la mayoría de las mujeres.

No obstante, y aunque limitado a una clase en concreto en sus comienzos, como estilo y modelo la imagen de la mujer moderna caló en todos los estamentos sociales del país, incluso en las localidades rurales. Los comunistas promovieron una versión propia, esbelta y de pelo corto también, pero más austera, menos atractiva y, por supuesto, comprometida con la causa del proletariado.[34] Por dura que fuera su vida, algunas de las mujeres que trabajaban en las fábricas alcanzaron el nivel de independencia y actividad que correspondían a una versión obrera de la mujer moderna. No las amilanaron las duras condiciones de vida que tenían que soportar, tanto en las fábricas como en el hogar. En la colección de escritos autobiográficos de 1930 Mein Arbeitstag, mein Wochenende (Mi día de trabajo, mi fin de semana), algunas describían cómo pasaban los fines de semana, cuando se les presentaba la oportunidad de disfrutar de su amor por la naturaleza en compañía: “Qué preciosa es la naturaleza”, escribía una de ellas, “que te hace sentirte tan sosegada y feliz”.[35] Durante las horas de trabajo, soñaban con pasear por los bosques o dar largos paseos a pie o en bicicleta los sábados por la tarde o el domingo. Al menos un día a la semana, disfrutaban del aire puro del bosque y se olvidaban de la atmósfera viciada de la fábrica. Algunas, las más afortunadas, disponían de una cabaña en el campo para descansar los fines de semana. Muchas de las más jóvenes hablaban de las excursiones en grupo con las juventudes socialistas, y disfrutaban de esa camaradería que nace de cantar juntos en torno a un fuego de campamento. Algunas trabajaban como voluntarias en organizaciones de beneficencia, como la Liga Samaritana Obrera; otras desempeñaban sus funciones en el

comité de empresa de la fábrica o en el sindicato, gestionando el seguro de enfermedad o las bajas retribuidas de sus compañeros. De vez en cuando iban al teatro o al cine, leían un libro o periódicos de tendencia socialista; eran muy conscientes de las injusticias que observaban en sus centros de trabajo y pretendían cambiar el mundo que les rodeaba.

Pero no siempre era fácil. Con el trabajo y la casa, corriendo de un lado a otro, atendiendo a los hijos y a los padres, dejándose la piel en la fábrica durante no menos de once horas, ¿dónde podían encontrar el momento o la oportunidad de llevar una vida sexual gratificante, de hacer ejercicio a diario, de atender a sus compromisos políticos y de cultivarse? Una de ellas escribía: “Muchas veces me siento tan cansada, tan agotada, que no puedo leer ni escribir. Necesito tiempo para dormir y disponer de energía suficiente para realizar mis tareas diarias. La mente es la que paga los platos rotos, como un hijastro, siempre desatendida ”. A pesar del trabajo, intenta por encima de todo “ser un ser humano y vivir como tal”.[36] En el caso de esta mujer, cuando menos, todo lo que veía y oía sobre una vida de igualdad y realización le permitía sacar fuerzas de flaqueza para imaginarse un mundo mejor. La cultura de Weimar, en general, y el socialismo, en particular, le permitían plantar cara a la vida de autómata que llevaba frente al telar, “ser un ser humano”, en sus propias palabras.

Por pocas que fueran las mujeres que, en la vida real, se acercaban al ideal de mujer moderna, no cabe duda de que su imagen provocó una avalancha de comentarios, tanto favorables como despectivos. La idea de que las mujeres pudiesen tomar las riendas de su vida, que decidiesen no casarse o que pudieran elegir entre muchos compañeros de cama, no siempre hombres, la contemplación del deseo femenino en las pantallas de cine, en la literatura barata o en las novelas serias, sorprendió y mucho a hombres y mujeres. Como en cualquiera de los conflictos que se presentaron en la década de 1920 y a comienzos de la siguiente, en los debates sobre la mujer moderna la culpa de haber llegado a esa situación la tenía la República, responsable (o cómplice, al menos) de la emancipación femenina, y fuente de toda inmoralidad, de todo mal. En un ambiente de violentas y agrias diatribas, el

caso es que se hablaba del cambio experimentado por la condición femenina en todos los foros: en las columnas de periódicos y revistas ilustradas, en la radio, en los púlpitos y en las instancias gubernamentales. El fuerte impulso que había experimentado la vida pública en esa época, gracias a la democratización y a los nuevos medios de comunicación, propició que se magnificase y se exagerase el conflicto sobre la mujer moderna.

En 1929, algunos de los más eminentes literatos alemanes publicaron Die Frau von Morgen: Wie wir sie wünschen (Cómo nos gustaría que fuese la mujer del mañana), un volumen que analizaba los cambios que se habían producido y hacía cábalas sobre el futuro de las mujeres.[37] Los colaboradores –todos hombres, algo que no parecía importarles demasiado– se felicitaban por los grandes avances que había conocido la condición femenina y pronosticaban una sociedad en la que hombres y mujeres fueran iguales. Con todo, en algunas de las colaboraciones se percibe un cierto malestar, como si las mujeres hubieran ido demasiado lejos, como si se hubieran vuelto demasiado parecidas a los hombres y hubiesen dejado de lado sus rasgos distintivos. Algunos de los escritores hacían gala de una notable condescendencia con las mujeres, como si éstas reivindicasen como derechos aquellos privilegios que los hombres les habían dispensado. El enfrentamiento entre géneros estaba en el aire y se ponía de manifiesto en aquellas páginas impresas.

No eran tales las ideas del principal de los colaboradores de aquel volumen, el afamado escritor Stefan Zweig, quien se mostraba totalmente partidario de la mujer moderna, tanto intelectual, como política y, por qué no, eróticamente. En ningún otro momento histórico ha tenido lugar “una transformación tan radical y convulsa a favor de las mujeres, en el terreno moral y en el de las relaciones sexuales, como en nuestra época”,[38] una más que notable transformación que debe continuar hasta el final, porque es imparable. Según Zweig, bastaba con echar una hojeada a una revista ilustrada de quince o veinte años atrás para percatarse de lo que había pasado.

¿Es posible que las mujeres vistiesen de esa manera, como momias, siempre en grupo, con tantos refajos, tan aisladas y confinadas, como en el medioevo? Como si de objetos históricos se tratase […] Cubiertas con corsés, tapadas hasta el cuello con tejidos plisados, embutidas en faldas y

enaguas, que hacían que todo movimiento o gesto pareciesen artificiales; ha bastado una sola generación para que, de esa mujer que forma parte de la historia de antes de ayer, haya surgido la mujer de hoy. Los leves tejidos que lucen se mueven como las olas al ritmo de sus cuerpos esplendorosos y libres. En un día soleado, atraen la brisa y el viento, y todas las miradas masculinas –¡que nadie se escandalice!–, como en otro tiempo sólo hacían las mujeres de algunas casas cuyo nombre no nos atrevemos a repetir. Esa mujer no piensa que haya nada de inmoral en esa libertad recobrada de su cuerpo y de su espíritu; tampoco nosotros, sino todo lo contrario.[39]

Zweig no ocultaba su embeleso por la mujer moderna:

En tan breve periodo de tiempo, las mujeres han conquistado una situación completamente nueva. La maravillosa emancipación que la mujer ha conseguido respecto de su cuerpo, de los suyos, su libertad y su independencia, nada de esto podrá detenerse porque se escandalicen unos cuantos carcamales, porque se rasguen las vestiduras unos pocos moralistas que acaban de descubrir su vocación de tales.[40]

Una cosa está clara, añadía Zweig: la mujer del pasado, la dama aristocrática, el ama de casa burguesa, la solterona, todos esos ejemplares, encasilladas en sus papeles, cada una con su propia moral sexual hipócrita a cuestas, todos esos "tipos" pertenecían al pasado. Hoy en día, las relaciones se miden en términos de "compañerismo". La mujer se sitúa frente al hombre en un plano de igualdad, no como subordinada y, además, goza de independencia porque ejerce una profesión. Toma las decisiones por voluntad propia, lo mismo si se trata de establecer una relación a largo plazo que de mantener un breve idilio, de disfrutar del deporte o de buscar estímulo intelectual.[41] Esa libertad redescubierta representa también un nuevo erotismo, cuyos únicos límites son el miedo a contraer una enfermedad venérea, a un embarazo no deseado. Zweig se atrevía a predecir que, cuando la medicina hubiese avanzado lo suficiente en cuanto a medidas o remedios fiables para ambas eventualidades, se llegaría a una completa igualdad entre hombres y mujeres en las relaciones sexuales. Se acabaría, por fin, la miseria sexual. La mujer sería "dueña de su propio Eros" y de su propia moralidad.[42]

Pero otros colaboradores se mostraban mucho más reticentes en sus apreciaciones, situándose, probablemente, mucho más cerca del sentir popular que Zweig. En el mismo volumen, el poeta y autor dramático Alexander Lernet-Holenia aconsejaba a “la mujer del mañana” que fuera maravillosa y no excesivamente intelectual, que se dejase guiar por sus instintos, que siempre la llevarían por el camino recto. Lernet-Holenia alababa la “galantería” de los hombres que comprendían el deseo de las mujeres de verse libres de las difíciles condiciones en que les había tocado vivir.[43] Una perspectiva aún más ambivalente se aprecia en la colaboración del escritor y periodista Axel Eggebrecht, que da la sensación de sentirse tan atraído como asqueado por la trepidante presencia de las mujeres en la vida pública.

En la vida nuestra de cada día, no hay sitio en el que no nos topemos con ‘la mujer’. Se mueve con seguridad en todas las profesiones, en puestos oficiales, en oficinas y cafés, por las calles, en los parlamentos o en los teatros. Es eficaz, trabaja y disfruta, igual que nosotros. Parece que el sexo no tiene nada que ver en todo lo relacionado con nuestras competidoras, camaradas o colegas. Pero, nos guste o no admitirlo, en todo momento nos afectan como mujeres. Constantemente sufrimos esos pequeños sobresaltos, que han llegado a ser tan frecuentes que apenas los notamos. No hay duda, sin embargo, de que vivimos en un estado general de excitación, una especie de veneno, suministrado en dosis mínimas, al que uno llega a acostumbrarse aunque embote los sentidos, y de cuyos efectos sólo llegamos a percatarnos tras habernos sometido a una hora de estimulación erótica intencionada y explícita.[44]

La tensión sexual es evidente: todas esas mujeres, tanta excitación, acaba por actuar como una especie de veneno. Pero lo que molestaba a Eggebrecht respondía a algo mucho más profundo:

Al mismo tiempo, las consecuencias simplemente eróticas de lo que conocemos como emancipación han sido eminentemente negativas. La inseguridad que el hombre siente frente a la mujer ha llegado a ser prácticamente insoportable. En nuestros días, cuando un hombre sale con una mujer, nunca sabe en qué terminará la cosa. Aunque intuya la presencia de un deseo sexual, claro e intenso, nunca sabe hasta dónde llegan sus encantos, si provoca un deseo fugaz tan sólo o si su capacidad de fascinación va más lejos.[45]

Al contrario que Zweig, que estaba encantado con la mujer moderna y en cuyos escritos se percibe cierta carga erótica, Eggebrecht se veía sumido en un estado de ansiedad sexual, de duda permanente. Lo más que podía hacer era emitir un patético alegato para que se restableciesen las viejas barreras entre hombres y mujeres. Así, una vez más, los hombres recurrirían a todo su encanto y se las ingeniarían para conquistar a las mujeres, y las mujeres “seguirían simulando una cierta resistencia que atraería al hombre de nuevo y acabaría con esa carencia de estímulos”.[46]

La mujer moderna era el símbolo más visible, más jaleado y más conflictivo de la revolución moral y sexual de la década de 1920. Por todas partes había cuerpos de hombres y mujeres en movimiento, en acción, lo nunca visto hasta entonces. Iban más ligeros de ropa, vestidos de manera más provocativa, o simplemente desnudos, y lo mismo se los encontraba en un escenario durante un espectáculo en directo que en la playa, caminando por la calle (¡aunque no desnudos!), en revistas o en el cine. Como bien apuntaba Zweig, cualquiera podía darse cuenta de la diferencia entre una escena callejera del Berlín de 1900 –las mujeres encorsetadas y cubiertas; los hombres, bien trajeados– y el de 1926 (véase fig. 2.4.).

¿A qué podía atribuirse semejante cambio? Según todos los comentaristas, a la guerra; y a la revolución, añadiríamos por nuestra parte. Ambos hechos socavaron profundamente el respeto a la autoridad, así como las normas sexuales y morales predominantes en la Alemania imperial. Para muchos ciudadanos, la emancipación del cuerpo, ya fuera en la cama, por la calle o en la playa, era una forma contundente de afirmar que eran modernos y de mostrar el rechazo que sentían hacia aquel mundo asfixiante que había sido la Alemania de antes de 1918. Pero hay otra razón: los medios de comunicación de masas vivían de la exhibición de cuerpos hermosos. Había una competencia despiadada entre películas, fotografías y revistas por la importante repercusión de la imagen visual, ya fuera en forma de anuncio o de representación artística, una imagen que, por otra parte, en la década de 1920 era muy fácilmente reproducible en cualquier soporte (como ya tuvimos ocasión de comprobar en el capítulo 6). Además, la población, que se había convertido en una "sociedad de masas", tenía la oportunidad de asistir, y por decenas de millares, a espectáculos deportivos, combates de boxeo o partidos de fútbol, que también eran retransmitidos en directo por la radio y de los que informaban los periódicos. Y quizá, pero sólo es un suponer, la atención que en esa época se prestó a los cuerpos sanos y atractivos, ya fueran masculinos o femeninos, puede haber sido una especie de reacción psicológica en masa contra los desastres provocados por la Primera Guerra Mundial, cuya evidencia estaba a la vista por doquier, con la presencia de heridos de guerra mutilados, ciegos o con el rostro parcialmente desfigurado.

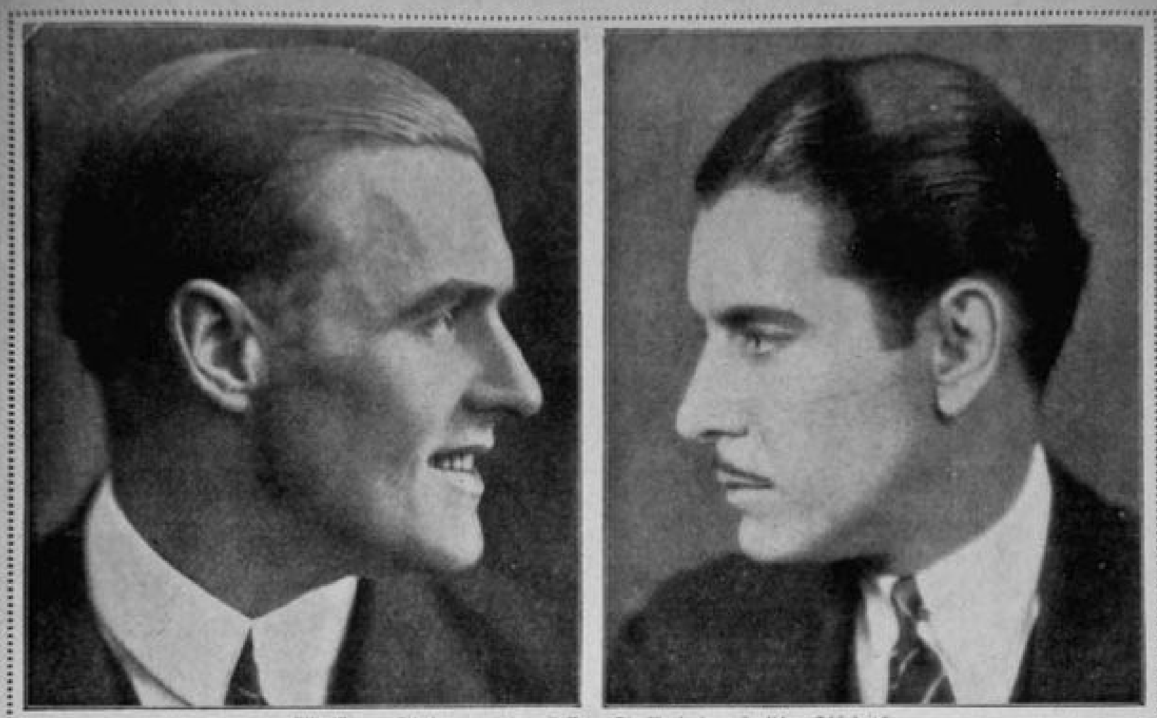
En cualquier caso, la liberación y exhibición del cuerpo tuvo lugar según aquella curiosa mezcolanza tan propia del periodo de Weimar. Los alemanes bailaban mucho más que antes. Con la expansión de la radio y el fonógrafo, muchos hoteles y cafés organizaron bailes vespertinos, toda una innovación, mientras los amplios salones de baile se llenaban a rebosar. Cualquiera se preguntaría cuándo trabajaban aquellas personas o cuándo se ocupaban de sus familias, si todas estaban bailando o, lo que es peor, escuchando jazz norteamericano o imitando pasos de baile importados del mismo país, como el fox-trot o el charlestón. Las revistas eran el espectáculo típico de los cabarés berlineses. Al estilo de las Rockettes o de bailarinas de locales famosos de Harlem, como el Cotton Club, los espectáculos de “chicas” del muy popular cabaré berlinés consistían en hileras de mujeres vestidas con mallas, que bailaban con precisión militar en una sorprendente combinación del militarismo prusiano con la sexualidad de Weimar, como señaló el crítico y sociólogo Siegfried Kracauer en uno de sus más conocidos ensayos (como ya vimos en el capítulo 7) (fig. 8.2.).[47]



Fig. 8.2.: Las Tiller Girls, uno de los espectáculos de revista más populares, muy famoso por la precisión de sus pasos y la altura a la que levantaban las piernas.

Aunque las mujeres estuviesen en el ojo del huracán del debate en la época de Weimar, los hombres tampoco se quedaban atrás. Incluso el influyente semanario Berliner Illustrirte Zeitung dedicaba unas cuantas páginas a la belleza masculina, no de hombres desnudos, desde luego, pero sí imágenes idealizadas del hombre alemán calcadas del cine y de los estereotipos raciales que mejor distinguían a los arios de los judíos. Una gran variedad de

fotografías acompañaba las páginas de un artículo titulado "La magia de la belleza masculina", desde rostros misteriosos de cabellos negros a semblantes campechanos y llenos de encanto (fig. 8.3.).[48] En ningún caso se trataba de hombres de rasgos judíos o no europeos. Al actor de cine Paul Richter se le describía como Siegfriedgestalt (la viva estampa de Sigfrido); otro, Ronald Colman, merecía el calificativo de "arquetipo de la belleza moderna". La belleza masculina, difundida incluso por el grupo editorial liberal Ullstein, se convirtió en algo normal.





Bildnisse von Filmsternen zu dem Aufsatz: „Die Magie der männlichen Schönheit."

Paul Richter,
Siegfriedsgestalt, hohe Stirn, helle Adleraugen, verträumter Mund, leichte Melancholie, die zum mütterlichen Trösten auffordert, kraftstrotzend und ein wenig täppisch.
Phot. Becker & Maaß.

Ronald Colman,
moderner Schönheitstyp, ohne jede Süßlichkeit, sparsam in den Bewegungen, Neigung zum Saloppen, sympathisch, innerlich gespannt, kluge Augen, warmherzig, voll Mitleid.
Phot. Paramount.

Die Magie der männlichen Schönheit

Den antiken Frauen nahten ihre Götter in Wolken, den Frauen des bürgerlichen Zeitalters in den Nebeln der Phantasie, die aus den Romanen ihrer Zeit emporstiegen, den unsrigen aber ward es vergönnt, ihre Götter zu sehen, nah zu nah, Angesicht zu Angesicht, ihr Lächeln, ihre kühnen Augen, die hohe Stirn, die Pracht der Glieder, den ausholenden Gang, die berückenden Posen und ihrer Heldentaten Zeugen zu sein.

Was war sonst ein Ritter? Ein Mann, der behauptete, in der oder jener Wüste einen Drachen erschlagen, in dem oder jenem finsteren Walde einen Löwen erlegt zu haben. Vor jener Stadt, die man nicht einmal vom Hörensagen kannte, erschlug er fünfhundert Sarazenen mit eigener Hand, und in der Höhle eines sagenhaften Zauberers hat er sich standhaft der Verführungen überirdisch schöner Nymphen erwehrt. Aber, wer konnte das alles kontrollieren? Wer bürgte dafür, daß der Mann nicht ein Hochstapler war? Sollte man ihm in jenem wilden Walde nachspionieren? Sollte man ritterliche Detektive recherchieren lassen? Man hätte sich selbst der Notwendigkeit ausgesetzt, gleichfalls in jenen unkontrollierbaren Gegenden gefährliche Abenteuer bestehen zu müssen.



Harry Liedtke,
Dichter und Boulevardier, Schalk im Auge, Charme im Grübchen, Draufgänger, rätselhaft wechselnd zwischen Leichtsinn und Melancholie, goldiger Kerl, ewig jung und doch nicht mehr Junge.
Phot. Ufa.

Die schönen Leserinnen des 18. und 19. Jahrhunderts hatten es nicht minder schwer. Die faszinierenden Verführer, die blanken Offiziere, die Emigranten mit den melancholischen, dunklen Augen, die heldenhaften Verschwörer, die edelmütigen Räuber, die kühnen Seefahrer, ach, sie wurden in den vielbändigen Romanen der Zeit haargenau beschrieben und ihre Heldentaten füllten Hunderte von Seiten. Aber, was waren Worte gegen die Wirklichkeit! Wer soll den Glanz und die Bewegung eines menschlichen Auges beschreiben, wer kann nach einer bloßen Schilderung eine wirkliche Nase zeichnen? Immer mußte die Wirklichkeit bei diesen Phantasiebildern helfen, immer mußte ein lebendes Modell herhalten, damit die vagen Figuren des Buches Farbe und Gestalt gewannen. Und natürlich war dieses lebende Modell der Leserin in Wirklichkeit immer unerreichbar, sonst hätte sie eben nicht Romane gelesen, sondern selbst welche erlebt. Aber diese Unerreichbarkeit — was hatte sie anders zur Folge, als Bleichsucht, Ueberspanntheit, unglückliche Kompromisse, unverständige und unfruchtbare Sehnsüchte, Seufzer, Tränen, Hoffnungslosigkeit.

Hingegen heute! Da sind die Ideale greifbar. Da weiß man, an wen man sich zu halten hat, da kann man seinem Verehrer

Fig. 8.3.: “La magia de la belleza masculina”, Berliner Illustrirte Zeitung, 26 de junio de 1927. La fascinación por el cuerpo en la sociedad de Weimar se extendía también a los hombres.

Pero había algo que llamaba más la atención. El boxeo fue uno de los deportes que causó sensación entre las masas de la década de 1920. Acudían a millares para ver los combates de Max Schmeling y otros ases del pugilismo (fig. 8.4.). Los grupos literarios y culturales más influyentes los mimaban, llegando a elaboradas conclusiones filosóficas relativas a la lucha y al cuerpo de los boxeadores.[49] Bertolt Brecht, John Heartfield, George Grosz y muchos otros genios de la época, de derechas o de izquierdas, formaban parte del círculo de Schmeling y lo halagaban cuanto podían, con la esperanza, sin duda, de que algo se les pegaría por ósmosis de tal derroche de virilidad. Para muchos alemanes, el boxeador era una reencarnación del héroe y luchador. En el cuadrilátero, se trataba de un hombre contra otro, la antigua lucha del individuo contra un semejante. El boxeador destacaba con diferencia sobre el físico masculino depravado de la modernidad, aquella masa irreconocible de cuerpos blandos y encorvados que iban en manada o habían sufrido terribles heridas durante la guerra. El boxeador no formaba parte de esa masa, sino que reavivaba la antigua llama griega, tanto en cuerpo como en espíritu, sin dejar de ser moderno, es decir, fuerte, pulcro y rápido: una encarnación poderosa del tipo norteamericano.

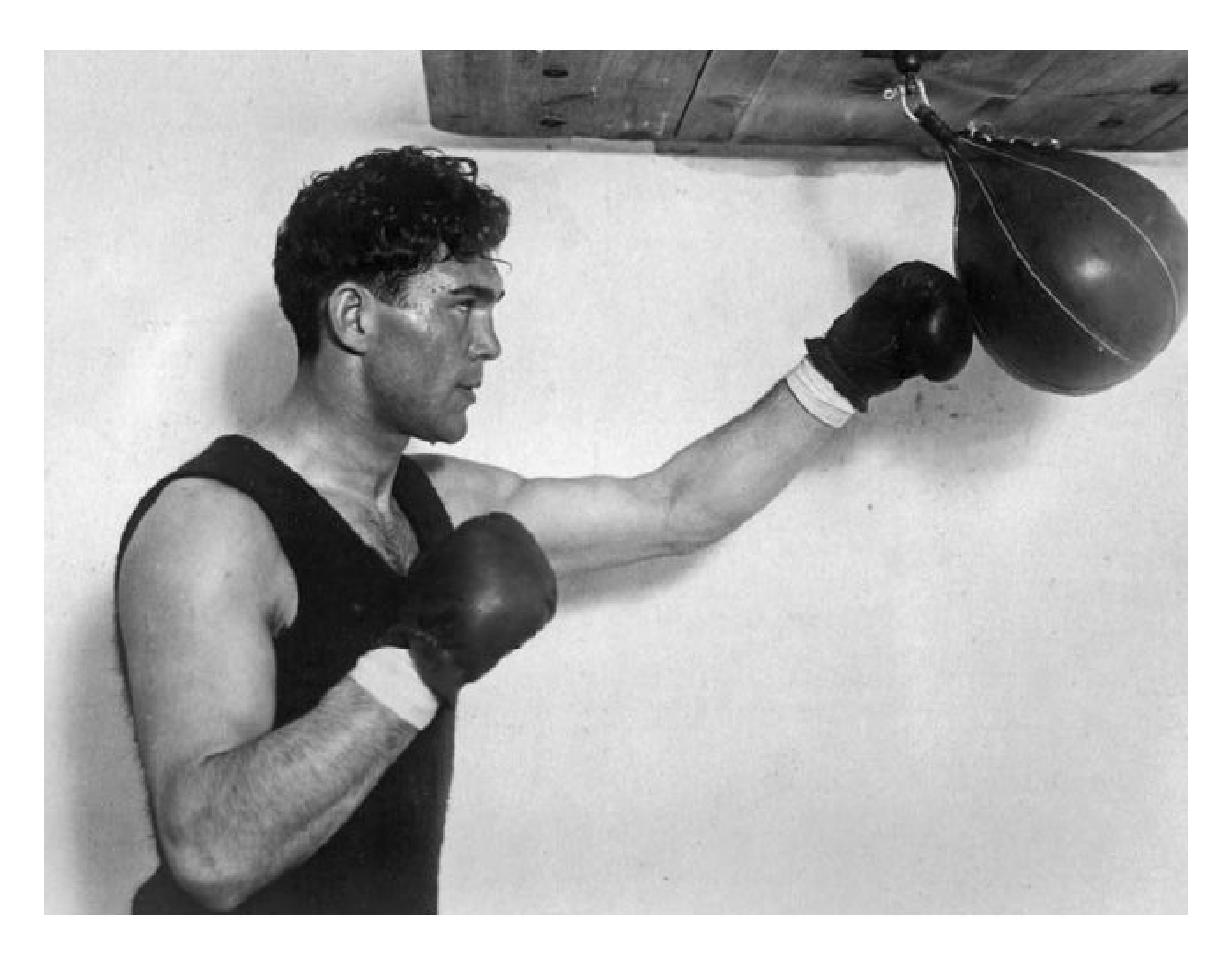


Fig. 8.4.: El boxeador Max Schmeling, prototipo de la virilidad (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Art Resource, Nueva York).

Para algunas personas, la imagen de Schmeling era sólo el principio. El cuerpo sólo podía desarrollarse y exultar libre de toda ropa. El nudismo era la unión del alma con el cuerpo, del hombre con la naturaleza. Despojados de esas prendas que los constreñían, los alemanes podían hacer ejercicio y retozar por bosques y lagos, reproduciendo el espíritu de la Alemania primigenia. El libro de Hans Surén, Der Mensch und die Sonne [El hombre y el sol] alcanzó un éxito espectacular, sesenta y una ediciones en un año y doscientos cincuenta mil ejemplares vendidos. Para rendir su particular homenaje a la naturaleza y al nudismo, el autor recurría a una filosofía vulgar, a un romanticismo estereotipado, a una prosa melodramática:

¡Salve a todos los que amáis la naturaleza y la luz del sol! Biena-venturados vosotros que marcháis por campos y praderas, por valles y colinas.

Descalzos, con el cuello de la camisa desabrochado y la mochila al hombro, felices camináis bajo el cielo azul o en medio de la tormenta […] Pero la alegría de vivir se experimenta con mucha más fuerza cuando os despojáis de vuestras ropas a orillas de un arroyo o de un lago para sumergiros en el agua y en el sol. Una maravillosa sensación de libertad fluye en vuestro interior y exultáis con el ejercicio. ¡Sentís cómo sois, sentís vuestros cuerpos! Nuestra desnudez natural encierra algo puro y sagrado. Sentimos la maravillosa revelación de la belleza y la fuerza de nuestro cuerpo desnudo, transfigurado por la divina pureza que resplandece en la mirada abierta y límpida que revela toda la profundidad de un alma noble en busca de algo […] Salve, pues, a todos los que aman el sol desde su desnudez natural y saludable.[50]

Sólo en un clima de días grises y lluviosos se le ocurriría a alguien escribir una prosa tan atroz sobre la desnudez y la luz del sol.

En su libro, Surén repite machaconamente sol, desnudez, salud, ésas son las sendas que nos conducen a la felicidad, individual y colectiva, como Volk. A su modo de ver, los antiguos griegos y romanos estaban al tanto de las ventajas de la luz del sol y de la desnudez: habían soportado climas extremos casi sin ropa; habían recorrido enormes distancias calzados con unas simples sandalias. También los antepasados teutónicos practicaban la desnudez, pero el triunfo del cristianismo había representado la pérdida de muchos de aquellos eximios valores. Surén llegaba incluso a afirmar que la cultura griega era en realidad germánica, porque los antiguos griegos eran descendientes de tribus germánicas. Por increíble que nos parezca, por extraño que resulte que alguien se haya imaginado un único linaje griego-germano, el caso es que afirmaciones como éstas llevaban a Surén a argumentar que, retozando desnudos, los alemanes de su época revivían los tiempos de sus antepasados, una vuelta al pasado que restauraría el Volkskörper, la salvación colectiva de la raza alemana.[51]

Cuerpos desnudos de hombres corriendo por los prados, haciendo ejercicio al sol, bajando por una ladera con esquíes, jugueteando en un lago, son algunos de los ejemplos que se repiten una y otra vez en Der Mensch und die Sonne (figs. 8.5. y 8.6.). Es evidente que la prosa de Surén no está exenta de cierto homoerotismo, con esa especie de adoración del cuerpo masculino desnudo, fuerte y bronceado. Sin embargo, Surén aconseja a las muchachas

y a las mujeres que hagan lo mismo: “La mujer ha de ser fuerte y dura, sin llegar a perder nunca lo que la define como tal, la armonía del movimiento y el cuerpo femeninos”. Mediante ejercicios de gimnasia rítmica o gracias a la música, descubrirá sus propios talentos y habilidades, que le permitirán integrarse en la colectividad, contribuyendo a cohesionar tanto su propia individualidad como la sociedad en su conjunto (figs. 8.7. y 8.8).[52]



Fig. 8.5.: Hans Surén, “Gimnasia alemana”. Muchas personas y grupos reivindicaban la desnudez como el camino para llegar a ser ellos mismos y, en el caso de la derecha, como reencarnación del antiguo espíritu alemán. Los ejercicios sin ropa, bajo la luz del sol, restaurarían, individual y colectivamente, el cuerpo y el alma debilitados por las perniciosas influencias de la sociedad moderna. El libro de Surén, El hombre y el sol, fue un enorme éxito (G. Riebicke, Galerie Bodo Niemann, Berlín).

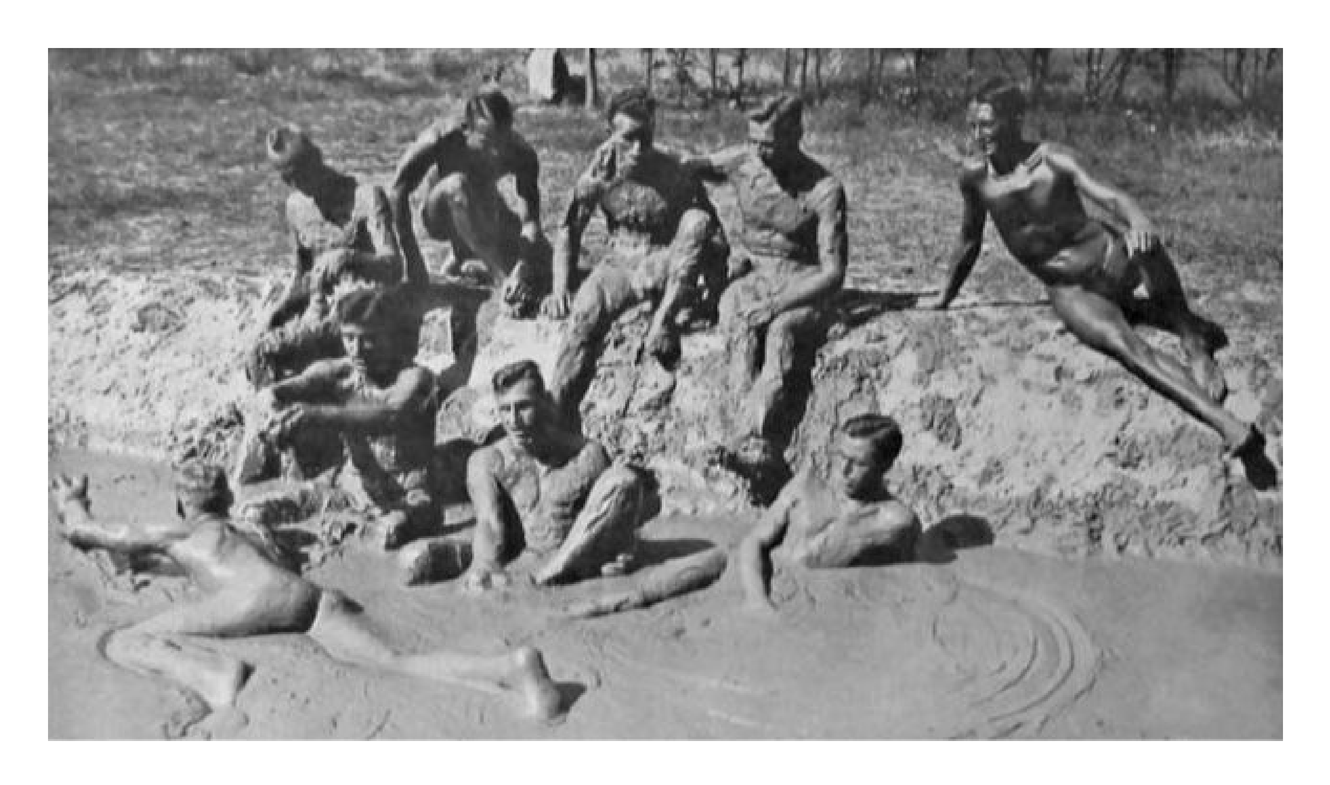


Fig. 8.6.: Hans Surén, “Mi baño de lodo”. Tras agotadores ejercicios, es hora de disfrutar de un baño de lodo. Surén es el hombre bronceado, a la derecha de la imagen, que observa con cariño a sus alumnos. La componente homoerótica salta a la vista (G. Riebicke).

La cultura del cuerpo, que con tanto ardor defendía Surén, tenía adeptos en todo el espectro político, aunque no todos llegasen al extremo de propugnar la desnudez. La vitalidad de la nación, o eso era al menos lo que proclamaban prácticamente todos los movimientos o partidos políticos, se asentaba en unos cuerpos sanos y en una activa comunión con la naturaleza. Excursiones organizadas por las montañas y los bosques que rodeaban las ciudades bastarían para reponer a los alemanes de los esfuerzos que les exigía la era de la industrialización, obligados a hacer en las fábricas siempre los mismos movimientos y respirando el aire sucio y contaminado de las ciudades industriales. Unos cuerpos ejercitados harían que los ciudadanos se sintiesen en forma, lo que ayudaría a suturar el tejido de la sociedad alemana. Tanto comunistas como socialistas contaban con sus propias asociaciones de nudismo, de aficionados a la bicicleta o de excursionistas, que inculcaban una vida sana y abogaban por las escaladas o los recorridos en bicicleta como forma de mantener al proletariado sano de alma y cuerpo, y preparado para la lucha de clases. Todas las organizaciones, desde las

comunistas hasta las nazis, eran partidarias del ejercicio físico –en el caso de los liberales, esta actitud se remontaba al siglo XIX –, y proponían imágenes de mujeres sanas y maternales.

Todos los partidos recurrían también a deformar la imagen del adversario con cuerpos depravados para representar al “contrario”. La propaganda de comunistas y socialdemócratas describía a los patronos como gordos y fofos, símbolos depravados de lujo y riqueza, una imagen antigua que se remontaba al siglo precedente, e incluso anterior. La imagen que de los socialdemócratas ofrecían los comunistas era aún peor. Tras haber cruzado la línea divisoria entre el proletariado y el mundo de la burguesía (según los comunistas), los socialdemócratas eran caricaturizados como arrastrados y débiles, lacayos de los jefes o de los burócratas, o ridiculizados con enormes barrigas y gestos pretenciosos. Las mujeres, por lo general, aparecían como oprimidas y pisoteadas, víctimas de la explotación del capitalismo, que reclamaban a unos hombres hechos y derechos para librarlas de tantas miserias.

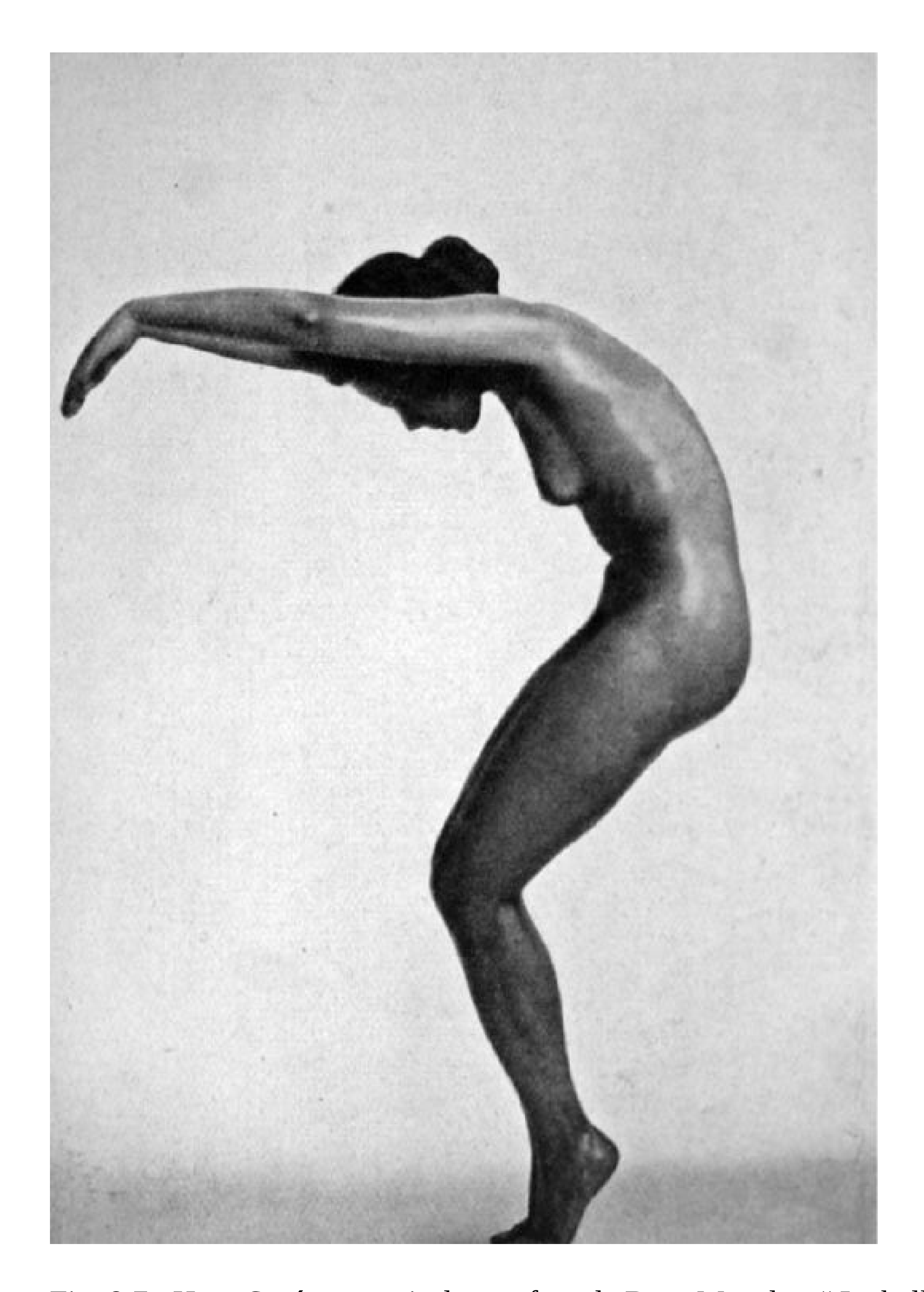


Fig. 8.7.: Hans Surén, a partir de una foto de Dora Menzler, “ La belleza de tu cuerpo”. Surén no olvidaba a la mujer, y se mostraba partidario de una forma idealizada de belleza femenina.



Fig. 8.8.: Hans Surén, “La escuela de baile Von Laban”. Según Surén, las mujeres también tenían que practicar ejercicios de coordinación, preferiblemente desnudas.

La idea que pretendían transmitir los comunistas de los socialdemócratas guardaba un sorprendente parecido con otras dos imágenes: la de la vieja caricatura antisemita de los judíos, y la de la lánguida y depravada mujer moderna, siempre utilizadas como representación de los mayores peligros. Ninguna de las figuras que aparecen en ellas está en posición erecta: o aparecen encorvadas o en el fondo de la imagen, en un ademán posesivo no exento de connotaciones sexuales. La mujer moderna era precisamente eso, además de refinada, vestida a la moda y autocomplaciente. Con actitudes de ese tipo, estaba claro que no aportaba nada a la nación ni a la raza, ni bienes ni valores ni crianza y, desde luego, tampoco hijos. Nunca fue tan perniciosa la imagen antisemita a la que recurrían todos los partidos y movimientos de derechas como en la década de 1920. Invariablemente, los judíos siempre

aparecían encorvados, con luengas barbas y gesto contrariado, narices desproporcionadas y ojos que lanzaban maliciosas miradas desde unas cuencas hundidas. Rodeaban la tierra o abrazaban a sus víctimas con unas extremidades que más parecían tentáculos que brazos o piernas, dominándolos, dando pábulo a la conspiración judaica para dominar el mundo. Una imagen espantosa y degradante, cuya postrer y trágica consecuencia fue que los nazis, al privar a los judíos de todo medio de subsistencia, consiguieron hacer realidad los frágiles cuerpos judíos que habían representado.

En ocasiones, sin embargo, la tenebrosa imagen del macho no era un hombre débil, sino apabullante y fuerte, una especie de gorila caricaturizado con rasgos africanos que amenazaba Alemania. Así describían los conservadores a las tropas coloniales francesas que ocuparon las cuencas del Rin y del Ruhr (como vimos en el capítulo 3) y a los soldados bolcheviques que, en cualquier momento, podían invadir el país (véase ilustración en color 8).

Durante la época de Weimar, la cultura del cuerpo tuvo un matiz marcadamente militarista. Hasta los comunistas se manifestaban en formación. Surén recibió el encargo de reformar los deportes y la educación física del Reichswehr, y acabó por afiliarse al partido nazi en 1933. A pesar de la Primera Guerra Mundial –contienda mecanizada que conllevó muertes a escala industrial–, la derecha conservadora siguió recurriendo a la heroica imaginería belicista de tácticas militares ya desaparecidas. Tropas de caballería defendiendo la nación; soldados de infantería pertrechados de bayonetas y mosquetes; desfiles de hombres con impolutos uniformes llenos de botones y medallas de latón que relucían al sol: una imagen tranquilizadora para una nación que había sido derrotada en la guerra y devastada por los enfrentamientos civiles.

Los cantos de sirena del placer sexual y la agitación de los cuerpos también eran la causa de profundos recelos. Incluso la gente de izquierdas expresaba ciertos temores por el posible resultado de tan frenético desasosiego. El jazz y los bailes que lo acompañaban, con pasos tan rápidos y movimientos

desaforados, parecían el símbolo de un mundo desquiciado, que buscaba como loco el significado de algo que carecía de sustancia, un vano intento de encontrar en la moda, en lo moderno, lo que no podía llenar el hueco de la contemplación intemporal del sentido profundo de la vida. Nos hemos olvidado de algo, apuntaban Katharina Rathaus y Alice Gerstel en sesudas publicaciones, cuando, en lugar de "los pasos acompasados" de los bailes de antaño, contemplamos el movimiento frenético y desaforado del charlestón; cuando, al ritmo de música de jazz, se ejecutan "esos pasos alocados, agotados, ligeros, carentes de recato, jadeantes y liberadores".[53] Pérdidas, por un lado; ganancias, por otro. La desaparición del mundo burgués del siglo XIX, que transcurría con más lentitud, más ordenado y previsible, se perdía; pero se ganaba la emancipación gracias al influjo liberador del jazz y de Norteamérica, una combinación de lo antiguo y lo moderno que muchos alemanes no dudaban en identificar con los afroamericanos.

La presión de la revolución también se ponía de manifiesto, y muy especialmente, entre las mujeres que se movían en círculos "progresistas" y "emancipados". Cualquier negativa a una proposición de índole sexual podía desencadenar un torrente de ataques, gracias al arsenal que proporcionaba la psicología, o la charlatanería psicológica, sobre las inhibiciones sexuales, tan de moda entonces. O como escribiera Grete Ujhely, en 1930, en una de las publicaciones más serias e influyentes: "¿Han respondido alguna vez que no a uno de los amos de la creación? [...] Porque la consecuencia inmediata es una ramplona conferencia de no menos de media hora desde la perspectiva del psicoanálisis, en la que se insiste sobre esa bonita palabra que lo resuelve todo, inhibiciones. Si la estratagema no da resultado, el hombre, con la sensatez lógica que se le supone, llega a la conclusión de que una es frígida o tonta; normalmente, ambas cosas. En ningún caso se le ocurrirá llegar a la conclusión, que también es posible, de que quizá su nariz no te atraiga nada".[54] Para concluir: "Toda mujer está en su derecho, pero no tiene ninguna obligación".

La crítica formulada por aquel gran comentarista de la época de Weimar, Siegfried Kracauer, era mucho más acerba. Según Kracauaer, la preocupación por el cuerpo no era sino una pura ilusión, una obsesión por las apariencias para mejor disimular el carácter represivo e injusto de la modernidad capitalista en la fase del consumo de masas.

La expansión del deporte no sólo no resuelve los complejos, sino que, entre otras muchas cosas, es un síntoma de represión a gran escala; en nada ayuda a establecer nuevos vínculos sociales, sino que es una de las causas más importantes de que la gente se aleje de la política […] No son los lagos la razón de que haya tanta afición a los deportes acuáticos en Berlín. Son millares los jóvenes trabajadores que sueñan con remar en canoa [o] renuncian a cualquier otro placer con tal de ir a bordo de una embarcación […] El cuerpo desnudo pasa a convertirse en un símbolo del ser humano liberado de las condiciones sociales imperantes, y al agua se le atribuye el mítico poder de acabar con la suciedad asociada al puesto de trabajo, cuando, en realidad, es la presión hidráulica del sistema económico la que empuja a las multitudes a bañarse, y lo cierto es que el agua sólo limpia los cuerpos.[55]

El estilo brillante de Kracauer se ve ensombrecido por el frío distanciamiento y el desprecio sarcástico, como si no estuviera de acuerdo con que la gente disfrutase de unos pocos días, de unas cuantas horas de asueto.

En el Luna Park, al anochecer, a veces iluminan una fuente con bengalas: conos de luz rojos, amarillos y verdes, que se avivan sin parar y se esfuman en la oscuridad. Cuando tanto esplendor toca a su fin, resulta que hay que buscar su origen en un mísero entramado artificial de pequeñas tuberías. La fuente es como la vida de tantos empleados. Recurren a la distracción para olvidarse de sus miserias, se adornan con bengalas y, sin pararse a pensar de dónde han salido, se sumergen en el vacío de la noche.[56]

Para Kracauer, el agua no tenía ningún simbolismo espiritual: sirve sólo para lavar lo que está sucio. La iluminación se pierde en el vacío. Es posible. Pero ¿tan terribles eran esas distracciones, aquel afán por el propio cuerpo? ¿Tan nefasto era que los alemanes se pasasen horas bailando en un hotel, nadando en el Wannsee, asistiendo a una carrera de caballos o a un combate de boxeo, reposando en brazos de otra persona, si a la mañana siguiente habían de acudir de nuevo a la tienda, a la oficina o detrás del mostrador?

Pero eran las iglesias las que más se oponían y clamaban contra tanto hablar de sexo, contra la exhibición de cuerpos ligeros de ropa. Según las iglesias católica y protestante, tal actitud no era sino un signo evidente de la crisis espiritual de aquella época, una crisis que, según ellos, fomentaba la República. A pesar de tantas diferencias y de la hostilidad que reinaba entre ellas, las dos iglesias principales, la luterana y la católica, ambas insistían en lo mismo: la familia era el fundamento de la sociedad, y sólo aquellos hogares en los que imperaban los valores cristianos podían constituir los cimientos de una sociedad más sana y fértil, de un Estado poderoso, revestido de autoridad moral. Las iglesias no dudaban en asegurar que la República, secular y atea, honraba más a los hombres que a Dios, que contribuía a la disolución de la moral y al debilitamiento de la familia. Las confesiones cristianas reconocían que una vida familiar sana debía asentarse en una situación económica decente, y condenaban la pobreza en que vivían tantos alemanes, responsabilizando también a la República de la crisis económica. Pero lo que de verdad más les importaba eran asuntos tan espirituales como la amenaza que el "amor libre" representaba para sus enseñanzas.

Los fieles escuchaban estas orientaciones casi todos los domingos, cuando iban a la iglesia. Asambleas más amplias, como las conferencias nacionales que mantenían normalmente las iglesias luterana y católica, ofrecían un foro más numeroso para reafirmarse en sus doctrinas y atacar sin respiro a la República como promotora de la inmoralidad sexual. En la conferencia que la Iglesia luterana celebró en 1924, D. Titius, profesor y uno de los más influyentes cargos de esa confesión, redactó una ponencia en la que afirmaba que "gran parte de nuestra sociedad se ha olvidado del Dios vivo y se ha rendido ante los placeres del mundo y la adoración del hombre". [57] Titius recordaba, a continuación, la postura luterana sobre la familia, "pilar viviente" de la Iglesia y del Estado. "No hay mejor punto de encuentro entre el hombre y Dios, entre la naturaleza y la misericordia, que la vida familiar y marital que defiende el cristianismo". [58] Los católicos, por su parte, llegaron a la misma conclusión durante la conferencia que celebraron en 1929, bajo el lema de "Salvemos a la familia cristiana".

La decadencia de la familia va indisolublemente unida a la degradación del Estado. Por divino y natural designio, la familia es el cimiento del Estado. Pero cuando la piedra angular se tambalea y se desmorona, todo el edificio

corre el riesgo de desplomarse […] No caemos en la exageración cuando declaramos que el problema de la familia es la cuestión social más preocupante de nuestro tiempo.[59]

El fuerte descenso de la tasa de natalidad, el incremento del número de abortos y la rápida expansión de las enfermedades venéreas eran otras tantas señales de alarma. Según los protestantes, en algunas regiones de Alemania las relaciones sexuales prematrimoniales eran ya la norma, y "llegar sin tacha al matrimonio" la excepción. Ni siquiera se consideraba como pecado el nacimiento de un hijo fuera del matrimonio.[60] El orden social, "antes tan firmemente establecido, se había debilitado y resquebrajado, poniendo en grave peligro la protección y la dignidad del sexo femenino [y amenazando] el sentido del honor y del deber propios del sexo masculino".[61]

¿Cuáles eran las causas de aquella crisis moral? Según los dirigentes de ambas iglesias, el socialismo y el individualismo radicales, auspiciados por la República. Por lo visto, tales fuerzas representaban una amenaza para el matrimonio establecido. Prestaban su apoyo al amor libre, actitud que hacía imposible la regeneración moral, porque los defensores del amor libre y del erotismo no son sino siervos de la lujuria y destruyen el verdadero significado del amor y del matrimonio. Por el contrario, el verdadero amor exige ser paciente con las debilidades de la mujer, mutuo respeto y consideración. El amor verdadero es monógamo, y reclama fidelidad por parte de los cónyuges; el amor verdadero, en fin, atempera las pasiones. "Tanto desde una perspectiva física como moral, la vida familiar se ve sometida a tremendas convulsiones", aseguraba uno de los dirigentes de la Iglesia durante el cónclave protestante de 1924. "La nación alemana sólo podrá salir adelante si el matrimonio y la vida familiar se refuerzan y vuelven a ocupar el lugar que les corresponde, algo que sólo ocurrirá si nos atenemos a los preceptos evangélicos".[62]

Los católicos, igual que los protestantes, pensaban que la cultura y la sociedad de Weimar constituían una amenaza para la familia cristiana. Había que emprender una guerra a brazo partido contra la inmoralidad rampante, y contra la influencia que las ideas liberales, socialistas y comunistas pudieran ejercer sobre los jóvenes católicos.[63] Sólo una Iglesia alerta y militante podría salvar a la familia, y asegurar que la juventud católica recibiera una

educación cristiana. Durante la asamblea de 1929, todos los oradores insistieron en la santidad del matrimonio, en el papel central que la institución familiar representaba para la sociedad y en los peligros que acechaban a los fieles católicos. Las amenazas a la familia eran ataques contra el Estado y la sociedad, pues ambos existen gracias a esa institución fundamental que es la familia. El "grave trastorno de los tiempos que nos ha tocado vivir", decía el abad Adalbert von Neipperg en su discurso de apertura, es la renuncia de la familia a Dios, su negativa a dejarse guiar "por la milagrosa luz de Dios". Otros participantes repetían a coro aquello de que "la vida moderna está al servicio del hombre […] y el hombre sólo mira por sí mismo".[64]

Ambas iglesias se opusieron con todas sus fuerzas a que se suavizaran las restrictivas leyes de divorcio vigentes en Alemania o a que se despenalizase el aborto. En opinión de luteranos y protestantes, tales reformas eran contrarias a las enseñanzas cristianas sobre el matrimonio como sacramento, y sobre el carácter sagrado de la vida humana. Idéntico empeño desplegaron para oponerse a diferentes propuestas de reforma que amenazaban con reducir o eliminar la enseñanza de la religión en las escuelas públicas. En la conferencia luterana, Titius partía de la base de que "la regeneración moral por la que luchamos no pasa por relajar los lazos del matrimonio, sino por santificarlos".[65] La verdadera vida familiar sólo se restablecería gracias a una formación, a una educación cristianas, impartidas en el hogar, en la iglesia y en las escuelas; sólo mediante el compromiso con Dios y el reforzamiento de la moral cristiana en la vida pública y privada. El fuerte descenso de la tasa de natalidad no sólo era una muestra de egoísmo, sino del rechazo a seguir la voluntad divina y a mirar por los intereses de la patria.[66]

Según se afirmaba en el conclave católico de 1929, las mujeres tenían que asumir responsabilidades especiales: "Toda mujer debe saber y entender que, mediante el vínculo del matrimonio, asume la responsabilidad primera y fundamental de ser el alma del hogar, y debe aceptar los sacrificios que exige el amor como ideal de vida".[67] Josef Gockeln, sindicalista y católico, reafirmaba las enseñanzas católicas sobre el carácter distintivo de la mujer (Eigenartigkeit) : "Para nosotros, es más importante preservar y promover los rasgos genuinos y naturales de la mujer que la consecución de derechos […] fijados por ley […] Se tomen las iniciativas que se tomen sobre la mujer, no olvidemos nunca que pueden ser madres".[68]

Para los cristianos comprometidos, la República era sinónimo de airear el sexo, de adoptar estrategias contrarias a la familia, de mujeres modernas y de elevadísimas cifras de abortos y divorcios. La República carecía de referencias morales; de hecho, promovía activamente lo contrario, la inmoralidad.

La adusta seriedad con que se trataban las cuestiones relativas al sexo durante la época de Weimar no deja de tener su gracia, al menos para las generaciones posteriores. A fin de cuentas, no resulta muy excitante leer manifiestos o sesudos tratados, escritos en prosa burocrática y ciéntifica, proclamando el goce que procura el sexo. La Asociación Alemana para la Protección de las Madres defendía la monogamia, pero no por eso dejaba de reconocer que el matrimonio no tiene por qué abarcar necesariamente “todas las relaciones amorosas que puedan surgir”. La organización se fijaba como objetivo el reconocimiento de “la sexualidad humana como una herramienta poderosa no sólo para la propagación de la vida, sino también para el desarrollo progresivo de la alegría de vivir”, para añadir que “el género humano está formado por seres sensuales y emotivos, cuyas características intelectuales y físicas han de desarrollarse por igual, de forma progresiva y sana”.[69] Uno se queda con ganas de responder, gracias, si no llega a ser por usted no nos hubiéramos enterado de que el sexo es normal ni de que debería resultar placentero.

Pero sería injusto que contestáramos así. Lo que está claro es que a los alemanes les preocupaba el sexo y la familia, y no llevaban bien los desarreglos en ese capítulo. Necesitaban consejo, o al menos eso parece deducirse por cómo devoraban cuantos manuales y otros escritos sobre el sexo y el matrimonio caían en sus manos durante la época de Weimar. Quienes pretendían reformar la vida sexual de sus compatriotas, muchos de ellos médicos, no ocultaban la preocupación que sentían por la vida sexual tan limitada, impuesta y, a veces, brutal que llevaban sus pacientes. La mayoría de estos reformadores eran de izquierdas, y militaban en la socialdemocracia o en el Partido Comunista. Por las consultas que atendían, sabían de las penosas circunstancias y de las trágicas historias de quienes acudían a verlos. Atacaban la hipocresía y la condena del sexo como algo inmoral, que llevaban a tanta gente a tener remordimientos, a sentirse culpables o a la desesperación, cuando lo único que hacían era atender a los deseos normales de cualquier ser humano. Aquellos reformadores pensaban que la educación pública en materia sexual y unas leyes más humanitarias aliviarían la miseria que suponían los abortos en pésimas condiciones, las enfermedades venéreas y los matrimonios desgraciados. El mejor nivel de

vida y la educación sexual ayudarían a que las parejas disfrutasen de privacidad e hicieran del sexo una práctica íntima y satisfactoria de su vida diaria. En el ambiente profesional en que se movían estos reformistas, pensaban que disponían de los conocimientos y la experiencia suficientes para educar, aconsejar y tratar, y que, gracias a la información que ellos le brindaban la gente podría llevar una vida más humana.

Los conservadores alemanes, en especial la Iglesia católica y la protestante, abominaban de cómo se aireaban y exhibían los asuntos referentes al sexo y al cuerpo durante la época de Weimar, y lo consideraban como una victoria de una forma hedonista, atea y materialista de ver la vida. Se opusieron con todas sus fuerzas, no sólo contra esto, sino también contra la República, a la que consideraban responsable de la depravación que reinaba en el país. Por esos mismos años, 1920 y 1930, en muchas sociedades occidentales también se producían acalorados debates sobre la mujer moderna y el sexo libre. Pero probablemente en ningún otro país tales cuestiones estuvieron tan imbricadas en el sistema político como en Alemania. Mientras unos celebraban que la República hubiese traído nuevas oportunidades para disfrutar de una vida sexual satisfactoria y enriquecedora, otros la condenaban como la auténtica fuente de la inmoralidad, la causa de todo lo que iba mal en Alemania.

“La guerra es la causa de que tantas mujeres hayan perdido el respeto al ideal masculino y, con eso, también la fe que tenían depositada en el modelo femenino tradicional”, escribía el novelista Robert Musil. “Las mujeres […] han decidido forjarse su propio ideal”.[70] O en palabras de Joseph Roth: la revolución fue la demostración de que sólo era frágil y efímero lo que, en un momento dado, se había considerado como inamovible y eterno,[71] afirmación que era tan válida en el terreno de los valores morales como en el de las instituciones políticas. La guerra supuso un salto sin precedentes para acabar con el respeto a la autoridad constituida: basta un segundo para perder la vida, o para que un cuerpo, fuerte y vigoroso hasta ese instante, se vea afectado de cojera o se retuerza de dolor. Con eso en la cabeza, mejor no desperdiciar los placeres de la vida. La guerra y sus privaciones hicieron que los alemanes, algunos al menos, perdieran también el respeto a las costrumbres sexuales aceptadas. La revolución llevó nuevos aires no sólo a los obreros y soldados, sino

también a los lienzos de los pintores, los proyectos de los arquitectos y las actitudes de hombres y mujeres en la cama.

No todo tenía que ver, sin embargo, con ser uno mismo y disfrutar. La violencia de la Primera Guerra Mundial dejó rastros visibles en todas partes con la presencia, espantosa en algunos casos, de heridos de guerra. Los alemanes trataban de mirar a otro lado, pero eran incapaces de no verlo. Los cuerpos mutilados suscitaban una espeluznante fascinación que, en ocasiones, iba más allá del soldado herido y se atribuía a toda clase de mujeres. Pintores como George Grosz y Otto Dix plasmaron en sus lienzos cuerpos femeninos desmembrados y sanguinolentos, mientras escritores próximos a las formaciones paramilitares ponían de manifiesto el miedo primigenio que sentían hacia las mujeres, al que daban respuesta con las más brutales fantasías masculinas y la ubicuidad de la violencia de la derecha.[72]

Al final de la República, el miedo por la suerte de la familia y las ansiedades sexuales masculinas habían desatado una implacable e intensa oleada de ataques contra las mujeres. Todas las incertidumbres sociales que trajo aquella época se resumieron en la acusación de que la mujer tenía la culpa de la degeneración cultural y de la crisis económica, como si representase una amenaza para la subsistencia de la nación o de la raza. Como esa clase de mujeres no buscaban más que el placer, en lugar de estar pariendo hijos y reponiendo la población perdida en la guerra, su autocomplacencia minaba al pueblo hasta la médula.

Con el agravamiento de la crisis económica a principios de la década de 1930, las mujeres no estaban en condiciones de dar la batalla por cobrar el mismo salario que los hombres, sino que tenían que luchar para ir a trabajar. Porque todo el mundo –sindicalistas, funcionarios del Gobierno, dirigentes religiosos y reformadores sociales– pedía a las mujeres que dijesen adiós al trabajo por cuenta ajena para hacerles un sitio a los hombres. Aunque poco racionales, tales demandas encontraron eco generalizado. Por si fuera poco, de todas partes se lanzaban andanadas contra las cacareadas ambiciones del régimen de Weimar por garantizar un Estado de bienestar. La “eugenesia negativa”, entre otras –el concepto de que era preferible impedir la reproducción de quienes contaban con una pobre carga genética– ganó cada

vez más adeptos.[73] “Las mujeres ya no son populares”, escribía otra observadora de aquella época, Hilde Walter. Quizá fuera “un miedo de raíces sociales desconocidas” lo que llevó a los hombres de entonces a proclamar que la expulsión de las mujeres de la mano de obra revitalizaría la maltrecha situación económica.[74]

Pero los ataques contra la mujer moderna iban mucho más allá del terreno económico. Si llegaron a ser tan virulentos, sobre todo en los últimos años de la República, fue porque la mujer moderna estaba considerada como la personificación del espíritu de Weimar, y a nadie extrañará que los adversarios de la República mezclasen, en su propaganda, imágenes de mujeres modernas con las de judíos y bolcheviques. Las mujeres sexualmente liberadas, los hombres de negocios judíos y los revolucionarios comunistas, todos eran una y la misma cosa: la pesadilla de la derecha.

Sin embargo, la República ofrecía una imagen bien distinta de lo que entendía por liberación. Muchos de los reformadores de las costumbres sexuales se habían formado antes de la Primera Guerra Mundial, y algunos, como Hirschfeld, habían escrito y pronunciado conferencias durante años. La Alemania de Weimar sólo fue una oportunidad de llegar a un público más numeroso, la oportunidad de su vida. La apertura de la sociedad de Weimar permitió que sus ideas se divulgasen en círculos más amplios; la política de la República –en cuanto a legislación sobre salud y bienestar social a nivel nacional se refiere, las campañas municipales, los cientos de asociaciones y consultorios semipúblicos y semiprivados– puso a su disposición centros institucionales en los que llevar a cabo su trabajo, una red mucho más extensa que la existente en otros países europeos de aquella época. Aquellos reformadores reconocían que el sexo placentero y responsable era uno de los elementos fundamentales de la vida moderna.

Pero incluso en sus fantasías más difundidas, como la unión con la naturaleza y los placeres del cuerpo, la modernidad de Weimar tenía sus limitaciones: nunca dejaba de entrometerse en el individuo o en la pareja. Una vida sexual sólo sería plena si, además, perseguía un propósito social y político, especialmente en lo referido al buen estado físico, moral y cultural de la nación. En esa cuestión, cuando menos, todos parecían estar de

acuerdo, desde los defensores de la gazmoñería de la familia cristiana hasta los promotores de la satisfacción sexual. Cualquier discurso, artículo o imagen visual de la mujer liberada y del sexo placentero bastaban para avivar la ira de muchos alemanes, más allá de los círculos militantes de la Iglesia católica, de la protestante o de la derecha política. Se trataba de una reacción tan desmesurada que es reveladora de profundos traumas psicológicos y sexuales. Son muchas las sociedades que viven en semejante tensión. Pero, en el caso de Weimar, aquellas ansiedades cuajaron en un cuerpo de doctrina política. Para sus muchos adversarios, de toda índole y condición, la República era el "sistema", así se referían a la institución, que había vendido Alemania a las potencias extranjeras, que había abierto la puerta a los judíos y a otros extranjeros, que había promovido la depravación sexual.

A pesar de sus limitaciones, las generaciones posteriores aplauden el esfuerzo y el compromiso de aquellos reformadores de las costumbres sexuales preguntándose incluso si, en cuanto a cuestiones sexuales, hemos avanzado tanto desde aquella lejana década de 1920.

1 Theodore H. van de Velde, Die vollkommene Ehe, Leipzig, B. Konegen, 1926. El matrimonio ideal, Barcelona, Bruguera, 1968. Volumen al que seguirían Die Abneigung in der Ehe [Conflictos sexuales en el matrimonio], Leipzig, B. Konegen, 1928; y Die Fruchtbarkeit in der Ehe und ihre wunschgemässe Beeinflussung [Fertilidad y esterilidad en el matrimonio: cómo buscarlas o ponerles freno], Leipzig, B. Konegen, 1929.

2 Th. H. van de Velde, Ideal Marriage: Its Psychology and Technique, Stella Browne, trad. y ed., original en alemán, 1926; Nueva York, Random House, 1930.

3 "Van de Veldes Rezept: 'Erotisierung der Ehe'", Vossische Zeitung, 47, 24 de febrero de 1928, pp. 5-6. Véase también "Der Vollkommene

Ehemann: Dr. Th. Van de Velde am Votragspult", Berliner Tageblatt, 92, 23 de febrero de 1928, edición de tarde, p. 4. El autor amplió y publicó dicha conferencia con el título Die Erotik in der Ehe: Ihre ausschlaggebende Bedeutung, Stuttgart, Benno Konnegen, 1928, libro en el que hacía hincapié en la importancia del erotismo, pero no contenía las instrucciones técnicas explícitas que, en cuanto al sexo, aparecen en Die vollkommene Ehe.

4 Vossische Zeitung, 47, 24 de febrero de 1928, p. 5.

5 Ibidem, p. 6.

6 En este sentido, es indispensable acudir a la obra de Atina Grossmann, Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform, 1920-1950, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

7 Velde, Ideal Marriage, pp. 1 y 2.

8 Ibidem, pp. 7-8.

9 Ibidem, pp. 7-9.

10 Ibidem, p. 115. Véase también Th. H. van de Velde, Sexual Tensions in Marriage: Their Origin, Prevention and Treatment, Hamilton Marr, trad., original en alemán, 1928; Nueva York, Random House, 1931, pp. 78-79.

11 Velde, Ideal Marriage, p. 159.

12 Velde, Sexual Tensions in Marriage, p. 99.

13 Ibidem, p. 100.

14 Ibidem, p. 181.

15 Ibidem, p. 192.

16 Ibidem, pp. 26-39, 151-158.

17 Ibidem, p. 250.

18 Ibidem, p. 148.

19 Véase Wilhelm Reich, “The Imposition of Sexual Morality”, 1932, en Wilhelm Reich, Sex-Pol: Essays 1929-1934, Lee Baxandall, ed., Anna Bostock y otros, trads., Nueva York, Random House, 1966, pp. 123-124. Sex-Pol, la revolución sexual, traducción de Eduardo Subirats, Barcelona, Barral Editores, 1975. El empeño de Reich en conciliar marxismo y

psicoanálisis freudiano, así como su ferviente defensa del sexo, le granjearon no pocos enemigos, y problemas con los defensores de la moralidad de la República de Weimar, sus colegas, psiquiatras profesionales y sus camaradas del Partido Comunista, que acabaron por expulsarlo de la organización en 1932.

20 Max Hodann, Sex Life in Europe: A Biological and Sociological Survey, J. Gibbs, trad., original en alemán, 1929; Nueva York, Gargoyle Press, 1932, pp. 17-18.

21 Max Hodann, Sex Life in Europe: A Biological and Sociological Survey, J. Gibbs, trad., original en alemán, 1929; Nueva York, Gargoyle Press, 1932, pp. 17-18.

22 Véase, por ejemplo, Ludwig Levy-Lens, “Vorwort”, en Sexual-Katastrophen: Bilder aus dem modernen Geschlechts- und Eheleben, editado por el autor, Leipzig, A. H. Payne, 1926, pp. ix-x.

23 Grossmann, Reforming Sex, pp. 68-69.

24 Reich, “Imposition of Sexual Morality”, pp. 94, 95.

25 Ibidem, p. 93.

26 Ibidem, p. 111.

27 Magnus Hirschfeld, Sexual Pathologie: Ein Lehrbuch für Ärtzte und Studierende, 3 vols., Bonn, A. Marcus y E. Webers Verlag, 1920-1921.

28 Ibidem, pp. 3, 327.

29 Grossmann, Reforming Sex, estadística 14.

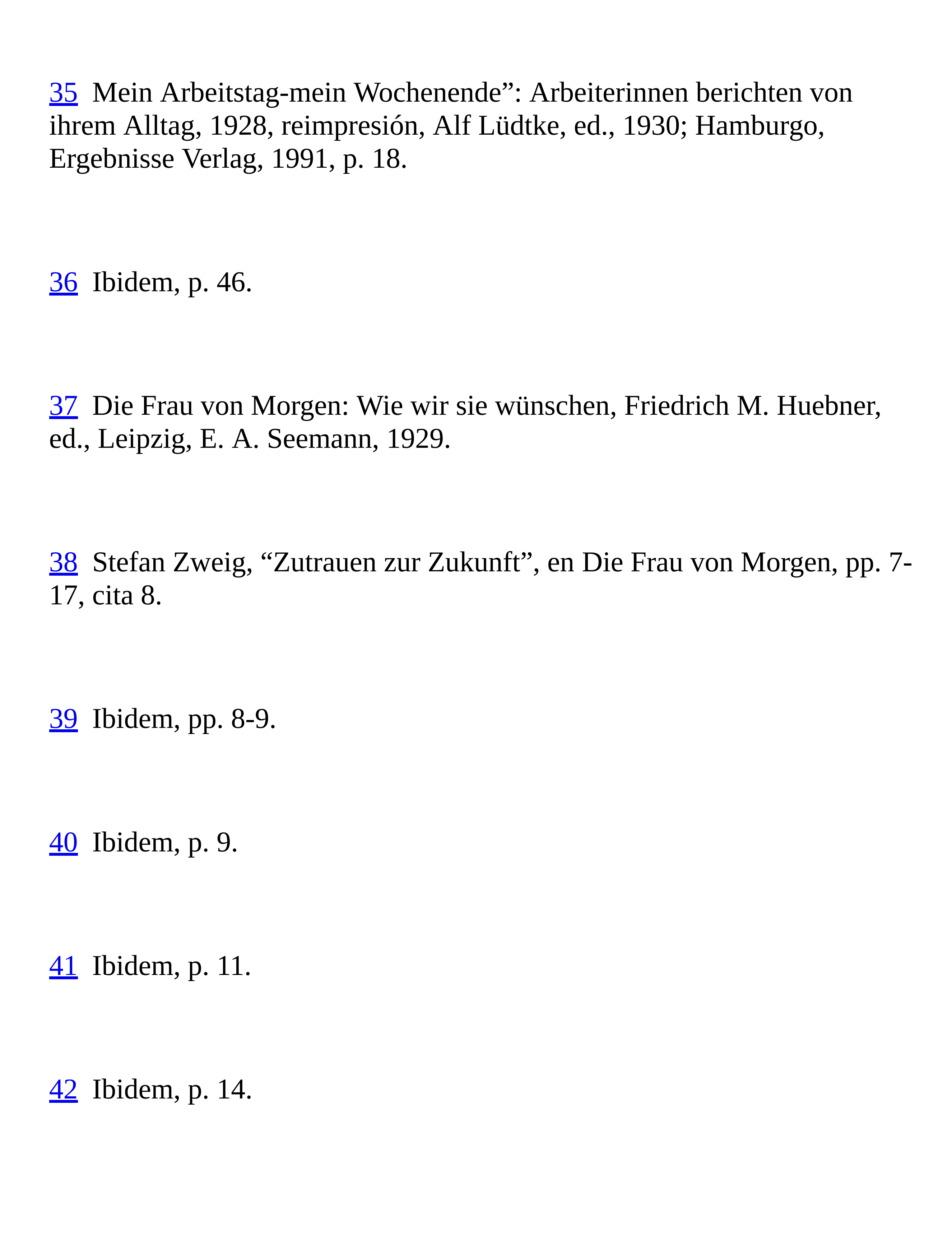
30 Die Chronik Bibliothek des 20. Jahrhunderts: 1926, Brigitte Beier y Petra Gallmeister, eds., Gütersloh, Chronik Verlag, 1995, p. 124.

31 Estadísticas en Grossmann, Reforming Sex, 4, pp. 101-102.

32 Ibidem, p. 15.

33 Elsa Herrmann, “This Is the New Woman”, en The Weimar Republic Sourcebook (en adelante, VRS), Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, eds., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1994, pp. 206-208, cita 207.

34 Véase Eric D. Weitz, Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State, Princeton, Princeton University Press, 1997, pp. 188-232



35 Mein Arbeitstag-mein Wochenende”: Arbeiterinnen berichten von ihrem Alltag, 1928, reimpresión, Alf Lüdtke, ed., 1930; Hamburgo, Ergebnisse Verlag, 1991, p. 18.

36 Ibidem, p. 46.

37 Die Frau von Morgen: Wie wir sie wünschen, Friedrich M. Huebner, ed., Leipzig, E. A. Seemann, 1929.

38 Stefan Zweig, “Zutrauen zur Zukunft”, en Die Frau von Morgen, pp. 7-17, cita 8.

39 Ibidem, pp. 8-9.

40 Ibidem, p. 9.

41 Ibidem, p. 11.

42 Ibidem, p. 14.

43 Alexander Lernet-Holenia, “Die Frau aller Zeiten”, en Die Frau von Morgen, pp. 103-108, cita 103, pp. 106-108.

44 Axel Eggebrecht, “Machen wir uns nichts vor: Ein aufrichtiger Brief”, en Die Frau von Morgen, pp. 109-126, cita 121.

45 Ibidem.

46 Ibidem, p. 122.

47 Siegfried Kracauer, “Girls and Crisis”, en WRS, pp. 565-566.

48 “Die Magie der männlichen Schönheit”, Berliner Illustrirte Zeitung, 36, 26, 26 de junio de 1927, pp. 1.059-1.061.

49 Véase David Bathrick, “Max Schmeling on the Canvas: Boxing as an Icon of Weimar Culture”, New German Critique, 51, 1990, pp. 113-137.

50 Hans Surén, Der Mensch und die Sonne, Sttutgart, Dieck y Co., 1925, pp. 14-17. En este párrafo he recurrido a la traducción de WRS, pp. 678-679, aunque he cambiado “exaltar” por “exultar”. El resto de las traducciones que siguen son mías.

51 Si quieren cotejarse algunas frases al respecto, véase Surén, Der Mensch und die Sonne, pp. 5, 28, 34, 78-80, 82.

52 Ibidem, pp. 184-187.

53 Alice Gerstel, “Jazz Band”, y Katharina Rathaus, “Charleston: Every Age Has the Dance It Deserves”, en WRS, pp. 554-555 y 558-559, citas 554 y 558.

54 Grete Ujhely, “A Call for Sexual Tolerance”, en WRS, pp. 710-711, cita 711.

55 Siegfried Kracauer, The Salaried Masses: Duty and Distraction in Weimar Germany, Quintin Hoare, trad., original en alemán, 1930; Londres, Verso, 1998, p. 95.

56 Ibidem.

57 D. Titius, “Evangelisches Ehe- und Familienleben und seine Bedeutung in der Gegenwart”, en Verhandlungen des ersten Deutschen Evangelischen Kirchentages 1924, editado por la Deutschen Evangelischen Kirchenausschuss, Leipzig, Reichardt, 1924, pp. 85-103, cita 86 (en cursiva en el original).

58 Ibidem.

59 Heinrich Weber, sacerdote y profesor, en Die 68. Generalverssammlung der Deutschen Katholiken zu Freiburg im Breisgau 28. August bis 1. September 1929, editado por el Sekretariat des Lokalkomitees, Freiburg im Breisgau, Verlagsbuchhandlung Herder y Co., s. f., p. 105.

60 Verhandlungen des ersten Deutschen Evangelischen Kirchentages 1924, p. 95.

61 Ibidem, p. 88.

62 Ibidem, pp. 88, 89.

63 Véanse las informaciones periodísticas sobre la conferencia, por ejemplo: “68. Generalversammlung der Deutschen Katholiken”, Germania, 398, 28 de agosto de 1929, edición de la mañana, pp. 1-2; “Der Freiburger Katholikentag”, Germania 404, 31 de agosto de 1929, pp. 5-7; “Der Freiburger Katholientag”, Germania 406, 1 de septiembre de 1929, edición de la mañana, pp. 9-11; “Glanvoller Abschluss in Freiburg”, Germania, 407, 2 de septiembre de 1929, edición de la mañana, pp. 7-10, y “Rettung der christlichen Familie”, Germania, 408, 3 de septiembre de 1929, edición de la mañana, pp. 7-10.

64 Generalverssammlung der Deutschen Katholiken, pp. 72, 80.

65 Verhandlungen des ersten Deutschen Evangelischen Kirchentages 1924, p. 91.

66 Ibidem, p. 97.

67 Como se establece en una de las conclusiones finales de la conferencia: Generalverssammlung der Deutschen Katholiken, p. 85.

68 Ibidem, pp. 226-227 (en cursiva en el original).

69 “Guidelines of the German Association for the Protection of Mothers”, en WRS, pp. 697-698.

70 Robert Musil, “Die Frau gestern und morgen”, en Die Frau von Morgen, pp. 91-102, citas 100-101.

71 Joseph Roth, “Kaisers Geburstag”, 20 de enero de 1925, en Berliner Saisonbericht: Unbekannte Reportagen und journalistiche Arbeiten 1920-1939, Klaus Westermann, ed., Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1984, pp. 306-309. (Traducción de Eduardo Gil Vera: El juicio de la historia: 1920-1939, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2004).

72 Véase Klaus Theweleit, Male Fantasies, Stephen Conway, trad., en colaboración con Erica Carter y Chris Turner, 2 vols., Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987-1989.

73 Véase Detlev Peukert, The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity, Richard Deveson, trad., Nueva York, Hill and Wang, 1989, y David F. Crew, Germans on Welfare: From Weimar to Hitler, Nueva York, Oxford University Press, 1998.

74 Hilde Walter, “Twilight for Women?”, en WRS, pp. 210-211, citas 211.

IX

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN DE LA DERECHA

Desde su instauración hasta el final, adversarios de muy distinta procedencia descalificaron todas y cada una las grandes conquistas del régimen de Weimar: la proclamación de la República, la Constitución, los asombrosos ejemplos de arquitectura moderna, las reflexiones filosóficas y literarias sobre el significado de la modernidad, sus deslumbrantes producciones escénicas y películas conmovedoras, la emancipación de las mujeres, la experimentación sexual o los nuevos programas de bienestar social. Por un lado estaban los comunistas que, si bien dieron su apoyo a algunos de estos avances, no se quedaron atrás a la hora de generar esa sensación de desorden permanente que imperó durante casi toda la República. Pero los comunistas nunca dispusieron de los recursos ni de los apoyos suficientes para hacerse con el poder. A pesar de sus espejismos partidarios y de los temores de una buena parte de la población, Alemania no era Rusia.

Los más peligrosos adversarios de la República estaban situados a la derecha. Algunos de ellos ocupaban altos cargos en las instituciones más poderosas de la sociedad: el Ejército, la Iglesia protestante y la católica, la burocracia estatal, la industria y las finanzas, los institutos y las universidades. Los sucesivos gobiernos de Weimar sólo llegaron a introducir algunas reformas administrativas, que permitieron el acceso a puestos de la administración de personas hasta cierto punto más comprometidas con la democracia. En el resto de los estamentos funcionariales, en los niveles medio y alto de las principales instituciones, mantuvo al mismo personal que atendía el sistema imperial anterior a 1918, por no hablar de las escasas inclinaciones democráticas de clérigos, militares, funcionarios civiles, profesores y hombres de negocios. Pero entre los adversarios de Weimar había también una mezcolanza variopinta de veteranos de la Primera Guerra Mundial carentes de ocupación, profesores y tenderos descontentos, agitadores callejeros, y laicos, católicos y protestantes. Todos pusieron en pie nuevas organizaciones –partidos,

asociaciones, editoriales, patrullas paramilitares– que alentaban una forma nueva y violenta de hacer política y que fueron ajenos al frenesí y al caos que vivió aquella sociedad. Por último, los verdaderos antagonistas de Weimar, los conservadores de siempre y la derecha radical, acabarían por unirse en una gran coalición bajo las siglas del partido nazi. Ellos serían los responsables de la desaparición de la República y de todas las oportunidades de creatividad cultural, progreso social y emancipación personal que había traído.

El acercamiento de los conservadores moderados a la derecha radical nunca fue fácil ni llegó a consumarse. Los radicales habían creado centenares de organizaciones, en sentido literal, que los nazis reunieron a comienzos de 1930. Los miembros de la derecha radical eran imprevisibles, violentos y de baja extracción social, poco considerados con generales, arzobispos, terratenientes, banqueros, profesores o secretarios de Estado, es decir, con quienes formaban parte de la clase dirigente, conservadora y tradicional, del país. Anhelaban la vuelta al pasado ordenado y autoritario de la Alemania imperial. A su vez, la Guerra Mundial y la revolución habían cambiado la forma de pensar de los conservadores que, en su mayoría, dejaron de lado a la monarquía y dieron por bueno el poder de las movilizaciones de masas. Eran los mismos que habían apoyado el recurso a la violencia contra las fuerzas revolucionarias en la Europa central y del este durante los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, y que, en muchos casos, siguieron los derroteros del antisemitismo. En la década de 1920 y primeros años de la siguiente, se afanaban por dar con un dirigente fuerte, que fuese capaz de sacar a Alemania del marasmo de corrupción e inmoralidad que, según ellos, había provocado la República.

En pocas palabras, la vieja y asentada clase dirigente apoyaba cualquier idea o actividad contraria a los intereses de la República, y contaba con el respaldo de una amplia clase media, que sólo aspiraba a que hubiera orden y tranquilidad. Al final, la mezcla explosiva de crisis política y económica que trajo la Depresión, junto con el dinamismo del partido nazi y el magnetismo personal de Hitler, acabarían por unir a los enterradores de la República. Por tenues y tensas que fueran las relaciones que, durante la época de Weimar, existían entre ellos, tanto la derecha establecida como los radicales compartían ideas y valores, y recurrían a un lenguaje común, lo

que les permitía unirse en los momentos críticos. Ambos grupos apoyaron sin dudar el golpe de Estado de Kapp en 1920, dejaron ver su satisfacción tras los asesinatos de Mathias Erzberger y de Walter Rathenau, se unieron contra el Plan Young y apoyaron o aceptaron la asunción del poder por los nazis.

Unas cuantas palabras y frases clave conformaban ese lenguaje común que la derecha compartía: Volkstum, Deutschtum, Überfremdung. Dolchstoss, Diktat von Versailles, Schieberrepublik, Schmährepublik, Judenrepublik, Kampf, Drittes Reich o Führer, por mencionar sólo algunas de las más relevantes. Se aullaban desde los púlpitos; aparecían impresas en periódicos, folletos y novelas; se escuchaban en el Parlamento; se veían escritas en pancartas; se pronunciaban en las mesas de los terratenientes de Prusia Oriental y en las casas de los ricos de toda Alemania. Eran vocablos que daban a entender su fe en una especie de esencia germana, un pueblo que, aseguraban, era decente, trabajador, austero y creativo, y cuyos rasgos más característicos provenían del hecho de llevar la misma “sangre” (Volkstum, Deutschtum). El sentimiento racial de germanismo había entrado a formar parte incluso del lenguaje de las instituciones eclesiásticas, que, formalmente, rechazaban la ideología racista. La nación y sus ciudadanos, la sangre alemana, se había contaminado por la presencia de elementos foráneos, sobre todo judíos, aunque también polacos y de otros pueblos eslavos. Estaban adueñándose de Alemania (Überfremdung), explotando a los alemanes, haciéndose ricos a costa de su miseria y dilapidando la pureza racial de la nación. Ellos eran quienes, desde dentro, habían minado la moral del país durante la gran prueba que fue la Primera Guerra Mundial, quienes lo apuñalaron por la espalda (Dolchstoss), e infestaban con su siniestro empeño todos los estamentos sociales. Estaban aliados con los enemigos de Alemania en el extranjero, sobre todo con los franceses, que habían impuesto las condiciones del Tratado de Versalles e instaurado la República, un sistema de usura y explotación (Schieberrepublik), que mataba de hambre al pueblo alemán (Schmährepublik) y que había terminado por ser la República de los judíos (Judenrepublik). Una institución extraña y ajena al sentir de los alemanes; el pueblo necesitaba un nuevo y tercer imperio (tras el Sacro Imperio Romano del medioevo y la Alemania imperial anterior a 1918), un Tercer Reich (Drittes Reich), presidido por un jefe (Führer), que encarnaría la

esencia y el destino del pueblo alemán. Ese gran hombre sería quien iniciase la lucha (Kampf) contra la gente y las ideas, disolutas y depravadas, que representaba la República, y conduciría a los alemanes hasta los Campos Elíseos de la prosperidad, la excelencia cultural y, por añadidura, la recuperada grandeza como nación.

Los nazis recurrieron a todas estas palabras y frases hechas, un lenguaje que llegó a amplias capas de la población como consecuencia de las crisis que se abatieron sobre la República. Pero no fueron inventadas por Hitler: era el lenguaje común que utilizaba la derecha, la moderada y la radical, durante la época de Weimar. Los nazis se convirtieron en sus más adeptos seguidores, pero fueron clérigos e intelectuales quienes las ensamblaron en un discurso más elaborado. Entre las innumerables reuniones y asambleas de católicos y protestantes, la verborrea de quienes llevaban la lección bien aprendida y el bombardeo de la propaganda, las frases clave de la derecha llegaron a todos los rincones de la sociedad de Weimar. De modo que cuando Hitler asumió la cancillería de Alemania, el 30 de enero de 1933, todo el mundo entendía su lenguaje: era el mismo de la derecha.

Los “conservadores revolucionarios”, como se los llamaba en la década de 1920, desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de los esquemas ideológicos de la derecha. Como el oxímoron que encierra ese apelativo, respetaban algunos de los dogmas conservadores a la vieja usanza, como el respeto al orden jerárquico y la querencia por un gran líder, pero no por eso dejaban de lado los métodos modernos que ponían en sus manos la tecnología, la propaganda y la fuerza de las movilizaciones populares. Muchas de sus figuras más eminentes –Edgar Jung, Martin Spahn, Carl Schmitt, Oswald Spengler, Ernst Jünger– eran intelectuales brillantes que se habían formado en el excelente sistema educativo alemán del que disfrutaban las clases dirigentes. La idea de que la política de esa derecha, en términos generales, y del nazismo en particular, fue la cristalización de las disquisiciones de una elite materialista que velaba por sus propios intereses, apoyada por un grupo de desalmados y canallas, es una de las principales mixtificaciones que han conseguido imponerse durante décadas. Si bien es cierto que, en muchos casos, los conservadores revolucionarios alemanes eran pensadores y escritores serios, no por eso dejaban de ser

rabiosamente antidemocráticos y, en muchos, aunque no en todos los casos, antisemitas.[1]

Uno de los textos fundacionales de la derecha tradicional y radical fue La decadencia de Occidente, de Oswald Spengler, cuya popularidad se extendió mucho más allá de los círculos a los que iba dirigido. El primer volumen se publicó en 1918, en el momento crítico de la derrota de Alemania en la guerra; el segundo apareció en 1922, cuando se hizo patente la gravosa realidad impuesta por el Tratado de Versalles. El documentado trabajo de Spengler para demostrar que todas las culturas prosperan para más tarde decaer, según leyes inmutables, caló hondo entre la población, no sólo en Alemania sino también en el extranjero. En nada afectó a la popularidad de Spengler que sus teorías fueran objeto de debate, que algunos especialistas las rechazasen. En 1926, se había superado la considerable cifra de cien mil ejemplares vendidos sólo en Alemania.[2] La traducción al inglés, publicada por el respetado editor Alfred A. Knopf, alcanzó un enorme éxito tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña. La obra se tradujo a otras muchas lenguas, incluido el árabe. Al recordar aquellos años, un alumno de Heidegger, filósofo también, Hans Jonas recordaba cómo “había devorado” el segundo volumen de La decadencia de Occidente, cuya exposición del mundo antiguo coincidía con las opiniones que el propio Jonas había defendido en su primer trabajo. Jonas escribió que, si bien Spengler no pertenecía a la comunidad universitaria, había puesto de relieve determinados rasgos del mundo antiguo que otros habían pasado por alto por completo.[3] El escritor de izquierdas Arnold Zweig (más tarde miembro del Partido Comunista) afirmaba que se trataba del “libro de más enjundia (spannendes) que he leído en mucho tiempo”. Aunque aseguraba no comprender las ecuaciones de Spengler y consideraba que sus afirmaciones sobre Kant eran una necedad, “contiene fabulosas perspectivas y espléndidas observaciones, de forma que uno se pone a leerlo y le atrapa tanto que se olvida hasta de comer y de beber”.[4]

Cuando, desde nuestra perspectiva, se lee a Spengler, es difícil hacerse una idea de que la obra cautivase a Jonas, Zweig, Knopf y tantos otros. La decadencia de Occidente es un profundo compendio de historia y filosofía, pero plagado de contradicciones, de “leyes” no demostradas sobre el auge y la caída de culturas y civilizaciones, mediante el recurso arbitrario y

caprichoso a las matemáticas y a las ciencias naturales como explicación del devenir de la historia. Se lee como si fuera el trabajo de un chiflado erudito o de un sabio necio. Lo que es innegable es que el libro fue una expresión del ambiente que se respiraba en Alemania y en otros países después de la Primera Guerra Mundial: el tono pesimista que impregna la obra, alternando con grandiosas visiones de renacimiento y regeneración, la mezcla de psicología e historia, y su ambición sin límites –no sólo para explicar el desarrollo de la historia de la humanidad, sino también para predecir el futuro– reflejaban los sentimientos de angustia y los anhelos de muchos alemanes de aquel tiempo.

Aunque no parece que fuera algo que preocupase demasiado a liberales como Jonas y Knopf, o a izquierdistas como Zweig, el texto recurría al lenguaje y las ideas del discurso habitual en la derecha. Spengler dividía a los seres humanos desde una perspectiva racial aunque, al contrario que la derecha, pensaba que había un destino común a todas las razas, por encima de los rasgos biológicos propios de cada una. El género humano estaba constituido por razas muy diferentes, y la guerra era la forma fundamental que tenían de relacionarse. “La guerra es la actitud primigenia de todo cuanto vive […] luchar y vivir son la misma cosa; el ser vivo y el deseo de pelea se extinguen al mismo tiempo”.[5] La explicación de Spengler en Preussentum und Sozialismus [El señorío de Prusia y el socialismo], escrito entre los dos volúmenes que componen La decadencia de Occidente y publicado en 1919, era aún más confusa: “La guerra es la forma eterna del ser humano superior; los Estados existen gracias a la guerra: son una manifestación del instinto guerrero”.[6]

Esta aproximación darwiniana a la vida como una lucha incesante y violenta entre grupos enfrentados en una guerra interminable, a las órdenes de los respectivos Estados, sonaba como música celestial a los veteranos que se integraron en las bandas paramilitares de la derecha tras la Primera Guerra Mundial, al militar del Reichswehr que bramaba ante las imposiciones del Tratado de Versalles, y a aquellos aspirantes a demagogos que, como Hitler, soñaban con abolir la República y el sistema impuesto en Versalles y que Alemania fuese de nuevo una potencia mundial dispuesta a ampliar sus fronteras. Con su exaltación de la violencia y la muerte, Spengler establecía las pautas de la mentalidad fascista.

La obra en su conjunto está teñida de pesimismo. Las culturas se desarrollan y, al final, decaen. La raza se debilita, y ya no es capaz de emular las heroicas conquistas a que condujo tan formidable lucha. Pero no todo era desesperación, según Spengler; abría también una puerta a la esperanza: el momento en que aparece un dirigente que encarna el destino de la raza y la lleva a conseguir sus mejores laureles. Ese gran hombre no es un intelectual, ni tampoco un clérigo; no es un ser meramente contemplativo, sino un hombre de acción, que se guía por la intuición hasta encontrar el camino y unir su voluntad con el destino. En palabras de Spengler, cuando tal hombre salga de la oscuridad, todo el pueblo irá tras él. [7] Y todo eso habría de ocurrir en un nuevo imperio, el Tercer Reich, una expresión de uso común entre la derecha, muy popular gracias al libro que, con ese título, escribió Arthur Moeller van den Bruck, y que Spengler también empezó a utilizar.[8] Entre pasajes teñidos de desesperación, Spengler ofrecía una vibrante y fogosa visión de una raza dominadora que, dirigida por un gran hombre, conquistaría el mundo.

Spengler fue quien acuñó, y posteriormente desarrolló, otra poderosa innovación lingüística, la yuxtaposición de nacionalismo y socialismo. La verdadera revolución socialista, afirmaría por escrito, no tuvo lugar en 1918-1919 sino en agosto de 1914, cuando Alemania entró en guerra.[9] Para Spengler, el socialismo era el equivalente de la unidad y del esfuerzo de la nación, con las cualidades propiamente prusianas de disciplina, sacrificio personal en aras de un bien mayor, productividad y creatividad, cualidades que bien podían aplicarse a toda Alemania, no sólo a la región prusiana.[10] No fue el único que llevó a cabo esta mixtificación de nacionalismo y socialismo, pero sí el único que lo argumentó, y sus razones llegaron a numerosos lectores. Despojado de las connotaciones marxistas e internacionalistas, el término “socialismo” era del gusto de muchos ciudadanos por sus connotaciones de unidad, destino colectivo y tarea creativa; unido al vocablo “nación”, derribaba las fronteras que aún separaban a la ciudadanía y fomentaba la idea, ya suficientemente arraigada, de la superioridad del pueblo alemán sobre sus naciones vecinas. Por si esto fuera poco, al abogar por el socialismo y la revolución, y aunque asegurase que se sentía unido a una nobleza cardinal (que no a la monarquía), Spengler logró que la derecha se librase de toda atadura con el conservadurismo tradicional. Así, la nueva derecha se transformó en una

derecha revolucionaria que, en su intento de hacerse con el poder, se ganaría el apoyo de los conservadores de siempre, a quienes aquel lenguaje del nacionalsocialismo les parecía perfecto.

Desde la perspectiva de Spengler, la salida de la crisis en que estaba sumida Alemania significaba un estado de guerra permanente, unas condiciones de vida que pasaban por la perpetuación del Estado y la sociedad militarizados como durante la Primera Guerra Mundial. Era una visión que ensalzaba a aquellos alemanes que se enardecían ante la perspectiva de un enfrentamiento violento, ya fuera en una batalla con todas las de la ley, o en manifestaciones y revueltas callejeras contra los comunistas y los judíos. Aunque Spengler llegó a renegar de la expresión "Tercer Reich" –que él definió, por elegir una de sus muchas frases, como "la organización de los desocupados por aquellos que no se amilanan ante el trabajo"–, lo cierto es que la mayoría de los nazis lo consideraban uno de los suyos.[11]

Con sus admoniciones espirituales, o fantasmagóricas, Spengler daba a entender que a Alemania no le quedaba otra salida que alzarse con el triunfo total o sumirse en el más completo desastre. Vistas así las cosas, Weimar no era sino la prolongación de la victoria de los aliados sobre Alemania, el símbolo por antonomasia de la aniquilación de la patria. Spengler apelaba a todos los alemanes que confiaban en que alguien los sacara de tantas penalidades y los condujese a un nivel más elevado, cósmico, de grandeza personal y colectiva como pueblo. La idea que apuntaba era un regalo tan sugerente como peligroso, una solución fácil: la aparición del gran hombre en el que los alemanes depositarían todas sus esperanzas. Un concepto que se barajaba en otros conciliábulos de Weimar, como en el círculo del poeta Stefan George, del que formaron parte tantos intelectuales conservadores y destacados personajes de aquella sociedad.

A pesar de su carácter arisco y caprichoso, Spengler tuvo muchos imitadores que contribuyeron a afianzar la ideología común de la derecha, que escribieron sobre el nacionalsocialismo y ensalzaron la guerra; que, a pesar de la enorme carnicería vivida en los campos de batalla durante la Primera Guerra Mundial, enaltecieron el combate y la camaradería masculinos y las matanzas colectivas. Por cada Erich Maria Remarque, el soldado que se volvió pacifista y escribió Sin novedad en el frente, había al

menos un representante de la estética belicista. Ernst Jünger, por ejemplo, prolífico y popular novelista, memorialista y ensayista, cuyos escritos de posguerra insistían una y otra vez en el combate heroico, en la muerte ennoblecedora. Los libros de Jünger, como Tempestades de acero y El bosquecillo 125, entre otros, describían la guerra como una lucha heroica y edificante, que daba sentido a la vida. El bosquecillo 125 era una pequeña colina; su insignificancia, su falta de renombre fue lo que atrajo a Jünger, quien erigió su conquista en bastión de la esencia de la virilidad y de la causa nacional, en esta obra Jünger describía la guerra con profundo idealismo, como un combate de la juventud contra la pasividad débil de la generación anterior.[12]

Según Jünger, la fuerza vital que palpita en estos nuevos héroes románticos es la sangre de la raza, en contacto directo con los fusiles que manejan, y esa otra fuerza, también vital, que es la naturaleza. Armas y hombres, guerra y naturaleza; en manos de Jünger la violencia se torna belleza, y la tecnología se funde con la naturaleza. Las rápidas ráfagas de las ametralladoras se describen como “luciérnagas”; los aviones revolotean como “preciosas mariposas”; el enemigo es “una minúscula y brillante libélula”.[13] El paisaje en que se desarrolla la batalla es hermoso: el cálido sol de la mañana baña la tierra desierta, sin árboles; “hasta las trincheras llega el penetrante aroma” de las flores silvestres; “el espíritu de la aniquilación “está impreso en el terreno; ante la evidencia de la batalla y de la muerte, “sólo reina la paz; sólo se oye a la naturaleza, que conversa consigo misma”.[14]

Jünger revestía de erotismo la capacidad de llevar la muerte. Capítulo tras capítulo, se recreaba en la muerte con todo detalle, como el pintor que describe pincelada a pincelada su obra maestra.[15] Según Jünger, sólo gracias a la realidad de la muerte y de los actos violentos podemos percibir la belleza de la naturaleza; sólo es posible alcanzar la verdadera virilidad mediante el acto de matar. La violencia es el sendero que nos conduce a una existencia superior, la prueba de la nobleza, el distintivo de la excelencia. Como Spengler, Hitler y tantos otros, Jünger pensaba que sólo mediante la guerra podría alcanzarse la regeneración; quienes trataban de eludir esta ley fundamental de la naturaleza “hacían el ridículo”, eran “la peste de la civilización”, cuyas ideas desembocaban en decadencia.[16] La exaltación

de la guerra en una era de matanzas en masa se adecuaba a la perfección con la idealización nazi de la violencia viril, la única capaz de acabar con las bajezas y traiciones de la República de Weimar y sentar las bases de un esplendoroso futuro ario.[17]

Los radicales como Jünger, y los dubitativos como Spengler, que daba un paso adelante y otro atrás entre la derecha moderada y la radical, eran en su mayoría anticristianos. Sin embargo, sus palabras y sus ideas eran muy parecidas a las condenas que, contra la República, proferían de continuo las dos Iglesias, la protestante y la católica. Quizá fuera precisamente la retórica empleada por los estamentos cristianos la que allanó el camino para que el nazismo adquiriese el rango de salonfähig, es decir, de aceptable entre la buena sociedad.

El rechazo de Weimar por parte de ambas Iglesias sólo era un reflejo del malestar que sentían ante el mundo moderno, y la política y el espíritu de Weimar constituían un ejemplo acabado de la modernidad. Como tuvimos ocasión de ver en el capítulo 8, la familia y las cuestiones de índole sexual fueron los principales desencadenantes de la hostilidad que ambas confesiones profesaban contra el régimen de Weimar. Pero había otros asuntos. Tanto los protestantes como los católicos sentían nostalgia de un tiempo en el que, según ellos, imperaba el orden y la espiritualidad cristiana impregnaba todas las esferas de la vida. En su opinión, los alemanes habían disfrutado de una relación privilegiada con Dios y con la naturaleza, mientras que la sociedad moderna sólo se movía por razones mecanicistas, racionalistas, egoístas e individualistas.[18] La Iglesia católica se lamentaba de que los fieles se vieran atrapados en el ritmo trepidante de la vida moderna, constantemente preocupados por sacar adelante a sus familias. Al finalizar el día, agotados, se tumbaban en el sofá y escuchaban la radio, "cuya música, a esas horas de la noche, es como un narcótico".[19] Se dejaban de lado las inquietudes espirituales; los padres no disponían de tiempo para sus hijos. La figura paterna velaba por la familia, pero ya no "era el patriarca de una comunidad familiar, ni el amigo, camarada o consejero. Ya no era el origen ni el centro de una vida familiar profundamente religiosa y moral, volcada en la espiritualidad, rodeada de una acogedora intimidad".[20] Y todo por culpa de las ideas "ilustradas y

racionalistas” de los tiempos, y de esa deriva egoísta que erigía al individuo, y no a Dios, como centro de todas las cosas.[21]

Durante la República, católicos y protestantes siguieron profundamente divididos, pero ambas confesiones menospreciaban por igual la política y la sociedad de Weimar. Remachaban las tradicionales doctrinas cristianas acerca de los estrechos lazos que unían a Iglesia y Estado, aunque siempre advirtiendo al Estado, es decir, a la República de Weimar, de que no se inmiscuyese en la vida de la Iglesia.[22] A pesar de la arraigada afirmación de la teología cristiana de que el Estado es el instrumento de Dios en la tierra, y dispone del poder que establece el orden en la sociedad, ambas iglesias se reservaron su postura durante el periodo de Weimar. Si el Estado se adentraba por la senda de la inmoralidad, si no era capaz de mirar por el pueblo y de velar por la familia, ambas Iglesias renunciarían a su lealtad. Con ese apoyo condicionado, protestantes y católicos contribuyeron de forma decisiva al debilitamiento del Estado de Weimar, y abrieron la puerta para que otros, como los nazis, impusiesen su concepción de un nuevo orden.

La teología cristiana era contraria a la ideología racista. Pero tanto luteranos como católicos recurrieron con facilidad y con frecuencia al término Volkstum que, en la década de 1920, tenía fuertes connotaciones racistas. Venía a significar que los rasgos distintivos “los daba la sangre”, que el Volkstum alemán era algo innato, transmitible de generación en generación.[23] Tampoco se privaron las dos Iglesias de atacar directamente a los judíos y a su religión. En la asamblea luterana de 1924, uno de los principales oradores, Paul Althaus, afirmaba que el “espíritu judío” representaba una amenaza para el pueblo alemán. Si bien el “antisemitismo virulento” era algo malsano, aseguraba Althaus, la Iglesia tenía que mantener una postura firme frente a “la amenaza judía contra nuestro carácter como nación”, frente a su influencia en la economía, la prensa, el arte y la literatura y concluía con un llamamiento a los fieles cristianos para que “se opusiesen con todas sus fuerzas a tan maléficas influencias”. No atacaba ni denostaba a los judíos, a la raza, ni siquiera a las creencias religiosas del pueblo judío, sino a “la amenaza que representa un espíritu urbano depravado y corruptor, que cuenta con el apoyo principal y fundamental de la raza judía”.[24] Althaus se erigía en portavoz del odio que todos los conservadores,

moderados y radicales, sentían hacia la República y su cultura: Weimar era un régimen urbano, moderno, depravado y judío, todo a la vez. La “razonable” inquina del antisemitismo de Althaus, que no iba ni siquiera en contra del judaísmo, como no tenía empacho en afirmar, hacía que resultase aún más peligrosa.

Su discurso fue “muy aplaudido” por los delegados, y calurosamente elogiado por el vicepresidente de la conferencia.[25] Althaus, como tantos otros, allanó el camino hacia la reconciliación entre cristianismo y nazismo. Tenían tantos puntos en común que bien podían cerrar los ojos a la hostilidad manifiesta del nazismo hacia el cristianismo. La creencia en la “unidad de la cristiandad y en el pangermanismo”, el gran ideal del pueblo alemán, arrastraría a muchos cristianos por la senda del nazismo.[26]

Oswald Spengler, Ernst Jünger y Paul Althaus pertenecían a la clase media de la burguesía alemana. Althaus fue profesor universitario y ocupó altos cargos en su iglesia. Basta con echar un vistazo a la lista de los participantes en aquella asamblea para comprobar que muchos de los que le aplaudieron eran también profesores universitarios, pastores y funcionarios gubernamentales de nivel medio y alto. Spengler y Jünger eran el resultado de los magníficos institutos y universidades de Alemania, y contaban con multitud de seguidores entre el público cultivado. Los tres dieron forma al sistema ideológico en que se apoyaba la derecha radical. Mas no eran personajes aislados, ni radicales aislados: formaban parte de un segmento muy representativo de la sociedad alemana.

Entre los tres consiguieron esbozar una alternativa a la democracia secular y modernista de Weimar. No pensaban de la misma manera; sus relaciones con los nazis fueron ambiguas, cuando no hostiles. Pero los tres se manifestaron por escrito y de palabra en un lenguaje similar que, en aspectos fundamentales, coincidía con el de los nazis. Los tres expresaron sus opiniones sobre la raza, el pangermanismo, la depravación, la regeneración, el jefe, la lucha sin cuartel y los enemigos que había que eliminar. Su abierta hostilidad a la República y a todo lo que representaba

fue de gran utilidad para el primer objetivo de los nazis: abolir la República desde dentro con sus ataques implacables, y sentar las bases para imponer la solución alternativa de una identidad nacional establecida sobre principios raciales.

Los nazis no inventaron nada, ni ideológica ni retóricamente. Hitler empleaba el mismo lenguaje, las mismas palabras y frases hechas que Spengler, Jünger, Althaus y todas las fuerzas de la derecha, sólo que expresado en términos más radicales y ofensivos, menos cultos y refinados. Así, cuando en 1924, se preguntaba en Mi lucha : "¿Hay alguna actividad depravada o libertina, especialmente en el ámbito de la cultura, en la que no esté presente al menos un judío?", no estaba muy lejos del discurso de Althaus en la conferencia protestante.[27] Cuando Hitler acusaba a los judíos de llevar "negros" a Renania para echar a perder la raza blanca por efecto del mestizaje, su mensaje era el mismo que se había utilizado en los carteles del DNVP contra los Tratados de Locarno (capítulo 3, fig. 3.7.) y durante la incesante campaña de la derecha contra la ocupación francesa.[28] La idea de que Alemania estaba empeñada en una lucha por mantenerse a flote como nación contra enemigos de toda índole, tanto de puertas adentro como en el extranjero, no era sino un remedo de los discursos exaltados contra Versalles y contra Weimar que católicos y protestantes escuchaban en sus respectivas asambleas o en los púlpitos de sus iglesias. Cuando Hitler hablaba de que los judíos se enriquecían a costa de Alemania, sólo recurría a expresiones que, durante la guerra y la inflación, estaban en boca de todos y servían para describir a especuladores y aprovechados, a quienes siempre se identificaba con los judíos. Esta oratoria, en boca de Hitler o de otros, siempre recurría a las "imposiciones de Versalles" y a la "esclavitud de Alemania" como parte de una vasta conspiración mundial urdida contra todos los alemanes, individual y colectivamente, para impedirles mantener a sus familias o conservar su integridad territorial. Según esta línea de pensamiento, cada dificultad era obra der Jude, del judío, a quien se revistió de poderes míticos, por no decir sobrenaturales.[29]

Los nazis utilizaban el lenguaje propio de la derecha, añadiendo sólo algunas innovaciones de carácter táctico y estratégico. Al menos a partir de 1926, se aplicaron en adoptar una estrategia política contundente y agresiva,

en la que todo se fiaba a la acción; a crear instituciones alternativas en el seno del partido, como las unidades paramilitares y la organización juvenil, y a ensalzar la figura de Adolf Hitler como orador brillante y estratega político. Con más ardor y agresividad que los conservadores moderados, señalaron a un enemigo muy particular y concreto, a quien identificaron como causa de las penalidades por las que atravesaba Alemania: el pueblo judío.

Tras el fracaso del golpe de Estado de 1923, Hitler aprendió la lección: nunca volvería a fiarse de los conservadores moderados. Tomó la decisión de plegarse a los procedimientos democráticos de la República de Weimar para alzarse con el poder, y no volvería a participar en una intentona golpista. Al revés, los nazis se aprovecharían de la libertad de prensa, de reunión y de expresión, garantizadas por el régimen de Weimar, para rodearse de una masa de seguidores; y también del sistema electoral republicano para hacerse con la cancillería o la presidencia del país. En los años anteriores a la Depresión, el nazi no era más que un partido minúsculo, casi marginal en la política y la sociedad alemanas. Fueron años que dedicaron, con considerable éxito, a organizar un partido de militantes fanatizados y a asentar la figura de Hitler como dirigente máximo y presunta encarnación del destino del pueblo alemán. Para algunos, el partido fue como una puerta giratoria por la que entraban y salían de la organización, pero quienes optaron por quedarse se convirtieron en agitadores expertos.

¿Quiénes eran? Gentes de procedencia muy diversa. Con el paso del tiempo, y especialmente tras acceder al poder, la mayoría de los miembros del partido pertenecía a las clases dirigentes y bien situadas. Pero lo más sobresaliente es que los nazis aglutinaron el primer Volkspartei, es decir, el primer partido del pueblo, con militantes de todo el espectro social. Los demás partidos importantes eran de composición social o confesional: los militantes socialdemócratas y comunistas pertenecían fundamentalmente a la clase obrera; el Partido del Centro era mayoritariamente católico; al Partido Nacional Popular Alemán estaban afiliados terratenientes, empresarios y agricultores. Los nazis, sin embargo, contaban con todas las clases sociales y todas las confesiones religiosas, aunque sus bases se nutrían de la clase media y media baja: dependientes, maestros, funcionarios, tenderos. También contaban con obreros y católicos, pero en menor proporción, porque muchos de ellos ya estaban organizados en los círculos del movimiento socialista de los trabajadores o en la propia Iglesia católica, agrupaciones no tan permeables a la infiltración nazi.

Pero ya fueran luteranos o católicos, trabajadores, de clase media o de clase alta, habitantes de medios urbanos o rurales, todos los que se afiliaron al partido nazi lo hicieron atraídos por su dinamismo, su antimarxismo furibundo y su inquina implacable contra la República; estaban convencidos

de que el nacionalsocialismo les convertiría en un pueblo próspero y poderoso, dotándoles de una grandeza como nunca se había visto en Alemania. Algunos eran antisemitas recalcitrantes; a otros la denominada "cuestión judía" les dejaba indiferentes. Aunque nunca antes hubieran sido antisemitas, quienes se acercaron al NSDAP y se afiliaron al partido creían con fe ciega que los judíos eran la causa de todos los problemas que padecía Alemania.

Los miembros del partido nazi tenían otro nexo de unión: la mayoría pertenecía a la generación de Weimar. Los altos cargos de la organización eran algo más mayores; había veteranos de la Primera Guerra Mundial, como el propio Hitler, Ernst Röhm, Rudolf Hess, Hermann Goering y Reinhard Heydrich; pero sus subordinados inmediatos pensaban que por haber nacido algo más tarde se habían perdido el envite de la guerra, la gran oportunidad de demostrar su hombría y patriotismo. Algunos eran jóvenes carentes de todo compromiso que, en las difíciles condiciones económicas y sociales de Weimar, no habían seguido las pautas "normales" de un trabajo estable y una familia. Otros eran matones callejeros que disfrutaban armando alboroto, o militares retirados que sólo se sentían cómodos en un ambiente cuartelario. Pero también había hombres de clase media, con buena formación, convencidos de que Alemania había sido traicionada tanto dentro como fuera del país, que la raza era lo más importante del mundo, y que la nación estaba pidiendo a gritos una revolución a gran escala que se deshiciese de los traidores, declarase la guerra a los opresores extranjeros y construyese una sociedad sobre principios raciales allí donde gobernasen los alemanes.

Werner Best y Joseph Goebbels son claros representantes de este último grupo.[30] Best procedía de la clase media acomodada; Goebbels era de orígenes más humildes. Ambos fueron testigos del hundimiento de su familia durante los tiempos difíciles que siguieron a la Primera Guerra Mundial y la hecatombe de los primeros años de Weimar. Ambos arrastraban traumas: durante la adolescencia, Goebbels se quedó con un pie zambo; Best, a los quince años, perdió a su padre en la contienda mundial; ambos eran inteligentes, ambiciosos y llenos de resentimiento por sus difíciles circunstancias personales, así como por la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial y el malestar imperante en la nación durante la posguerra. Pronto se decantaron por la derecha y se afiliaron al recientemente

constituido partido nazi; Goebbels, en 1926; Best, en 1930. Durante el Tercer Reich, ambos ocuparon puestos de importancia. Goebbels fue designado ministro de Propaganda; Best ocupó diferentes cargos: segundo de Reinhard Heydrich en el Cuartel Central de la Seguridad del Reich de las SS; gerifalte de la administración alemana durante la ocupación de Francia y Dinamarca. Goebbels era el ideólogo incisivo, que disfrutaba movilizando al partido y, más tarde, a la sociedad alemana con violentas campañas contra los judíos, los comunistas y las potencias extranjeras. Best era un alto funcionario y un intelectual eficaz y calculador, responsable en gran parte del sistema policial del Tercer Reich. La raza era su idea fija: la superioridad aria era una realidad incuestionable, y había que llevar a cabo una revolución política para instaurar un poder también ario. Los judíos constituían la principal amenaza: sólo su eliminación daría la primacía a la raza aria. Sólo un Estado todopoderoso, cuyas riendas estuviesen en manos de un gran dirigente, sería capaz de construir la futura utopía racial, luchando con tesón y denuedo. El partido nazi y el Tercer Reich los necesitaba a ambos, al vocinglero y desabrido propagandista que congregaba multitudes, y al burócrata e intelectual, de ideas claras, que llevase las cosas a buen término, ambos unidos en su inquina hacia el régimen de Weimar y decididos a instaurar un Estado y una sociedad en los que primase la raza.

¿Qué hacían Best, Goebbels y millares de individuos como ellos, miembros del partido nazi, en la década de 1920 y comienzos de la siguiente? Labor de agitación. Difundían el mensaje de la derecha radical en millares de discursos y artículos, y organizaban innumerables mítines, concentraciones y manifestaciones. Su estrategia consistía en una actividad frenética, incesante. Antes de afiliarse al partido nazi, Goebbels y Best se movían en diversas organizaciones de derechas, moderadas y radicales. Como recuerda Best, a la edad de quince años, “no poder luchar como mi padre, como un soldado, por la victoria de Alemania, supuso un trauma para mi adolescencia, una sensación que más adelante me arrastraría, de forma inconsciente a veces, a colaborar activamente donde me dieran la oportunidad de hacerlo”.[31] En el movimiento estudiantil de la década de 1920, se puso de parte de la “liga völkisch”, que exigía la inmediata expulsión de los judíos, y pronto fue uno de sus dirigentes. En Renania, organizó la agitación contra la ocupación francesa, para lo que contó con el apoyo, financiero y de todo tipo, de diversos grupos del ala derecha de los conservadores, como el movimiento estudiantil, hombres de negocios, personajes influyentes y de buena posición

económica, y algunos funcionarios del Gobierno. Best abominaba contra las “imposiciones de Versalles” y clamaba por una movilización popular, una levée en masse en la que habría de ser “la última batalla de la guerra mundial” contra el enemigo francés y todos los compatriotas “resignados”, que consentían en “traicionar a Alemania”. Al igual que los irlandeses luchaban contra los ingleses, el pueblo alemán tenía que alzarse contra el ocupante, al decir de Best.[32] Goebbels, mientras tanto, recorría Renania de punta a punta, diciendo lo mismo ante sus camaradas o frente a un público más heterogéneo, e intrigaba para escalar posiciones dentro del partido. Tras algunas vacilaciones de primera hora, se dedicó a adular a Adolf Hitler y, buen propagandista como era, ayudó a forjar la imagen de aquel Führer casi sobrehumano, una de las razones que convencieron a Hitler para poner en sus manos la dirección del partido en Berlín.

Tanta agitación y actividad se vieron recompensadas incluso antes de la Depresión y el estallido del respaldo popular a los nazis. Trabajando a destajo, hombres como Goebbels y Best organizaron un equipo de mandos nutrido de individuos afectos a la causa, la mayoría jóvenes y siempre varones, que contribuyó a la difusión de tales ideas. Un buen ejemplo lo encontramos en Affinghausen, un pueblo de la Baja Sajonia. A comienzos de 1928, procedente de una localidad próxima, apareció un agitador nazi que comenzó a hablar a la gente de las penosas condiciones en que vivían los campesinos y del movimiento que él representaba. Como aquel público, él era también un agricultor, que sabía de sus preocupaciones y cómo dirigirse a ellos. Pasados unos pocos meses regresó, y volvió cada vez con más frecuencia, en compañía de otros dirigentes nazis. Consiguieron nuevos afiliados y, cuando los así iniciados habían asimilado la doctrina nazi, se acercaban hasta los pueblos de al lado y hacían lo mismo.[33] Ningún otro partido cuidaba tanto la organización, ni había tomado la decisión de movilizarse y estructurarse en pueblos y zonas de escaso peso político.

Los nazis desplegaron agitación y agresividad por ciudades de toda Alemania, buscando la confrontación directa con los comunistas, los socialdemócratas y los judíos. Goebbels era un hombre especialmente dotado para este tipo de actividades. En febrero de 1927, la organización local del partido nazi celebró una concentración en Wedding, bastión comunista de Berlín, con Goebbels como principal orador. Una provocación, sin lugar a dudas. Según un informe interno del partido, habría un millar de

personas en la calle: cuatro quintas partes, huestes nazis de asalto; una quinta parte, comunistas; el resto, gente normal. Al principio, los comunistas intentaron interrumpir el acto; a continuación, gente que estaba entre los asistentes trataron de interrumpir al orador, lo que desembocó en una “batalla campal”: sillas, jarras de cerveza y mesas volaron por los aires. En la información reservada del partido se aseguraba que ochenta y cinco comunistas habían salido malparados, frente a tan sólo quince nazis. Una gran victoria, como quedaba reflejado en los periódicos proclives a los nazis: “Cruento enfrentamiento: derrota del terrorismo marxista”.[34] Sin duda, los nazis magnificaban su éxito y la trascendencia del incidente que, en cuanto tal, apenas restó un ápice al apoyo con que contaban los comunistas. Pero sí que sirvió para lo que se pretendía: un signo claro y fehaciente de la tenacidad y la determinación nazis.

Los nazis se hicieron presentes en barriadas, pueblos y ciudades, empapelándolos de panfletos una vez por semana o más, organizando manifestaciones y desfiles de grupos de asalto mal encarados y disciplinados. En 1930, en Thalburg, una ciudad de tamaño medio de Hannover, los nazis celebraban mítines prácticamente todas las semanas, invitando a la gente a acudir con eslóganes como “Trabajador alemán: esclavo de los intereses del capitalismo internacional”, “Sólo el Estado nacionalsocialista salvará a la clase media”, “Once años de República, once años de miseria”, o “Marxistas, asesinos del Volk alemán, a sueldo del enemigo”.[35] Tales mensajes iban claramente dirigidos a la mayoritaria clase media de la ciudad. Como en el caso de Berlín-Wedding, los nazis buscaban la provocación y programaban sus concentraciones y manifestaciones para contrarrestar las del KPD o el SPD. Las huestes de asalto nazis y los defensores antifascistas, los grupos paramilitares del SPD, armados con bastones, puños de metal y armas de fuego de pequeño calibre, se peleaban por las calles, en los bares y en las concentraciones. Para los miembros de la clase media, hostiles a los “marxistas” –que, en aquella ciudad, era como mentar a los socialdemócratas, dada la escasa presencia de comunistas–, era muy fácil achacar los desórdenes y las revueltas a los trabajadores que apoyaban al SPD. Así lo recordaba un ama de casa: “Los miembros del NSDAP eran jóvenes, muchachos serios que se habían afiliado porque estaban a favor de la justicia social y en contra del desempleo. Los nazis parecían dotados de una especie de energía inagotable. Todas las

paredes estaban pintadas de esvásticas o empapeladas con carteles nazis. Hasta yo misma me convencí del empuje de aquel partido, a pesar de que también generaban muchas dudas”.[36] En aquélla, como en otras ciudades, algunas de las personas que disfrutaban de mejor posición se unieron a las agrupaciones locales del partido en los primeros tiempos, convirtiéndolo en una organización respetable a los ojos de sus conciudadanos.

Durante las campañas electorales –y fueron muchas las que se celebraron en los últimos años de la República–, la agitación nazi se hizo aún más palpable. Una vez más, recurrimos a Thalburg como modelo. Para las concentraciones electorales, los nazis movilizaban a cuantos los apoyaban en las localidades próximas, que se dirigían a la ciudad como un solo hombre. Desfilando de uniforme, banderas al viento, mientras las tropas de asalto, desde camiones, cubrían las calles de panfletos, los nazis ofrecían la imagen de una organización fuerte. Cuando se celebraban mítines importantes, los nazis de la localidad en cuestión procuraban que participasen dirigentes conocidos del partido o militares de alto rango, que anhelaban prestar su nombre a la causa. El acontecimiento más importante fue la visita de Hitler. Los nazis de la agrupación local pasaron semanas preparándola, inundaron la ciudad de carteles y recibieron ayuda de los nazis de poblaciones próximas. Todo estaba dispuesto con precisión milimétrica: la ruta que debía seguir la comitiva motorizada, las tropas de asalto que montarían guardia y la tribuna de oradores, todos actuando como teloneros del discurso que pronunciaría Hitler. Un espectáculo que llamaba poderosamente la atención de muchos alemanes: la marea de esvásticas ondeando al viento, los apretujones de los asistentes, los asientos reservados para los veteranos de guerra y para aquellos nazis que, supuestamente, habían resultado heridos en enfrentamientos con comunistas y socialistas, la imagen del descenso del aeroplano en que viajaba Hitler hasta posarse en un campo cercano, el entusiasmo y el frenesí de la multitud cuando se ponía en pie para hablar.[37]

En esa clase de actos, los nazis no sólo parecían jóvenes, sino perfectamente adaptados a los tiempos modernos y a las tecnologías más punteras. Hitler fue el primer político alemán que recurrió al avión para sus desplazamientos durante las campañas electorales. En los mítines multitudinarios, los simpatizantes instalaban micrófonos y altavoces. Más tarde, Hitler recurriría a la radio y Goebbels al cine. Gracias a la transmisión y amplificación del sonido, al automóvil y al aeroplano –los más modernos medios de transporte

que ofrecía la tecnología de la década de 1920–, los nazis mantuvieron una presencia activa y constante en la esfera pública.

Pero no sólo discurseaban y se peleaban: también ofrecían ayudas materiales a los pobres y desempleados, organizando repartos gratuitos de comida e instituciones de beneficencia. Los programas de asistencia social, como casi todas sus actividades, se los financiaban por su cuenta. Aparte de las ayudas que recibían de los más ricos de sus simpatizantes, conseguían donativos de sus afiliados, o cobraban pequeñas cuotas por asistir a sus mítines. En cuanto a las labores de beneficencia, recibían ayuda de los comerciantes y campesinos de las localidades rurales de los alrededores. A finales de 1931, en Thalburg, los nazis daban de comer a unas doscientas personas al día.[38] En lo tocante a la juventud, ofrecían grandes oportunidades para pasar un buen rato en un ambiente no religioso ni socialista. Así recordaba un ciudadano de Thalburg las razones que, en 1930, le impulsaron a sumarse a las juventudes hitlerianas:

Me uní [a las juventudes hitlerianas…] porque deseaba formar parte de una organización masculina donde pudiera luchar por un ideal nacionalista. Las juventudes hitlerianas organizaban campamentos, senderismo, reuniones de grupo […] Había jóvenes de todas las clases sociales, sobre todo de clase media y trabajadores. Para mi satisfacción, no había distinciones por razones sociales o de clase. Tampoco un adoctrinamiento político claro y evidente hasta mucho más adelante […] Lo cierto es que, sin hacer proselitismo, las juventudes hitlerianas de Thalburg se desarrollaron rápidamente […] La mayoría de los chicos que se unieron a ellas lo hicieron por las mismas razones que yo, porque buscaban un sitio en el que llevar a cabo actividades apetecibles en compañía de gente de su misma edad.[39]

Un joven de Bad Harzburg, que también se afiliaría al partido, daba muestras de idéntico entusiasmo: “Para mí, fue como empezar una nueva vida. Sólo había una cosa que me importase, y era servir al movimiento. No pensaba en otra cosa. No hablaba de nada excepto de política […] Sólo me interesaban la agitación y la propaganda”.[40]

El partido nazi era una organización de nuevo cuño, activa y dinámica. Proyectaba una imagen juvenil y ofrecía a muchachos y jóvenes la oportunidad de embarcarse en actividades divertidas y emocionantes. (No

admitirían a adolescentes y chicas jóvenes hasta poco antes de 1933, ya en pleno Tercer Reich). Prometía arreglar la “vergüenza nacional” y los problemas reales que en la vida diaria habían sufrido tantos alemanes durante las crisis que afectaron a la República. El partido nazi fomentaba los disturbios, a pesar de que siempre se definía como el partido de la ley y el orden frente a los comunistas y otros “elementos extraños”, que tanto terror inspiraban a los alemanes. Los nazis utilizaban el lenguaje común de la derecha, teñido de un radicalismo y una determinación propios y distintivos. Y el partido supo identificar al enemigo que había que suprimir para que Alemania y los alemanes recuperasen su grandeza.

Pero todo esto no bastó para llevar a los nazis al poder. Hubieron de concurrir otras dos circunstancias: el apoyo de la derecha moderada y la Depresión.

En 1928, durante los “años dorados” de la República de Weimar, los socialdemócratas recuperaron el Gobierno al frente de una gran coalición de partidos. Había nubarrones inquietantes –empresarios siderúrgicos de la cuenca del Ruhr que se deshacían de la mano de obra, el apoyo creciente a los nazis en las zonas rurales más deprimidas, el gran número de facciones procedentes de otros partidos que concurrieron a las elecciones–, pero el triunfo electoral del SPD, la pérdida de votos en los extremos del arco político y la acertada política exterior llevada a cabo por Stresemann representaron cierta esperanza para la República.

Se desencadenó a continuación la crisis económica mundial, que se inició con el hundimiento del mercado de valores en Estados Unidos, en octubre de 1929. Las consecuencias no tardaron en dejarse sentir en Alemania, cuya economía comenzó a caer en picado durante la primavera de 1930. La caída de la Bolsa precipitó la crisis de la banca, sobre todo en el momento en que las instituciones financieras norteamericanas reclamaron a autoridades y empresarios alemanes el reembolso de los créditos a corto plazo. El dinero se evaporó, lo que provocó un rápido declive de la producción industrial y, finalmente, la caída de la demanda, puesto que ni consumidores ni empresarios disponían de recursos para la adquisición de productos. A finales de la primavera de aquel año, la depresión económica afectaba ya a toda Alemania: las fábricas cerradas y las multitudes de desempleados eran sus signos visibles. Una sola generación de alemanes tuvo que vérselas con

tres cataclismos sociales encadenados: guerra mundial, hiperinflación y, finalmente, una depresión económica hasta entonces desconocida.

Las consecuencias políticas de tal situación fueron inmediatas. La coalición de Gobierno presidida por el SPD se disolvió por diferencias en cuanto a la cobertura del desempleo. Con la drástica reducción de los ingresos fiscales y el imparable incremento del número de parados que esperaban cobrar el desempleo, el Gobierno se encontró con que no disponía de los recursos que necesitaría. Los socialdemócratas y algunos católicos pretendían mantener e incluso ampliar la protección del desempleo. Los conservadores reclamaban que se rebajasen las prestaciones y que se pusieran condiciones más restrictivas para recibirlas. Cada partido se enrocó en sus posiciones, y no fue posible alcanzar ningún consenso o compromiso. El presidente de la nación, el mariscal de campo Paul von Hindenburg, designó entonces como canciller a Heinrich Brüning, del Partido del Centro, quien constituyó un Gobierno con algunos de los ministros del anterior, pero sin la presencia de los socialdemócratas; tampoco figuraba Gustav Stresemann, el más firme partidario de una política exterior de compromisos: había fallecido en el otoño de 1929, antes de que comenzase la Depresión.

Brüning trató de remediar la situación aplicando políticas deflacionarias, que consistían en equilibrar las cuentas del Estado mediante drásticos recortes de personal y servicios (como ya señalamos en el capítulo 4). Era partidario, por otra parte, de que el sector privado siguiese las mismas pautas que el Estado. Las empresas no debían esperar ayudas oficiales, y tendrían que reducir sus adquisiciones e inversiones hasta que se alcanzase un nuevo equilibrio de mercado, momento en el que descubrirían las ventajas de invertir y producir, y no les quedaría más remedio que contratar personal. En una época de escasez sin precedentes, Brüning insistía en que sólo el rigor financiero en los sectores público y privado conseguiría reconducir la economía alemana. Introdujo también cambios en la política exterior: pensaba que Stresemann, con su política de aceptación de los compromisos adquiridos, había cedido demasiado ante las potencias occidentales. Aunque Brüning no dio por rotas las negociaciones, estaba dispuesto a echar abajo el Tratado de Versalles y a que Alemania recuperase su posición como gran potencia. En sus últimos meses al frente de la cancillería, el país se vio de nuevo sumido en las mismas tensiones que antes de la crisis de la hiperinflación.

No logró, con todo, el consenso para que el legislativo diese el visto bueno a sus iniciativas políticas: el Reichstag seguía muy dividido. A la vista de la situación, en un alarde de autoengaño y de miopía política, convocó nuevas elecciones, convencido de que las urnas le darían el respaldo que precisaba. Colosal sandez: la ciudadanía, hundida cada vez más en la Depresión, no se movilizó precisamente en apoyo de un hombre y de un Gobierno incapaces de remediar su miseria. Por sorpresa, en esas elecciones generales del 14 de septiembre de 1930, el partido nazi, con el 18,3% de los votos, consiguió ciento siete escaños en el Parlamento. Fue un gran sobresalto, que los periódicos se encargaron de airear dedicando enormes titulares al éxito de los nazis.

De ser un partido minoritario, casi marginado del sistema político, los nazis llegaron a convertirse en una importante fuerza política. Alemania, que atravesaba una situación política de extrema dificultad por la cantidad de partidos con representación en el Reichstag y las profundas diferencias políticas y sociales que los separaban, se convirtió en una nación ingobernable mediante los mecanismos parlamentarios habituales. Los nazis jamás tuvieron la intención de hacer nada positivo desde dentro del sistema, sino que utilizaron todos los órganos legislativos de Alemania, desde el Reichstag a los Parlamentos regionales o los ayuntamientos, como escenarios propagandísticos.

Brüning consideró aquella situación, desastrosa para los alemanes comprometidos con la democracia, como una oportunidad estupenda para sus propósitos de desmantelar la República desde dentro y dar paso a un sistema político autoritario. Para ello, se sirvió a voluntad de los poderes que le había otorgado el presidente Hindenburg y se aplicó el artículo 48 de la Constitución de Weimar que, en situaciones críticas, autorizaba al presidente a declarar el estado de excepción, y podía gobernar por decreto siempre y cuando sus disposiciones no fueran en contra de la Constitución. Los constituyentes habían incluido el artículo 48 como una cautela, sólo para el caso de que la República se viese amenazada. Pero, como el Reichstag no se ponía de acuerdo sobre ninguna cuestión importante, pasó a convertirse en un instrumento normal de gobierno. Durante los dos años y medio siguientes, Alemania contaba con un Reichstag al que Brüning tenía que solicitar el visto bueno y se mantuvieron las libertades establecidas en la Constitución. Pero lo cierto es que Alemania estaba en manos de una

dictadura presidencial. Desde un punto de vista político, la República fue abolida mucho antes de que Hitler llegase al poder.

Brüning contaba con la complicidad del presidente Hindenburg para declarar periódicamente el estado de excepción, a lo que el mariscal de campo accedía siempre con gusto. Las elecciones presidenciales de 1925 y 1932 fueron la puesta en escena del fracaso de Weimar. El centro y la derecha adoraban a Hindenburg como representación viril del valor, el orden y la estabilidad, como su eslabón con la extinta época imperial. Lo más que se puede decir de él es que, durante el tiempo que permaneció en el cargo, no hizo nada para socavar la República, y que fue escrupulosamente fiel a la Constitución que había jurado. Pero la elección como presidente de un general que, en su fuero interno, era hostil a los planteamientos democráticos, convirtió la República en una farsa. Por si fuera poco, cuando fue reelegido en 1932, Hindenburg tenía más de ochenta años y ciertos síntomas de senilidad. Con el comienzo de la gran Depresión y la crisis política que la siguió, su imagen como dirigente era más propia de una ópera cómica. Al frente de Weimar, se necesitaba a un demócrata convencido y comprometido, no a un mariscal de campo octogenario y de lucidez dudosa.

Durante la segunda mitad de 1930, a lo largo de 1931 y hasta principios de 1932, Brüning redactó una serie de decretos que culminaron en el despido de un elevado número de funcionarios y en recortes en las prestaciones por desempleo y otros beneficios sociales. La población estaba expectante, pero no había indicios de recuperación económica sino, más bien, de todo lo contrario: Alemania se hundía cada vez más en la crisis económica y el sistema político encallaba. Según estadísticas oficiales, en el verano de 1932 casi un tercio de la población activa estaba en paro, pero las cifras reales eran aún mayores. Las mujeres fueron las primeras en ser despedidas, y muy pocas recibieron la cobertura de desempleo. Como casi todo el mundo pensaba que había que mantener la figura del hombre como sustento del hogar: si sus maridos ya trabajaban o cobraban el desempleo, era necesario prescidir de ellas en el trabajo.

Mientras tanto, los nazis seguían con su labor de agitación, lanzando constantes ataques contra la República. Cada vez contaban con más simpatizantes. A diario, los periódicos se hacían eco de reyertas callejeras en las que siempre participaban los nazis. Alemania estaba en crisis, los

alemanes sufrían y no se barruntaba una salida. Se identificaba a los socialdemócratas, los más firmes defensores de la democracia, con un sistema que hacía aguas por todas partes. Muchos militantes del SPD lucharon con todas sus fuerzas contra los nazis, y llegaron incluso a pensar en plantearles una oposición frontal mediante una posible coalición con el KPD (que estos hubieran aceptado si los pactos daban por buenas las exigencias comunistas). La dirección del SPD sólo pensaba en cómo apuntalar la República, a pesar de que Brüning y sus sucesores ya la habían vaciado de contenido. En el Reichstag, los diputados del SPD apoyaron al Gobierno de Brüning; incluso en las elecciones presidenciales de la primavera de 1932, el partido dio su apoyo a Hindenburg, como mal menor. Triste papel el de los socialdemócratas, obligados a ofrecer su respaldo a personajes antidemocráticos, uno vinculado con bastiones autoritarios, monárquicos y militares (Hindenburg), y el otro 'inventando' una dictadura moderna adaptada al siglo XX (Brüning). La desmoralización cundió en las filas del SPD.

Las medidas políticas adoptadas por Brüning acabaron en fracaso y, finalmente, perdió el apoyo de Hindenburg y de otros conservadores. Dos factores fueron los desencadenantes de la situación. Su ministro del Interior llegó a la conclusión de que los nazis se estaban volviendo demasiado osados y revoltosos y, para meterlos en cintura, emitió una orden por la que se prohibían los desfiles de las tropas de asalto. Una decisión que no fue bien recibida por muchos conservadores, que recurrían a los nazis para dar al traste con la República. Pero lo más importante fue que, en su afán por recortar gastos, pretendió eliminar las ayudas del Gobierno que recibían los terratenientes prusianos, un programa de subsidios del que se beneficiaba la clase más selecta de Alemania, los nobles prusianos, incluido el presidente de la nación. Un reducido grupo de asesores de Hindenburg logró convencer a Brüning para que abandonase y cesó en el cargo de canciller el 30 de mayo de 1932.

En la primavera de 1932, Hitler llevó a cabo su segundo intentona para hacerse con el poder (la primera fue durante el intento de golpe de Estado de 1923), enfrentándose a Hindenburg en las elecciones presidenciales. Aunque tuvo muchas dudas sobre si debía presentarse o no, al final lo hizo, empujado por Goebbels y otros altos cargos del partido nazi. Hitler sabía que el partido era un motor que tenía que ir cada vez más deprisa, y consiguió

que los simpatizantes se agitasen y movilizasen hasta extremos nunca vistos. No tenía ninguna intención de colaborar en las tareas de gobierno; su único objetivo, la raison d’être de su existencia, era conseguir el poder. De no tomar la decisión que adoptó en 1932, cuando la situación política y económica de Alemania estaba tocando fondo, quizá perdiese el apoyo político con que contaba. Lo intentó y perdió. Plantó cara a Hindenburg en unas elecciones inciertas y, al final, fue Hindenburg quien las ganó (figs. 9.1. y 9.2.).



Fig. 9.1.: Durante el periodo de Weimar, los alemanes vivieron de lleno la política. Éste era el aspecto que presentaba la Potsdamer Platz durante las elecciones presidenciales que se celebraron en la primavera de 1932. En los carteles de Hindenburg se puede leer: "¡Elegid a un hombre, no un partido!", mientras uno de los pasquines nazis reza: "El presidente del Reich se llama Adolf Hitler". A la sombra de tales consignas políticas, la gente acudía a sus ocupaciones habituales: unos al restaurante vegetariano que se encontraba debajo del cartel de Hindenburg; otros a la pastelería sobre la que se alzaban los mensajes en apoyo de Hitler (ullstein bild / The Granger Collection, Nueva York).

Un Hitler exaltado y un partido nazi derrotado. Todo parecía indicar que había llegado el momento de los conservadores moderados, que utilizaban a los nazis en sus intentos de acabar con la República, pero que no tenían intención alguna de entregarles todo el poder. Todavía eran demasiado toscos e imprevisibles como para fiarse de ellos por completo. Fue el momento en que apareció Franz von Papen, un noble católico de Westfalia que había militado en el Partido del Centro, y a quien Hindenburg designó como sucesor de Brüning. Papen opinaba también que había que aplicar políticas deflacionarias para salir de la Depresión; pero al mismo tiempo, deseaba con más ahínco que su antecesor acabar con la República y con el sistema impuesto en Versalles, y pensó que los nazis le ayudarían a conseguir sus propósitos. En julio de 1932, destituyó al Gobierno electo de Prusia, un bastión de la democracia de Weimar, y nombró otro más acorde con sus intereses. Con idéntica necedad, cometió el mismo error que Brüning, y convocó elecciones, confiado en que la ciudadanía le daría su apoyo para sacar adelante las decisiones políticas oportunas. Pero, hundido como estaba en la Depresión, el pueblo no respaldaría a un Gobierno cuyas medidas políticas no habían paliado sus carencias.

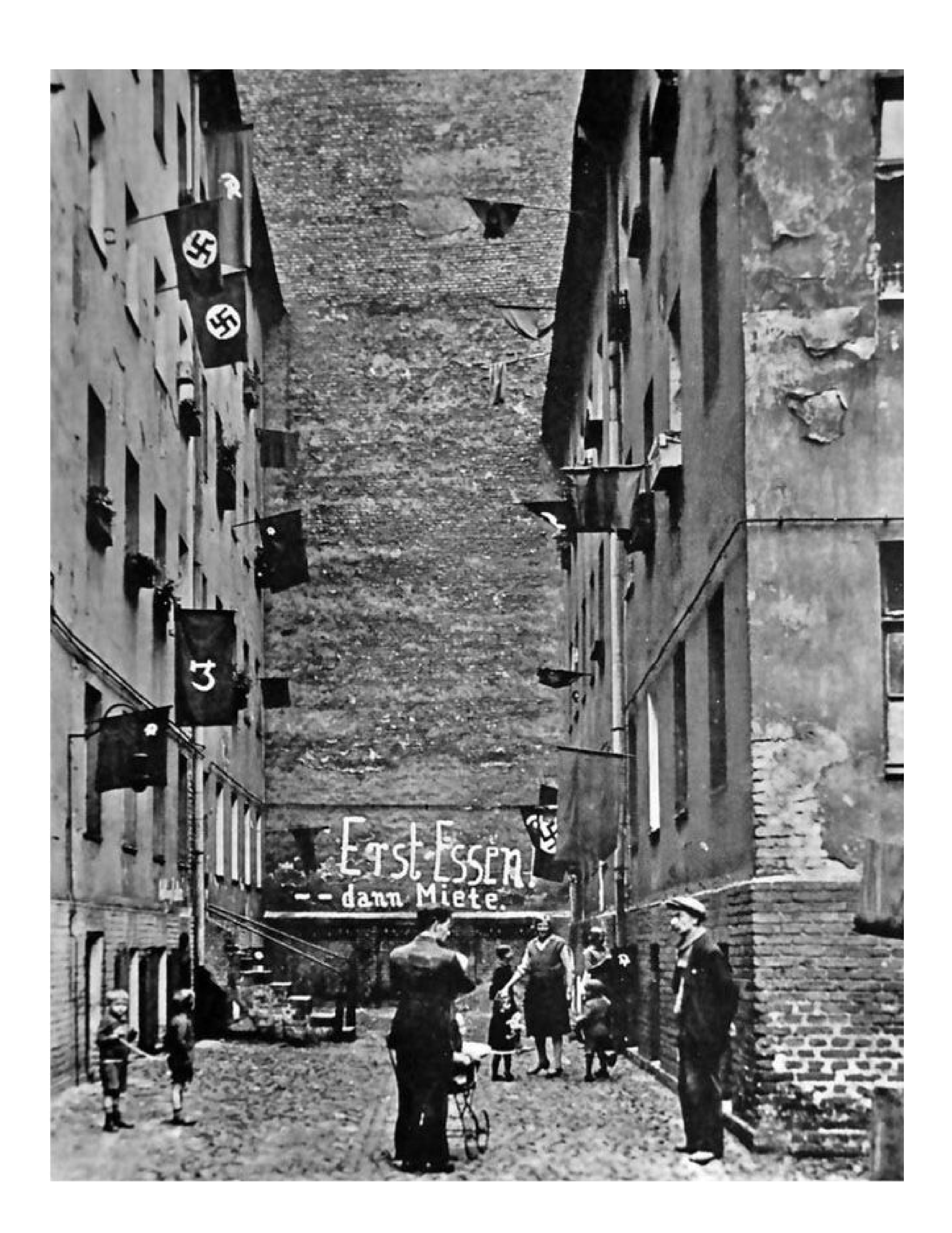

Erst Essen!
-- dann Miete.

Fig. 9.2.: Los políticos trataban de llegar a todos los sectores de la sociedad, a todas las poblaciones, incluso a las viviendas de cada barriada. En esta imagen de una huelga de inquilinos en Berlín-Wedding, en 1932, se observa cómo en algunos hogares ondean banderas nazis, mientras en otros cuelgan enseñas comunistas con la hoz y el martillo. En la pared de enfrente se ve una pintada que dice: “Primero, comer; luego, el alquiler” (ullstein bild / The Granger Collection, Nueva York).

Los alemanes fueron a las urnas el 31 de julio de 1932. Los nazis consiguieron el 37,3% de los votos, la cifra más elevada que alcanzasen en unas elecciones libres, con lo que se convirtieron en el partido más votado de Alemania, con doscientos treinta diputados en el Reichstag. Celebraron el triunfo por todo lo alto. No está de más subrayar que no consiguieron, y nunca conseguirían, la mayoría absoluta en unas elecciones libres. Con todo, obtuvieron un elevado porcentaje de votos, más de un tercio del total. Pero el pueblo alemán nunca allanó el camino de los nazis hacia el poder: dos tercios del electorado votaron en contra del partido.

Como cabeza visible del partido más votado de Alemania, Hitler intentó de nuevo hacerse con el poder: pensaba que la cancillería le pertenecía por derecho propio. Celebró un encuentro con Hindenburg, el hombre que representaba los intereses y valores de los oficiales prusianos. A sus ojos, Hitler era poco más que un agitador de baja estofa que, en los cuatro años en que había estado alistado durante la Primera Guerra Mundial, sólo había alcanzado el grado de cabo. Hindenburg, pues, lo recibió, pero se negó a nombrarlo canciller.

Papen siguió en funciones hasta que el nuevo Parlamento se constituyó en septiembre de 1932. Como Brüning, continuó gobernando por decreto. Pero los nazis pensaron que Papen les había jugado una mala pasada, porque había sido el designado como canciller. El Reichstag celebró su primer pleno a principios de septiembre de 1932, con Hermann Goering como presidente de la Cámara, dado que era el jefe del partido más votado. Con el apoyo de los comunistas, los nazis presentaron una moción de censura contra el Gobierno. Así, el Gobierno de Papen cayó antes de haber tomado posesión. Había que celebrar nuevas elecciones, las terceras de importancia sólo en aquel año de 1932, una situación que fomentaba la desconfianza en la República.

Los alemanes acudieron a las urnas el 6 de noviembre de 1932, con unos resultados que merece la pena reseñar. La euforia nazi se vino abajo. El porcentaje de voto que consiguieron cayó al 33,1%, equivalente a ciento noventa y seis escaños. Alemania no había votado por el consenso político, ni los nazis tenían el camino despejado para hacerse con el poder. De hecho, el partido quedó sumido en la confusión. Hitler había hecho dos intentos

para alzarse con el poder aquel año, y en ambas ocasiones había fracasado. Las arcas del partido estaban exhaustas, y entre los militantes aumentaban las críticas y la oposición a Hitler. A finales del otoño de 1932, la probabilidad de que los nazis accediesen al poder era sólo una posibilidad, de ningún modo algo inevitable.

El tercer canciller de la Alemania de Weimar en 1932 fue un ayudante muy cercano al presidente Hindenburg, el general del Ejército Kurt von Schleicher, que decía tener un proyecto para poner fin a un tiempo a la crisis económica y política de la nación. Pensaba que, con su programa para la creación de empleo con ayudas del Gobierno, podría constituir una gran coalición en la que figurasen desde los sindicatos socialdemócratas de izquierdas hasta los nazis contrarios a Hitler por la derecha. Vanas ilusiones: las diferencias entre los partidos políticos alemanes eran demasiado profundas como para que sus deseos se hiciesen realidad.

Mientras, a principios de enero de 1933, auspiciadas por un reducido círculo de asesores del presidente Hindenburg, se entablaron negociaciones secretas entre Papen y Hitler, y los conservadores moderados comenzaron a hablar en serio con los radicales. Todos los planes y Gobiernos de 1932 habían fracasado. Los oficiales, nobles y funcionarios de alto rango del entorno de Hindenburg, con el apoyo de unos cuantos hombres de negocios y banqueros, pensaron que podrían recurrir a los nazis para acabar con la República desde dentro. Por su parte, los nazis pensaron que podían aprovecharse de los moderados con idéntico propósito. Como todos se expresaban en términos semejantes y compartían los mismos objetivos, en las últimas semanas de aquel mes echó a andar la gran coalición anti-Weimar. Buscaban la instauración de un sistema autoritario en el país y, a nivel internacional, que Alemania recuperase el rango de gran potencia que le correspondía. Apoyaban una política völkisch, que suponía en la práctica fuertes limitaciones para los judíos. Los sindicatos, el socialismo en todas sus versiones, el arte moderno y los movimientos de reforma en lo tocante a la sexualidad desaparecerían de la vida pública. Era una coalición antidemocrática, antisocialista y antisemita. La derecha de siempre no se comprometía a nada con Hitler y los nazis que, desde su punto de vista, seguían siendo demasiado radicales e imprevisibles. Pero tras el fracaso de todos los planes, con una Alemania que, sobre el papel, era todavía una

República, enfangada en la Depresión y cargando con las exigencias de Versalles, tanto a los conservadores moderados como a amplios segmentos de la clase media, hasta Hitler y los nazis les parecieron aceptables.

En enero de 1933, los asesores de Hindenburg le presentaron un proyecto para formar un nuevo Gobierno, en el que Adolf Hitler asumiría la cancillería, con Franz von Papen como vicecanciller, y diez ministros, de los que sólo dos eran nazis. Tranquilizado por la presencia de tantos conservadores, Hindenburg consiguió superar el desprecio que le inspiraba Hitler. El 30 de enero de 1933, siguiendo todos los procedimientos legales, nombró canciller a Hitler. La Alemania de Weimar había llegado a su fin.

En definitiva, el enterramiento del régimen de Weimar fue el resultado de la conspiración de un reducido círculo de hombres poderosos próximos a Hindenburg, que concluyó con el nombramiento de Hitler. Un asunto sin mayor trascendencia. Todavía no había nacido el Tercer Reich.

No hay duda de que los nazis lo hicieron muy bien: se presentaban como un partido dinámico, capaz de sacar a Alemania de la Depresión, de restablecer la moralidad y de devolver a la nación la grandeza que le correspondía. Fueron muchos los alemanes que optaron por depositar sus esperanzas en aquel hombre inteligente y seductor que era Hitler. Pero, de no haber sido por las sucesivas crisis que atravesó Weimar y que les franquearon las puertas, Hitler no habría dejado de ser una extravagancia más de aquella época, y el partido nazi hubiera seguido igual de marginado, en los extremos del espectro político. Tras la deuda de guerra y el Tratado de Versalles, la hiperinflación y, para colmo, la Depresión, en el invierno de 1932-1933 los ciudadanos alemanes eran un pueblo abatido que trataba, a la desesperada, de encontrar una salida. Por otra parte, el prolongado “déficit democrático” de Alemania, la persistencia de estructuras y mentalidades autoritarias que se remontaban a la fundación del Estado en 1871, constituían una sólida base para aplicar cualquier política de derechas en los tiempos posteriores a la Primera Guerra Mundial.

Por llamativo que fuera el activismo del partido nazi, a pesar del magnetismo personal de Hitler, por desesperada que hubiera sido la situación durante los últimos años de la República, lo cierto es que los nazis nunca se alzaron con la mayoría absoluta en condiciones democráticas. Sin el apoyo de los conservadores moderados, de militares de alta graduación, de empresarios, funcionarios y nobles, los nazis jamás habrían accedido al poder. Como todo lo que guarda relación con Weimar, su victoria fue objeto de muchas críticas, controversias que sólo se resolverían mediante el recurso a una violencia inimaginable contra cualquiera de sus oponentes, reales o imaginarios.

La asunción del poder por parte de los nazis fue una contrarrevolución, en el sentido de que acabó con las grandes conquistas de la revolución de 1918-1919. Tras echar abajo la República y la Constitución, aunque ésta nunca quedó formalmente derogada, los nazis no tardaron en acabar con todo: sufragio universal e igualitario, libertades políticas, elecciones, participación del pueblo en las instituciones. La revolución había representado también más de una década de entusiasta renovación en el mundo del arte, así como un sinfín de esfuerzos para alcanzar la emancipación, tanto personal como colectivamente. Los nazis dieron también la vuelta a todo esto, si bien adoptaron algunas de las formas externas del modernismo en la arquitectura y en otros terrenos. Fue una contrarrevolución en toda regla, porque las clases dirigentes que se vieron atacadas en 1918-1919 y obligadas a hacer todo tipo de concesiones políticas, económicas y sociales, recuperaron sus antiguas posiciones en 1932-1933, con deseos de venganza y ánimos para acabar con la República. La tibieza y cortedad de miras de los socialdemócratas durante la revolución, con su eslogan de “nada de experimentos” y su negativa a plantar cara a los pilares sociales y económicos que sustentaban el poder de las clases dirigentes en el Ejército, las iglesias, la economía, las universidades y la burocracia estatal no dejarían de perseguirlos y acosarlos durante los doce largos años que duró el Tercer Reich.

La asunción del poder por los nazis fue también una revolución. Los conservadores que prepararon y aceptaron la designación de Hitler como canciller no tardaron en sentirse engañados. Consiguieron más de lo que habían pensado, pero, al final, fueron los nazis quienes utilizaron todos los

recursos a su alcance para acabar con la antigua clase dirigente alemana. El poder absoluto que los nazis querían ejercer sobre cada individuo, sobre cada estrato social, representó la ruptura más radical frente a las ideas de conservadores y liberales. La sustitución del concepto democrático de ciudadanía imperante en Weimar por un Estado y una sociedad asentados sobre la raza constituyó la más honda y mortífera revolución imaginable.

Aquel 30 de enero de 1933 y durante los días siguientes, los nazis desfilaron con gran pompa por las ciudades y pueblos de Alemania. Luise Solmitz, una mujer de clase media alta, casada con un oficial del Ejército, estaba encantada:

¡Hitler […] canciller del Reich! ¡Y qué Gobierno! Algo que ni nos podíamos imaginar en julio pasado. ¡Hitler, Hugenberg [dirigente del DNVP], Seldte [cabeza visible de la organización de veteranos del Stahlhelm], Papen!

En ellos están depositadas las esperanzas de Alemania. La impronta nacionalsocialista, la seriedad de los nacionalistas populares, los apolíticos del Stahlhelm, sin olvidar a Papen. Asombroso […] ¿Cuánto hacía que Alemania no disfrutaba de un verano así tras una espléndida primavera? Habría que remontarse a la época de Bismarck. ¡Qué maravilla, lo que ha conseguido Hindenburg! [...]

Desfiles solemnes, presididos por Hindenburg y Hitler, nacionalsocialistas y veteranos del Stahlhelm juntos por fin, una vez más. ¡Un 30 de enero memorable! [41]

Algunos días más tarde, desde Berlín, Betty Scholem escribía a su hijo, el eminente erudito judío Gershom Scholem, que años antes había emigrado a Palestina. Le hablaba de la imprenta de la familia, de las dificultades que tenían con encargos y clientes, junto con chismorreos sobre conocidos y familiares, o la crudeza de aquel invierno. Pero no parecía demasiado preocupada por la victoria nazi. “Lo que más salta a la vista es la epidemia de gripe y los Heil Hitler ”, escribía el 7 de febrero de 1933. Dos semanas más tarde, en otra carta, se refería a que, como siempre, los cambios políticos no habían sido buenos para el negocio. La gente miraba hasta el último céntimo y anulaba contratos. De paso, hacía mención de una

maravillosa representación de Faust0, a la que había asistido en el Teatro Nacional.[42]

Ambas mujeres se engañaban a sí mismas. Solmitz se daría cuenta de que los nazis sólo pretendían llevar a cabo una revolución de derechas en Alemania. Sus admirados conservadores, los mismos que alzaron a Hitler al poder y que, en su mayoría, continuaron dándole su apoyo durante el Tercer Reich, no tardaron en verse burlados por los nazis. Por su parte, Scholem descubriría la amenaza mortal que representaban los nazis, que se incautaron de su posesión más preciada, la imprenta de la familia. Entrada ya en los sesenta, durante 1939 tuvo que exiliarse con su hija a Australia, donde no tardaría en recibir la noticia de que otro de sus hijos, el ex comunista Werner, había sido asesinado por los nazis en Buchenwald.

1 Entre las innumerables publicaciones existentes sobre los conservadores revolucionarios, puede consultarse: Walter Kurt Sontheimer, Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik. Die politische Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933, Múnich, Nymphenburger Verlagshandlung, 1964; Walter Struve, Elites against Democracy: Leadership Ideals in Bourgeois Political Thought in Germany, 1890-1933, Princeton, Princeton University Press, 1973; Jeffrey Herf, Reactionary Modernism: Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich, Nueva York, Cambridge University Press, 1984; así como la serie de artículos de Larry Eugene Jones, incluido “Edgar Julius Jung: The Conservative Revolution in Theory and Practice”, Central European History, 21, 2, 1988, pp. 142-174.

2 “Biographical Note”, en Oswald Spengler, Today and Destiny: Vital Excerpts from ‘The Decline of the West’ of Oswald Spengler, Edwin Franden Dakin, ed., Nueva York, Alfred A. Knopf, 1940, p. 355. A propósito de las críticas que recibió, véase también H. Stuart Hughes, Oswald Spengler: A Critical Estimate, Nueva York, Charles Scribner’s Sons, 1952, pp. 89-97.

3 Hans Jonas, Erinnerungen, Christian Wiese, ed., Francfort (a. M.), Insel, 2003, p. 150. Memorias, traducción de Illana Giner Comín, Madrid, Editorial Losada, 2005. En términos muy corteses, Spengler le envió una carta en la que aseguraba que Jonas era el único que había entendido lo que quería decir.

4 Arnold Zweig a Helene Weyl, 22 de enero de 1920, en Arnold Zweig, Beatrice Zweig y Helene Weyl, Komm her, Wir lieben dich: Briefe einer ungewöhnlichen Freundschaft zu dritt, Ilse Lange, ed., Berlín, Aufbau, 1996, pp. 175-179, cita 178.

5 Spengler, Today and Destiny, pp. 28-29. Sobre el concepto de raza, véase p. 162.

6 Oswald Spengler, Preussentum und Sozialismus, Múnich, C. H. Beck, 1920, p. 53.

7 Spengler, Today and Destiny, pp. 32-38, y también Preussentum und Sozialismus, p. 12.

8 Véase, por ejemplo, Decline of the West, 1, 363 (La decadencia de Occidente, 2 tomos, Manuel García Morente, trad., Madrid, Espasa-Calpe, 1989), y Hughes, Oswald Spengler, p. 123.

9 Spengler, Preussentum und Sozialismus, p. 12.

10 Ibidem, p. 2.

11 Cita extraída de Joachim Fest, Hitler: Eine Biographie, 1975; Berlín, Ullstein, 2004, p. 636. Hitler. Una biografía, Guillermo Raebel Gumá, trad., en Obra completa, tomo VI, 2 vols., Barcelona, Planeta-De Agostini, 2006.

12 Ernst Jünger, Copse 125: A Chronicle from the Trench Warfare of 1918, Londres, Chatto and Windus, 1930, ix, 2. El bosquecillo 125, Andrés Sánchez Pascual, trad., Barcelona, Tusquets Editores, 1987.

13 Ibidem, p. 9.

14 Ibidem, citas 28-30.

15 Algunos ejemplos en ibidem, pp. 125, 106-124 y 202-264.

16 Ibidem, pp. 50, 57.

17 Para un análisis de la violencia, véase Klaus Theweleit, Male Fantasies, Stephen Conway, trad., en colaboración con Erica Carter y Chris Turner, 2 vols., Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987-1989, y Omer Bartov, Murder in Our Midst: The Holocaust, Industrial Killing, and Representation, Nueva York, Oxford University Press, 1996.

18 Véase, por ejemplo, Verhandlungen des ersten Deutschen Evangelischen Kirchentages 1924, editado por la Deutschen Evangelischen Kirchenausschuss, Leipzig, Reichardt, 1924, p. 109, y Die 68. Generalverssammlung der Deutschen Katholiken zu Freiburg im Breisgau 28. August bis 1. September 1929, editado por el Sekretariat des Lokalkomitees, Freiburg im Breisgau, Verlagsbuchhandlung Herder y Co., s. d., pp. 94-95.

19 Die 68. Generalverssammlung der Deutschen Katholiken, pp. 206, 218, cita 206.

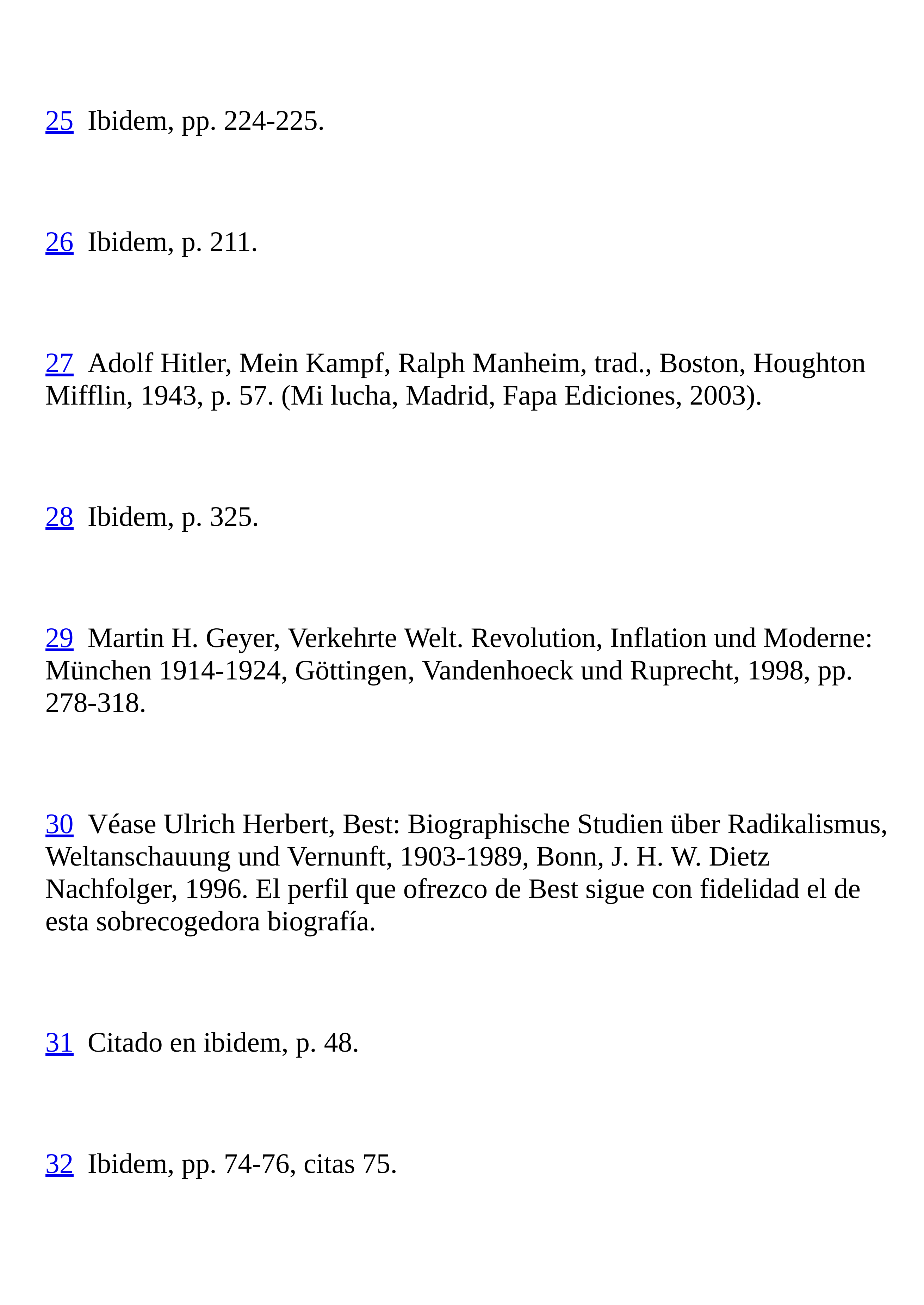
20 Ibidem, p. 206.

21 Ibidem, pp. 206-208.

22 Doctor Simons, en Verhandlungen des dritten Deutschen Evangelischen Kirchentages 1930, p. 247.

23 Véase por ejemplo Paul Althaus, “Kirche und Volkstum”, en Verhandlungen des zweiten Deutschen Evangelischen Kirchentages 1927, editado por Deutschen Evangelischen Kirchenausschuss, Wittenberg, Herrose und Ziemsen, 1927, pp. 204-224.

24 Ibidem, pp. 216, 298.



25 Ibidem, pp. 224-225.

26 Ibidem, p. 211.

27 Adolf Hitler, Mein Kampf, Ralph Manheim, trad., Boston, Houghton Mifflin, 1943, p. 57. (Mi lucha, Madrid, Fapa Ediciones, 2003).

28 Ibidem, p. 325.

29 Martin H. Geyer, Verkehrte Welt. Revolution, Inflation und Moderne: München 1914-1924, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998, pp. 278-318.

30 Véase Ulrich Herbert, Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989, Bonn, J. H. W. Dietz Nachfolger, 1996. El perfil que ofrezco de Best sigue con fidelidad el de esta sobrecogedora biografía.

31 Citado en ibidem, p. 48.

32 Ibidem, pp. 74-76, citas 75.

33 Nazism 1919-1945: A Documentary Reader. Vol. 1: The Rise to Power, 1919-1934, Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham, eds., Exeter, University of Exeter Press, 1983, p. 49.

34 Ibidem, pp. 53-54.

35 William Sheridan Allen, The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1930-1935, Chicago, Quadrangle Books, 1965, pp. 25, 31, 40. En la primera edición, Allen recurrió al pseudónimo de “Thalburg” para referirse a la ciudad en cuestión. Pero no tardó en saberse que se trataba de Nordheim, por lo que, en la edición posterior, utilizó el nombre real de dicha localidad.

36 Citado en ibidem, p. 25.

37 Véase la descripción de Allen, en Nazi Seizure, pp. 117-119, así como las fechas correspondientes del diario de Luise Solmitz, una mujer de clase media alta de Hamburgo, casada con un oficial del Ejército, en Noakes y Pridham, Nazism, p. 74.

38 Allen, Nazi Seizure, pp. 70-71.

39 Citado en ibidem, p. 73.

40 Citado en Noakes y Pridham, Nazism, p. 51.

41 Citado en ibidem, p. 129.

42 Betty Scholem-Gershom Scholem, Mutter und Sohn im Briefwechsel 1917-1946, Itta Shedletzky, ed., Múnich, C. H. Beck, 1989, pp. 273-280, cita 270.

CONCLUSIÓN

Aunque han pasado unas cuantas décadas desde su desaparición, aún es posible percibir el fulgor de la época de Weimar. Como en una tragedia griega, seguimos las vicisitudes históricas que atravesó, sus infaustos comienzos, su azarosa existencia y el aciago desastre que acompaña al momento en que cae el telón. Igual que uno de sus dramas, Weimar nos lleva a reflexionar sobre el sentido del devenir del género humano: la lucha por alcanzar algo nuevo y maravilloso, frente al mal absoluto; la ineptitud y la temeridad de quienes, aun cargados de buenas intenciones, deberían haber sido más precavidos.

En la arena política, pocos son los héroes o heroínas de Weimar y, desde luego, ninguno que merezca el calificativo de inocente –no hay lugar para los hijos de Medea en este drama–, por más que prácticamente todos, desde los militares hasta los comunistas, adujesen que estaban siendo pisoteados. Pero Weimar contó con hombres audaces y brillantes, que alumbraron nuevas formas de expresión artística, que trabajaron con denuedo por una sociedad más humana, y que reflexionaron por extenso sobre el significado de la modernidad. Hombres capaces de diseñar planes de vivienda que mitigaron las míseras condiciones de vida de muchos alemanes. Hombres que, convencidos de que todo ser humano tiene derecho a una vida sexual gratificante, no sólo escribieron y pronunciaron conferencias sobre la sexualidad, sino que abrieron las puertas de sus consultorios. Hombres que redujeron la inicua jornada laboral vigente en el sector industrial antes de la guerra. Hombres que, con fascinante originalidad, compusieron música, escribieron novelas y tratados filosóficos, tomaron fotografías y realizaron fotomontajes, que renovaron el mundo de la escena sin dejar de preguntarse por el significado de la época moderna. Hombres que crearon pasajes de belleza inigualable, que aún podemos disfrutar cuando nos detenemos en un párrafo escrito por Thomas Mann, o contemplamos la Torre Einstein, de Erich Mendelsohn, un precioso día de verano.

Estos son los verdaderos grandes logros de Weimar. A lo largo del siglo XX, pocos son los lugares y momentos de consecuencias intelectuales y

culturales tan sobresalientes y duraderas que soporten la comparación con el Berlín de 1920, o sus avanzadillas de Dessau, Múnich, incluso Friburgo, Heidelberg o Marburgo. Ser y tiempo, de Heidegger, fue el texto que más influyó en el existencialismo posterior a la Segunda Guerra Mundial, así como en el posmodernismo de finales del siglo pasado. La arquitectura de Weimar, espléndida en su originalidad, desempeñó un papel fundamental en el desarrollo del estilo modernista que se impuso en todo el mundo a partir de 1945. Tras un prolongado y estéril periplo, plasmado en bloques de pisos cada vez más altos, urbanistas y arquitectos han reparado de nuevo en las excelsas creaciones de Bruno Taut en la década de 1920, quien supo demostrar que también se pueden edificar viviendas a escala humana. Todavía representa algo para nosotros el elegante compromiso contraído por Thomas Mann con los fantasmagóricos conceptos y valores del siglo XIX. Los directores escénicos de vanguardia vuelven la vista, una y otra vez, a Bertolt Brecht y su idea de teatro épico.

Weimar no sólo representó un acicate para algunos portentos excepcionalmente geniales, sino que alumbró toda una generación de artistas e intelectuales, tan inquietos como inquisitivos. No hay una única razón de que en aquel momento, en aquel país, se produjera tal eclosión de creatividad. En parte, la respuesta reside, no obstante, en la impresión de descalabro sin paliativos que para el viejo orden establecido supusieron la Primera Guerra Mundial y la revolución posterior, que se llevó gran parte de los desechos, lo que permitió que, al menos durante un tiempo, se contemplase un futuro abierto y desbordante, no sólo en Alemania sino en todo el continente. Las grandes figuras de Weimar surgieron en un contexto europeo de cataclismos y revoluciones, en contacto permanente con sus homónimos artísticos o intelectuales de otros países.

Tal sensación de posibilidades ilimitadas ni podía prolongarse ni habría de ser duradera. No tardaron en imponerse las realidades políticas y económicas. Pero hubo un tiempo, no obstante, en que pareció posible crear algo radicalmente nuevo, y ese sentimiento bastó para despertar la creatividad de personas de la talla de Hannah Höch, Bruno Taut, Erich Mendelsohn, László Moholy-Nagy, y tantas otras. Su trabajo se iría atemperando con el paso de los años, pero eso no significa que aquellos artistas viviesen dos vidas distintas ni atravesasen dos periodos diferentes.

Siguieron adelante, sin renunciar a la creatividad e imaginación con que habían irrumpido en el mundo del arte. Es posible que sus mejores obras viesen la luz cuando descubrieron cómo atemperar el ardor de sus ilusiones revolucionarias, pero nada se habría atemperado si no se hubiese producido aquel deslumbramiento inicial: sin el expresionismo no podríamos hablar de Nueva Objetividad.

Weimar fue una etapa cargada de tensiones, de eso no cabe duda. Las incesantes revueltas, los breves periodos de estabilidad y la ausencia de consenso distinguen este periodo. La derrota bélica pesó especialmente en la política y en la economía de la Alemania de aquellos años, y ensombreció el ánimo de la nación. Pero la guerra es sólo una explicación parcial. La tensión y la conflictividad de la época de Weimar fue consecuencia también de su posición equidistante entre el este y el oeste, no en el sentido geográfico sino por el hecho de que la Alemania de Weimar, igual que la Unión Soviética, quedó marcada por la revolución. Una revolución incompleta, sin embargo, que estableció un ordenamiento constitucional de corte occidental, que no llegó a calar entre las clases dirigentes, enfrentadas con uñas y dientes a la democracia.

Aunque la vida en Weimar no fue fácil, sí fue un momento de intensa creatividad. Las sociedades narcotizadas, sonámbulas o satisfechas no se plantean nada, no se cuestionan nada. La mayoría de los grandes artistas e intelectuales de la Alemania de Weimar ya habían hecho sus pinitos antes de la Primera Guerra Mundial, y sintieron el gusanillo de la creatividad una vez que regresaron del frente, o cuando pensaron en emprender una nueva vida tras el desastre de la guerra. Muchos eran de izquierdas, pero también figuraban representantes de la derecha, como Ernst Jünger y Martin Heidegger, quienes, por supuesto, abominaban de la República, pero que pudieron llevar a cabo su trabajo gracias a ella.

La generación siguiente también se sintió libre de ataduras que la ligaran al pasado. El historiador Felix Gilbert, que alcanzó la edad adulta tras la derrota, durante las agitadas circunstancias que acompañaron a la revolución, la guerra civil y la inflación, al revivir aquellos tiempos sesenta años más tarde, escribiría: “Lo único de lo que estábamos seguros es de que no había nada seguro”. Vástago de la larga familia Mendelsohn, tan

influyente en numerosos círculos prusianos y alemanes durante el siglo XIX, Gilbert recordaba que, tanto él como sus amistades, eran conscientes de pertenecer a otra generación:

Estábamos seguros de la que la generación de la posguerra era otra cosa. Disfrutábamos llamando la atención de los mayores por no llevar sombrero en verano, por no ir vestidos de esmoquin cuando salíamos por la noche, por quedarnos sentados durante horas en los altos taburetes de los bares en lugar de ir a beber a locales respetables. Queríamos vivir nuestra propia vida, saltándonos las rígidas formalidades.[1]

Su actitud hacia el sexo se limitaba a que la gente hiciese lo que le apeteciera, sin tapujos, sin emitir juicios morales, talante que, al parecer, también incluía la homosexualidad, aunque la ley la prohibiera. Ellos pensaban que Berlín era una ciudad libre o, cuando menos, más libre que otras metrópolis.[2]

La libertad de que disfrutaban Gilbert y sus amigos no era sólo el producto de un talante indefinido, de una forma difusa de ver las cosas, propios de la posguerra. Era también una realidad política, una de las consecuencias de la revolución de 1918-1919, que estableció las libertades políticas, abrió nuevas vías de representación, proclamó la igualdad de las mujeres y, en la práctica, abolió la censura, conquistas que sobrepasaron con mucho las limitaciones formales del propio sistema, y que permitieron que mucha gente viviera con mayor libertad, sin dar cuentas a nadie, ya fuera en grupos formalmente constituidos, como las asociaciones de nudistas de los liberales o los radioclubes comunistas, o más informales, como grupos de amigos que quedaban para ir a bailar.

Eran libertades con las que no todo el mundo estaba de acuerdo. El arte moderno, igual que la mujer moderna o el sexo sin más, eran otros tantos motivos de conflicto contra la denostada democracia, que la numerosa y multitudinaria derecha no dejaba de esgrimir en un enfrentamiento que acabaría por poner fin a las libertades reconocidas por Weimar. Pero la República no sucumbió como consecuencia del desgaste ocasionado por personajes anónimos, como si, en un momento dado, los conflictos de aquella sociedad hubiesen revestido tal envergadura que dieran al traste con

el orden social. Weimar no se vino abajo; acabaron con ella. Fue destruida por decisión de la derecha alemana, antidemocrática, antisocialista y antisemita, que, en el último momento, eligió a los nazis, a la oposición más extrema, desproporcionada y virulenta, como compañeros de cama. Es posible que Weimar no contase con suficientes demócratas, que fueran pocas las personas deseosas de acudir en defensa de la República. Pero también lo es que el régimen republicano hubo de soportar muchas más crisis que ninguna democracia legítimamente constituida. La izquierda radical no fue de gran ayuda. Los ataques de los comunistas contra los socialdemócratas y contra el sistema establecido en Weimar generaron una sensación generalizada de desaliento que restó empuje a la democracia, a pesar de que los comunistas no disponían de recurso alguno –humano, material ni militar– para culminar con éxito un ataque frotal contra la República. En sus primeros años, lo intentaron en tres ocasiones –1919, 1921 y 1923–, que acabaron en rotundos fracasos. A comienzos de la década de 1930, sus perspectivas no eran mucho mejores.

Pero la derecha sí que disponía de recursos. Bajo la apariencia de profesionales bien situados y de intelectuales que hablaban y escribían en el lenguaje de los nazis, disponía de un capital intelectual. Su reserva espiritual la conservaban gracias a los muchos pastores y sacerdotes que no veían el nazismo con malos ojos. La derecha estaba instalada en despachos oficiales y en la cadena militar de mando, y controlaba en gran parte los recursos industriales y financieros de la nación. Quede claro, sin embargo, que no todos los empresarios ni todos los clérigos fueron proclives al nazismo y que, entre quienes desencadenaron la destrucción de la República, eran más los que toleraban que los que admiraban a Hitler. Pero las principales instituciones del país se contaminaron de la hostilidad colectiva de los que controlaban los recursos del país, los mismos que pensaban que no se podía soportar una sociedad democrática, socialmente comprometida, moderna e innovadora desde el punto de vista de la cultura. Ellos fueron quienes acabaron con la República; sin su ayuda, los nazis nunca habrían alcanzado el poder. Sus ataques contra el régimen de Weimar, junto con el formidable olfato político de los nazis, dieron al traste con el sistema. A ellos se sumaron las numerosas y variopintas clases medias de Alemania, así como mucha gente de baja extracción social, a las que no les gustaban las revueltas, pero las entendían. Eran alemanes que no

estaban seguros de llevar el sustento a sus hogares, o de que el duro trabajo que realizaban se tradujese en ahorros cuyo valor no sólo no se incrementaría, sino que disminuiría; en aquellos momentos de guerra civil y reyertas callejeras, ni siquiera estaban seguros de poder salir a pasear por su barrio tranquilamente. Garantizar la seguridad es una tarea primordial de todo gobierno que se precie, pero el de Weimar no estuvo a la altura. Durante los años posteriores, en 1932 y 1933, la clase dirigente de la derecha y muchos ciudadanos cayeron en la cuenta de que se había llegado más lejos de lo deseado, y ya no les pareció pertinente controlar a los nazis, que no eran sino el camastro que ellos mismos se habían preparado.

La historia de Weimar es un claro ejemplo de que una sociedad en la que no existe el consenso, que carece de una ideología o de un grupo político hegemónico, es un reducto lleno de peligros. No hay ningún sistema democrático capaz de soportar una situación en la que se magnifiquen todos los conflictos hasta el punto de que todo se ponga en entredicho. Mucho menos si sus dirigentes tratan de minar la democracia desde dentro, quejándose sin cesar de un sistema en el que mantienen sus privilegios, mientras disponen de inmensos recursos a su disposición.

Weimar representa una advertencia sobre las circunstancias en que puede desarrollarse una democracia, y quizá sea imposible imaginar condiciones peores para su establecimiento y consolidación que las que se daban en Alemania al final de la Primera Guerra Mundial. Incluso para una sociedad de cultura democrática bien asentada, las reparaciones tras la derrota, la revolución y la guerra civil, las sucesivas crisis económicas representarían una dura prueba. La gente busca seguridad por encima de todo, que ni sus vidas ni su bienestar económico se vean en peligro. Cuando un sistema democrático no les da respuesta, puede llegar el caso de que hasta los demócratas más convencidos le den la espalda y opten por soluciones autoritarias.

Weimar es también una muestra de la imperfección de los sistemas electorales como criterio democrático. En Weimar hubo elecciones, y se disputaron democráticamente. Pero también había un sistema judicial muy conservador, que rara vez condenó a militaristas y terroristas de derechas, mientras se ensañaba en declarar culpables y encarcelar a agitadores de

izquierdas. En Weimar también existía una burocracia que, a pesar de las reformas de los socialdemócratas y los católicos liberales, dejó en su puesto a muchos funcionarios contrarios a la democracia. Y una clase empresarial cuyo compromiso democrático con la República era tenue, por no decir algo peor. Una democracia precisa de ciudadanos democráticos convencidos, de una cultura democrática que penetre en todos los estamentos sociales, no sólo en las instancias políticas, algo realmente muy difícil de encontrar en las instituciones clave de la República. Las dificultades de Weimar no se debieron sólo al déficit democrático popular, porque obreros, católicos reformistas, artistas, escritores y algunos profesionales se erigieron en firmes defensores de la República, sino a que las instituciones más importantes, las Iglesias, el Ejército, las escuelas de educación secundaria y las universidades, así como las corporaciones industriales, eran hostiles o temerariamente indiferentes al régimen, y tales instituciones estaban dirigidas por gente poderosa y bien situada.

Muchas de las personas creativas y entregadas que se mencionan en este libro sufrieron en carne propia la desaparición de la República. Rudolf Hilferding –médico judío que, como economista, llegaría a ser uno de los grandes teóricos de la socialdemocracia marxista, y ministro de Economía de la República durante la hiperinflación– huyó de la Alemania nazi y se exilió en Francia, donde fue detenido por el Gobierno de Vichy en 1941. Elegido entre los que habían de ser devueltos a la Gestapo, murió en la cárcel, probablemente se suicidó, porque sabía la suerte que le aguardaba. Tampoco supieron encontrar el norte muchos de los que eligieron el camino del destierro. Ni Bruno Taut ni Erich Mendelsohn marcaron hitos como los que habían alcanzado en la década de 1920 y principios de 1930. Taut no recibió encargo alguno ni en Japón ni en Turquía, y ninguno de los ulteriores proyectos de Mendelsohn alcanzó el reconocimiento de los edificios más representativos que levantó durante la época de Weimar. Walter Gropius se asentó en Harvard y desarrolló una brillante carrera profesional, pero muchos de los edificios que construyó después de la Segunda Guerra Mundial son un recordatorio de lo peor del modernismo estéril y planificado, edificios levantados según las teorías del funcionalismo, incapaces de dar respuesta a las necesidades del ser humano. Kurt Weill disfrutó de la libertad que Estados Unidos le proporcionó, y compuso la música de algunas, y magníficas, producciones de Broadway,

pero se le recuerda más por sus creaciones de la época de Weimar. Muy pocos de los que ya gozaban de reconocimiento en Weimar y optaron por el exilio, como Thomas Mann o Bertolt Brecht, conservaron aquella creatividad asombrosa y penetrante. Incluso en la derecha, los intelectuales conservadores de la época de Weimar tendrían también sus altibajos, tanto política como intelectualmente. Ernst Jünger y Martin Heidegger no siempre estuvieron encantados con los nazis, a los que se unieron o con quienes trabajaron. Ambos siguieron escribiendo durante décadas después de aquello –Jünger falleció en 1998, a la provecta edad de ciento dos años–, pero a ambos se les recuerda más por los libros que escribieron durante la época de Weimar, Tempestades de acero y Ser y tiempo.

La Alemania de Weimar significa todavía algo para nosotros. Su increíble creatividad y sus experimentos liberadores, tanto en el terreno de la política como en el de la cultura, nos llevan a pensar que es posible alcanzar unas condiciones de vida mejores, más humanas y más prometedoras. Nos recuerda que la democracia, que es un objeto delicado, y la sociedad, fruto de un equilibrio inestable, siempre se ven amenazadas y pueden saltar por los aires. Weimar es una muestra de los peligros que pueden aparecer cuando no hay consenso social en ninguna de las cuestiones fundamentales, ya sean políticas, sociales o culturales. La democracia es un terreno abonado para mantener toda clase de debates que merezcan la pena, para que germine el espíritu de la cultura. Pero cuando cada desencuentro, desde la intimidad del dormitorio conyugal a la estructura del mundo de los negocios, se convierte en una cuestión de vida o muerte sobre los rasgos distintivos esenciales de la vida humana; cuando cada controversia es capaz de provocar una hecatombe, cuando no hay un sistema de valores imperante que suscite la adhesión de los ciudadanos, la democracia no tiene futuro. Menos aún cuando hay grupos fuertes de esa misma sociedad democrática tratando de socavar y destruir su razón de ser a cada paso. Las amenazas contra la democracia no sólo provienen de sus enemigos externos: también pueden partir de aquellos que emplean el lenguaje de la democracia y utilizan las libertades que les otorgan las instituciones democráticas para minar su propia esencia. Weimar representa un aldabonazo para que nos mantengamos vigilantes ante tales individuos, porque lo que suceda a continuación puede ser algo malo, incluso peor de lo que nos imaginamos.

1 Felix Gilbert, A European Past: Memoirs, 1905-1945, Nueva York, Norton, 1988, p. 65.

2 Ibidem, pp. 67-68.

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

Son tantos los trabajos publicados sobre la Alemania de Weimar que la selección que proponemos no pretende ser exhaustiva. Recogemos sólo algunos de los más importantes, como referencia para quien desee profundizar en ese periodo. Me he limitado a reseñar sólo obras escritas en inglés.

Cualquier historiador que pretenda acercarse a la Alemania de Weimar no podrá olvidarse de tres obras fundamentales. Me refiero a los trabajos de Peter Gay, Weimar Culture: The Outsider as Insider, Nueva York, Harper and Row, 1968. La cultura de Weimar, traducción de Nora Cateli, Barcelona, Argos Vergara, 1984; Detlev Peukert, The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity, traducción de Richard Deveson, Nueva York, Hill and Wang, 1989, y Hans Mommsen, The Rise and Fall of Weimar Democracy, traducción de Elborg Foster y Larry Eugene Jones, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996. Mi primer contacto con Weimar Culture se produjo hace ya unos cuantos años, en uno de los primeros cursos de historia alemana que seguí cuando todavía era estudiante. Desde entonces, he recurrido a este texto en numerosas ocasiones. Se trata de un ensayo vibrante, elocuente, enriquecido con datos de primera mano, gracias a los contactos del autor con muchos de los intelectuales de Weimar exiliados, que aún seguían en activo durante las décadas de 1950 y 1960. Weimar Republic, de Peukert, es uno de los más complejos y detallados análisis de las mil crisis entrelazadas que hubo de arrostrar la sociedad alemana al finalizar la Primera Guerra Mundial. Rise and Fall of Weimar Democracy, de Mommsen constituye el más profundo análisis de la historia política de la malfamada República.

The Weimar Republic Sourcebook, Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, eds., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1994, contiene una magnífica colección de materiales de primera mano, superior incluso a otras similares escritas en alemán. En la colección de la University of California Press, Weimar and Now: German Cultural Criticism, de la que forma parte, se han publicado volúmenes importantes,

centrados sobre todo, aunque no exclusivamente, en cuestiones culturales. Una colección diferente, pero igualmente importante, de documentos de primera mano es la que presenta Nazism 1919-1945: A Documentary Reader, vol. I: The Rise to Power, 1919-1934, Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham, eds., Exeter, University of Exeter Press, 1983, primero de una serie de cuatro volúmenes.

Merece la pena consultar el trabajo de Erich Eyck, A History of the Weimar Republic, vol. I: From the Collapse of the Empire to Hindenburg’s Election, original en alemán, 1954, Cambridge, Harvard University Press, 1964. Además de historiador, Eyck fue un destacado político liberal. Los dos volúmenes que componen su obra, escritos en estilo literario, nos permiten revivir aquella realidad. Desde el punto de vista histórico y de la economía política, está ya considerado como un clásico el estudio de Charles Maier, Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in France, Germany, and Italy in the Decade alter World War I, Princeton, Princeton University Press, 1975. Para hacerse una idea de las complejas relaciones existentes entre política y economía durante la Alemania de Weimar es preciso recurrir a los muchos trabajos de Gerald D. Feldman, incluido The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924, Nueva York, Oxford University Press, 1993, aunque Theo Balderston ofrece una panorámica más breve, pero muy útil, en Economic and Politics in the Weimar Republic, Cambridge, Cambridge University Press, 2002. En cuanto a la desmovilización, el trabajo más esclarecedor es el de Richard Bessell, Germany after the First World War, Oxford, Clarendon, 1993; la obra de David Abraham, The Collapse of the Weimar Republic: Political Economy and Crisis, 2ª ed., Nueva York, Holmes and Meier, 1986, sigue siendo uno de los estudios más enjundiosos sobre la etapa final de la República. Mary Nolan, por su parte, ofrece una panorámica exhaustiva de lo que supuso el proceso de racionalización y la influencia de Norteamérica en Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany, Nueva York, Oxford University Press, 1994.

Tres colecciones dedicadas al estudio en profundidad de la historia política de la Alemania moderna cuentan con importantes secciones dedicadas a la época de Weimar. Se trata de In Search of a Liberal Germany, Konrad Jarausch y Larry Eugene Jones, eds., Oxford, Berg, 1990; Between Reform,

Reaction, and Resistance: Studies in the History of German Conservatism from 1789 to 1945, Larry Eugene Jones y James Retallack, eds., Oxford, Berg, 1993; y Between Reform and Revolution: German Socialism and Communism from 1840 to 1990, David E. Barclay y Eric D. Weitz, eds., Providence, Berghahn, 1997. Los principales ensayos de Hans Mommsen se encuentran reunidos en From Weimar to Auschwitz, traducción de Philip O'Connor, Princeton, Princeton University Press, 1991. Para una aproximación distinta de la de Mommsen, puede consultarse William L. Match, Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic, Nueva York, Cambridge University Press, 1998. Peter Fritzsche trata con erudición algunas de las cuestiones críticas relativas a la suerte de la República en "Did Weimar Fail?", Journal of Modern History, 68, 3, 1996, pp. 629-656. Volker R. Berghahn ofrece una interesante interpretación de Weimar en Modern Germany: Society, Economy, and Politics in the Twentieth Century, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1987. Imprescindible es el primer volumen de la monumental biografía de Ian Kershaw, Hitler, 1889-1936: Hubris, Nueva York, 1999. Muchos de los escritos de Geoff Eley contienen consideraciones importantes sobre la política y la sociedad de Weimar, como Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000, Nueva York, Oxford University Press, 2002 y From Unification to Nazism: Reinterpretating the German Past, Boston, Allen and Unwin, 1986.

En cuanto a las principales tendencias políticas, las obras de Eric D. Weitz, Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist Stat, Princeton, Princeton University Press, 1997, y de Donna Harsch, German Social Democracy and the Rise of Nazism, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1993, ofrecen novedosas e importantes perspectivas en cuanto a la izquierda. Un buen estudio comparativo puede encontrarse en Stefan Berger, The British Labour Party and the German Social Democrats, 1900-1931, Oxford, Oxford University Press, 1995; el principal trabajo sobre el liberalismo es el de Larry Eugene Jones, German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System, 1918-1933, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1988. Aparte del estudio en alemán de Jürgen Falter, el libro de Thomas Childers, The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983, deja sentado de una vez por todas

que los nazis obtuvieron el respaldo de todos los estamentos sociales. En este sentido, resulta asimismo interesante el artículo de Childers, “The Social Language of Politics: The Sociology of Political Discourse in the Weimar Republic”, American Historical Review 95, 1990, pp. 331-358. A Julia Sneeringer debemos uno de los más importantes trabajos sobre el papel de las mujeres en la política de Weimar; me refiero a Winning Women’s Votes: Propaganda and Politics in Weimar Germany, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002. Otro interesante estudio sobre la vida rural y la escena política en la primera etapa de Weimar es el de Robert G. Moeller, German Peasants and Agrarian Politics, 1914-1924, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986. Shelley Baranowski, en The Sanctity of Rural Life: Nobility, Protestantism, and Nazism in Weimar Prusia, Nueva York, Oxford University Press, 1995, se adentra en las relaciones existentes en esa época entre religión, vida rural y política conservadora.

El trabajo más importante en torno a la politización del sexo y de la familia durante el periodo de Weimar es el de Atina Grossmann, Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform, 1920-1950, Nueva York, Oxford University Press, 1995; también es interesante la obra de Cornelie Usborne, The Politics of the Body in Weimar Germany: Women’s Reproductive Rights and Duties, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1992. Revolucionaria en el momento de su aparición, sigue siendo de primordial importancia la colección de ensayos recogida en When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany, Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan, eds., Nueva York, Monthly Review Press, 1984; son numerosos los autores que se han inspirado en esta obra para ulteriores investigaciones. Michelle Mouton ofrece una importante visión de la discordia civil de 1933, adentrándose en la política familiar a nivel local en From Nurturing the Nation to Purifying the Volk: Weimar and Nazi Family Policy, 1918-1945, Nueva York, Cambridge University Press, 2007. Una valiosa aportación sobre el movimiento femenino anterior a esta época puede encontrarse en Belinda J. Davis, Home Fires Burning: Food, Politics and Everyday Life in World War I Berlin, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000. Hay que mencionar algunos de los artículos publicados por Elizabeth Bright Jones por cuanto ponen de manifiesto las casi desconocidas experiencias de las

mujeres en el sector agrario; así, cito, entre otros: “A New Stage of Life? Young Farm Women’s Changing Expectations and Aspirations about Work in Weimar Saxony”, German History, 19, 4, 2001, pp. 549-570, y “Pre- and Postwar Generations of Rural Female Youth and the Future of the German Nation, 1817-1933”, Continuity and Change, 19, 3, 2004, pp. 347-365. Para comprender las ideas al respecto de la derecha radical, es indispensable acudir a Klaus Theweleit, Male Fantasies, Stephen Conway, trad., en colaboración con Erica Carter y Chris Turner, 2 vols., Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987-1989.

Debemos dos importantes trabajos sobre las conquistas sociales de la época a David F. Crew, Germans on Welfare: From Weimar to Hitler, Nueva York, Oxford University Press, 1998, y a Young-Sun Hong, Welfare, Modernity, and the Weimar State, 1919-1933, Princeton, Princeton University Press, 1998. La obra de Konrad Jarausch, The Unfree Professions: German Lawyers, Teachers, and Engineers, 1900-1950, Nueva York, Oxford University Press, 1990, es uno de los principales estudios sobre tan importantes grupos de profesionales. Uno de los primeros trabajos, y muy útil todavía, sobre las circunstancias que desembocaron en la supremacía nazi es el de William Sheridan Allen, The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1930-1935, Chicago, Quadrangle Books, 1965. Posterior, pero también muy importante en cuanto se refiere a cómo se ganaron los nazis el apoyo de los votantes, es la obra de Rudy Koshar, Social Life, Local Politics, and Nazism: Marburg, 1880-1935, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986. Peter Fritzsche, en Reading Berlin 1900, Cambridge, Harvard University Press, 1996, propone un estudio en profundidad sobre la historia de las circunstancias sociales y culturales de la época que va mucho más allá de la fecha de 1900 que aparece en el título.

El estudio más destacado sobre el profesorado universitario, un grupo muy importante en la sociedad alemana, sigue siendo el de Fritz K. Ringer, Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933, Cambridge, Harvard University Press, 1969. El trabajo de Jeffrey Herf, Reactionary Modernism: Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich, Nueva York, Cambridge University Press, 1984, sigue mereciendo los numerosos parabienes que ha recibido a lo largo

de estos años. Fundamental para entender la fascinación por la figura de Heidegger es la obra de Richard Wolin, Heidegger's Children: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas, and Herbert Marcuse, Princeton, Princeton University Press, 2001. Los hijos de Heidegger: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas y Herbert Marcuse, María Cóndor Orduña, trad., Madrid, Ediciones Cátedra, 2003. Asimismo, bien merece una consulta Elites against Democracy: Leadership Ideals in Bourgeois Political Thought in Germany, 1890-1933, Princeton, Princeton University Press, 1973, de Walter Struve.

Son destacables las aportaciones de Barbara Miller Lane, Architecture and Politics in Germany, 1918-1945, 1968, Cambridge, Harvard University Press, 1985; al igual que la obra de Michael Brenner, The Renaissance of Jewish Culture in Weimar Germany, New Haven, Yale University Press, 1996. Por su carácter enclopédico, hemos de hacer mención de Weimar: A Cultural History, 1918-1933, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1974, de Walter Laqueur. Entre las obras importantes que nos permiten acercarnos al palpitante mundo del arte escénico en la época de Weimar, parece obligado citar Berlin Cabaret, Cambridge, Harvard University Press, 1993, de Peter Jelavich, así como diversos trabajos de John Willett, entre ellos The Theatre of Bertolt Brecht: A Study from Eight Aspects, 2ª ed., Londres, Methuen, 1959. Sobre aspectos culturales y relativos a cuestiones de género, es preciso consultar: Patrice Petro, Women and Melodramatic Representation in Weimar Germany, Princeton, Princeton University Press, 1989; Maria Tatar, Lustmord: Sexual Murder in Weimar Germany, Princeton, Princeton University Press, 1995, y Richard W. McCormick, Gender and Sexuality in Weimar Modernity: Film, Literature, and 'New Objectivity', Nueva York, Palgrave, 2001. También Barbara McCloskey en George Grosz and the Communist Party: Art and Radicalism in Crisis, 1918 to 1936, Princeton, Princeton University Press, 1997. Fundamental, asimismo, para comprender los importantes y diversos movimientos culturales relacionados con los partidos de izquierdas, es la obra de W. L. Guttsmann, Workers' Culture in Weimar Germany: Between Tradition and Containment, Nueva York, Berg, 1990.

AGRADECIMIENTOS

Como la preparación de este libro ha sido larga y laboriosa, he contraído infinidad de deudas con muchas personas. La cátedra Arsham and Charlotte Ohanessian, del College of Liberal Arts de la Universidad de Minnesota puso a mi disposición una generosa dotación económica para investigar y escribirlo. El Departamento de Historia de Minnesota me ofreció un ambiente estimulante y animoso mientras realizaba mi trabajo. A lo largo de los últimos ocho años, he tenido ocasión de aprender mucho de mis colegas en esa institución, tanto de aquellos cuyos intereses son coincidentes con los míos como de quienes se dedican a tareas muy apartadas de mi especialidad. Tuve la inmensa suerte de contar con tres excelentes ayudantes de investigación, licenciados de Minnesota: Daniele Mueller, Eric Roubinek y Edward Snyder. Elizabeth Jones, Mary Jo Maynes y Jack Zipes tuvieron la amabilidad de leer todo el manuscrito; Gary Cohen y Anna Clark hicieron lo propio con algunos capítulos. Sus comentarios me resultaron de gran utilidad: a todos ellos quiero agradecerles el esfuerzo que realizaron. Gerhard Weiss me ayudó con algunas traducciones de especial dificultad. Las críticas fundamentadas y pertinentes de tres anónimos editores de Princeton University Press fueron de gran ayuda a la hora de redactar la versión definitiva. Carol, Lev y Ben siempre han estado a mi lado, aun cuando yo desapareciera camino de Berlín, o permaneciese encerrado en mi despacho. La intuición de Carol me resultó muy útil a la hora de seleccionar las ilustraciones.

El profesor y doctor Erwin Könnemann fue una inagotable fuente de información y de recomendaciones bibliográficas. Cada vez que iba verles, a él y a su familia, en Blankenburg o Halle, regresaba con un montón de libros y de nuevas ideas. Al lado de Martin Geyer y Thomas Lindenberger, tuve ocasión de aprender mucho sobre Weimar y sobre materias relacionadas con esa época. Los años en que compartimos tareas docentes en el Trans-Atlantic Summer Institute in German Studies, patrocinado por el Center for German and European Studies de la Universidad de Minnesota, el Zentrum für Zeithistorische Forschung de Potsdam y la

Ludwig-Maximilians-Universität de Múnich, fueron realmente estimulantes.

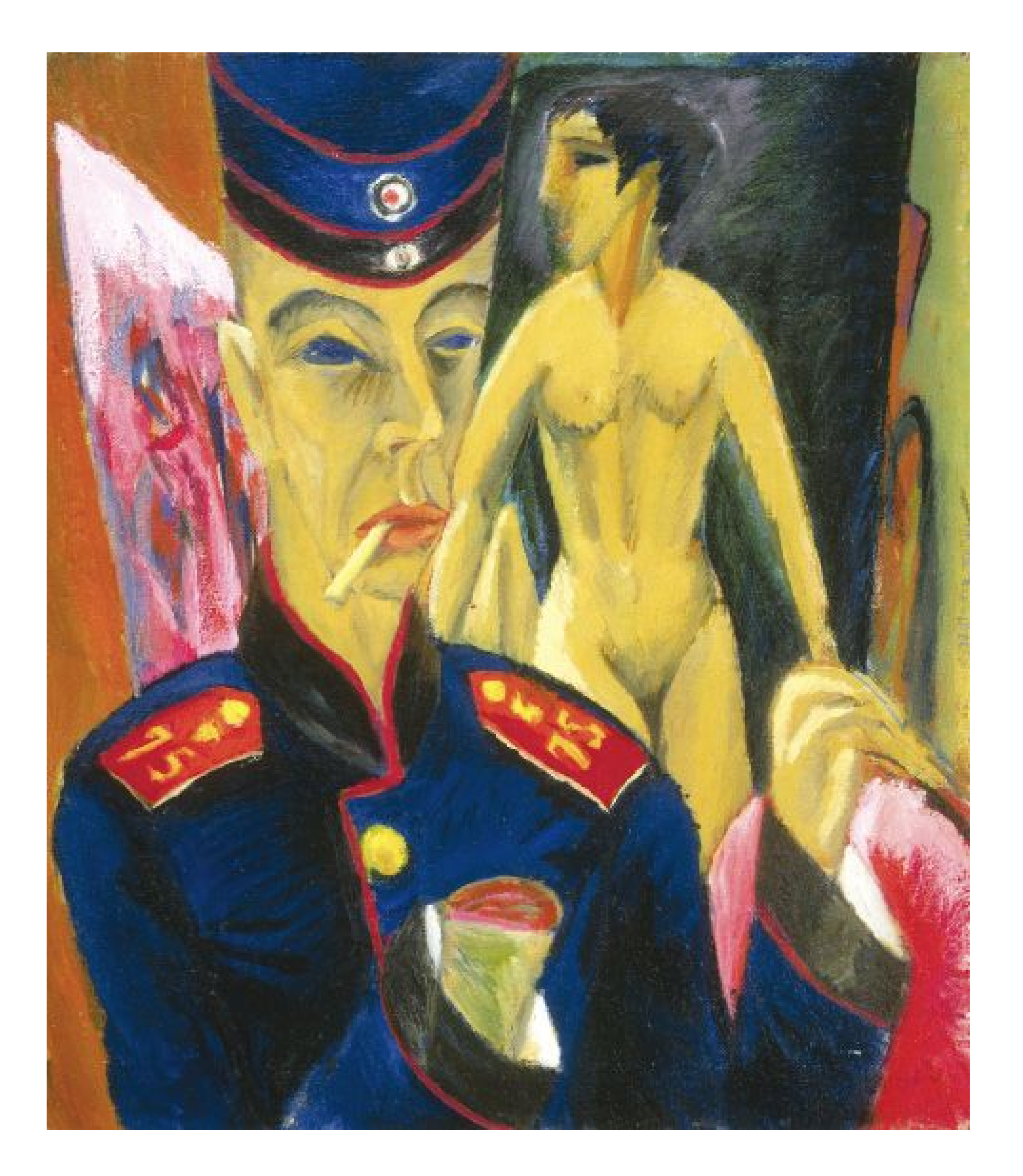
Ha sido para mí un enorme placer tener la oportunidad de trabajar de nuevo con Princeton University Press. Tanto Lauren Lepow, a cargo de la edición, como todo el personal de producción, han sido imaginativos y eficientes. Deseo dejar constancia de mi especial agradecimiento a la editora de Historia, Brigitta van Rheinberg. La idea de este libro surgió como consecuencia de un intercambio de correos electrónicos y conversaciones telefónicas que mantuve con ella hace algunos años. A lo largo de todo este tiempo, hemos discutido y debatido mucho sobre la Alemania de Weimar. Brigitta se tomó la molestia de leer mi manuscrito, incluso más de una vez. Siempre conté con su apoyo como editora, aparte de ser mi lectora más crítica. Todo lo que de bueno contenga este libro se debe en gran parte a su magnífica preparación y a sus puntualizaciones, siempre pertinentes. Los errores que puedan señalarse son, por supuesto, sólo responsabilidad mía.



1. “¡Mujeres: iguales derechos, iguales responsabilidades! ¡Votad a la socialde-mocracia!”. El SPD trata de ganarse el voto femenino con la ondeante bandera roja del socialismo que defiende la igualdad. El camarada masculino, sin embargo, va un paso por delante (Hessisches Landesmuseum. Darmstadt).



2. “Vogue, el perfume de este invierno”. Los anuncios para seducir a la mujer consumidora alcanzaron su apogeo en la década de 1920. La imagen de la mujer moderna, rica y elegante, servía para vender cualquier producto, desde detergente hasta perfumes. En la imagen, una mujer muy enjoyada parece desprender un delicioso aroma. Obsérvese la limpieza de los tipos de letra (Ullstein Bild / The Granger Collection, Nueva York).



3. Ernst Ludwig Kirchner, Autorretrato vestido de soldado, 1915. Tras combatir en la Primera Guerra Mundial, Kirchner sufrió una depresión nerviosa. En este autorretrato se representa ataviado con el uniforme militar y mutilado (aunque no resultó físicamente herido): ha perdido la mano con la que pinta. La modelo, de presencia altamente erótica, le resulta tan inalcanzable en el cuadro como en la vida real. Observamos el rostro ojeroso y tenso de Kirchner. Los motivos del cuadro, las formas angulosas y la viveza del color son otros tantos rasgos distintivos del expresionismo. Kirchner trata de reflejar que la violencia de la guerra trae consigo efectos devastadores. Nunca se recuperó de aquella depresión; las continuas recaídas, sumadas a la persecución de que fue objeto por parte de los nazis,

lo arrastraron al suicidio en 1938 (Allen Memorial Art Museum, Oberlin College, Ohio; Charles F. Olney Fund, 1950).



4. Erich Mendelsohn, Torre Einstein (Einsteinturm), construida entre 1920 y 1924. Mendelsohn fue uno de los más eminentes y reconocidos arquitectos de la Alemania de Weimar. Proyectó la torre como laboratorio y observatorio donde verificar las teorías de Einstein, con la idea de que sus líneas expresasen la esencia de la relatividad. Quizá no lo lograse, pero la fachada lisa, las ventanas escondidas, la ausencia de detalles ornamentales y la belleza del conjunto hacen de este edificio un ejemplo tan original como

llamativo de la arquitectura moderna. Se cuenta que la primera vez que Einstein fue a verlo, exclamó admirado: “¡Orgánico!”. El edificio aparece tal como puede contemplarse en la actualidad, tras una concienzuda y excelente labor de restauración (Fotografía del autor).



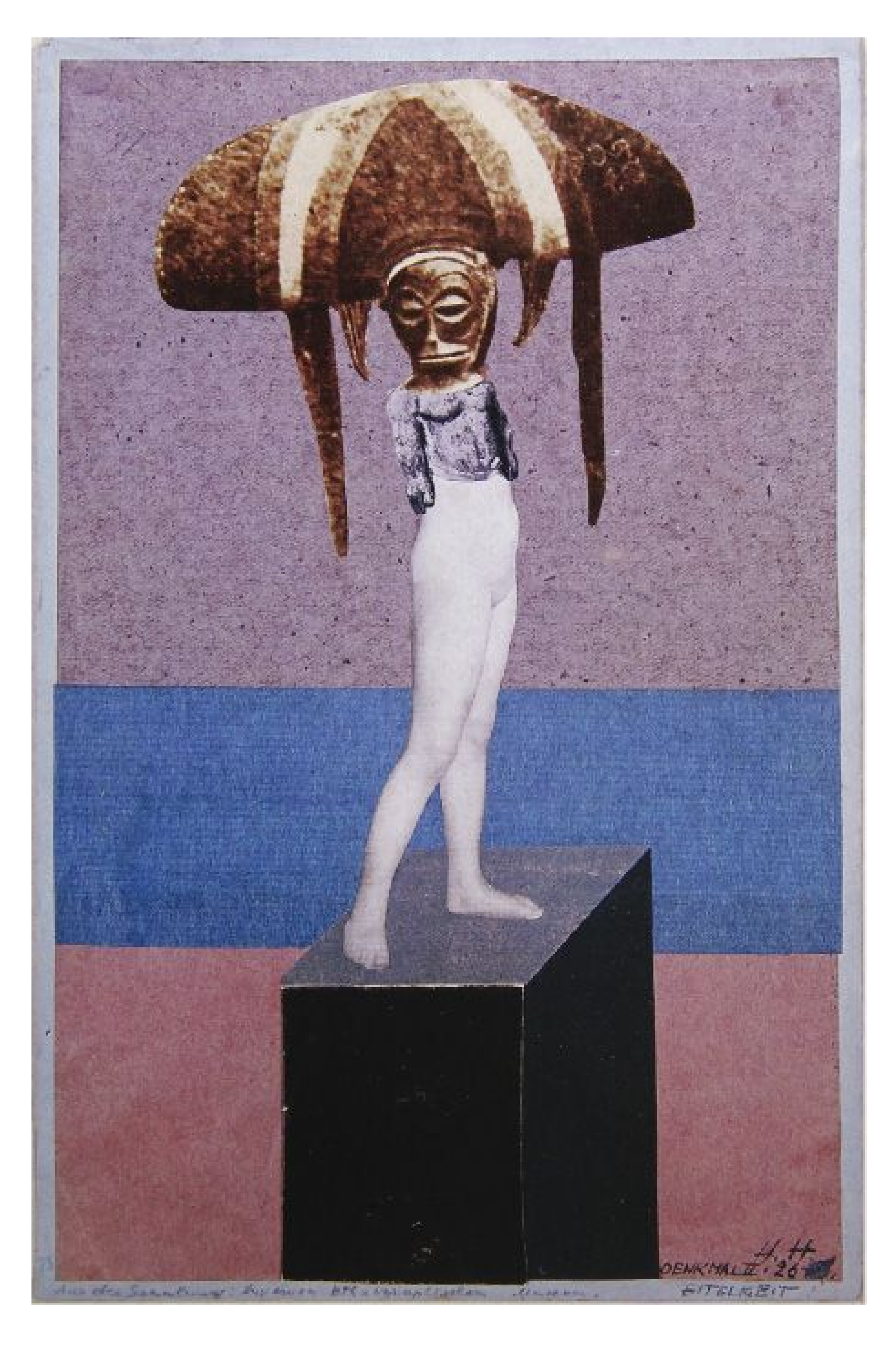
5. Hannah Höch, Cortado con un cuchillo de cocina Dada, 1919. Höch fue una de las pioneras del fotomontaje. Para esta composición recortó imágenes del Berliner Illustrirte Zeitung y quizá de otras publicaciones, disponiéndolas de forma que el material así reunido careciese de sentido. Cabezas y cuerpos aparecen mezclados sin razón aparente. Las personas

parecen flotar entre ruedas dentadas y cojinetes. Se distinguen manifestaciones multitudinarias y caricaturas de dirigentes políticos. La obra pone de manifiesto el impulso, la fogosidad y las amenazas que suscita la modernidad. Tal mezcolanza es también representativa del movimiento dadá, del que Höch formaba parte entonces (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).



6. Hannah Höch, Amor entre los arbustos, 1925. A mediados de la década de 1920, siguiendo el estilo entonces dominante de la Nueva Objetividad, la obra de Höch ganó en contención. Sin embargo, no desaparece la profunda intencionalidad crítica de sus pinturas, fotomontajes y composiciones fotográficas. En este caso, subvierte las discriminaciones por motivos de raza o de sexo al representar a un hombre africano y a una mujer europea, cuya cabeza aparece superpuesta sobre el torso de un hombre, a punto de hacer el amor. Obras como ésta sacaban de quicio a la derecha. Una

mayoría de la izquierda organizada tampoco aceptaba el arte moderno, anteponiendo en sus gustos el estilo naturalista a la hora de representar a heroicos proletarios de género masculino (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).



7. Hannah Höch, Monumento II: Vanidad, 1926. La artista planta cara una vez más a los convencionalismos aceptados en cuanto a belleza, sexo o raza. Sobre el pedestal de una estatua clásica, superpone diferentes elementos: las extremidades inferiores de un cuerpo femenino, un torso masculino y una máscara de origen africano (© 2009, Vegap, Madrid / VG Bildkunst, Bonn).



8. Cartel político: “Las consecuencias del bolchevismo: guerra, paro, hambre”, 1918. Uno de los primeros carteles de la Asociación para la Lucha contra el Bolchevismo, uno de tantos grupos de derechas aislados y efímeros. Normalmente, en las parodias del bolchevismo se recurría a rasgos de animales que evocaban a los africanos (Poster Collection, GE 1858A, Hoover Institution Archives).